¿QUIÉN EMPEZÓ REALMENTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL?

VÍCTOR SUVÓROV

EL ROMPEHIELOS

«EL ROMPEHIELOS ES LA OBRA DE DIVULGACIÓN HISTÓRICA MÁS REVELADORA QUE JAMÁS HAYAMOS LEÍDO». THE TIMES

El rompehielos o ¿quién empezó realmente la Segunda Guerra Mundial?, es un ensayo imprescindible en el ámbito de los libros de historia, y sin duda la obra más importante del historiador, escritor y analista militar Víctor Suvórov. Es una obra absolutamente revolucionaria porque, por primera vez, se pone en duda la verdad establecida sobre el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Tras décadas de exhaustiva y meticulosísima investigación, Suvórov sacude la conciencia de Occidente con su punzante teoría: al contrario de lo que siempre hemos creído, Hitler no fue el causante de la Segunda Guerra Mundial, sino que fue Stalin quien utilizó a Hitler de «rompehielos» para expandir el comunismo por toda Europa. Es decir, que para poder vencer al monstruo del nazismo Occidente claudicó ante el monstruo del estalinismo, lo cual tiñe de claroscuros la blanca y complaciente versión oficial de los hechos.

Un libro lúcido y de lectura obligatoria para los amantes de la historia, y para todos aquellos que dudan de que la historia sea tal y como nos la han contado.

Víctor Suvórov

El rompehielos

¿Quién empezó realmente la Segunda Guerra Mundial?

ePub r1.0
Rob_Cole 01.09.2016

Título original: *Ледокол* (*Ledokól*)
Víctor Suvórov, 1990
Traducción: Oleg Shatrov
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

A hermano

Estamos realizando una labor que, en caso de triunfar, revolucionará el mundo entero y liberará a la clase obrera.

IÓSIF STALIN.

Periódico *Pravda*, 5 de febrero de 1931.

Occidente, con sus antropófagos imperialistas, se ha convertido en la fuente de la oscuridad y de la esclavitud. Nuestro objetivo consiste en eliminar esa fuente para el júbilo y consuelo de los trabajadores de todo el mundo.

IÓSIF STALIN.

Editorial del periódico *Zhizn natsionálnostei* [*Vida de las naciones*], n.º 6, 15 de diciembre de 1918.

¿Quién empezó la Segunda Guerra Mundial?

A esta pregunta se responde de distintas maneras. No hay una opinión común. El gobierno soviético, por ejemplo, cambió su postura con respecto a la cuestión en múltiples ocasiones.

El 18 de septiembre de 1939, en una nota oficial, el gobierno soviético declaró a Polonia culpable de iniciar la Segunda Guerra Mundial.

El 30 de noviembre de 1939, en el periódico *Pravda*, el camarada Stalin mencionó a otros dos culpables: «Inglaterra y Francia han atacado a Alemania, asumiendo la responsabilidad de esta guerra».

El 5 de mayo de 1941, pronunciando un discurso clandestino ante los recién graduados en una academia militar, Stalin mencionó a Alemania como otro culpable (*Año 1941*, libro segundo, Moscú, Mezhdunarodni fond «Demokratia» [Fundación internacional Demokratia], 1998, págs. 158-161[1]).

La Segunda Guerra Mundial terminó el 2 de septiembre de 1945. Al cabo de tan solo medio año, de improviso, el número de «culpables» aumentó. El camarada Stalin anunció:

> La guerra surgió como producto inevitable del crecimiento de las fuerzas económicas y políticas globales sobre la base del capitalismo monopolístico actual. (Discurso pronunciado durante el pleno electoral del Distrito Stálinski de Moscú, 9 de febrero de 1946).

De esta manera, el camarada Stalin culpa a todos los países capitalistas de desencadenar la Segunda Guerra Mundial. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética consideraba capitalistas a todos los países soberanos excepto a sí misma. Si hacemos caso a Stalin, resulta que la guerra más sangrienta de la historia de la humanidad la empezaron los gobiernos de todos los países, incluidos los de Suecia, Suiza, Canadá, España y Argentina, pero exceptuando el de la Unión Soviética.

Todo esto nos permite considerar que la guerra fría empezó precisamente con el discurso de Stalin del 9 de febrero de 1946, y no con el que dio Churchill en Fulton el 5 de marzo de 1946. Incluso *Krásnaya Zvezdá* (Estrella Roja), el periódico oficial del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, el 11 de marzo del 2006 se vio obligado a reconocer que «el discurso de Stalin del 9 de febrero fue interpretado por Occidente como una llamada a una nueva resistencia contra el capitalismo».

Los ideólogos soviéticos desarrollaron y matizaron las declaraciones del caudillo:

> Los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia actuaron como cómplices de la agresión fascista y como instigadores de los conflictos internacionales… El baluarte de la paz, de la democracia y del socialismo estaba representado en aquel entonces por un solo estado: la Unión Soviética. (Deborin, G. A., *La Segunda Guerra Mundial*, Moscú, Voyenizdat [Ediciones Militares],

1958, cap. 7.)

La idea estalinista de que todos los estados menos la URSS habían sido culpables del inicio de la Segunda Guerra Mundial quedó fuertemente arraigada en la mitología comunista. En los tiempos de Jruschov y Brézhnev, Andrópov y Chernenko, las acusaciones se repetían constantemente. En la época de Gorbachov la opinión estalinista sobre los culpables de la guerra tampoco se revisó. El historiador más destacado del ejército soviético, el teniente general P. A. Zhilin, declaró: «No solo los imperialistas alemanes fueron culpables de la guerra, sino los de todo el mundo» (*Krásnaya Zvezdá*, 24 de septiembre de 1985).

He de afirmar que los comunistas soviéticos culparon a todas las naciones del mundo de desatar la Segunda Guerra Mundial solo para ocultar su propio papel de causantes del conflicto.

Recordemos que, tras la Primera Guerra Mundial, Alemania había perdido el derecho a tener un fuerte ejército y armamento de ataque, incluidos los carros de combate, artillería pesada y bombarderos. A los dirigentes alemanes se les había prohibido organizar en su territorio preparativos para ofensivas militares. Ellos no infringían dichas prohibiciones y no utilizaban sus polígonos para preparar las ofensivas, sino que lo hacían… en el territorio de la Unión Soviética.

Stalin proporcionó a los dirigentes de Alemania todo aquello que no tenían derecho a poseer: tanques, artillería pesada, aviones de ataque a tierra. Stalin les facilitó aularios, polígonos de entrenamiento y campos de tiro[2]. Stalin les dio acceso a las fábricas de tanques soviéticas, las más potentes del mundo: adelante, observen, apunten, aprendan[3].

Además de Alemania, un país con escaso potencial militar, en Europa estaba Gran Bretaña, que no tenía un ejército de tierra fuerte, y Francia, que gastaba casi todo su presupuesto militar, básicamente, en programas de defensa, construyendo a lo largo de sus fronteras una especie de muralla china, entre otros países débiles económica y militarmente.

En semejantes circunstancias, Europa no habría podido convertirse en el foco de una nueva guerra. Pero Stalin, entre otros camaradas, por alguna razón no escatimaba medios, ni fuerzas, ni tiempo para recuperar la potencia militar de Alemania. ¿Por qué? ¿Contra quién pensaba actuar?

¡Contra sí mismo no, claro está!

Entonces, ¿contra quién? Solo hay una respuesta: contra el resto de Europa.

Pero la restauración del potencial bélico y de la industria militar alemana solo era parte del asunto. Ni siquiera los ejércitos más agresivos empiezan guerras por su propia voluntad. Es necesario un líder, fanático y alocado, dispuesto a iniciar una guerra. Y Stalin hizo todo lo posible para que Alemania acabase gobernada por semejante figura.

A los nazis, recién llegados al poder, Stalin los estuvo empujando hacia la guerra

con mucho tesón e insistencia. La cúspide de sus esfuerzos fue el Pacto Ribbentrop-Mólotov. Con este pacto Stalin garantizó a Hitler libertad de actuación en Europa y, prácticamente, hizo posible —e inevitable— que la Segunda Guerra Mundial por fin estallara. Cuando nos acordamos con rencor de aquel can que mordió a media Europa, no nos olvidemos del camarada Stalin, que había criado a ese can y luego lo soltó de la cadena.

Mucho antes de que Hitler llegara al poder, los líderes soviéticos lo habían bautizado en secreto con el título de Rompehielos de la Revolución. Es un apodo preciso y significativo. Stalin comprendía que Europa sería vulnerable solo en caso de guerra y que el Rompehielos de la Revolución era capaz de hacer a Europa vulnerable.

La expresión aplicada a Hitler la oí por primera vez en una clase de Historia de las Relaciones Internacionales, estando en segundo de la Academia Diplomática Militar del Ejército Soviético. Más adelante, averigüé que algunos historiadores fuera de la Unión Soviética ya estaban empleando ese término:

> Según la nueva hipótesis, Hitler era una suerte de Rompehielos de la Revolución, el último y desesperado intento que hizo la burguesía para mantenerse en el poder, y su caída había de conducir a la derrota total del capitalismo. Este punto de vista enseguida se fue poniendo de moda (Robert Conquest, *El Gran Terror*, Florencia, Editione Aurora, 1974, págs. 406-407).

Adolf Hitler, sin darse cuenta, abría paso al comunismo mundial. Con sus guerras relámpago, desde Noruega hasta Libia, Hitler arrasaba las democracias occidentales, derrochando y agotando al mismo tiempo todas sus reservas.

El Rompehielos de la Revolución cometió impensables crímenes contra la humanidad, y esas acciones suyas autorizaron a Stalin a proclamarse en cualquier momento como liberador de Europa y a sustituir los campos de concentración pardos por los de color rojo.

Stalin entendía que la guerra no la iba a ganar el que la empezara, sino el que entrara en ella el último, y cedió amablemente a Hitler el derecho a desencadenarla.

A Hitler lo considero —a escala europea— el antropófago número uno. Pero si Hitler era un antropófago, eso no quiere decir en absoluto que Stalin, que lo había derrotado, fuese vegetariano.

En la Unión Soviética hace mucho que se purgaron los archivos, y lo poco que queda es inaccesible para los investigadores. Tuve suerte de trabajar un poquito en los archivos del Ministerio de Defensa de la URSS, pero aun así deliberadamente no utilizo materiales de archivo. Tengo bastantes materiales de los archivos alemanes, pero tampoco recurro demasiado a ellos. Mi fuente principal son las publicaciones soviéticas abiertas. Con ellas tengo más que suficiente para poner en la picota a los comunistas soviéticos y sentarlos en el banquillo junto a los nazis alemanes, o incluso por delante de estos.

Mis testigos principales son Marx, Engels, Lenin, Trotski, Stalin, casi todos los mariscales soviéticos y muchos generales destacados. Los mismos caudillos del

Kremlin reconocen haber desatado la guerra europea a manos de Hitler y confiesan haber estado preparando un ataque relámpago contra Alemania, para conquistar la Europa devastada por los nazis.

El valor de mis fuentes consiste en que, de esta forma, los criminales confiesan sus propios crímenes.

CAPÍTULO 1

¿Quién fue primero en declarar necesaria la Segunda Guerra Mundial?

La Rusia central es el foco de la revolución mundial.

IÓSIF STALIN[4]

1

El 11 de noviembre de 1918 terminó la Primera Guerra Mundial: el día 11, del mes 11, a las 11 del mediodía. Pero ya el día 13 por la mañana se hizo el primer intento de desatar una Segunda Guerra Mundial.

Conviene precisar que, en aquel entonces, todavía no existían los conceptos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. En la URSS, antes de 1939, la guerra de 1914-1918 se denominaba «imperialista», puesto que había sido un conflicto entre imperios gigantescos.

En la Rusia de antes de la Revolución, a esta guerra la llamaban la Gran Guerra (y así la siguen llamando en los países europeos), puesto que no se había conocido otra igual, ni por sus dimensiones, ni por sus gastos, ni por el número de participantes, ni por la extensión de los frentes, ni por la intensidad de las contiendas, ni por las pérdidas, ni por la gravedad de las consecuencias económicas y sociales.

La barbarie de aquella masacre mundial había sido tan impactante que la mayoría de la gente ya no creía posible la repetición de semejante locura. Por eso la guerra de 1914-1918 tenía otro nombre, ahora olvidado: la llamaban la Última Guerra. Muchos esperaban que el absurdo sangriento de la Gran Guerra Imperialista fuese a serenar a sus participantes y les fuese a quitar para siempre las ganas de batallar.

Sin embargo, en Rusia había un grupúsculo de gente que soñaba con que la próxima guerra mundial fuera aún más cruel y sangrienta, que abarcara no solo Europa y una parte de Asia, sino también otros continentes. Esa gente se hacía llamar «bolcheviques» o «comunistas». El grupo estaba encabezado por Vladímir Lenin. Los bolcheviques definían su organización como «partido político». Pero si analizamos la estructura interna, la táctica y la estrategia del grupo de Lenin, en vez de un partido político se parecía más a una pequeña secta, bien organizada y camuflada.

El partido de Lenin tenía una estructura externa, visible para todos, pero al mismo tiempo existía una organización paralela, invisible para los no iniciados. Al igual que en una mafia: hay organizaciones y empresas abiertas, que funcionan con total legalidad, y hay una fuerza secreta que las aglutina, permaneciendo siempre en la

sombra.

Por un lado, los diputados del partido de Lenin ocupaban sus escaños en la Duma estatal del Imperio Ruso.

Por otro lado, Lenin y sus adeptos creían que las arcas del partido se podían llenar por todos los medios, incluso atracando bancos. Si durante el atraco fallece algún guardia o algún civil, no pasa nada; lo más importante es que en la caja del partido haya dinero. Visto desde esta perspectiva, la secta de Lenin, en lugar de «partido», debería llamarse «grupo criminal organizado».

Los caudillos de la secta ocultaban sus nombres verdaderos. Lenin, Trotski, Stalin, Zinóviev, Kámenev, Mólotov, Kírov son todo seudónimos. Los utilizaban aquellos que tenían serios motivos para no descubrir sus nombres reales. Por ejemplo, bajo el seudónimo de «Stalin» se escondía el atracador de bancos Dzhugashvili. Stalin había sido organizador y participante de los más exitosos y descarados robos de bancos a mano armada. El más sensacional de ellos fue cometido el 25 de junio de 1907 en la plaza de Eriván, en Tiflis. Una carroza con dinero, fuertemente custodiada, llegó a la plaza y se detuvo frente a la tesorería. De pronto, sonaron varias explosiones y empezó el tiroteo. Unos guardias acabaron asesinados, otros heridos, y una gran cantidad de dinero fue secuestrada.

Stalin era el responsable de llenar la caja del partido. Esa tarea, que le encomendaba el Partido Comunista, siempre la llevó a cabo con mucho éxito.

El hermano mayor de Lenin, Aleksandr Uliánov, fue terrorista. Lo ahorcaron por haber atentado contra el emperador Alejandro III. Lenin también fue terrorista. Sin llegar a condenar el terrorismo individual, practicado por su hermano mayor, Lenin hacía propaganda abierta y ejercía ampliamente el terror de masas.

Lenin y sus secuaces hicieron todo lo posible para que la Primera Guerra Mundial se prolongara el máximo tiempo posible.

La guerra es la madre de la revolución. La guerra mundial es la madre de la revolución mundial. Cuanto más dure la guerra, cuanta más sangre se derrame y cuanta más destrucción se produzca, más rápido llega la revolución.

2

El partido de Lenin no solo era el más belicoso del mundo, sino al mismo tiempo el más pacifista.

En 1914 casi todas las formaciones políticas de todos los países implicados en la guerra votaban en sus parlamentos a favor de la concesión de créditos militares. El partido de Lenin era una de las pocas excepciones. Junto con los socialdemócratas rusos (los mencheviques) se pronunció en contra del aumento del gasto militar, aunque todos saben que durante una guerra los gastos militares no pueden ser los mismos que en tiempos de paz. El 26 de julio de 1914, durante el pleno extraordinario de la IV Duma Estatal, los bolcheviques y los mencheviques

abandonaron la sala de sesiones «como muestra de protesta contra la locura militar».

Lenin esperaba que en otros países también aparecieran unos auténticos marxistas, capaces de alzarse por encima de los «estrechos intereses nacionales» y emprender la lucha contra sus propios gobiernos con el fin de transformar la guerra mundial en una guerra civil mundial. Pero gente así en los demás países no se encontró, por lo cual la perspectiva de la revolución mundial de nuevo se hizo lejana e inalcanzable. No pasa nada. A falta de la revolución mundial, buenos son los intentos.

Ya en otoño de 1914, Lenin presenta una especie de programa mínimo: aunque después de la Primera Guerra Mundial la revolución mundial no se produzca, algún trozo del pastel hay que pillar. Si en todo el mundo no puede ser, que sea al menos en un solo país. Da igual en cuál de ellos. Primero hay que apoderarse de un país y luego utilizarlo como base para la preparación de una nueva guerra mundial y de la revolución en los demás países.

> En ese país, el proletariado vencedor, tras expropiar a los capitalistas y organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentaría con el resto del mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso las armas contra las clases explotadoras y sus estados (Lenin, V. I., «La consigna de los Estados Unidos de Europa», *Obras completas* [de aquí en adelante *OC*], 5.ª ed., Moscú, Politizdat [Ediciones Políticas], 1974, vol. 26, págs. 353-354).

Al formular su programa mínimo sobre la usurpación del poder en un solo país, Lenin no perdía la perspectiva. Para él, al igual que para Marx, la revolución mundial seguía siendo su astro conductor. Pero, según el programa mínimo, la Primera Guerra Mundial sería capaz de convertirse en revolución en un solo país. ¿Entonces, cómo iba a producirse la revolución mundial? ¿A consecuencia de qué?

En 1916, Lenin responde a esa pregunta con exactitud: a consecuencia de la SEGUNDA GUERRA IMPERIALISTA (Lenin, V. I., «El programa militar de la revolución proletaria», *OC*, vol. 30, págs. 140-141).

Me puedo equivocar, pero, habiendo leído muchos escritos de Hitler, no encontré absolutamente ningún indicio de que, en 1916, este soñara con la Segunda Guerra Mundial. Pero Lenin sí soñaba. Más aún, Lenin intentaba demostrar a través de sus teorías la necesidad de tal guerra para la construcción del socialismo en todo el mundo.

3

El partido de Lenin lanzó una campaña pacifista jamás vista en la historia mundial. Entre septiembre y octubre de 1917, el partido bolchevique tenía en propiedad 75 periódicos y revistas, cuya tirada total (según datos incompletos) era de unos 600 ejemplares diarios («La Gran Revolución Socialista de Octubre», *Enciclopedia*, 3.ª ed. ampliada, Moscú, Enciclopedia Soviética, 1987, pág. 64).

Al informar con orgullo sobre semejante desparpajo de la lucha por la paz, los camaradas científicos no dejan claro de qué gaveta sacaba Lenin el dinero. El país ya llevaba cuatro años metido en la guerra mundial y estaba profundamente necesitado de lo más imprescindible, pero el camarada Lenin encontraba dinero para sus imprentas, para el papel y la tinta, para la distribución de publicaciones.

Todos esos periódicos y revistas clamaban por la paz inmediata. Los comunistas los repartían gratis en las calles de las ciudades, en los cuarteles, en las fábricas y en las trincheras de los frentes. Aparte de los periódicos y revistas, el partido de Lenin publicaba millones de libros, folletos, pancartas y panfletos. Se recomendaba a los soldados que no disparasen a los adversarios, sino que intentasen establecer relaciones amistosas con ellos. Las consignas de los comunistas eran las siguientes: «¡Bayonetas en tierra!», «¡Todos a casa!», «¡Hagamos de la guerra imperialista una guerra civil!».

4

En otoño de 1917, los comunistas, dirigidos por Trotski y Lenin, perpetraron un golpe de estado y tomaron el poder en Petrogrado, la capital del Imperio Ruso. Por primera vez en la historia, en la capital de un gran país, llegaron al poder personas que vivían y trabajaban bajo nombres ficticios. La mayoría de los países no reconoció al nuevo gobierno como legítimo, excepto Alemania y Austro-Hungría, países con los que Rusia estaba en guerra. En otras palabras, el Gobierno de Lenin y Trotski solo fue reconocido por los enemigos de Rusia.

Durante los dos primeros minutos de vida del nuevo gobierno fue firmado, primerísimamente, el Decreto sobre la Paz. Además, Lenin y Trotski se dirigieron a través de la radio a todos los soldados y marinos del ejército ruso: «Que todos los regimientos ya emplazados nombren inmediatamente a unos representantes oficiales para que lleven a cabo negociaciones de paz con el adversario. El Soviet de Comisarios del Pueblo (SNK) os autoriza para hacerlo». Este radiotelegrama fue firmado por el jefe del SNK Lenin y por el comisario del pueblo para la Defensa y comandante en jefe Nikolái Krylenko (*Decretos del Gobierno Soviético*, Moscú, Ediciones Políticas, 1957, vol. 1, págs. 63-65).

En este documento falta la firma del comisario del pueblo de Asuntos Exteriores Trotski. Hay que tener en cuenta que en las primeras etapas de la dictadura estalinista y durante todas las décadas posteriores la historia de la revolución fue reelaborada considerablemente y con frecuencia. Al principio, el papel de Trotski en la revolución se infravaloró premeditadamente y después se negó por completo. A Trotski le empezaron a incriminar tan solo en acciones delictivas, perjudiciales para la revolución. Cualquier mención relacionada con Trotski, incluido el reconocimiento de su firma bajo determinados documentos históricos, se eliminaba sin dejar rastro. Pero en 1917, una decisión de tamaña importancia no se pudo haber tomado sin

aprobación de Trotski, uno de los principales organizadores del golpe de estado bolchevique.

5

El primer decreto del Gobierno soviético fue el Decreto sobre la Paz, aprobado el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917; el mismo día fue aprobado el Decreto sobre la Tierra. Durante décadas, los comunistas presentaban dichos documentos como pruebas de que eran precisamente ellos los que aspiraban a la paz y representaban los anhelos seculares del pueblo. En realidad, ambos decretos no fueron más que golpes mortales para el ejército ruso y, por consiguiente, para Rusia.

Según el primer decreto, se instauraba la paz y ya no era necesario permanecer en las trincheras. De acuerdo con el segundo decreto, se iban a repartir tierras y era importante no llegar tarde al reparto. Además, teniendo en cuenta que durante ese reparto se podían producir pendencias, cada soldado regresaba a casa con su querido fusil Mosin-Nagant.

La guerra siempre había sido algo ajeno e incomprensible para los pueblos de Rusia. Y de repente llega la orden de alto el fuego. La mayoría de las unidades del ejército y de la flota cesaron las hostilidades. Cada regimiento eligió su Soviet de Soldados. Los representantes de los regimientos emprendían negociaciones de paz sin hacer caso a sus propios comandantes ni a los coroneles, ni a los generales, ni a los tenientes generales, ni a los capitanes generales siquiera.

Pero Lenin no necesitaba el Decreto sobre la Paz para que hubiera paz, sino para mantenerse él en el poder. Tras la publicación del decreto, millones de soldados armados se precipitaron desde los frentes hacia sus casas. Gracias al Decreto sobre la Paz, Lenin convirtió la guerra imperialista en una guerra civil, sumió el país en el caos, consolidando el poder de los comunistas, reconquistando poco a poco los territorios y sometiéndolos a su poder. Los soldados que volvían del frente en avalancha le sirvieron como el rompehielos que resquebrajó Rusia. Como resultado de la Guerra Civil se produjo el «agotamiento general» —tan ansiado incluso por Marx—, que permitió a Lenin mantenerse y reafirmarse en el poder.

Primero cada regimiento, luego cada batallón empezó a elaborar sus propias condiciones para pactar la paz, sin contar con las unidades colindantes. El ejército ruso se desmembró en cientos de regimientos y miles de batallones, dejó de existir como un único organismo. El frente se derrumbó. El ejército se convirtió en una muchedumbre armada. Ya no había quien defendiese Rusia. Además, desde la capital había llegado la orden de acabar las contiendas.

Enseguida, Lenin y sus colaboradores fundaron comités responsables de la desmovilización del ejército ruso, es decir, de su disolución. La desmovilización del ejército fue anunciada el 23 de noviembre de 1917, tras la entrada en vigor del Decreto sobre la Reducción del Ejército. El documento decía lo siguiente:

> El Gobierno de los comisarios del pueblo, formado por trabajadores y campesinos, dispone: Empezar a reducir paulatinamente las tropas del ejército; con tal fin han de ser licenciados inmediatamente los ciudadanos movilizados en el año 1899. La desmovilización de los reclutas de las quintas posteriores será anunciada próximamente. Los desmovilizados deberán entregar las armas en los comités de campaña, que serán los responsables de su custodia (*Los Decretos del Gobierno Soviético*, vol. 1, pág. 66).

El decreto del 23 (10) de noviembre de 1917 venía firmado por el jefe del Soviet de Comisarios del Pueblo Vladímir Uliánov (Lenin) y por los comisarios populares de Asuntos Militares V. Ovseyenko (Antónov) y N. Krylenko.

6

Tras el primer decreto sobre la reducción del ejército, vino toda una serie de medidas pensadas para desmoronarlo definitivamente. El 15 de diciembre de 1917, en Petrogrado se reunió un tribunal militar encargado de reglamentar la desmovilización del ejército. El 16 de diciembre de 1917 fueron firmados los Decretos del Comité Ejecutivo Central Panruso (VTsIK) y SNK sobre el Estatuto Electoral del Poder Militar y sobre la Igualdad de Derechos de Todos los Militares. Para el ejército ruso esos decretos fueron algo como tiros de gracia en la cabeza.

Según el Decreto Sobre la Igualdad de Derechos de Todos los Militares, el poder militar se concentraba plenamente en manos de los Comités de Soldados, que no estaban supeditados a ningún órgano superior ni respondían ante nadie. Todas las cuestiones de peso se debían resolver por votación.

El Decreto sobre la Igualdad de Derechos de Todos los Militares abolía los grados militares y sus distintivos (órdenes, medallas, hombreras, bandas, etc.). Todos los generales y oficiales pasaban a ser «soldados del ejército revolucionario». A los comités no los elegía nadie, claro está.

Todo eso llevó al desplome total del ejército.

Ninguno de los estados jamás había disuelto su ejército ni siquiera en tiempos de paz. Pero Lenin y Trotski disolvieron el ejército de Rusia en plena guerra mundial, cuando la victoria estaba a punto de llegar.

En aquel entonces la situación de Alemania ya era completamente desesperada. Es un país que apenas tiene recursos naturales propios. Alemania y sus aliados estaban sometidos a un bloqueo, el abastecimiento por mar resultaba imposible; mientras los recursos naturales de Rusia son ilimitados. Contra Alemania luchaban los más importantes imperios coloniales, el británico y el francés. Estos también tenían a su disposición unos recursos naturales infinitos. En abril de 1917, Estados Unidos de América también declaró la guerra a Alemania. Teniendo semejantes enemigos, Alemania no habría conseguido ganar la guerra de ninguna forma. A Rusia solo le quedaba armarse de paciencia y esperar a que Alemania solicitase la paz.

Pero ocurrió aquello con lo que el káiser de Alemania no podía ni soñar: el ejército de Rusia, obedeciendo las órdenes de Lenin y Trotski, abandonó las

trincheras y se marchó a casa. En las líneas del frente fueron abandonados miles de cañones y obuses, lanzagranadas y ametralladoras, almacenes repletos de armas, municiones, indumentaria y víveres.

El Decreto sobre la Paz de Lenin suponía la rendición incondicional de Rusia ante Alemania. Desde aquel momento, el Frente Oriental dejó de existir. Alemania obtuvo la oportunidad de concentrar sus fuerzas en el Frente Occidental contra los que unos días antes habían sido aliados de Rusia.

Lenin y Trotski unilateralmente retiraron a Rusia de la guerra y la entregaron a la voluntad de Alemania.

El Decreto sobre la Tierra, al igual que el Decreto sobre la Paz, también resultó ser un engaño monumental. Repartieron las tierras entre campesinos, pero instauraron la así llamada «dictadura alimentaria»: mientras los batallones de abastecimiento, armados, incautaban todo lo que la tierra producía, los batallones de castigo actuaban en las inmediaciones de las ciudades capturando, saqueando e incluso asesinando a los matuteros (*meshóchniki*), campesinos que intentaban vender lo que habían cultivado con sus propias manos sobre sus «propias» tierras.

CAPÍTULO 2

¿Por qué traicionó Lenin a Rusia?

¡Tiembla, pobre burguesito!
Pronto el mundo arderá,
Mucha sangre correrá…
¡Y que sea Dios bendito!

ALEKSANDR BLOK[5]

1

A pesar de la rendición voluntaria de Rusia, a la que nadie la había obligado, la situación de Alemania y Austro-Hungría seguía empeorando drásticamente. En enero de 1918, en el Imperio Austro-Húngaro se declaró una huelga general. El mismo mes se convocó una huelga general en Alemania. Ambos países se encontraban al borde del colapso. Pero los comunistas rusos salvaron la situación.

Para seguir participando en la guerra, Alemania necesitaba enormes recursos estratégicos. Aquí, Lenin y Trotski de nuevo llegan a socorrer al káiser Guillermo. El 3 de marzo de 1918 firman el tratado de Brest-Litovsk. Los comunistas ceden a Alemania un territorio de cerca de un millón de kilómetros cuadrados. En ese territorio habitaban 56 millones de personas, un tercio de la población del Imperio Ruso. Allí se encontraba más de una cuarta parte de las tierras cultivables del país, el 26 por ciento de la red ferroviaria, 918 fábricas de textil, 244 factorías químicas, 615 fábricas de celulosa, 1073 fábricas de maquinaria industrial allí se fundía el 73 por ciento de hierro y de acero, se extraía el 89 por ciento de carbón (Felshtinski, Y. G., *El fracaso de la revolución mundial. El Tratado de Brest-Litovsk. Octubre de 1917-noviembre de 1918*, Moscú, Terra, 1992, págs. 286-287).

Conviene destacar que en dicho territorio estaban los suelos más fértiles de Rusia. Desde esa zona empezaron a realizarse envíos masivos e inmediatos de pan a Alemania. Sin un regalo así Alemania se tendría que haber rendido a principios de 1918, no habría podido aguantar hasta noviembre de 1918.

El 27 de agosto de 1928, fueron firmados unos convenios financieros germano-rusos como anexo del tratado adicional al tratado de paz entre Rusia, por un lado, y Alemania, Austro-Hungría, Bulgaria y Turquía, por otro. En el primer capítulo de dicho documento se estipulaba lo siguiente: «Rusia pagará a Alemania 6 mil millones de marcos. La cantidad de 1500 millones se abonará a través de una transferencia de 245 546 kg de oro de ley más 545 440 000 rublos en billetes de banco» (*Documentos de la política exterior de la URSS*, Moscú, Ediciones Políticas, 1957, vol. 1, doc. n.º 320, págs. 445-453). Las condiciones del tratado de paz no solo suponían la ruina de

Rusia, sino también su muerte.

2

En el momento de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, la situación de Alemania y de sus aliados ya era más que apremiante. ¿Lo sabría Lenin? Por supuesto. Por eso firmó un tratado que:

- le daba total libertad para continuar la lucha por reforzar la dictadura comunista dentro del país;
- proporcionaba a Alemania recursos y reservas suficientes para continuar la guerra en Occidente, que extenuaba tanto a Alemania como a los aliados occidentales.

Al concluir un tratado separado con el adversario, Lenin no solo traicionó a los aliados de Rusia, sino también a Rusia en sí. A principios de 1918, la victoria de Francia, Gran Bretaña, Rusia, Estados Unidos y otros países sobre Alemania ya estaba próxima y era inevitable. Rusia había perdido en la guerra millones de soldados y estaba en su pleno derecho de permanecer entre los vencedores, al igual que sus aliados. Pero Lenin no necesitaba una victoria así, necesitaba la revolución mundial. Lenin no ocultaba que el Tratado de Brest-Litovsk se había firmado con la intención de llevar a cabo una revolución mundial e instaurar el régimen comunista en otros países, aunque fuera en detrimento de los intereses de Rusia. Lenin reconocía «haber situado la dictadura del proletariado mundial y la revolución mundial por encima de cualquier interés nacional» (Informe del Comité Central en el VIII Pleno del Partido Comunista [bolchevique] de Rusia, 18 de marzo de 1919. Lenin V. I., Obras selectas, 4.ª ed., vol. 29, pág. 128).

La derrota de Alemania estaba muy cerca, pero Lenin firmó un tratado de paz en el cual Rusia renunciaba a sus derechos de país vencedor. Incluso todo lo contrario: Lenin entregó a Alemania, sin batallar, millones de metros cuadrados de las tierras más fértiles y las regiones industriales más ricas del país, además de pagar una contribución en oro.

Lenin y Trotski, prácticamente, disolvieron el ejército de Rusia, y millones de soldados rusos, sin timón ni gobierno, regresaron a sus casas, derrumbando por el camino los principales pilares del estatismo y de la recién nacida democracia. Se desató en el país la Guerra Civil, mucho más atroz y sangrienta que la Primera Guerra Mundial. Mientras todos luchaban contra todos, los comunistas fortalecían y ampliaban su poder y unos años más tarde llegaron a dominar todo el país.

Los comunistas estaban orgullosos de su pacifismo, sin embargo, la tenacidad con la que trataban de alcanzar la paz se sale tanto de los límites de lo razonable que empieza a parecer sospechosa.

A cambio de la paz, Lenin y Trotski abandonan bajo el dominio del enemigo a 56 millones de sus conciudadanos, sin preguntarles su opinión. ¿Para qué quieren la paz esos millones de personas si pronto llegará el invasor a sus casas?

A cambio de la paz, Lenin y Trotski regalaron a Alemania las tierras más fecundas del Imperio Ruso y, como consecuencia de ello, el resto del territorio fue azotado por la hambruna.

A cambio de la paz, Lenin y Trotski privaron a su país de los territorios donde se producía la mayor parte de hierro y de acero y donde se extraía casi todo el carbón. En aquella época el potencial industrial de un estado se evaluaba precisamente en relación con dichos parámetros: acero, hierro, carbón. Sin el pan, sin la carne, sin el oro ni el hierro, ni el acero, ni el carbón Rusia, sencillamente, no podía existir. ¿De qué sirve un tratado de paz que conduce el estado a la muerte?

En su afán por conseguir la paz, Lenin y Trotski destruyeron el ejército ruso, tras lo cual el káiser alemán no solo podía hacerse con lo que le correspondía según el Tratado de Brest-Litovsk, sino también con el resto de Rusia. En otras palabras, la paz suponía para Rusia una capitulación incondicional, vergonzosa, completa e ilimitada ante Alemania y sus aliados. Rusia se convirtió voluntariamente en una colonia alemana.

Para todas esas acciones Lenin y Trotski se inventaron una excusa: el Tratado de Brest-Litovsk fue forzoso. Puesto que no teníamos ejército y no había quien defendiera Rusia, nos vimos obligados a firmar esa paz humillante, denigrante y ladronesca.

Tal disculpa asombra por su falta absoluta de lógica. Primero Lenin, luego Trotski con toda su caterva estuvieron durante tres años carcomiendo el país y el ejército, invitando a los soldados a clavar las bayonetas en la tierra, en noviembre de 1917 disolvieron el ejército y luego declararon que Rusia no tenía a nadie que la defendiera.

3

A Lenin no le bastó con una guerra mundial. Él fue el primero en el mundo en anunciar la necesidad de la Segunda Guerra Mundial. Y él mismo disolvió el ejército de Rusia y puso al país de rodillas ante los agresores extranjeros.

Pero tales actuaciones parecen contradictorias solo a primera vista.

El himno oficial del partido de Lenin era *La internacional*. Su idea esencial es la siguiente: vamos a destruir el mundo viejo y sobre sus ruinas construiremos un mundo nuevo. Lenin, Trotski, Stalin y todos sus fieles, para destruir el régimen anterior, usaron no solo la guerra, sino también la paz. Tanto la paz como la guerra les servían para conseguir sus objetivos políticos, y ellos usaban ambas herramientas al mismo tiempo.

En unas circunstancias normales, en tiempos de paz y prosperidad, a nadie le

haría falta el partido de Lenin. Este no tenía ninguna oportunidad de llegar al poder. Por eso los comunistas necesitaban una guerra. Lenin, Trotski, Stalin y sus secuaces llevaban ansiando una guerra mundial desde 1900. Pero si esa guerra terminase con el triunfo de Rusia, los comunistas seguirían siendo innecesarios. Así que estos no solo querían una guerra, sino una catástrofe, una derrota de su propio país. Por eso votaron en contra de los créditos militares e hicieron todo lo posible e imposible por destrozar su ejército.

En 1914, justo al principio de la Primera Guerra Mundial, el partido de Lenin optó por la derrota de su propio país en el conflicto. Ojalá que el enemigo arrase y saquee Rusia, que derroque al gobierno, que pisotee todo lo sagrado que tiene la nación. En un país vencido y despojado es más fácil usurpar el poder. Lenin anunció abiertamente su propósito de «convertir la guerra imperialista en una guerra civil» (*OC*, vol. 26, págs. 13-23).

Todos y en todo momento tenían claro que Alemania no podía luchar en dos frentes a la vez. Pero si Alemania hubiera sido vencida tan pronto, la guerra mundial habría terminado y la perspectiva del inicio de la revolución mundial se habría desvanecido. Entonces, el objetivo de Lenin y de su partido era crear una situación en la que Alemania combatiera en un solo frente. Para eso sacaron a Rusia de la guerra.

Para aliviar la situación de Alemania, los bolcheviques le dieron todo lo posible: territorios, pan, oro, acero, carbón y muchas otras cosas. La intención de Lenin era sencilla: que Alemania y el Imperio Austro-Húngaro peleen contra Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Que se agoten unos a otros. Lo importante es no dejar que las llamas de la guerra se apaguen. Solo hay que apartarse y de cuando en cuando echar leña al fuego.

Mientras en Brest, siguiendo las órdenes de Lenin, se estaba firmando la paz con Alemania; en Petrogrado se estaba trabajando duramente para preparar la destitución del gobierno alemán.

En aquel entonces, en Petrogrado, se editaban millones de ejemplares del periódico comunista en alemán *Die Fackel*. E incluso antes de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, en enero de 1918, allí mismo fue donde se fundó el colectivo comunista alemán Espartaco. Los periódicos *Die Weltrevolution* (que quiere decir «revolución mundial») y *Rote Fahne* (que quiere decir «bandera roja») tampoco fueron fundados en Alemania, sino en la Rusia comunista siguiendo las directivas de Lenin, que acababa de firmar la paz con Alemania («La guerra civil y la intervención armada en la URSS», *Enciclopedia*, 2.ª ed., Moscú, Enciclopedia soviética, 1987, pág. 397).

Durante los años veinte del siglo XX, el comunismo arraigó con fuerza en Alemania. De eso se había encargado Lenin, precisamente en el periodo durante el cual Alemania estaba involucrada en una guerra exasperante y extenuante en Occidente. Lenin, mientras tanto, tenía firmado con el gobierno alemán un tratado de «paz».

Y por fin acaba la Primera Guerra Mundial. En noviembre de 1918, en Europa se crea la situación con la que soñaban los caudillos del Kremlin. El agotamiento económico y militar de todos los países beligerantes llegó a sus límites. Europa se sumió en una crisis jamás vista, que abarcaba todas las esferas de la vida: economía, política, sociología. Alemania se dio por vencida. Su monarquía cayó. El hambre y la anarquía se apoderaron del país. De pronto todo el pacifismo de Lenin y Trotski se esfumó. El 13 de noviembre de 1918, tres días después del final de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno de la Rusia Soviética ordenó al Ejército Rojo que comenzaran las operaciones de ataque contra Europa.

Basta con echar una ojeada a los protocolos de cualquiera de los múltiples plenos y congresos de aquella época para darse cuenta de que el único asunto en la agenda era la revolución mundial.

El objetivo de la agresión soviética era la implantación del comunismo en todo el continente europeo. Unos días después el Ejército Rojo empezó la invasión de los países bálticos.

El 29 de noviembre de 1918 fue formado el gobierno comunista de Estonia. El 4 de diciembre de 1918, el de Letonia. El 8 de diciembre de 1918, el de Lituania.

> El 17 de diciembre [de 1918], en Letonia, fue publicado el manifiesto bolchevique, en el que Alemania figuraba como el objetivo de los próximos ataques (Felshtinski, Y. G., *Las mayores revoluciones mundiales*, Londres, Overseas Publications Interchange, 1991, pág. 529).

No es necesario siquiera leer proclamas ni manifiestos, ni resoluciones, ni actas de los congresos. Un imperioso llamamiento a la guerra mundial impregnó en aquellos días toda la vida de la Rusia Roja. El llamamiento a la guerra mundial bramaba desde las tapas de los cuadernillos escolares, desde millones de carteles con los que se empapelaban los edificios y barrios enteros; el mismo llamamiento sonaba en las reuniones de los trabajadores, en los mítines de los combatientes del Ejército Rojo, en cada tribuna, en cada farola y, por supuesto, en las páginas de las ediciones periódicas: ¡Pronto el mundo arderá!

Los cálculos de Lenin fueron acertados: el Imperio Alemán, extenuado por la guerra, sucumbió a la dureza del conflicto. La guerra condujo al Imperio al desplome y a la posterior revolución. En Europa, arrasada por la guerra, sobre los escombros de los antiguos imperios fueron surgiendo estados comunistas, con sistemas sorprendentemente parecidos al de los bolcheviques. Lenin exclamaba triunfante: «Un poco más y seremos testigos del triunfo del comunismo en el mundo entero, presenciaremos la fundación de la República Federativa Soviética Mundial» (discurso de Lenin: «III Internacional Comunista», pronunciado a finales de marzo de 1919, *OC*, vol. 38, pág. 231).

* * *

El Tratado de Brest-Litovsk no solo iba en contra de los intereses nacionales de Rusia, sino que también perjudicaba a Alemania. Por su esencia y su objetivo, el Tratado de Brest-Litovsk es el precursor del Pacto Ribbentrop-Mólotov.

La idea que tuvo Lenin en 1918 coincide con la previsión de Stalin de 1939: que Alemania continúe la guerra en Occidente, debilitándose a sí misma y a los aliados occidentales, hasta agotar todos los recursos. Nosotros la ayudaremos en esa labor, pero después…

CAPÍTULO 3

Los primeros intentos de desatar la Segunda Guerra Mundial

Somos el partido de la clase que va a conquistar el mundo.

M. V. FRUNZE[6]

1

Los planes de Lenin se cumplieron en parte. La guerra llevó al Imperio Alemán al desplome y la posterior revolución; y el Imperio Austro-Húngaro tampoco aguantó y se vino abajo.

Como resultado de la Primera Guerra Mundial, en Europa se creó una situación a la que los comunistas llamaban «prerrevolucionaria». En 1918, en muchos países europeos surgieron partidos comunistas. El 3 de noviembre de 1918 se sublevaron los marinos alemanes en Kiel. Dos días después, el levantamiento se extendió por toda Alemania, y entre el 7 y el 8 de noviembre llegó a las principales regiones industriales y a la capital, Berlín.

La insurrección fue sofocada o se apagó por sí sola, pero ya en enero de 1919, en Bremen, fue proclamada una república soviética.

En marzo de 1919, surgió la República Soviética de Hungría.

En abril de 1919, la República Soviética de Baviera.

Según el modelo soviético, en dichos estados comunistas se formaban ejércitos rojos y destacamentos de policía secreta, que se hacían llamar Comisiones Extraordinarias para la Lucha con la Contrarrevolución. Esas comisiones extraordinarias enseguida empezaron a aplicar política de terrorismo contra todos los estratos de la población, mientras los ejércitos rojos se arrojaban hacia los países vecinos para «liberarlos», llevando a cabo una guerra revolucionaria.

Un ejemplo típico: varias unidades del Ejército Rojo Húngaro entran en territorio eslovaco y el 20 de junio de 1919 se proclama la República Soviética de Eslovaquia. Inmediatamente, se convoca un gobierno comunista, que anuncia la expropiación de bienes de las personas físicas, la nacionalización de tierras, de las empresas industriales y comerciales, bancos y medios de transporte. Se empieza a formar el Ejército Rojo de Eslovaquia y la Comisión Extraordinaria para la Lucha contra el Sabotaje (la Checa). Al mismo tiempo, la República Socialista Soviética de Ucrania declara la guerra a Rumanía y se dispone a avanzar hacia el occidente para unirse a la República Socialista Soviética de Hungría (*Ródina*, 1990, n.º 10, pág. 13).

Lenin y Trotski estaban preparando la instauración del comunismo no solo en

Europa, sino también en Asia. El 5 de agosto de 1919, Trotski redacta un memorando secreto al respecto. (Dicho documento se conserva en el archivo de Trotski de la Universidad de Harvard. La primera publicación del escrito: *The Trotsky Papers 1917-1922*, ed. de J. Meijer, vol. 1, 1917-1919, La Haya, 1964, págs. 620-627).

Trotski opinaba que «el camino a París y Londres había de pasar por las ciudades de Afganistán, Penyab y Bengala». Proponía «organizar una incursión a la India para ayudar a la revolución local». Para eso, según él, había que crear en los Urales o en Turquestán «el Estado Mayor de la revolución asiática y la academia de la revolución», formar un cuerpo especial de caballería de entre treinta a cuarenta mil jinetes y «lanzarlo hacia la India» para que apoyaran a los «revolucionarios aborígenes».

Una parte de dicho memorando presenta un interés especial. Trotski aconsejaba aprovechar las tensiones entre Estados Unidos y Japón:

> El antagonismo entre Japón y Estados Unidos crearía para nosotros un contexto favorable… Podríamos contar incluso con el apoyo directo de los canallas de Washington en la lucha contra Japón (*The Trotsky Papers*, pág. 622).

2

En los años 1918 y 1919 no fue posible provocar una segunda guerra mundial. El Ejército Rojo no llegó hasta Alemania. Era demasiado débil aún. Además, Rusia estaba envuelta en una sangrienta guerra civil. Las principales fuerzas del Ejército Rojo fueron arrojadas a los frentes internos para luchar contra los pueblos de Rusia que no querían comunismo. En aquel momento, Lenin y Trotski no podían permitirse destinar demasiados recursos para socorrer a los estados comunistas que habían ido apareciendo en Europa Central.

Pero la lucha continuaba. Los comunistas de la Rusia Soviética dejaban las armas forzosamente, realizaban negociaciones y firmaban acuerdos de paz. Sin embargo, ya en marzo de 1918 reconocieron que romperían dichos acuerdos cuando lo considerasen conveniente:

> El Congreso necesita subrayar que el Comité Central está autorizado para anular en cualquier momento todo tipo de pactos y acuerdos de paz firmados con los estados imperialistas y burgueses, al igual que para declararles la guerra. (Resolución del VII Congreso del Partido Comunista de Rusia[7]. Los protocolos de los congresos y plenos del Partido Comunista Pansoviético (de los bolcheviques). Congreso séptimo. Moscú-Leningrado, 1928, pág. 176. *PCUS en las resoluciones y las actas de los congresos, conferencias y plenos del Comité Central. Antología documental*, Moscú, Ediciones Políticas, 1970, pág. 27).

3

En 1919, Lenin y Trotski fundan en Moscú una organización llamada Internacional Comunista o Comintern. Dicha organización se definía como el Estado Mayor de la

revolución mundial y tenía por objetivo la creación de la Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En 1919, en todos los continentes, arrancó el proceso de unificación y fortalecimiento de los partidos comunistas. Todos ellos se declaraban miembros de la Comintern.

Oficialmente, la estructura de esta organización era la siguiente. Los partidos comunistas de todo el mundo, incluido el de Rusia (PCR[b]), eran iguales entre ellos. Todos tenían que hacer aportaciones dinerarias a las arcas de la Comintern. Los representantes de los partidos comunistas de todo el mundo se reunían en congresos, elaboraban tácticas y estrategias, elegían y formaban el gobierno central, el Comité Ejecutivo de la Comintern. Los comunistas de todo el mundo debían acatar las órdenes de dicho órgano. El Partido Comunista de Rusia, teóricamente, era una sección más de la Comintern e, igual que los otros partidos, estaba obligado a acatar las normas impuestas.

En la práctica, todo era distinto. La totalidad de la financiación de la Comintern provenía de las reservas de oro de la Rusia Soviética. Los partidos comunistas de todos los países del mundo habían sido creados con el dinero de Moscú y subsistían gracias a las aportaciones del Kremlin. Y también la Comintern misma. Los dirigentes de la Comintern vivían y trabajaban en Moscú, bajo un estricto control de la policía secreta soviética. Todas las órdenes las recibían desde el Kremlin. Entre ellos solo estaban aquellos que convenían a los caciques del Kremlin, solo aquellos que obedecían sin reserva a sus mandatos.

La Comintern era una formación única en su especie. Nunca en la historia de la humanidad había existido semejante organismo. Casi en todos los países del mundo, desde Japón hasta Uruguay y Chile, habían sido fundados partidos comunistas, que seguían ciegamente la línea política que se les dictaba desde Moscú. En la mayoría de los casos, los representantes de los partidos comunistas estaban al mando de la dirección de los sindicatos, de los órganos legislativos de sus países e incluso de los gobiernos. Pero esta solo es una de las facetas de la labor de la Comintern, la visible.

Por otro lado, aparte de la lucha abierta, los comunistas realizaban actividades ocultas. Si tuviéramos que resumir la ideología de los comunistas, nos saldría lo siguiente:

1. Hay que destruir el mundo antiguo y construir uno nuevo.
2. Para la destrucción del mundo antiguo y la construcción del mundo nuevo es imprescindible conquistar el poder político.
3. Para conquistar el poder político se han de usar todos los medios, tanto pacíficos como violentos, tanto abiertos como encubiertos.
4. La lucha por conseguir un mundo nuevo no se tiene que llevar a cabo en un solo país, sino en el mundo.
5. Los intereses de la revolución mundial están por encima de los intereses

de estados concretos.

Todos los que se enrolaban en el Partido Comunista aceptaban dicha ideología, es decir, se comprometían a luchar, si fuera necesario, contra su propio país empleando todos los medios, incluidos los secretos y los violentos. Se generó una situación singular: los servicios de inteligencia de la Rusia Soviética de pronto empezaron a recibir legiones enteras de voluntarios en todos los países. Solo quedaba escoger entre ellos a los más adecuados, enseñarlos, financiarlos y fijarles como objetivo la lucha contra sus propios países y gobiernos.

Así, en los años veinte del siglo XX, los servicios de inteligencia de la Rusia Soviética rápidamente se convirtieron en la organización secreta más potente del mundo. Cientos de miles de alemanes y checos, húngaros y americanos, ingleses, japoneses y franceses trabajaban de buen grado para asegurar, supuestamente, un futuro brillante para toda la humanidad.

Pero en realidad trabajaban para el Kremlin.

Al final, la revolución mundial no se produjo. Los regímenes comunistas en Baviera, Bremen, Eslovaquia y Hungría resultaron endebles e insostenibles, los partidos de izquierda aún eran débiles y actuaron con indecisión a la hora de conquistar y mantenerse en el poder. Lenin y Trotski, a su vez, no les podían proporcionar su ayuda militar, puesto que todas las fuerzas de los bolcheviques habían sido arrojadas a los frentes internos para luchar contra los pueblos de Rusia, que no querían comunismo.

4

El 28 de junio de 1919, entre la Alemania derrotada por un lado y los países vencedores por otro, fue firmado el Tratado de Versalles.

La victoria siempre tiene muchos padres. Entre los ganadores, aparte de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, aparecían Bolivia, Guatemala, Haití, Cuba, Ecuador, Honduras, Libia, Nicaragua, Panamá, Perú, Uruguay y muchos otros estados. Pero, realmente, el Tratado de Versalles regulaba la relación de Alemania con Francia y Gran Bretaña, apoyadas incondicionalmente por Estados Unidos.

Las condiciones que los vencedores formularon en Versalles exigían al país derrotado un desarme prácticamente total. El servicio militar obligatorio se abolía. El número de efectivos de las fuerzas armadas se reducía y se fijaba en cien mil personas. Se disolvió el Estado Mayor y se cerraron las academias militares. Se prohibía la creación de un nuevo Estado Mayor y de nuevas academias militares. Las fuerzas armadas solo se podían completar por medio del reclutamiento voluntario y su actuación se reducía al mantenimiento del orden público en el interior del país. La flota regular se sometía a una reducción considerable, mientras que la flota submarina se desmantelaba por completo. Se ordenó la demolición de la mayoría de las

fortificaciones alemanas.

Alemania perdió el derecho a tener artillería pesada, carros de combate, submarinos, aviación militar y aviación naval, incluidos los dirigibles. Se le prohibía tener o investigar sobre armas químicas; se destruyeron sus reservas de las sustancias tóxicas. A Alemania se le prohibía terminantemente importar armas u otros bienes militares. La fabricación de armas en Alemania se sometía a un estricto control internacional.

Del territorio alemán se escindían, en total, más de 67 000 kilómetros cuadrados, es decir una octava parte de sus tierras, con una población de 5 138 000 habitantes. Le quitaron todas las colonias, lo que suponía una superficie total de tres millones de metros cuadrados y una población de trece millones de habitantes (Shatsillo, V. K., *La Primera Guerra Mundial. 1914-191. Hechos y documentos*, Moscú, Olma-Press, 2003, pág. 470).

Alemania tuvo que entregar a sus adversarios todos sus mercantes con una capacidad superior a 1600 toneladas, la mitad de los barcos con capacidad superior a 1000 toneladas, un cuarto de los pesqueros, una quinta parte de su flota fluvial y durante cinco años estaban obligados a fabricar mercantes para sus enemigos, con un desplazamiento total de 200 000 toneladas al año (De aquí en adelante, las condiciones del tratado se citan de Kliúchnikov, Y. V., *Tratado de Paz de Versalles*, Moscú, Litizdat del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores, 1925).

Alemania se comprometía a suministrar a Francia hasta 140 millones de toneladas de carbón, a Bélgica, 80 millones de toneladas, a Italia, 77 millones de toneladas; además, iba a entregar a los vencedores la mitad de sus reservas de tintes y sustancias químicas de uso común y una cuarta parte de su producción posterior hasta 1925.

Los aliados adquirían el derecho a utilizar los puertos, las aguas territoriales y la red ferroviaria de Alemania. Aparte de todo esto, el país se vio obligado a pagar a sus vencedores unas cantidades de dinero astronómicas. La conferencia de Londres, que se celebró en mayo de 1921, fijó el importe total de las reparaciones de guerra para Alemania en 132 000 millones de marcos de oro.

5

El Tratado de Versalles no solo era clamorosamente injusto, asolador y humillante para Alemania, sino que también resultaba estúpido. Era un pacto que no suponía la reconciliación.

Lenin fue el primero en darse cuenta de que la Primera Guerra Mundial iba a dejar en pos de sí una herencia explosiva. Los países triunfantes, sobre todo Francia, habían sobrepasado todos los límites e impusieron a Alemania unas indemnizaciones bestiales. El desembolso de esas sumas ingentes provocó en el país una aguda crisis económica y condenó al pueblo alemán al hambre y la miseria, lo situó al borde de un abismo.

Lenin fue el primero en entender que, para Europa, el Tratado de Versalles era una bomba de relojería, que Alemania nunca iba a consentir tamaña injusticia, que iba a encontrar fuerzas para vengarse del Tratado de Versalles, para conseguir la revisión de los resultados de la Primera Guerra Mundial, para tomar la revancha y reparar agravios. El 15 de octubre de 1920, Lenin declaró:

> La estabilidad, proveniente del Tratado de Versalles, pende de un hilo, puesto que las siete décimas partes de la población mundial, que vive en esclavitud, lo único que esperan es que llegue alguien y los conduzca a la lucha y que empiecen a tambalearse todos esos estados… (*OC*, vol. 41, pág. 353).

* * *

Lenin no sabía que ese «alguien» ya había llegado. Que en septiembre de 1919 ese «alguien» se había enrolado en el Partido Obrero Alemán y había empezado su lucha contra el Tratado de Versalles.

Y que más adelante denominaría su labor *Mein Kampf*[8].

CAPÍTULO 4

«¡A por Varsovia!»

> Es indudable que, si hubiéramos triunfado sobre el Vístula, las llamas de la revolución se habrían prendido en todo el continente europeo… La revolución pudo venir desde el exterior.
>
> MIJAÍL TUJACHEVSKI[9]

1

En el verano de 1920, Lenin y Trotski emprendieron un nuevo intento de desatar una guerra revolucionaria, invadiendo Alemania a través de Polonia. El momento más propicio se había perdido. Sin embargo, en 1920, Alemania seguía siendo un lugar bastante adecuado para iniciar una guerra de clases. Estaba desarmada y humillada. Sus ideales, echados por tierra y pisoteados. En el país no había ejército, además lo estaba azotando una durísima crisis económica. En marzo de 1920, Alemania fue escenario de una huelga general, en la que, según algunas fuentes, participaron más de doce millones de personas. Era un polvorín, lo único que faltaba era una chispa. Esa chispa la habría de llevar el Ejército Rojo.

Los camaradas Lenin y Trotski tendieron una mano a Europa… Una mano con una antorcha encendida.

La *Marcha Oficial del Ejército Rojo* (la *Marcha de Budionni*) incluía este verso: «¡A (por) Varsovia! ¡A (por) Berlín!».

El 9 de mayo de 1920, el periódico *Pravda* publicó la siguiente arenga: «¡A por Occidente, obreros, campesinos! ¡Contra los burgueses y terratenientes, por la revolución internacional, por la libertad de todos los pueblos!».

2

En verano de 1920, dos frentes soviéticos, el occidental y el sudoccidental, lanzaron un fuerte ataque contra Polonia. Al mando de los frentes estaban dos antiguos oficiales del ejército zarista, dos futuros mariscales de la Unión Soviética: el Frente Occidental lo dirigía el exteniente segundo Tujachevski y el sudoccidental, el excoronel Yegórov.

Desde el primer día de la existencia del Ejército Rojo, todos los grados militares superiores al de teniente se sometieron a un estricto control del Partido Comunista. Los comunistas controladores, entre un batallón y un cuerpo de ejército inclusive, se denominaban «comisarios»; en los niveles superiores, se llamaban «miembros de los Consejos Militares Revolucionarios (CMR[10])».

La actividad de Tujachevski estaba controlada por dos miembros del CMR del Frente Occidental, Dzerzhinski y Unshlicht. La actividad de Yegórov la supervisaba el miembro del CMR del Frente Sudoccidental Stalin.

El objetivo de la guerra era la liberación de Europa. Aquí presentamos unos fragmentos de la orden n.º 1423, del 2 de julio de 1920, dirigida a las tropas del Frente Occidental.

> ¡Combatientes de la revolución obrera! Dirijan sus miradas hacia el occidente. Allí se está decidiendo la suerte de la revolución general. El camino hacia el incendio mundial pasará por encima del cadáver de Polonia. Llevemos en las puntas de nuestras bayonetas la paz y la felicidad al planeta. ¡Al occidente! ¡A la lucha decidida! ¡Por la victoria definitiva! (Kakurin, N., Mélikov, V., *La guerra civil en Rusia. La lucha contra los polacos blancos*, Moscú, AST, 2002, pág. 670. Ivanov, V. M., «Un réquiem para timbales victoriosos», revista *Ural*, 1994, n.º 2-3, pág. 242).

Mientras el Ejército Rojo marchaba, decidido y victorioso, hacia Varsovia y Leópolis, en Moscú se estaba celebrando el Segundo Congreso de la Comintern. Ese Estado Mayor de la revolución mundial clamaba entonces:

> Hermanos del Ejército Rojo, sabed que vuestra guerra contra los terratenientes polacos es la guerra más justa jamás conocida por la historia. No solo estáis luchando por los intereses de la Rusia Soviética, sino por los intereses de todo el mundo obrero, por la Internacional Comunista… Sabed, camaradas, que el Ejército Rojo ahora es una de las fuerzas más importantes de la historia universal. Sabed que ya no estáis solos. Los trabajadores del mundo entero están con vosotros. El momento de la creación del Ejército Rojo Internacional está a punto de llegar (*Actas de los Congresos de la Internacional Comunista. II Congreso de la Comintern*, julio-agosto de 1920, Moscú, 1934, pág. 586).

Y a continuación unos fragmentos del *Manifiesto del Segundo Congreso de la Comintern*:

> La Internacional Comunista es el partido de la insurrección revolucionaria del proletariado internacional (*ibidem*, pág. 563).

> ¡La Alemania Soviética, unida a la Rusia Soviética, sería más fuerte que todos los estados capitalistas juntos! La Internacional Comunista declara como suyos los objetivos de la Rusia Soviética. El proletariado mundial no envainará sus espadas hasta que la Rusia Soviética pase a formar parte de la federación mundial de las repúblicas soviéticas (*ibidem*, pág. 556).

El 23 de julio de 1920, directamente desde el congreso, Lenin mandó un telegrama a Stalin, que en aquel entonces era miembro del CMR del Frente Sudoccidental, en el que decía lo siguiente:

> La situación de la Comintern es estupenda. Zinóviev, Bujarin y yo pensamos que habría que estimular la revolución en Italia. Según mi opinión personal, para eso es imprescindible sovietizar Hungría y, probablemente, Chequia y Rumanía también (*La Comintern y la idea de la revolución mundial. Documentos*, Moscú, Naúka [Ciencia], 1998, pág. 186).

Durante la conversación con los delegados franceses del congreso, Lenin se mostró más tajante aún:

Sí, las tropas soviéticas están en Varsovia. En breve Alemania será nuestra. Reconquistaremos Hungría, los Balcanes se alzarán contra el capitalismo. En esta tormenta estallarán todas las costuras de la Europa burguesa (traducción del francés, se cita de Frossard L.-O., *De Juares a Lenin. Notes et souvenirs d'un militant*, París, 1930, pág. 137).

3

Lenin se adelantó un poco haciendo pasar lo deseable por lo factible. Pero hay que reconocer que los comunistas rusos estaban cerca de la victoria. Cuando el Segundo Congreso de la Comintern estaba llegando a su fin, Varsovia se encontraba semicercada por las tropas del Ejército Rojo. En vísperas del contraataque polaco, el Tercer Cuerpo de Caballería, bajo el mando de Gay, atravesó el Vístula en las inmediaciones de Włocławek, es decir que se situó a unos 360 km de Berlín, unos diez días de marcha (Kakurin, N. y Mélikov, V., *La Guerra Civil en Rusia*, pág. 434).

Para lograr la victoria no era necesaria la ocupación clásica, bastaba con «prender fuego». En la Europa de la posguerra, devastada, arruinada, agotada y debilitada, había combustible más que suficiente.

Nada más entrar el Ejército Rojo en territorio polaco, la primera ciudad ocupada fue proclamada inmediatamente la República Socialista Soviética de Polonia (RSSP) (*Documentos y materiales de la historia de relaciones polaco-soviéticas*, Moscú, Naúka, 1965, vol. 3 [abril 1920-marzo 1921], pág. 221). Al mando de la RSSP se pusieron unos camaradas de la policía secreta soviética. Entre ellos estaba Félix Dzerzhinski y su suplente Iósif Unshlicht. Dzerzhinski era el colaborador más cercano de Lenin y Trotski, uno de los fundadores del sistema penitenciario de la dictadura comunista y el primer jefe de la Checa.

El 30 de julio de 1920, justo después de la caída de Białystok, allí se convocó el **Comité Provisional Revolucionario de Polonia** (Polrevkom), encabezado por Julian Marchlewski; otros miembros eran Dzerzhinski, Unshlicht, Prujniak y Kon. Pero el verdadero dirigente del Polrevkom era, por supuesto, el jefe de la policía secreta Dzerzhinski. Para asegurar un buen funcionamiento del Polrevkom, Moscú desembolsó mil millones de rublos. A mediados de agosto, empezó a estructurarse el Ejército Rojo de Polonia, cuyo comandante sería Román Longva (Piátnitski, V. y Kolpakidi, A., *Complot contra Stalin*, Moscú, Sovremennik, 1998, pág. 322. Meltujov, M. I., *Las guerras polaco-soviéticas: confrontación político-militar de 1918-1939*, Moscú, Veche, 2001, pág. 78).

En el caso de la caída de Varsovia, el Ejército Rojo tendría el camino hacia Europa despejado. Durante aquellos días, algunos caudillos de la Rusia Soviética expresaron sus esperanzas de que la guerra llevase al Ejército Rojo hacia los muros de París y de Londres (Stephen Cohen, *Bujarin. Biografía política. 1888-1938,* Moscú, Progress, 1988, pág. 133).

El mariscal Józef Piłsudski, que había encabezado el estado polaco y su ejército durante la guerra contra los comunistas, en su libro *La guerra de 1920*, reconoce sin

cortapisas que la civilización mundial estaba al borde de una catástrofe. Se había creado una situación realmente dramática, cuando, según Piłsudski, «toda Varsovia se adentró en una pesadilla de impotencia y cobardía» (Piłsudski, J., *La guerra de 1920*, Moscú, Nóvosti, 1992, pág. 226. El libro se publicó en el mismo volumen que *La marcha a través del Vístula* de Tujachevski).

En 1920, Polonia era el único país de Europa capaz de enfrentarse a la Rusia Soviética. Con mucha razón opinaba Piłsudski que aquella guerra «estuvo a punto de quebrar el destino de todo el mundo civilizado».

4

La Rusia Soviética y Alemania no compartían frontera. Para prender en este último país las llamas de la revolución había que derribar la barrera, la libre y soberana Polonia. El 22 de septiembre de 1920, en su intervención en la IX Conferencia del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, Lenin explicó la lógica que había detrás de las acciones de los bolcheviques:

> Llegamos a convencernos de que […] la guerra defensiva contra los imperialistas ha acabado. La hemos ganado […]. Ahora vamos a intentar atacarlos, para ayudar a la sovietización de Polonia. […] La historia del Comité de Acción Política de Inglaterra demostró que […] en un lugar cercano a Varsovia se encuentra el centro del actual sistema de imperialismo internacional. […] En Alemania e Inglaterra hemos creado un frente de revolución proletaria totalmente nuevo para combatir el imperialismo mundial, porque Polonia, como estado colchón entre Rusia y Alemania […] sirve de soporte al Tratado de Versalles. […] La conquista de Varsovia era nuestro objetivo. […] Resulta que lo que está en juego no es el destino de Varsovia, sino el del Tratado de Versalles (Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social. Fondo 44. Inventario 1. Caso 5. Folios 9-36. Acta taquigráfica. Publicado en Archivo histórico, 1992, n.º 1, págs. 14-27).

Pero los comunistas corrieron la mala suerte de tener al mando de sus tropas a Tujachevski, que no entendía nada de estrategia militar[11]. Los ejércitos de Tujachevski fueron derrotados en las inmediaciones de Varsovia y huyeron humillados. En el momento crítico Tujachevski no encontró reservas estratégicas, lo cual determinó el desenlace de la grandiosa contienda.

El fracaso de Tujachevski no fue casual. Medio año antes de iniciar el ejército soviético la «marcha de liberación» de Varsovia y Berlín, «probó con teorías» que las reservas estratégicas militares eran prescindibles. El 24 de diciembre de 1919, Tujachevski dio una conferencia en la Academia del Cuartel General del Ejército Rojo, en la que afirmó lo siguiente: «Las reservas estratégicas, cuya utilidad siempre ha sido dudosa, en nuestra guerra son inadmisibles» (Tujachevski, M. N., *Obras escogidas*, Moscú, Ediciones Militares, 1964, vol. 1, pág. 47).

Dicha afirmación se contradice con la experiencia acumulada por la humanidad durante miles de años y con la práctica mundial del arte de la guerra. El jefe militar no será vencido mientras tenga reservas estratégicas. Las reservas estratégicas son la herramienta principal, si no la única, con la que el jefe militar influye y actúa sobre el

transcurso y el resultado de un combate, de una batalla o de toda una guerra. Una espiga sobrante es capaz de partirle el espinazo a un camello de carga. Un jefe militar siempre debe traer una espiga así en la manga. Cuanto más incierta, imprevisible y peligrosa sea la situación, más reservas estratégicas se deben acumular. Un buen estratega ha de saber escoger el momento adecuado e introducir en la contienda fuerzas frescas que ha ido guardando hasta entonces.

Siempre fue así precisamente como se ganaron las lides más famosas. Desde la madrugada hasta bien entrado el mediodía se prolonga la pugna mortal. Se oyen golpes y gemidos, el chirriar del acero se mezcla con alaridos inhumanos. Ríos de sangre y sudor corren entre montañas de cadáveres, los caballos pisotean a los heridos. Los combatientes están agotados, exhaustos. En las filas del adversario empiezan a sonar las cornetas, anunciando la victoria cercana. ¡Mas el sabio general sabe que no todo está perdido! Ha dirigido la batalla con harta cautela y mesura. En el bosque cercano aguarda su regimiento de reserva, la mejor parte de todas sus tropas, soldados y adalides selectos. Esta fuerza fresca, solo con su aparición repentina, quebranta el espíritu guerrero del contrincante. Empieza su derrota.

En todos los tiempos, las reservas estratégicas decidieron el desenlace de las batallas y las guerras. Y a la inversa: la falta de reservas estratégicas condujo a estrepitosas derrotas. Sin las reservas estratégicas la guerra es imposible.

Un jugador que ha perdido la última moneda tiene que abandonar de inmediato la partida. ¡Nunca se debe jugar de prestado! ¡Acabas en la ruina! De la misma forma un jefe militar, al agotar todas sus reservas, está obligado a cesar el ataque y pasar a la defensa o retirada.

El «gran estratega» Tujachevski había emprendido la ofensiva contra Varsovia sin tener reservas desde el principio. Se negaba a tenerlas conscientemente. Por cierto, la idea de que las reservas estratégicas no son necesarias en una guerra es la única aportación de Tujachevski a la estrategia militar. No supo enriquecerla con nada más.

5

En definitiva, el Frente Occidental avanzaba hacia Varsovia sin reservas estratégicas, mientras el Frente Sudoccidental se dirigía hacia Leópolis, acompañado por el Primer Ejército de Caballería, un potentísimo apoyo estratégico. A pesar de llamarse «ejército de caballería», iba provisto de aeroplanos, trenes y automóviles blindados, artillería, ametralladoras instaladas sobre carruajes o camiones. El Primer Ejército de Caballería presentaba una movilidad jamás vista desde los tiempos de Gengis Kan. Era capaz de realizar traslados relámpago hacia la retaguardia del enemigo, adelantándose a este en la ocupación de los territorios más importantes. E incluso, cuando era necesario, el Primer Ejército de Caballería podía lanzar contraataques al adversario que ya había atravesado la línea de defensa.

El Primer Ejército de Caballería era obra de Stalin. En su creación habían

participado otras personas, pero sin el visto bueno de las altas autoridades ese proyecto no habría sobrevivido. Stalin lo apreció y lo apoyó.

Yegórov y Stalin se dirigían hacia Leópolis. Tujachevski, Dzerzhinski y Unshlicht, hacia Varsovia. Era más cómodo atacar Alemania desde la región de Leópolis que desde Varsovia, puesto que no era necesario vadear el Vístula ni el Óder. Además, en el caso de que el enemigo dinamitara los puentes sobre esos ríos, sería extremadamente difícil suministrar provisiones a las tropas de vanguardia.

El Frente Sudoccidental, dirigido por Yegórov y Stalin, entró en la región de Leópolis. El Frente de Tujachevski, entre tanto, se acercaba a las inmediaciones de Varsovia; incluso, uno de los cuerpos logró atravesar el Vístula.

Pero el ex teniente segundo dirigía el Frente Occidental de una manera particular. Lo hacía desde una hermosa lejanía, desde un lujoso convoy ferroviario que antes de la caída de la monarquía había pertenecido al gran duque Nikolái Nikoláievich Románov el Joven. Dicho convoy, custodiado por trenes blindados, se ubicaba en Minsk. Tujachevski no veía sus tropas. Recibía informes y emitía órdenes a través de telégrafos.

El 16 de agosto de 1920 las tropas polacas, dirigidas por Piłsudski, realizaron un ataque inesperado por el flanco y la retaguardia del Frente Occidental. Tujachevski no tenía a la mano reservas estratégicas, o sea, aquella herramienta con que repeler al enemigo. Tujachevski enseguida contactó con su superior, con Trotski: no tenemos reservas, necesitamos reservas urgentemente.

Ni Trotski ni Tujachevski habían creado nada similar al Primer Ejército de Caballería, ni siquiera les parecía bien la idea de hacerlo. Pero en cuanto el toro, tras recorrer los pasillos del lujoso vagón ducal, pilló a Tujachevski, este se dio cuenta de la situación y rogó: ¡Enviadme el Primer Ejército de Caballería!

Y Trotski ordenó: ¡Retirad el Primer Ejército de Caballería del Frente Sudoccidental y ponedlo a disposición de Tujachevski!

Stalin, uno de los miembros del CMR del Frente Sudoccidental, se negó en rotundo a acatar dicha orden. El motivo principal era que la dirección de Leópolis proporcionaba más oportunidades de ganar que la de Varsovia. El segundo motivo era que el Primer Ejército de Caballería ya estaba participando en duros combates y había tenido pérdidas considerables. Así que el intento de retirarlo y trasladarlo a otro frente habría causado tanto el fracaso del Frente Sudoccidental como el del mismo Ejército de Caballería.

6

La derrota acaecida en las inmediaciones de Varsovia fue abrumadora. Los polacos capturaron cien mil prisioneros. La explicación que dio Tujachevski de su pérdida fue sencilla: ¡Es que no tenía reservas estratégicas! ¡Si al Frente Sudoccidental le hubieran quitado el Primer Ejército de Caballería y se lo hubieran dado al Frente

Occidental, el empuje de los polacos habría sido paralizado! En otras palabras, si a aquel tipo de la mesa de al lado le hubieran quitado la cartera y me la hubieran dado a mí, yo habría pagado el champán, las codornices y las fulanas.

La pregunta es ¿para qué encargar una cena en un restaurante de lujo si en los bolsillos no tienes más que agujeros? ¿Por qué Tujachevski desplegó aquella portentosa ofensiva si sabía que no tenía recursos para tamaño despliegue? Sabiendo que no tenía reservas, el jefe del Frente Sudoccidental tenía que haber reducido inmediatamente la envergadura de la operación o ni siquiera haberla empezado.

Después de semejante lección, cualquier jefe militar, incluso el menos listo, habría cambiado de opinión sobre la utilidad de las reservas estratégicas para la guerra. Pero Tujachevski no. Al año siguiente publicó el libro *La guerra de clases. Artículos 1919-1920* (Moscú, Gosizdat [Ediciones estatales], 1921). En esa obra reitera, sin ningún tipo de comentarios, que las reservas estratégicas son innecesarias y que su utilidad para una guerra siempre fue dudosa.

La estrategia tiene unas leyes simples pero inexorables. El primer principio estratégico es el de la concentración. El «secreto» consiste en concentrar en el punto y momento adecuado toda la potencia y arrojarla hacia el punto más débil del enemigo. Para poder concentrar la potencia hay que tener reservas. Tujachevski no lo comprendía y pagó caro su desconocimiento.

El mariscal Piłsudski, el que salvó Polonia y toda Europa de la invasión comunista, consideró que la principal flaqueza de los rojos era la incapacidad de Tujachevski para guiar sus huestes y que, además, este no sabía «compaginar sus ideas con la realidad diaria del ejército» (Piłsudski, J., *La guerra de 1920*, pág. 95).

Europa tuvo suerte de nuevo. Los comunistas de la Rusia Soviética se vieron obligados a aplazar la revolución europea hasta el año 1923.

7

En época de Jruschov, fue fabricada y difundida la leyenda de que en 1937 el Ejército Rojo había sido decapitado y que los mejores jefes militares habían sido asesinados por Stalin. Se rumoreaba que el más avispado de los represaliados era Tujachevski y que los demás también tenían talento, pero no tanto.

Sin embargo, aquí hay una incoherencia. Tujachevski no destacó ni por sus aportaciones a la teoría ni tampoco por sus labores prácticas.

Tujachevski contribuyó a la ciencia estratégica con una sola teoría, que incluso, como hemos visto más arriba, resultó ser perjudicial. En la práctica de Tujachevski solo encontramos fracasos, incluida su resonada derrota cerca de Varsovia, que llevó a la frustración de la revolución mundial, a la pérdida de la guerra con Polonia, a la anexión por parte de este país de la Ucrania y Bielorrusia Occidentales, a la renuncia de la instauración del poder soviético en Estonia, Lituania y Letonia, a inmensas pérdidas materiales y a la muerte de decenas de miles de combatientes, además de

cientos de miles de heridos, mutilados y presos.

¿Cómo se pudo esculpir un genio de la estrategia a partir de ese material tan inútil? Descuiden. Los nuestros, cuando quieren, saben hacerlo. Antes de nada, salieron dos volúmenes de obras de Tujachevski. Los colocaron en las estanterías de todas las bibliotecas científicas y militares. La existencia de esos libros lo encumbró a la fama: ¡es todo un teórico! Contaban con que nadie fuese a leer aquellos dos volúmenes. Y acertaron.

La mitad del trabajo estaba hecha. ¿Pero qué iban a hacer con la experiencia militar de Tujachevski? Se encontró una solución muy sencilla, y no por eso menos genial, al instante. Se decidió dejar de llamar «derrota» a la derrota en las afueras de Varsovia y empezar a llamarla «desenlace inesperado de la batalla». Más aún, se dijo que el desenlace inesperado de la batalla en las inmediaciones de Varsovia, en lugar de quitarle mérito a Tujachevski, se lo añadía. A partir de 1956 y a lo largo de varias décadas, esa idea se repitió en múltiples conferencias y coloquios, artículos y tesis doctorales. Aquí viene uno de los ejemplos más o menos recientes:

> El desenlace inesperado de la operación de Varsovia para nada resta valor a las dotes de Tujachevski como jefe militar y su plan de operación audazmente pergeñado. Al revés, la amplitud y envergadura de su visión estratégica aumentó su renombre de estratega perspicaz (Ivanov, V. M., *El Mariscal Tujachevski*, Moscú, Ediciones Militares, 1990, pág. 184).

La idea de que la patética huida de Tujachevski de Varsovia fue la cúspide de su maestría estratégica nos la estuvieron intentando encajar en la mollera con bastante tenacidad. Una vez, en un coloquio sobre la historia del arte de la guerra, mi amigo Anatoli Magalás —en aquel entonces sargento mayor de Cuarto de la Academia Superior del Ejército de Kiev y, más adelante, teniente coronel, jefe de reconocimiento de las Fuerzas Armadas— preguntó: «Y si yo alguna vez hago fracasar una operación y pierdo una guerra, ¿a mí también me nombrarán ilustre?».

CAPÍTULO 5

El primer contacto

> Si la agitación revolucionaria en Europa ha de empezar por algún lado, que sea por Alemania… El triunfo de la revolución alemana es la garantía del triunfo de la revolución internacional.
>
> IÓSIF STALIN[12]

1

La derrota del ejército de Tujachevski en verano de 1920 tuvo para Rusia unas consecuencias bastante desagradables. Rusia, que los comunistas ya parecían haber ahogado en sangre y haber sometido a un control absoluto, de repente se agitó e hizo el intento de quitarse de encima el yugo comunista.

En aquel momento, Lenin y Trotski se estaban preparando para una nueva guerra mundial: «La experiencia histórica de las revoluciones… confirma que las guerras, o incluso una serie de guerras, son inevitables» (discurso de Lenin del 21 de diciembre de 1920 ante el Octavo Congreso Panruso de los Soviets, *OC*, vol. 42, pág. 101).

Por una guerra Lenin estaba dispuesto a todo tipo de sacrificios:

> Tenemos mucha pobreza en todos los aspectos, pero hay que reconocer que no estamos más arruinados que los obreros de Viena. Los obreros de Viena mueren, pasan hambre, sus hijos también mueren, pasan hambre, pero les falta lo más importante, lo que nosotros sí tenemos, les falta la esperanza. Ellos mueren, aplastados por el capitalismo, y se ven obligados a hacer muchos sacrificios, pero no lo hacen igual que nosotros. Nosotros hacemos sacrificios por una guerra que hemos declarado a todo el mundo capitalista (*ibidem*, pág. 358).

Pero los pueblos de Rusia no querían hegemonía mundial, sino la paz. Se pronunciaron en huelga los trabajadores de San Petersburgo, la cuna de la revolución. Ellos pedían libertad. Los bolcheviques sofocaban los motines obreros, pero de pronto, en marzo de 1921, de lado de los trabajadores se puso una escuadra de la Flota del Báltico.

En 1917, los comunistas conquistaron el poder en Petrogrado gracias al apoyo de la guarnición y los marinos de la Flota del Báltico. Y esta vez los marinos de Kronstadt, los mismos que habían regalado el poder a Lenin y Trotski, exigían expulsar a los comunistas de los Soviets.

Se desencadenó una ola de pronunciamientos populares en todo el país. En los bosques de la región de Tambov los campesinos crearon un ejército anticomunista, bien organizado pero mal armado.

Pues ahora, Tujachevski, apáñatelas.

Tujachevski se encargó de reprimir las insurrecciones de los marinos en

Kronstadt, luego fue nombrado comandante del ejército de la región de Tambov, envuelta en una rebelión popular. Derramando sangre ajena, Tujachevski enmendaba su fracaso estratégico de Varsovia. Las atrocidades de Tujachevski en Kronstadt se hicieron legendarias. El bestial exterminio de campesinos que perpetró en la región de Tambov se convirtió en una de las páginas más espeluznantes de la historia de Rusia.

El siglo XX conoció a muchos grandes energúmenos: Yagoda, Yezhov, Jruschov, Pol Pot. Por la cantidad de sangre derramada, Tujachevski se merece un puesto en su lista, aunque en el tiempo fue su predecesor. Tujachevski, Uborévich, Antónov-Ovséyenko mostraron una crueldad absolutamente inaudita, violando todas las leyes internacionales y normas de derechos humanos. De acuerdo con sus órdenes, fusilaron a miles de rehenes, envenenaron a insurrectos con gases, quemaron aldeas, ahogaron a campesinos en las ciénagas y a los marinos amotinados, debajo del hielo.

Los caudillos de la Rusia Soviética buscaban con desasosiego una salida de la crisis.

> El hambre, levantamientos de campesinos, la sublevación de Kronstadt y la huelga general de los obreros de Petrogrado condujeron al gobierno al borde del precipicio. La Comintern, al verse en esa situación desesperada, decidió que el único camino hacia el bolchevismo era la revolución alemana. Zinóviev envió a Berlín a Bela Kun, su fiel colaborador, que hacía poco había encabezado la República Soviética de Hungría.
>
> Bela Kun llegó a Berlín en marzo de 1921 con la orden del Comité Central del Partido Comunista, redactada por Zinóviev y por el Comité Ejecutivo de la Comintern, que decía lo siguiente: «En Alemania la situación es prerrevolucionaria, el Partido Comunista debe tomar el poder». La orden de Kun estaba clara: había que organizar una sublevación inmediata y, en lugar de la República de Weimar, instaurar una dictadura comunista.
>
> El 22 de marzo, fue convocada una huelga general en las zonas industriales de Alemania Central…
>
> El 24 de marzo, los comunistas tomaron los edificios municipales en Hamburgo. En Leipzig, Dresde, Chemnitz y otras ciudades de Alemania Central los comunistas organizaron la toma de las sedes de los juzgados, ayuntamientos, bancos y cuarteles policiales. El periódico oficial de los comunistas alemanes, *Die Rote Fahne*, llamó abiertamente a la revolución (Krivitski, V., *Yo fui agente de Stalin*, Moscú, Sovremennik, 1996, págs. 42-43).

Ya no nos acordamos de quién eran Zinóviev, Bela Kun, Krivitski. Vamos a recordarlo.

Grigori Zinóviev. Era el colaborador más cercano de Lenin, miembro del Politburó, uno de los principales organizadores del Terror, presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Bela Kun. Uno de los líderes de la República Soviética de Hungría, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores y la Defensa (es decir, ocupaba los mismos puestos que Trotski en la Rusia Soviética). Tras el hundimiento de la revolución checa, Kun huyó primero a Austria y luego a la Rusia Soviética.

Válter Krivitski. Uno de los dirigentes más altos de los servicios de inteligencia soviéticos. Él personalmente participó en todos esos acontecimientos:

> Al enviarnos a Alemania, nos encomendaron las tareas de vigilancia y reconocimiento y de control de sabotaje en la cuenca del Ruhr. Además, teníamos que preparar a los obreros para el momento de la sublevación. Enseguida organizamos tres nuevas estructuras en el marco del Partido Comunista de Alemania: los servicios de inteligencia, supervisados por el Cuarto Departamento del Ejército Rojo, varias agrupaciones militares como núcleo del futuro Ejército Rojo de Alemania y unos destacamentos de guerrilleros cuya función era desmoralizar al Reichswehr y la policía (*ibidem*, págs. 102-103).

Es decir, los espías del Partido Comunista de Alemania y de otros países actuaban bajo mando del Cuarto Departamento del Ejército Rojo. Dicho departamento, tras cambiar varias veces de nombre, llegó a denominarse Directorio General de Inteligencia del Estado Mayor (GRU, del ruso Glávnoye Razvédyvatelnoye Upravléniye). Krivitski llevaba a cabo la «desmoralización» del Reichswehr y de la policía asesinando a los altos mandos y funcionarios de la policía.

En 1921, la tentativa de golpe de estado en Alemania falló otra vez, por eso en Moscú empezaron a prepararse de nuevo para conquistar el poder en Alemania y en toda Europa.

2

En 1921, Lenin implantó en Rusia la Nueva Política Económica (NEP). Esa política no tenía nada de nuevo, no era más que el capitalismo de toda la vida. Los comunistas, con tal de mantenerse en el poder, estaban dispuestos a todo tipo de concesiones, incluso a la introducción de elementos de libre mercado.

Se suele pensar que los acontecimientos en Kronstadt y Tambov habían sido las causas principales que obligaron a Lenin a introducir los elementos de libre mercado y aflojar el nudo de la soga ideológica sobre el cuello de la sociedad. Pero yo creo que las causas hay que buscarlas más allá: en 1921, Lenin se dio cuenta de que la Primera Guerra Mundial no había provocado una revolución mundial. Había que, según los consejos de Trotski, pasar a la revolución permanente, asestando golpe tras golpe en los eslabones más débiles de la sociedad libre y, a la vez, ir preparando la Segunda Guerra Mundial, que llevaría a la «liberación» definitiva.

Justo antes de la introducción de la NEP, en diciembre de 1920, Lenin habló de la guerra mundial: «otra guerra igual es inevitable» (discurso pronunciado en la sesión solemne del Soviet de Moscú, consagrada al primer aniversario de la III Internacional). Y volvamos a recordar a Hitler. Yo no lo defiendo, solo quiero destacar que, públicamente, en 1920 este no decía nada sobre la inminencia o necesidad de la Segunda Guerra Mundial. Y aquí tenemos una declaración de Lenin de la misma época: «Hemos terminado un periodo de guerras y debemos prepararnos para el segundo» (informe «Sobre la política exterior e interior», en el VIII Congreso Panruso de los Soviets del 22 de diciembre de 1920, *OC*, vol. 42, pág. 143). La NEP se estableció precisamente con el fin de prepararse para la guerra.

«La paz es un momento de respiro entre guerras», decía el dramaturgo

decimonónico Adrien Decourcelle. Tanto Lenin como Stalin opinaban lo mismo. La NEP fue una breve pausa entre las guerras. Los comunistas necesitaban estabilizar el país, reforzar y consolidar el poder, desplegar una fuerte industria militar, preparar la población para las guerras que se aproximaban, para los combates, para las «incursiones liberadoras». Y se pusieron manos a la obra.

La introducción de elementos de libre mercado no impedía la preparación de la Segunda Guerra Mundial y de la revolución global como consecuencia de la anterior. Ya en 1922, fue fundada la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). En la Declaración sobre la Formación de la URSS se insistía en que tan solo era el primer paso en la creación de la República Socialista Soviética Mundial; se planeaba ir aumentando el número de repúblicas hasta que el mundo entero se integrase en la URSS:

> La voluntad de los pueblos de las repúblicas soviéticas, recientemente reunidos en los Congresos de sus Soviets y que decidieron unánimemente la formación de la «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», es la firme garantía de que […] ese Estado será un baluarte seguro contra el capitalismo mundial y un nuevo paso decisivo hacia la unión de los trabajadores de todos los países en una República Socialista Soviética Mundial (de la Declaración sobre la Formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 30 de diciembre de 1922).

De esta manera, la Declaración sobre la Formación de la URSS se puede interpretar como una DECLARACIÓN DE GUERRA A TODO EL MUNDO, abierta y directa.

Reflexionemos un poco. El libro *Mi lucha*, en el que Hitler habla sobre la necesidad de una nueva guerra con el fin de ampliar el espacio vital de Alemania, fue prohibido en la URSS (igual que hoy en día su distribución en Rusia está prohibida; oficialmente, la obra se considera extremista). Pero Hitler escribió su libro más tarde y representa el punto de vista de una sola persona, como indica el título: «Mi lucha». Pero la Declaración sobre la Formación de la URSS es un documento oficial, bastante anterior, en el que se expresa el objetivo principal de toda una nación, y ese objetivo consiste en anexionarse el resto de los estados del mundo.

3

Los comunistas acometieron numerosos intentos de desencadenar una guerra y la revolución mundial.

Hubo un intento de iniciar una «Revolución Balcánica» y, desde los Balcanes, según Trotski, arrancaba la recta final hacia los puertos de Francia y Bretaña (*Ródina*, 1990, n.º 10, pág. 13).

Se llevó a cabo un atentado contra el zar búlgaro Boris. Este sobrevivió de milagro. En septiembre de 1923, en Bulgaria empezó un levantamiento armado. Había sido impulsado por la Comintern (*Historia Moderna y Contemporánea*, 2001, n.º 5, pág. 50). A continuación reproduzco un fragmento del acta n.º 36 del pleno del

Politburó del Comité Central del PCR(b), 27 de septiembre de 1923:

> Resuelven:
>
> […]
>
> 2. Enviar urgentemente a diez comunistas búlgaros (pilotos de aviación y oficiales de tierra) a Sebastopol. Si resulta que alguna de las ciudades costeras se encuentra en manos de los sublevados, todos los compañeros militares, salvo los aviadores, se dirigirán a Bulgaria; mientras, estos últimos establecerán conexión entre el sur de Rusia y Bulgaria por medio de aeroplanos.
>
> […]
>
> 3. El armamento que se almacena en Sebastopol desde el año pasado, preparado para Bulgaria, se enviará inmediatamente a su destino en cuanto se establezca la conexión.
>
> […]
>
> 4. En cuanto se establezca la conexión, los comunistas búlgaros […], ubicados en Moscú y otras ciudades de Rusia, se destinarán a Bulgaria, armados y con urgencia (*Politburó del Comité Central del PCR(b) y de Europa. Resoluciones de la Carpeta Especial*, *1923-1939*, Moscú, Enciclopedia Política de Rusia, 2001, pág. 21).

4

El objetivo principal seguía siendo Alemania. Uno de los intentos de tomar el poder en ese país presenta especial interés; fue realizado en otoño de 1923.

En 1923 Lenin ya no dirigía el país. Casi todas las riendas gubernamentales estaban en manos de Stalin, aunque ni la comunidad mundial ni sus compatriotas lo sabían. Ni siquiera se habían dado cuenta de esto sus copartidarios rivales. Boris Bazhánov, el secretario personal de Stalin, describe así la preparación del golpe de estado en Alemania:

> A finales de septiembre se celebró una sesión extraordinaria del Politburó. El nivel de confidencialidad era tal que solo habían sido convocados los miembros del Politburó y yo. No se admitió a ninguno de los miembros del Comité Central. El objetivo era fijar la fecha del golpe de estado en Alemania. Al final se optó por el 9 de noviembre de 1923 (Bazhánov, B., *Memorias del exsecretario de Stalin*, París, Tretia volná [La tercera onda], 1980, págs. 68-69).

Bazhánov expuso con exactitud la esencia de las resoluciones secretas del Politburó. El único dato erróneo es la fecha: la sesión del Politburó no se celebró a finales de septiembre, sino el 4 de octubre de 1923. En 2001 dicha resolución fue publicada. Aquí tenemos un fragmento del acta n.º 38 del 4 de octubre de 1923:

> Resuelven:
>
> […]
>
> 3. Aceptar la decisión de la comisión sobre la asignación de la fecha: 9 de noviembre del año en curso.

4. Desplegar todos los esfuerzos políticos y organizativos para que dichos plazos se cumplan.

[…]

5. Conviene recordar que, en el transcurso de los acontecimientos, puede surgir la necesidad de emprender una actuación decisiva antes del plazo previsto.

[…]

7. Destinar a Alemania a los camaradas Piatakov, Rádek, Rudzutaks y Kúibyshev.

[…]

11. Permitir a los cuatro que, al llegar a Berlín, organicen la adhesión del camarada Krestinski en el grupo. En el caso de poder cumplir las condiciones de confidencialidad necesarias, el camarada Krestinski se incorporará al grupo y aportará su voto decisivo en todas o algunas de las asambleas.

[…]

13. Aumentar el fondo específico en 500 000 rublos de oro.

(Politburó del Comité Central del PCR(b) y de Europa, págs. 2223).

Nikolái Krestinski era entonces representante plenipotenciario (o sea, embajador) de la Rusia Soviética en Alemania. Un embajador no tiene derecho a intervenir en los asuntos internos del país al que lo han destinado, está terminantemente prohibido por el Tratado de Viena de 1815.

Bazhánov dice que en la revolución alemana se gastaron unas cantidades de dinero inmensas y que después incluso se tomó la decisión de no restringir los medios. En la Unión Soviética fueron movilizados los comunistas de origen alemán y los comunistas que hablaban la lengua alemana. Los adiestraban y los enviaban a Alemania a realizar trabajos clandestinos.

A Alemania no solo se mandaba a comunistas soviéticos de a pie, sino también a dirigentes de alto rango, entre ellos el comisario del pueblo para el Empleo Vasili Schmidt, los miembros del Comité Central del Partido Comunista Rádek y Piatakov, el candidato a miembro del Politburó Bujarin, entre otros. Ya entre agosto y septiembre de 1923 fueron enviados a Alemania, bajo nombres ficticios, Unshlicht, Tujachevski, Vācietis, Menzhinski, Trilisser y Yagoda. A Unshlicht y Tujachevski ya los conocemos. Aquí les presento sucintamente al resto de la insigne cohorte:

Ioaquim Vācietis. Entre 1918 y 1919, fue comandante de Ejército de 2.º rango en la Rusia Soviética, más adelante ocupó otros puestos superiores en el Ejército Rojo.

Viacheslav Menzhinski. Fue uno de los líderes de la policía secreta de la Checa y del Directorio Político General (GPU); desde 1923 ocupó el puesto de subjefe primero del Directorio Político General Unificado (OGPU) y, a partir de 1926, fue jefe de esta misma organización.

Meer Trilisser. Fue uno de los dirigentes del sistema de seguridad estatal; desde 1922 ejerció de jefe de la Sección Exterior de la Checa; desde 1926, trabajó como

subjefe del GPU.

Guénrij Yagoda. Fue uno de los líderes de la policía secreta de la Checa, del GPU y del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD). Entre los años 1922 y 1923 fue juez de hecho del GPU; y desde 1934, comisario del pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética (es decir, jefe de la NKVD).

Da la impresión de que a Alemania se había trasladado una parte importante de los dirigentes de la URSS.

5

El representante plenipotenciario de la URSS en Alemania, Krestinski, desplegó en este país una potente red de espionaje. La embajada soviética en Alemania se convirtió en centro de preparación de la revolución. A través de la embajada, desde Moscú, llegaban directrices y ríos de dinero; este rápidamente se transformaba en montañas de literatura subversiva, toneladas de armamento y municiones.

Uno de los altos dirigentes soviéticos destinados a Alemania en aquel entonces llama especialmente la atención. Se llamaba Iósif Unshlicht. Su cargo era el de subjefe del GPU, es decir, de la policía secreta. En 1920 había sido uno de los paladines de la campaña polaca. En vísperas de dicha operación, en el territorio soviético ya se había formado el «gobierno» comunista de Polonia, que tenía que acaparar el poder en este país tras la toma de Varsovia por el Ejército Rojo. Unshlicht formó parte de aquel «gobierno». La operación de Varsovia fracasó. Tres años después Unshlicht encabeza la revolución en Alemania.

> A Unshlicht se le encomendó la organización de los destacamentos que llevarían a cabo el golpe de estado, su reclutamiento y su abastecimiento. También se le encargó la tarea de formar una Checa alemana para el exterminio de la burguesía y de los contrarios a la revolución tras el golpe de estado (Bazhánov, B., *Memorias del exsecretario de Stalin*, París, Tretia volná, pág. 67).

> En Alemania nos dedicamos a la organización de los destacamentos militares comunistas para formar el Ejército Rojo alemán… Esta vez Moscú lo había calculado todo al detalle. Envió clandestinamente a Alemania a sus mejores hombres: a Bujarin, a Max Levine, uno de los líderes de la dictadura soviética de Baviera, que había durado cuatro semanas, a Piatakov, a agentes de la Comintern húngara y búlgara y al mismo Rádek. Nosotros, los oficiales del Ejército Rojo, continuamos el adiestramiento de las tropas en Alemania. Realizábamos en secreto maniobras nocturnas cerca de Solingen, en Renania, en las que participaban miles de obreros… Preparándose para la revolución, los comunistas alemanes creaban los llamados «grupos T», pequeños grupos terroristas para la desmoralización del Reichswehr y de las fuerzas policiales a través de atentados… Durante varias semanas, dichos grupos estuvieron lanzando asaltos rápidos y eficaces en diferentes partes de Alemania; sus objetivos eran principalmente los altos cargos policiales y otros enemigos de la causa revolucionaria (Krivitski, V., *Yo fui agente de Stalin*, Moscú, Sovremennik, págs. 50-51).

Hoy todo el mundo lucha contra el terrorismo. Para entender bien ese fenómeno y combatirlo con eficiencia, no está de más recordar que los revolucionarios rusos y los comunistas soviéticos hicieron una inapreciable aportación al terrorismo político

mundial en las etapas más tempranas de su desarrollo.

6

Y así es como el mismo Stalin describe su papel en la preparación de la revolución alemana de 1923:

> La Comisión Alemana de la Comintern, formada por Zinóviev, Bujarin, Stalin, Trotski, Rádek y varios camaradas alemanes, había tomado una serie de decisiones concretas de ayuda directa a los camaradas alemanes en la toma del poder (discurso de Stalin en el Pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control del PCR(b), 1 de agosto de 1927).

Hoy en día los investigadores pueden tener acceso a algunos documentos del Politburó relacionados con la revuelta comunista en Alemania. El más interesante de ellos es «Comentarios de las tesis del camarada Zinóviev», fechado el 19 de agosto de 1923. Lo redactó Stalin personalmente:

> Hay que evitar todo aquello que puede hacer pensar que la revolución fue «dirigida», «inspirada» desde Rusia. Es imprescindible actuar solamente a través del Partido Comunista Alemán y únicamente en su nombre… Es necesario explicar claramente a los comunistas alemanes que tendrán que conquistar el poder solos (Krivitski, V., *Yo fui agente de Stalin*, Moscú, Sovremennik, pág. 252).

7

En la revolución alemana de 1923 los comunistas tenían unos aliados incondicionales: los nazis. En aquel momento, el Partido Obrero Alemán ya tenía un nuevo nombre: «El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP)» y a un nuevo Führer: Adolf Hitler.

El eslogan de la Comintern era «¡A la lucha contra Stresemann y Poincaré!». El eslogan de los nazis era «¡A la lucha contra Poincaré y Stresemann!». (Gustav Stresemann era el canciller del Imperio Alemán y Raymond Poincaré, el primer ministro de Francia).

> Incluso se llevaron a cabo negociaciones entre Rádek y algunos de los líderes del partido nacionalista y nacionalsocialista (*ibidem*, págs. 49-50).

Karl Rádek era miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern y miembro del Comité Central del PCR(b). Ya había estado en numerosas ocasiones en Alemania, pero siempre con el mismo objetivo: provocar una revolución. En 1919 había sido detenido por las fuerzas de seguridad alemanas, pero lo liberaron enseguida. Y ahí estaba de nuevo.

Válter Krivitski no revela los nombres de los líderes del partido nacionalista alemán con los que negoció Karl Rádek. Pero hagámonos una pregunta: ¿Acaso alguno de los líderes nazis habría podido llevar adelante unas negociaciones con el

miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista Rádek sin el consentimiento de Hitler? Otra pregunta: ¿Acaso habría podido Karl Rádek llevar adelante unas negociaciones con los líderes nazis sin una orden correspondiente del camarada Stalin?

Comparemos las fechas. En agosto de 1923, Stalin decide que «los comunistas alemanes tendrían que conquistar el poder solos». La palabra clave en esa decisión es «solos». Luego, en octubre del mismo año mandan a Alemania a altos representantes del gobierno soviético, mientras uno de los subalternos de Stalin negocia con los nazis la posibilidad de actuaciones conjuntas. O sea, resulta lo siguiente: señores nazis, ayúdennos a tomar el poder, pero luego los comunistas van a gobernar Alemania solos. ¿No les parece extraño todo eso?

Es el estilo de los comunistas. El estilo personal de Stalin. Los comunistas usurparon el poder en Rusia junto con otros partidos, pero después fueron exterminando a todos sus antiguos aliados. Y Stalin, en particular, actuaba igual: eliminaba a sus rivales políticos a manos de sus aliados, pero luego se deshacía de los aliados también.

* * *

Efectivamente, en 1923 los nazis junto con los comunistas emprendieron un intento de tomar el poder en Alemania. La propaganda comunista trata de convencernos de que en 1923 entre los comunistas y los nazis no existía ningún complot para subir al poder. Pero no vamos a discutir. Fijémonos en los hechos.

Los caudillos del Kremlin habían fijado la fecha del golpe de estado en el 8 de noviembre de 1923 y se pusieron manos a la obra.

Los nazis decidieron tomar el poder… ¡el mismo día!

El 8 de noviembre de 1923, en Múnich, Hitler, acompañado por un grupo de cómplices armados, intentó dar un golpe de estado contra el Gobierno de Baviera. Él anunció que la revolución nacional había empezado y que el Gobierno de Baviera y el de la República de Weimar se derrocaban.

Desde hace casi un siglo los historiadores comunistas nos repiten que no es más que una cadena de coincidencias de lugar, tiempo y objetivo. Los símbolos también coincidieron: las banderas rojas las tenían tanto los socialistas internacionales como los nacionalsocialistas alemanes. ¡Habrase visto casualidad mayor!

En resumen. Los comunistas soviéticos habían intentado utilizar a Hitler y a su partido para la desestabilización de la situación política en Alemania mucho antes de que Hitler subiera al poder. Pero incluso si suponemos que aquella tentativa de golpe de estado conjunto que se perpetró en Alemania en 1923 fue una sucesión de coincidencias inexplicables, los múltiples intentos que hicieron los comunistas de prender un «incendio mundial» y empezar la Segunda Guerra Mundial en Europa no se deben a ninguna coincidencia, sino que fueron premeditados y ansiados. Ellos

empezaron a preparar la guerra en Europa desde el primer día de la existencia de la dictadura comunista.

CAPÍTULO 6

El papel de Stalin en el ascenso de Hitler

> Si Rusia firma un tratado de paz, no será más que una tregua. La revolución socialista triunfará en Rusia solo si esta se rodea de un círculo de repúblicas socialistas hermanas. La paz, firmada con la Alemania imperialista, será un fenómeno temporal. Nos dará un pequeño respiro después del cual volverá a estallar la guerra.
>
> GRIGORI ZINÓVIEV[13]

1

En 1923 la Revolución en Alemania no triunfó por numerosos motivos.

Primero: las masas populares escogieron el término medio y no siguieron a los comunistas, sino a los socialdemócratas. El Partido Comunista Alemán no tenía apoyo popular suficiente para subir al poder; además, se había fraccionado en dos, y los líderes de las formaciones resultantes no mostraron tanto brío como Lenin y Stalin.

Segundo: la Unión Soviética y Alemania no tenían una frontera común. Los dividía Polonia igual que tres años antes. Si los países hubieran compartido frontera, el Ejército Rojo podría haber ayudado a los hermanos del Partido Comunista y a sus caciques indecisos.

El tercer motivo es, digamos, el más importante. Lenin ya hacía tiempo que no estaba al frente de la Unión Soviética ni de la revolución mundial. Se estaba muriendo. Lenin tenía muchos herederos políticos: Trotski, Zinóviev, Kámenev, Rýkov, Bujarin. Junto a los rivales evidentes trabajaba el humilde camarada Stalin, al que nadie consideraba candidato a caudillo, pero que, según las palabras de Lenin, ya «había concentrado en sus manos un poder ilimitado».

La revolución alemana de 1923 se dirigía desde el Kremlin, pero el puesto de timonel de la revolución mundial era disputado en una lucha feroz. Ninguno de los aspirantes al poder deseaba ver a su competidor en el papel de cabecilla de la revolución alemana y, por ende, de la revolución europea. Los caciques se apartaban a codazos del timón, dando órdenes contradictorias a sus subalternos. Lo cual no podía contribuir a la victoria de ninguna manera.

En esa situación el sabio Stalin no pretendía llegar a timonel. En primer lugar, decidió prestar mayor atención a la consolidación de su poder unipersonal, y solo después se dedicaría a solventar los demás problemas, incluida la revolución mundial. En cuestión de pocos años Stalin hizo bajar un peldaño a todos sus competidores; más adelante los iría haciendo descender hasta los sótanos de Lubianka. Tras subir al poder, Stalin eliminaría todas las barreras que obstaculizaban la victoria de la

revolución alemana:

- pondría orden en el Partido Comunista Alemán y lo obligaría a obedecer a pie juntillas las órdenes de Moscú;
- establecería una frontera común con Alemania;
- exterminaría el movimiento socialdemócrata en Alemania.

Claro está que el movimiento socialdemócrata alemán no lo elimina con sus propias manos, ni siquiera a manos de la Unión Soviética. ¿Acaso Stalin mató a alguien con sus propias manos?

2

En 1925, Stalin declaró que la Segunda Guerra Mundial era completamente inevitable, al igual que era inevitable la participación de la Unión Soviética en esa guerra: «Y que en Europa va a empezar una guerra y que todos se pelearán con todos es absolutamente indudable…» (Stalin, I. V., *Escritos*, vol. 7, pág. 72).

Pero Stalin no quería ser quien empezara la guerra ni quería involucrarse en ella desde el primer día: «Tendremos que entrar, pero vamos a entrar los últimos y lo haremos para poner el peso decisivo sobre la balanza, para que esta se incline a nuestro favor» (*ibidem*, pág. 14). Es una cita del discurso que pronunció en enero de 1925 en el pleno del Comité Central, donde uno de los puntos principales de la agenda era el aumento del gasto militar.

Stalin necesitaba una guerra en Europa porque una revolución se produce como consecuencia de una guerra. Las guerras acentúan los antagonismos, destrozan la economía, conducen las naciones y los estados al límite fatal, tras el cual empieza a desmoronarse el modo de vida habitual de la gente. Stalin lo entendía mejor que nadie. En cuestiones de guerra y paz adoptó una postura irreconciliable: si el pacifismo de los socialdemócratas distrae el proletariado de la revolución y de la guerra, entonces hay que declarar a los socialdemócratas una guerra implacable. Y el 6 de noviembre de 1927 Stalin acuñó otro lema: «Es imposible vencer al capitalismo sin acabar antes con la socialdemocracia» (*Pravda*, n.º 255, 6-7 de noviembre, 1927).

Al año siguiente, en 1928, Stalin declaró la lucha contra los socialdemócratas como el objetivo principal de los comunistas: «Por encima de todo, es necesaria una lucha irreconciliable contra el socialdemocratismo en todos los frentes…, incluida la denuncia despiadada del pacifismo burgués» (Stalin, I. V., *Escritos*, vol. 11, pág. 202).

3

Con respecto a los que buscaban una revancha, es decir, una guerra —por ejemplo,

los nacionalistas alemanes—, la postura de Stalin era igual de contundente: había que apoyarlos. Ojalá los nazis acabaran con los pacifistas y socialdemócratas, ojalá que empezaran una nueva guerra. Todos sabemos qué es lo que viene después de una guerra.

En 1917, Stalin había previsto la llegada de los nazis al poder en Alemania y reconocía como deseable tal estado de cosas. En su discurso del pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control del PCR(b), publicado veinticinco años después de su intervención, Stalin declaró:

> Precisamente el hecho de que los gobiernos capitalistas se vuelvan cada vez más fascistoides conduce a que los conflictos internos de los países capitalistas se vayan agravando e intensifica la actividad revolucionaria entre los obreros (*ibidem*, vol. 10, pág. 49).

En el informe final del XVII Congreso del Partido Comunista, Stalin llamó al régimen de Hitler «dictadura terrorista» y añadió:

> Cuanto más se enrede la burguesía en sus combinaciones de guerra, cuanto más frecuentemente recurra a los métodos terroristas de lucha contra la clase obrera, más se agudizará la crisis revolucionaria (Informe final ante el XVII Congreso del Partido sobre la actividad del Comité Central del PC(b), 26 de enero de 1934. Stalin, I. V., *Cuestiones del leninismo*, 11.ª ed., Moscú, OGIZ, 1945, pág. 433).

La lógica del camarada Stalin era la siguiente: los gobiernos capitalistas se estaban volviendo cada vez más fascistoides y eso era bueno porque conducía a la crisis y a la guerra, tras las cuales vendría la revolución inevitable. Especialmente Stalin se alegraba de que en Alemania fuera a triunfar el fascismo: «No me refiero al fascismo en general, sino al fascismo del tipo alemán en concreto» (*ibidem*, pág. 430). ¡Aquí está, el fascismo alemán, el ansiado incendiario que pide una revancha por la derrota que había sufrido en la Primera Guerra Mundial y por las humillaciones de Versalles!

Stalin quería que en Europa hubiera crisis, guerras, desolación, hambre. Todo eso se lo podía proporcionar Hitler. Cuantos más crímenes cometiese Hitler en Europa, mejor para Stalin, con más fundamento podría introducir en Europa su liberador Ejército Rojo.

Trotski se había percatado de todo eso antes de que Hitler subiera al poder. En 1931 interpretó así la relación de Stalin con los fascistas alemanes: «Que asuman el poder, que queden en evidencia, y entonces…» (*Boletín de la oposición [de los bolcheviques leninistas]*, n.º 25-26, noviembre-diciembre de 1931, pág. 5).

4

El caso es que, para ganar, Hitler debía obtener la mayoría absoluta en las elecciones, es decir, más de la mitad de los votos. Pero no lo consiguió. El 31 de julio de 1932, en las votaciones al Reichstag el NSDAP recolectó 13,7 millones de votos, o el 37,3

por ciento del total de los votos emitidos; aquello fue el pico de popularidad de los nazis, tras el cual empezó su descenso. En tan solo cuatro meses Hitler perdió dos millones de votos. La caída continuaba y a una velocidad cada vez mayor. He aquí la nueva distribución de las fuerzas políticas en Alemania a 6 de noviembre de 1932, cuando se celebraron las elecciones anticipadas al Reichstag:

- nacionalsocialistas: 11 millones 707 000 votos;
- socialdemócratas: 7 millones 231 000 votos;
- comunistas: 56 millones 971 000 votos.

El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán de Hitler entró en un callejón sin salida. En una crisis. A primera vista, Hitler era casi el vencedor, el político más popular de Alemania. ¡Ahí tienes el poder, cógelo! Pues no. No llegaba a la mayoría absoluta y por eso el poder no estaba en sus manos. La mayoría simple no es victoria, sino una profunda crisis. El total de los votos de los comunistas y socialdemócratas juntos era superior. Además, el NSDAP estaba teniendo grandes dificultades económicas.

Goebbels anotó en su diario el 23 de diciembre de 1932:

> ¡Estoy sumido en una soledad horrible que linda con una desesperación total! El año 1932 ha sido una ristra de fracasos. Hay que borrarlo de raíz… Se acabaron las perspectivas, se esfumaron las ilusiones.

La complicada situación en la que se vieron los nazis no pasó desapercibida para los comentaristas políticos. Ya en vísperas del Año Nuevo, el *Frankfurter Zeitung*, un influyente periódico alemán, estaba celebrando el «desmoronamiento de la leyenda del NSDAP», mientras Harold Laski, uno de los líderes intelectuales de la izquierda inglesa, afirmaba:

> El día en que los nacionalsocialistas representaban un peligro mortal ya ha pasado… Casualidades aparte, no es tan improbable que Hitler acabe su carrera política en alguna aldeíta de Baviera, contando por las noches a sus amigos de la cervecería que un día estuvo a punto de dar un golpe de estado contra el Reich Alemán (Fest, J., *Hitler* (3 vols.), vol. 2, Perm, 1993, pág. 234).

Los líderes de los comunistas alemanes, obedeciendo, por lo visto, las órdenes de Stalin (no se puede encontrar otra explicación para un comportamiento tan insólito), no quisieron formar un bloque con los socialdemócratas. Sin la intervención de Stalin, los comunistas alemanes, aunque solo fuera por instinto de supervivencia, deberían haberse aliado con los socialdemócratas, pero aquel intervino y abrió paso a Hitler.

Unos días antes de las elecciones al Reichstag, en noviembre de 1932, empezó la huelga de transporte público en Berlín. La organizaban confraternalmente los nazis con los comunistas. Durante cinco días, los miembros de las SA (*Sturmabteilung* o «secciones de asalto»), junto con los comunistas, paralizaron el transporte público. Se

dedicaron a arrancar los rieles, a colocar piquetes, a dar palizas a los esquiroles; paraban a la fuerza las máquinas que el gobierno había conseguido poner en funcionamiento.

Así, con ayuda de los comunistas alemanes, Stalin apoyaba a los seguidores de Hitler, cuyo objetivo era escalar en el poder.

5

El papel de Stalin en la toma del poder por los nazis en Alemania fue crucial. Voy a citar aquí una lacónica pero ilustrativa opinión de León Trotski, formulada en 1937: «¡Sin la política de Stalin jamás se habría conseguido la victoria de Hitler!» (Trotski, L. D., *Los crímenes de Stalin*, Moscú, Izdátelstvo gumanitarnoi literatury [Editorial de Humanidades], 1994, pág. 117).

La perspicacia de Trotski y su conocimiento de causa se traslucen en otra afirmación que data de noviembre de 1938: «Stalin desató definitivamente las manos tanto a Hitler como a sus opositores, arrastrando Europa a la Segunda Guerra Mundial» (*Boletín de la oposición [de los bolcheviques-leninistas]*, noviembre de 1938, n.º 71, pág. 7). Esta se publicó justo cuando Chamberlain estaba alardeando de haber logrado prevenir una guerra en Europa, Mussolini se declaraba como instaurador de la paz y Hitler todavía no había ordenado la preparación para el ataque a Polonia ni, menos aún, a Francia. En aquel momento, cuando Europa respiraba con alivio convencida de que no iba a haber guerra, Trotski ya había entendido que la guerra estaba próxima y sabía quiénes serían los culpables.

Para convencernos de que Trotski tenía razón y de que sus valoraciones eran atinadas, fijémonos en otra profecía suya del 21 de junio de 1929. En aquel momento, Gran Bretaña, Francia y la URSS estaban en plenas negociaciones en contra de los intereses de Alemania. Nada insinuaba la posibilidad de ningún tipo de sorpresa o complicación, sin embargo, Trotski escribió: «La URSS, en toda su dimensión, se aproximará a las fronteras de Alemania justo cuando el Tercer Reich esté plenamente enfrascado en la lucha por la hegemonía mundial» (*Boletín de la oposición [de los bolcheviques-leninistas*], 21 de junio de 1939, n.º 79-80, pág. 13).

¡Y así sería! Alemania lucharía contra Francia, mientras la Unión Soviética «en toda su dimensión» estaría arrollando los estados neutrales en el oeste, acercándose a las fronteras alemanas.

6

Al leer ahora, muchas décadas después, las afirmaciones premonitorias de Trotski y tras apreciar su acierto, hay que preguntar: ¿cómo pudo saber todo eso?

Trotski no ocultaba el origen de sus conocimientos. Él había sido el principal

organizador de la revuelta comunista en Rusia, creador del Ejército Rojo, jefe de la delegación de la Rusia Soviética en las negociaciones de paz en Brest, que dio como resultado la salida de Rusia de la Primera Guerra Mundial. Trotski fue el primer líder de la diplomacia soviética, comandante en jefe del Ejército Rojo, uno de los caudillos de la URSS y timonel de la revolución mundial. Él sí que sabía qué era el comunismo, qué era el Ejército Rojo y quién era Stalin. Trotski hacía mucho que había descubierto el juego de Stalin, que los líderes occidentales no acababan de entender, ni siquiera el propio Hitler.

Pero el juego de Stalin era sencillo. Trotski también acabó siendo su víctima y por eso entendía bien sus reglas.

Stalin se compinchó con Zinóviev y Kámenev y apartó a Trotski del poder.

A Zinóviev y Kámenev los desbancó tras aliarse con Bujarin.

Luego eliminó también a Bujarin.

A Dzerzhinski y a sus colaboradores de la Checa los apartó del mando con la ayuda de Guénrij Yagoda.

A Yagoda y a su generación los eliminó gracias a Yezhov.

A Yezhov y a su generación los eliminó gracias a Beria.

En las relaciones internacionales Stalin empleaba el mismo viejo truco. Y Trotski vio que, para Stalin, el nacionalismo alemán no era más que una herramienta.

El nacionalismo alemán era el Rompehielos de la Revolución. El nacionalismo alemán podía empezar una guerra, la guerra desembocaría en una revolución. ¡Así que ojalá que el Rompehielos despedazara Europa!

Hitler para Stalin era una tormenta purificadora en Europa. Hitler hizo lo que a Stalin lo hubiera comprometido en demasía.

* * *

A partir de 1927, Stalin apoya, con todas sus fuerzas, a los nazis, que ansían conquistar el poder. Cuando Hitler asume el poder, Stalin lo empieza a empujar hacia la guerra con todos los medios a su alcance.

En cuanto Hitler desata la guerra, Stalin ordena a los comunistas de todo el mundo occidental que se conviertan en pacifistas y desmantelen los ejércitos de sus países. Les exige que acaben la «guerra imperialista» y que abandonen la defensa de sus patrias.

Pero, al enfrentar a Hitler con los países de Europa, Stalin lo condenó a la pena de muerte. Cinco años antes de la llegada de los nazis alemanes al poder Stalin ya había planeado su destrucción: «Derrotar el fascismo, derribar el capitalismo, instaurar el poder soviético, liberar las colonias de la esclavitud» (Stalin, I. V., *Escritos*, vol. 11, pág. 202).

CAPÍTULO 7

¿Para qué querían tantas armas los comunistas? Los objetivos y el precio de la industrialización

¡La gente muere por el metal! Y el Satanás dirige el baile…

Fausto, JULES BARBIER y MICHEL CARRÉ[14]

1

En mayo de 1929, en el V Congreso de los Soviets de la URSS se aprobó el Primer Plan Quinquenal del Desarrollo de la Economía del país. Así empezó la industrialización. La superindustrialización. La hiperindustrialización. Tras el primer quinquenio llegó el segundo, después el tercero.

Los objetivos de los planes quinquenales se pueden juzgar por los datos que siguen.

Para el 1 de enero de 1928, el Ejército Rojo disponía de

- 45 tanques Mark V («Ricardo»),
- 6 tanques Mark A («Tylor»),
- 28 tanques Renault FT-17.

En total, 79 carros de combate de importación.

Durante el primer quinquenio fueron fabricados 3949 tanques y tanquetas (*Historia de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945* (12 vols.), Moscú, Ediciones Militares, 1973-1982, vol. 1, pág. 260), pero el caso es que, durante los primeros cuatro años del quinquenio se habían fabricado 910 tanques y en el último año, 3039.

Pero aun así la tendencia al aumento de la producción armamentística no se notó demasiado en el primer quinquenio. La atención se centró no tanto en la producción de armas como en la creación de una base industrial para la posterior producción.

El segundo quinquenio fue la continuación del desarrollo de la base industrial. Se creaban los Altos Hornos y hornos Martin-Siemens, se construían centrales eléctricas gigantescas y factorías de oxígeno, se fabricaban laminadores (incluidos los de Blooming) y se explotaban minas y canteras. La producción de armamento todavía no era lo más importante, aunque el camarada Stalin tampoco se olvidaba de ella: durante los dos primeros quinquenios fueron fabricados 21 573 aviones de ataque (Shumijin, V. S., *Aviación militar soviética. 1917-1941*, Moscú, Naúka, 1986, pág. 157).

Pero el tercer quinquenio, que tenía que terminar en 1942, sí que se centró en la producción. Sobre todo en la producción de armamento, en cantidades ingentes y de

óptima calidad.

Si hacemos caso a la propaganda comunista, resulta que a lo largo de los primeros quinquenios se realizó un auténtico milagro: la Unión Soviética, un atrasado país agrario, se transformó en una gran potencia industrial, que por el volumen de la producción ocupó el primer puesto en Europa y el segundo en el mundo.

Pero no hubo ningún milagro. Rusia nunca había sido atrasada, como la pintaba la propaganda soviética. Tanto en el siglo XIX como a principios del XX, Rusia ocupaba un puesto destacado en el terreno de la literatura y de la música, en el arte teatral, en el *ballet* y en la pintura. Todo eso habría sido imposible en un país atrasado. Durante el mismo periodo histórico Rusia había hecho avances considerables en la ciencia, en la tecnología y en la industria. Entre los siglos XIX y XX, en Rusia trabajaron grandes científicos que realizaron notables descubrimientos en campos diferentes: Mendeléyev, Pávlov, Béjterev, Zelinski. En un periodo muy breve se construyó una inmensa red ferroviaria. Los comunistas no aportaron prácticamente nada a lo que se había creado con los últimos dos zares.

Durante el mandato del último zar se construyó el famoso Transiberiano, que unió dos puertos rusos: San Petersburgo, en el Báltico, y Vladivostok, en el mar de Japón. Siempre fue y sigue siendo el ferrocarril más largo del mundo. El Transiberiano fue construido en unas condiciones geográficas y climáticas durísimas y en un plazo increíblemente corto. La realización de semejante proyecto hubiera sido impensable en un país atrasado, sin una eficiente industria de maquinaria pesada, metalúrgica y minera, sin miles de ingenieros altamente cualificados.

En 1910, en Rusia empezaron a construir una serie de destructores del tipo Novik. Esos buques alcanzaban una velocidad de 37 nudos (69 km/h). Iban equipados con cuatro cañones de 100 mm y cuatro tubos lanzatorpedos dobles. Para los comienzos del siglo XX eran los buques de guerra más potentes y rápidos en su categoría.

A principios de 1911, B. N. Yúriev fue el primero en el mundo en proponer el uso del plato oscilante, un mecanismo que cambia de forma cíclica y en un solo giro el ángulo de ataque de las hélices según la zona de paso del rotor en el que se encuentren (Shavrov, V. B., *Historia de la construcción de aviones en la URSS antes de 1938*, 4.ª ed. corregida, Moscú, Mashinostoyénie, 1994, pág. 110). Fue uno de los inventos más grandes en la historia de la aviación; sin un mecanismo así, el vuelo estable de un helicóptero sería imposible.

Los comunistas pintaban el ejército de Rusia como subdesarrollado e incapaz. Pero no era verdad. Rusia entró en la Primera Guerra Mundial contando con la aviación militar más numerosa del mundo, 244 aviones; mientras las fuerzas armadas de Alemania tenían 232 aviones, las francesas, 156, las del Imperio Austro-Húngaro, 65, las de Gran Bretaña, 56 (Mitiáyev, D. y Razumova, R., *La Guerra Mundial en números*. Antología del Instituto de la Industria y Economía Mundial de la Academia Comunista, Moscú, Voyengiz, 1934, pág. 45; y Sóbolev, D. A., *Historia de los aviones. Primeras etapas*, Moscú, Enciclopedia Política Rusa, 1995, pág. 248).

En 1914, los ejércitos de los países más avanzados del mundo solo disponían de aviones equipados con un motor, sin embargo, en 1913 por primera vez en la historia de la aeronáutica surcó el cielo un cuatrimotor y era ruso. Rusia era el único país que, durante la Primera Guerra Mundial, disponía de bombarderos de cuatro motores, diseñados por Ígor Sikorski.

Para el comienzo de la Primera Guerra Mundial, el ejército ruso contaba con 6848 piezas de artillería, más que los ejércitos de Gran Bretaña y Francia juntos (Zaionchkovski, A. M., *La Primera Guerra Mundial*, San Petersburgo, Poligón, 2000, pág. 8). Al servicio del ejército ruso estaban los mejores cañones de campaña de tres pulgadas. En aquella época Rusia disponía de 2600 millones de proyectiles, casi tres veces más que las reservas de proyectiles de Alemania y 9,3 veces más que el arsenal del Imperio Austro-Húngaro (*Rusia XXI*, n.º 11-12, Moscú, 1993, págs. 147-149).

> En 1914, los rusos nos asombraron con el uso masivo de ametralladoras y granadas de mano y con un altísimo nivel de construcción de fortificaciones de campaña (Middeldorf, E., *Tácticas en la campaña rusa* (original en alemán), Moscú, Ediciones Militares, 1958, pág. 356).

En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, en Rusia surgió una potente industria militar. Por ejemplo, durante los tres años de la guerra se fabricaron 13 500 millones de proyectiles (*Rusia XXI*, n.º 11-12, págs. 147-149). Fue un récord mundial para aquella época. Las armas y municiones producidas durante el mandato del último zar ruso fueron suficientes para toda la Guerra Civil, que fue tremenda y duró hasta 1922 o incluso más en algunas regiones del país.

Podríamos seguir aduciendo ejemplos, pero con lo que hemos dicho nos basta para afirmar que los comunistas empezaron la industrialización desde cero.

2

Sin duda, con Stalin la Unión Soviética alcanzó unas alturas vertiginosas. El primer secreto del éxito era el terror. Los comunistas cerraron las fronteras del estado, no había forma de escapar. La policía secreta desplegó en el país una lucha contra el «sabotaje». Cualquier avería industrial, cualquier fallo técnico, cualquier error se interpretaba como malintencionado. A los culpables (y también a los inocentes) los encarcelaban, sin escatimar en la duración de las condenas. A los infractores considerados graves los fusilaban.

El terror producía un efecto doble. Por un lado, se impuso una férrea disciplina y cualquier resistencia era constantemente sofocada; el gobierno ya no tenía que tener miedo a las huelgas ni a que se pidieran aumentos de sueldo. Por otro, millones de personas fueron a parar a los campos de concentración. Era mano de obra gratuita. A los presos no había que pagarles nada. Se les podía destinar adonde fuera. No necesitaban una casa en la que vivir, les bastaba con una tienda de campaña

destartalada o una barraca hecha de astillas de madera que ellos mismos construían, o incluso un hoyo en la tierra que ellos mismos excavaban. A los presos no era necesario alimentarlos ni vestirlos. Sus vidas no valían absolutamente nada. Se les podía obligar a trabajar tantas horas al día como fuese preciso. Sin días libres. A los que no llegaban a los niveles de producción establecidos se los podía fusilar.

La explotación de las zonas más inaccesibles de Siberia, del Lejano Oriente, del Extremo Norte, era posible. Aquellos territorios, con una situación geográfica poco favorable y un clima adverso, habían sido colonizados en Estados Unidos (Alaska), Canadá, Noruega, Suecia, Finlandia. Pero una explotación intensiva y eficaz habría costado mucho dinero. Los comunistas decidieron no pagar, sino que mandaron a aquellos rincones olvidados catervas de presos y a «migrantes especiales», es decir, a los deportados. La colonización de las regiones remotas los comunistas no la pagaron con dinero, sino con vidas y destinos humanos.

Y lo llamaron «milagro económico».

Por culpa de aquel «milagro» la Rusia de hoy está al borde del colapso.

En aquellos gloriosos años, el gobierno calculaba de antemano cuántos presos iba a necesitar para realizar trabajos pesados al año siguiente y mandaba el encargo correspondiente a la Checa. El motivo de la detención no importaba.

El segundo secreto del éxito de la industrialización estalinista era el inmenso patrimonio del país. En mil años de historia, Rusia había acumulado tesoros verdaderamente soberbios. Tenía reservas de oro más que abundantes. En las iglesias, monasterios, museos, palacios de los zares, casas de gente pudiente, se amontonaban riquezas inconmensurables: iconos, cuadros, estatuas, medallas, manuscritos, muebles antiguos, pieles, joyas, etcétera. Todo eso se decomisó sin piedad, se sacó al extranjero y se vendió.

Stalin vendió en el mercado exterior unas cantidades colosales de oro, platino y diamantes; en unos pocos años acabó en el extranjero lo que la nación había reunido durante siglos. Stalin expolió iglesias, monasterios, arcas imperiales y museos. Se pusieron en venta iconos de alto valor, libros y pergaminos singulares. Fueron exportados sin criterio cuadros de los grandes pintores de la época renacentista, colecciones de diamantes, fondos de museos y bibliotecas enteras.

Además, Rusia tenía todo tipo de recursos naturales en cantidades prácticamente inagotables. Millones de personas talaban bosques y conducían ingentes maderadas hasta los puertos septentrionales. La madera era la base de la exportación. Pero no solo la madera. Stalin organizó la extracción de oro de mayor envergadura jamás vista en la historia de la humanidad. Entre muchos otros, por todo el país fue desplegada una red de campos de concentración llamados Dalstrói[15].

Jacques Rossi fue un francés que pasó la mitad de su vida en campos de concentración, autor de una escalofriante enciclopedia llamada *Manual del Gulag* (ed. rusa: Moscú, Prosviet, 1991). Así traza aquel conjunto de campos de concentración:

Dalstrói es el principado más poderoso y casi independiente del imperio Gulag. Dalstrói fue fundado entre 1932-1933 a orillas del mar de Ojotsk, en el nacimiento del Kolymá. Su objetivo principal es la extracción de oro. Los bosques locales, el carbón, etc., se explotan únicamente para satisfacer las necesidades de Dalstrói. Todos los trabajos se realizan por los presos, incluida la edificación de pueblos y ciudades para los trabajadores voluntarios, construcción de cientos y miles de kilómetros de carreteras, de barracas para reclusos, etc. Para los inicios de los años cuarenta, Dalstrói se había extendido a 1300 km de norte a sur y a 1700 km de este a oeste, abarcando la parte occidental de Kamchatka y Yakutia oriental. Dalstrói no dependía de la administración local (Rossi, J., *The Gulag Handbook*, Londres, OPI, 1987, págs. 96-97).

Allí [en Dalstrói], desde los años treinta y hasta los cincuenta, centenares de miles de presos extraían para Stalin cerca de 100 toneladas de oro diario (A. N., Kokurin y A. I., Petrov, ed. de Yákovlev, A. S., *Gulag: Glávnoye Upravléniye Lageréy. 1918-1960*, antología documental, Moscú, Mezhdunarodni fond «Demokratia», 2000, pág. 753).

En 1939, solo el Dalstrói del Kolymá extrajo 66,7 toneladas de oro. Para el año 1940 estaba planeado obtener 80 toneladas y la extracción iba aumentando. Pero el Kolymá no era el único sitio de la Unión Soviética donde se sacaba oro. Comparemos: en la Rusia de antes de la revolución, la máxima cantidad de oro había sido extraída en 1913, fueron 64 toneladas; mientras el promedio mundial de extracción de oro entre 1930 y 1939 era de 803 toneladas y entre 1940 y 1949, de 815 toneladas. De este modo, solo los campos de concentración del Kolymá le proporcionaban a Stalin hasta un 12 por ciento de la extracción de oro mundial (Popova, S. G., *El mercado mundial de oro y problemas de desarrollo de exportación de oro en Rusia*, Memoria de tesis doctoral en Ciencias Económicas, Moscú, 1998).

El oro de Siberia y del Lejano Oriente era la llave dorada para llegar al éxito de la industrialización. Pero no solo con oro pagaba Stalin la nueva maquinaria. Él exportaba carbón, níquel, manganeso, petróleo, algodón, caviar, pieles y muchas otras cosas. En 1930, los cereales constituían la base de la exportación soviética, que le proporcionaron unos 883 millones de rublos de oro. La venta de petróleo y derivados, además de la madera, le dio otros 430 millones de rublos. Casi 500 millones de rublos fue lo que pagaron los capitalistas por las pieles y el lino. Más tarde, con la sobreproducción de cereales en Estados Unidos, el precio de estos en el mercado mundial bajaría notablemente. Las ganancias obtenidas de las ventas de cereales durante los años 1932-1933 sumaron tan solo 369 millones de rublos. En 1933, los beneficios de las ventas de cereales al extranjero apenas alcanzaron un 8 por ciento de ingresos por importación total. Dicho sea de paso, según algunas valoraciones, solo con la mitad del trigo vendido entre 1932 y 1933 habría bastado para salvar todas las regiones del país de la hambruna mortal (Rogovin, V. Z., *El poder y la oposición*, Moscú, Asociación Zhurnal Teatr, 1993, cap. XLVIII, «El hambre»).

3

Mientras millones de esclavos del régimen comunista realizaban el primer plan quinquenal, en Estados Unidos estalló una inusitada crisis económica que se

expandió también a Europa. Aquella crisis dio un impulso adicional a la industrialización estalinista. Al verse en una situación apremiante, los inventores y emprendedores de América, Alemania, Gran Bretaña y Francia empezaron a vender a la Unión Soviética sus hallazgos tecnológicos por cuatro peniques; a Stalin, a su vez, no le faltaba oro para pagarles.

La tecnología occidental era otra de las claves del éxito de la industrialización. A principios de los años treinta, la URSS era el país que más maquinaria importaba en el mundo: si en 1930 el total de la maquinaria importada por la Unión Soviética constituía el 30 por ciento de la importación mundial, en 1932 llegó a alcanzar el 50 por ciento. Sergó Ordzhonikidze, el comisario del pueblo para la Industria Pesada de la URSS, declaró con satisfacción:

> Ahora nuestras fábricas, nuestras minas, nuestros talleres están equipados con una maquinaria estupenda que ningún otro país posee… ¿Y de dónde la hemos sacado? Hemos estado comprando, a los americanos, a los alemanes, a los franceses, a los ingleses, las máquinas más logradas, los últimos avances de la tecnología mundial, y con todo eso hemos dotado nuestras factorías.

Y luego añadió con sorna:

> Mientras tanto, ellos siguen empleando en sus fábricas y sus minas máquinas del siglo XIX y principios del XX (*Pravda*, 2 de febrero de 1935).

Los ingenieros americanos se trasladaban a la Unión Soviética para elaborar proyectos de fábricas, los esclavos de Stalin les excavaban enormes zanjas, allanaban y hormigonaban los accesos, levantaban los muros. Después llegaban de otros países grúas, tornos y prensas; los ingenieros extranjeros lo ensamblaban todo, lo ajustaban y lo ponían en marcha.

Entonces, a inicios de los años treinta del siglo XX, para asombro del mundo entero, en la ciudad de Nizhni Taguil apareció la instalación industrial más pujante del planeta: Uralvagonzavod[16]. Los americanos hablaban con orgullo de sus fábricas gigantescas, sin embargo, la fábrica más potente no la proyectaron ni la construyeron en su país, sino en la Unión Soviética. A lo largo de seis décadas, hasta la caída de la URSS, Uralvagonzavod fue el establecimiento industrial más grande del mundo. Así quedó registrado en el *Libro Guinness de los récords*.

Uralvagonzavod había sido proyectado de tal forma que podía pasar de la fabricación de vagones a la fabricación de tanques y, sin ningún problema y en tiempo récord, empezó su producción masiva. En menos de cuatro años —lo que duró la guerra—, Uralvagonzavod sacó 35 000 carros de combate T-34, sin dejar de fabricar simultáneamente otro tipo de armamento.

También en los Urales, y en la misma época, empezó a funcionar la Planta de Tractores de Cheliábinsk. Esta también se había construido según un proyecto americano y se había dotado exclusivamente de equipamiento americano. También estaba pensada para poder fabricar tanques en vez de tractores. Durante la guerra, Cheliábinsk se llamó, popularmente, Tankogrado, porque allí se habían mudado las

fábricas de motores de Leningrado, de Kírov y de Járkov, que producían tanques y motores para ellos. Tankogrado construía tanques medios, T-43, y pesados, IS y KV; y su volumen de producción no tenía nada que envidiar al de Uralvagonzavod.

No muy lejos, en Sverdlovsk, se había edificado el tercer gigante industrial: Uralmash[17], uno de los productores de maquinaria pesada más grandes del mundo.

Para abastecer de acero a esos gigantes, en los Urales fue inmediatamente extendida una red de fundiciones. Se irguió la ciudad de los metalurgos, Magnitogorsk, y un enorme complejo industrial, cuyo producto principal era el acero blindado.

Los Urales no eran, ni mucho menos, la única región especializada en la construcción de tanques. En Stalingrado se instaló una planta que también, supuestamente, debería fabricar tractores, pero en realidad estaba especializada en fabricación de tanques.

Al mismo tiempo se iban construyendo factorías de automóviles, de motores, de aviones y de artillería. La planta de aviones más potente del mundo se instaló en el Lejano Oriente. Para dar servicio a aquellas instalaciones fue fundada la ciudad de Komsomolsk del Amur, una especie de apéndice de la fábrica. Tanto la fábrica como la ciudad habían sido proyectadas y equipadas por los norteamericanos. Las dimensiones del proyecto asombraban a los mismos ingenieros americanos que estaban instalando allí la maquinaria.

En la Unión Soviética no paraban de aparecer gigantescas fábricas ultramodernas, pero eso no mejoraba nada la vida del pueblo. Dichas fábricas no producían para satisfacer las necesidades de la gente. Las cacerolas y cucharas de toda la vida, la vajilla y las botas de goma, los muebles más sencillos y la ropa más económica, los clavos y las cerillas para muchos se convirtieron en artículos de lujo. En las tiendas se formaban unas colas infinitas. Stalin pagó la industrialización con la calidad de vida de su pueblo, llevándola a unos niveles ínfimos.

4

Otro punto fuerte de Stalin era el espionaje. Occidente le proporcionaba la maquinaria industrial más avanzada, le vendía patentes para la fabricación de armamento más moderno. Y lo que no se podía conseguir por vía legal, lo robaban sus espías. Este no escatimaba en dinero para espionaje.

Para aumentar el rendimiento de sus ingenieros y técnicos, Stalin metía en la cárcel a colectivos enteros de científicos, a los que acusaba de espionaje. Entre rejas acabaron los más destacados especialistas en aviación y artillería, entre ellos Serguéi Koroliov, el futuro creador de los misiles y naves espaciales soviéticas, Nikolái Polikárpov, Alekséi Túpolev, Roberto Bartini, Vladímir Miasischev, Vladímir Petliakov, entre otros miles. El planteamiento era simple: si hacéis el mejor bombardero (tanque, cañón, motor, submarino), salís de la cárcel, si no, iréis a

Dalstrói a batir el oro, y de ahí no sale nadie.

A los científicos cautivos no había que pagarles sueldos millonarios, ni hacerles casas ni pisos buenos. No había que mandarlos de veraneo a las costas cálidas: de todos modos, estaban interesados en inventar las mejores armas en el más corto plazo posible. Eran personas con talento; pero, aparte de eso, los servicios de inteligencia de Stalin les proporcionaban todo aquello que las mejores mentes habían creado en el extranjero. Todos los científicos cautivos tenían a su disposición las últimas tecnologías americanas, alemanas, británicas y de otros países. Así que podían elegir la mejor y, basándose en ella, generar algo realmente perfecto.

5

Inmediatamente después del golpe de estado comunista, la tierra fue repartida entre el campesinado. El reparto era bastante justo: se hacía según el número de «bocas» que hubiera que alimentar, es decir, a cada familia se le asignaba una parcela, cuyo tamaño dependía de la cantidad de miembros que tuviera. Millones de campesinos rusos habían soñado durante siglos con tener su propio terreno. El sueño se cumplió, pero como resultado en el país se produjo una gran hambruna. Eso ocurrió porque los comunistas, a cambio de dar tierras a los campesinos, exigieron que todo lo que aquella tierra produjese se le entregase al estado. La tierra es tuya, pero lo que crece en ella no lo es.

Obviamente, a nadie le apetecía verse despojado de los frutos de su trabajo voluntariamente. Para estos casos los comunistas crearon batallones de abastecimiento, incluso ejércitos enteros de gente armada, que quitaban a los campesinos sus provisiones de cereales y demás víveres. Los campesinos ofrecían resistencia armada. Todo transcurría como en la película americana *Los siete magníficos*, pero a cámara lenta y con la única diferencia de que los campesinos rusos no contaban con la ayuda de aquellos defensores honrados.

La lucha por el pan la ganaron los comunistas. Pero cantaron victoria antes de tiempo. A una persona se le puede quitar el pan y todas las patatas, se le pueden confiscar las vacas y los cerdos, sin embargo, no se la puede obligar a trabajar tenaz y concienzudamente. Así que los campesinos rusos dejaron de cultivar trigo para hacer pan y todo lo demás. ¿Para qué madrugar y trabajar de sol a sol en el campo si en otoño, de todos modos, iban a llegar los comunistas para desplumarlos? Esa fue la causa de la espantosa hambruna de los años 1920-1921.

Lenin decidió aplacar su insensata política y se volvió a legalizar el libre comercio de alimentos. En el país empezó a circular el rublo de oro. Todo eso lo denominaron NEP o Nueva Política Económica. Por enésima vez repito: no tenía nada de nuevo. Era el capitalismo de siempre y el país revivió. En solo un año la situación del abastecimiento de alimentos mejoró notablemente.

Entonces, en 1927, Stalin empezó la industrialización. Ese proceso llevó a unas

consecuencias que los comunistas no habían previsto. En el país de nuevo había enormes reservas de víveres, pero los campesinos no tenían prisa para venderlos. Lo cual se explica fácilmente: los hacendosos campesinos, al vender los frutos de su faena, en varios años habían acumulado importantes cantidades de rublos de oro. Iban a la ciudad a comprar productos, pero las tiendas estaban vacías. Casi toda la industria soviética era de carácter militar: fabricaba tanques, aviones, paracaídas, cañones, ametralladoras, misiles y balas. El campesino tenía los bolsillos llenos de rublos de oro, pero no podía comprar nada con ese dinero. ¿Para qué quiere uno tanto oro si no le sirve de nada? Así que otra vez los campesinos dejaron de vender los alimentos o, simplemente, dejaron de producirlos.

Los comunistas se encontraron ante un dilema: reorientar una parte de la industria a la fabricación de artículos cotidianos para los campesinos enriquecidos (es decir, los más diligentes, emprendedores y trabajadores), o exterminarlos.

En el primer caso, los cristianos habrían empezado a producir cada vez más comida y para ellos habría que fabricar —en cantidades cada vez mayores— muebles buenos, vajilla, alfombras, ropa de calidad; algún día les entraría la gana de tener sus propios coches, ir a médicos buenos, llevar a sus hijos a escuelas buenas. Semejante regreso a la vida normal habría sido posible solo en el caso de que el gobierno del país hubiera renunciado a la militarización de la industria, lo cual, a su vez, ponía en peligro la realización de la revolución mundial.

Los caciques de la Unión Soviética no lo podían permitir y, en 1930, empezaron una encarnizada guerra contra los campesinos, llamada «colectivización».

6

En aquellos años, en América, hubo una considerable sobreproducción agrícola. A los comunistas les gustaba mucho llevar a las pantallas aquellas terribles imágenes: los ganaderos norteamericanos vertiendo leche sobre la tierra, quemando las mieses, matando las vacas y rociando con cloro sus cadáveres.

En la Unión Soviética, el problema de la sobreproducción se solucionaba de una forma más radical. Las unidades del Ejército Rojo, dirigidas por todos esos *tujachevski*, *yákirev*, *gamárnik*, *blücher*, *dybenok* y *uborévich*, cercaban comarcas enteras. A los campesinos que más producían, junto con sus familias y en pleno invierno, los metían en vagones de carga y se los llevaban a miles de kilómetros, a Siberia, a los Urales, a Kazajstán, y los abandonaban allí en medio de la estepa helada. Esas grandiosas operaciones se efectuaban según las órdenes del camarada Stalin. El mando directo lo asumía el camarada Mólotov. Muchos años después, cuando le preguntaron a cuánta gente habían deportado hacia las regiones deshabitadas del país, Mólotov contestó: «Stalin decía que habíamos expulsado a diez millones, pero en realidad fueron veinte» (Chúyev, F., *Mólotov*, Moscú, Olma-Press, 2002, pág. 458).

A la vez que deportaban campesinos de forma masiva, las tropas de la Checa y el Ejército Rojo incautaban productos alimentarios por doquier. A los agricultores les quitaban el pan y el ganado; o lo destruían *in situ*. Así se provocó, intencionadamente, una hambruna espantosa. A los campesinos les daban a elegir entre ingresar en un *koljoz*[18] o morir de hambre. La colectivización fue posible solo bajo el fuego de ametralladoras del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. El hambre también se ocasionó con el apoyo de las bayonetas del ejército «liberador». Eran sus destacamentos que requisaban todo lo que se podía considerar comida y lo destruían.

El hambre se causó para obligar a los campesinos a que entraran en los *koljozes*. Los *koljozes* los creaban para obtener pan gratis. Todo el pan que se podía. En la jerga de los caciques soviéticos eso se llamaba «trasvasar los medios de la agricultura a la industria pesada».

7

En la literatura histórica y en las fuentes documentales se pueden encontrar diferentes datos sobre las pérdidas demográficas causadas por la colectivización y la hambruna de 1932-1933. Hoy por hoy, las mejor fundamentadas me parecen las siguientes cifras: a causa del hambre fallecieron entre 3,5 y 5 millones de personas, como resultado de las represalias e insoportables condiciones de la deportación o de la vida en el exilio, entre 3 y 4 millones. En total, entre 6,5 y 9 millones de personas.

Mientras en el país se extendía el canibalismo, Stalin aprovechaba aquellos días espantosos para vender al extranjero.

En 1928 se exportaron al menos 100 000 toneladas de cereales,

en 1929, 1,3 millones de toneladas,

en 1930, 4,8 millones de toneladas,

en 1931, 5,2 millones de toneladas,

en 1932, 1,8 millones de toneladas,

en 1933, 1 millón de toneladas.

(Rogovin, V. Z., *El poder y la oposición*, cap. XLVIII, «El hambre»).

¿Para qué servía la colectivización? Para la industrialización. ¿Y para qué servía la industrialización? ¿Para subir el nivel de vida de la población? No. Antes de la industrialización y colectivización, durante la NEP, la vida del pueblo era bastante llevadera. Si a Stalin y los demás camaradas dirigentes les interesase de verdad el nivel de vida del pueblo, no habría habido industrialización ni colectivización; solo hacía falta conservar la Nueva Política Económica.

Durante la industrialización y colectivización, el nivel de vida de la gente cayó quizá por debajo del de los tiempos del yugo tártaro-mongol. Las regiones agrarias más ricas del país y del mundo entero —Ucrania, Kubán, las cuencas del Don y del Volga— padecían del hambre. La gente comía perros, gatos, luego pasaron a carne de rata y de rana. El historiador británico Robert Conquest sacó un terrorífico libro titulado *La cosecha del pesar*[19], dedicado a aquellos quinquenios y con fotos espeluznantes de niños-esqueletos. Creo que esas fotos son aún más estremecedoras que las de los niños de la Etiopía comunista o de la Camboya de la época de Pol Pot.

Mientras tanto, los intelectuales soviéticos bailaban el foxtrot. En aquellos años horripilantes, el inepto lameculos del Kremlin, Mijaíl Shólojov, engendró su obra *Campos roturados*, una propaganda barata de la vida feliz en un *koljoz* estalinista, de la comida rica y sana al aire libre. Sí, Shólojov reconoce que también hubo ranas en el menú de los trabajadores de campo, pero fue el tonto del abuelo Schukar[20] que las cocinó por error. ¡Ay, qué risa!

Entonces, la industrialización y la colectivización no se llevaron a cabo para aumentar el nivel de vida de la población, sino para producir armas en inmensas cantidades.

¿Y para qué querían los comunistas tantas armas? ¿Para proteger el país y a su pueblo? No. Si por los cazacarros, la seda de los paracaídas y la tecnología militar occidental Stalin hubiera pagado un millón de toneladas de trigo menos al año (es decir, cuatro millones en lugar de cinco), millones de niños soviéticos se habrían salvado del hambre y de la muerte. En todos los países las armas sirven para proteger a la población de las calamidades y, en primer lugar, a los niños, el futuro de la nación. En la Unión Soviética ocurría a la inversa: a la población, incluidos los niños, los sometían a calamidades inauditas para obtener más armas.

Incluso los horrores de la Primera Guerra Mundial parecen una minucia en comparación con las atrocidades de la industrialización estalinista. Rusia perdió en la masacre mundial a 2,3 millones de personas, pero Stalin, **en tiempos de paz** y para conseguir armas, exterminó a muchos más conciudadanos suyos.

LA PAZ COMUNISTA RESULTÓ SER MÁS ATROZ QUE LA GUERRA MUNDIAL.

El aumento del potencial militar soviético no venía dictado por una amenaza externa, puesto que había empezado ANTES de la llegada de Hitler al poder. El exterminio de millones de niños transcurría en paralelo con el ascenso de los nazis.

* * *

Alguien podría replicar que Stalin sacrificó a millones de personas para crear armas y proteger a los demás.

No, señores, el armamento fabricado en aquel entonces no iba destinado, ni mucho menos, a la protección de los ciudadanos y ni siquiera valía para ello; al final

se debió usar en circunstancias impropias o incluso se tuvo que abandonar.

Si los comunistas crearon aquellos arsenales ingentes, pero no lo hicieron para la defensa de su territorio ni de su población, ¿entonces para qué?

Camaradas comunistas, les cedo la palabra.

CAPÍTULO 8

El papel de Stalin en el resurgimiento del poder militar de Alemania

Solo un país —la Rusia Soviética— puede ganar en caso de un conflicto global.

ADOLF HITLER[21]

1

Al acabar la Primera Guerra Mundial, en Europa Central y Occidental se dio una situación en la que —en caso de que las condiciones del Tratado de Versalles se cumplieran— no se podría provocar una nueva guerra. No había quién la empezara.

Francia acabó la guerra como uno de los vencedores principales. De acuerdo con el Tratado de Versalles, obtenía todo lo que podía obtener. Alemania le pagaba unas reparaciones enormes. Francia no tenía ningún interés en empezar otra guerra en Europa. Más bien al contrario, el gobierno francés se preocupaba por que la situación existente durase el máximo tiempo posible. Los generales franceses optaron por una estrategia defensiva: a lo largo de sus fronteras empezaron a levantar una especie de Gran Muralla China.

Gran Bretaña también estaba entre los vencedores. No pretendía anexionar ningún territorio europeo y por eso tampoco tenía necesidad alguna de empezar una nueva guerra. Le interesaba igualmente que la situación fuese estable. Los intereses principales de Gran Bretaña se centraban en la conservación de sus colonias en el exterior, ya que era uno de los imperios más grandes de la historia. Tenía una flota potente para la protección de las colonias y de las rutas comerciales y un ejército relativamente reducido para la defensa de la metrópolis y para mantener el orden en las colonias. Incluso si al gobierno de Gran Bretaña se le hubiera antojado desatar una guerra en Europa, no habría tenido fuerzas suficientes para ello.

Alemania, de acuerdo con el Tratado de Versalles, estaba completamente desarmada. Dicho documento exigía a Alemania dinero, dinero y más dinero para pagar a Francia, pero le prohibía tener, adquirir, diseñar o producir armamento de ataque y la hacía reducir notablemente sus armas de defensa.

El resto de los estados de Europa Occidental y Central no podían empezar una gran guerra, puesto que no tenían potencial militar suficiente, pero tampoco las ganas.

2

En este estado de cosas, lo mejor que hubieran podido hacer los caciques del Kremlin

sería respirar con alivio y dedicarse plenamente a la construcción de una sociedad pacífica. Para que en Europa no se produjera otra guerra solo había que asegurar el cumplimiento del Tratado de Versalles, para que Alemania siguiera desarmada y débil militarmente.

Alemania había sido adversario en la Primera Guerra Mundial y era muy probable que lo fuera en la siguiente. La Rusia Soviética, posteriormente transformada en la URSS, no había firmado el Tratado de Versalles, pero este le proporcionaba unas ventajas inapreciables: la Unión Soviética podía crear cualquier tipo de armamento y maquinaria militar, mientras Alemania quedaba paralizada o, incluso, había tenido que dar marcha atrás.

Los caciques del Kremlin deberían haber intensificado todos sus esfuerzos diplomáticos y de espionaje para descubrir y prevenir cualquier intento de recuperación del potencial militar de Alemania. ¡Para que esta siguiera débil! Mientras Alemania no tuviese tanques, aviación militar, artillería pesada, armas químicas, submarinos, ni submarinistas bien preparados, ni tanquistas, ni aviadores; mientras los generales alemanes no tuvieran posibilidad de ensayar en sus polígonos nuevas estratagemas, mientras los ingenieros alemanes no tuvieran la oportunidad de proyectar nuevos tipos de armamento ni las fábricas pudieran producirlo…, Alemania jamás empezaría una nueva guerra.

Pero, por alguna razón, los caciques del Kremlin no impusieron a sus servicios de inteligencia la tarea de velar por el cumplimiento —al pie de la letra— del Tratado de Versalles. El resurgimiento secreto de Alemania había empezado ya con Lenin y Trotski. El primer documento que lo confirma es la resolución del Politburó del Comité Central del PC(b) del 5 de noviembre de 1920: «Organizar los cursos de preparación de oficiales en las afueras de Moscú, el lugar concreto lo tendrán que acordar los camaradas Trotski y Dzerzhinski» (Górlov, S. A., *Altamente confidencial. Alianza Moscú-Berlín. 1920-1933*, Moscú, Olma-Press, 2001, pág. 125).

En mayo de 1921, a la Rusia Soviética llegó un grupo de oficiales, destinados por el jefe del Estado Mayor de la República de Wiemar, Hans von Seeckt, que debían estudiar la posibilidad de creación de centros de formación, polígonos e instalaciones de industria militar, donde desarrollar y hacer pruebas con las armas prohibidas por el Tratado de Versalles y preparar al personal de mando. El jefe de la delegación era O. von Niedermayer, y entre sus miembros estaba el comandante F. Chunke, el comandante V. Schubert y el jefe de la Comisión Alemana para los Asuntos de Presos de Guerra en la Rusia Soviética, G. Hilger (*Krásnaya zvezdá*, 25 de diciembre de 1990, Zdanovich, A., «Laboratorios clandestinos del Reichswehr en Rusia», *Ejército*, 1992, n.º 1, pág. 64).

Stalin fue un digno continuador de la causa de Lenin y Trotski. Al llegar a secretario general del Comité Central del PC(b) permitió al gobierno alemán que creara oficinas de construcción clandestinas y centros de formación en el territorio de la Unión Soviética.

El 26 de noviembre de 1922 en Moscú fue firmado un contrato de concesión con la empresa constructora de aviones Junkers que regulaba la producción de aviones de metal y motores para ellos (Górlov, S. A., *ibidem*, págs. 69 y 95).

En julio de 1923 fueron rubricados (firmados previamente, pero pendientes de aprobación oficial) dos contratos: el primero autorizaba la fabricación en la URSS (en Zlatoúst, en Tula y en Petrogrado) de municiones y otro equipamiento militar y su exportación a Alemania; el segundo regulaba la construcción de una planta química (*Krásnaya zvezdá*, 25 de noviembre de 1990).

El 15 de abril de 1925, se firmó un contrato sobre la creación en la región de Lípetsk de una escuela de aviación completamente secreta para la preparación de aviadores alemanes. En el mismo lugar se iban a construir almacenes para materiales de aviación. Aquel documento fue firmado por el jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, P. I. Baránov y el representante alemán, coronel von der Lit Thomsen (Górlov, S. A., *ibidem*, pág. 126). A causa de las restricciones del Tratado de Versalles, Alemania no podía comprar por sí misma aviones para el centro de estudios de Lípetsk. Y de nuevo la ayudó Stalin. Según sus órdenes —supuestamente para el ejército de aire ruso—, a la empresa holandesa Fokker le compraron los primeros cien cazas del tipo D.XIII, que sirvieron para preparar a los que posteriormente formarían parte de la élite de las fuerzas aéreas del Tercer Reich (*Revista de Historia Militar* [de aquí en adelante *RHM*], 1993, n.º 6, pág. 43).

La preparación de pilotos solía tener dos niveles. Primero había que formar recios combatientes *aéreos* de primera clase y luego algunos de esos combatientes ascendían a grandes jefes de aviación. Uno de los pilotos alemanes, durante la Primera Guerra Mundial, se hizo un verdadero as de la aviación. Abatió veintidós aviones enemigos. Acabada la guerra, realizó en Lípetsk su curso de perfeccionamiento. Se llamaba Hermann Göring. Tiempo después se convirtió en uno de los colaboradores más cercanos de Hitler.

Hace tiempo que se sabe que Göring se había formado en la Unión Soviética, pero tardó en confirmarse oficialmente. No fue hasta tres cuartos de siglo después que el Ministerio de Defensa de Rusia se vio obligado a reconocerlo (*Krásnaya zvezdá*, 15 de febrero de 2003).

3

Nadie tenía que saber que Stalin estaba preparando a Alemania para la guerra. Se tomaron unas medidas de seguridad y confidencialidad draconianas.

> Por el ferrocarril de Königsberg a Rusia, a través de Letonia y Lituania, se transportaban cargas de las que, en la aduana, nadie sospechaba nada. Por vía aérea se llevaban las piezas más valiosas. Los aviones, destinados para ensayos y entrenamientos, realizaban vuelos ininterrumpidos a grandes alturas. Sin embargo, el más importante era el transporte por mar (Stettin-Leningrado). Precisamente por esa vía se mandaban a reparar los motores de los Fokker de Lípetsk a Inglaterra

(*RHM*, 1993, n.º 6, pág. 43).

> A todos los que se destinaba al centro de Lípetsk oficialmente se les eliminaba de las listas del Reichswehr y se les cambiaban los apellidos… Hartos problemas causaba la repatriación de los cuerpos de los fallecidos en accidentes. Los enviaban por Leningrado en contenedores con inscripciones «Repuestos de automóvil». A los familiares no se les comunicaba la causa verdadera de su muerte. Sin embargo, las pérdidas y las dificultades eran nimias en comparación con los beneficios que proporcionaba Lípetsk. Más adelante, los modelos de avión cuyas pruebas se habían realizado allí se utilizaron como prototipos de los cazas y de los bombarderos de serie de las fuerzas aéreas del Tercer Reich (*Krásnaya zvezdá*, 25 de noviembre de 1990).

La *RHM* (1993, n.º 6, pág. 42) comunica con orgullo: «Como vemos, fue en la Escuela de Aviación de Lípetsk donde se creó el primer cazabombardero alemán».

Según los datos que proporciona el historiador alemán Olaf Groehler, en Lípetsk se habían realizado las pruebas de los siguientes tipos de aviones: Hienkel He 45, He 46 y He 51, Arado Ar 64 y Ar 65, Junkers K 47, Dornier Do 11 (Groehler, O., *Selbstmorderische Allianz. Deutsch-Russische Militarbeziehungen 1920-1941*, Berlín, 1992).

Como resultado de los combates aéreos de prueba en Lípetsk, los alemanes elaboraron su *Doctrina de la aviación de caza* y *Doctrina de la aviación de bombardeo*, crearon y testaron dispositivos de lanzamiento de bombas de precisión.

> Para finales del año 1933 en la escuela se habían formado 450 pilotos de cazas, observadores aéreos y miembros de tripulación de bombarderos. Muchos de ellos llegaron a componer el núcleo dirigente del Estado Mayor de Göring (*Krásnaya zvezdá*, 25 de noviembre de 1990).

Muchos de los graduados de la Escuela de Aviación de Lípetsk engrosaron filas de la Luftwaffe[22]. En el libro del investigador independiente Yuri Nikoláievich Tíjonov, titulado *Una ciudad secreta* (Lípetsk, 2012), encontramos una lista impresionante de los altos mandos de la Luftwaffe que habían estudiado en Lípetsk. Entre ellos está el mariscal de campo Hugo Sperrle, dos coroneles generales, quince generales de la aviación (en Alemania, este grado precedía al de coronel general), doce tenientes generales y dieciséis mayores generales. Al regresar a Alemania, los graduados de la escuela se pusieron al mando de divisiones y cuerpos de ejército, ascendieron a capitanes generales y jefes de flota aérea; entre ellos figura el futuro jefe de Aviación de Bombardeo y Espionaje de la Luftwaffe, el comisario general de la Aviación de Reacción, jefe del Departamento de Operaciones del Estado Mayor de la Luftwaffe, jefe del Departamento Científico-Tecnológico del Ministerio de Aviación, jefe de la Dirección de Personal de la Luftwaffe, el encargado de Cometidos Especiales del comandante supremo Göring, el ingeniero mayor de la Luftwaffe, etcétera.

El graduado de la escuela de Lípetsk coronel general Hans Jeschonnek, desde el 1 de febrero de 1939 hasta el 19 de agosto de 1943, ocupó el puesto de jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe. Otro graduado de la escuela, el coronel general Otto Dessloch, desde 1935 hasta 1939 fue director de todas las escuelas de aviación de

Alemania, entre 1943 y 1944 dirigió la 4.ª Flota Aérea (es decir, todas las fuerzas aéreas del flanco sur del Frente Germano-Soviético) y en 1945 ocupó el puesto de mariscal de campo de la Luftwaffe.

Los aviadores alemanes que se habían formado en la escuela de Lípetsk años después se encontrarían con los pilotos soviéticos en el espacio aéreo español. Allí, el futuro mayor general Hannes Trautloft derribó cuatro aviones de los republicanos (y hemos de recordar que fue la URSS quien proporcionó a la República la mayor parte de los aviones y que los pilotaban los chavales de Sarátov, de Riazán y, quizá, de Lípetsk). Para el final de la Segunda Guerra Mundial el mayor general Trautloft contaba con 57 victorias, entre ellas 45 en el Frente Oriental.

En la Escuela de Aviación de Lípetsk estudió el coronel Nicolaus von Below, que a lo largo de toda la guerra fue edecán de Hitler en la Luftwaffe; y el coronel Günter Radusch, que luchó en España y para el final de la Segunda Guerra Mundial había derribado 115 aviones, incluidos los 5 en España y 85 en el Frente Oriental.

¡Qué bonito! En 1933 Hitler subió al poder en Alemania, pero ya no tenía que empezar desde cero. El camarada Stalin ya le había preparado el núcleo dirigente de las fuerzas armadas y un grupo de técnicos de altísimo nivel. Estos, sin demorarse ni un minuto, ya podían empezar a reclutar pilotos para su flota aérea.

4

El camarada Stalin comprendía que la nueva guerra no sería solo de aviones, sino también de tanques. Por eso prestó especial atención a la instrucción de tanquistas alemanes.

> En 1926, en las afueras de Kazán, se fundó la escuela de tanquistas del Reichswehr. Los tanquistas alemanes vestían uniforme soviético sin distintivos (*Krásnaya zvezdá*, 25 de noviembre de 1990).

El contrato sobre la fundación de la escuela de tanquistas se formalizó el 3 de diciembre de 1926, por parte de la Unión Soviética lo firmó Berezin, jefe del Cuarto Directorio del Estado Mayor del Ejército Rojo. Este órgano ya se denominaba entonces Directorio General de Inteligencia del Estado Mayor (GRU). Stalin proporcionó todo lo necesario a los futuros jefes de la infantería motorizada alemana: tanques, proyectiles, alojamiento, talleres, un enorme polígono secreto bien vigilado. ¡Inventa, crea, ensaya!

> Los alemanes prepararon en nuestro territorio a cientos de aviadores, tanquistas y especialistas en armas químicas. Posteriormente, estos se convirtieron en los principales instructores para las mismas áreas en la Wehrmacht. Es un hecho que los alemanes —esquivando las restricciones del Tratado de Versalles— lograron desarrollar y perfeccionar muchos métodos y recursos para la futura guerra (*Krásnaya zvezdá*, 25 de noviembre de 1990).

Era importante que los técnicos trabajaran sin tregua perfeccionando armas. Si se producía una pausa, aunque solo fuera de diez años, podría tener consecuencias

irreparables: los antiguos ingenieros y técnicos se especializarían en otras ramas de la industria o se jubilarían sin transmitir sus conocimientos a las nuevas generaciones. Pocos años después se daría otro problema de doble naturaleza: por un lado, se generaría un atraso tecnológico; por otro lado, faltaría personal para salvar dicho atraso.

Entre el final de la Primera Guerra Mundial y la llegada de Hitler al poder transcurrieron quince años. El mérito de Stalin consiste en no dejar que se produjese el atraso científico o tecnológico de la Alemania hitleriana frente a sus adversarios. Stalin aseguró la transmisión de la experiencia de la vieja generación de científicos kaiserianos a la nueva generación de científicos del Tercer Reich.

5

Una mención aparte merecen las armas químicas. La investigación sobre el gas mostaza y el fosgeno, y su posterior producción se organizó en las instalaciones de Bersol, una empresa germanosoviética situada en Ivaschénkovo (en la actualidad, Chapáyevsk), en la región de Samara. Allí, la producción diaria de gas mostaza —que se había hecho tristemente famoso durante la Primera Guerra Mundial— alcanzaba las 3,3 toneladas y la de fosgeno 2,6 toneladas; es decir, 5,9 toneladas de sustancias tóxicas al día, que son más de dos mil toneladas al año. Las estaciones de envasado de Bersol llenaban de gas mostaza y fosgeno quinientos mil proyectiles todos los años. Durante los años 1926-1927, las pruebas de armas químicas se realizaban conjuntamente entre Alemania y la Unión Soviética en el polígono Tomka, en las inmediaciones de Volsk (la región de Sarátov) y en Podosinki (actualmente es el distrito moscovita de Kuzminki).

En general, la Segunda Guerra Mundial (salvo algunos casos aislados) transcurrió sin que se hubieran empleado sustancias tóxicas. Aunque hay que reconocer que, en caso de necesidad, Alemania habría podido realizar ataques masivos con armas químicas. Estaba preparada.

Gracias a los esfuerzos del camarada Stalin, claro.

6

No era suficiente con formar al personal y diseñar nuevos modelos de armamento. Hacían falta factorías militares para producir ese armamento. En este sentido, los caudillos soviéticos —ya en los años veinte— también se mostraron comprensivos y prestaron apoyo a la industria armamentística alemana.

> Se había llegado a un acuerdo para desplegar en Rusia estructuras de industria armamentística alemana, disfrazándolas de empresas germano-soviéticas o sus concesionarios. El primer proyecto de esas características fue el de Junkers. En 1922, la empresa empezó a construir en la región de Moscú, en Filí, una fábrica de aviones de metal y de motores. A partir de 1924, dicha fábrica ya

> sacaba cerca de cien aviones anuales… Después de Junkers, echaron raíces en nuestra tierra Friedrich Krupp (cañones, proyectiles, tanques), BMW (motores para tanques y aviones), Bersol (sustancias tóxicas), Karl Walter (armas de fuego), entre otros… Al mismo tiempo, los astilleros de Nikoláyev y de Leningrado se estaban preparando para fabricar submarinos y cruceros para Alemania. En las fábricas de Tula, Leningrado y Zlatoúst, tras su reorientación, cada año se producían cientos de miles de misiles para el Reichswehr (*Krásnaya zvezdá,* 25 de noviembre de 1990).

Dos historiadores rusos muy valientes, Yuri Leóntievech Diákov y Tatiana Semiónovna Bushúyeva, en 1992 publicaron un libro impresionante titulado *La espada fascista se forjó en la URSS. El Ejército Rojo y el Reichswehr*. ¡Qué título tan sonoro y tan significativo!

Si la espada fascista se forjó en la URSS, apetece preguntar POR QUÉ. Es obvio que Stalin, mientras abastecía de armas a Alemania, no pensaba que todo aquello lo fuese a perjudicar a él. ¿Pero a qué aspiraba entonces? ¿A quién tenía que cortar la cabeza aquella espada?

Es imposible resumir aquí el libro de Diákov y Bushúyeva. Es mejor leerlo de cabo a rabo. Solo voy a citar un fragmento de un documento que aparece en la página 72. El suplente del comisario del pueblo para la Defensa de la URSS, Iósif Unshlicht, al informar a Stalin acerca de la ayuda secreta a Alemania, dijo: «Es necesario tener una base clandestina para el almacenaje de armamento ilegal».

Lo más interesante del documento es su autor. Ya conocemos a Unshlicht. En 1920, fue miembro del Consejo Militar del Frente Occidental, que había intentado irrumpir en Alemania a través de Polonia para llevar allí la revolución sobre las bayonetas. Al mismo tiempo, era miembro del gobierno comunista polaco, creado en Moscú; si todo hubiera ido bien, se hubiera convertido en uno de los dictadores rojos de Polonia. Entre 1921 y 1923, Unshlicht fue uno de los principales organizadores de la revolución en Alemania y fue el encargado de abastecer ese país de armamento. Era Unshlicht quien, desde 1923 hasta junio de 1930, resolvía todas las cuestiones de colaboración con el Reichswehr. Hasta 1925 fue miembro del Comité Revolucionario de la república y jefe de abastecimiento del Ejército Rojo, después fue subcomandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la URSS y suplente del comisario del pueblo de asuntos militares y marítimos. A partir de 1930, de las relaciones militares con Alemania se encargó Yan Berezin, jefe del Departamento de Inteligencia del Ejército Rojo.

¿Pues qué pretendía Stalin y su subalterno Unshlicht? Ellos reforzaban el potencial militar de Alemania y, al mismo tiempo, hundían ese país, preparando la revolución.

No hay contradicción alguna en las acciones de Stalin y compañía. Su objetivo era la revolución global. Ellos intentaban provocarla, aprovechando la desolación y la crisis producida tras la Primera Guerra Mundial. A la vez, iban preparando a Alemania para la Segunda Guerra Mundial, que tenía que acarrear una desolación aún mayor. Si esta se produjera, la revolución sería inevitable.

7

Los historiadores serios suelen interpretar el empeño de Stalin por recuperar el potencial bélico de Alemania como un intento de sacar máximo provecho a la situación. Sí, Stalin preparó Alemania para la nueva guerra y a cambio recibió la oportunidad de aprender de los alemanes táctica y estrategia y de obtener sus innovaciones tecnológicas e industriales. Con tal de ocultar las intenciones criminales de Stalin, los ideólogos soviéticos pintan al gobierno de la URSS como estúpido y atrasado, insistiendo en que no era capaz de nada y siempre necesitaba aprender de alguien.

Pero después de la Primera Guerra Mundial los jefes militares alemanes no tenían nada que enseñar, puesto que habían perdido la guerra. Y aunque la hubieran ganado, tampoco habrían podido enseñar nada. La Primera Guerra Mundial llevó a sus participantes a un callejón sin salida, a una destrucción mutua. No era necesario ser genial ni original. Los soldados tenían que saber cavar, disparar y pinchar con la bayoneta. Los oficiales y suboficiales tenían que conducir a los soldados en las batallas largas y extenuantes. Los generales ni siquiera tenían que hacer nada. La situación en los frentes no variaba durante años. Las más grandiosas lides se fragmentaban en miles y millones de pequeños combates, refriegas y escaramuzas. No había nada que aprender. El ejército ruso tenía la misma experiencia de guerra de trincheras que los demás ejércitos.

Pero aparte de la negativa e inútil experiencia de la Primera Guerra Mundial, el Ejército Rojo tenía también la de la Guerra Civil. Esta había transcurrido en enormes territorios. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, no era una guerra estabilizada, sino dinámica, con múltiples maniobras, la situación cambiaba constante y cardinalmente y había que tomar decisiones inmediatas.

La Guerra Civil exigía a los jefes militares saber planear, preparar y llevar a cabo operaciones con participación de millones de soldados. Esa guerra la ganaron los rojos. Habiendo empezado desde cero, ellos desplegaron un ejército de cinco millones de efectivos y sometieron a toda Rusia. De esta forma, el Ejército Rojo era el único en el mundo que tenía experiencia de una guerra victoriosa, con amplias maniobras, lanzamientos hacia la retaguardia del enemigo, marchas relámpago, asedios, envolvimientos e incursiones profundas.

Basándose en esas experiencias, en 1930, en la Unión Soviética por primera vez en la historia fueron creadas las fuerzas aerotransportadas. Además, en 1932, por primera vez se formaron potentes unidades de tanques para actuar en la retaguardia del enemigo. No fueron los comandantes rojos los que aprendieron a librar una guerra de movimiento, sino que los alemanes adoptaron las experiencias del Ejército Rojo. Lo dijo clara y directamente el jefe del Estado Mayor de la infantería de Alemania, coronel general Franz Halder: «Fueron los rusos los que propusieron la idea de concentración de fuegos en las unidades móviles» (Halder, F., *Diario militar. Apuntes cotidianos del jefe del Estado Mayor de la infantería*, 3 vols., Moscú, Ediciones

Militares, 1971. Apunte del 23 de junio de 1941, vol. 3, libro 1, pág. 34).

¿Quizá Stalin quería que Alemania le facilitara su tecnología punta y las muestras de la maquinaria militar más moderna? No, tampoco era eso. Incluso el único ejemplo aducido más arriba lo desmiente: cuando Stalin necesitaba los mejores aviones del mundo, compraba, sin ningún problema, cazas holandeses con motores británicos. Cuando Stalin necesitaba reparar esos motores, los enviaba legalmente a Gran Bretaña y los recibía de vuelta. Cuando los generales y los ingenieros de Stalin necesitaban formarse o adquirir experiencias, tenían el mundo entero a su disposición. Tenían la posibilidad de estudiar y comprar armamento en cualquier país del mundo: en Francia, Checoslovaquia, Bélgica, Italia, Gran Bretaña o Estados Unidos. Para obtener la maquinaria moderna y las nuevas tecnologías no era imprescindible entrar en contacto con Alemania, totalmente desarmada y a la que se le prohibía diseñar cualquier tipo de armamento nuevo.

Tras la Primera Guerra Mundial Alemania no tenía nada que aportar a nadie. No tenía aviones ni motores, ni aeródromos, ni tanques, ni submarinos. Si Stalin se hubiera interesado por la maquinaria militar alemana o sus tecnologías, se las hubiera podido comprar igual que lo hacía en los demás países: pagando en oro. El camarada Stalin tenía oro de sobra, mientras Alemania lo necesitaba de forma acuciante. Además, Stalin tenía los servicios de inteligencia más potentes del mundo, capaces de robar cualquier tecnología, cualquier muestra de armamento, cualquier esbozo, plano, patente, instrucción, etcétera.

Resumiendo, si Stalin hubiera necesitado maquinaria o tecnología alemana, no habría tenido que crear en la URSS centros de formación clandestinos, polígonos, oficinas de proyectos o fábricas.

No solo se trata de aviación. En otras esferas la situación era similar. Por ejemplo, los ingenieros soviéticos no copiaban carros de combate alemanes. Los primeros tanques soviéticos se construyeron según los proyectos franceses, británicos y americanos, mientras en Alemania ni siquiera había tanques. La preparación de los tanquistas alemanes seguía el mismo patrón que la de los aviadores: no eran los ingenieros y los técnicos soviéticos los que se alimentaban de experiencias alemanas, sino que los especialistas alemanes se instruían y copiaban las prácticas más avanzadas en los polígonos clandestinos de Stalin.

* * *

La hipótesis según la cual Stalin abasteció a Alemania de armamento para luego copiar sus experiencias se puede descartar aún más fácilmente.

Si Stalin no hubiera creado la base para la recuperación y fortalecimiento del potencial bélico alemán, la Segunda Guerra Mundial jamás habría empezado como empezó: con Alemania invadiendo países europeos. Es obvio. Y si es así, ¿para qué quería Stalin experiencias alemanas?

CAPÍTULO 9

¿Por qué accedió Stalin a la división de Polonia?

Moskvín, un campesino estonio, se preguntó: «¿No querrá Alemania, pactando con la URSS, abrirse paso para empezar la guerra en Polonia?».

Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941[23]

1

El 22 de junio de 1941 Alemania atacó, inesperada y pérfidamente, a la Unión Soviética. Es un hecho histórico. Sin embargo, algo insólito. Hasta la Segunda Guerra Mundial Alemania no tenía fronteras comunes con la Unión Soviética, por lo cual no podía atacarla y, menos aún, hacerlo de improviso.

Alemania estaba separada de la Unión Soviética por una infranqueable barrera de estados neutrales. Para que la guerra germano-soviética ocurriese, había que crear una serie de condiciones propicias para ello: derribar la barrera de estados neutrales y fijar una frontera común entre ambos estados.

Cualquiera que se interese por los acontecimientos del 22 de junio de 1941, antes de echar pestes contra Hitler y culparlo de perfidia, debe responder con sinceridad a estas dos preguntas:

1. ¿Quién destruyó la barrera de estados neutrales entre Alemania y la Unión Soviética?
2. ¿Para qué lo hizo?

2

La barrera entre Alemania y la URSS era doble y solo en un punto era sencilla. Polonia era el único país que compartía frontera tanto con Alemania como con la Unión Soviética. El camino más corto, más directo y más cómodo para ir desde la Unión Soviética hasta Alemania pasaba por Polonia. Polonia era la zona más estrecha de aquella muralla de separación. El agresor potencial, que deseara que la guerra germano-soviética ocurriese, tenía que intentar perforar justo en ese punto.

Pero también a la inversa, el país que no deseara la guerra germano-soviética debería haber empleado todo su potencial militar, toda su sabiduría directiva, toda su autoridad internacional para no dejar que el adversario penetrara en el territorio polaco o, en el peor de los casos, haberlo atacado antes de que llegase a sus fronteras.

Imagínese que junto a usted, pared con pared, vive un caníbal que ha anunciado a bombo y platillo su intención de zampárselo. Tras asegurarse de que usted ha

entendido bien sus propósitos antropófagos, empieza a romper la pared que los separa. Figúrese que ese caníbal, al intentar demoler la pared, se tropieza con ciertas dificultades y pide que usted le ayude a superarlas. Sin su ayuda jamás podría perforar la pared y, por consiguiente, tampoco podría devorarlo. ¿Cómo actuaría en este caso?

Hitler había anunciado sus intenciones a los cuatro vientos. Stalin lo llamó caníbal públicamente. Pero Hitler no podía atacarle, porque Alemania y la URSS no tenían una frontera en común. Hitler se dirigió a Stalin con la propuesta de horadar la pared que los separaba. Y este la aceptó encantado y con un entusiasmo enorme se puso a romper la pared polaca, abriendo paso a Hitler.

Los motivos de Hitler estaban claros. ¿Pero cómo explicar las actuaciones del camarada Stalin?

3

Los historiadores serios inventaron diferentes explicaciones a la actuación de la Unión Soviética.

Primera explicación: Al asolar y ahogar Polonia en sangre, trasladamos nuestras fronteras hacia el occidente, es decir, aumentamos nuestra seguridad.

Es una explicación rara. Efectivamente, las fronteras soviéticas se desplazaron unos 200-300 km hacia el oeste, pero al mismo tiempo Alemania avanzó unos 300-400 km hacia el este. Lo cual para nada aumentó la seguridad de la Unión Soviética, sino que la disminuyó. Surgió un nuevo factor: la frontera germanosoviética común. Y, como consecuencia, la posibilidad de que Alemania atacara a la Unión Soviética, incluso sin previo aviso.

Segunda explicación: Al atizar un hachazo por la espalda a Polonia, mientras esta luchaba contra los nazis, se supone que lo que conseguimos fue aplazar el inicio de la guerra germano-soviética.

Es una explicación para imbéciles. Mientras existiera Polonia, el ataque de Alemania a la Unión Soviética —sobre todo, el ataque repentino— era imposible. Después de la ocupación se hizo posible. O sea, la ocupación de Polonia, en lugar de aplazar el inicio de la guerra entre la Unión Soviética y Alemania, lo aceleró.

Tercera explicación: Francia y Gran Bretaña no querían pactar con nosotros, por eso…

¡Vaya sandeces! ¿Por qué Francia y Gran Bretaña tenían que defender la Unión Soviética si esta declaró como objetivo principal el derrocamiento de la democracia por doquier, incluidas Francia y Gran Bretaña? Además, a estos dos países les era indiferente si Hitler iba o no hacia el este. Incluso estaban interesados en que lo

hiciese.

Pero a Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia y Rumanía no les daba igual lo que iba a hacer Hitler. Si se desviaba hacia el este, dichos países se convertían en sus primeras víctimas. Por eso Polonia, Estonia, Lituania, Letonia, Finlandia y Rumanía eran aliados naturales de la URSS, no era necesario obligarlos a pactar contra Hitler. Pero Stalin no buscaba tal pacto y, cuando semejantes acuerdos existían, la Unión Soviética no cumplía sus obligaciones. Teóricamente, Stalin podría haber permanecido neutral, pero en lugar de eso apuñaló por la espalda a los que luchaban contra el fascismo hitleriano.

Los historiadores serios han tejido muchas explicaciones como estas, pero todas tienen dos inconvenientes muy serios:

- Se las inventaron con posterioridad a lo ocurrido.
- Contradicen las posturas adoptadas por los dirigentes soviéticos, aunque estas fueron expuestas más clara y explícitamente que las que plasmó Hitler en sus libros y discursos.

4

Al irrumpir en Polonia, Hitler quebró la muralla separadora. Así apareció la frontera común entre Alemania y la Unión Soviética de 570 kilómetros de largo. Hitler se dio por satisfecho y se dedicó a sus asuntos africanos, mediterráneos, atlánticos y de Europa Occidental.

¿Qué tenía que haber hecho Stalin al verse ante una grieta fronteriza de 570 km de largo y con un margen de tiempo considerable? Correcto: tenía que haber reforzado la defensa en aquel tramo. A lo largo de las fronteras antiguas existía una fuerte zona de seguridad. Había que desarrollarla y perfeccionarla. Y luego crear una segunda zona de seguridad, luego una tercera, cuarta, quinta… Había que minar carreteras, puentes, campos, cavar fosos y cubrirlos con artillería antitanque.

Más tarde, en 1943, durante la batalla de Kursk, el Ejército Rojo se estuvo preparando para rechazar el ataque del enemigo. En un plazo muy breve, a lo largo de un larguísimo frente, las tropas soviéticas establecieron seis zonas de seguridad ininterrumpidas de cientos de kilómetros cada una. Las zonas se extendían una tras otra, la profundidad total de la defensa era de 250-300 kilómetros. Cada kilómetro estaba infestado de trincheras, parapetos, pasadizos, refugios y emplazamientos de combate. La densidad media de minado ascendía a siete mil minas antitanque y antipersonas por kilómetro cuadrado, mientras la cantidad de cañones anticarro llegaba a un número espeluznante: 41 piezas por kilómetro cuadrado, sin contar la artillería antiaérea y carros de combate enterrados. Así, en medio de la nada, en un plazo brevísimo fue creada una línea de defensa verdaderamente inexpugnable.

En 1939, en la frontera germano-soviética recién aparecida, las condiciones para la creación de la defensa eran mucho más adecuadas: había bosques, ríos, pantanos, pocos caminos y mucho tiempo de margen. Las tropas soviéticas podrían haber establecido allí un baluarte inquebrantable, teniendo en cuenta que la brecha tampoco era demasiado profunda.

Pero para entonces la Unión Soviética había dejado de producir cañones anticarro y antiaéreos. En vez de hacer aquel territorio infranqueable lo hicieron aún más accesible. Allí se construyeron carreteras y puentes, la red de ferrocarril se amplió, se reforzó, se perfeccionó, mientras las fortificaciones ya existentes se arrasaban y se enterraban. Uno de los participantes de aquellos acontecimientos, el coronel del GRU Iliá Gregórievich Stárinov, los describe con una sinceridad abrumadora:

> Se produjo una situación estúpida. Mientras nuestros vecinos eran países relativamente pequeños y con ejércitos débiles, nuestras fronteras estaban cerradas a cal y canto. En cuanto se nos aproximó la Alemania nazi, las instalaciones defensivas a lo largo de nuestras fronteras fueron abandonadas o incluso desmontadas.
>
> La Dirección de Ingeniería del Ejército Rojo había encargado 120 000 bombas de relojería para ferrocarriles. En caso de la invasión alemana, tal cantidad habría sido más que suficiente para paralizar toda la red ferroviaria de su retaguardia, imprescindible para su supervivencia. Pero en lugar de la cantidad solicitada se recibieron… 120 minas. (Stárinov, I. G. *Las minas están esperando su hora*, Moscú, Ediciones Militares, 1964, págs. 176 y 186).

Hay que decir que la mina es un arma barata y una de las más eficaces. Su fabricación en la Unión Soviética era inmensa, pero, en cuanto apareció una frontera común con Alemania, las minas se dejaron de producir.

5

¿A qué más se dedicó el camarada Stalin en aquellos años terribles aparte de destruir la defensa de su propio país?

Se dedicó a destruir la barrera de estados neutrales. Hitler tuvo suficiente con la apertura de la muralla entre Alemania y la URSS. Stalin no.

Hitler (con la ayuda de Stalin) derrocó el poder político solo en uno de los estados de la barrera separadora: en Polonia.

Stalin (sin ayuda de nadie) lo hizo en tres estados (Estonia, Letonia y Lituania), lo intentó hacer en un cuarto país (Finlandia) y se estuvo preparando activamente para hacerlo también en Rumanía, habiéndole arrancado previamente una sección enorme del territorio.

Mientras Hitler se esforzó por hacer un solo agujero en la muralla, Stalin trató de demolerla entera. Y lo logró. Solo diez meses después de la firma del Tratado de no Agresión entre Alemania y la Unión Soviética, gracias al empeño de Stalin la barrera separadora fue derribada por completo, desde el océano Glacial Ártico hasta el mar Negro. Ya no quedaban más estados neutrales entre Stalin y Hitler y, por lo tanto, las

condiciones de ataque mejoraban considerablemente.

Todos los vecinos occidentales de Stalin en un brevísimo periodo de tiempo se convirtieron en sus víctimas. Aparte de los países que tenían frontera con la Unión Soviética, Lituania, que ni siquiera tenía fronteras con la URSS, también cayó en la esclavitud de Stalin. La aparición de las divisiones, cuerpos y ejércitos soviéticos en Lituania supuso un acercamiento excesivo a las fronteras de Prusia Oriental. Aquí ya no podemos decir que el caníbal de Hitler se estaba abriendo paso hacia el este con la ayuda del estúpido Stalin. Para nada. Era Stalin quien se abría camino hacia Occidente sin la ayuda ajena.

Los historiadores serios trataron de inventar una respuesta a la pregunta de por qué Stalin había ayudado a Hitler a abrirse un paso relativamente estrecho a través de Polonia, pero no encontraron ninguna lo suficientemente convincente. La pregunta más indiscreta de por qué Stalin derribó toda la barrera de estados neutrales al este de la URSS ni siquiera se la plantean. Nosotros tampoco nos vamos a devanar los sesos. Es mejor que hable Stalin y nos conteste sucinta y claramente:

> La historia versa que cuando algún estado pretende entrar en guerra con otro, incluso no colindante, empieza a buscar territorios por los que llegar hasta las fronteras del estado que quiere atacar (*Pravda*, 5 de marzo de 1936).

Aquí surge otra pregunta: ¿Acaso el Ejército Rojo se iba a conformar con los límites alcanzados? La respuesta nos la da el comisario del pueblo para la Defensa y Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko:

> En Lituania, Letonia y Estonia ha sido desmantelado el poder de los terratenientes y capitalistas, odiado por los trabajadores. La Unión Soviética ha crecido notablemente y ha desplazado sus fronteras hacia el occidente. El mundo capitalista ha tenido que ceder y achicarse. ¡Pero no seremos nosotros —combatientes del Ejército Rojo— los que nos durmamos en los laureles y nos conformemos con lo conseguido! (La orden del comisario del pueblo para la Defensa n.º 400, 7 de noviembre de 1940).

Esto no es un discurso político ni un informe periodístico. Es una orden militar dirigida al Ejército Rojo. Pero más al oeste de las fronteras soviéticas solo quedaban Alemania y sus aliados. ¿No conformarse con lo conseguido? ¿Trasladar las fronteras más al oeste? ¿A costa de Alemania? ¡Pero si acababan de firmar con ella el Pacto de Amistad y de Fronteras!

CAPÍTULO 10

La trampa estalinista

Según aquel pacto, la guerra la empezaba Hitler. Era beneficioso para nosotros tanto desde el punto de vista militar como moral. Al actuar contra Polonia, desafiaba también a Francia e Inglaterra. Nosotros, mientras, seguíamos neutrales.

NIKITA JRUSCHOV[24]

1

Visto desde fuera parece que Polonia se había dividido en partes iguales: una mitad del país era para Hitler, la otra para Stalin. Sin embargo, solo una semana después de firmar el Pacto Ribbentrop-Mólotov, Stalin gasta a Hitler su primera broma macabra. Este había empezado la guerra contra Polonia, pero aquel declaró que sus tropas aún no estaban preparadas. Stalin pudo habérselo dicho a Ribbentrop antes de firmar el tratado, pero no lo había hecho. Hitler empezó la guerra y se quedó solo.

Y aquí está la consecuencia número uno: Hitler y solo Hitler resultaba culpable de haber empezado la Segunda Guerra Mundial.

Al declarar la guerra a Polonia, Hitler se vio inmerso inmediatamente en una guerra contra Francia, es decir, en una guerra a dos frentes. No había un solo escolar alemán que no supiera cómo solían acabar conflictos de ese tipo para Alemania.

Gran Bretaña tampoco tardó en declarar la guerra a Alemania. Vencer a Francia no era imposible, pero para llegar a Gran Bretaña —situada en las islas— era necesaria una preparación seria y duradera: hacía falta una flota potente, a la par con la inglesa, y un importante despliegue aéreo. Así que la guerra iba a ser larga, sin duda. Todo el mundo sabe cómo acaban las guerras prolongadas para países con recursos limitados.

Gran Bretaña contaba con el apoyo de Estados Unidos y, en el momento más dramático (por ejemplo, al igual que en la Primera Guerra Mundial), podían situar en la balanza todo su potencial realmente inagotable. De esta forma, todos los países más poderosos de Occidente se convertían en enemigos de Alemania.

En lo que a la amistad del camarada Stalin se refiere, Hitler podía contar con ella solo mientras Alemania fuera un país fuerte. En una guerra prolongada contra el occidente Hitler iba a gastar todas esas fuerzas, y entonces…

2

La situación de Stalin mientras tanto era la siguiente.

Polonia no había sido dividida en la Cancillería Imperial, sino en el Kremlin.

Hitler no había asistido al reparto, Stalin sí. Pero Hitler resultó ser culpable de iniciar la guerra y Stalin no. Stalin era una víctima inocente. Stalin era el liberador de Europa del Este.

En Polonia las tropas de Stalin consumaron crímenes iguales o quizá peores, sin embargo, por alguna extraña razón los países occidentales no le declararon la guerra.

Stalin consiguió la guerra que quería: los habitantes de los países del oeste se mataban unos a otros, destruían las ciudades y las fábricas del adversario, mientras Stalin permanecía neutral, esperando el momento oportuno. Pero en cuanto se vio en apuros, los países occidentales no tardaron en prestarle su ayuda.

Al final Polonia, por cuya libertad había entrado en la guerra Occidente, no se liberó, sino que fue entregada a la esclavitud de Stalin junto con toda Europa Central, incluida parte de Alemania. A pesar de todo esto, algunos ciudadanos occidentales siguen creyendo que sus países ganaron la Segunda Guerra Mundial.

Como resultado final, Hitler se suicidó, mientras Stalin se convirtió en el señor de un inmenso imperio antioccidental, edificado con la ayuda de Occidente. ¡Y para colmo, Stalin logró conservar la reputación de un bobalicón ingenuo, que se había dejado engañar por Hitler, a la vez que este entró en los anales de la historia como un ogro malvado!

En Occidente se han publicado numerosos libros sobre la Segunda Guerra Mundial basados en la simple idea de que Stalin no estaba preparado para el conflicto, mientras Hitler sí lo estaba. Aunque yo no creo que esté preparado para la guerra aquel que lo pregona a los cuatro vientos, sino el que sale vencedor tras separar al enemigo y enfrentar entre sí a las partes.

3

¿Pensaba Stalin cumplir el Pacto de no Agresión que había firmado con Alemania? Cedemos la palabra a Stalin:

> La cuestión de la lucha […] no se ha de plantear desde el punto de vista de la justicia, sino desde el punto de vista de las exigencias políticas del momento y de las necesidades políticas del partido en cada momento (discurso en el pleno del Comité Ejecutivo de la Comintern el 22 de enero de 1926).

> Una guerra es capaz de poner del revés cualquier cosa, cualquier convenio (*Pravda*, 15 de septiembre de 1927).

> Mucho depende de si conseguimos aplazar la guerra contra el mundo capitalista, la cual es inevitable […], hasta que los capitalistas se peleen entre sí (Stalin, I. V., *Escritos*, vol. 10, pág. 288).

> Se puede considerar completamente maduro el momento de la batalla decisiva si todas las fuerzas de clase que nos son adversas están suficientemente debilitadas por una lucha superior (*ibidem*, vol. 6, pág. 158).

Stalin necesitaba una situación en la que los capitalistas «peleasen como perros»

(*Pravda*, 14 de mayo de 1939). El Pacto Ribbentrop-Mólotov, firmado en Moscú, consiguió que se diera tal situación. El periódico *Pravda* se desgañitaba de júbilo:

> Están temblando los pilares del mundo, se mueve la tierra bajo los pies de la gente, de pueblos enteros. Arden las llamas, el estruendo de las armas agita mares y continentes. Países e imperios se esparcen como plumas al viento […] Qué bello y qué maravilloso es cuando se estremecen los cimientos del mundo entero, cuando se desvanecen las magnitudes y se derrumban las grandezas (*Pravda*, 4 de agosto de 1940).
>
> Cada guerra como esta nos acerca a ese instante de dicha, cuando se acaben los asesinatos entre la gente (*Pravda*, 18 de agosto de 1949).

4

Semejantes ánimos se expandieron en el partido y en el Ejército Rojo, desde la cúpula dirigente hasta los estratos más bajos. El teniente general S. M. Krivoshéin recuerda la conversación con su suplente P. M. Látyshev (en aquel entonces Krivoshéin encabezaba el 25.º cuerpo motorizado; un poco antes, el 22 de septiembre de 1939, acompañado por el general Heinz Guderian, había dirigido un desfile conjunto nazi-soviético en Brest-Litovsk). Látyshev comentaba: «Hemos firmado un tratado con los alemanes, pero eso no significa nada». Krivoshéin le respondió con tono burlón: «Ahora es el momento perfecto para una definitiva y constructiva resolución de todos los problemas mundiales» (Krivoshéin, S., *Relatos guerreros*, Moscú, Molodáya gvárdiya, 1962, pág. 8). En el cuerpo dirigido por Krivoshéin, igual que en todo el Ejército Rojo, semejantes chistes eran bastante populares. En cuanto a la preparación del cuerpo y de todo el Ejército Rojo para la defensa, esta no se mencionaba ni siquiera en broma.

La confianza que tenían los comunistas soviéticos en el pacto de no agresión y la manera en que pensaban acatarlo lo cuenta el Mariscal de la Unión Soviética Leonid Brézhnev. Así rememora la reunión de propagandistas del partido en Dnepropetrovsk celebrada en 1940:

> —Camarada Brézhnev, tenemos que explicar que lo de la no agresión va en serio y que los que lo niegan son saboteadores. Pero la verdad es que la gente no se lo cree mucho. ¿Qué hacemos entonces? ¿Se lo explicamos o no?
>
> Corrían tiempos difíciles, en la sala había unas cuatrocientas personas, todos esperaban mi respuesta, y yo no tenía mucho tiempo para pensar.
>
> —Hay que explicárselo sin falta —dije—. Y se lo seguiremos explicando hasta que la Alemania nazi desaparezca de la faz de la tierra (Brézhnev, L. I., *La patria chica*, Moscú, Détskaya literatura [Literatura infantil], 1978, pág. 16).

El momento de la desaparición de Alemania «de la faz de la tierra» se iba acercando. En 1941 el año nuevo fue recibido en la Unión Soviética con el siguiente eslogan:

En el cuarenta y uno desenterraremos
de uranio riquísimos filones.
Y un sencillo combustible obtendremos
machacando aquel en nuestros ciclotrones.
El año que vivimos, la lucha que libramos
¡por el carbón y por la minería! […]
Y a los dieciséis escudos, esperamos,
se añadan otros tantos cualquier día.

(*Pravda*, 1 de enero de 1941).

En el tiempo en que Hitler era el enemigo la Unión Soviética se componía de once repúblicas, cada una con su bandera y su escudo. En agosto de 1939 se firmó con Alemania el Pacto de no Agresión y un mes más tarde se le añadió el Acuerdo de Amistad y de Fronteras. En 1940 haberse compinchado con Hitler permitió a Stalin anexionar cinco repúblicas nuevas a la Unión Soviética: la Carelo-Finesa, la Estonia, la Letona, la Lituana y la Moldava. Para todas ellas se inventaron banderas y escudos nuevos.

Los soñadores del Kremlin esperaban que 1941 fuese igual de fructífero: ¡A nuestros dieciséis escudos añadiremos otros tantos algún día!

¡No! No pensaban en la defensa. No se habían preparado para ella ni falta que les hacía. Sabían perfectamente que Alemania ya estaba luchando en el Frente Occidental y por eso no iba a empezar otra guerra en el este. Sabían perfectamente que una guerra a dos frentes supondría un suicidio para Hitler. Y así fue. Hitler, consciente de lo que ocurría a sus espaldas, se vio obligado a empezar aquella guerra a dos frentes, que, efectivamente, al final lo condujo a quitarse la vida.

5

En vísperas de la guerra el periódico principal de los comunistas, el *Pravda*, en ningún momento llamó al pueblo soviético a reforzar la defensa. El tono del rotativo era otro: pronto el mundo entero será nuestro.

> Grande es nuestro país: la tierra tiene que girar durante nueve horas para que nuestro país soviético entre en el nuevo año de sus victorias. Llegará el momento en que tendrá que girar un día entero, en lugar de nueve horas […] Y quién sabe dónde vamos a celebrar el año nuevo dentro de cinco o diez años, en qué huso horario, en qué nuevo meridiano soviético (*Pravda*, 1 de enero de 1941).

La hora de la liberación de Europa se acercaba y el diario *Pravda* lo recogía con una sinceridad cada vez mayor:

> Separen a sus enemigos, satisfagan temporalmente sus exigencias y después los puede derrotar uno a uno, sin dejar que se vuelvan a unir (*Pravda*, 4 de marzo de 1941).

* * *

Hitler decidió no esperar más. Empezó la guerra primero, antes de recibir un golpe liberador en la espalda. Pero incluso a pesar de las circunstancias idóneas para un ataque, no pudo ganar esa guerra. A pesar del estado pésimo de las cosas, el Ejército Rojo logró al final «liberar» la mitad de Europa y estuvo campando a sus anchas en esos territorios «liberados» durante medio siglo. Sería curioso saber qué habría sido de Europa si las mejores fuerzas alemanas se hubieran marchado del continente a África y a las Islas Británicas y si el Ejército Rojo hubiera destruido a sus espaldas la única fuente de petróleo alemana situada en Rumanía.

CAPÍTULO 11

¿Cuándo entró la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial?

> Stalin resultó ser un estratega excepcional, capaz de planear la historia, y un táctico fenomenal, que conseguía victorias bajo banderas ajenas y a manos de otros.
>
> ABDURAHMÁN AVTORJÁNOV[25]

1

En la Unión Soviética, todo lo relacionado con el inicio de la Segunda Guerra Mundial siempre estuvo sumido en las profundas tinieblas del secreto estatal. Entre muchos misterios relacionados con la guerra hay uno especialmente custodiado: la fecha de la incorporación de la URSS a la Segunda Guerra Mundial.

Para destapar la verdad los caciques del Kremlin hicieron circular una fecha falsa: el 22 de junio de 1941. Los historiadores serios fabricaron múltiples leyendas sobre aquel día. He llegado a oír incluso una como esta: «Nosotros vivíamos tranquilos y nos atacaron». Si hacemos caso a esas patrañas, resulta que la Unión Soviética no desencadenó la Segunda Guerra Mundial intencionadamente, sino que la obligaron a tomar parte.

Para que la versión del 22 de junio pareciese más creíble, la propaganda soviética la reforzó con dos pilares. Por un lado, se inventó el llamado «periodo prebélico», que incluía dos años anteriores al 22 de junio de 1941. Por otro lado, nos han intentado encajar en la mollera el siguiente dato: la guerra duró 1418 días. Era por si algún impertinente decidiese calcular por sí solo la fecha del comienzo del conflicto. Contando hacia atrás y al empezar por el final de la guerra en Europa, sin duda llegaría a aquel «fatídico domingo».

Pero no cuesta nada desmontar el mito sobre el 22 de junio como fecha de incorporación de la Unión Soviética a la guerra. No hay más que comprobar la firmeza de uno de los pilares: por ejemplo, el concepto del «periodo prebélico». Y toda la construcción se derrumbará, junto con la fecha «fatídica» y los 1418 días de la «Gran Guerra Patria».

El «periodo prebélico» jamás había existido. Basta recordar que durante el «periodo prebélico» *todos* los vecinos de la URSS se convirtieron en víctimas de la agresión soviética. El Ejército Rojo no tenía ninguna intención de terminar o limitar las sanguinarias «incursiones liberadoras» al oeste. A este respecto ya cité la orden del comisario del pueblo para la Defensa de la URSS n.º 400 del 7 de noviembre de 1940.

En septiembre de 1939 se declaró neutral y a lo largo del «periodo prebélico» conquistó territorios en los que vivían más de veintitrés millones de personas. ¿No será demasiado para un estado neutral? En los territorios invadidos el Ejército Rojo y el NKVD perpetraron atrocidades inauditas. Los campos de concentración soviéticos estaban atestados de soldados y oficiales presos provenientes de países europeos. A los oficiales reclusos (no solo los polacos) los exterminaban a miles. ¿Haría eso un país neutral? Además, de dónde sacaba un país neutral miles de oficiales presos y, para colmo, durante un «periodo prebélico».

Resulta extraño: Alemania atacó a Polonia, provocando de este modo la guerra europea y, por tanto, la mundial. La Unión Soviética hizo lo mismo y al mismo tiempo, pero no se considera desencadenante del conflicto. Más aún, la incorporación de la Unión Soviética a la guerra mundial se suele situar en el 22 de junio de 1941. ¿Por qué tan tarde?

Un soldado polaco, fallecido en un combate contra el Ejército Rojo, se considera participante de la Segunda Guerra Mundial y su víctima; mientras el soldado soviético que lo mató se considera «neutral». Si durante la misma batalla en el territorio polaco falleció un soldado soviético, no se considera que lo mataron durante la guerra, sino en tiempo de paz, en un «periodo prebélico».

Alemania invadió Dinamarca, y eso es un acto bélico, aunque no hubo grandes combates. La Unión Soviética se anexionó —también sin librar batalla— los países bálticos, muy parecidos a Dinamarca por su situación geográfica, por su población, su cultura y tradiciones, pero esas acciones de la URSS no se consideran actos de guerra.

Alemania conquistó Noruega y, por supuesto, se habla de agresión. Entre tanto, la Unión Soviética derramaba ríos de sangre en la vecina Finlandia, pero nadie lo llama «agresión». Se suele decir que las primeras actuaciones bélicas de Alemania en la Segunda Guerra Mundial datan del 1 de septiembre de 1939, pero las del Ejército Rojo no empiezan hasta el 22 de junio de 1941. ¿Por qué?

Durante el «periodo prebélico» el Ejército Rojo perdió cientos de miles de soldados en batallas encarnizadas. Las pérdidas del ejército alemán correspondientes al mismo lapso de tiempo fueron considerablemente inferiores. Según estos parámetros, Alemania tenía más fundamento para llamarse «neutral» durante los años 1939-1940.

Las actuaciones del Ejército Rojo durante el «periodo prebélico» se denominan oficialmente «refuerzo de la seguridad en las fronteras occidentales». No es verdad. Las fronteras de la URSS estuvieron seguras mientras esta tenía estados neutrales europeos por vecinos, y no había fronteras comunes con Alemania y Hitler. Pero Stalin destruyó intencionadamente los estados neutrales de Europa, estableciendo una frontera común con Alemania. Eso no podía ser para aumentar la seguridad de las fronteras soviéticas.

Incluso si aceptamos que la agresión contra seis estados neutrales europeos fue

para «reforzar la seguridad de las fronteras», por qué no utilizamos el mismo término para lo que hacía Hitler. ¿O es que al conquistar estados limítrofes no aumentaba la seguridad de sus fronteras?

Me suelen replicar que en el «periodo prebélico» la Unión Soviética no sostuvo una guerra ininterrumpida, sino que fueron una serie de guerras e incursiones con pausas entre ellas. Pero Hitler también libró una serie de guerras con pausas entre ellas. ¿Entonces, por qué describimos sus actuaciones con otras palabras?

Se suele afirmar que la URSS, durante el «periodo prebélico», no declaró una guerra oficialmente a nadie, por eso no se puede considerar que fuera participante del conflicto. Perdón, pero Hitler tampoco declaró ninguna guerra a Francia ni a Gran Bretaña, fueron ellas las que le retaron. Según la propaganda soviética, el 22 de junio de 1941 nadie declaró la guerra a nadie. ¿Por qué, entonces, esa fecha marca el límite entre la guerra y la paz? El 22 de junio de 1941 no es más que la fecha del ataque de las fuerzas armadas de un país contra las de otro país en el transcurso de una guerra en la que ambos estaban participando desde hacía tiempo.

Un criminal detenido empieza a relatar lo acontecido desde el momento en que alguien le partió la jeta, pasando por alto que antes él mismo robaba y asesinaba a la gente en la calle. La propaganda soviética, igual que un criminal sorprendido, empezaba a relatar la historia de la guerra a partir del momento de la aparición de las tropas extranjeras en el territorio de la URSS y, además, se presentaba como una víctima inocente.

Dejemos de engañarnos pensando que la URSS era una víctima inocente. Vamos a recordar a los que fallecieron realmente sin culpa durante el «periodo prebélico» bajo las bayonetas del ejército «liberador». Empecemos a escribir la historia de la guerra no a partir del 22 de junio de 1941, sino desde el momento en que las hordas comunistas atacaron sin previo aviso y por la espalda a la Polonia desangrada, cuyo ejército heroico, en una lucha desigual, estaba intentando frenar el avance de Hitler hacia el este. Escribamos la historia de la guerra no a partir del 22 de junio de 1941, sino desde el día que Stalin decidió desencadenar el conflicto.

2

El 1 de septiembre de 1939, al amanecer, el ejército alemán empezó la guerra contra Polonia. Pero en el siglo XX el comienzo de cualquier guerra local en Europa suponía también el inicio automático de una guerra mundial. Y, en efecto, la guerra primero se expandió por Europa y después abarcó casi el mundo entero.

Casualmente, el mismo día, el 1 de septiembre de 1939, en la cuarta sesión extraordinaria del Consejo Supremo de la URSS se aprobó la ley por la que el servicio militar se hacía obligatorio, inexistente hasta entonces. ¡Increíble! Mientras el nombre de Hitler lo usaban para asustar a los niños (y también a los adultos), mientras a Hitler se le consideraba verdugo y antropófago, la Unión Soviética pasaba

perfectamente sin el servicio militar obligatorio. Y de repente, en cuanto se firmó un pacto de no agresión con Alemania, el servicio militar de pronto se hizo obligatorio.

Septiembre de 1939 fue el inicio de la guerra falsa[26] en el oeste. En el este, el mismo mes, empezó una paz no menos falsa.

¿Entonces, para qué quiso la Unión Soviética el servicio militar obligatorio? Nuestros mariscales y generales, académicos y catedráticos responden al unísono: es que aquel día empezó la Segunda Guerra Mundial y nosotros, aunque no queríamos participar en ella, tomamos medidas de seguridad. El Mariscal de la Unión Soviética Meretskov era de los pocos que afirmaba que aquella ley tuvo un significado enorme y que había sido aprobada «cuando la Segunda Guerra Mundial ya estaba en curso» (Meretskov, K. A., *Al servicio del pueblo*, Moscú, Ediciones Políticas, 1968, pág. 181).

Imaginémonos la frontera polaco-alemana aquella trágica madrugada: penumbra, niebla, disparos, rugido de motores. Incluso en Polonia aquel día pocos comprendían lo que estaba ocurriendo en realidad, si era un sabotaje o una escaramuza espontánea. A su vez, los diputados del Consejo Supremo de la URSS —los ovejeros de las gloriosas dehesas y los pastores de ciervos de las praderas hiperbóreas— sabían de antemano que no era ningún sabotaje, ninguna refriega, que no era una guerra germano-polaca, ni siquiera una guerra paneuropea, sino que estaba empezando una guerra mundial. Ahora nosotros, los diputados, vamos y nos reunimos urgentemente en una sesión —¡extraordinaria!— y aprobamos las leyes correspondientes.

Pero no se entiende por qué los diputados no reaccionaron con el mismo brío cuando algo semejante ocurrió en la frontera germano-soviética el 22 de junio de 1941.

En la madrugada del 1 de septiembre no solo el Gobierno de Polonia, no solo los gobiernos de los demás países europeos ignoraban que acababa de empezar una nueva guerra mundial, sino que ni siquiera lo sabía el propio Hitler. Él empezaba la guerra contra Polonia con la esperanza de que fuese una acción local, como la anexión de Checoslovaquia. Y esto no es la propaganda de Goebbels, hay testimonios de personas pertenecientes al entorno más cercano de Hitler que lo sugieren:

> Cuando, el 3 de septiembre, a los ultimátums de los países occidentales les siguió la declaración de guerra, Hitler, tras un breve periodo de consternación, empezó a consolarnos y a consolarse con la idea de que Inglaterra y Francia declararon la guerra solo por cuestiones de apariencia, para no quedar mal ante el mundo entero y que las palabras no se iban a acompañar con acciones […] Creo que durante aquellos primeros días de septiembre Hitler apenas se daba cuenta de que acababa de desencadenar la Segunda Guerra Mundial y que era algo irreversible (Albert Speer, *Memorias*, Smolensk, Rúsich/Moscú, Progress, 1997, págs. 238-239).

> Lo cierto es que, en aquel momento, Hitler todavía no se imaginaba que Inglaterra fuese a intervenir e iniciar una guerra por Polonia (Joachim von Ribbentrop, *Entre Londres y Moscú*, Moscú, Mysl’, 1996, pág. 145).

En resumen, Hitler no sabía que estaba empezando la Segunda Guerra Mundial,

¡pero los camaradas del Kremlin sí!

Otros dos momentos interesantes.

Primero: los diputados del Consejo Supremo de la URSS eran elegidos del pueblo. Entre ellos había mineros empuñando martillos mecánicos, pastores de renos, que calzaban botas de piel de foca, cosacos de Kubán con sus sayos carmesí. Ellos aprobaron la ley del servicio militar obligatorio después de que les hubieran explicado para qué servía y por qué en aquel momento. El informe sobre la necesidad de aprobación de esa nueva ley lo redactó el comisario del pueblo para la Defensa y Mariscal de la Unión Soviética Voroshílov. Lo había hecho el día antes, el 31 de agosto de 1939.

Los pastores y las ordeñadoras votaron el día 1 de septiembre. Si queremos, lo podemos explicar con el hecho de que aquel día empezó la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo. Sin embargo, el camarada Voroshílov leyó el informe sobre la nueva ley (lo hizo público, dirían los llamados «puristas del idioma») casi un día antes del primer disparo en la frontera germano-polaca.

Ahora viene la pregunta: ¿cómo, el día 31 de agosto de 1939, el camarada Voroshílov pudo saber que al día siguiente, el 1 de septiembre, Hitler empezaría la Segunda Guerra Mundial si —repito— ni siquiera este lo sabía?

Segundo: el camino hasta Moscú era largo. Hoy día te compras un billete de avión en Vladivostok o en Jabárovsk y vuelas, pero en aquellos tiempos algunos de los diputados necesitaban siete, diez o incluso doce días para llegar a la capital. Lo cual significa que incluso antes de que comenzara el conflicto en Europa los caudillos de la Unión Soviética habían convocado a los diputados en el Kremlin para que aprobaran una ley necesaria en tiempos de guerra.

Y les digo más: los diputados habían sido convocados incluso antes de la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov[27].

3

Cualquier intento de averiguar la fecha exacta del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la de la incorporación de la Unión Soviética en el conflicto nos lleva inevitablemente al 19 de agosto de 1939.

Incluso antes y en numerosas ocasiones Stalin había expuesto en las reuniones a puerta cerrada su plan de «liberación» de Europa: era necesario llevarla a la guerra, permaneciendo al mismo tiempo en la neutralidad, y luego, cuando los contrincantes se agotaran unos a otros, echar sobre la balanza todo el potencial del Ejército Rojo (Stalin, I. V., *Escritos*, vol. 6, pág. 158 y vol. 7, pág. 14).

El 19 de agosto de 1939, en la reunión del Politburó del Comité Central del PC(b), se tomó la inamovible decisión de realizar dicho plan. La información sobre aquella reunión del Politburó y las decisiones adoptadas se filtraron a la prensa occidental casi de inmediato. La agencia francesa de noticias Havas publicó el texto

de la intervención de Stalin.

¿Cómo un acta completamente confidencial del Politburó pudo llegar a la prensa occidental? Eso no lo sé. Pero pudo haber vías diferentes. La más probable es la siguiente: uno o varios miembros del Politburó asustados por los planes de Stalin de instigar la Segunda Guerra Mundial quisieron detenerlo. Pero ya que no podían protestar abiertamente, les quedaba la única salida de anunciar sus propósitos en Occidente. Los miembros del Politburó, sobre todo los que controlaban el Ejército Rojo, la industria armamentística, los servicios de inteligencia militares, el NKVD, la propaganda o la Comintern tenían tal posibilidad.

Esta opción no es tan descabellada como puede parecer a primera vista. En 1917, los miembros del Politburó Zinóviev y Kámenev, para hacer fracasar la revuelta de octubre, publicaron los planes de Lenin y Trotski en la prensa «burguesa».

Reitero que no sé cómo acabó el documento en Occidente; solo quiero apuntar que había vías por las que pudo llegar hasta allí.

Muchos historiadores ponen en duda la veracidad del comunicado de la agencia Havas y el mismo hecho de la reunión del Politburó el 19 de agosto de 1939, calificando el texto del discurso de Stalin como falso. En relación con eso he de recalcar que lo que nos interesa no es la veracidad de dicho comunicado, sino *cómo reaccionó Stalin al conocerlo*.

La reacción de Stalin ante el comunicado de la agencia Havas fue fulminante y absolutamente inusitada. Apareció un artículo que desmentía la información en el *Pravda*. La objeción de Stalin es un documento de peso, que se debe leer entero:

> Sobre el mentiroso comunicado de la agencia Havas:
>
> El redactor del *Pravda* preguntó al camarada Stalin qué opinaba del comunicado de la agencia Havas sobre «su discurso» supuestamente «pronunciado en el Politburó el 19 de agosto», en el que se expresaba la idea de que «la guerra tenía que durar lo máximo posible para agotar a ambas partes beligerantes».
>
> El camarada Stalin mandó la siguiente respuesta: «El comunicado de la agencia Havas, como muchos otros comunicados suyos, no es más que una trola. No puedo saber, por supuesto, en qué cabaré se habrán inventado esas patrañas, pero por mucho que mientan los señores de la agencia Havas no pueden negar lo siguiente:
>
> - a) No fue Alemania la que atacó a Francia e Inglaterra, sino que Francia e Inglaterra atacaron a Alemania, asumiendo la responsabilidad de haber empezado la guerra.
> - b) Tras el comienzo de las hostilidades, Alemania se dirigió a Francia e Inglaterra con propuestas de paz y la Unión Soviética las apoyó abiertamente, puesto que creía y sigue creyendo que un próximo final de la guerra aliviaría radicalmente la situación de todos los países y de sus pueblos.
> - c) Los círculos dirigentes de Inglaterra y Francia rechazaron vehementemente tanto las propuestas pacíficas de Alemania como los intentos de la Unión Soviética por acabar con la guerra cuanto antes.
>
> Así son los hechos.
>
> ¿Cómo pueden refutar estos hechos los politicastros de los cabarés que informan a la agencia

Havas?» (*Pravda*, 30 de noviembre de 1939).

Dejo a mis lectores que juzguen por sí mismos si la mentira está en el comunicado de la agencia Havas o en la rectificación estalinista. Pienso que, al cabo de cierto tiempo, ni siquiera el mismo Stalin creería sus propias afirmaciones de que «Francia e Inglaterra habían atacado a Alemania».

4

La falsedad manifiesta de la enmienda y la pérdida de serenidad tan impropia de Stalin añaden credibilidad al comunicado de la agencia Havas. Lo que pasa es que se había tocado una cuerda sensible; de ahí tanta resonancia.

A lo largo de las décadas del gobierno soviético la prensa occidental escribió mucho sobre la URSS y sobre Stalin. A los bolcheviques y a Stalin personalmente los acusaban de todos los pecados mortales. Decían que Stalin era un agente provocador de la policía, que había matado a su esposa, que era un déspota, un sádico, un dictador, un caníbal, un verdugo, etc., etc. Pero él nunca se había enzarzado en polémicas con «gacetilleros burgueses». ¿Entonces, por qué en aquella situación el sigiloso e imperturbable Stalin se humilló hasta vomitar insultos gratuitos y soeces?

La respuesta está clara: la agencia Havas había desvelado las intenciones más oscuras de Stalin. Precisamente por eso el dirigente soviético reaccionó de una forma tan peculiar. Le daba igual lo que las generaciones venideras fuesen a opinar sobre su enmienda (por cierto, no opinan nada al respecto). Lo único que le importaba a Stalin en aquel momento era mantener en secreto su plan los dos o tres años siguientes, hasta que los países europeos se quedaran sin fuerzas en la extenuante guerra.

Imaginémonos durante unos instantes que los argumentos de Stalin eran verdaderos: sí, el comunicado de Havas no fue más que «una mentira inventada en un cabaré». En este caso deberíamos expresar nuestra admiración a los periodistas de la agencia. Si realmente inventaron aquella noticia, lo hicieron basándose en un profundo conocimiento del marxismo-leninismo, del carácter de Stalin y tras un minucioso análisis científico de la situación geomilitar en Europa. Por supuesto, los periodistas de la agencia Havas entendían aquella situación mucho mejor que Hitler y que los líderes de las democracias occidentales. Y si el comunicado de la agencia Havas era inventado, es un caso curioso en que la ficción coincide con la realidad.

5

Pasados muchos años, cuando todos ya se habían olvidado por completo de la noticia de la agencia Havas y de la rectificación de Stalin, en la Unión Soviética se publicaron las obras de Stalin en trece volúmenes. Entre los escritos estalinistas están sus discursos pronunciados en las reuniones del Comité Central del partido. En 1939

los corresponsales franceses no tenían acceso a aquellos discursos, pero la publicación de las obras de Stalin confirma que su plan era sencillo y a la vez genial, y que era exactamente como lo habían descrito los reporteros de Havas.

Ya en 1927, en un pleno del Comité Central a puerta cerrada, Stalin había expuesto la idea de que, en caso de guerra, era necesario mantenerse en la neutralidad hasta que «las partes beligerantes se debilitaran mutuamente por una lucha superior a sus fuerzas». Esa idea después se volvió a exponer en múltiples ocasiones en los estrechos círculos de los caciques. Stalin pensaba que en caso de una guerra europea la Unión Soviética se involucraría inevitablemente en ella, pero lo tendría que hacer la última, con las fuerzas frescas, justo al final del juego y actuar contra todos, extenuados por la lucha.

Pero incluso los precursores de Stalin habían hablado de lo mismo. Así que este, al avalar el plan ante sus allegados, no hacía más que citar a Lenin, subrayando que la idea era de Lenin. Pero ni siquiera Lenin había sido original, puesto que extraía sus ideas del inagotable pozo del marxismo. En este sentido resulta interesante la carta de Engels a Bernstein del 12 de junio de 1883:

> Todos estos holgazanes primero deben pelearse entre sí, agotarse y culparse unos a otros, preparando de este modo el terreno para nosotros.

Lo que diferenciaba a Stalin de sus predecesores era que, en lugar de despotricar, actuaba.

6

Es importante saber lo que dijo Stalin en la reunión del Politburó el 19 de agosto de 1939. Pero incluso si no conociéramos sus palabras, vemos sus acciones, que ilustran con bastante claridad su determinación. Tan solo cuatro días después, el 23 de agosto de 1939, se firmó en el Kremlin el Pacto Ribbentrop-Mólotov, que se convirtió en el logro más destacado de toda la historia de la diplomacia soviética y en la más brillante victoria de Stalin. Así lo evoca Jruschov en sus memorias:

> Stalin supo apreciar la importancia de aquel acuerdo con Alemania. Entendía que Hitler quería engañarnos, tomarnos el pelo, simplemente. Pero estaba claro que nosotros, la URSS, fuimos más astutos al firmar el pacto […]
>
> Stalin […] nos decía: «Estamos jugando. Esto es un juego de quién engaña a quién».
>
> Según el pacto firmado, la guerra la había empezado Hitler, lo cual nos favorecía tanto desde el punto de vista militar como político y moral. Con sus actuaciones en Polonia retaba a Francia e Inglaterra, y los aliados de aquella. Mientras nosotros seguíamos neutrales (Jruschov, N. S., *Tiempo. Gente. Poder (Memorias)*, 4 vols., Moscú, Moskóvskiye Nóvosti, 1999, libro I, capítulo «La Segunda Guerra Mundial se acerca»).

En efecto, Stalin burló a Hitler como nadie en todo el siglo XX. Unos diez días

más tarde, Alemania ya estaba librando una guerra a dos frentes, es decir, desde el principio se vio inmersa en una situación en la que solo podía perder (y así fue).

En otras palabras, Stalin ganó la Segunda Guerra Mundial ya el 23 de agosto de 1939, antes de que Hitler se implicara en ella.

* * *

No fue hasta el verano de 1940 que Hitler se percató de que le habían engañado. Intentó tomar la revancha ante Stalin, pero era tarde. Lo único con lo que podía contar eran unas brillantes victorias tácticas, pero la situación estratégica de Alemania era catastrófica. El país de nuevo se vio entre la espada y la pared: por un lado estaba Gran Bretaña sobre sus islas inexpugnables (y Estados Unidos cubriendo sus espaldas) y por el otro, Stalin.

Hitler se había centrado en el occidente, pero era consciente de que Stalin estaba preparándose para atacarlo y que de un solo golpe era capaz de cortar los oleoductos en Rumanía y paralizar toda la industria alemana, el ejército, la aviación y la flota. Entonces Hitler se volvió hacia el oriente, pero recibió una serie de bombardeos estratégicos de la Alianza y su posterior invasión en el occidente.

Dicen que Stalin solo ganó gracias a la ayuda y colaboración de Gran Bretaña y Estados Unidos. ¡Bendita verdad! Ahí está la agudeza de Stalin. Este, el enemigo principal de Occidente, logró utilizarlo para la defensa y fortalecimiento de su dictadura. Esa es la genialidad de Stalin: él supo dividir a sus enemigos y enfrentarlos entre sí. Eran las consecuencias de las que advertía la prensa occidental libre en 1939, cuando Stalin fingía ser neutral mientras en realidad era el principal y el más pérfido instigador y participante de la guerra.

CAPÍTULO 12

«La ampliación de la base de la guerra»

> La liberación nacional de Alemania consiste en una revolución proletaria que abarque toda Europa Central y Occidental y la aúne con la del Este a modo de Estados Unidos Soviéticos.
>
> LEÓN TROTSKI[28]

1

Tras expulsar a Bonaparte de Rusia, el ejército ruso llegó victorioso a París. Al no encontrar allí a Napoleón, volvió a casa canturreando. Para Rusia el objetivo de la guerra era la derrota del enemigo. Si nada amenazaba a Moscú, nada tenía que hacer el ejército ruso en Europa Occidental.

La diferencia entre Rusia y la Unión Soviética reside en los objetivos bélicos. En 1923 Tujachevski, que ya se había hecho famoso por el exterminio masivo de la población civil de la Rusia Central, del Cáucaso Norte, de los Urales, de Siberia y de Polonia, formuló teóricamente los objetivos de la guerra:

> Asegurarse la libertad de uso de la violencia y para ello, en primer lugar, destruir las fuerzas armadas del enemigo (Tujachevski, M. N., *Obras escogidas*, vol. 1, pág. 107).

La derrota del enemigo y la destrucción de sus fuerzas armadas no supone el final de la guerra y de la violencia, sino que es una fase preliminar, el primer paso hacia «el empleo libre de la violencia».

> Cada territorio ocupado se convierte automáticamente en territorio soviético, donde se va a ejercer el poder de los trabajadores y campesinos (Tujachevski, M. N., *ibidem*, vol. 1, pág. 258).

En su trabajo *Cuestiones de la estrategia moderna* Tujachevski centra su atención en que «los cuarteles generales soviéticos tienen que dar indicaciones a los directorios políticos y otros órganos correspondientes sobre la preparación de los comités revolucionarios y demás instituciones administrativas locales para cada una de las regiones» (*ibidem*, pág. 196).

Dicho en otras palabras, la obligación de los cuarteles generales soviéticos consistía en preparar clandestinamente las operaciones de «liberación» de los territorios vecinos, pero la conservación de la confidencialidad no tenía que impedir a los jefes militares que informasen a los comisarios y a los «órganos correspondientes» sobre la preparación de los comités revolucionarios y del sistema de la administración local comunista en los territorios «liberados». El Ejército Rojo en sus bayonetas iba a llevar a los vecinos una vida feliz junto con los órganos

directivos locales previamente creados.

A la sovietización de los territorios conquistados por medio del «uso libre de la violencia» y a la explotación de todos los recursos de las regiones «liberadas» con el fin de realizar nuevas «marchas de liberación» Tujachevski les puso un nombre «científico»: «ampliación de la base de la guerra». Este término suyo incluso fue incorporado en la *Gran Enciclopedia Soviética* de 1928.

Adolf Hitler, en el discurso del 30 de marzo de 1941, expuso ante sus generales el objetivo de la guerra en el este: destruir las fuerzas armadas, deponer la dictadura comunista, instaurar un socialismo verdadero y convertir Rusia en la base para la continuación de la guerra.

Entre Hitler y Tujachevski apenas encontramos diferencias. Ambos eran socialistas, ambos planeaban usar los territorios conquistados para «ampliar la base de la guerra». Al preparar la invasión, Hitler formaba con antelación el aparato administrativo para sus nuevos territorios; pero Tujachevski había propuesto hacer lo mismo ya en 1923, antes de que Hitler hubiera mojado por primera vez la pluma en la tinta para escribir *Mi lucha*.

Tujachevski se habría convertido en un estupendo *Gauleiter* (que quiere decir «líder regional»), pero no era estratega. Su método de «estrategia de ariete» incluso desde el punto de vista teórico muestra una insostenibilidad absoluta.

Los historiadores serios llevan décadas procurando demostrar que, al eliminar a Tujachevski, Stalin rechazó sus métodos por completo. No. Rechazó solo su método estratégico, inaceptable y condenado al fracaso desde el principio, pero conservó y permitió a los demás que desarrollaran la idea de la «ampliación de la base de la guerra».

2

Aparte de Tujachevski y similares, Stalin tenía a su servicio unos auténticos estrategas. El primero y más brillante era Vladímir Triandafíllov, el padre de la Teoría Operacional[29]. Fue él quien, en 1926, acuñó por primera vez el concepto de la «operación profunda» en la obra *Escala de operaciones de los ejércitos modernos*. Más tarde en su otro libro, *La naturaleza de las operaciones de los ejércitos modernos*, Triandafíllov amplió sus ideas. Dichos textos sirvieron de base para el arte bélico de la URSS hasta la caída de esta.

Triandafíllov encontró a individuos que compartían sus ideas y los promovió al Estado Mayor. Entre sus discípulos se encontraba el futuro jefe del Estado Mayor, Mariscal de la Unión Soviética Vasilevski.

Claro está que Triandafíllov no podía mantener buena relación con el «genial» Tujachevski. Triandafíllov ridiculizaba públicamente la cutrez de la «estrategia de ariete», señalando su actitud diletante hacia el arte bélico y su desconocimiento total de las cuestiones básicas militares.

El coraje de Triandafíllov era envidiable: Tujachevski era su jefe directo e inmediato. El teórico rebelde se arriesgaba a exponerse a los celos y la venganza de Tujachevski. Sin embargo, a pesar de negar las convicciones estratégicas de Tujachevski, Triandafíllov aceptó a pie juntillas y perfeccionó sus doctrinas sobre la rápida sovietización de los territorios «liberados».

> Es necesario en un plazo breve (de dos a tres semanas) llevar a cabo la sovietización de estados enteros o —si se trata de países más grandes— realizar dicho proceso en tres o cuatro semanas en sus regiones más amplias.
>
> Al organizar los comités revolucionarios va a ser dificultoso contar con el apoyo local. Allí solo se podrá encontrar una pequeña parte del personal técnico y a algunos operarios con poca responsabilidad. Habrá que llevar consigo a todos los trabajadores responsables e incluso al personal técnico […] El número de operarios necesarios para la sovietización de las regiones recién reconquistadas será enorme (Triandafíllov, V. K., *La naturaleza de las operaciones de los ejércitos modernos*, Moscú, Ediciones Militares, 1936, págs. 177-178).

Triandafíllov se dio cuenta de que sería un despilfarro emplear las unidades de combate del Ejército Rojo para la sovietización de los territorios conquistados. No estaría mal tener para eso unas unidades especiales. El Ejército Rojo tenía que seguir desangrando al adversario, mientras las unidades especiales se dedicaban a instaurar el socialismo en la retaguardia conquistada. Durante la Segunda Guerra Mundial Hitler seguía el mismo procedimiento: mientras la Wehrmacht derrotaba al enemigo, las SS establecían «el nuevo régimen».

Triandafíllov elevó el arte bélico al nivel de una ciencia exacta. Acuñó fórmulas matemáticas para calcular los parámetros de operaciones de ataque para ejércitos millonarios a una inmensa profundidad. Esas fórmulas eran igual de esbeltas que los teoremas geométricos. Triandafíllov propuso fórmulas para todas las etapas de la ofensiva, incluso calculó la cantidad de líderes políticos soviéticos por cada unidad administrativa del territorio conquistado.

Como ejemplo Triandafíllov adujo el cálculo del personal administrativo superior en cinco de los voivodatos polacos desde la frontera soviética hasta el río San. Él recomendó utilizar para la sovietización a los comunistas extranjeros, que residían fuera de la URSS. Se planeaba realizar operaciones ofensivas hasta el mismo Atlántico, por lo cual con los comunistas soviéticos no bastaría.

Los historiadores serios insisten en que Stalin dividió Polonia porque tenía miedo a Hitler, quería paz, etcétera. Pero se les «olvida» que mucho antes de que se firmara el Pacto Ribbentrop-Mólotov e incluso antes de la subida de Hitler al poder, en el Estado Mayor soviético, basándose en fórmulas matemáticas, se elaboraron planes de sovietización de Europa. Además, el territorio polaco desde la frontera hasta el río San, que correspondía a la Unión Soviética según las condiciones del tratado, se consideraba tan solo como un ejemplo del ulterior proceso de sovietización de Europa.

3

En todos los países las llamadas tropas fronterizas se creaban para la protección de las fronteras, pero la Unión Soviética era un estado peculiar. Las tropas fronterizas del NKVD estaban capacitadas no solo para realizar operaciones ofensivas, sino que siempre sirvieron de base para la formación de las unidades de operaciones especiales Osnaz (del ruso «chasti *os*óbogo *naz*nachéniya»). Ves un punto de vigilancia: todo son gorras verdes, conciencias limpias, perritos ladrando, olor a humo de pitillo, un canturreo entrañable y no hay quien pase. Como tiene que ser. Pero si por fuera es un simple puesto fronterizo, por dentro, una guarida de Osnaz.

Las Osnaz eran las formaciones de choque más agresivas de la máquina punitiva soviética. Durante la Guerra Civil las unidades Osnaz se hicieron famosas por su especial crueldad, incluso dentro de los estándares de la Checa. Después de la Guerra Civil las Osnaz fueron reducidas considerablemente: solo quedó una división independiente motorizada en la región de Moscú bajo el mando del general Pável Artémiev.

Pero a principios de 1939, cuando Zhúkov estaba preparando un ataque sorpresa contra las tropas japonesas, pusieron a su disposición un batallón independiente de Osnaz del NKVD, compuesto por 502 efectivos. No eran muchos, pero el batallón se componía solo de chicos selectos, gente de fiar y sin demasiados escrúpulos. Su objetivo principal era la «limpieza de la retaguardia fronteriza» (*Los centinelas de las fronteras soviéticas. Breve ensayo histórico sobre las tropas fronterizas de la URSS*, Moscú, Ediciones Políticas, 1979, pág. 106). El batallón Osnaz hizo un trabajo estupendo. Zhúkov quedó contento.

Por lo visto, aquel batallón fue la primera golondrina tras la cual llegaron bandadas enteras de unidades especiales frescas. Sus componentes de élite provenían del cuerpo de las tropas fronterizas. Se destinaban a aquellas regiones donde se planeaba una nueva «liberación» y unas «reformas sociopolíticas radicales». Así, por ejemplo, gracias al informe del departamento político de las tropas fronterizas de la región de Kiev —redactado el 17 de septiembre de 1939—, nos enteramos de que los batallones Osnaz se habían terminado de reclutar y estaban listos para la ejecución de cualquier tarea (*Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941*. Documento 185).

4

El Pacto Ribbentrop-Mólotov dio vía libre a la sovietización de los estados colindantes con la URSS. Stalin lo tenía todo listo no solo en teoría. Los cuarteles generales soviéticos habían maquinado sus operaciones en la más absoluta clandestinidad, pero no se les había olvidado dar indicaciones a los comisarios políticos y a los «órganos correspondientes» para que estuvieran completamente preparados para la sovietización.

Todas las «campañas libertadoras» se organizaban según el mismo guion. Los primeros en cruzar las fronteras eran los efectivos fronterizos del NKVD: «Actuando en grupos pequeños, tomaban y mantenían bajo su control los pasos fluviales y nudos de carreteras» (*RHM*, 1970, n.º 7, pág. 85).

En la madrugada del 17 de septiembre de 1939, el comandante de las tropas fronterizas del NKVD del Distrito Militar de Bielorrusia, el general I. A. Bogdánov, ordenó a los chequistas: «Los ejércitos del Frente de Bielorrusia, en la madrugada del 17 de septiembre de 1939, pasarán al ataque con el fin de apoyar a los obreros y campesinos bielorrusos alzados…» (*Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941*, Documento 186). Así que, la revolución ya había empezado, los obreros y campesinos sublevados iban a hacer la mayor parte del trabajo, el Ejército Rojo y el NKVD solo les iban a ayudar.

El documento 193 de la misma antología habla sobre otro tramo de la frontera: un batallón independiente, formado por los efectivos y mandos del destacamento fronterizo de Yampolski, el 17 de septiembre, a las 13 horas y 15 minutos cruzó la frontera de la URSS. Por ese mismo informe sabemos que en el distrito de Ternopil, el gobernador, un grupo de gendarmes, policías y funcionarios opusieron resistencia armada. Algunos de ellos fueron abatidos por el batallón de Osnaz y 32 personas fueron detenidas. Así se apoyaba a los «obreros y campesinos insurrectos».

Veamos los resultados de la actuación de los batallones de Osnaz del NKVD (*ibidem*, documento 196): «Se han conducido a través de la frontera cerca de seiscientos prisioneros, entre los cuales se contaban oficiales, terratenientes, popes, gendarmes, policías…». La frase se interrumpe ahí y no sabemos qué otro tipo de «prisioneros» había entre ellos. La Academia de las Ciencias de la URSS, el Instituto de la Historia de la URSS, el Directorio General de Tropas Fronterizas del KGB, que aunaron sus esfuerzos para editar la antología documental sobre los valerosos guardianes de las fronteras, dejaron, sin sofoco alguno, a los «popes» y «terratenientes» entre los «prisioneros». La censura soviética de la década de 1970 tampoco vio nada malo en ello. Pero de todos modos hubo que borrar a alguien en ese texto para no disipar la aureola heroica sobre los hombres de las gorras verdes.

El documento data del 19 de septiembre de 1939 y describe la situación solo en uno de los puntos fronterizos controlados por el NKVD. Se trata del tercer día de la «campaña libertadora» soviética en Polonia. En la actualidad, aquella «liberación» se explica por el deseo de Stalin de proteger sus fronteras del posible ataque de Hitler. Si fuera así, como mínimo había que intentar evitar la confrontación con la población local. ¿Entonces, para qué tuvieron que capturar a los «terratenientes» y a los «popes» y arrastrarlos a través de las fronteras hasta territorio soviético?

Los seiscientos «prisioneros» fueron solo una gota en un torrente descomunal que pasaba por infinitos puestos fronterizos. Habiendo brotado el primer día de la «liberación», fue aumentando su caudal constantemente. A la mayoría de los oficiales polacos presos las unidades de Osnaz no los trasladaban a las instalaciones del Gulag,

sino que los dejaban en sus propios campos de concentración, codificados con las letras «O» y «N» del acrónimo «Osnaz». Todo eso es más que suficiente para llegar a la siguiente conclusión: el camarada Stalin no pensaba dejar con vida a sus cautivos. El exterminio masivo de los oficiales polacos también formaba parte del «apoyo a los obreros y campesinos insurrectos».

A propósito, Stalin no tenía tanto miedo a Hitler como nos cuentan los historiadores serios. Si Stalin temiera a Hitler, habría conservado la vida a aquellos oficiales y, en caso de invasión alemana, los habría puesto al frente de miles de soldados polacos para que organizaran una guerra partisana. Pero la defensa contra Hitler no entraba en los plantes de Stalin. Este no solo desaprovechó la oportunidad de poner a su servicio a los militares polacos, sino que también desmanteló sus propias guerrillas partisanas creadas con anterioridad para el caso de un conflicto armado.

5

La sovietización de Finlandia se había preparado con más esmero todavía. Cuando los «militarzuelos finlandeses» empezaron la «subversión armada», Stalin ya tenía reservado a un «presidente» finlandés comunista, un «primer ministro» y todo un «gobierno», incluido el jefe de la Checa de la «libre y democrática Finlandia».

Durante la Guerra de Invierno[30], un destacamento fronterizo del NKVD se introdujo en el territorio de Finlandia, realizó una marcha relámpago a través de la tundra y tras un ataque sorpresa tomó la ciudad de Petsamo y el puerto. En Finlandia no solo se emplearon los batallones de Osnaz. Del cuerpo de la división motorizada especial del NKVD se separó un grupo de combate de Osnaz, que se encargó de las tareas urgentes en los territorios «liberados». Ese grupo fue encabezado por el mismo general (del ruso *kombrig*, «comandante de brigada») P. A. Artémiev. En la Guerra de Invierno contra Finlandia, para la sovietización y limpieza de la retaguardia fueron empleados siete regimientos de las tropas operativas del Comisariado del Pueblo, aparte de los batallones independientes y formaciones fronterizas.

Después llegó el turno de Estonia, Lituania y Letonia. A estos tres países se les obligó a acoger —voluntariamente— guarniciones militares soviéticas. Las tropas del Ejército Rojo entraron en sus territorios, dicen, solo para defenderlos de la agresión alemana.

¡E inmediatamente los proletarios de esos países se levantaron en armas!

> Como resultado de las victorias de las revoluciones socialistas, los pueblos de Lituania, Letonia y Estonia derrocaron los gobiernos burgueses (*Los centinelas de las fronteras soviéticas*, págs. 120-121).

Cuarenta años más tarde, precisamente ese estallido de furia popular lo rememoraron unos generales soviéticos en el libro *El partido y los ejércitos* (Moscú,

Ediciones Políticas, 1980, pág. 172). La obra la escribió un grupo de autores encabezado por el jefe del Directorio Político Central del Ejército Soviético y de la Armada, el general de ejército A. A. Yepíschev. Entre los autores está el general de ejército E. E. Maltsev; miembro correspondiente de la Academia de las Ciencias de la URSS, el teniente general P. A. Zhilin; doctor en Historia y catedrático, el teniente general E. F. Nikítin; doctor en Historia y catedrático, el mayor general N. R. Pankrátov y otros camaradas de la misma calaña. Generales-miembros-correspondientes-doctores-catedráticos, su turno:

> Como resultado del auge del movimiento revolucionario entre las masas populares dirigidas por comunistas, los gobiernos nacionalistas burgueses fueron derrocados, y las repúblicas, de acuerdo con la petición del poder popular, pasaron a formar parte de la Unión Soviética. Así el Partido Comunista, el gobierno y todo el pueblo soviético mostraron con los hechos un profundo sentimiento de internacionalismo proletario y ayudaron a los pueblos bálticos en su liberación nacional y social.

Si el sabio Partido Comunista, el sensible Gobierno soviético y nuestro magnánimo pueblo mostraron un profundo sentimiento de internacionalismo proletario hacia los pueblos bálticos y los liberaron del yugo nacionalista burgués, ¿por qué les faltó sensibilidad para actuar igual con respecto a los demás países y pueblos? El proletariado italiano y alemán sufría bajo el yugo de sus propios malandrines, y Polonia Occidental, Checoslovaquia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, la mitad de Francia, Dinamarca y Noruega se encontraban además bajo ocupación extranjera. ¿Acaso no nos daban pena nuestros hermanos de clase?

Casi al mismo tiempo se llevó a cabo la liberación de Besarabia. Antaño aquellas tierras habían formado parte del Imperio Ruso, pero después de la caída de este se unió a Rumanía, puesto que los moldavos y los rumanos eran pueblos afines. El camarada Stalin decidió devolver Besarabia a la bien avenida familia de la URSS.

> Partiendo de los principios de solidaridad obrera y de fortalecimiento de su unidad y teniendo en cuenta la candente situación internacional, la URSS pidió a Rumanía que le devolviera Besarabia y Bucovina del Norte (*La patria y el ejército*, pág. 172).

Bucovina del Norte nunca había pertenecido al Imperio Ruso. Pero el camarada Stalin necesitaba reforzar la unidad de los trabajadores, ¿verdad? Apreciemos la perspicacia de nuestros historiadores con alamares y preguntémonos: ¿acaso existe en nuestro pequeño planeta un territorio que no se pudiera anexionar a la bien avenida familia de los pueblos si se parte de los principios de solidaridad obrera y de fortalecimiento de su unidad y teniendo en cuenta la candente situación internacional?

6

El NKVD contaba con una gran cantidad de regimientos, brigadas y divisiones

operativas, tropas de custodia y escolta, etc. Todos ellos, durante el llamado «periodo prebélico», se dedicaron activamente al exterminio del «elemento enemigo» y a la «limpieza de los territorios». La envergadura de las labores de «limpieza» que realizaba el NKVD la podemos apreciar, por ejemplo, si nos fijamos en la operación que se llevó a cabo en 1944 en la retaguardia del Frente Bielorruso. En dicha operación participaron cinco regimientos fronterizos del NKVD, siete regimientos operativos del NKVD, cuatro regimientos de caballería, batallones independientes y aviación de reconocimiento. En total: cincuenta mil efectivos. La «superficie tratada» era de treinta mil kilómetros cuadrados (*Los centinelas de las fronteras soviéticas*, pág. 181).

Pero incluso antes del ataque de Hitler, el NKVD había trabajado con el mismo desparpajo, lo que ocurre es que la información sobre las operaciones realizadas en 1940 en Estonia, Lituania, Letonia, Ucrania y Bielorrusia Occidental, Bucovina del Norte y Besarabia sigue siendo confidencial. El año 1940, por la intensidad de las operaciones del NKVD superó incluso el 1944, el 1945 y muchos de los años posteriores. Basta recordar que fue en 1940 cuando ocurrió la tragedia de Katyn.

Pero a los oficiales lituanos también los asesinaban, y a los letones, y a los estonios. Y no solo a oficiales, sino también a profesores, sacerdotes, policías, escritores, juristas, periodistas, campesinos infatigables, emprendedores y representantes de los demás sectores de la población. Lo mismo que pasó con el pueblo ruso durante el Terror Rojo.

7

En Estonia, Lituania, Letonia, Besarabia y Bucovina del Norte aparecieron «representantes del pueblo» que exigían la anexión a la familia soviética, aparecieron (con una rapidez sorprendente) los jefes de comités revolucionarios, asesores populares, diputados y demás. La sovietización, mientras tanto, despuntaba y Stalin iba incrementando el personal administrativo del partido para las nuevas incursiones.

El 13 de marzo de 1940, el Politburó resolvió llevar a cabo la certificación de los funcionarios del partido y asignarles grados militares a todos. Dicha tarea fue encomendada al Comisariado del Pueblo para la Defensa. El partido entero, de una organización semimilitar pasaba a ser puramente militar. Se determinó que los trabajadores de los comités del partido tenían que «recibir periódicamente instrucción militar complementaria para poder ser reclutados en el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos o en la Armada Soviética con el fin de desempeñar funciones correspondientes a su especialidad» (Resolución del Politburó «Sobre la instrucción militar periódica, certificación y reclutamiento en el Ejército Rojo de los miembros de los comités del Partido» del 13 de marzo de 1940).

Fijémonos en la expresión «funciones correspondientes a su especialidad». ¿Qué especialidad puede tener un cabecilla del partido aparte de la de secretario del Comité

Regional? Pues, incluso una vez que se les había reclutado, se planeaba utilizarlos precisamente como secretarios de los Comités Regionales, Municipales, Distritales, etcétera.

Desde mayo de 1940 hasta febrero de 1941 fueron certificados (o sea, examinados y entrevistados) 99 000 trabajadores políticos de reserva, incluidos los 63 000 miembros dirigentes de los comités políticos. La certificación de plantilla política se realizó a marchas forzadas. No solo la certificación, sino también el reclutamiento.

El 17 de junio de 1941 ¡otros 3700 integrantes del partido recibieron la orden de engrosar las filas del ejército!

¿Para qué?

Se estaba preparando una nueva etapa de sovietización.

CAPÍTULO 13

¿Para qué quería tener artillería de obuses la Checa?

> Es necesario regular el tema de los presos militares: su alojamiento, alimentación, custodia y traslado a la retaguardia. Hay que tomar medidas para poner orden en la retaguardia, es decir, mantener la disciplina y la seguridad ciudadana, para lo cual se formarán unidades especiales, cuya tarea adicional será la de eliminar a los elementos indeseables que quedan en la zona.
>
> GUEORGUI ZHÚKOV[31]

1

La máquina punitiva de la dictadura comunista constaba de dos mecanismos principales: los órganos y las tropas. No se refiere, ni mucho menos, a las tropas del Ejército Rojo, sino a las unidades especiales de la Checa, GPU o NKVD.

La función del Ejército Rojo era luchar contra el enemigo exterior. La función de las tropas de castigo era luchar contra el enemigo interior, incluido el Ejército Rojo en el caso de que este dirigiese sus bayonetas en dirección equivocada.

En los tiempos de consolidación de la dictadura comunista, las tropas de castigo desempeñaron un papel incluso más importante que los órganos punitivos. En aquellos tiempos gloriosos las armas principales de los represores eran el automóvil blindado, el cañón de tres pulgadas y las ametralladoras. La guerra intestina contra su propio pueblo no se distinguía en absoluto de una guerra de conquista, ni por su crueldad ni por el número de víctimas. Para la coordinación de las maniobras de todas las tropas de castigo se creó el Directorio General de Tropas Fronterizas y del Interior del NKVD de la URSS. De vez en cuando la máquina punitiva cambiaba de nombre con la misma facilidad que una serpiente que, al mudar el pellejo, sigue siendo serpiente. Del mismo modo, el órgano que coordinaba el funcionamiento de las tropas de castigo seguía siendo el mismo: el Directorio General. Esa organización y las tropas que estaban a su mando cometieron atropellos espeluznantes contra todos los pueblos que formaban parte de la Unión Soviética.

A medida que la dictadura comunista se iba robusteciendo, los órganos punitivos iban adquiriendo un papel más significativo en la estructura del poder. Las armas principales del terror llegan a ser la pluma chirriante en la mano del soplón, la lima en la mano del juez de instrucción para desgastar los dientes del interrogado y el revólver Nagant en la mano del verdugo. Las tropas de castigo no se redujeron, sino que pasaron a desempeñar un rol auxiliar: inspecciones, redadas, detenciones, escolta, vigilancia de establecimientos «correccionales». Además, custodiaban a los caudillos, la estructura de comunicación gubernamental y las fronteras estatales. La imagen de un guerrero castigador cambió. Ya no era un criminal vestido de marinero, sino un

guardia con abrigo guateado encarando el viento polar, bayoneta en ristre y un perro fiel a sus pies. En cuanto a los automóviles blindados, ya casi no tenían. No hacían falta.

El terror dentro del país se encendía y se apagaba alternativamente. Así llegó el año 1937. Los ideólogos del Kremlin cuentan que aquel año fue el principio del terror. No. El principio fue 1917. La cúspide, 1930. En 1937 el terror, siguiendo su propia lógica, alcanzó a la cúpula y empezaron a caer los jefes comunistas. Por eso los suyos recuerdan tan bien aquel año. Pero mientras todos esos *yakir*, *gamárnik*, *blücher* y *tujachevski* regaban de sangre civil comarcas enteras, aquello no se clasificaba como terror.

El año 1937 no fue el principio, sino más bien un victorioso final del terror. Un año más y las purgas generales se transformaron en selectivas. En aquella etapa los castigadores no necesitaban ni ametralladoras: sus colegas de carnicería no se agitaban demasiado bajo las cuchillas de la picadora de carne.

2

El terror dirigido contra la cúpula del Partido Comunista, del NKVD y del Ejército Rojo se prolongó tan solo dos años; en otoño de 1938 se empezó a aplacar considerablemente. ¿Qué tenía que pasar con las tropas de castigo y con el Directorio General que las controlaba? Exacto. Llegó el momento de eliminar el Directorio General. Y fue lo que pasó.

El 25 de noviembre de 1938, el comisario general de la Seguridad Estatal Nikolái Ivánovich Yezhov fue apartado de su puesto de comisario del pueblo de Interior de la URSS. Y así terminó la gran purga. Durante algún tiempo Yezhov permaneció en libertad, luego desapareció en extrañas circunstancias. No se supo nada de aquel favorito del pueblo hasta la caída de la Unión Soviética.

El 2 de febrero de 1939, según la resolución del Consejo de Comisarios del Pueblo, se disolvió el Directorio General de Tropas Fronterizas y del Interior del NKVD de la URSS.

Lo normal sería suponer que, en lugar del directorio suprimido, se iba a fundar un nuevo órgano con semejantes fines, pero menos ostentoso. Eso nos dice la lógica. Pero ocurrió algo inaccesible para la mente humana: el 2 de febrero de 1939, en lugar del Directorio General fueron creados SEIS Directorios Generales del NKVD independientes, encargados de cuestiones militares varias:

1. Directorio General de Tropas Fronterizas del NKVD;
2. Directorio General de Vigilancia de Ferrocarriles del NKVD;
3. Directorio General de Vigilancia de Instalaciones Industriales Especiales del NKVD;
4. Directorio General de Tropas de Escolta del NKVD;

5. Directorio General del Abastecimiento Militar del NKVD;
6. Directorio General de la Construcción del NKVD.

Tras el final de la Gran Purga llegó el incremento inaudito del potencial de las tropas de castigo. El NKVD empieza a armarse de aviones, trenes blindados, lanzagranadas, automóviles blindados con ametralladoras BA-10 e, incluso, carros de combate y artillería de obuses.

El NKVD empieza a tener tantas tropas que para controlarlas se introduce un nuevo puesto: vicesecretario del pueblo para los Asuntos Interiores y Tropas Internas. El 2 de febrero dicho puesto fue asignado al brigadier I. I. Máslennikov, que pasado un mes ya era general de división y al poco tiempo, general de cuerpo. En junio de 1940, Stalin llevó a cabo una reestructuración de los altos mandos del ejército y Máslennikov adquirió el grado de teniente general.

El fin de la Gran Purga no solo marcó el incremento cuantitativo de las tropas de castigo, sino que hubo también un salto cualitativo: las tropas de castigo de nuevo asumieron el liderazgo, cediendo a los órganos punitivos el papel auxiliar.

Pero qué cosa más curiosa: EN EL TERRITORIO SOVIÉTICO LAS TROPAS DE CASTIGO YA NO HACÍAN FALTA. Era evidente que en 1940 no iba a haber otra purga, puesto que el país ya estaba de rodillas y completamente sometido a la voluntad de Stalin. Y aunque se planeara otra purga, habría bastado con los revólveres, limas, fustas y látigos. ¿Para qué querían los chequistas tanques y obuses?

3

El Directorio General de Vigilancia de Ferrocarriles del NKVD se componía de divisiones, brigadas y regimientos. Aparte de armas portátiles, dichas unidades tenían a su disposición obuses y ametralladoras, artillería y lanzagranadas, trenes blindados…

> Para el inicio de la Segunda Guerra Mundial, las tropas internas del NKVD incluían más de cincuenta destacamentos de trenes blindados. En aquel entonces, la cantidad de trenes blindados de la Checa llegó a superar la del ejército regular (Drogovoz, I., *Fortalezas sobre ruedas. La historia de los trenes blindados*, Minsk, Harvest, 2002, págs. 226-227).

Según mis cálculos, en las regiones occidentales de la Unión Soviética había ocho divisiones del NKVD para la protección de instalaciones ferroviarias:

- 2.ª división del NKVD (Estonia);
- 3.ª división del NKVD (Bielorrusia);
- 4.ª división del NKVD (Moldavia, Odesa);
- 5.ª división del NKVD (Ucrania);
- 9.ª división del NKVD (Brest, Baranóvichi-Minsk);

- 10.ª división del NKVD (Leópolis, Ternopil);
- 13.ª división del NKVD (Bălţi-Bender);
- 24.ª división del NKVD (Minsk-Smolensk).

Tampoco quiero decir que la lista esté completa. Aparte de estas divisiones, en los mismos territorios debieron de estar custodiando los ferrocarriles otras cinco brigadas independientes del NKVD.

En total, desde las regiones centrales de la Unión Soviética hacia las fronteras occidentales del país se extendían diez líneas de ferrocarril principales. A lo largo de cada una de ellas se agrupaba una brigada o incluso una división del NKVD. En la vía más importante, que iba desde Smolensk hasta Brest, se concentraban dos divisiones. Además, en la misma zona estaban alojadas las divisiones, las brigadas y los regimientos de otros directorios generales del NKVD: por ejemplo, la 20.ª división del Directorio General de Vigilancia de Instalaciones Industriales Especiales del NKVD en Leningrado, la 42.ª brigada independiente de escolta en Minsk, la 13.ª división de escolta en Ucrania Occidental.

Aquellos cuerpos estaban desplegados con tanta proximidad a las fronteras que llegaron a unirse al ejército activo ya durante los primeros días de la guerra. Entre ellos se encontraba la 13.ª división de escolta del NKVD, que, junto con las demás, formó parte del ejército activo desde el 22 de junio de 1941 (*La Gran Guerra Patria, 1941-1945. Ejército activo*, Moscú, Kuchkovo pole, Animi Fortitudo, 2005, pág. 518).

¿Qué estaba haciendo una división entera de cancerberos, junto a su mando *cancerberesco*, sobre el saliente de Leópolis, en cercanía inmediata de la frontera alemana? ¿A quién, adónde y con qué objetivo planeaba escoltar el camarada Stalin con la ayuda de una división?

4

Durante el periodo entre las dos guerras mundiales, la Unión Soviética hizo unos avances enormes en la proyección y fabricación de trenes blindados. Ya durante la Primera Guerra Mundial en Rusia se construyó el primer vagón automotriz, dotado de un motor de combustión interna, armamento potente y blindaje. No necesitaba locomotora y tenía total autonomía para realizar actividades bélicas.

Un tren blindado se delataba con el humo y el ruido. En el hogar de la máquina había que mantener constantemente la llama, en el caso contrario se perdía mucho tiempo en volver a encender el fuego y calentar las calderas. Sin embargo, un coche motor blindado no tenía esas desventajas. Por su capacidad de fuego no tenía nada que envidiar a un tren blindado, estaba mejor protegido, era menos vulnerable, tenía menos peso y tamaño y esto para ponerse en marcha en cualquier momento.

En la Unión Soviética, el concepto de «coche motor blindado» se fue ampliando. Se desarrollaron varios modelos. En 1939 se puso en funcionamiento el coche motor blindado del tipo MBV-2. Tenía tres torretas, cada una con un cañón de 76 mm y dos ametralladoras DT, además de una ametralladora de cuatro cañones M-4 y cuatro ametralladoras Maxim en cada uno de los laterales. En total: tres cañones de 76 mm, ocho ametralladoras DT, tres de las cuales eran antiaéreas, ocho ametralladoras Maxim, cuatro de las cuales eran antiaéreas.

Esas máquinas iban equipadas con motores de tanque que les permitían alcanzar una velocidad de 120 km/h. Los MBV-2 podían formar parte de un convoy blindado o funcionar independientemente. De por sí, un automotor blindado podía hacer de locomotora. Cuando era necesario, se le enganchaba una plataforma con dos cañones automáticos de 37 mm, por delante y por detrás se solían instalar unas placas reforzadas para proteger el aparato de las posibles explosiones de granadas o minas subterráneas. Ningún otro país tenía máquinas semejantes; la Unión Soviética en ese campo iba muy por delante del mundo entero.

Teniéndolo en cuenta, preguntémonos ¿para qué quería la Checa ese tipo de maquinaria de guerra? ¿Y para qué tantos trenes blindados y coches motores blindados? No quiero imponer a nadie mi opinión, pero he de dar la razón a un especialista en este campo:

> A pesar de que la estrategia militar soviética de los años treinta ya había asignado el papel principal en la futura guerra a los tanques y a la aviación, de los trenes blindados también se haría uso. Tras el lanzamiento de los cuerpos de tanques hacia el interior de los territorios europeos, en la retaguardia del Ejército Rojo después del ataque siempre quedarían focos de resistencia enemiga, unidades sueltas que podrían suponer cierta amenaza para las comunicaciones de las tropas de primera línea. Justo allí iban a intervenir los trenes blindados de las divisiones de vigilancia de ferrocarriles del NKVD (Drogovoz, I., *Fortalezas sobre ruedas*, págs. 226-227).

5

El 26 de febrero de 1941 dentro del NKVD se crea un nuevo órgano, esta vez es puramente militar: Directorio General de Tropas Operativas (DGTO). Al mando del nuevo directorio Stalin puso a Pável Artémiev, un veterano de Osnaz, al que fue asignado el rango de teniente general. En la jurisdicción del DGTO del NKVD se encontraba la división motorizada independiente de Osnaz «Dzerzhinski», trece regimientos de fusileros motorizados, cuatro regimientos de caballería y un regimiento de fusileros; en total: dieciocho regimientos independientes.

A simple vista, no es mucho. Sin embargo, la división motorizada independiente de Osnaz «Dzerzhinski» rápidamente iba aumentando su potencial. Sus unidades principales eran tres regimientos de fusileros independientes y uno de caballería, un batallón de tanques y un batallón de artillería. En febrero de 1941, el batallón de tanques fue aumentado a regimiento, el batallón de artillería se amplió a regimiento de obuses. La Checa obtiene obuses de 122 mm e incluso de 152 mm. Además, la

división, en caso de necesidad, podía nombrar otro núcleo directivo para el despliegue de otra división de idénticas características; y fue justo lo que se hizo tras el ataque de Alemania a la URSS.

Los regimientos de las tropas operativas del NKVD también eran una potencia considerable. Cada uno se componía de cuatro batallones de fusileros motorizados, un batallón de artillería, una compañía de tanques y una compañía motorizada de transporte.

Un batallón de fusileros motorizados eran tres compañías de fusileros, una compañía de ametralladoras, una de lanzagranadas y un pelotón motorizado de transporte.

Un batallón de artillería se componía de dos baterías de cañones y una de obuses.

En total, un regimiento de fusileros motorizados tenía:

- 16 tanques BT-7;
- 4 obuses de 122 mm;
- 8 cañones Putílov M02/30 de 76 mm;
- 8 cañones antiaéreos de 45 mm;
- 24 lanzagranadas de 82 mm;
- 36 lanzagranadas de 50 mm;
- 60 ametralladoras pesadas;
- 144 ametralladoras ligeras.

La compañía y los pelotones motorizados tenían capacidad para transportar todo el regimiento a la vez, por eso lo denominaban «regimiento de fusileros motorizados». En realidad, los regimientos independientes de fusileros motorizados del NKVD no eran regimientos, sino brigadas.

Los regimientos de fusileros del Ejército Rojo no tenían a su disposición tanques ni obuses. No se componían de cuatro, sino de tres batallones de fusileros. Un regimiento de fusileros del Ejército Rojo tenía seis cañones de campaña de 76 mm, pero eran pequeños, mientras un regimiento del NKVD tenía ocho piezas de apoyo divisionario, mucho más potentes.

El hecho de que los regimientos de fusileros motorizados del NKVD tuviesen muchos vehículos no solo suponía una buena movilidad, no solo permitía transportar a los soldados al lugar de la batalla sin que se agotaran en exceso en las prolongadas marchas, sino que también ofrecía la posibilidad de abastecer los regimientos de municiones y todo lo demás que pudieran necesitar para la vida y para el combate.

Fuera del periodo de hostilidades, para el enmascaramiento, los regimientos independientes de fusileros motorizados del NKVD no se agrupaban en divisiones, pero el 28 de febrero de 1941 se emitió la orden del NKVD n.º 00 234 sobre el despliegue de divisiones. Es decir, si las divisiones existían de facto, en cuanto se anunció la movilización, las siguientes divisiones aparecieron inmediatamente y de la

nada:

- 21.ª división de fusileros motorizados de Leningrado. Se componía de los antiguos regimientos de fusileros motorizados (13.º, 14.º y 15.º) y uno de nueva formación (35.º), además incluía un batallón de tanques y otro de escolta.
- 22.ª división de fusileros motorizados de Riga. Este incluía la 1.ª, la 3.ª y la 5.ª divisiones de fusileros motorizados, el 83.er regimiento ferroviario, un batallón de tanques y el 155.º batallón de escolta.
- 23.ª división de fusileros motorizados de la región de Leópolis. La componían los ya existentes regimientos de fusileros (4.º, 6.º y 16.º) y el formado a principios de la guerra 28.º regimiento de fusileros. Además contaba con un batallón de tanques y el 172.º batallón de escolta.

Estas tres divisiones empezaron a formar parte del ejército activo desde el 26 de junio de 1941, y la 8.ª división de fusileros motorizados del NKVD, a partir del 24 de junio de 1941 (*Historia militar del Estado Ruso. Ejército activo. 1941-1945*, Moscú, Animi Fortitudo, Kuchkovo pole, 2005, pág. 518).

Algunos de los regimientos de las tropas operativas del NKVD siguieron siendo independientes. Por ejemplo, el 23.er regimiento de fusileros del NKVD de Białystok y el 21.er regimiento de caballería del NKVD (un escuadrón de tanques, uno de ametralladoras y otro de sables) en Stanislav.

6

¿Para qué estaban concentrando todas aquellas fuerzas los camaradas Stalin y Beria en sus fronteras occidentales? Está claro que para la defensa del país no era.

Cuando un tenista espera el lanzamiento del rival, no lo hace junto a la red, sino lo más lejos posible para ver mejor dónde cae la pelota y poder reaccionar de forma correcta.

Lo mismo pasa con las unidades militares móviles: para repeler el ataque enemigo hay que alejarse de la frontera para tener tiempo y espacio para efectuar la maniobra defensiva. Si el tenista se dirige a la red (como se dirigió la división de fusileros motorizados del NKVD hacia la frontera), no es para la defensa. Es el peor lugar para defenderse y el mejor para atacar.

Las intenciones agresivas de la Checa las delatan también las baterías, batallones y hasta regimientos de obuses. Los disparos de los cañones de pequeño y mediano calibre siguen una trayectoria rasante y por eso son muy adecuados para la defensa: los proyectiles obligan al atacante a detenerse, echar cuerpo a tierra, parapetarse.

Ahora invirtamos los papeles. Somos nosotros los que atacamos y nuestro

enemigo, atrincherado, se defiende. En esta situación los cañones pequeños no nos ayudan: los proyectiles, debido a su trayectoria rasante, sobrevuelan las trincheras del contrincante sin causarle ningún daño. Por eso nosotros, los atacantes, necesitamos obuses.

Un obús se distingue de un cañón de campo por su trayectoria curva. Es bueno para sacar al enemigo de las trincheras. Si nos estamos preparando para una guerra defensiva, fabricamos cañones; si planeamos un ataque, nos armamos de obuses. Y, por supuesto, si hemos previsto un ataque, armaremos de cañones nuestras tropas regulares y no las de castigo.

En el territorio soviético las divisiones de castigo, con sus armas pesadas de ataque, no hacían falta, ya que todos los motines y resurrecciones se habían apagado. Los movimientos de Majnó y Antónov no iban a contagiar a toda Rusia. En los nuevos territorios, anexionados de acuerdo con el Pacto Ribbentrop-Mólotov, el terror duró dos años, pero allí tampoco hicieron falta tanques ni obuses. En los casos más extremos se recurría a la ayuda del Ejército Rojo.

Estoy seguro de que en la primera mitad de 1941 las divisiones de fusileros motorizados del NKVD se habían creado para invadir Alemania. Aquellas divisiones potentes, armadas hasta los dientes, harían falta para combatir a las unidades supervivientes y guarniciones enteras que iban a quedar tras el avance ininterrumpido del Ejército Rojo por los territorios conquistados. Si hay otras opiniones, estoy dispuesto a escucharlas y rebatirlas.

Se ruega no proponer versiones sobre la defensa. En una guerra defensiva, las divisiones de fusileros motorizados del NKVD, fuertes, móviles, cuidadosamente equipadas y espléndidamente armadas, no hacían falta para nada. Al igual que a Hitler no le hicieron falta las divisiones de castigo de las SS justo al final de la guerra, cuando el Ejército Rojo entró en el territorio alemán.

Con su invasión del 22 de junio de 1941, Hitler dejó sin trabajo a los tanquistas, fusileros motorizados y artilleros del camarada Beria. El Directorio General de Tropas Operativas del NKVD resultó ser inútil en una guerra defensiva. Se marchitó como una florecilla plantada en una tierra árida. Ya al cuarto día de la guerra (según algunas informaciones, al segundo) Stalin se llevó al teniente general Artémiev del Directorio General, dejando decapitada toda la estructura. Veintinueve divisiones del cuerpo del NKVD se pasaron al Ejército Rojo (V. Nekrásov, *RHM*, 1985, n.º 9, pág. 29). En una guerra defensiva no son necesarias las tropas de castigo, sino la infantería regular.

7

En la segunda mitad de 1941, Stalin ya se vio obligado a crear no solo batallones, no solo regimientos, ni brigadas, ni divisiones, ni tampoco cuerpos, sino diez ejércitos enteros de zapadores, que cavaron todo el país de mar a mar para crear obstáculos y

barreras infranqueables.

Pero en la primera mitad del mismo año, Stalin no había formado ni pensaba formar ejércitos de zapadores, ni cuerpos de zapadores, ni divisiones, ni siquiera brigadas. En la primera mitad de 1941 el camarada Stalin estaba ocupado con otros problemas, formando, reclutando y equipando tropas con un objetivo que no tenía nada que ver con la defensa.

Pasaron tres años de una horrible guerra y, en 1944, el Ejército Rojo y las tropas del NKVD aparecieron en Europa Central. Instauraron el poder de los trabajadores y campesinos, la justicia social y demás bienes. Pero no hay que pensar que el mecanismo de la construcción de la vida feliz se pergeñó también en 1944. No. Stalin lo había concebido antes de la invasión hitleriana. El caso es que Adolf Hitler no dejó a Iósif Stalin que pusiera en marcha aquel mecanismo antes de 1944 y se lo escacharró de tal forma que la vida feliz se pudo llevar solo a algunos países de Europa, ni siquiera a los más importantes, ni tampoco para siempre.

CAPÍTULO 14

Las tropas fronterizas del NKVD en junio de 1941

> Los altos mandos soviéticos, mientras preparaban la marcha libertadora hacia Europa, ordenaron desminar la línea fronteriza y los puentes situados en ella. Los alemanes aprovecharon el regalo y siguieron avanzando sin problemas hacia el este.
>
> IGOR DROGOVOZ[32]

1

Desde el 22 de junio de 1941 se estuvo intentando encajar en las cabezas de los ciudadanos soviéticos el mito sobre la resistencia inaudita de los guardias fronterizos. Han pasado más de setenta años, pero esas leyendas todavía no se han desmoronado. Más aún, se siguen enriqueciendo con nuevos pormenores históricos. En los últimos años incluso se ha puesto de moda contraponer el vigor de las tropas fronterizas a la huida frenética de la unidades del Ejército Rojo.

Aclarémoslo.

Las fuerzas armadas de la URSS, por si alguien no se acuerda, se equiparon según el mismo esquema que se había utilizado para organizar el suministro de bienes materiales a los jefes soviéticos de todos los rangos y niveles. Primero, los dirigentes más altos se apropiaban de los palacios de los zares en el Kremlin y en Yalta. Después, los dirigentes de rango más bajo —cada mochuelo…, ya saben— se instalaban en los apartamentos de los ministros del zar. Luego, los jefes de rango aún más bajo se quedaban con las mansiones de los mercaderes, residencias de verano y balnearios. De la misma forma se distribuía la ropa y el calzado, la vajilla y los alimentos, los medicamentos y los productos de uso cotidiano. Un peldaño más abajo en la escala de abastecimiento, tanto por su calidad como por la cantidad, se encontraban los directores de fábricas y talleres, periódicos y departamentos policiales locales, luego venían los capataces y especialistas destacados en diferentes campos. Los restos se dejaban a la clase obrera, que para seguir ejerciendo la hegemonía algo tenía que comer.

En las fuerzas armadas pasaba lo mismo. En primer lugar, a los reclutas más alfabetizados, más sanos y fuertes se los quedaba la Checa. Después tocaba a los generales de la Aviación y de la Marina escogerse a los combatientes. A los restantes los reclutaban para incorporarse a las tropas aerotransportadas, a las de reconocimiento, de artillería, de comunicación y topografía, de criptógrafos, de escribanos y conductores, de panaderos y secretarios del *komsomol*. A los que quedaban después de esta última selección los destinaban a las divisiones de fusileros y, después de la guerra, a las divisiones y regimientos de fusileros motorizados.

A mí me tocó hacer el servicio militar un cuarto de siglo después del inicio de la guerra, pero el sistema seguía siendo el mismo. No sé por qué, pero siempre tuve al mando soldados buenos. Malos no hubo nunca. Es cierto que la mitad de ellos (a veces más) no entendían ruso. En el ejército, a combatientes así se les ponían múltiples motes ofensivos.

No estoy en contra de aquellos chicos estupendos a los que enviaban en manada a mi querida 66.ª división de guardia a defender no sé qué patria. No estoy en contra de la amistad de los pueblos. Estoy en contra de que se compare a la *crème de la crème* de las tropas fronterizas con nuestra basura de fusileros motorizados y tanquistas.

2

Un poco más de experiencia personal. A finales de los años sesenta me tocó pringar en Bucovina del Norte. La frontera estaba cerca. Con una constancia demoniaca, una vez cada seis meses, en una de las brigadas del 28.º cuerpo de las Fuerzas de Defensa Antiaérea del Distrito Militar de Subcarpacia, aparecía algún soldadito que, estando de guardia, tras tirotear a un par de compañeros y llevarse un *kaláshnikov* cargado, se iba abriendo paso hacia la frontera. Como si en Rumanía fuese a estar mejor. Como si alguien lo estuviese esperando allí con los brazos abiertos.

En estos casos, mi valeroso 145.º regimiento de instrucción de fusileros motorizados de Budapest, al igual que todos los regimientos vecinos, nos despertábamos al toque de diana. El objetivo era no dejar que el mozo enloquecido atravesase la frontera. Está claro que no era recomendable capturar a esos chicos con vida. Vivos no eran más que un engorro. Había que llevarlos a los tribunales, aguantar a comisiones e inspecciones varias. ¿Y para qué? Por eso la orden era disparar sin previo aviso.

Por cierto, en verano de 1969, en mi regimiento, en la 5.ª compañía, dirigida por el teniente Vladímir Arjangorodski, amigo de antes de la Academia, ocurrió un caso semejante. Un soldadito, al acabar el turno de guardia, iba a entregar las armas y las municiones. Pero en el último momento cambió de opinión, enganchó el cargador a su AK-47 y de una ráfaga mató a sus siete compañeros. A este no hubo que buscarlo ni perseguirlo. Se pegó un tiro.

¿Y de qué estábamos hablando? Ah, de los guardafronteras. Pues, en aquellos tiempos gloriosos, estaba yo con mis chavales reforzando un punto fronterizo. Y quise saber algo sobre aquel servicio para mí desconocido. Pregunto a un teniente fronterizo: jefe, ¿cuántos soldados tuyos entienden ruso? Este se sorprendió: ¡todos! Yo a la primera ni le creí. Pero resulta que era normal que en las tropas fronterizas todos los soldados entendiesen ruso.

Antes de la guerra era igual. Así que no hace falta jactarse de la resistencia de los guardias fronterizos y de lo buenos que eran, ya que para servir en las fronteras no

solo escogían a los que entendían ruso, sino a los que también sabían expresarse en él.

3

Siempre, al instalar un puesto fronterizo, lo preparaban para la autodefensa. Todos estaban dotados de *blockaus*, casernas, trincheras y fosas. Un *blockaus* es un reducto circular con troneras que cubren todo su perímetro. Normalmente, los puestos fronterizos tenían tres o cuatro *blockaus* unidos a través de trincheras cubiertas. Cada uno podía cubrir al otro con fuego de metralleta o de francotirador.

Los puestos estaban envueltos en una red de alambre de espino. Cada uno de los puestos fronterizos tenía reservas de proyectiles y granadas para un par de semanas de combate. Todos venían equipados con cocina, pozo de agua, almacén con pan y patatas, un botiquín con gasas y fármacos, un lavabo e incluso un retrete.

Lo más importante es que, durante décadas, a los guardafronteras se les estuvo encajando en la mollera la siguiente norma: cuando alguien intenta vulnerar la frontera o atacar un puesto fronterizo, se dispara sin previo aviso y sin necesidad de una orden.

Pero las divisiones de fusileros motorizados del Ejército Rojo que en vísperas de la guerra se concentraron en la frontera las únicas balas que tenían eran las que los soldados llevaban en sus cartucheras. No tenían ni casernas, ni trincheras, ni fosos, ni pozos con agua potable, a veces ni siquiera cocina. Además, Zhúkov les había impartido la inapelable orden de… ¡esquivar todo tipo de provocaciones!

Incluso había divisiones a las que, justo en la frontera, se les habían quitado los proyectiles y las granadas para que no respondieran a provocaciones. ¡Los alemanes van a triturar nuestra infantería con las orugas de los tanques, pero que no se te ocurra, guerrero, responder a provocaciones!

Pero eso es lo de menos. Los puentes fronterizos no estaban vigilados por efectivos del Ejército Rojo, sino por los guardafronteras del NKVD. Y estos entregaron los puentes —enteritos— a los alemanes.

Cada destacamento fronterizo tenía un pelotón o incluso una compañía de zapadores. ¡Muéstrenme, pues, al menos un puente fronterizo que nuestros guardias volasen por los aires el 22 de junio de 1941! A través de los puentes, que nuestros impávidos guardianes habían entregado amablemente a los alemanes, aludes de tropas enemigas se lanzaron esquivando y cercando las potentísimas agrupaciones del Ejército Rojo, atacando sus flancos y la retaguardia.

La vergonzosa actuación de las Tropas Fronterizas en 1941 jamás será olvidada. Fueron ellas las que abrieron las puertas al enemigo. Fueron ellas las que condenaron el Ejército Rojo a la derrota.

Los puestos fronterizos que los alemanes encontraron en el camino fueron arrasados sin un mínimo esfuerzo. Y los que no estaban en su camino, simplemente,

los bloquearon. Qué más da que algunos de los puestos resistieran durante días si a unos tres o cinco kilómetros al norte por nuestros puentes intactos corrían avalanchas de tanques alemanes, sin prestar atención alguna a los heroicos defensores de nuestras fronteras. Por los mismos puentes condujeron después a los prisioneros rusos a Alemania.

Un río se puede atravesar en un barco, una patera o una balsa. Los vehículos se pueden transportar en pontones. Pero el abastecimiento estratégico de las tropas solo se podía organizar si había conexión a través de ferrocarril. Al entregar a Hitler los puentes ferroviarios, los guardias fronterizos del NKVD le aseguraron el éxito de la Blitzkrieg.

Pero más allá, en el este, los ferrocarriles también estaban custodiados por las divisiones del NKVD con armamento pesado y trenes blindados. Si estas, al retirarse, hubieran destruido todos los puentes, túneles, bombas de agua, parques de locomotoras y demás instalaciones ferroviarias, habría sido imposible abastecer las divisiones de tanques alemanas. En este caso, la «guerra relámpago» se habría frenado antes de llegar a Daugava y Dniéper.

Pero la heroica Checa no mostró demasiado afán por cumplir con su deber militar.

4

En los últimos años, entre los historiadores, ha empezado a circular una mezquina invención. Se dice que el jefe del Frente Occidental, Héroe de la Unión Soviética, el general de ejército Dmitri Grigórievich Pávlov y los generales que estaban a su mando habían urdido un complot con Hitler y, con el fin de contentarlo, dejaron entrar a las tropas alemanas en el territorio soviético.

Los que difunden esa idea no dejan claro para qué los generales del Ejército Rojo tramaron aquella intriga. ¿Tal vez esperaban que Hitler los agasajase con «un barril de mermelada y una cesta de galletas[33]»? ¿O quizá soñaban con cambiar sus Estrellas Doradas por las cruces de acero?

No voy a discutir con el autor de una hipótesis tan atrevida. Solo insisto en que no fueron los mandos del Frente Occidental los que abrieron las fronteras soviéticas a los tanques de Hoth y Guderian, de Manstein y Kleist. Los puentes intactos que atravesaban los ríos limítrofes los entregaron a los alemanes los guardafronteras del NKVD. Si alguien lo ve como complot, no hay que tachar de conspiradores a los generales del Ejército Rojo. Su teoría, señores, va a sonar mucho más convincente si ustedes afirman que los que se habían compinchado con Hitler no eran los generales del Ejército Rojo, sino decenas de miles de guardafronteras del NKVD, que luego se escondieron en los *blockaus* de los puestos fronterizos en lugar de dinamitar los puentes de acceso.

¡Bromas aparte! Tanto las tropas del Ejército Rojo como las tropas fronterizas del NKVD estaban cumpliendo con su deber militar de acuerdo con el juramento

prestado al régimen criminal. Ellos hacían lo que les habían dicho los camaradas Zhúkov, Timoshenko, Beria y Stalin. Ellos no hacían lo que no les habían dicho los camaradas Zhúkov, Timoshenko, Beria y Stalin.

La orden del superior es la ley para el subalterno. Sobre este principio se sustenta el ejército. No puede ser de otra forma. No hay que buscar chivos expiatorios entre los que estaban ante los puentes fronterizos. ¿No será mejor intentar entender la lógica de los que expedían semejantes órdenes? ¿No será mejor analizar a qué se habían dedicado los valerosos guardias fronterizos una semana antes del ataque alemán?

5

El día cuando más trabajo tuvieron los batallones de Osnaz del NKVD fue el 14 de junio de 1941. Aquel día empezó la deportación masiva de la población de las zonas fronterizas de Carelia, Lituania, Ucrania y Bielorrusia Occidental, Moldavia, además de todas las personas sospechosas de Estonia y Letonia. Los que se llevaron el zarpazo de las tropas de castigo del NKVD ya no volvieron a ver su tierra natal. Justo aquel día en los periódicos apareció un comunicado tranquilizador de la TASS que informaba que no iba a haber guerra.

Dicho sea de paso, al otro lado de la frontera los batallones de las SS habían llevado a cabo una operación idéntica y despejaron la zona fronteriza deportando a la población.

Cada agresor, antes de introducir sus tropas en la zona fronteriza desaloja de ahí la población. Se planeaba realizar la invasión alemana dos semanas antes de la soviética y por eso la operación de desalojo de la población se había producido el 2 de junio en vez del 14.

Después del 14 de junio ocurrió algo que los historiadores serios ni siquiera se atreven a interpretar. Los batallones de castigo de Osnaz del NKVD «limpiaron» toda la franja fronteriza y se quedaron allí. ¿Para qué?

Se puede explicar la presencia de tropas de castigo donde hay trabajo para ellas. Se puede explicar la presencia de las tropas de castigo hitlerianas en la zona fronteriza, puesto que los alemanes pensaban atacar la URSS. ¿Pero qué hacía nuestra querida Checa en la frontera? ¿Qué otros territorios pensaba limpiar? Aparte de Alemania y sus aliados, no quedaba nadie más. ¿Acaso el objetivo era Alemania?

6

Las unidades del NKVD se habían aproximado demasiado a las fronteras. Algunas se encontraban a pocos metros. Por ejemplo, el 132.º batallón independiente del NKVD se alojaba en la fortificación de Terespol en la ciudadela de Brest. ¿Para la defensa?

No. La ciudadela no se había preparado para la defensa, se planeaba dejar en ella solo un batallón regular de fusileros.

¿Quizá el batallón del NKVD tenía que vigilar la frontera? Pues no. Para eso, justo al lado, en el mismo campamento de la isla Pogranichni se encontraba el cuartel general del 17.º destacamento guardafronteras del NKVD. Pero el 132.º batallón independiente del NKVD no era guardafronteras, ¡sino de escolta!, aunque en la historiografía soviética la combinación «de escolta» la omitían y lo llamaban, simplemente, 132.º batallón independiente del NKVD. Este se utilizaba para escoltar a los «enemigos» de Bielorrusia Occidental, pero cuando la operación había terminado, lo situaron en el territorio de la fortaleza de Brest, a la orilla occidental del Bug Occidental.

El batallón no estaba haciendo nada. El camino hacia la URSS era complicado: primero era necesario cruzar el Bug Occidental y entrar en la ciudadela, atravesar numerosas puertas, puentes, fosos, vadear el río Mujavets, y luego otra vez esos fosos, terraplenes y bastiones. En la fortaleza el enemigo no estaba, y la ciudad quedaba lejos. Así que el batallón estaba descansando. A decir verdad, la fortificación de Terespol ya era territorio polaco o, mejor dicho, en aquel entonces era alemán. Para llegar allí solo había que cruzar un minúsculo puente.

¿Entonces, a quién pensaban conducir por aquellos puentes fronterizos los esbirros del Gulag?

CAPÍTULO 15

¿Por qué en vísperas de la guerra se destruyó la zona de seguridad en las fronteras occidentales de la URSS?

> Las minas tienen su gracia, pero es un arma para los débiles, para los que se defienden. Nosotros, en cambio, no necesitamos tanto las minas como las herramientas de desminado.
>
> G. I. KULIK[34]

1

Un país, cuando se prepara para la defensa, no sitúa sus tropas justo en la frontera, sino en el interior del territorio. Así, el agresor no puede aplastar las fuerzas del adversario de un golpe inesperado.

Además, entre la frontera y la línea de defensa principal se suele crear una zona de obstáculos y devastación. Dicha zona se llama «zona o línea de seguridad fronteriza». Su objetivo es agotar al enemigo antes de que alcance a las fuerzas principales de defensa. En ese territorio el país atacado, intencionadamente, no levanta fábricas ni construye carreteras, no mantiene grandes formaciones militares ni deja provisiones abundantes. Al revés, todos los puentes, túneles y carreteras se preparan de antemano para ser destruidos.

La zona de seguridad es una especie de escudo que protege el país atacado contra el atacante. Una vez en la zona de seguridad, el agresor pierde su agilidad de movimiento, sus tropas sufren grandes pérdidas antes de enfrentarse a las fuerzas principales de defensa. En la zona de seguridad solo actúan pequeños, rápidos y escurridizos destacamentos del atacado. Su táctica consiste en acometer al enemigo desde las emboscadas. Estos destacamentos realizan asaltos inesperados y se retiran enseguida hacia las nuevas líneas de seguridad previamente preparadas. Las partidas de tropas ligeras tratan de pasar por las fuerzas principales. A la vez que el agresor se ve obligado a detenerse, retroceder, gastar municiones en vano, la guerrilla ya se ha vuelto a retirar con sigilo y le está tendiendo nuevas emboscadas.

Al entrar en la zona de seguridad, el agresor pierde su principal ventaja: la espontaneidad. Mientras el atacante se agota, luchando contra las tropas ligeras de cobertura, las fuerzas principales del país atacado se preparan para recibir al enemigo desde unas posiciones más ventajosas.

Cuanto más profunda es la zona de seguridad, mejor. Por mucho trigo, nunca es mal año. Abriéndose paso a través de una línea de seguridad profunda, el agresor revela sin querer la dirección principal de su movimiento. Al perder la ventaja de espontaneidad, el mismo agresor se convierte en su víctima. La extensión de la zona

de seguridad no la conoce y por eso el encuentro con las fuerzas principales de defensa se produce en el momento inesperado.

A lo largo de siglos, incluso milenios, las tribus eslavas levantaron estructuras defensivas de una extensión y profundidad colosales. Las había de muchos tipos; pero los *abatis* eran los que más a menudo se utilizaban.

Un *abatis* era una franja del bosque donde se talaban los árboles a la altura de un metro y medio, pero se hacía de tal manera que, al caer, el tronco siguiera unido al tocón. Las copas de los árboles quedaban cruzadas y se sujetaban a la tierra con estacas. Las ramas finas se recortaban y a las gruesas se les sacaba punta. La profundidad de un *abatis* solía ser de varias decenas de metros en lugares donde el paso del enemigo era poco probable. Pero en las zonas en las que era posible su aparición la profundidad podía ser enorme: de 40 a 60 kilómetros. Como resultado se obtenían cinturones de obstáculos infranqueables, reforzados con caballos de Frisia, empalizadas, dientes de dragón, pozos de lobo y otras trampas extremadamente ingeniosas.

Los *abatis* que se hacían en Rusia se extendían a cientos de kilómetros. El Gran Cinturón de Abatis, erigido en el siglo XVI, tenía más de 1500 kilómetros[35]. Detrás de los *abatis* se construían fortalezas y ciudadelas. Los *abatis* eran vigilados por destacamentos ligeros. Esas pequeñas unidades móviles asaltaban al enemigo por sorpresa, sin llegar a combates prolongados, y volvían a desaparecer en sus laberintos infinitos. Los intentos de perseguirlos costaban caros al agresor. En los *abatis* había pasadizos que solo su creador podía usar; los intrusos, a su vez, acababan metiéndose en zonas de trampas y nuevas emboscadas.

Dentro de las líneas de *abatis* no estaba permitido talar el bosque ni abrir caminos. A la hora de ampliar las fronteras meridionales, Rusia no solo conservaba los antiguos cinturones de obstáculos, sino que los reforzaba. Y en las inmediaciones de las fronteras nuevas se volvían a construir fortificaciones y ciudadelas, delante de las cuales se creaba un nuevo cinturón de *abatis*. Para finales del siglo XVII, el enemigo que quisiera atacar a Moscú por el sur habría tenido que atravesar, uno tras otro, ocho cinturones de obstáculos de 800 kilómetros. Ningún ejército del mundo, en aquel entonces, habría sido capaz de lograrlo. Pero si el agresor hubiera franqueado aquel tramo de casi mil kilómetros, no habría podido llevar a cabo un ataque sorpresa. Cualquier ejército habría perdido demasiado tiempo y fuerzas tras las repentinas embestidas de los destacamentos ligeros de la defensa. E incluso si el enemigo hubiera sobrevivido a los múltiples asaltos y, maltrecho, se hubiera acercado a su objetivo, allí lo esperaría, bien pertrechado, fresco y listo para librar batalla, el ejército ruso.

Antes de entrar en la Segunda Guerra Mundial los generales del Ejército Rojo ya sabían apreciar perfectamente la utilidad de las líneas de seguridad, puesto que habían tenido malas experiencias en esas zonas. A saber: en 1920, el Ejército Rojo acabó atrapado en una línea de seguridad preparada por las tropas polacas. Así lo describe el

mariscal principal de artillería Vóronov:

> Las tropas polacas, durante su retirada, lo destruían todo: estaciones, vías férreas, puentes; quemaban aldeas, siembras, incluso las hacinas de heno. Nos costaba mucho trabajo avanzar. Cada río lo teníamos que atravesar vadeando. Conseguir municiones se hacía cada vez más complicado (Vóronov, N. N., *En el servicio militar*, Moscú, Ediciones Militares, 1963, pág. 34).

Habiendo vivido semejantes experiencias, el Ejército Rojo también instaló fuertes líneas de seguridad a lo largo de sus fronteras, sobre todo las occidentales. Unas comisiones gubernamentales especiales habían inspeccionado las regiones occidentales y determinaron qué zonas eran las más y las menos vulnerables. Después, todos los puentes en aquellas regiones del país se minaron. Los efectivos encargados de vigilar los puentes fueron instruidos para realizar trabajos de demolición y estaban preparados para destruir los puentes. Por ejemplo, el puente de Olevsk se podía preparar para la demolición en dos minutos con el empleo del sistema dual de encendido (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 24). Aparte de los puentes, para la demolición se prepararon los depósitos de trenes, las casas de bombas y las torres de agua, los terraplenes y las hondonadas (*ibidem*, pág. 18).

Ya a finales de 1929 solo en el Distrito Militar de Kiev se habían preparado sesenta pelotones de demolición, que contaban con 1400 efectivos en total. Especialmente para ellos se habían reservado «1640 cargas explosivas bastante sofisticadas y decenas de miles de espoletas que se podían activar en pocos instantes» (*ibidem*, pág. 22). Lo mismo ocurría en los demás distritos militares.

Aparte de los pelotones de demolición, en las regiones occidentales del país se habían formado batallones de obstrucción, cuyo objetivo era, en caso de retirada, destruir por completo los principales nudos ferroviarios y establecer obstáculos en las principales arterias de comunicación: dinamitar las vías e instalar potentes minas de relojería por si el enemigo intentara hacer alguna reparación. En Ucrania, en 1932, había cuatro batallones como estos (*ibidem*, pág. 175). Más aún, en los sectores industriales de la retaguardia ya se estaban fabricando nuevos cambios de agujas, aparatos de comunicación, cables telegráficos e incluso rieles.

La línea de seguridad soviética siempre se había perfeccionado. Los espacios preparados para la detonación y la evacuación aumentaban. Se creaban nuevas barreras y obstáculos inabordables: talas, fosos de agua artificiales ante las fortificaciones, amplios terrenos se modificaban con el fin de ser inundados o empantanados.

En septiembre de 1939 la Unión Soviética tuvo mucha suerte. Según el Pacto Ribbentrop-Mólotov, Polonia fue dividida y las fronteras occidentales de la URSS se desplazaron unos doscientos o trescientos kilómetros hacia el oeste. Se presentó una magnífica oportunidad para ampliar la antigua zona de seguridad. Los nuevos territorios, por su naturaleza, eran idóneos para construir obstáculos: había bosques, colinas, ciénagas, ríos caudalosos de orillas empantanadas y, en Ucrania Occidental,

ríos impetuosos con orillas abruptas. «Los terrenos eran adecuados para la defensa y la creación de obstáculos» (A. I. Yeriómenko, *Al principio de la guerra*, Moscú, Naúka, 1964, pág. 71).

Y por encima de todo, la red ferroviaria en los territorios polacos anexionados estaba poco desarrollada. De los 6696 km de vías férreas solo 2008 eran de dos direcciones, pero tampoco tenían buena transitabilidad y, en caso de necesidad, era muy fácil convertirlas en totalmente intransitables.

Al mismo tiempo, en noviembre de 1939, en Finlandia, el Ejército Rojo recibió otra brillante lección que confirmaba que una línea de seguridad preparada de antemano podía facilitar considerablemente la situación de la defensa y complicarle la vida al agresor. La Unión Soviética atacó Finlandia, pero no consiguió llevar a cabo una operación relámpago porque las fuerzas principales finlandesas se encontraban lejos de la frontera, al otro lado del cinturón de obstáculos.

Superar aquella línea de seguridad exigió al Ejército Rojo muchísimo tiempo, fuerzas, recursos y sangre soldadesca. Hay que subrayar que el fracaso del Ejército Rojo en Finlandia no solo se debe a los fallos de los mandos soviéticos, sino que tuvo un papel importante también la buena preparación de Finlandia para la defensa.

Uno de los elementos de esa preparación era la zona de seguridad, ubicada delante de la línea principal de defensa y que tenía de 40 a 60 km de profundidad (*Enciclopedia Soviética Militar* [de aquí en adelante *ESM*], Moscú, Ediciones Militares, 1976, vol. 6, pág. 504). La zona estaba repleta de campos de minas y barreras, por doquier había francotiradores, zapadores y pelotones ligeros de gran movilidad. Como resultado, el Ejército Rojo tardó veinticinco días en franquear el cinturón y alcanzó la línea de defensa principal habiendo sufrido grandes pérdidas, desmoralizado, sin municiones, sin combustible ni víveres. Las posibilidades de maniobra eran extremadamente limitadas: desviarse del camino podía suponer una derrota. La retaguardia se había retrasado y estaba bajo constante amenaza de asaltos por parte de los pelotones ligeros del enemigo, que controlaba a la perfección el terreno y conocía los pasadizos secretos en los campos de minas.

Todos los generales soviéticos y en primer lugar Meretskov, que había dirigido el 7.º ejército durante la guerra con Finlandia, expresaron su admiración por la línea de seguridad finlandesa (Meretskov, K. A., *Al servicio del pueblo*, pág. 184). Después de atravesarla y reconocer su potencia, Meretskov fue nombrado jefe del Estado Mayor. ¿Cómo empleó, pues, sus experiencias para perfeccionar la zona de seguridad en las fronteras occidentales de la URSS?

Meretskov ordenó:

1. Destruir la línea de seguridad ya creada en las fronteras occidentales, disolver los pelotones de demolición, retirar las cargas explosivas, neutralizar las minas, desmontar o arrasar las barreras.
2. No crear zonas de seguridad en los territorios de Polonia recién

anexionados a la Unión Soviética.

3. Situar las fuerzas principales del Ejército Rojo lo más cerca posible de las fronteras sin cubrirlas con ninguna línea de seguridad.
4. Sacar desde el interior del país y concentrar en las fronteras todas las reservas estratégicas del Ejército Rojo.
5. Iniciar obras de construcción y desarrollo de aeropuertos y vías férreas en Bielorrusia y Ucrania Occidental. Transformar los ferrocarriles de un solo sentido en líneas de doble sentido. Aumentar la transitabilidad de todas las vías ya existentes y construir vías nuevas hacia las fronteras alemanas.

2

Y aquí tenemos los resultados de esas medidas. En 1939, cuando Polonia se repartió entre Alemania y la Unión Soviética, algunos ríos que pasaban por su territorio se convirtieron en fronterizos. Sobre esos ríos se conservaban puentes que nadie utilizaba. Por ejemplo, solo en la línea del 4.º ejército del Distrito Militar Especial Occidental se encontraban seis puentes así. Por motivos obvios, los alemanes ni siquiera se planteaban destruirlos, a pesar de que, en tiempos de paz, no eran necesarios para nadie. Pero el lado soviético tampoco se planteaba su destrucción. Cuando empezó la guerra, todos esos puentes fueron tomados por las tropas alemanas y por ellos pasaron muchas de las tropas que encontraron el 4.º ejército desprevenido. Este sufrió una derrota estrepitosa, lo cual dejó al descubierto la retaguardia del potentísimo 10.º ejército, que también fue abrumadoramente derrotado. Sin encontrar ningún otro obstáculo por el camino, los tanques de Guderian se precipitaron hacia Minsk.

El exjefe del cuartel general del 4.º ejército, coronel general Sandálov, se pregunta: «Vamos a ver, ¿y por qué después del 4.º ejército quedaron tantos puentes en el Bug?» (Sandálov, L. M., *Lo vivido*, Moscú, Ediciones Militares, 1966, pág. 99).

Es verdad, ¿por qué? Los mandos alemanes esperaban poder utilizar los puentes en su ofensiva y por eso no los habían destruido. ¿Pero a qué aspiraban los mandos rusos?

Los historiadores serios inventaron una buena explicación universal: los generales soviéticos no eran personas demasiado inteligentes. Pero dudo que esta explicación se pudiera aplicar a Sandálov, que entonces era el jefe del cuartel general del 4.º ejército y estaba obligado a plantearse la demolición de puentes innecesarios en el río: dejamos uno, los demás los volamos. Es curioso que nadie culpara a Sandálov por haber dejado aquellos puentes, que no lo fusilaran por semejante desidia. Al contrario, ascendió rápidamente de coronel —que era en 1941— a coronel general y fue distinguido en numerosas ocasiones. Su característica personal más notoria era la meticulosidad y una cautela excepcional. Según mi impresión, era una persona

bastante astuta. Entonces, ¿qué le pasó en junio de 1941?

3

Después las tropas alemanas avanzaron sin grandes complicaciones, tomando los puentes en los ríos Niemen, Daugava, Berézina y Prípiat. Si los puentes no los hubieran preparado para la demolición, aquello se habría podido calificar como negligencia criminal. Pero en este caso es todo mucho más complicado. Los puentes se habían preparado para ser destruidos, pero en cuanto se estableció la frontera germano-soviética común, los desminaron. Además, lo hicieron por todas partes, es decir, no se trata de un fallo tonto de algún general suelto, sino de una política del estado.

> Nuestro país ya estaba en la proximidad inmediata de la potente máquina militar, de la Alemania nazi […] Inglaterra corría el riesgo de ser invadida […] Al conocer el estado de preparación de las barreras en la zona fronteriza, acabé realmente asombrado. Incluso todo aquello que se había logrado crear entre 1926 y 1933 resultó eliminado casi por completo. No existían más los almacenes con explosivos preparados junto a los puentes y otros objetivos. Habían desaparecido no solo las brigadas sino incluso los batallones especiales […] La Academia de Ingeniería Especial de Uliánovsk —el único centro que formaba jefes altamente cualificados para las unidades que manejaban minas radiodirigidas— se había convertido en una academia de comunicación. (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 175).

Durante el ataque del enemigo se podía disminuir notablemente la influencia del factor de espontaneidad si las fuerzas principales de defensa no estuvieran junto a las fronteras. Un territorio vacío, incluso si no tiene preparación especial alguna, de por sí podría servir en semejante caso como una especie de línea de seguridad, eliminando la posibilidad de un ataque sorpresa. Tras recibir una señal de la vanguardia, las fuerzas principales tendrían tiempo suficiente para preparar las armas. Pero «Los ejércitos […] tuvieron que desplegarse en la proximidad inmediata de las fronteras estatales […] a pesar de todas las desventajas que suponía para la defensa. Ni siquiera se había construido una línea de seguridad, necesaria según los preceptos de antes de la guerra» (*Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. 1941-1945*, 6 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1960-1965, vol. 2, pág. 49).

En definitiva, el jefe del Estado Mayor y general de ejército Meretskov actuó en contra de los preceptos. ¿Acaso Stalin no lo destituyó? Lo destituyó. Pero no lo hizo porque Meretskov hubiera destruido la línea de seguridad definitivamente, sino porque este actuó con poco ímpetu en cuestiones de construcción de caminos, puentes y aeródromos en los nuevos territorios.

El 13 de enero de 1941 a Meretskov lo sustituyó en el puesto de jefe del Estado Mayor el general de ejército Zhúkov. Y este se puso manos a la obra con una pujanza realmente *zhukoviana*.

Hasta 1941, el Ejército Rojo contaba con cinco brigadas ferroviarias. Zhúkov enseguida aumentó el número hasta treinta. (Cada brigada se componía de un regimiento, dos batallones independientes y varios destacamentos de mantenimiento). Casi todas las tropas ferroviarias se concentraban en las regiones fronterizas occidentales y trabajaban activamente en la modernización de las vías antiguas y en la construcción de vías nuevas (*Krásnaya zvezdá*, 15 de septiembre de 1984). Estas son algunas de las líneas nuevas edificadas antes de la guerra.

- Proskúrov - Ternopil - Leópolis,
- Leópolis - Yávorov - frontera estatal,
- Leópolis - Peremýshel - frontera estatal,
- Timkóvichi - Baránovichi,
- Belovezha - Oránchitsy - frontera estatal.

El mismo hecho de que los ferrocarriles acabasen en la frontera estatal demuestra que los mandos soviéticos consideraban la línea fronteriza no como zona de batalla, sino como su propia retaguardia, adonde, en caso de un avance rápido hacia el occidente, sería necesario transportar a millones de reservistas nuevos, millones de toneladas de municiones, combustible y otras provisiones.

A la vez que se construían aquellos ferrocarriles, por las regiones occidentales del país se iban extendiendo carreteras para automóviles. Estas son algunas:

- Orsha - Lepel,
- Leópolis - Peremyshl,
- Bélaya Tsérkov - Kazatin,
- Minsk - Brest.

Cuando un país se prepara para una guerra, construye carreteras estratégicas de desvío que van paralelas al frente y sirven para el desplazamiento de las tropas de reserva de los tramos de defensa pasivos a los más amenazados. Además, dichos caminos no se sitúan cerca de la frontera, sino a bastante distancia, dejando las franjas fronterizas, en la medida de lo posible, sin carreteras ni puentes.

Pero el Ejército Rojo construía ferrocarriles y carreteras de este a oeste, lo que suele ocurrir cuando se prepara para una ofensiva, con el fin de trasladar rápidamente las tropas de reserva desde el interior del país hasta las fronteras y para poder abastecerlas posteriormente, cuando ya crucen las fronteras. Las nuevas carreteras llevaban directamente a las ciudades fronterizas de Peremýshel, Brest y Yárov.

El Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov recuerda: «La red de carreteras en Bielorrusia y Ucrania Occidental estaba en un estado muy malo. Muchos puentes no resistían el peso de los tanques medianos y de la artillería» (Zhúkov, G. K., *Memorias*

y reflexiones, Moscú, APN, 1969[36], pág. 207). ¡Qué alegría tenía que darle eso! ¡Y si se les hubieran serrado los pilotes a esos puentes! ¡Y si se hubieran minado las orillas! ¡Y si encima se hubieran colocado algunos francotiradores en los matojos y unos cuantos cañones anticarro! ¡Pues no! ¡Zhúkov seguía empeñado en construir carreteras nuevas y reparar los puentes para que pudieran pasar tanques y personas!

En aquella ciclópea labor el Ejército Rojo contaba con la inmensa ayuda del NKVD y con el apoyo personal del comisario general de la Seguridad Estatal Lavrenti Pávlovich Beria. En las fuentes soviéticas a menudo encontramos el término «organizaciones constructoras del NKVD» (Nóvikov, A. A., *En el cielo de Leningrado*, Moscú, Naúka, 1970, página 65). Pero nosotros ya sabemos a quién utilizaba el NKVD como mano de obra. ¿Entonces, para qué quería la URSS tener a tantos presidiarios en su zona fronteriza y, además, en vísperas de la guerra?

La guerra estaba a punto de estallar. La historia oficial del Distrito Militar de Kiev dice: «A principios de 1941 los alemanes se pusieron a construir puentes, líneas de ferrocarril y aeródromos de compaña» (*El de Kiev, condecorado con la orden de la Bandera Roja. La historia del Distrito Militar de Kiev. 1919-1972*, Moscú, Ediciones Militares, 1974, pág. 147). Es evidente que aquellos se estaban preparando para atacar.

Ahora vamos a ver qué hacían mientras tanto las tropas ferroviarias soviéticas. Voy a citar el mismo libro (pág. 143): «Las tropas ferroviarias en Ucrania Occidental realizaban trabajos de ampliación y mejora de la red ferroviaria». Las brigadas ferroviarias, formadas por orden de Zhúkov, realizaron un trabajo ingente en el territorio soviético, pero su función principal era seguir a las tropas atacantes y, actuando ya en el territorio del enemigo, atravesar rápidamente la zona de seguridad, reparar las carreteras y los puentes y, en los tramos más importantes, adaptar el ferrocarril de vía estrecha europeo a los estándares soviéticos.

En verano de 1941, después de la invasión alemana, dichas brigadas se utilizaron para levantar obstáculos, pero no se habían creado con ese fin. Construir barreras suponía improvisar, era una labor «desconocida y complicada» para ellos (Kosóvich, S. S. y Filimónov, A. M., *Trabajadores ferroviarios soviéticos*, Moscú, Ediciones Militares, 1984, pág. 98). En aquellas brigadas no había batallones de obstrucción, pero sí había batallones de reconstrucción (*Las Fuerzas Armadas Soviéticas. Historia de la construcción*, Moscú, Ediciones Militares, 1978, pág. 242).

En vísperas de la guerra, las tropas ferroviarias soviéticas no prepararon los rieles para la evacuación y demolición, tampoco retiraron sus reservas de las zonas fronterizas. Más bien al contrario, en la misma frontera almacenaban rieles, puentes desmontables, materiales de construcción y carbón. Allí el ejército alemán se apoderó de esos almacenes. No solo lo confirman los documentos alemanes, sino también las fuentes soviéticas. El jefe del Departamento de Barreras y Minado de la Dirección General de Ingeniería del Ejército Rojo, Stárinov, describe así la estación fronteriza de Brest el 21 de junio de 1941: «El sol iluminaba montañas de carbón y pilas de

rieles nuevecitos a los lados de las vías férreas. Los rieles brillaban. En el aire se respiraba tranquilidad» (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 190). Todos saben que los rieles enseguida se cubren de una capa fina de óxido. Entonces, se trata de unos rieles que acababan de llevar a la frontera. ¿Para qué?

No paran de repetirnos: ¡ay, si Stalin no hubiera liquidado a Tujachevski, todo habría ido mejor! ¡No! ¡No habría ido mejor! Tujachevski mostró una crueldad inaudita al exterminar a campesinos de la provincia de Tambov y a los marineros presos de Kronstadt, pero en una guerra verdadera lo machacó el ejército polaco. En lo demás no se distinguió en nada del resto de los mariscales soviéticos: «Los preparativos de la operación han de incluir la fabricación de puentes de madera y la concentración de unidades de restauración ferroviaria en determinados tramos […] A la hora de remodelar el ferrocarril de vía estrecha […]», bueno, etcétera, etcétera (Tujachevski, M. N., *Obras escogidas*, vol. 1, págs. 62-63).

Montañas de carbón y de rieles nuevecitos apilados allá donde la vía férrea Moscú-Berlín atravesaba la frontera germanosoviética ilustran la preparación de la operación de la que nos habla Tujachevski.

Aparte de las tropas ferroviarias, en las fronteras se habían concentrado casi todas las tropas de ingeniería soviéticas. En la línea fronteriza en vísperas de la guerra actuaron numerosas unidades de zapadores, no solo las que ya formaban parte de las divisiones, cuerpos y ejércitos situados en la frontera alemana, sino también las que pertenecían a las formaciones recién destinadas a aquella zona. Y a esto es a lo que se dedicaban los zapadores soviéticos:

> Preparación de líneas de contacto para el ataque, trazado de caminos improvisados, instalación y desmantelado de obstáculos, camuflaje operativo y táctico, organización de contacto con la infantería y con los carros de combate pertenecientes a los grupos de asalto, acondicionamiento de tramos vadeables en los ríos. (*Las Fuerzas Armadas Soviéticas*, pág. 255).

No ha de extrañar al lector lo de la «instalación de obstáculos». Antes del asalto final de la Línea Mannerheim, en Finlandia, en algunos tramos los zapadores soviéticos también habían levantado obstáculos parecidos a los de los finlandeses. Así, antes de entrar en batalla, las tropas soviéticas franqueaban aquellos obstáculos a modo de entrenamiento y solo después arremetían contra el enemigo.

5

Hay que reconocer que el ejército alemán no estaba nada preparado para una guerra seria. Da la impresión de que el despreocupado Estado Mayor alemán no sabía que en Rusia a veces ocurre eso que se llama «invierno» y que las carreteras se distinguen un poco de las suyas.

El aceite de las armas alemanas se congelaba y no se podían disparar. Dicen que la culpa la tuvo el frío. No. El caso es que el aceite era malo. O, mejor dicho, era

malo el Estado Mayor, que no había encargado aceite adecuado para las condiciones climáticas reales.

Dicen que la Blitzkrieg no resultó porque en Rusia las carreteras eran malas. Es mentira. Si Hitler sabía que iba a actuar en Rusia, ¿por qué no había conseguido armas y maquinaria capaces de funcionar en el clima de ese país? Si la industria alemana producía armas que solo se podían emplear en Europa Occidental y en África, pero no servían en Rusia, ¿acaso se puede afirmar que Alemania estaba preparada para la guerra?

Pero Hitler tuvo suerte. Justo en vísperas de la guerra, en las regiones occidentales de la URSS se llevaron a cabo unas obras titánicas de ampliación y modernización de la red ferroviaria. Está claro que tampoco era suficiente para el ejército alemán. Pero imagínense ustedes lo que habría sufrido este si Zhúkov, Meretskov y Beria no hubieran construido aquellos ferrocarriles cuando estaba a punto de estallar la guerra. ¿Qué habría pasado si no se hubieran almacenado cantidades ingentes de rieles, puentes desmontables y materiales de construcción que al final cayeron en manos del ejército alemán? ¿Cómo habría acabado todo si se hubiera activado un potente sistema de autodefensa: los puentes, derribados; los convoyes y los rieles, evacuados; las reservas, destruidas; las carreteras y los ferrocarriles, demolidos, inundados, empantanados y minados?

La respuesta es sencilla: la guerra relámpago hitleriana no se habría detenido en las afueras de Moscú, sino mucho antes.

Meretskov, Zhúkov y Beria fueron culpables del rápido avance del ejército alemán hacia las regiones centrales de la Unión Soviética. ¿Acaso Stalin los fusiló? No. Los tres no tardaron en ascender a mariscales. ¿Y por qué habría que fusilarlos? Es verdad que Hitler aprovechó sus trabajos, pero si ellos habían construido carreteras y habían almacenado municiones, está claro que no era para Hitler, sino para que el ejército liberador pudiera entrar rápidamente en el territorio de Europa y abastecerse con facilidad durante el inesperado, pérfido y demoledor ataque.

En vísperas de la guerra, nadie en el Ejército Rojo se había preocupado por levantar obstáculos, sino que se pensaba solamente en superarlos en el territorio del enemigo. Es por eso que, tras un comunicado tranquilizador de la TASS, emitido el 13 de junio de 1941, en la frontera occidental aparecieron (de modo confidencial) los mariscales soviéticos y los mejores expertos en eliminación de obstáculos. Aquí tenemos un fragmento de la conversación del Mariscal de la Unión Soviética Kulik (que acababa de llegar en secreto a Bielorrusia) con el coronel Stárinov, que había sido jefe del Departamento de Barreras y Minado de la Dirección General de Ingeniería del Ejército Rojo: «¡Más detectores de minas, zapador, más rastras magnéticas!» (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 179).

El caso es que el mariscal habla del territorio alemán, porque en el territorio soviético todas las minas ya estaban neutralizadas y las barreras, desmontadas. Además, la localización de las minas en el territorio soviético se conocía, por eso el

desminado se podía realizar sin necesidad de detectores de minas. Vamos a ver qué más dice el mariscal:

> Su departamento lo han denominado mal. Teniendo en cuenta nuestro oficio, lo tenían que haber llamado «Departamento de desobstrucción y desminado». Entonces la actitud sería diferente. Siempre lo mismo: defensa, defensa. ¡Basta ya! (*ibidem*, el entrecomillado es de Stárinov).

El mismo problema preocupaba al comandante del Distrito Militar Especial Occidental, el general de ejército Pávlov. (Por cierto, el distrito ya se había transformado confidencialmente en el Frente Occidental). Stárinov cuenta que Pávlov decía con indignación que no se prestaba atención suficiente a la eliminación de obstáculos.

Pero fijémonos en el curioso detalle: en una guerra defensiva no hay que prestar ninguna atención a la eliminación de obstáculos. Lo único que hay que hacer es construirlos y utilizarlos para extenuar al enemigo, y luego retirarse hacia la siguiente línea de seguridad, preparada de antemano.

El Ejército Rojo había vivido la triste experiencia de la superación del cinturón de obstáculos finlandés, por eso, teniendo en cuenta sus viejos errores, se preparó a conciencia para cruzar la zona de seguridad alemana. ¡Ojalá los mariscales soviéticos supieran que, de haber empezado la guerra el 21 de junio —en lugar de julio, como se había planeado—, no habrían necesitado desarmar ni un solo obstáculo, puesto que el ejército alemán, violando todos los reglamentos posibles, estaba haciendo lo mismo: desminando campos, arrasando barreras, concentrando sus tropas en la frontera, y nada de zonas de seguridad!

A principios de 1941 las tropas alemanas empezaron a quitar las alambradas en las fronteras. El Mariscal de la Unión Soviética Moskalenko lo consideraba una prueba irrefutable de que Alemania iba a atacar en breve a la URSS (Moskalenko, K. S., *En dirección Sudoeste*, Moscú, Naúka, 1969, pág. 24).

El Ejército Rojo estaba haciendo lo mismo, pero con un pequeño retraso. Desde Moscú llegó a la frontera occidental la *crème de la crème* de la ingeniería militar, incluido el teniente general de las tropas de ingeniería, profesor D. M. Kárbyshev. Al marchar de Moscú, a principios de junio, les dijo a sus amigos que la guerra ya había empezado y quedaron para verse después de la victoria, pero no en Moscú, sino «en el lugar de la victoria» (Reshin, Y. G., *El general Kárbyshev*, Moscú, Editorial de Sociedad Voluntaria de Ayuda al Ejército, las Fuerzas Aéreas y la Marina [DOSAAF], 1971, pág. 201).

Incluso sospecho que el general Kárbyshev, al partir hacia la frontera, dijo un lugar concreto, donde planeaba celebrar la victoria, pero el autor del libro, por motivos más que evidentes, omitió el nombre de aquel lugar.

En cuanto el teniente general Kárbyshev llegó a la frontera occidental, se puso manos a la obra sin más dilación: presenció los ejercicios tácticos en los que las tropas se preparaban para vadear ríos (algo que la defensa no necesita) y esquivar

obstáculos con los novísimos tanques T-34 (otra cosa innecesaria para una guerra defensiva). El 21 de junio de 1941 se dirigió al 10.º ejército.

> Antes Kárbyshev, junto con el comandante del 3.er ejército V. I. Kuznetsov y el jefe de la región fortificada de Gródnenski, el coronel N. A. Ivanov, visitaron un puesto fronterizo. A lo largo de la frontera, cerca de la carretera Ávgustovo-Seino, por la mañana todavía estaban las alambradas; pero cuando, de regreso, volvieron a pasar por allí, las barreras ya se habían desarmado (*ibidem*, pág. 204).

¡Habrase visto cosa semejante: los chequistas quitando el alambre de espino de las fronteras! Los historiadores oficiales tacharon de necios a todos los mariscales y generales soviéticos y con eso explicaron las causas de la derrota. A algunos incluso los acusaron de confabular contra la URSS.

No vayamos a discutir. Pero los guardafronteras eran el NKVD. Los guardafronteras no obedecen a los generales del Ejército Rojo. Ni siquiera a los mariscales. ¿Entonces, cómo explicamos las actuaciones de los valerosos chequistas? Si eran los mismos que acababan de llevar a cabo la Gran Purga. Eran los mismos que habían envuelto el país entero en alambre de espino. ¿Para qué, pues, quitaron sus propias alambradas en las fronteras? ¿Querrían dejar entrar a los espías alemanes o dejar escapar a los presos políticos fugitivos? ¿O quizá los guardafronteras del NKVD habían tejido una intriga junto con el general de ejército Pávlov?

Es interesante, pero ni siquiera los jefes militares del más alto rango reaccionaban ante las fechorías de los guardias fronterizos. Pero si el comandante del 3.er ejército iba a actuar justo en aquella región, el jefe de la región fortificada, que teóricamente estaba pensado para la defensa (pero, en realidad, servía para atacar), también tendría que librar allí sus batallas. Ante aquellos extraños acontecimientos ni siquiera reaccionaba el recién llegado de la capital teniente general de las tropas de ingeniería, un gran especialista en su campo, que ya sabía que la guerra había empezado y que había concertado una cita con sus amigos en el «lugar de la victoria», cuyo nombre sigue siendo confidencial incluso varias décadas después de la guerra.

El desmantelamiento de obstáculos coincidió en el tiempo con la visita del alto mando moscovita a la franja de control. Y me vuelvo a preguntar: ¿qué era lo que estaba buscando allí? ¿Nos podemos imaginar al jefe de un puesto fronterizo soviético, con el grado de capitán del NKVD, que por su propia voluntad se pusiera a quitar el alambrado? ¿Y si emitiese una orden así, no la calificarían de criminal sus subalternos? Pero el capitán sí dio la orden y los subalternos la cumplieron sin pestañear. Por lo visto, el comandante de las tropas fronterizas del NKVD de Bielorrusia, el teniente general I. A. Bogdánov, tuvo algo que ver con el asunto. ¿Acaso no entendía este que la guerra estaba a punto de estallar? Sí lo entendía: «El 18 de junio de 1941, el comandante de las tropas fronterizas del NKVD de Bielorrusia, el teniente general I. A. Bogdánov, resolvió evacuar a las familias de los militares» (*Los guardias de las fronteras occidentales*, Kiev, Izdátelstvo polítícheskoi literatury Ukrainy [Ediciones de literatura política de Ucrania], 1972, pág. 101).

¿Acaso Bogdánov podía tomar semejantes decisiones por su cuenta? ¿Acaso podía evacuar a los familiares de los guardafronteras y quitar las alambradas sin la aprobación del comisario del pueblo para Asuntos Interiores y comisario general de la Seguridad Estatal Lavrenti Pávlovich Beria? No, no podía. Incluso dudo que Beria se hubiera atrevido a hacer algo así. Actuaba en total coordinación con el mariscal Timoshenko y con los generales Zhúkov, Pávlov, Kuznetsov, Kárbyshev… Todo eso significa que alguien superior controlaba y dirigía con efectividad los pasos del Ejército Rojo y del NKVD.

Tanto los militares como los chequistas se dedicaban a lo mismo, además, todo lo que hacían coincidía tanto en los objetivos como en el lugar y en el tiempo. Y el único que podía dirigirlos era el camarada Stalin.

* * *

Nos intentan convencer de que, tras la invasión alemana de la URSS, el Ejército Rojo sufrió las primeras derrotas porque no estaba preparado para la guerra.

¡Eso son chorradas! Si no se hubiera preparado para la guerra, el alambre de espino en las fronteras se habría quedado intacto y las unidades militares habrían ganado algo de tiempo para preparar sus armas para la defensa. Y los resultados de los primeros meses del conflicto no habrían sido tan terribles.

Es obvio que los chequistas no quitaron las alambradas en las fronteras para que el ejército alemán pudiera entrar. El alambre se quitó con otro objetivo. Imaginémonos qué habría podido suceder si la invasión alemana del 22 de junio de 1941, por lo que fuera, no se hubiese producido. ¿Qué habrían hecho entonces los chequistas en las fronteras soviéticas? ¿Después de haber destruido las barreras fronterizas habrían mantenido un rato la frontera abierta y luego volverían a construirlas?

¡Claro que no!

Solo queda una opción: los chequistas quitaron las alambradas para dejar pasar al ejército liberador al territorio del enemigo. De la misma manera la Checa había eliminado el alambre de espino de las fronteras soviéticas en vísperas de la «liberación» de Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Besarabia y Bucovina del Norte. Acababa de tocarle el turno a Alemania.

Dicen que Stalin quería atacar a Hitler en 1942. Pero si Stalin hubiera planeado la «liberación» para el año 1942, habría que haber desmontado las alambradas en 1942.

En el último momento.

CAPÍTULO 16

¿Por qué destruyó Stalin la Línea Stalin?

> Solo los ingenuos creen que la tarea principal de las regiones fortificadas es la defensa. No, las regiones fortificadas se crean para una preparación más segura de la ofensiva. Su objetivo es proteger las agrupaciones de asalto durante su despliegue, impedir cualquier intento del enemigo de frenar dicho despliegue y apoyar a nuestras tropas con el fuego cuando estas hayan pasado al ataque.
>
> P. G. GRIGORENKO[37]

1

De 1926 a 1937, a lo largo de las fronteras occidentales de la URSS, se erigieron trece distritos fortificados. Aquella cadena de fortificaciones recibió por nombre Línea Stalin.

Una región fortificada (RF) es un territorio preparado de antemano para la defensa; a la vez, es una formación militar equivalente a un regimiento o una brigada por el número de efectivos y a un cuerpo, por su capacidad de fuego.

Cada RF contaba con una jefatura y un cuartel general, de dos a ocho batallones de artillería de ametralladoras, un regimiento de artillería, varias baterías independientes de artillería acasamatada, un batallón de tanques, una compañía o batallón de comunicaciones y un batallón de zapadores, entre otras unidades.

Cada RF ocupaba una superficie de 100 a 180 km a lo largo del frente y de 30 a 50 km de profundidad. La región se dotaba de un complejo conjunto de estructuras de hormigón de carácter defensivo y de servicios. Dentro de la región fortificada se construían recintos subterráneos para almacenes, centrales eléctricas, hospitales, puestos de mando, nudos de telecomunicaciones, etc. Esos recintos subterráneos se comunicaban a través de un extenso sistema de túneles, galerías y pasadizos cubiertos. Se construía una amplia red ferroviaria que permitía mejor aprovisionamiento del frente, maniobrabilidad de los trenes y un rápido traslado de las reservas a los tramos más amenazados. Cada RF podía combatir durante mucho tiempo en condiciones de total aislamiento.

El creador de los proyectos de las RF soviéticas era Dmitri Mijáilovich Kárbyshev, uno de los ingenieros de fortificaciones más destacados del siglo XX. En 1940 fue nombrado teniente general de las Tropas de Ingeniería. Simultáneamente con las obras en las fronteras occidentales, según los proyectos de Kárbyshev, se acondicionaron regiones fortificadas en el Lejano Oriente y en Transbaikalia. En estas zonas sus fortificaciones se siguen utilizando hoy en día. El periódico *Krásnaya zvezdá* (8 de septiembre de 1990) describe así una de esas instalaciones bélicas:

> Estamos ante una semicaponera hecha por Kárbyshev. Claro está que no la levantó Dmitri Mijáilovich en persona, sino que fue construida según sus proyectos […] No busquen aquí juntas de unión. Es un monolito. El hormigonaje es continuo. El grosor de los muros es de un metro y medio. Ya lleva aquí medio siglo, pero no hay proyectil que pueda con ella ni siquiera hoy […] Las bóvedas de la casamata son bajas. Hay un depósito de armas, un puesto de mando, un cuarto de generadores diésel, baterías de luz, filtros de aire y extracción. También posee un sistema de calefacción autónomo […] Dentro de este cascarón equipadísimo te sientes como si estuvieras en un carro de combate gigantesco o un submarino enterrado.

2

Cada RF constaba de varias localidades defendidas, cada una de las cuales, a su vez, contaba con dispositivos de defensa perimétrica y tenía gran capacidad de resistencia a un asedio prolongado que restaba fuerzas al enemigo.

La unidad básica de una región fortificada era un fortín o DOT (acrónimo del ruso *dolgovrémennaya ognevaya tochka*, que significa «puesto de tiro permanente»). *Krásnaya zvezdá* (25 de febrero de 1983) describe uno de los fortines típicos de la Línea Stalin, el DOT n.º 112 de la región fortificada de Moguiliov-Podolsk:

> Era un complicado fuerte subterráneo, compuesto por túneles, caponeras, distintos cubículos y sistemas de filtración de aire. Incluía depósitos de armas y municiones, almacenes de víveres, una enfermería, un comedor, alcantarillado (que, por cierto, sigue funcionando), un «rinconcito rojo»[38], un punto de vigilancia y un puesto de mando. El DOT tenía un nido de ametralladoras con tres aspilleras, donde había tres Maxim en torretas, y dos semicaponeras con un cañón de 76 mm cada una.

Así era un DOT mediano. Aparte de este tipo de instalaciones se habían construido miles de pequeños puestos de tiro blindados para una o dos ametralladoras. Pero al mismo tiempo se erigían unos auténticos complejos fortificados. El participante de la construcción de la Línea Stalin, el mayor general Grigorenko, describe uno de esos complejos situado en la misma RF de Moguiliov-Podolsk:

> Diez puestos de tiro unidos por pasadizos subterráneos, estando en contacto permanente entre sí, coronaban la alta orilla del meandro del Dniéster y barrían con sus espesas ráfagas de metralla tanto la superficie diáfana del río como la orilla opuesta (Grigorenko, P. G., *En el subsuelo no viven más que ratas*, pág. 140).

Otro testigo del nacimiento de la Línea Stalin, el coronel Umanski, habla sobre unas construcciones subterráneas kilométricas en la RF de Kiev (Umanski, R. G., *En la línea de contacto*, Moscú, Ediciones Militares, 1960, pág. 35). El coronel general Shebunin, que también había presenciado aquellas obras, cuenta que muchas de las estructuras defensivas de hormigón situadas en la RF de Proskúrov se protegían con barreras acuáticas artificiales. En aquella región fortificada se desplegó «una potente línea de defensa, que contaba con miles de fortificaciones diferentes. Muchas de ellas estaban tan bien camufladas que ni siquiera de cerca era posible adivinar su verdadera finalidad» (Shebunin, A. I., *Cuánto hemos recorrido*, Moscú, Ediciones Militares,

1971, pág. 58).

3

La construcción de la Línea Stalin, a diferencia de la Línea Maginot, no se había anunciado a bombo y platillo. Se construyó en total clandestinidad. Antes de empezar a edificar una localidad defendida, las unidades del NKVD «cerraban» los tramos colindantes de tal forma que «no pasaban por ahí ni los pájaros indeseables» (Grigorenko, P. G., *En el subsuelo no viven más que ratas*, pág. 189). Las obras se estaban efectuando en todos los tramos de la frontera, pero solo algunas de ellas eran de verdad y las demás eran falsas. No solo los habitantes de poblaciones cercanas, sino también las personas implicadas en el proceso tenían una idea muy poco clara de qué y dónde se estaba construyendo en cada momento.

La Línea Stalin y la Línea Maginot no se parecían en nada. La defensa soviética no se podía rodear, puesto que sus flancos lindaban con los mares Báltico y Negro. Además, se había construido no solo como resguardo contra la infantería, sino también contra los tanques del adversario y proporcionaba una potente cobertura antiaérea. La Línea Stalin tenía una enorme profundidad. Aparte del hormigón, para su construcción se había empleado una gran cantidad de acero de blindaje y bloques de granito. A diferencia de la línea defensiva francesa, la Línea Stalin no estaba situada junto a las fronteras, sino en el interior del territorio soviético; lo cual quería decir que los primeros cañonazos del enemigo no caerían en sus instalaciones, sino en el vacío.

También se supone que, en caso de un ataque sorpresa, las guarniciones tendrían varios días, como mínimo, para guarecerse en sus casamatas, poner a punto las armas y el resto de sus instalaciones defensivas. El agresor, mientras tanto, tendría que atravesar de 20 a 150 kilómetros de territorios sembrados de minas, barrenos y otras sorpresas desagradables. Se vería obligado a vadear numerosos ríos y arroyos, donde todos los puentes habían sido demolidos. Más aún, las tropas del atacante sufrirían incalculables pérdidas en cientos y miles de pequeñas emboscadas en el camino.

El cinturón de obstáculos ante la Línea Stalin no solo ralentizaba el avance del enemigo, dejándolo sin fuerzas, sino que representaba una especie de niebla sobre el mar, tras la cual se ocultaba una cadena de icebergs. Sin saber dónde exactamente empezaba la Línea Stalin, el contrincante corría el riesgo de plantarse justo delante de las instalaciones defensivas soviéticas, al alcance de su mortífero fuego. La ubicación de la Línea Stalin en el interior del territorio soviético, al otro lado de la zona de seguridad, permitió contraponer a la espontaneidad del ataque la espontaneidad de la defensa. Las regiones fortificadas estaban tan bien escondidas y camufladas que el choque de las tropas del agresor con los fuertes de Stalin sería, en la mayoría de los casos, una gran sorpresa para aquel. En ciertas circunstancias ese choque podría parecerse a la colisión del Titanic con el enorme —pero invisible por la niebla—

iceberg.

A diferencia de la Línea Maginot, la Línea Stalin no era continua. Entre las regiones fortificadas quedaban unos amplios tramos abiertos. Pero en caso de necesidad esos pasos podían ser obstaculizados por campos de minas, barreras artificiales de todo tipo o, simplemente, protegidas por las tropas regulares.

Otra opción sería dejar los pasos abiertos como para invitar al agresor a colarse entre las regiones fortificadas en lugar de embestirlas frontalmente. Si el enemigo aprovechase la oportunidad ofrecida, el conjunto de sus tropas se separaría en diferentes grupos aislados. Cada grupo se vería obligado a avanzar por un corredor exponiendo en todo momento sus flancos, su retaguardia y líneas de comunicación al fuego de la defensa. Más adelante veremos que, aparte de las citadas, los pasos entre las RF tenían otras finalidades.

4

Las trece regiones fortificadas de la Línea Stalin tuvieron que suponer un trabajo titánico y unos gastos incalculables. En 1938 se decidió reforzar las trece RF con caponeras aspilleradas y artillería pesada; además, en la Línea Stalin se empezaron a construir otras ocho RF. En un año en las nuevas RF fueron hormigonadas 1028 estructuras defensivas. Y justo entonces se firma el Pacto Ribbentrop-Mólotov.

Su firma marcó el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Por si fuera poco, entre la URSS y Alemania ya no había más barrera que la frontera común. En una situación tan peligrosa Stalin habría podido tomar muchas medidas para aumentar la seguridad de las fronteras occidentales soviéticas y garantizar la neutralidad de la URSS en la guerra. Habría tenido que hacer lo siguiente:

- reforzar las guarniciones de las regiones fortificadas en la Línea Stalin;
- ordenar a las fábricas que producían armas para las RF que aumentaran la producción;
- ordenar lo mismo a las fábricas que producían armamento defensivo: cañones y fusiles anticarro;
- movilizar toda la maquinaria de construcción y demás recursos del estado para agilizar las obras en la Línea Stalin;
- al acabar la construcción de la Línea Stalin y teniéndola lista para la guerra, empezar a hacer otra línea defensiva (o más potente todavía) delante de ella;
- aparte de las dos líneas defensivas, construir un cinturón de obstáculos detrás de la Línea Stalin; por ejemplo, a lo largo de la orilla occidental del Dniéper;
- ordenar a las tropas del Ejército Rojo que excavaran miles de kilómetros

de trincheras, fosos antitanque, terraplenes y túneles de comunicación desde el mar Báltico hasta el mar Negro, enlazando la defensa de campo con las regiones fortificadas y convirtiendo estas en la férrea carcasa de un sistema defensivo inexpugnable.

5

Eso es lo que pudo haber hecho Stalin. Pero actuó de una forma diametralmente diferente.

En otoño de 1939, cuando empezaba la Segunda Guerra Mundial y cuando se estableció la frontera germano-soviética común, se acabó la construcción de las RF (*RHM*, 1987, n.º 12, pág. 48). Primero disminuyó el número de guarniciones en la Línea Stalin y luego fueron desmanteladas por completo. Las fábricas soviéticas dejaron de producir las armas especiales para las estructuras defensivas. Las regiones fortificadas fueron desarmadas; las armas, los instrumentos ópticos de vigilancia, los aparatos de telecomunicaciones y los sistemas de dirección de fuego fueron devueltos a los almacenes (*RHM*, 1961, n.º 9, pág. 120).

Después se decidió destruir por completo la Línea Stalin. Algunas de las instalaciones defensivas se cedieron a las granjas colectivas para almacenaje de hortalizas y las demás fueron desmontadas y enterradas.

La industria militar soviética no solo dejó de producir armamento para las regiones fortificadas, sino también otro tipo de sistemas de defensa. Así, por ejemplo, se dejó de fabricar cañones anticarro y cañones de apoyo divisionario de 76 mm, que también se podían utilizar para abatir tanques (*RHM*, 1961, n.º 7, pág. 101 y 1963, n.º 2, pág. 12).

Los cañones antitanque con los que ya estaban equipadas las tropas empezaron a usarse con fines distintos a los establecidos; por ejemplo, para liquidar los puestos de tiro del enemigo durante los ataques de las tropas soviéticas (Rosli, I. P. *La última parada será en Berlín*, Moscú, Ediciones Militares, 1983, pág. 27).

Los fusiles antitanque no solo se dejaron de fabricar, sino que los que ya estaba usando el Ejército Rojo se retiraron y se almacenaron (*RHM*, 1961, n.º 7, pág. 101).

* * *

Todo lo relacionado con la defensa se destruía sin piedad. Lo más sorprendente es que aquello ocurría mientras el Ejército Rojo luchaba en Finlandia. Fue allí donde Stalin y sus mariscales se dieron cuenta de lo útiles que podían ser las regiones fortificadas y zonas de seguridad para la defensa de un país.

CAPÍTULO 17

¿Para qué quería Stalin la Línea Mólotov?

> Las tropas en un saliente solo sirven para dos cosas: para cercar o ser cercadas.
>
> ALEKSANDR NÍKONOV[39]

1

Para ser justos, hay que señalar que en verano de 1940, justo en la nueva frontera germano-soviética, se empezó a construir una franja de regiones fortificadas, que al final no fue terminada. En el Estado Mayor del Ejército Rojo esas nuevas regiones fortificadas se denominaban, no sin cierta ironía, la Línea Mólotov. La decisión sobre su construcción se tomó el 26 de junio de 1940 (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, Moscú, Naúka, 1971, pág. 162).

Las obras defensivas en la nueva frontera se realizaban muy despacio, mientras la destrucción en la frontera antigua se hacía a velocidad vertiginosa. El Mariscal de la Unión Soviética Konstantín Konstantínovich Rokossovski testifica: «Las RF antiguas están destruidas o abandonadas» (*RHM*, 1989, n.º 4, pág. 55). En primavera de 1941 la Línea Stalin fue arrasada del todo:

> No sé cómo los historiadores del futuro explicarán semejante atropello cometido contra nuestro pueblo. Los de hoy pasan por alto este hecho y yo no sé cómo interpretarlo. Muchos miles de millones de rublos (según mis cálculos, unos 120) birló el Gobierno soviético a la ciudadanía para construir por toda la frontera occidental fortificaciones inexpugnables, de mar a mar, desde el pálido Báltico hasta el Negro añil. Y en vísperas de la guerra —en primavera de 1941— empezaron a sonar explosiones a lo largo de los 1200 kilómetros de la línea defensiva. Las recias caponeras y semicaponeras, puestos de tiro de una, de dos y de tres troneras, puestos de mando y de vigilancia, decenas de miles de fortísimas construcciones defensivas se volaron por los aires de acuerdo con la orden emitida personalmente por Stalin (Grigorenko, P. G. *En el subsuelo no viven más que ratas*, pág. 141).

Entonces, la Línea Stalin en la vieja frontera se destruyó, pero la Línea Mólotov en la nueva frontera todavía no se había construido. Los generales y mariscales soviéticos, tras la muerte de Stalin, a coro expresaron su indignación:

> ¿Cómo pudo nuestro gobierno, sin haber construido líneas defensivas necesarias en la nueva frontera de 1939, tomar la decisión de desarmar y destruir las regiones fortificadas en las fronteras antiguas? (Vóronov, N. N., *En el servicio militar*, pág. 172).

La indignación del mariscal Vóronov es fingida. Está culpando a «nuestro gobierno». ¿Pero acaso no ocupaba uno de los puestos de mando más altos en el Ejército Rojo cuando se destruyó la Línea Stalin? ¿Acaso no ostentaba en aquel entonces el grado de coronel general de artillería? ¿Acaso los cañones de caponera y

anticarro se dejaron de fabricar sin que él diera su visto bueno? ¿Acaso no sabía nada sobre el desarme y destrucción de las caponeras de artillería en la Línea Stalin?

El mismo planteamiento de la cuestión ya era radicalmente incorrecto. El objetivo de Vóronov era desviar la atención de la esencia del asunto. Él se pregunta por qué destruyeron una línea antes de construir la otra. Con esa pregunta Vóronov justifica la actuación de «nuestro gobierno» al no culparlo de la destrucción de la Línea Stalin, sino de que la destrucción fue precipitada. Según el coronel, había que construir primero la Línea Mólotov y solo después destruir la de Stalin.

Pero vamos a ver, ¿y por qué hubo que desmantelar la Línea Stalin? ¿No es mejor tener dos líneas en vez de una? ¿Acaso pueden estar de más unas estructuras defensivas, unas trincheras, unos fuertes, unas casamatas, unos campos de minas o unas concertinas?

En 1940, dos veces se confirmó que tener dos líneas de defensa es mejor que tener solo una. En 1940, el Ejército Rojo, a costa de enormes sacrificios, atravesó la Línea Mannerheim, lo cual obligó a Finlandia a negociar con Stalin y a aceptar sus condiciones. ¡Pero imaginemos qué habría podido pasar si detrás de la Línea Mannerheim, en la profundidad del territorio finlandés, hubiese otra línea de defensa!

En 1940, el ejército alemán rodeó la Línea Maginot e irrumpió en territorio galo, obligando de esta forma a los franceses a rendirse incondicionalmente. Figurémonos, pues, cómo se habrían desarrollado los acontecimientos en Europa si dentro del territorio francés quedase otra línea defensiva imposible de franquear.

Por desgracia, ni Francia ni Finlandia tenían una segunda línea de defensa en el interior del territorio. Pero en la Unión Soviética la Línea Mólotov se estaba edificando justo en la frontera y detrás de ella había otra línea de defensa mucho más fuerte, la Línea Stalin. En caso de que el adversario rompiese la primera, se toparía con la segunda.

Pero la segunda línea fue implacablemente destruida.

Los historiadores serios inventaron muchas explicaciones de lo ocurrido. Una de ellas la propuso el profesor Gabriel Gorodetski, que llegó a Moscú desde Israel para luchar contra el Rompehielos. Según él, en la nueva frontera no había armamento suficiente para las regiones fortificadas, por eso hubo que desarmar la Línea Stalin.

Una explicación semejante solo puede satisfacer a algunos propagandistas desvergonzados. Una persona normal replicaría: ¡si no había bastantes armas para la Línea Mólotov, se debería haber ordenado a las fábricas de artillería que aumentaran la producción! Pero nadie dio semejantes órdenes. Se emitió una orden contraria: disminuir o abortar por completo la producción de armamento para las regiones fortificadas (Zajárov, M. V., *Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 33).

Los agitadores, tanto los nacionales como los invitados, lo ven muy sencillo: no había bastante armamento especial para las RF de la nueva frontera y por eso hubo que quitarlo de la Línea Stalin. O sea, que fue por necesidad. Pero no hubo necesidad alguna; el desarme de la Línea Stalin había empezado en septiembre de 1939,

mientras se resolvió construir la Línea Mólotov en la nueva frontera el 26 de junio de 1940. Es decir, resulta que primero fue desarmada la Línea Stalin y solo después, casi un año más tarde, surgió un motivo ficticio: la necesidad imperiosa de dar un paso así.

Pero si de verdad el gobierno del país hubiera decidido trasladar las armas de las regiones fortificadas antiguas a las fronteras nuevas, debería haberlo hecho. Pero las armas y demás equipamiento de la Línea Stalin, en lugar de ser trasladados a las nuevas fortificaciones, se enviaba a los almacenes (Archivo Estatal Central del Ejército Soviético, fondo 25 871, inventario 2, caso 22, folios 24-26).

2

El argumento sobre la necesidad de traslado de las armas de la Línea Stalin a la Línea Mólotov tampoco es aceptable porque, en comparación con la Línea Stalin, la Línea Mólotov era una endeble hilera de fortificaciones relativamente ligeras, que no necesitaban mucho armamento. Por ejemplo, en el Distrito Militar Especial Occidental, es decir, en Bielorrusia, en la nueva frontera se levantaron 193 nuevas estructuras defensivas, pero antes, en las viejas fronteras, se habían desarmado 876 instalaciones mucho más potentes.

En otros distritos militares la proporción de las estructuras defensivas nuevas y las desarmadas es más impresionante todavía. En el Distrito Militar de Odesa, en otoño de 1939, en la frontera antigua fueron desarmadas tres RF potentísimas y, hasta un año y medio después, hasta la primavera de 1941, no se empezó a construir nada en la frontera nueva: se llevaban a cabo trabajos preparatorios, se escogían lugares adecuados para las obras (Zajárov, M. V., *Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 32).

Para abastecer de armas la Línea Mólotov, habría sido suficiente quitar una pequeña parte del armamento de la Línea Stalin. Además, eso se podría hacer en el último momento, cuando las nuevas fortificaciones estuviesen ya terminadas y listas para el montaje del equipamiento. ¿Entonces por qué de la Línea Stalin se retiró todo el armamento?

Si incluso, en contra de todo el sentido común, hiciésemos caso del frontudo catedrático extranjero, la respuesta que obtendríamos sería insatisfactoria, apta solo para tontos. ¡Pero hoy en día no tenemos ninguna respuesta, ni siquiera la más ilógica, a la pregunta de por qué fue desarmada la Línea Stalin!

El equipamiento de las casamatas, las ametralladoras, las municiones, los periscopios, los sistemas de comunicación, los filtros de gas todavía se podían quitar de la Línea Stalin y ser trasladados a la Línea Mólotov. ¿Pero acaso era posible llevar de un lugar a otro las construcciones de hormigón? Incluso el fortín más pequeño, el de una aspillera, era un monolito de cemento que pesaba 350 toneladas, hundido casi por completo en el suelo, escondido bajo planchas de granito (que provocaban la

explosión anticipada de proyectiles) y cubierto de tierra, donde ya habían crecido árboles y arbustos para completar el camuflaje. Alrededor había fosos y estanques artificiales. ¿Se podía trasladar todo aquello doscientos kilómetros hacia el oeste? No.

Las construcciones grandes eran monolitos de miles de toneladas enterrados a gran profundidad. ¿Se podían arrastrar hasta la Línea Mólotov? Tampoco. Si de una casa fuerte y estupenda hemos trasladado los muebles a otra casa, ¿acaso es motivo suficiente para dinamitar la primera casa?

De acuerdo, admitamos que el desarme se llevó a cabo por necesidad. ¿Pero para qué había que demoler y enterrar las casamatas? Se podían haber quedado enteras; no estorbaban a nadie. Algún día, tal vez, podrían servir de algo. Un fortín sin armas se puede volver a equipar. En el peor de los casos, en los fortines desarmados se podrían atrincherar la infantería con su armamento regular.

En la defensa, un soldado armado de un fusil y una pala es capaz de excavar una trinchera y convertirla en una barrera infranqueable. Pero si al mismo soldado, con el mismo fusil (o una ametralladora ligera), en lugar de una zanja sucia en medio del campo, lo metemos en un fortín, aunque este no estuviera equipado, la capacidad de supervivencia de dicho combatiente se multiplicaría por diez. El soldado tendría un metro y medio de hormigón reforzado por encima de su cabeza, otro tanto en el lado del frente y un metro en cada flanco; todo eso, cubierto de camuflaje e invisible para las curiosas miradas del enemigo. Y si durante los primeros días de la guerra, en cajas de esas —incluso sin equipar— se hubieran metido 170 divisiones soviéticas del primer escalón, no habría sido nada fácil quebrar aquel frente. Durante la defensa, cualquier tropa siempre necesitó «engancharse» a algo: fueran los fuertes desarmados de Verdún, fueran los bastiones de Brest, no aptos para la defensa, fueran los talleres abandonados de Stalingrado… Al engancharse, la infantería se atrincheraría en sus guaridas de tal forma que no habría quien la sacara de allí. La infantería es capaz de convertir en una fortaleza inexpugnable una fábrica en ruinas, un bastión del siglo XIX o una ciudadela del siglo XIII.

La Línea Stalin, incluso completamente desarmada, podía convertirse en aquella base, donde el Ejército Rojo habría creado su línea de defensa para impedir que el enemigo penetrase en el país. Habrían servido los DOT desarmados, los puestos de mando subterráneos, los hospitales, los almacenes hormigonados, habrían sido útiles las galerías y túneles subterráneos, las líneas de comunicación y mando, las centrales eléctricas y el alcantarillado.

3

La defensa se ha de perfeccionar constantemente, así lo exige el reglamento militar. Todos recuerdan esa norma y saben lo que significa: independientemente de lo fuerte que sea la defensa, cada soldado está obligado a cavar la tierra durante diez horas diarias. No importa si le toca estar allí un día o un año, va a seguir cavando,

reforzando y ampliando los fosos anticarro, va a añadir cada vez más trincheras. La normativa sobre el perfeccionamiento permanente de la defensa significa que las medidas que tomen las tropas para mejorar la defensa nunca van a ser suficientes. Si ya se han cavado diez fosos antitanque, qué vamos a hacerle, ¡a cavar el undécimo!

La sencilla idea de que nunca sobran instalaciones defensivas, al igual que no las puede haber anticuadas, se conoce desde hace tres mil años. Por eso, las estructuras de defensa nuevas no se crean para sustituir a las antiguas, sino para completarlas y mejorarlas. Fíjense bien en cualquier castillo: en el centro puede tener un torreón del siglo X, alrededor del cual hay murallas del siglo XIII, envueltas en un anillo de bastiones del siglo XVII, que, a su vez, está rodeado de fuertes del siglo XIX, y estos, reforzados con fortines del siglo XX.

La Línea Mólotov pudo haber servido de complemento para la Línea Stalin, en lugar de sustituirla. La Línea Mólotov se diferenciaba de la de Stalin tanto en su concepción general como en los detalles. Encontramos, como mínimo, cuatro diferencias básicas entre las fortificaciones que se destruían en las antiguas fronteras y las que se levantaban en las nuevas:

1. La Línea Mólotov se construyó de tal forma que el enemigo la viera.
2. Los nudos de defensa de la Línea Mólotov se instalaron en direcciones secundarias.
3. La Línea Mólotov no se cubrió con un cinturón de obstáculos o campos de minas.
4. Los constructores no utilizaron las mejores técnicas para reforzar la Línea Mólotov, ni tuvieron demasiada prisa por terminarla.

La creación de la Línea Mólotov es otro misterio de la historia soviética, igual que la destrucción de la Línea Stalin. Cosas muy extrañas ocurrieron durante la construcción de las regiones fortificadas nuevas.

Durante el llamado «periodo prebélico», es decir, desde septiembre de 1939 hasta el 21 de junio de 1941, en el saliente de Leópolis-Chernivtsi se concentró la agrupación de tropas más potente del mundo. Allí estaban todas las fuerzas principales del Frente del Sudoeste. Ya en tiempos de paz aquellas tropas estaban rodeadas por los tres costados. Algún «estratega genial» se había esforzado en que la agrupación bélica más grande del planeta corriese el riesgo de ser derrotada.

La segunda agrupación más potente de las tropas soviéticas se situaba en el saliente de Białystok, en Bielorrusia. Allí, igualmente metidas en una ratonera potencial y condenadas a la derrota, estaban las fuerzas principales del Frente Occidental.

Los mariscales soviéticos explican esa disposición tan extraña —por no decir criminal— así: el ataque principal lo esperábamos en el Frente Ucraniano y el secundario, en el Bielorruso.

Si fuera verdad, la Línea Mólotov habría tenido que ser reforzada, en primer lugar, en Ucrania y, en segundo lugar, en Bielorrusia. Pero la mitad del presupuesto total asignado a la construcción de la Línea Mólotov se planeaba gastar ¡en el Báltico! (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 164).

¿Qué tenían que ver los países bálticos? ¡Si era un área secundaria!

Una cuarta parte de los gastos se destinó a Bielorrusia y solo un 9 por ciento, a Ucrania, donde, según los mariscales soviéticos, se esperaba el principal ataque.

No solo en el sentido estratégico, sino también en el táctico, las fortificaciones de la Línea Mólotov se construyeron en zonas secundarias. Por ejemplo, en la región de Brest el río fronterizo lo atravesaban seis puentes ferroviarios y de carretera. Moscú-Smolensk-Minsk-Brest-Varsovia era la dirección principal de la guerra. Los puentes de Brest tenían un valor estratégico inestimable. En la región de Brest se construyó una nueva RF, pero no estaba donde los puentes, ¡sino veintisiete kilómetros más al norte de Brest, donde no había ni uno solo!

Las RF de la Línea Mólotov estaban pegadas a la frontera y no se protegían por cinturones de obstáculos y, en caso de un ataque sorpresa, las guarniciones no tendrían tiempo para ocupar sus posiciones de defensa y preparar las armas para el combate.

El exjefe del cuartel general del 4.º ejército, coronel general Sandálov, testifica que en la región fortificada de Brest las estructuras de guerra se erigían directamente en la orilla del río fronterizo, pero «en el interior de la región las obras todavía no habían empezado» (Sandálov, L. M. *Los primeros días de la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1989, pág. 45).

A diferencia de la Línea Stalin, las regiones fortificadas de la Línea Mólotov tenían muy poca profundidad. Las fortificaciones nuevas no se construían en posiciones ventajosas desde el punto de vista táctico, sino a lo largo de la frontera estatal, siguiendo todas sus curvas e inclinaciones. Las líneas defensivas de retaguardia tampoco se crearon, ni siquiera se había planeado hacerlas (Zótov, V. F., *En el Frente del Noroeste. 1941-1943. Antología documental sobre operaciones militares*, ed. de F. Utenkov, Moscú, Naúka, 1969, pág. 175). Las nuevas instalaciones de guerra no se protegían de ninguna forma: no había alambradas, ni minas, ni fosos, ni dientes de dragón, ni erizos checos, ni otras obras de ingeniería defensivas. Las nuevas construcciones ni siquiera tenían camuflaje. Por ejemplo, en la RF de Vladímir-Volynski «de las 97 fortificaciones, 57 estaban cubiertas de tierra, las demás estaban prácticamente al descubierto» (*RHM*, 1976, n.º 5, pág. 91).

Antes, los DOT de la Línea Stalin se construían en secreto, alejados de las fronteras, y el enemigo no podía saber dónde se encontraban, ni si había o no intervalos entre ellos. En cambio, las obras nuevas se avistaban perfectamente desde la orilla opuesta y el adversario no solo podía descubrir la ubicación de las fortificaciones, sino calcular con exactitud la dirección de tiro de cada una de sus troneras. Teniendo esa información, el enemigo podía elegir los tramos seguros, que

no alcanzaría el fuego, llegar hasta los fortines sin camuflaje y obstruir las aspilleras con sacos de arena. Que fue lo que hizo, por cierto, el día 22 de junio de 1941.

El Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov dice:

> Las regiones fortificadas se construyen demasiado cerca de la frontera y tienen una configuración operativa muy desventajosa, sobre todo en la zona del saliente de Białystok. Eso permite al adversario atacar desde la zona de Brest y desde Suvalka a la retaguardia de toda nuestra agrupación de Białystok. Además, por su escasa profundidad las RF no pueden mantenerse largo tiempo, pues están totalmente abiertas al fuego de artillería (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 194).

Si el adversario podía atacar desde Brest y desde Suvalka, ¿por qué no utilizar las viejas fortalezas rusas abandonadas de Brest, Osovets, Grodno, Peremyshl o Kaunas? Ninguna tenía nada que envidiar a Verdún[40]. Cada una de esas fortalezas, si se incluyera en el sistema defensivo del ejército soviético, se podía convertir en un bastión inexpugnable que aumentaría la estabilidad de todo el entramado de defensa. Aparte de las fortalezas, en las mismas zonas se encontraban unas fortificaciones antiguas menos potentes. Eran unas caponeras de principios del siglo XX, capaces de acoger una compañía de fusileros cada una. El grosor de los muros y los techos de hormigón era de tres metros. ¿Les parece poco? Si con los tres metros de grosor no basta, los techos se podrían reforzar. ¿Dónde estaba, pues, la Dirección General de Ingeniería del Ejército Rojo (DGIER)?

> El jefe de la DGIER propuso utilizar las antiguas fortalezas fronterizas y construir cinturones de obstáculos. Su propuesta nunca se aceptó. Decían que por innecesaria (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 177).

4

El 13 de enero de 1941 el cargo del jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo fue asignado al general de ejército Zhúkov. Su tarea primordial en ese puesto era la preparación del Ejército Rojo para la guerra. ¡Él sí que iba a poner orden en la Línea Mólotov!

Pues no. No nos precipitemos. Las obras de la Línea Mólotov no mejoraron nada con la llegada de Zhúkov. Más bien al revés, la construcción de algunas de las regiones fortificadas —por ejemplo, de la de Brest— pasó a considerarse secundaria (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 166).

Un lector que conozca mínimamente la realidad soviética no necesita que le expliquen el significado de la expresión «construcción secundaria». Realmente eso quería decir que las obras quedaban paralizadas casi por completo.

Pero de esta moneda podemos ver también la otra cara. Precisamente de la región fortificada de Brest sabemos más que de las demás, porque disponemos de un valioso trofeo: la documentación del 48.º cuerpo motorizado alemán. Los mandos alemanes, pues, tenían una impresión muy diferente, les parecía observar obras aceleradas que

no paraban ni de día ni de noche.

¿Cómo podía ser? ¡¿Acaso los rusos eran tan estúpidos como para alumbrar por las noches sus obras fronterizas, mostrándolas con todo detalle al enemigo?! ¡¿Cómo unir todo eso: por un lado, la «construcción secundaria», por otro, «obras nocturnas con iluminación»?! ¿Ardid de guerra, quizá?

Exactamente.

El Mariscal de la Unión Soviética Bagramián caracterizó la construcción de la Línea Mólotov como una «clara simulación de obras defensivas» (*RHM*, 1976, n.º 1, pág. 54). El coronel general Sandálov en sus memorias (*Lo vivido*, pág. 64) cita las palabras del comandante de la región fortificada de Brest, mayor general K. Puzyriov:

> La ubicación de la región fortificada justo en la frontera resulta un tanto rara. Antes construíamos los DOT algo alejados de la frontera. Pero qué le vamos a hacer. Nos tenemos que guiar no solo por los intereses militares, sino también por los políticos.

Otro misterio. Se sabe muy bien que las tropas soviéticas se escondían en los bosques. Se les prohibía lucirse «para no provocar hostilidades». Al mismo tiempo, guiados por no sé qué intereses políticos, tratamos de demostrar al enemigo de día y de noche que estamos preparándonos para la defensa, sin preocuparnos demasiado por las tensiones diplomáticas o bélicas.

¿Cómo resolvemos, pues, todos esos enigmas? ¿Cómo unimos hechos tan contradictorios en una sola explicación? Aquí nos están diciendo que todo fue fruto de la estupidez.

Podríamos aceptar esa versión, pero el problema es que tanto la Línea Stalin como la Línea Mólotov eran hijas de un mismo «padre», teniente general de las tropas de ingeniería, el profesor Kárbyshev. En la Línea Stalin lo había hecho todo correctamente, según los estándares mundiales, e incluso, mejor. En la Línea Stalin todo estaba pensado: el camuflaje de cada DOT, la profundidad de las RF, los cinturones de obstáculos y mucho más. Pero en cuanto se firmó el Pacto Ribbentrop-Mólotov, aquel ingeniero militar, uno de los mejores del mundo, de repente «se atontó» y lo hizo todo «mal».

Por encima de Kárbyshev estaba Zhúkov. Resulta que este, en la primera mitad de 1941 se volvió idiota y empezó a dar órdenes idiotas. Es que justo a partir de su llegada al Estado Mayor «las regiones fortificadas en las fronteras antiguas empezaron a desarmarse, mientras la construcción de las nuevas se hacía a paso de tortuga» (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 178).

5

Digamos que la versión sobre la estupidez de los jefes militares soviéticos no tiene un pase. Lo que ocurre es que en los años 1939-1941, mientras la Línea Stalin se estaba

destruyendo y se estaba construyendo «mal» la Línea Mólotov, en el Lejano Oriente, al mismo tiempo, se estaban realizando obras en las regiones fortificadas según los planos del mismo Kárbyshev y todo se estaba haciendo correctamente.

Hay otra razón por la que la hipótesis de la estupidez rusa no cuela: los generales alemanes estaban haciendo lo mismo por entonces. Estaban tomando decisiones igual de «estúpidas» y nadie los juzga por eso.

Entre los años 1932 y 1937, en las orillas del Óder se levantaron unas fortificaciones potentísimas destinadas a proteger a Alemania de los ataques desde el este. Eran unas construcciones defensivas de primera, bien acopladas a la geografía del terreno y espléndidamente camufladas. No voy a describirlas al detalle; que el lector me crea o que se acuerde de lo puntuales, meticulosos y trabajadores que son los alemanes. Las regiones fortificadas entre las cuencas del Óder y del Varta pueden servir como ejemplo de las más logradas obras de ingeniería militar de la primera mitad del siglo XX.

Entonces en Moscú se firma el Pacto Ribbentrop-Mólotov y el ejército alemán se lanza hacia el este, a Polonia. En esto, los generales alemanes empiezan a hacer las mismas «tonterías» que sus colegas soviéticos. Las maravillosas fortificaciones en las antiguas fronteras fueron abandonadas y nunca jamás se volvieron a ocupar por las tropas. Muchas de las instalaciones defensivas se utilizaron para otros fines; por ejemplo, en la región de Hochwald había un formidable conjunto de fortificaciones compuesto por veintidós estructuras defensivas de cuatro plantas cada una y unidas por un túnel subterráneo de treinta kilómetros de largo. Todo aquello fue cedido a la industria de aviación para instalar allí una fábrica de motores.

Tras avanzar y encontrarse con el Ejército Rojo en la mitad de Polonia, las tropas alemanas iniciaron la construcción de una nueva franja de regiones fortificadas. Se construyeron en las direcciones secundarias y estaban aproximadas lo máximo posible a las fronteras soviéticas. Delante de las nuevas regiones fortificadas no se creaban campos de minas ni obstáculos. Los trabajos se llevaban a cabo de día y de noche, y los guardafronteras soviéticos los avistaban e informaban «a quien fuera necesario» (*Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941*, documentos 344 y 287).

Aquellas obras duraron ininterrumpidamente hasta mayo de 1941, después de lo cual, hablando en el lenguaje soviético (según las palabras del mayor general Grigorenko, participante de la construcción de las regiones fortificadas soviéticas de antes de la guerra), «a las obras se les asignó el estatus de no preferentes». De las ochenta estructuras defensivas que se planeaba construir en las orillas del fronterizo río San, solo se acabaron diecisiete. Ninguna de ellas fue suficientemente camuflada. Todas ellas, en comparación con las que había en la antigua frontera alemana, se pueden considerar ligeras. En la antigua frontera marcada por el río Óder se habían levantado fortificaciones mucho más robustas.

Lo propio estaba pasando en el lado soviético. En la Línea Stalin se podían encontrar paneles de blindaje realmente robustos y pesados, pero en la construcción

de la Línea Mólotov, en las orillas del mismo río San, los ingenieros soviéticos utilizaron corazas más o menos ligeras.

Mientras su vecino era Polonia, un país relativamente débil, las tropas alemanas erigían en sus fronteras fortificaciones realmente inexpugnables, pero en cuanto Polonia fue derrotada y apareció una frontera común con la Unión Soviética, los antiguos baluartes se abandonaron y en las nuevas fronteras se empezaron a hacer estructuras defensivas ligeras y, encima, a paso de tortuga. ¡Igual que en el Ejército Rojo! ¿No se habrían vuelto tontos los generales alemanes?

No, de tontos nada. Simplemente, no pensaban permanecer en aquellas fronteras nuevas durante mucho tiempo.

6

La fortificación puede ser defensiva y puede ser ofensiva. Si usted piensa atacar, a la hora de crear regiones fortificadas, ha de tener en cuenta las siguientes reglas:

- En las direcciones principales tiene que agrupar sus tropas de choque y puede retirar a todos sus efectivos de las secundarias, cubriéndolas solo con fuego de las regiones fortificadas.
- No intente enmascarar sus fortificaciones; que piense el enemigo que usted se está preparando para la defensa.
- No levante fortificaciones en el interior de su territorio. Todo lo que se pueda disponer en las orillas de los ríos fronterizos dispóngalo allí; cuando sus tropas pasen al ataque, los DOT instalados en las fronteras apoyarán su operación con fuego, pero todos los DOT en el interior de su territorio estarán condenados a permanecer inactivos.
- No proteja sus DOT con campos de minas ni con alambradas; con eso solo perjudicaría a sus tropas atacantes.
- No gaste demasiado cemento ni acero en sus nuevas fortificaciones, puesto que el objetivo de usted no es permanecer mucho tiempo atrincherado.

Estas precisamente fueron las reglas por las que se guiaron los jefes militares alemanes a partir de 1939. De la misma forma actuaron también los jefes militares soviéticos. Un poco antes, en agosto de 1939, Zhúkov siguió todos aquellos preceptos en el río Jalja:

> Con aquellas medidas tratábamos de dar al adversario la impresión de que no preparábamos ninguna operación ofensiva, que el objetivo de nuestros amplios trabajos era acondicionar la defensa y nada más (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 1961).

Los japoneses se dejaron engañar; creyeron que las obras «defensivas» de Zhúkov

eran verdad y lo pagaron caro al sufrir un ataque inesperado y demoledor. Después de eso, Zhúkov se puso a hacer lo mismo en la frontera alemana, pero a una escala mucho más ambiciosa. Sin embargo, a los generales alemanes no los consiguió engañar, porque ellos tenían su propia experiencia similar.

En el Jalja, Zhúkov perpetró su fulminante ataque el 20 de agosto de 1939. El día 22 de agosto del mismo año, mientras Mólotov estaba negociando con Ribbentrop y en el momento de la intensa preparación de Alemania para la invasión del territorio polaco, el general Heinz Guderian recibió la orden de encabezar «el cuartel general de fortificaciones de Pomerania». El objetivo era tranquilizar a los polacos exhibiendo preparaciones defensivas y, de paso, levantar fortificaciones relativamente ligeras en las direcciones secundarias para dejar libre la infantería de campo necesaria en el ataque principal.

En la primavera y el verano de 1941, Guderian volvió a dedicarse a las obras defensivas, pero esta vez en la frontera soviética. Si Guderian construía cajitas de hormigón en la orilla del fronterizo río Bug occidental, no quería decir que sus intenciones fuesen defensivas. En absoluto. Más bien se trataba de lo contrario.

Si Zhúkov también construía semejantes cajitas en las orillas occidentales de los ríos fronterizos, ¿para qué podría ser?

7

La Línea Stalin era universal: podía ser usada tanto para la defensa del estado como para los ataques. Y los anchos intervalos entre las ZF se dejaron precisamente para permitir pasar hacia el oeste a las tropas atacantes.

Cuando la frontera se desplazó unos doscientos kilómetros hacia el occidente, la Línea Stalin perdió su función de cabeza de puente para el ataque. Y puesto que, tras la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov, Stalin tampoco planeaba defenderse, la Línea Stalin fue desarmada y, más adelante, destruida.

¿Pero por qué las costosas estructuras de defensa en la Línea Stalin no se desarmaban, simplemente, sino que se destruían y se enterraban? Mientras el mantenimiento de las RF sin armas no conllevaba ningún gasto, su demolición sí exigía grandes esfuerzos y tenía un coste elevado. ¿Por qué las instalaciones defensivas no se conservaron?

En todas las ciudades modernas podemos encontrar edificios abandonados. Sus puertas y ventanas están tapiadas con ladrillos. Sin tapiar, los edificios abandonados se convertirían en lugares que el gobierno municipal y la policía no pueden controlar. Sería tierra de nadie. Por eso se suele bloquear el acceso a los edificios que no se usan, y a las cuevas y sitios similares.

La Línea Stalin no solo eran edificios abandonados, sino construcciones especialmente preparadas para largas operaciones defensivas, con recubrimientos resistentes, agua, alcantarillado y galerías subterráneas.

El camarada Stalin sabía lo mucho que «quería» el pueblo soviético a su régimen. El camarada Stalin recordaba cuánto le había costado ahogar la resistencia popular. Si se produjesen nuevos levantamientos contra los comunistas, los fuertes abandonados de la Línea Stalin se podrían transformar en escondites y bastiones inexpugnables para las guerrillas anticomunistas.

En todo caso, fuesen cuales fuesen los motivos de la destrucción de la Línea Stalin, tenemos que recordar lo más importante: Stalin no planeaba defenderse en su territorio. Después de que Alemania se había enfrascado en la guerra contra Gran Bretaña, Stalin dejó de necesitar las regiones fortificadas en el interior del territorio soviético.

* * *

A Hitler le pasaba lo mismo tanto en las fronteras orientales como en las occidentales. En estas, en los años treinta, fue edificada la Línea Sigfrido. Tradicionalmente, desde los tiempos de la guerra franco-prusiana, los ataques a Francia se preparaban en el Norte. La Línea Sigfrido fue construida más al sur de esa dirección, es decir, en una dirección secundaria. Así se mantenía el siguiente esquema: en la dirección principal se atacaba, en la secundaria se cubría.

En 1940, el ejército alemán avanzó mucho en dirección occidental y la Línea Sigfrido dejó de hacer falta. En aquel entonces, Hitler ni siquiera se podía imaginar que cuatro años más tarde iba a tener que defenderse en sus propias fronteras, y la Línea Sigfrido fue abandonada. La utilizaron de una forma bastante original: las instalaciones defensivas se las quedaron los agricultores para almacenaje de patatas. Muchas de aquellas construcciones de sólidas puertas blindadas fueron cerradas con llave, y cuando hicieron falta de nuevo, los campesinos no pudieron encontrar las llaves (Mallory K. y Ottar, A., *Architecture of Aggression*, Architectural Press, 1973, pág. 123).

Siempre podemos decir que los eximios generales soviéticos y alemanes eran unos idiotas. Pero, en realidad, sus actuaciones no eran nada insensatas. Simplemente, tanto unos como otros eran agresores. Tanto unos como otros estaban planeando operaciones ofensivas, y cuando las casamatas ya no se podían utilizar para los ataques, se demolían o, en caso necesario, se cedían a los hortelanos para que almacenaran patatas.

CAPÍTULO 18

Los partisanos y saboteadores soviéticos antes y después del ataque alemán[41]

> El leninismo nos enseña que el país socialista, aprovechando la situación internacional propicia, puede y debe asumir la iniciativa de organizar las operaciones militares contra el entorno capitalista con el fin de ampliar el frente del socialismo […] La propuesta de Lenin de «defender nuestro territorio en el territorio enemigo» se puede llevar a la práctica en cualquier momento.
>
> *Instrucción del Directorio Político General del Ejército Rojo*[42]

1

La lucha contra cualquier enemigo, incluso el más fuerte, puede ser efectiva. Para eso tiene que actuar la guerrilla partisana. Dos mil quinientos años ha, el estratega chino y teórico militar Sun Tzu en su tratado *El arte de la guerra* dijo: «Si el enemigo es fuerte, esquívalo». Un agresor puede conquistar un país en cuestión de días, pero después pasar años en agotadoras luchas contra los partisanos. La historia conoce múltiples ejemplos de cuando unas pequeñas y mal armadas guerrillas combatieron con éxito contra ejércitos poderosos.

El Ejército Rojo tenía mucha experiencia en luchar contra los partisanos. Los jefes del Ejército Rojo sabían lo dura y extenuante que podía ser esa lucha. Durante la Guerra Civil, la población del extinto Imperio Ruso se enfrentó a los comunistas empleando básicamente métodos de guerrilla. En el sur de Ucrania actuó un ejército entero de partisanos dirigido por un gran jefe militar popular, Néstor Ivánovich Majnó. En la Gobernación de Tambov, justo después de la Guerra Civil, estalló una auténtica guerra contra los partisanos del ejército de Aleksandr Antónov. La única forma de combatir a los partisanos era fusilar en masa a los rehenes, exterminar a la población civil, quemar aldeas enteras con sus habitantes y utilizando ampliamente gases tóxicos. En Siberia, en el Cáucaso del Norte y en Transcaucasia, la lucha del Ejército Rojo contra los partisanos duró hasta los años veinte del siglo XX y en Asia Central, hasta principios de los años treinta.

2

Tras la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov, la Unión Soviética empezó a eliminar intencionadamente la barrera de estados neutrales. Su objetivo era, como diría Trotski, «Aproximarse, en toda su dimensión, a las fronteras de Alemania justo cuando el Tercer Reich esté plenamente enfrascado en la lucha por la hegemonía

mundial».

La «campaña libertadora» del Ejército Rojo en Polonia tuvo éxito porque Hitler, como un rompehielos, se abrió paso no solo a sí mismo, sino también a Stalin. Pero en Finlandia hubo menos suerte. Como ya sabemos, el Ejército Rojo se vio atrapado allí en la línea de seguridad finlandesa.

Veamos un ejemplo típico. Una columna de tanques, la infantería motorizada y la artillería avanzan por un camino forestal, del que no se pueden apartar ni un metro porque está rodeado de campos de minas. Delante hay un puente. Los zapadores han comprobado que no está minado. Los primeros tanques suben al puente y, junto con este, saltan por los aires. Resulta que las cargas explosivas se habían introducido en los pilares durante la construcción; no son fáciles de encontrar, pero incluso si se descubren, cualquier intento de extraerlos provocaría una detonación.

La kilométrica columna soviética se detiene en el camino. Ahora llega el turno de los francotiradores finlandeses. Estos no se apresuran. Solo se oyen algunos disparos aislados y el silencio se vuelve a instalar en el bosque. Otra vez: pum, pum. Los francotiradores disparan desde lejos. Apuntan solo a los jefes militares: pum, pum. También a los comisarios: pum, pum. Es imposible peinar la fronda porque, acuérdense, a ambos lados hay minas. Cualquier intento de los zapadores soviéticos de acercarse al puente demolido o de desminar alguna de las cunetas provoca un disparo de un francotirador finlandés: ¡pum!

Hubo casos cuando los regimientos y divisiones soviéticas, al parar durante un día delante de un puente dinamitado, perdían en semejantes «combates» a todo su personal de mando. La columna se queda atascada: ni hacia delante ni hacia atrás. Por la noche, de repente, la indefensa formación soviética recibe unos disparos de lanzagranadas desde la lejana espesura o una ráfaga de metralla desde los matojos; y otra vez, silencio.

Dicen que el Ejército Rojo, en Finlandia, no estaba en su mejor momento. Es cierto. Pero imaginémonos la división de cualquier otro ejército en lugar de una división soviética. ¿Cómo actuaría en semejante situación? ¿Haría retroceder a toda la columna? Los pesados tractores de artillería con los obuses enganchados no pueden empujar hacia atrás sus remolques. En tanto, los francotiradores encañonan a los tractoristas: pum, pum. A duras penas la columna empieza a recular, y detrás salta por los aires otro puente. La columna está atrapada. El segundo puente también tiene todos los accesos minados y los francotiradores, sin prisa pero sin pausa, van pegando tiros a los generales, a los comisarios, a los zapadores, a los conductores: pum, pum.

Muy a lo lejos queda la inexpugnable línea de fortificaciones de hormigón finlandesa: la Línea Mannerheim. Atravesarla sin la artillería y sin miles de toneladas de municiones es imposible. Las tropas soviéticas han topado con las fortificaciones finlandesas, mientras la artillería pesada se ha rezagado y sigue atrapada aquí, entre campos de minas, puentes demolidos y el fuego de francotiradores.

Por supuesto que los generales soviéticos, después de recibir semejante lección en

Finlandia, tenían que haber extraído conclusiones correspondientes. Por supuesto que en las regiones occidentales del país, aún en tiempos de paz, se tenían que haber formado pequeños destacamentos de partisanos con el fin de recibir una posible invasión enemiga.

La misma naturaleza creó las regiones occidentales de la Unión Soviética para llevar allí la lucha partisana en la retaguardia del agresor que se dirigiese al este. ¿Se formaban destacamentos móviles en la URSS? ¿Se instalaban bases para estos destacamentos por si se producían ataques alemanes? Sí, tales destacamentos ya se habían reclutado en los años 1920.

3

Los caciques de la Unión Soviética entendían que el uso de la táctica partisana permitiría ganar la guerra contra cualquier agresor. La URSS era el país más grande del planeta. Solo en Bielorrusia en tiempos de paz había seis destacamentos partisanos de trescientas a quinientas personas cada uno.

Que no nos confunda su reducido número de componentes. Las guerrillas solo se formaban de jefes militares, monitores y especialistas. Cada destacamento en tiempos de paz era un núcleo alrededor del cual, en caso de guerra, se organizaba una potente formación de varios miles de personas.

Para las guerrillas en tiempos de paz, en los bosques impenetrables y en los islotes de las ciénagas, se construían bases secretas, refugios subterráneos, hospitales, almacenes, talleres camuflados de armas y municiones. Solo en Bielorrusia, para el caso de una posible guerra partisana, en unos escondites subterráneos se habían guardado municiones y equipo suficientes para cincuenta mil partisanos.

Para la preparación de líderes partisanos, organizadores e instructores, se habían fundado escuelas secretas. Centros de investigación científica clandestinos desarrollaban medios especiales para la guerra partisana: equipamiento, armamento, sistemas de comunicación, etc. Los partisanos se reunían regularmente para entrenarse; durante los ejercicios, en calidad de adversario solían actuar las divisiones del NKVD.

Aparte de las formaciones de partisanos, se preparaban pequeños grupos clandestinos que, en caso de agresión, no se marchaban al bosque, sino que se quedaban en ciudades y pueblos con el fin de ganarse la confianza del enemigo, colaborar con él, recabar información confidencial y llevar a cabo acciones subversivas.

El mismo trabajo se realizaba no solo en Bielorrusia, sino también en Ucrania, Crimea, en la región de Leningrado y otras zonas de la Unión Soviética.

Aparte del NKVD, en el territorio soviético actuaba el servicio de inteligencia militar. Su labor era parecida a la de la policía secreta: se equipaban bases clandestinas, refugios, pisos franco para reuniones, se instalaban líneas de

comunicación confidencial y mucho más. El servicio de inteligencia militar soviético tenía a sus propios organizadores e instructores y sus centros de formación.

Independientemente de esas dos estructuras, el Partido Comunista preparaba a sus líderes en las regiones occidentales para que pudieran pasar a la clandestinidad en caso de que el territorio fuese ocupado por el enemigo. Los comunistas, ya en los tiempos de preparación de la revolución rusa, adquirieron una amplia experiencia conspirativa y criminal. Sabían guardar secretos muy bien. Se conservaban las tradiciones de la actividad clandestina de la década de 1920 y 1930, y las diferentes organizaciones del partido se podían volver a convertir en centros de lucha encubierta.

No olvidemos que las guerrillas se creaban en la llamada «zona de la muerte», o sea, en la línea de seguridad, donde, al retirarse las tropas soviéticas, todos los puentes tenían que ser demolidos; los túneles, enterrados; los nudos ferroviarios, desmontados; los cambios de agujas, los rieles e incluso los cables telefónicos, arrancados. Lo que quedaba por hacer a los partisanos era no dejar que se reparase nada de lo que se había destruido.

Las guerrillas eran prácticamente indestructibles, porque los líderes partisanos conocían como la palma de la mano los campos de minas gigantescos, donde el adversario se perdía. Cuando era necesario, los partisanos se retiraban sin problemas a los bosques y pantanos sembrados de minas.

4

La guerrilla, preparada para actuar desde el primer momento en la línea de seguridad invadida por el enemigo, era la mejor autodefensa de la Unión Soviética. Pero en 1939, Hitler se vio en una situación estratégica bastante desagradable: tuvo que enfrentarse simultáneamente a Gran Bretaña, Francia y otros países respaldados por Estados Unidos y le era imposible ganar aquella guerra. Desde entonces Stalin dejó de necesitar sistemas defensivos. Junto con el cinturón de obstáculos fue liquidado todo el movimiento partisano soviético: las guerrillas fueron disueltas; las armas, las municiones y los explosivos se requisaron; los almacenes y los refugios secretos fueron enterrados; las bases partisanas, devastadas.

Todo aquello ocurrió en otoño de 1939. Y justo a finales del mismo otoño el Ejército Rojo empezó la «liberación» de Finlandia, donde encontró todos esos elementos de autodefensa que hasta hacía poco habían existido en la Unión Soviética: una franja de fortificaciones de hormigón con una zona de seguridad delante y una dinámica actuación de pequeñas tropas móviles en el interior de esta. Aquellos destacamentos ligeros de esquiadores finlandeses consumaban asaltos relámpago y enseguida desaparecían en los bosques. Aquellas embestidas causaban grandes pérdidas en el Ejército Rojo, mientras las más modernas máquinas de guerra resultaban inútiles en la lucha contra un enemigo que trata de esquivar combates.

¿Acaso Stalin, después de recibir la amarga lección, cambió de opinión y volvió a formar tropas partisanas en las regiones occidentales de la Unión Soviética?

No, no la cambió. No, no las formó.

El 22 de junio de 1941 empezaron las numerosas improvisaciones, incluida la creación del movimiento partisano. Sí, lo crearon. Sí, lo desplegaron. Pero se terminó de recuperar solo en los años 1943-1944. Si no lo hubieran destruido en 1939, se habría podido desplegar en el transcurso de los primeros días de la guerra y habría sido muchísimo más eficiente.

Durante la guerra los partisanos tuvieron que pagar un precio muy caro por cada puente demolido. Para poder volar un puente, primero tenían que tomarlo bajo su control; pero los puentes estaban vigilados, sus alrededores desbrozados y minados. ¿Y de dónde iban a sacar los partisanos los explosivos? Y si los podían conseguir, ¿cuánto podían llevar encima? Para preparar una demolición había que colocar las cargas explosivas no en los pilares, sino sobre los arcos del puente.

Si la carga se sitúa dentro de los pilares del puente, el efecto de la detonación aumenta considerablemente. Pero si la misma carga se pone por fuera, la mayor parte de la energía explosiva se pierde. Después de una detonación así, el enemigo podía reparar el puente muy rápido y los partisanos tenían que volver a hacer el mismo trabajo. Mientras se estaba reparando un puente, los demás puentes de la misma zona estaban abiertos y el enemigo podía redistribuir sus corrientes de transporte.

Y es que antes del otoño de 1939, en la antigua frontera todo estaba preparado para volar por los aires TODOS los puentes. Además, se podía hacer de tal forma que luego no hubiese manera de restaurarlos, sin tener que derramar sangre partisana. Se podían volar solo dándole al botón en un búnker de la guerrilla; y luego quedaría que los francotiradores, desde el otro lado de los campos de minas, mataran a tiros a los oficiales, a los zapadores y a los conductores.

El ejército alemán dependía mucho de las carreteras. La ausencia total de puentes, millones de minas de la guerrilla sobre la calzada, emboscadas y el terror que sembraban los francotiradores ralentizarían notablemente el avance de la Blitzkrieg desde los primeros días de la guerra.

¿A quién se le ocurrió, pues, destruir el movimiento partisano justo cuando estaba a punto de empezar la Segunda Guerra Mundial y por qué?

5

Uno de los progenitores de la ciencia de la subversión, el coronel del GRU y profesor Stárinov, que en aquellos años estaba al mando de una escuela secreta dedicada a la preparación de grupos partisanos que dependían de los servicios de inteligencia soviéticos, en sus memorias nos indica al culpable:

> Las armas y los explosivos, cuidadosamente escondidos debajo de la tierra, estaban esperando su hora. Pero antes de que llegase, las bases secretas de la guerrilla fueron asoladas, sin duda, con el

visto bueno o, incluso, como consecuencia de la orden directa de Stalin (Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 40).

Uno de los veteranos del terrorismo político soviético, el coronel del KGB Stanislav Alekséyevich Vaupshasov[43], antes de la Segunda Guerra Mundial estuvo dirigiendo un destacamento partisano del NKVD en Bielorrusia. Él explica así la supresión de las formaciones partisanas:

> En aquellos terribles años prebélicos, estaba en auge la doctrina sobre la guerra en el territorio enemigo […] esta tenía un carácter claramente ofensivo (Vauphshásov, S. A., *En las encrucijadas inquietantes*, Moscú, Ediciones Políticas, 1971, pág. 203).

Podemos dar o no la razón al coronel del KGB, pero nadie ha descubierto hasta ahora otra causa de la destrucción de las formaciones y bases partisanas.

6

Hemos oído con atención las opiniones de los dos coroneles y ahora vamos a ver a qué se dedicaron a principios de 1941. Pues se dedicaron a lo mismo que los demás líderes y combatiente partisanos.

Tras la disolución de las guerrillas, cuya función había sido luchar en el territorio soviético, a los partisanos les quedaron tres opciones:

1. incorporarse a las unidades de las fuerzas aerotransportadas (fue justo entonces cuando empezó su auge);
2. incorporarse a las tropas de castigo Osnaz del NKVD;
3. incorporarse a los pequeños grupos clandestinos que se formaban en las fronteras con Alemania y sus aliados, o que se trasladaban al otro lado de la frontera antes de empezar las hostilidades.

Al agente de los servicios de inteligencia militar Iliá Stárinov le tocó la tercera opción. Que el modesto rango de coronel no confunda al lector; no era un coronel cualquiera y era un profesor de ciencias muy especiales. Ya había pasado por España, donde se había dedicado a lo que más le gustaba: demoler puentes, casas, túneles, hacer descarrilar convoyes y despeñar vehículos.

Desde los primeros días el coronel Stárinov actuaría teniendo en el bolsillo la orden escrita del comisario del pueblo para la Defensa y Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko y estaría directamente subordinado a este. En 1942 ocupó el puesto del subjefe del Movimiento Partisano y de Sabotaje y así se convertiría en el mayor especialista en tácticas de sabotaje del Ejército Rojo. En 1943, de acuerdo con los planes de Stárinov y bajo su supervisión, se llevaron a cabo grandiosas operaciones de diversión, llamadas «El concierto» y «La guerra de los rieles», en cada una de las cuales participaron simultáneamente más de cien mil partisanos y

saboteadores. Si Stárinov pasó a dirigir un gigantesco ejército de saboteadores soviéticos fue por algo: ya tenía experiencia más que suficiente para ello.

Veamos. El 21 de junio de 1941, aquel pedazo de saboteador aparece junto a los puentes fronterizos de la región de Brest, que tienen un gran significado estratégico para la defensa del territorio soviético. ¡Qué suerte! Bastaría con que ese individuo trabajase un par de horas en cada uno de los puentes para que, en caso de agresión alemana, al apretar un botón, se cortasen todas las vías de acceso. Pero las preparaciones defensivas no importaban a Stárinov, al igual que no importaban a ninguno de sus superiores. Al día siguiente, en la madrugada del 22 de junio de 1941, el ejército alemán conquistaría en la región de Brest ¡seis puentes a la vez!

¿Qué hacía, entonces, el coronel en Brest? ¿Para qué lo habían mandado a la frontera? El objetivo oficial eran los entrenamientos. Pero, tras llegar a Brest, Stárinov se entera de que no era más que una excusa. Los entrenamientos se acababan de cancelar (o ni siquiera se habían organizado).

Si a un saboteador de semejante categoría no lo envían a la frontera para participar en ejercicios militares, ¿para qué lo hacen? Al final, nunca llegó a saber la causa de su propia visita a Brest. Empezó la invasión alemana y el coronel Stárinov se vio obligado a dedicarse a asuntos puramente defensivos.

Un trazo más en el retrato de nuestro personaje. A lo largo de toda la guerra a Stárinov lo acompañó su fiel, honrado y espabilado chófer, apellidado Schleger. Era alemán. En aquel entonces, entre los jefes militares soviéticos, sobre todo entre los paracaidistas, espías y saboteadores, se puso de moda tener a mano un verdadero alemán en calidad de ordenanza, batidor, conductor o traductor.

Esa moda surgió en febrero de 1941.

7

El chequista Vaupshasov fue un sujeto no menos ilustre. Tuvo una vida agitada y llena de aventuras. Hasta 1926 estuvo combatiendo en los bosques polacos. Oficialmente, la guerra contra Polonia había terminado en 1920, pero los «destacamentos partisanos» soviéticos, compuestos por sicarios de la Checa y del GPU, siguieron asesinando gente en aquel país durante muchos años en nombre de la revolución mundial. Al volver a la URSS, Vaupshasov ejerció de alto jefe en las grandes obras del Gulag. Entre 1937 y 1939 participó en la Guerra Civil Española, donde dirigió el servicio de contraespionaje y grupos de sabotaje del ejército republicano. Después, en Bielorrusia, Vaupshasov estuvo preparando a partisanos soviéticos para un posible ataque enemigo.

Pero cuando se firmó el Pacto Ribbentrop-Mólotov y Alemania se involucró en la guerra contra Francia y Gran Bretaña, Stalin dejó de necesitar aquellas guerrillas. Vaupshasov se traslada al Osnaz del NKVD y se dedica a la noble labor de «purgar los territorios de elementos enemigos» durante las «marchas libertadoras» del

Ejército Rojo a Polonia y Finlandia.

Pero el 22 de junio de 1941 Vaupshasov no se encontraba en la frontera, sino al otro lado, en territorio del «posible enemigo», y con un pasaporte diplomático en el bolsillo. De pronto se transformó en el cónsul soviético en Finlandia (Vaupshasov, S. A., *Crónicas partisanas*, Moscú, Ediciones Militares, 1961, pág. 5).

¿Para qué hacía falta mandar al extranjero a ese verdugo, calabocero y «diplomático» *gulaguero*? ¿Tal vez para aumentar la seguridad del país en caso de un posible ataque enemigo? No, para una guerra defensiva no valía. En cuanto empezó precisamente una guerra así, lo mandaron de vuelta a la Unión Soviética a *partisanear* en Bielorrusia y a crear de nuevo el recién destruido movimiento partisano.

Si se estaba preparando una guerra defensiva, ¿para qué se montó aquel baile de disfraces de diplomáticos? ¿No habría sido más fácil tener a ese hombre y a miles como él en las zonas de la posible ocupación, listos para repeler al agresor durante las primeras horas de la guerra? No, porque se «antepuso la doctrina sobre la guerra en el territorio enemigo».

No son solo palabras de Vaupshasov, un coronel del KGB, sino también un hecho histórico confirmado por el destino del que dijo esas palabras y de miles de personas como él.

CAPÍTULO 19

¿Para qué quería Stalin diez cuerpos de infantería aerotransportada?

> En las próximas batallas actuaremos en el territorio del enemigo. Así lo dicta nuestro reglamento.
>
> ALEKSANDR ILICH RODÍMTSEV[44]

1

Las fuerzas aerotransportadas sirven para realizar ataques dinámicos, inesperados y fulminantes. En el *Reglamento Castrense del Ejército Rojo de 1936* (Moscú, Ediciones Militares, 1939, artículo 7) leemos: «la actuación de la infantería aerotransportada solo es posible durante el ataque y solo en colaboración con otras tropas regulares empleadas en la ofensiva».

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial pocos países planeaban grandes operaciones ofensivas y por eso las fuerzas aerotransportadas no estaban desarrolladas en la mayoría de los países.

Había tres excepciones. Hitler estaba preparando su ejército para una guerra ofensiva y, en 1936, en Alemania se crearon las tropas aerotransportadas. El número de paracaidistas alemanes al inicio de la Segunda Guerra Mundial ascendía a 4000.

La segunda excepción era Italia. Mussolini había preparado a setecientos paracaidistas.

La tercera excepción era la Unión Soviética. Fue en nuestro país donde, en 1930, o sea, antes de la subida de Hitler al poder, se formaron las primeras tropas aerotransportadas del mundo.

Para el inicio de la Segunda Guerra Mundial la Unión Soviética tenía más de un millón de paracaidistas preparados. El 18 de agosto de 1940 el periódico *Pravda* informaba de que la Unión Soviética contaba con un millón de paracaidistas.

¿O era mentira? Porque el *Pravda* tampoco destacaba por su veracidad[45].

A la luz de la documentación recién puesta a la disposición del público, podemos decir con seguridad que ¡era mentira!

En los años treinta en la Unión Soviética estalló una verdadera psicosis paracaidística. En todos los parques municipales había una torre de salto; para los jóvenes una insignia de paracaidista en el pecho se convirtió en atributo imprescindible de la masculinidad. Pero conseguir uno de esos distintivos no era tan fácil. Los daban solo a los que ya habían saltado al vacío; pero el permiso de saltar con paracaídas lo obtenían solo los que ya habían aprobado atletismo, natación, tiro al

blanco, lanzamiento de granada, paso de barreras, técnica de uso de máscaras antigás y otras disciplinas necesarias en la guerra. De hecho, el salto con paracaídas desde un avión era la última etapa en la preparación de un combatiente de infantería alada.

Todo el mundo podía ver el inusitado despliegue con el que la URSS se estaba preparando para sus guerras liberadoras. Para tranquilizar a los países vecinos, el diario *Pravda* difundió una cifra rebajada: solo teníamos un millón de paracaidistas.

Sin embargo, los archivos que se han hecho públicos nos ofrecen otro panorama. Aquí hay algunos datos sueltos: «Desde abril de 1934 hasta febrero de 1936, en Ucrania se adiestraron 427 000 paracaidistas» (Archivo del Instituto de Historia del Partido del Comité Central del PC de Ucrania. Fondo 7, inventario 1, caso 1330, folio 32).

Y eso es solo en Ucrania y solo durante el periodo bienal arriba indicado. ¡Pero no los preparaban solo en Ucrania! Ni siquiera era el lugar más importante de adiestramiento de paracaidistas. Los entrenamientos de las tropas aerotransportadas se realizaban generalmente en Moscú y alrededores, en Leningrado, Ivánovo, Vorónezh, Kúibyshev, en los Urales, en Siberia, en Bielorrusia, en el Cáucaso del Norte, en Crimea (que en aquel entonces todavía no formaba parte de Ucrania).

En menos de dos años se preparó a 427 000 paracaidistas en Ucrania, ¡pero los entrenamientos no acabaron en febrero de 1936! El año 1936 fue solo el principio. Entonces, ¿a cuántos más preparó Ucrania en 1937-1938? ¿Y en 1939, 1940 y 1941?

Los datos sobre la preparación de paracaidistas en el territorio de Rusia y Bielorrusia todavía constituyen secreto de estado, pero la magnitud de la preparación de paracaidistas en Rusia superaba con creces el mismo proceso en Ucrania. Por eso cualquier investigador que haya estudiado ese tema llega a la conclusión de que en la Unión Soviética se preparó mucho más de un millón de paracaidistas.

Probablemente jamás sabremos el número exacto. Por eso quedémonos con la cifra que se anunció oficialmente: un millón.

2

En una guerra defensiva los paracaidistas no son necesarios. Emplear a paracaidistas para la defensa en lugar de la infantería regular es lo mismo que utilizar en la construcción armadura de oro en vez de acero. El oro es más blando que acero.

A diferencia de la infantería regular[46], las unidades aerotransportadas no tienen armamento pesado, por eso su resistencia en la defensa es mucho más baja. Además, usar oro en lugar de acero cuesta un ojo de la cara. Pero la preparación de un millón de paracaidistas soviéticos había costado más que el oro. Stalin pagó la formación de paracaidistas y la fabricación de paracaídas con un incalculable número de vidas humanas. La psicosis paracaidística se expandía por la Unión Soviética al mismo tiempo que el hambre. En las regiones hambrientas del país se practicaba el canibalismo, mientras nuestra querida patria exportaba pan con el fin de comprar

tecnología para la fabricación de paracaídas, para levantar gigantescas factorías de seda y talleres de paracaídas, para cubrir el país con una red de aeropuertos y aeroclubes, para poner en cada parque municipal una torre de salto, para preparar a miles de monitores de paracaidismo, para construir secadoras y almacenes de paracaídas, para formar y cebar a más de un millón de paracaidistas, para armar y equiparlos con todo lo necesario.

En 1937, en la Unión Soviética se llevó a cabo el censo de población.

> Los resultados del censo produjeron el efecto de una explosión. Iósif Stalin tuvo que calificarla de «sabotaje» y convertir sus datos en confidenciales […] Tras aquel recuento detallado se perfilaron las horrorosas consecuencias de la hambruna de 1932-1934 […] Los organizadores y muchos de los simples realizadores del desgraciado censo acabaron en campos de concentración, algunos fueron fusilados (*Krásnaya zvezdá*, 27 de abril de 2002).

Según los resultados del censo de 1937, como consecuencia de la hambruna habían fallecido entre 3,5 y 5 millones de personas. Si entre 1926 y 1937 el país se hubiera desarrollado con un reemplazamiento de población normal, para enero de 1937 la población de la URSS debería ser de 170 millones de personas. Pero el recuento dio otra cifra: 162 millones. Aquellos 8 millones que faltaban eran las secuelas de una altísima mortandad a causa del hambre y el resultado del descenso de la natalidad en aquellos años.

¿Para qué se preparaba a los paracaidistas? Es imposible que fuera para proteger a sus propios conciudadanos, cuyas vidas se sacrificaban para adquirir paracaídas.

Algunos expertos occidentales han intentado desvelar las verdaderas intenciones de Stalin.

> En Rusia, en los años treinta, el paracaidismo era deporte nacional. ¡Más de un millón de hombres y mujeres saltaban en paracaídas solo para divertirse! (Gregory B. y Batchelor J., *Airborne Warfare 1918-1941*, Phoebus, Leeds, 1978, pág. 22).

¿Solo para divertirse? Pero en la Unión Soviética no había propiedad privada. No había aeródromos privados, ni aviones privados, ni aeroclubes privados, ni entrenadores privados, ni siquiera había paracaídas privados. Todo pertenecía al estado. El estado mató, según los cálculos más modestos, a varios millones de personas. El estado quitaba pan a los hambrientos y lo vendía al extranjero para comprar todo lo necesario para la preparación de paracaidistas.

Matar a millones de personas solo para que otros millones pudieran saltar con paracaídas es un lujo puramente comunista.

3

Si calculamos cuántos paracaidistas militares había en el mundo cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, nos sale que la Unión Soviética tenía aproximadamente doscientas veces más que todos los países del mundo juntos, incluida Alemania.

Para minimizar los gastos, a la mayoría de los paracaidistas soviéticos se les preparaba como aficionados: los jóvenes entusiastas trabajaban en las fábricas o en la construcción, mientras su tiempo libre lo dedicaban al paracaidismo. Pero también se formaban pequeñas, medianas y grandes unidades de fuerzas aerotransportadas:

> Para finales de 1933, el Ejército Rojo disponía de una brigada aerotransportada, cuatro destacamentos móviles, veintinueve batallones independientes, varias compañías y algunos pelotones de fuerzas aerotransportadas, con un total de diez mil efectivos (*RHM*, 1982, n.º 10, pág. 75).

En los años treinta, en las regiones occidentales del país, se realizaron múltiples maniobras de entrenamiento de gran envergadura. En todas ellas se practicaba solo un tipo de tarea: la «operación profunda», incursión de un inmenso número de tanques a gran profundidad. El guion siempre era sencillo. A la repentina embestida de las tropas de tierra la precedía el no menos imprevisto y destructor ataque de la aviación soviética a los aeródromos del supuesto enemigo, después se lanzaban desde el aire las tropas aerotransportadas y tomaban aquellos puntos estratégicos. Después del descenso de los paracaidistas, aterrizaba una segunda ola de infantería aérea con armamento pesado.

En 1935, en Kiev, durante las famosas y colosales maniobras de entrenamiento, fue lanzado un grupo de 1200 paracaidistas e inmediatamente después aterrizó una unidad de infantería de 2500 efectivos con armamento pesado, incluida la artillería, automóviles blindados y tanques.

En 1936, en Bielorrusia, durante unos ejercicios organizados según el mismo esquema ofensivo fueron lanzados 1800 paracaidistas, tras los cuales aterrizaron 5700 efectivos de infantería con armamento pesado.

El mismo año, durante las maniobras de ensayo del Distrito Militar de Moscú, la 84.ª división de fusileros aterrizó con todo su equipo y armamento.

«En 1938, tomando como base las unidades aerotransportadas ya existentes, se formaron seis brigadas de las fuerzas aerotransportadas: la 201.ª, la 202.ª, la 204.ª, la 211.ª, la 212.ª y la 214.ª» (Kúrochkin, K., subjefe de las Fuerzas Aerotransportadas, *RHM*, 1980, n.º 8, pág. 94). El número total de efectivos de las seis brigadas ascendía a dieciocho mil personas (*RHM*, 1975, n.º 9, pág. 81). Mantener más formaciones activas suponía demasiado esfuerzo. El cálculo era sencillo: por esas seis brigadas tenían que pasar solo unos cuantos. Pero si surgiera tal necesidad, siempre se podría reclutar en sus filas al resto, puesto que ya existían muchos paracaidistas formados.

En 1939, Stalin ordenó destruir las bases y desmantelar las formaciones partisanas, cuyo objetivo era actuar en el territorio nacional en caso de agresión extranjera. En su lugar ordenó formar nuevas unidades de tropas aerotransportadas: regimientos y batallones independientes. En el Distrito Militar de Moscú, por ejemplo, se crearon tres regimientos de tres batallones cada uno y algunos batallones independientes de 500-700 paracaidistas cada uno (*El Distrito Militar de Moscú*,

condecorado con la Orden de Lenin, Moscú, Ediciones Militares, 1977, pág. 177).

En 1940, Stalin arrasó todos los estados neutrales que componían la barrera separadora y, donde pudo, estableció una frontera común con Alemania. Lo lógico sería pensar que, después de eso, se debería disminuir el número de unidades de las fuerzas aerotransportadas, debido a que al otro lado solo quedaba Alemania (más algunos aliados suyos) y con esta se acababa de firmar el Tratado de Amistad y Fronteras.

Pero Stalin no redujo sus formaciones aerotransportadas, sino al revés. En abril de 1941 en la Unión Soviética, de forma clandestina, fueron desplegados *cinco cuerpos aerotransportados* (resolución del Comité Central del PC(b) y del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre las Formaciones del Ejército Rojo n.º 1112-459 a. c.,[47] 23 de abril de 1941, libro segundo, págs. 104-106).

Todos esos cuerpos fueron desplegados en las regiones occidentales de la Unión Soviética. Cada uno tenía su propia jefatura, cuartel general, secciones de mantenimiento, tres brigadas aerotransportadas, un grupo de artillería, un batallón independiente de tanques (54 máquinas), entre otras unidades. Cada cuerpo contaba con 10 419 efectivos.

Abajo sigue la configuración de los cuerpos aerotransportados para finales de mayo de 1941:

- 1.er cuerpo aerotransportado (Distrito Militar Especial de Kiev). Jefe: mayor general M. A. Usenko; 1.ª, 204.ª, 211.ª brigadas aerotransportadas;
- 2.º cuerpo aerotransportado (Distrito Militar de Járkov). Jefe: mayor general F. M. Jaritónov; 2.ª, 3.ª, 4.ª brigadas aerotransportadas;
- 3.er cuerpo aerotransportado (Distrito Militar de Odesa). Jefe: mayor general V. A. Glazunov; 5.ª, 6.ª, 212.ª brigadas aerotransportadas;
- 4.º cuerpo aerotransportado (Distrito Militar Especial Occidental, Pujóvichi, Bielorrusia). Jefe: mayor general A. S. Zhádov; 7.ª, 8.ª, 214.ª brigadas aerotransportadas;
- 5.º cuerpo aerotransportado (Distrito Militar Especial del Báltico, Daugavpils, Letonia). Jefe: mayor general I. S. Bezugli; 9.ª, 10.ª, 201.ª brigadas aerotransportadas;
- La 202.ª brigada aerotransportada era independiente.

Algunos desconfiados pensarán que se trata de números vanos y que los cuerpos no estaban completos. Disipemos las dudas. La historia oficial de las Fuerzas Aerotransportadas dice: «El día 1 de junio de 1941 el reclutamiento de efectivos para los cuerpos aerotransportados fue concluido» (*Las Fuerzas Aerotransportadas soviéticas*, Moscú, Ediciones Militares, 1986, pág. 51).

4

Al poco tiempo, los cuerpos aerotransportados pasaron de ejercicios regulares a entrenamientos específicos. Después del 13 de junio de 1941 se emitieron las ordenanzas correspondientes y se llevaron a cabo los últimos preparativos bélicos: por ejemplo, decenas de miles de paracaídas estaban apilados en zonas de carga de los aeródromos.

Los cuerpos aerotransportados, aparte de la infantería, incluían una potente artillería e incluso batallones de tanques anfibios. Todos los cuerpos aerotransportados se instalaban en la cercanía inmediata de las fronteras con el objetivo de poder ser lanzados al territorio enemigo sin tener que realizar desplazamientos innecesarios. Así, los cuerpos 4.º y 5.º podían actuar contra Alemania sin necesidad de traslado previo; el 3.º contra Rumanía; el 1.º y el 2.º tanto contra Alemania como contra Rumanía, o incluso contra Checoslovaquia o Austria, con el fin de cortar los oleoductos que iban de Rumanía a Alemania a través de la montaña.

Todos los cuerpos se estaban preparando activamente para el desembarque. Todos los cuerpos se concentraban en los bosques, lejos de las miradas curiosas.

5

Al recopilar material sobre las fuerzas aerotransportadas que se desplegaron en la Unión Soviética en la primera mitad de 1941 o se iban a desplegar en la segunda mitad del mismo año me fijé en un curioso detalle. Muchos de los jefes de unidades aerotransportadas, sobre todo los que ostentaban el rango de coronel o general, tenían en su entorno inmediato a algún soldado o sargento de origen alemán.

La misma situación la podemos observar en la caballería soviética. De hecho (y lo comprobaremos más adelante), entre las tropas aerotransportadas y la caballería existe una conexión directa. La finalidad de ambas es realizar operaciones ofensivas fulminantes: ataques relámpago e incursiones en la retaguardia enemiga. Las dos armas necesitan jefes con iniciativa, capaces de actuar independientemente de sus vecinos, de la retaguardia y de cuarteles generales. Además, la caballería estaba extinguiéndose y su personal se empezaba a incorporar a las tropas de tanques y paracaidistas.

A lo que íbamos. Los generales de las tropas aerotransportadas, o los que se iban a trasladar a las tropas aerotransportadas de la caballería, de pronto se rodearon de asistentes alemanes. A unos les hacían de conductores, a otros de ordenanzas, a otros de mensajeros. Los exjefes militares de unidades aerotransportadas (y de caballería) lo cuentan como una anécdota: empezó la guerra contra Alemania, dicen, pero yo tenía un radiotelegrafista personal ¡alemán! Y qué quieres que te diga, era un buen chaval, disciplinado y de fiar.

Por ejemplo, el coronel K. Stein, que dirigía la 2.ª brigada del 2.º cuerpo aerotransportado, tenía un ordenanza alemán. El jefe de la 5.ª brigada del 3.er cuerpo aerotransportado, coronel Rodímtsev, tenía a su servicio un chófer alemán. (Por cierto, fue ese mismo Rodímtsev quien, en 1939 en el congreso del Partido Comunista, anunció orgulloso que los reglamentos del Ejército Rojo exigían que la lucha se llevara a cabo en territorio enemigo).

En 1941 la brigada aerotransportada de Rodímtsev fue transformada con urgencia en infantería regular. Hubo que quitarle los paracaídas (al igual que a las demás brigadas aerotransportadas) y en su lugar equiparla con armamento pesado. Sus chicos, tras perder a muchos compañeros y verse obligados a adquirir nuevas habilidades defensivas directamente bajo el fuego del enemigo, al final se mostraron buenos defensores de la patria. Fue Rodímtsev con sus guerreros quien, en 1942, en Stalingrado, resistió en los últimos edificios junto al Volga.

Pero a principios de 1941, Rodímtsev y sus chicos no pensaban en la defensa. Se dedicaban a plegar paracaídas y aprender idiomas, sobre todo el alemán.

Las tropas aerotransportadas se habían hinchado y cada vez había más generales y oficiales que se pasaban las tardes empollando alemán, porque esperaban que los trasladaran a las fuerzas aerotransportadas. Por cierto, nuestro protagonista Rodímtsev también acababa de abandonar la caballería.

Mientras tanto, el coronel Lev Dovátor (más tarde, Héroe de la Unión Soviética y mayor general) todavía no se había trasladado a las fuerzas aerotransportadas, pero la afición por el alemán y la moda de tener a su servicio a un soldadito alemán ya lo habían alcanzado. La viuda del general recordaba así el principio de 1941:

> En nuestro regimiento había un alemán. Entonces, Lev Mijáilovich lo traía a casa prácticamente todos los días y se ponían a practicar la lengua alemana. Para finales de la guerra la dominaba ya a la perfección (*Krásnaya zvezdá*, 17 de febrero de 1983).

Así de previsor era el coronel. Había pasado toda la vida sin hablar ningún idioma extranjero, pero a punto de estallar la guerra le dio por ahí; y no era el único.

6

El 12 de junio de 1941, en el Ejército Rojo se creó la Jefatura de las Tropas Aerotransportadas, y en agosto, otros cinco cuerpos aerotransportados.

Conviene destacar que la segunda tanda de tropas aerotransportadas no fue una respuesta a la invasión alemana. La decisión sobre su creación se había tomado en mayo de 1941, mientras todo lo necesario para su equipamiento, desde los paracaídas hasta las armas, desde los uniformes hasta el calzado, se había preparado años antes de la guerra.

Esta es la configuración de los cuerpos en agosto de 1941:

- 6.º cuerpo aerotransportado (la región de Moscú). Jefe: mayor general A. I. Pastrévich; 11.ª, 12.ª, 13.ª brigadas aerotransportadas;
- 7.º cuerpo aerotransportado (la cuenca del Volga). Jefe: mayor general I. I. Gubarévich; 14.ª, 15.ª, 16.ª brigadas aerotransportadas;
- 8.º cuerpo aerotransportado (la región de Moscú). Jefe: mayor general V. A. Glazkov; 17.ª, 18.ª, 19.ª brigadas aerotransportadas;
- 9.º cuerpo aerotransportado (la región de Ivánovo). Jefe: mayor general A. S. Zhádov; 7.ª, 8.ª, 214.ª brigadas aerotransportadas;
- 10.º cuerpo aerotransportado (la cuenca del Volga, los campos militares de Gorojovets). Jefe: mayor general N. P. Ivanov; 23.ª, 24.ª, 25.ª brigadas aerotransportadas.

Aparte de estos cinco cuerpos, fueron desplegadas cinco brigadas independientes aerotransportadas muy ágiles. En total, en verano de 1941, Stalin tenía diez cuerpos aerotransportados de tres brigadas cada uno, seis brigadas aerotransportadas independientes y algunos regimientos independientes.

Aparte de los cuerpos, brigadas y regimientos aerotransportados, también se reclutaron numerosos batallones independientes aerotransportados para formar parte de la infantería regular. Por ejemplo, el Mariscal de la Unión Soviética Bagramián nos informa de que en el 55.º cuerpo de fusileros, desplegado en la frontera con Rumanía, a principios de 1941 se estaban preparando a marchas forzadas varios batallones aerotransportados. Del informe de Bagramián y de otras fuentes deducimos que el 55.º cuerpo de fusileros (en total, en aquel entonces, el Ejército Rojo incluía 62 cuerpos de fusileros) no era una excepción, sino más bien la manifestación de una regla.

Aparte de las unidades especiales de paracaidistas, había varias divisiones de fusileros, sin nada de particular, que se preparaban para ser transportadas para el traslado y desembarco aéreo. Por ejemplo, el 21 de junio de 1941, durante las maniobras de ensayo, en el Distrito Militar de Siberia, una división de fusileros entera realizó un desembarco aéreo en la retaguardia del supuesto enemigo.

Me pregunto por qué antes semejantes experimentos y entrenamientos se llevaban a cabo solo en la parte europea del país y de pronto los empiezan a hacer en Siberia. Aquí no hay ningún misterio. Las tropas del Distrito Militar de Siberia se habían convertido de forma secreta en el 24.º ejército y se estaban preparando para ser trasladadas a la frontera con Alemania. Sus últimos ejercicios los llevó a cabo hasta el momento de subir a los convoyes.

Si el 24.º ejército se estuviera entrenando para la defensa, prepararlo para el desembarco en la retaguardia del enemigo no habría sido necesario. En una guerra defensiva no cuesta nada introducir las tropas en la retaguardia del adversario. Al contrario, cuando las cuñas de tanques enemigos avanzan raudas, separando a

decenas y cientos de miles de soldados y jefes militares de las fuerzas principales, lo que más preocupa al que se defiende no es la retaguardia del enemigo, sino cómo evacuar del territorio ocupado a los cuadros y todas las banderas divisionarias que se puedan.

Pero el 21 de junio de 1941 los jefes militares soviéticos no pensaban en ninguna guerra defensiva, las grandiosas maniobras de entrenamiento eran para preparar a sus divisiones para una guerra muy diferente.

* * *

En junio de 1941, cuando Alemania atacó a Rusia, esta tenía más de un millón de paracaidistas preparados. Parece increíble que todos los medios que se habían invertido en esa preparación no se amortizaran durante la guerra (*Airborne Operations*, Londres, Salamander, 1978, pág. 30).

Los caciques de la Unión Soviética gastaron cientos de miles de toneladas de papel en libros sobre la guerra germano-soviética, pero ninguno de ellos ha respondido para qué creó Stalin diez cuerpos aerotransportados en 1941.

CAPÍTULO 20

¿Cómo llevar diez cuerpos aerotransportados a la retaguardia del enemigo?

> Hay que someter y destruir a la aviación mientras está en los aeródromos. El éxito dependerá siempre del efecto sorpresa de las operaciones. Lo importante es sorprender a la aviación en los aeródromos.
>
> I. S. KÓNEV[48]

1

Preparar a cientos de miles de paracaidistas y paracaídas para estos era solo la mitad del asunto, porque había que tener también aviones y planeadores. Los caciques soviéticos lo comprendían y por eso la afición masiva al paracaidismo iba acompañada por la afición al vuelo sin motor. Los planeadores soviéticos y sus pilotos estaban a la altura de los estándares mundiales. Basta con recordar que, para los inicios de la Segunda Guerra Mundial, de los dieciocho récords mundiales en el campo del vuelo con vela, trece eran de la Unión Soviética (*Aviación*, Moscú, Gran Enciclopedia Soviética, 1994, pág. 421).

Los mejores constructores de aviones militares de cuando en cuando se apartaban de su labor principal para dedicarse a la creación de planeadores. No los obligaban a diseñar planeadores solo para batir récords mundiales. Si Stalin se preocupaba solo por los logros deportivos, ¿por qué no quiso emplear a los mejores genios del país para la creación de nuevas bicicletas deportivas?

La finalidad militar del vuelo con vela soviético era indudable. Antes de la subida de Hitler al poder, en la URSS apareció el primer planeador de transporte de tropas G-63 de B. Urlápov. Más tarde, en la URSS se crearon unos planeadores pesados capaces de elevar camiones. El constructor P. Grojovski[49] pergeñó un planeador hinchable de goma. Después del desembarco en la retaguardia del enemigo, varios planeadores como estos en un avión de transporte se podían devolver al territorio nacional para ser usados de nuevo.

La Unión Soviética entró en la Segunda Guerra Mundial teniendo muchos más planeadores y especialistas en vuelo sin motor que el resto del mundo. Solo en 1939 en la URSS estaban aprendiendo a pilotar un planeador treinta mil personas simultáneamente. La técnica de pilotaje solía alcanzar unos niveles altísimos. Por ejemplo, en 1940, en la URSS se hizo una demostración de vuelo de once planeadores remolcados por un solo avión.

Stalin hizo todo lo posible para que su infantería aerotransportada tuviera bastantes planeadores. Está claro que no se trata de planeadores monoplaza, sino de los multiplaza para desembarco de tropas.

A finales de la década de 1930, en la Unión Soviética más de diez oficinas de proyecto estaban compitiendo duramente por sacar el mejor planeador de transporte y desembarco de tropas.

Oleg Antónov creó el planeador multiplaza para desembarque de tropas A-7.

Vladislav Gribovski diseñó un espléndido planeador de desembarque de tropas G-11.

D. Kolésnikov desarrolló el planeador para transporte de veinte soldados KTs-20.

G. Korbula trabajó en un proyecto de un planeador gigante.

En enero de 1940, de acuerdo con la resolución del Comité Central del Partido Comunista (es decir, de acuerdo con la decisión de Stalin) dentro del Comisariado del Pueblo para la Industria de la Aviación, se fundó el departamento de producción de planeadores de transporte y desembarco. Durante todo 1940 se llevaron a cabo preparativos intensivos y, a partir de 1941, las fábricas dependientes de dicho departamento empezaron la producción masiva de esas máquinas.

El 23 de abril de 1941 se aprobó la resolución del Comité Central del PC(b) y del Comisariado del Pueblo de la URSS n.º 1112-459 a. c. (1941, libro segundo, pág. 106). El punto 7.º de dicha resolución instaba al Comisariado del Pueblo para la Industria de la Aviación a que acelerara la construcción del planeador de once plazas, diseñado por Kúrchenko, Rodianski y Afanásiev (plazo límite: el 15 de mayo de 1941), y el planeador de veinte plazas, construido por Kolésnikov y Tsybin (plazo límite: el 1 de junio de 1941). La resolución fue firmada por los camaradas Stalin y Mólotov.

El 16 de junio de 1941, el general de ejército Zhúkov dirigió una «Nota del jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo al comisario del pueblo para la Industria de la Aviación de la URSS» n.º 567 240 a. c. que decía lo siguiente:

> Para abastecer las unidades aerotransportadas del Comisariado del Pueblo para la Defensa durante los años 1941-1942 son necesarias las siguientes cantidades de planeadores:
>
> Para 1941:
>
> 500 planeadores terrestres biplaza.
>
> 1000 planeadores terrestres de once plazas.
>
> 200 hidroplaneadores de once plazas.
>
> 300 planeadores terrestres de once plazas.
>
> Total para 1941: 2000 unidades.

Total para 1942: 5500 unidades. (*Ibidem*, págs. 366-367).

Aquí llegamos a un momento muy interesante. Los planeadores de transporte y desembarco de tropas fabricados en primavera de 1941 se podrían utilizar en verano de 1941 o, como mucho, a principios de otoño. Pero almacenarlos hasta 1942 habría sido imposible. Todos los hangares estaban atiborrados de planeadores antes fabricados. Dejar un enorme planeador de desembarco a la intemperie, expuesto a vientos y lluvias otoñales, y al frío y a la nieve, iba a ser imposible.

La fabricación masiva de planeadores de desembarco en 1941 suponía su explotación intensiva durante el mismo año. Si Stalin planease transportar a cientos de miles de sus soldados a Europa Central y Occidental en 1942, habría tenido que programar la producción masiva de planeadores para la primavera de 1942.

3

Un planeador es un medio de transporte de carga y de tropas sin paracaídas. Los paracaidistas se trasladaban hasta la retaguardia del enemigo en aeronaves de transporte militar.

Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, la mejor aeronave de transporte militar del mundo era el Douglas DC-3 americano, que a partir de 1940 pasó a denominarse C-47. Este batió todos los récords de duración de explotación: 55 años. Según los estándares de principios de los cuarenta, era un avión fantástico.

Sería lógico suponer que, si la mejor aeronave de transporte militar del mundo había sido construida en Estados Unidos, la Unión Soviética entró en la guerra ocupando en ese campo el segundo lugar como máximo.

Es una suposición errónea. El caso es que el C-47 americano (pero llamado PS-84 que, a partir del 17 de septiembre de 1942, recibe el código Li-2) sentó las bases de la aviación de transporte militar soviética. En 1938, el Gobierno de Estados Unidos había vendido a Stalin la licencia y el equipamiento necesario para la fabricación de este avión. Ni siquiera los gigantes como Fokker o Mitsubishi, que también habían comprado la patente, consiguieron organizar la producción de los Douglas sin tener que adquirir piezas americanas. Y solo la industria de la aviación soviética logró fabricar ese mágico avión con componentes cien por cien nacionales.

Era un logro sensacional a escala mundial. Las libras, los pies y las pulgadas son muy difíciles de convertir a gramos, kilogramos, metros y milímetros. Si el recubrimiento del armazón, la pintura o los remaches salen un poco más gruesos, toda la construcción se vuelve más pesada y las características de vuelo del avión cambian. Si son un poco más delgados, la máquina pierde su rigidez previamente calculada.

Antes de la guerra la Unión Soviética compró veinte Douglas a Estados Unidos, en 1939 fabricó seis aparatos idénticos; en 1940, sacó 51 unidades; en 1941 el

número ascendió a 237. En total, a lo largo de la guerra, en la URSS se construyeron más de dos mil aviones PS-84/Li-2.

4

Aparte de la copia del C-47, la Unión Soviética tenía varios centenares de bombarderos TB-3, que también se podían usar como transporte militar. En el punto 4 de la resolución del Comité Central del PC(b) y del Comisariado del Pueblo de la URSS del 23 de abril de 1941 leemos: «Para el transporte de paracaidistas y tropas de desembarco aéreo se utilizarán tanto las aeronaves pesadas TB-7 y TB-3 como las medianas DB-3 y Douglas».

Después de cierta remodelación, los bombarderos DB-3 y DB-3F se podían usar también para remolcar los planeadores A-7 y G-11 y para lanzar hasta siete paracaidistas. Entre 1939-1941 se construyeron 2822 bombarderos de este tipo (*La industria aeronáutica en la URSS. (1917-1945)*, libro segundo, pág. 236). Para el 22 de junio de 1941, en las fronteras occidentales de la URSS, las unidades de la aviación contaban con 1332 bombarderos de largo alcance, entre los que había 1122 DB-3 y DB-3F (*Aviación y tiempo*, 1998, n.º 1, pág. 16). A lo largo de los años treinta, la mayoría de los desembarcos masivos se realizó desde TB-3. Había suficientes para transportar a varios miles de paracaidistas y armas pesadas, incluidos los tanques ligeros, automóviles blindados y artillería.

Sin embargo, por muchas aeronaves de transporte militar que construyera Stalin, habría que usarlas de forma muy intensiva —día y noche, durante varias semanas o incluso meses— primero para trasladar las tropas soviéticas a la retaguardia del enemigo y después poder abastecerlas allí. Pero surgía un problema: ¿cómo conservar las aeronaves de transporte militar después del primer vuelo y poder usarlas en el segundo vuelo, y cómo conservarlas después del segundo vuelo para poder usarlas en vuelos posteriores? Durante el primer vuelo las pérdidas podrían ser bestiales. Durante el segundo podían ser más grandes todavía, puesto que se anulaba el factor sorpresa.

Los generales soviéticos lo sabían perfectamente. Era evidente que el lanzamiento de cientos de miles de paracaidistas se podía realizar solo si la Unión Soviética tuviera el espacio aéreo totalmente bajo su control. El 27 de septiembre de 1940, el periódico *Krásnaya zvezdá* decía abiertamente que el desembarco aéreo de tantas tropas era imposible sin dicho control.

El documento principal que regía las actuaciones del Ejército Rojo era el *Reglamento Castrense*. Por entonces, la versión vigente era la del año 1939: *RC-39*. Según el reglamento, la «operación profunda» y el desembarco aéreo de tropas en general solo se podían llevar a cabo con la condición de que la URSS tuviera un dominio completo del espacio aéreo. El reglamento castrense, al igual que los demás reglamentos militares y la *Instrucción de uso independiente de la aviación*, preveían

en la etapa inicial de una ofensiva realizar una gigantesca operación estratégica de sometimiento de la aviación enemiga. En esta operación, según los mandos soviéticos, se tenía que emplear la aviación de varios frentes, la aviación de la marina, la aviación del Mando Supremo e incluso los cazas de las Fuerzas de la Defensa Antiaérea.

En diciembre de 1940, los altos mandos del Ejército Rojo junto con Stalin y los miembros del Politburó, en una reunión a puerta cerrada estuvieron analizando los detalles de este tipo de operaciones. En la jerga soviética estas se llamaban «operaciones especiales del periodo inicial de la guerra». El jefe de la aviación soviética, general P. V. Rychagov, hizo especial hincapié en la necesidad de camuflar lo mejor posible la preparación de la aviación soviética para un ataque relámpago con el fin de «sorprender la aviación del enemigo en sus aeródromos» (documentos del consejo de los altos mandos del Ejército Rojo, 23-31 de diciembre de 1940, *Archivo ruso: La Gran Guerra Patria*, vol. 12(1), Moscú, Terra, 1993, pág. 177).

Es más que obvio que «sorprender la aviación del enemigo en los aeródromos» durante la guerra es imposible. Solo es posible en tiempos de paz, cuando el adversario no presiente ningún peligro. No se puede empezar una guerra y luego atacar de improviso la mayoría de los aeródromos con el fin de sorprender toda la aviación en los hangares. Pero sí se puede emprender un ataque en tiempos de paz, desencadenando así una guerra.

* * *

Stalin aumentó tanto el número de unidades aerotransportadas que solo se podrían utilizar con un único objetivo: la aviación del Ejército Rojo iba a desatar una guerra atacando de forma alevosa e inesperada los aeródromos del enemigo. En cualquier otra situación usar a cientos de miles de paracaidistas y miles de aeronaves de transporte militar resultaría imposible.

CAPÍTULO 21

Así organizó Zhúkov la defensa del país

> No había indicios de preparativos para la defensa en el Niemen.
>
> HERMANN HOTH[50]

> El adversario hizo todo lo posible por tomar los puentes, puesto que de estos dependía el ritmo del desarrollo de la operación ofensiva. El enemigo entendía que, en caso de demolición de los puentes de Niemen, cuya anchura es de entre 100 y 150 metros, sus tanques se verían obligados a detenerse y las unidades soviéticas ganarían tiempo para organizar la defensa en la orilla occidental… Para el 3.er grupo de tanques tomar intactos los tres puentes de Niemen fue una verdadera sorpresa.
>
> V. A. ANFÍLOV[51]

1

El territorio de la parte europea de la Unión Soviética es idóneo para organizar operaciones defensivas. Como bien se sabe, en Rusia no hay muchas carreteras, y las pocas que hay no tienen nada de envidiable.

En primavera y otoño es todo barro intransitable.

En invierno hace frío y hay mucha nieve.

La Blitzkrieg se quedaba atascada en el barro y en la nieve. Los alemanes no podían realizar con éxito operaciones ofensivas ni en otoño, ni en invierno, ni en primavera. Alemania era peligrosa para la Unión Soviética solo desde mediados de mayo hasta mediados de septiembre y únicamente en territorios más al sur de Smolensk. Desde Minsk y Smolensk hacia el norte, hasta las orillas del Báltico y más allá, el ejército alemán ni siquiera presentaba peligro alguno (mientras el Ejército Rojo estuviese en sus posiciones de defensa, claro).

El teatro de operaciones al norte de Smolensk es bastante cómodo para llevar una guerra defensiva y, a la inversa, incómoda para realizar extensas operaciones ofensivas. Tiene muchos lagos, ríos y pantanos. Para un agresor son unos obstáculos naturales. Para la defensa conforman una línea defensiva natural.

En las regiones que están más al norte de Minsk y de Smolensk, hay muchos bosques. Un bosque es un terreno antitanque. Allí los tanques del enemigo dejan de ser peligrosos y por eso la defensa puede resistir durante años.

Un bosque es un medio de camuflaje perfecto. El fuego de artillería pierde toda su eficacia si se dirige contra las tropas que se defienden desde las frondas. Corregir el fuego allí es difícil o incluso imposible. La actuación de la aviación tampoco es eficaz contra una línea de defensa oculta entre el ramaje.

El bosque proporciona materiales baratos y accesibles con los que se puede edificar una defensa inexpugnable, que permite hacer trincheras y terraplenes de muros reforzados y de camuflaje natural, búnkeres y refugios de techos irrompibles. Para instalar alambre de espino en un bosque no es necesario clavar estacas en la tierra, basta con enrollarlo sobre los troncos y sobre las ramas, a modo de telaraña. Cuando un país se prepara para la defensa, crea en sus bosques unos obstáculos infranqueables no solo para los tanques, sino para la infantería. Estos pueden tener decenas de metros de profundidad y cientos de kilómetros de extensión.

El bosque es un cobijo perfecto para francotiradores, partisanos y saboteadores. Es perfecto para lanzar contraataques sorpresa.

Si en verano de 1941 las enormes masas de tropas del Ejército Rojo no se hubiesen concentrado a lo largo de las fronteras en Bielorrusia y Lituania, si se hubieran quedado en las antiguas líneas de defensa, si los puentes que los alemanes se encontraban en su camino se hubieran demolido y los accesos a ellos se hubieran convertido en campos de minas, entonces la Blitzkrieg no habría pasado de la orilla occidental del Daugava.

Desde el sur de Smolensk hasta la costa del mar Negro la naturaleza construyó un inmenso foso anticarro natural llamado Dniéper. En ninguna de sus campañas victoriosas las tropas alemanas habían tenido que atravesar una barrera acuática parecida al Dniéper.

Los puentes que cruzaban este río eran estratégicamente muy importantes. No eran muchos, desde Smolensk hasta Jersón se podían contar con los dedos de una mano. Hasta otoño de 1939, en las inmediaciones de cada uno de los puentes de Dniéper había un grupo de zapadores desplegado, en los almacenes cercanos se guardaban cargas explosivas suficientes para poder minar los puentes en cualquier momento y, tras la orden de algún superior, levantarlos por los aires sin dejar al enemigo la opción de restaurarlos. Las formaciones de tanques alemanes en toda la extensión del teatro de operaciones, desde Smolensk hasta el sur, se podían detener con apretar tan solo un par de botones.

Pero, por alguna extraña razón, el Dniéper no se convirtió en un obstáculo en el camino de las tropas alemanas.

A lo mejor usted ha visto alguna vez las fotos del puente de Kriúkov que pasaba por encima del Dniéper y fue destruido por las unidades del Ejército Rojo durante la retirada y quizá se haya fijado también en el paso de pontones que los alemanes habían improvisado al lado. Puede parecer que, aunque se derriben los puentes, al enemigo no hay quien lo pare. ¿Será así de verdad? Vamos a ver.

2

La revuelta comunista de 1917 paralizó la industrialización en Rusia. El país se quedó para siempre entre los más rezagados, subdesarrollados y moribundos. La

Rusia que perdimos era una gran nación. Fijémonos, por ejemplo, en el mismo puente de Kriúkov.

Lo empezaron a construir el 12 de mayo de 1870, sobre un río profundo, turbulento e impetuoso. Medía 962 metros, se componía de doce tramos, tanto los pilones laterales como los intermedios quedaban a la altura del macizo rocoso. El puente fue abierto al tráfico ferroviario el 25 de marzo de 1872. Y eso que entonces no había volquetes, ni tractores, ni excavadoras.

En agosto de 1941, el puente de Kriúkov, junto con los demás, fue demolido por las tropas soviéticas durante la retirada. ¿Pero fue demolido de verdad? En realidad cayeron al agua solo dos arcadas. Ya está. Ni los pilones laterales ni los intermedios (con sus sólidos tajamares) se habían minado, es decir, diez tramos de los doce quedaron intactos.

Más o menos lo mismo pasó con los puentes en las regiones de Dniepropetrovsk y de Zaporozhie: los anclajes y los pilones intermedios quedaron enteros, y tan solo fueron derribados algunos tramos centrales. Semejante «demolición» no es más que un crimen abyecto y espantoso contra el país y contra su pueblo. Después de una «demolición» así, reconstruir el puente no suponía ningún problema y se hacía en plazos muy cortos.

¿Pero qué importa que los puentes se demoliesen a conciencia o a trochemoche si luego los alemanes no tardaron nada en montar a su lado los pasos de pontones?

Importa mucho. Los pontones aguantan el peso de los turismos y de los tanques ligeros. Pero eso no es suficiente. A la orilla oriental había que llevar artillería y tanques medianos. Esto tampoco era lo más importante. Las tropas, sobre todo las que están atacando, requieren un abastecimiento regular. Necesitan una enorme cantidad de municiones, de combustible, de recambios y mucho mucho más. Cientos de miles de toneladas, y con urgencia. Trasladar semejantes cargas solo era posible por ferrocarril. Pero el nivel de desarrollo de la tecnología alemana, en aquel entonces, no permitía construir un paso de pontones capaz de soportar el peso de un convoy.

Ningún otro transporte terrestre podía con semejante carga, ni siquiera en teoría. Además, Hitler no tenía tantos vehículos y, aunque los tuviese, no tendría combustible suficiente para ellos. Apenas le llegaba para el reducido número de tanques y aviones.

Las tropas se podían trasladar a la orilla oriental, pero las bases de aprovisionamiento se quedaban muy atrás. Las posibilidades de conseguir municiones, carburantes y demás pertrechos se reducían drásticamente. ¿Qué iban a hacer las tropas alemanas en la orilla oriental sin municiones suficientes, sin combustible ni lubricantes, sin piezas de recambio ni víveres? En una situación como esta un avance rápido de grandes masas de tropas, sin poder tomar ni mantener bajo su control los puentes ferroviarios, sobre todo en un río como el Dniéper, estaba condenado a un fracaso total e inmediato.

Fijémonos en un extraño detalle. El Dniéper cortaba el paso a las tropas alemanas en un frente de mil kilómetros. En principio, los pasos de pontones se podían construir en cualquier tramo. Pero por alguna razón incomprensible todas se construyeron en cercanía inmediata de los puentes ferroviarios destruidos. ¿Por qué?

Porque todo el sistema de abastecimiento de las inmensas tropas alemanas dependía por completo de los ferrocarriles. Por eso, mientras se arreglaban los puentes, había que aproximar los convoyes al río lo máximo posible, descargar los vagones, llevar las provisiones en camiones a la otra orilla y volver a cargarlas en otros trenes.

Teniendo en cuenta esa dependencia de las tropas alemanas de las vías férreas, los jefes militares soviéticos tenían que haber retirado las tropas hasta su lado del Dniéper, demoler los puentes a conciencia y aguantar todo lo posible defendiendo aquellos terrenos donde las líneas férreas cruzaban el caudaloso río, con el fin de aplazar el inicio de las obras de reconstrucción.

Pero en verano de 1941 todo lo que se hizo estaba en contra de la lógica y del sentido común. Aparte de que los puentes se dinamitaron de tal forma que luego no costaba nada volverlos a levantar, nadie intentó custodiar sus alrededores para impedir el arreglo.

3

Los ríos de la parte europea de la Unión Soviética fluían en dirección «correcta»: al norte de Smolensk subían hacia el norte, cortando los caminos que iban del oeste al este; al sur de Smolensk bajaban hacia el sur, cortando los mismos caminos. Solo en las inmediaciones de Smolensk el paso del oeste al este estaba abierto.

En la estrategia militar esa zona recibe el nombre de la Puerta de Smolensk. La ciudad es una brecha abierta para los caminos que van de oeste a este y a la inversa, por lo cual, a lo largo de muchos siglos, el Gran Ducado de Lituania luchó contra Polonia y la Rus por el dominio de Smolensk. Al conquistar la ciudad, la reforzaban con el fin de no volverla a perder. El Principado de Smolensk, en el transcurso de los siglos, estuvo bajo el dominio de Kiev, de Moscú, de Polonia y de Lituania. Al final, Smolensk acabó formando parte de Rusia.

A principios del siglo XIX los zares rusos se consideraban bastante fuertes; ya no tenían miedo a nadie. No se prestaba demasiada atención a la defensa de Smolensk. Y por la Puerta de Smolensk entró Bonaparte. Todos los intentos que hicieron las tropas rusas por detenerlo cerca de Smolensk y luego en las afueras de Moscú fueron vanos. No lo consiguieron. Hubo que sacrificar Moscú.

Durante la Guerra Civil, en la provincia de Smolensk se construyó una región fortificada para detener a cualquier agresor y cortarle el paso hacia Moscú. Después de la Guerra Civil, se abandonó la RF de Smolensk.

Cuando le fue asignado el puesto de jefe del Estado Mayor, el general de ejército

Zhúkov debía haber exigido a Stalin que construyese una región fortificada en la provincia de Smolensk para cerrar a cal y canto el intervalo de 75 kilómetros de largo entre el Daugava y el Dniéper.

Pero Zhúkov no hizo nada para la defensa del país. En verano de 1941, los alemanes ganaron la batalla de Smolensk, ya que allí no se había previsto ningún tipo de defensa. Después de atravesar Smolensk, tenían dos posibilidades: ir hacia Moscú o lanzarse hacia el sur, rodeando las fuerzas principales del Frente del Sudoeste.

El 2.º grupo de tanques se dirigió hacia Lojovitsa a través de Konotop, el 1.er grupo de tanques, tras instalar cerca de Kremenchug el paso de pontones, paralelo al puente de Kriúkov, emprendió a su vez el ataque. Las dos formaciones se unieron y, cerrando el asedio, aislaron a más de seiscientos soldados y mandos del Ejército Rojo, aparte de capturar enormes botines. Después empezó el cerco colosal del Frente Occidental en la cuenca del Viazma.

Estos dos asedios, de los más impresionantes en toda la historia de la humanidad —primero el de Kiev, en septiembre de 1941, luego el del Viazma, en octubre de 1941— fueron posibles porque nadie había preparado con antelación la defensa de la Puerta de Smolensk, nadie había organizado bien la demolición de los puentes del Dniéper ni la defensa de los terrenos propicios para la construcción de pasos de pontones.

4

Desde el 22 de junio de 1941 hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética transcurrió medio siglo. Las hordas de mariscales, generales, ideólogos, académicos, doctores, catedráticos y candidatos, los Shólojov, los Stadniukov, los Chakovski, los Bóndarev, los Nekrich y los Símonov no consiguieron jamás resolver el enigma de la catástrofe de 1941. Por eso tampoco se pudo inventar una historia de la guerra convincente.

Pronto se va a cumplir un cuarto de siglo de la caída de la Unión Soviética, pero sigue sin haber una historia realmente concluyente de la guerra. Los ingenieros de almas humanas tienen muy clara la perspectiva: la historia de la Segunda Guerra Mundial no se conseguirá escribir. Jamás.

Los camaradas eruditos hace mucho que nos deben explicar cuáles son esos méritos por los que el pueblo les da de comer gratis. Si nuestros académicos no son capaces de escribir una historia de la guerra, ¿no habría que ponerlos de patitas en la calle y cerrar sus establecimientos científicos? ¿No habrá llegado el momento de que esos haraganes de la ciencia histórica se busquen otro oficio?

Todos ellos entienden que están en una situación bastante delicada. Y todos buscan una salida. ¡Y la encuentran! Aún en la época soviética algún científico sesudo exprimió con cautela la siguiente idea reveladora: ¿para qué habría que inventar una historia de la guerra si ya existen las memorias del celebérrimo jefe

militar? ¿Acaso no son suficientes?

Todos cogieron la idea al vuelo y no paran de repetirla. Un ejemplo:

> Las memorias y reflexiones «del mariscal Zhúkov, al igual que las memorias de otros mandos del Ejército Rojo, conforman la más verídica historia de la Gran Guerra Patria que las nuevas generaciones de ciudadanos de Rusia sin falta deberían estudiar» (*Krásnaya zvezdá*, 15 de diciembre de 2009).

En otras palabras, nos proponen lo siguiente: señores, compañeros, camaradas y compadres, no esperen la versión oficial de la historia de la Segunda Guerra Mundial, no la pensamos escribir, lean a Zhúkov, porque el ha respondido a todas las preguntas.

En lugar de discutir, abramos esos apuntes y tratemos de averiguar quién fue el que dejó pasar a los alemanes a la orilla oriental del Dniéper. En sus memorias Zhúkov nos cuenta que

- El enemigo era más fuerte.
- El adversario tenía una considerable ventaja numérica, sobre todo la aviación y las tropas de tanques.
- El Ejército Rojo apenas tenía reservas mínimas para la cobertura.
- Nuestros tanques eran anticuados, necesitaban mantenimiento y los conductores eran inexpertos.
- El Ejército Rojo no tenía experiencia en combates, le faltaba transporte motorizado y medios de comunicación.
- El Ejército Rojo estaba decapitado, puesto que los generales más carismáticos habían sido ajusticiados.
- Stalin tenía miedo a la guerra; y el miedo es un mal consejero.

Supongamos que todo eso era así. ¿Pero cómo explicar la actitud del jefe del Cuartel General, general de ejército Zhúkov?

Según él, el enemigo era más fuerte, pero le cortaban el camino el Niemen, el Daugava, el Bug, el Dniéster y el Berézina. El 22 de junio de 1941 las tropas soviéticas intentan ganar para ocupar sus posiciones de defensa en la orilla oriental del Niemen. Si los puentes se hubieran dinamitado, lo habrían logrado. Pero no dio tiempo a derribar los puentes. ¡Qué pena! Es que estábamos a punto de ocupar las posiciones defensivas.

Un momento, ¿y por qué los puentes quedaron intactos? ¿Por qué las tropas no habían ocupado las posiciones de defensa un día antes? ¿Qué estaban haciendo el 21 de junio? ¿Por qué no se habían atrincherado en mayo o en abril? ¿Por qué no se prepararon para la defensa en febrero de 1941, cuando el puesto de jefe del Estado Mayor lo acababa de ocupar el «más célebre adalid del siglo XX», general de ejército Zhúkov?

El cagoncillo de Stalin tenía mucho miedo a la guerra. El miedo, dicen, es un mal

consejero. ¿Pero por qué el buen consejero Zhúkov no le sugirió al tontito de Stalin que los puentes había que prepararlos para la demolición y que había que enviar las tropas a proteger las orillas orientales de aquellos ríos?

El jefe del Estado Mayor del Alto Mando del Ejército Alemán, coronel general Franz Halder, el 22 de junio de 1941 apuntó lo siguiente en su diario de trabajo: «Todos los puentes fronterizos del río Bug han sido conquistados por nuestras tropas sin librar batalla y absolutamente intactos».

Las palabras clave aquí son «todos» y «sin librar batalla». Si los alemanes solo hubieran tomado los seis puentes del río Bug junto a Brest, la culpa se podría echar al jefe del Frente Occidental, general de ejército Pávlov, cuyo objetivo era caer en gracia al Führer y ganarse una Cruz de Hierro. Pero si los nazis tomaron todos los puentes, ¿quién había sido el traidor?

5

Hagamos caso a Zhúkov y supongamos que el Ejército Rojo había sido decapitado, que los tanques que tenía eran anticuados y estaban estropeados y que no había tanquistas formados o con experiencia. Entonces Zhúkov lo que hizo fue esperar a que llegaran los alemanes para poder emprender un ataque decisivo.

No había fuerzas para atacar ni para defenderse, ni siquiera —según *Memorias y reflexiones*— había reservas mínimas para la cobertura; Stalin estaba asustado; ¡pero Zhúkov decidió atacar! El 22 de junio de 1941, a las 7:15, el mariscal firma personalmente la orden de inicio de la ofensiva.

Hagamos caso a Zhúkov y supongamos que el adversario tenía una considerable ventaja numérica, sobre todo en aviación y tanques. Entonces, según los planes del mismo Zhúkov, en la Unión Soviética se construyeron simultáneamente 254 aeródromos con pistas de despegue y aterrizaje de hormigón. La mayoría de ellos se situaban en las zonas fronterizas, a veces de ocho a doce kilómetros de la frontera, es decir, al alcance del fuego de la artillería enemiga.

Imaginemos durante unos instantes que Zhúkov no era un traidor. ¿Pero qué era, entonces?

Afirma que no teníamos fuerzas ni siquiera para la cobertura. Pero según las directrices de Zhúkov —responsable directo del abastecimiento a la retaguardia del Ejército Rojo—, las reservas estratégicas de armamento, de municiones, de combustibles, de uniformes, de víveres, de equipamiento médico y de ingeniería, entre otros pertrechos, fueron trasladados de las regiones centrales del país a las fronteras occidentales. Los alemanes bombardearon Moscú con las bombas soviéticas de las que se habían adueñado en los aeródromos fronterizos. Hasta 1943, Alemania alimentó su ejército con nuestras conservas. Los tanques alemanes alcanzaron la ciudad de Rostov gracias a las reservas de combustible y lubricantes que el Ejército Rojo había abandonado en las inmediaciones de Leópolis.

La gestión del acondicionamiento y del abastecimiento de la retaguardia era responsabilidad del Estado Mayor del Ejército Rojo. El jefe de dicho organismo era el general de ejército Zhúkov. Fue él quien proporcionó a las tropas alemanas las reservas de carburantes necesarias.

Hagamos caso a Zhúkov y supongamos que Stalin tenía miedo a la guerra. El miedo es un mal consejero, claro. ¡Pues haz tú de buen consejero! Explícale al tontito y miedosito Stalin que:

- las principales tropas no se tenían que desplegar pegadas a los mojones fronterizos, sino en la línea de las antiguas regiones fortificadas;
- los aeródromos no se debían construir en la franja fronteriza, sino al este del Dniéper;
- las reservas estratégicas de armas, municiones, combustibles, lubricantes, uniformes y víveres no había que sacarlas a las regiones de Białystok y de Leópolis, sino almacenarlas al este del Dniéper o incluso del Volga;
- • los puentes del Dniéper había que dinamitarlos de tal forma que, tras la demolición, fuese imposible reconstruirlos.

6

Me dicen que es fácil ser un gran estratega una vez acabada la guerra. No lo niego. Pero en semejante situación no hay que ser grande ni estratega. Está claro que el enemigo va a abalanzarse sobre los puentes ferroviarios y que estos son los puntos estratégicos que hay que proteger. Si tienes miles de tanques anticuados y destartalados, ponlos a proteger los puentes ferroviarios que pasan por encima del Dniéper (Niemen, Daugava, Dniéster y Berézina).

Un tanque enterrado hasta la torreta y bien enmascarado es un pequeño alacrán mortalmente peligroso. Es un puesto de tiro difícil de descubrir y aún más difícil de destruir. Se trata de dos personas por torreta, una capacidad de destrucción enorme y fuego en redondo. El enemigo se puede aproximar todo lo que quiera: los disparos van a ser fulminantes.

Los conductores no necesitan experiencia. Ni siquiera hacen falta conductores. Tampoco se necesita transmisión por radio, porque los tanques se pueden conectar a través de un cable telefónico. O se puede instalar un sencillo sistema de comunicación acústica o lumínica.

Tampoco es imprescindible el transporte motorizado. Ante un mínimo peligro de ataque a los puentes, utilice usted zorras de vía manuales para llevar a las tropas de defensa balas, proyectiles, sacos de patatas, barriles con repollo marinado, cajas de conservas y alcohol en bidones.

Tampoco hacen falta jefes militares con formación académica ni amplia experiencia bélica. Solo hay que decir: chavales, el enemigo va a intentar montar los

pontones justo aquí, y vuestra tarea es lanzarle granadas como si no hubiera un mañana; aguantad lo que podáis; todos vuestros nombres están registrados, así que, incluso si alguno cae prisionero, la Patria jamás olvidará vuestra proeza.

En las inmediaciones del mismo puente de Kriúkov, en la orilla del norte, se hubieran podido cavar trincheras semicirculares, meter allí un batallón de fusileros, dejarles una veintena de viejos tanques destartalados, una batería antiaérea y otra de lanzagranadas. Para dirigir un batallón como este vale cualquier hombre medianamente listo, sin formación académica ni dos años de experiencia militar.

¿Y si al lado de cada puente grande cavamos una trinchera y metemos ahí un regimiento?

Para el 21 de junio de 1941, en la parte europea de la Unión Soviética se ubicaban veintitrés ejércitos. ¡Veintitrés!

Agrupa tres ejércitos en defensa de la orilla oriental del Daugava. Pon otros tres ejércitos en la orilla oriental del Dniéper. Coloca uno en la Puerta de Smolensk para cubrir los 75 kilómetros entre el Bug occidental y el Dniéper. Para eso no hay que ser demasiado listo.

¿Y cuántos ejércitos había defendiendo la línea del Daugava?

Ninguno.

¿Y la del Dniéper?

Ninguno.

¿Y cuántos ejércitos estaban defendiendo la Puerta de Smolensk?

Ninguno.

¿Y cuántos cuerpos estaban agrupados en defensa de toda la frontera germano-soviética a lo largo de los ríos arriba mencionados?

Ninguno.

¿Y cuántas divisiones?

No hace falta que le ayude a adivinarlo, ¿verdad? Usted ya sabe la respuesta.

* * *

El rompehielos se escribió para demostrar que los caudillos políticos y los caciques militares de la Unión Soviética estaban preparando el ataque a Alemania, habiendo descuidado por completo la defensa de su propio país.

Para los que no están de acuerdo con esta conclusión tengo preparadas tres posibles explicaciones de los actos del «célebre adalid» Zhúkov: o era un gandul, o era idiota, o era un traidor.

CAPÍTULO 22

Sobre la flotilla militar del Dniéper

Nos han enseñado que las guerras de ahora empiezan sin el caballeresco «¡Voy a por vosotros!»[52].

N. G. KUZNETSOV[53]

1

Pues bien, en 1940, Hitler dio la espalda a la URSS para lanzar sus divisiones hacia Francia. Mientras tanto, Stalin, Timoshenko, Zhúkov y otros camaradas se dedicaron a destruir activamente los sistemas defensivos de la Unión Soviética y a aumentar, con la misma intensidad, el potencial ofensivo del Ejército Rojo.

El río Dniéper, esa vasta barrera acuática, los puentes preparados para la demolición y una flotilla fluvial, bien coordinada con la infantería, con la artillería y con la aviación, podían cerrar herméticamente los accesos a las regiones industriales del sur de Ucrania y a las bases navales que tenía la URSS en el mar Negro. En la línea del Dniéper la Blitzkrieg podría haber sido detenida por completo o, por lo menos, interrumpida durante unos cuantos meses. En este caso el curso de la guerra habría tomado una dirección muy diferente. En cambio, los estrategas soviéticos se esforzaron por convertir aquel confín infranqueable en bastante franqueable.

Por primera vez la flotilla del Dniéper se constituyó en 1736, durante la guerra ruso-turca, y, al acabar el conflicto, fue disuelta. Por segunda vez la flotilla se creó durante la Guerra Civil, batalló lo suyo y también fue desarticulada. Por tercera vez la flotilla militar del Dniéper se formó el 10 de junio de 1931. Era justo aquella fuerza la que habría podido frenar las tropas alemanas en la línea del Dniéper. Su base principal se encontraba en la ciudad más bella del mundo: en Kiev.

Kiev se había fortificado durante siglos. La ciudad en sí (si sus habitantes tuvieran ganas de defenderse) era inexpugnable. A los amantes del arte de la fortificación les aconsejo insistentemente que visiten el Hospital Militar de Kiev. Es una auténtica perla de la ingeniería, un baluarte inconquistable. Teniendo reservas de proyectiles, patatas, tocino y ganas de defenderse, ese bastión no caería en siglos. Pero el Hospital Militar es solo una pequeña parte de la fortaleza de Kiev, que no tiene nada que envidiar a Verdún ni a Königsberg. Al oeste, Kiev y sus fuertes estaban rodeados por la región fortificada más importante de la Unión Soviética: la RF n.º 1. Su extensión frontal era de 75 kilómetros. Los flancos lindaban con el Dniéper. Así que la base de la flotilla del Dniéper se cubría eficazmente desde tierra.

En los inicios de la Segunda Guerra Mundial la flotilla del Dniéper contaba con 120 buques y lanchas militares, incluidos los ocho monitores[54] con blindaje fuerte y

potente artillería, compuesta por cañones navales de 130 mm. La flotilla del Dniéper tenía su propia aviación, baterías antiaéreas y costeras.

La orilla oriental del Dniéper es apropiada para la actuación de barcos de guerra fluviales; tiene numerosos islotes, canales, remansos y meandros, donde los barcos, incluso los más grandes, se pueden guarecer para embestir de improviso a cualquiera que intente cruzar el río.

Si los puentes se hubieran destruido por completo, la flotilla no habría permitido reconstruirlos ni instalar pasos de pontones alternativos.

La guerra habría transcurrido de una forma diferente.

2

La flotilla del Dniéper poseía una única pero muy seria desventaja: solo se podía utilizar en el territorio de la Unión Soviética y solo en una guerra defensiva. Como veremos más adelante, ni Stalin ni Zhúkov necesitaban una flotilla de semejantes características.

El 7 de junio de 1940, por la orden n.º 02 469 del Comisariado del Pueblo para la Defensa, el general de ejército Zhúkov fue nombrado comandante del Distrito Militar Especial de Kiev. En ese momento, la región fortificada de Kiev ya estaba desarmada y abandonada. La fortaleza de Kiev no se había preparado para la defensa desde la Guerra Civil. Sus numerosas instalaciones bélicas se utilizaban como hospitales, cuarteles, almacenes o talleres.

Cuando Zhúkov llegó a Kiev, se desmanteló la flotilla del Dniéper. Y no fue ninguna coincidencia, sino que Zhúkov llegó a Kiev con la orden de Stalin de organizar una marcha libertadora a Besarabia. Antaño, esta había formado parte del Imperio Ruso; ahora tocaba devolverla a la bien avenida familia de los pueblos.

Resulta interesante que Zhúkov nunca llegara a lamentar el abandono de la región fortificada de Kiev. Jamás sintió que la fortaleza de Kiev no se hubiera preparado para la defensa de la ciudad, ni que la flotilla del Dniéper se hubiera suprimido, ni que en verano de 1941 los puentes del río Dniéper se hubieran dinamitado de cualquier manera.

3

Después de la desintegración de la flotilla del Dniéper, con sus barcos se formaron dos agrupaciones. En lugar de una flotilla defensiva, Stalin hizo dos nuevas: la del Danubio y la de Pinsk[55].

Vamos a ver si estas eran defensivas.

En verano de 1940, tras la briosa «campaña libertadora», Zhúkov arrebató a Rumanía la Bucovina del Norte y Besarabia. Varias decenas de kilómetros de la orilla

oriental del Danubio, en la misma desembocadura, pasaron a formar parte del territorio de la Unión Soviética. A aquel lugar se desplazó de inmediato la flotilla del Danubio, creada especialmente para la ocasión. Trasladar sus barcos desde el Dniéper no fue fácil: mientras los pequeños los llevaron en ferrocarril, los grandes los condujeron a través del mar Negro aprovechando temporadas de bonanza.

La flotilla militar del Danubio se componía de cinco monitores, veintidós lanchas blindadas, un minador, treinta buques y lanchas de otro tipo, seis baterías costeras, una escuadrilla de cazas y varios destacamentos de infantería naval. Las condiciones de emplazamiento eran pésimas. La orilla soviética del Danubio estaba abierta y desprotegida. Los barcos estaban en los muelles, mientras las tropas rumanas estaban cerca, a veces a trescientos metros escasos de la flotilla soviética.

En caso de una guerra defensiva, toda la flotilla del Danubio desde el primer momento acabaría atrapada entre las orillas del delta y el mar Negro. No había margen de maniobra. El atacante podría rociar los barcos soviéticos con fuego de ametralladoras sin dejar que levasen anclas ni soltasen amarras. La flotilla militar del Danubio no solo no podía emprender acciones defensivas por culpa de su emplazamiento incorrecto, ¡sino que ni siquiera podía surgir la necesidad de tales acciones! El delta del Danubio tiene innumerables lagos, pantanos y ciénagas intransitables, cientos de kilómetros cuadrados de espadañales. ¡¿A quién se le ocurriría atacar por ahí a la Unión Soviética?!

La función de la flotilla del Danubio podía ser solo una: subiendo el río, acompañar al Ejército Rojo durante su ataque masivo. Si usted ha reunido en la desembocadura de un río decenas de buques y lanchas de guerra fluviales, el único rumbo que estos pueden tomar es río arriba. No hay más opciones. Pero subir el río, en este caso, quería decir actuar en los territorios de Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia, Austria y Alemania.

En una guerra defensiva la flotilla del Danubio no servía de nada y estaba condenada a la destrucción inmediata por culpa de sus posiciones abiertas al fuego del enemigo. Pero en una ofensiva presentaba para Alemania un peligro mortal: solo tenía que avanzar 130 km río arriba y ya podía cubrir con sus ráfagas de fuego el puente de Cernavodă, un punto estratégico a través del cual se transportaba el petróleo de Ploiești al puerto de Constanza. Otros doscientos kilómetros río arriba y toda la máquina militar alemana se pararía porque sus tanques, sus aviones y sus barcos dejarían de recibir combustible.

Un detalle interesante: la flotilla militar del Danubio incluía baterías costeras móviles armadas con cañones de 130 y 152 mm. Si los mandos soviéticos de verdad pensaban que alguien iba a atacar a la URSS a través del delta del Danubio, las baterías costeras se tenían que haber enterrado y alrededor de ellas se tenían que haber construido unas caponeras de hormigón. Pero nadie lo hizo; los cañones habían sido y siguieron siendo móviles.

Solo había una opción de aprovechar su movilidad y solo una dirección en la que

se podían desplazar: durante las operaciones ofensivas las baterías móviles iban a seguir la flotilla por la orilla, cubriendo los barcos militares con fuego.

4

Al estallar la guerra germano-soviética, la reacción de los mandos de la flotilla militar del Danubio fue insólita. Para los generales soviéticos la palabra «guerra» no aludía a la defensa, sino al ataque. Al recibir la noticia sobre el inicio de la guerra, los generales soviéticos ultimaron los preparativos para la operación de desembarco. Las actuaciones de los comandantes de los buques de guerra soviéticos estaban planeadas con antelación y coordinadas con las de los cuadros del 14.º cuerpo de fusileros, cuyas divisiones estaban concentradas en el delta del Danubio, y con las de los mandos del destacamento de guardafronteras del NKVD.

El 25 de junio de 1941, los buques de guerra de la flotilla del Danubio, cubiertos por las baterías costeras, por la artillería del cuerpo de fusileros y por sus divisiones, llevaron a cabo el desembarco del destacamento de reconocimiento y sabotaje en la costa rumana. Tras él desembarcaron los regimientos de la 51.ª división del 14.º cuerpo de fusileros.

Las tropas de desembarco naval soviéticas actuaron con rapidez, con decisión y con saña. Aquella complicada operación —en la que participaron buques fluviales, aviación, artillería naval, costera y de campo, destacamentos del NKVD, la Armada Roja de Obreros y Campesinos y el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos— se había preparado a fondo. Todo se había previsto, coordinado y comprobado infinidad de veces.

En la madrugada del 26 de junio de 1941, sobre la catedral de la ciudad rumana de Chilia[56] se izó la bandera roja. Las tropas soviéticas se apoderaron de una cabeza de puente fuerte en el territorio rumano, de 70 km de largo. La flotilla del Danubio estaba preparada para subir el río en una operación ofensiva. Necesitaba avanzar solo 130 km. Podría haber recibido refuerzos del 3.er cuerpo de desembarco aéreo, localizado cerca de Odesa.

A la flotilla del Danubio no le habría costado nada recorrer varias decenas de kilómetros río arriba. Más adelante lo iba a demostrar. En 1944, formada por segunda vez, sin tener aviación ni monitores pesados, la flotilla subió por el Danubio dos mil kilómetros y acabó la guerra ya en Viena. En 1941, la flotilla del Danubio tenía muchas más fuerzas y el enemigo prestaba bastante menos resistencia.

5

Tanto Hitler como Stalin entendían perfectamente el significado de la expresión «el petróleo es la sangre de la guerra». El coronel general Alfred Jodl testifica que,

discutiendo con Guderian, Hitler dijo: «¿Usted pretende atacar sin tener petróleo? De acuerdo, ya veremos qué tal le resulta».

Stalin se puso en serio a preparar la Segunda Guerra Mundial en 1927. Para él, la cuestión estratégica central era el petróleo:

> El petróleo es […] el nervio vital de la lucha de las potencias mundiales por la hegemonía, tanto en la paz como en la guerra (Stalin, I. V., *Escritos*, Moscú, OGIZ, Ediciones Estatales de Literatura Política, 1947, vol. 7, pág. 278).

El 3 de diciembre de 1927, en su discurso pronunciado en el XV Congreso del PC(b) (el llamado «informe político del Comité Central en el XV Congreso»), Stalin dijo:

> No se puede combatir sin petróleo, y todo aquel que tenga ventajas en cuestiones de petróleo tendrá la posibilidad de ganar la guerra que se avecina (*ibidem*, vol. 10, pág. 277).

Teniendo en cuenta estos dos puntos de vista, intentemos encontrar al verdadero culpable del inicio de la guerra. En junio de 1940, mientras nadie amenazaba a la Unión Soviética, decenas de buques fluviales aparecieron en la desembocadura del Danubio. Este paso no tenía ninguna intención defensiva, sino que suponía una amenaza para oleoductos desprotegidos de Rumanía y, por consiguiente, una amenaza mortal para toda Alemania.

En julio de 1940, tras varias consultas con sus generales, llegó a la conclusión de que no había con qué defender Rumanía. Los oleoductos se extendían a través de las montañas. Si se enviasen muchas tropas a defender Rumanía, entonces Polonia Occidental y Alemania Oriental, junto con Berlín, quedarían abiertos al ataque soviético. Tampoco ayudaría concentrar muchas tropas en Rumanía para protegerla a toda costa: aunque se conservase la mayor parte del territorio, las explotaciones petroleras se quemarían tras los bombardeos.

En julio de 1940, Hitler declaró por primera vez que la Unión Soviética podía ser muy peligrosa en el caso de que las tropas alemanas se marchasen del continente a las islas británicas o a África.

El 12 de noviembre de 1940, conversando con Mólotov, Hitler mencionó que veía necesario situar muchas tropas alemanas en Rumanía, insinuando claramente el peligro que podía suponer la URSS para el petróleo rumano. Mólotov pasó por alto la insinuación. Por eso Hitler, al marcharse Mólotov, se lo planteó una vez más y, en diciembre, decidió definitivamente ejecutar la Operación Barbarroja.

6

En junio de 1940, mientras el ejército alemán luchaba en Francia, Zhúkov, por orden de Stalin, sin haberlo consultado con sus aliados alemanes, arrancó un trozo de Rumanía —Besarabia— e instaló sus barcos en el delta del Danubio. Si Hitler

hubiera dado un paso más hacia Occidente, a Gran Bretaña, ¿quién le podría garantizar que Zhúkov, por una orden de Stalin, no iba a dar otro paso hacia el interior de Rumanía? Apenas cien kilómetros más y Alemania estaba perdida.

Hitler pidió a los jefes del Gobierno soviético que retiraran las tropas que amenazaban a la principal fuente de petróleo de Alemania. Pero ni Stalin ni Mólotov lo hicieron. ¿Entonces, quién es el culpable de la guerra? ¿Quién amenazó a quién? ¿Quién provocó a quién?

El *célebre historiador militar* británico Liddell Hart, tras estudiar en profundidad dicha cuestión, averiguó que el plan de los alemanes en 1940 era muy sencillo: para defender Rumanía de la agresión soviética había que perpetrar un ataque en otro lugar, desviando de esta forma la atención del Ejército Rojo de los campos petrolíferos.

Tras barajar varias opciones se determinó que el ataque evasivo solo tendría éxito si fuese repentino y arrollador. El número de tropas necesarias para la eficacia de aquel ataque iba aumentando hasta que, al final, se decidió que se utilizarían todas las tropas terrestres y la mayor parte de la aviación alemana.

El cálculo de Hitler resultó ser correcto: la maniobra evasiva obligó a las tropas soviéticas a retirarse de todos los frentes. La flotilla militar del Danubio, aislada de sus tropas sin posibilidad alguna de retroceso. La mayor parte de los buques se tuvieron que hundir y las enormes reservas preparadas para abastecer la flotilla durante su subida por el Danubio, simplemente, se abandonaron.

El golpe asestado por Hitler fue fuerte pero no mortal. Maquiavelo ya dijo que un golpe fuerte pero no mortal da muerte a quien lo asesta. Stalin, mal que bien, se recuperó de aquel golpe imprevisto. Reclutó nuevos ejércitos y formó flotas nuevas en sustitución de las que había perdido durante los primeros días de la guerra. Incluso logró separar Alemania de la base petrolífera rumana; pero, a decir verdad, lo hizo años después de lo previsto.

El 7 de julio de 1941, Stalin envía al jefe del Frente Meridional, general de ejército I. V. Tiulénev, un telegrama, que nos puede aclarar para qué, en junio de 1940, Stalin le había quitado Besarabia a Rumanía. Stalin exige que Besarabia se retenga a costa de lo que sea, «teniendo en cuenta que la necesitamos como cabeza de puente donde se va a organizar la ofensiva» (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, págs. 438-439). En aquel momento Hitler acababa de propinar a la Unión Soviética su golpe imprevisto, los tanques alemanes ya estaban marchando a toda máquina hacia Leningrado, Smolensk y Kiev, pero a Stalin la defensa no le importaba. Su única preocupación era organizar el ataque desde Besarabia.

Pero un ataque desde Besarabia es un ataque contra los campos petrolíferos rumanos.

7

Stalin cometió pocos errores. Uno de ellos —quizá el más monumental— fue la ocupación de Besarabia en 1940. O bien había que conquistar Besarabia y continuar sin demorarse hasta Ploiești (lo cual habría llevado Alemania a la derrota), o bien había que esperar a que Hitler desembarcase en Gran Bretaña y solo después invadir Besarabia y toda Rumanía (lo cual también habría puesto fin al «milenario Reich»). Pero Stalin dio un paso hacia el petróleo haciéndose con una cabeza de puente para la futura ofensiva y se detuvo expectante. Con lo cual reveló su interés por el petróleo rumano y «ahuyentó» a Hitler, que hasta entonces había estado luchando en el occidente, en el norte y en el sur, sin hacer ni caso al «neutral» Stalin.

Hitler entendía los propósitos de este perfectamente. Henry Picker en sus *Charlas privadas de Hitler* (versión rusa Застольные разговоры Гитлера[57]: Smolensk, Rusich, 1993, pág. 303) cita la siguiente confesión del Führer hecha el 18 de mayo de 1942:

> Si no hubiéramos conseguido que, en su invasión de Rumanía, los rusos se conformasen con Besarabia y si se hubieran hecho con el control de los yacimientos petrolíferos, nos habrían asfixiado esta primavera a más tardar.

La ocupación de Besarabia por la Unión Soviética y la inmensa concentración de sus tropas en la región (incluido el cuerpo de desembarco aéreo y la flotilla militar del Danubio, que no servían más que para atacar) obligaron a Hitler a cambiar su punto de vista sobre la situación estratégica y a tomar las medidas preventivas correspondientes. Pero ya era tarde. Incluso el golpe inesperado que Alemania propinó a la URSS no pudo salvar a Hitler ni a su imperio.

El líder nazi se dio cuenta de dónde venía el peligro cuando ya nada se podía cambiar. Lo tenía que haber previsto antes de firmar el Pacto Ribbentrop-Mólotov.

CAPÍTULO 23

Una base naval soviética en los pantanos de Bielorrusia

El Ejército Rojo de Trabajadores y Campesinos será el más atacante de todos los ejércitos que hayan atacado jamás.

Reglamento Castrense del Ejército Rojo[58]

1

En *Memorias y reflexiones* del Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov (Moscú, APN, 1969) aparece un mapa de ubicación de las bases marítimas. Una de ellas se sitúa junto a la ciudad bielorrusa de Pinsk. El mar más cercano queda a más de quinientos kilómetros. Una base naval situada en los pantanos de Bielorrusia me recuerda un chiste de mi infancia sobre «un submarino en las estepas de Ucrania». Pero de gracioso tiene poco.

Tras la disolución de la flotilla del Dniéper, puramente defensiva, una parte de sus barcos fueron trasladados al delta del Danubio y otra parte la enviaron río arriba hasta el Prípiat, un afluente del Dniéper. Los barcos subieron prácticamente hasta la cabecera del río, donde su anchura apenas alcanza cincuenta metros. Y allí construyeron la base para la nueva flotilla.

La flotilla militar de Pinsk no tenía nada que envidiar a la del Danubio. Incluía nueve monitores (Vítebsk, Zhitómir, Bobruisk, Vínnitsa, Smolensk, Levachov, Fliaguin, Zhemchuzhin y Rostóvtsev), cuatro cañoneros de río (Peredovói, Verni, Smolni y Bielorús), un patrullero, treinta lanchas blindadas, 78 piezas de artillería costera, una escuadrilla de aviación, una compañía de infantería naval, entre otras unidades.

En 1940, en Kiev, la fábrica Léninskaya kúznitsa (que significa «la fragua de Lenin») empezó a fabricar tres monitores superpotentes del tipo SB-57 (Kajovka, Vídlitsa, Volocháyevka) especialmente para la flotilla militar de Pinsk. Sus características táctico-técnicas eran sobresalientes. Armamento: cuatro cañones navales de 130 mm, dos cañones automáticos dobles de 45 mm y tres ametralladoras antiaéreas dobles de 12,7 mm DShK sobre torretas blindadas. El grosor de la coraza del casco era de 60 mm, el de la cabina de control y de la torreta de gran calibre alcanzaba los 75 mm. A pesar de lo cual el calado no superaba un metro (*Naval*, 1991, n.º 1). No se descartaba, incluso, la posibilidad de usar en calidad de calibre principal cañones de 152 mm. Los nuevos monitores tenían que incorporarse a la flotilla militar de Pinsk en julio de 1941.

La flotilla militar de Pinsk no se podía emplear en operaciones defensivas: los monitores que se habían instalado en el nacimiento del río apuntaban sus proas hacia el oeste, y darles la vuelta es una operación sumamente complicada. De haber estado preparando la defensa del país, todos esos barcos se tenían que haber devuelto al Dniéper. En el Prípiat, un manso río forestal, no tenían nada que hacer. El río fluye de oeste a este, sin cortar el paso al adversario. A decir verdad, al adversario tampoco se le ocurriría meterse en aquella pantanosa espesura forestal. La finalidad de la flotilla de Pinsk seguiría siendo un misterio si no nos acordáramos del canal Dniéper-Bug.

Inmediatamente después de la «campaña libertadora» en Bielorrusia Occidental, el Ejército Rojo se puso a cavar un canal de 127 km de largo desde la ciudad de Pinsk hasta Kobrin. Lo estuvieron construyendo en verano y en invierno. En las obras participaron varias unidades de zapadores del 4.º ejército y de la «organización constructora del NKVD», es decir, miles de presos del Gulag. La finalidad puramente bélica del canal la descubrimos gracias a que las obras las dirigió el comandante de las tropas de Ingeniería del 4.º ejército, coronel Alekséi Ivánovich Proshliakov. Más adelante se convertiría en el comandante de las tropas de Ingeniería del Ejército Soviético y mariscal de las Tropas de Ingeniería.

Las condiciones en las que se construyó el canal eran verdaderamente horrorosas. Las máquinas se hundían en el cieno de los pantanos y solo había una forma de terminar las obras en los plazos establecidos por Stalin: recurrir a la fuerza humana. Al final el canal se hizo, pero jamás sabremos cuántas vidas hubo que sacrificar para concluir aquellos trabajos. ¡Pero quién iba a contarlas!

El canal unía el río Dniéper con el Bug occidental. ¿Para qué? ¿Para comerciar con Alemania? Pero si el comercio se realizaba a través del Báltico y por ferrocarril. Los barcos pesados de gran tonelaje no podían maniobrar en el canal. Además, el camino resultaba demasiado largo: del Dniéper al Prípiat, del Prípiat al Pina, de ahí por el canal hasta Mujavets, de ahí hasta el Bug occidental, donde, en aquel entonces, la navegación comercial no se había desarrollado, al igual que sigue sin desarrollarse a principios del siglo XXI. Del apenas navegable Bug occidental se podía pasar al Vístula.

No, aquellas obras no se hicieron con fines comerciales. Era un canal puramente militar. ¿Para defender la cuenca del Bug? Pero si la Unión Soviética solo tenía un pequeño tramo del Bug, cerca de Brest, y de ahí el Bug se desvía bruscamente hacia Varsovia. En aquellos territorios la defensa no se había preparado, y se suponía que la fortaleza de Brest, en caso de guerra, iba a alojar solo un batallón; y tampoco era para la defensa, sino para servicio de guarnición.

La única función del canal era conducir los barcos hasta el Vístula para que de ahí siguieran su rumbo hacia el occidente. Es difícil pensar en otra finalidad. En la guerra defensiva hubo que dinamitarlo para que los buques fluviales alemanes no pasasen

del Vístula al Dniéper. Cuando llegó el momento de defenderse, todos los barcos de la flotilla de Pinsk acabaron destruidos o abandonados.

3

No obstante, para finales de 1943, en el Dniéper se volvió a crear una flotilla militar y de nuevo subió por el Prípiat, y otra vez los zapadores soviéticos abrieron el canal hasta el pequeño río Mujavets, que desemboca en el Bug. El almirante Grigóriev, que en 1943 recibió la nueva flotilla en la región de Kiev, recuerda así las palabras del mariscal Zhúkov:

> —Por el Prípiat pueden navegar hasta el Bug occidental, el Narew, el Vístula y, pasando por Varsovia, llegar a los ríos de Alemania. Y, ¡quién sabe!, quizá llegue al mismo Berlín.
>
> Se dio la vuelta, me perforó con su mirada y repitió, acentuando cada palabra:
>
> —¡Hasta el mismo Berlín! ¿Eh? (*RHM*, 1984, n.º 7, pág. 68).

El almirante Grigóriev con su flotilla llegó, literalmente, hasta el mismo Berlín: en 1945 los barcos de la flotilla militar del Dniéper, después de pasar por el río Spree, participaron en la operación de Berlín y en la ocupación de la ciudad. En la *Enciclopedia Soviética Militar* (Moscú, Ediciones Militares, 1976, vol. 2, pág. 240) usted puede encontrar una foto muy emblemática, hecha en mayo de 1945: la bandera de la Armada Roja de Obreros y Campesinos en el asta de un buque de la flotilla del Dniéper, encallado en el río Spree con el Reichstag al fondo.

* * *

Resulta que Stalin llegó a Berlín «en respuesta» al ataque de Hitler. Pero es una opción que Stalin no había previsto. Si este creyese en la posibilidad del ataque alemán, habría tenido que mandar a millones de presos a cavar fosos antitanque a lo largo de las fronteras de la URSS. Stalin pensaba ir a Berlín, pero no en respuesta al ataque de Hitler, sino por su propia iniciativa. Por eso los presos soviéticos y los zapadores del Ejército Rojo no habían cavado fosos antitanque, sino que habían enterrado los que ya existían y, más aún, habían abierto un canal de este a oeste.

No nos olvidemos nunca de aquellos presos que, en 1940, Stalin ahogó en las ciénagas, guiado por el afán de izar la bandera comunista sobre la capital del Tercer Reich.

CAPÍTULO 24

La infantería marina en los bosques de Bielorrusia

> A ver, ¿por qué el camarada Stalin —que está de vuelta de todo, ya que también fue bribón— va a esperar que otro bribón le atice el primer golpe?
> ¿Por qué va a comerse un puñetazo en la nariz, caerse y esperar a que le trituren los riñones a patadas, mientras se pregunta si va a poder levantarse o si todo se ha terminado? ¿No será el camarada Stalin masoquista?
>
> ALEKSANDR NÍKONOV[59]

1

El Ejército Rojo no tenía infantería marina. Para los combates terrestres era más fácil y más barato usar la infantería regular y el desembarco de tropas en orillas lejanas aún no entraba en los planes de Stalin.

Pero de repente Hitler se lanzó hacia el occidente, mostrando a Stalin su indefensa espalda. Ese paso imprudente provocó una reestructuración radical en el seno del Ejército Rojo: se destruyeron los restos de la defensa y los recursos ofensivos fueron aumentando.

El año 1940 fue el del nacimiento de la infantería marítima soviética. Esta apareció en junio, justo cuando Hitler derrotó a Francia.

En aquel entonces, las fuerzas armadas soviéticas incluían dos flotas oceánicas y dos marítimas, aparte de las dos flotillas navales: la del Amur y la del Dniéper. Ninguna de las dos flotas oceánicas tuvo infantería; los océanos Pacífico y Glacial Ártico por aquel entonces no interesaban a Stalin. La flotilla militar del Amur estaba protegiendo las fronteras soviéticas en el Lejano Oriente y tampoco consiguió infantería. La flotilla militar del Dniéper, como ya sabemos, se había dividido en dos flotillas de ataque, pero aun así la de Pinsk, situada en los bosques de Bielorrusia, incluyó una compañía de infantería naval.

Es curioso, ¿verdad? En los océanos no hay infantería naval, pero en los pantanos bielorrusos sí. Es otra pista que nos indica por dónde Stalin pensaba atacar y por dónde no.

En la Flota del Báltico, cuyo único adversario podía ser Alemania con sus aliados, se incorporó una brigada de infantería marítima formada por varios miles de efectivos.

La infantería marítima soviética tuvo su bautismo de fuego el 22 de junio de 1941 en las batallas defensivas, protegiendo la base naval en Liepāja. La base estaba a menos de cien kilómetros de las fronteras alemanas, pero no tenía preparada ninguna defensa terrestre. Según los testimonios de los almirantes soviéticos, corroborados por los documentos alemanes, los submarinos soviéticos se apretujaban en Liepāja

como sardinas en lata.

La historia oficial de la Armada Soviética, publicada por la Academia de la URSS, reconoce abiertamente que Liepāja se había preparado para ser la base de la flota soviética en operaciones ofensivas en el mar (Básov, A. V., *La flota de la Gran Guerra Patria. 1941-1945*, Moscú, Naúka, 1980, pág. 138). La infantería naval de Liepāja se encontraba tan cerca de las fronteras alemanas que ya durante el primer día de la guerra estaba participando en combates defensivos. Aunque está claro que la infantería marítima no se había creado para eso. Para la defensa, la infantería terrestre siempre es mejor que la marítima.

La infantería militar del Danubio tenía dos compañías de tropas terrestres, pero oficialmente no figuraban como infantería naval. Lo cual tampoco es prueba de excesivo pacifismo. Ya sabemos que, incluso antes de la invasión alemana, como mínimo dos divisiones soviéticas, la 25.ª de Chapáyev y la 51.ª de Perekop, que formaban parte del 14.º cuerpo de fusileros, se habían preparado (y bien) para actuar en el delta del Danubio como infantería naval

2

Aun más potente era la Armada del mar Negro. Oficialmente no tenía infantería naval, pero a principios de 1941, del Cáucaso Sur a Crimea, se trasladó en secreto el 9.º cuerpo especial de fusileros del teniente general Bátov. El cuerpo era muy peculiar, tanto por su composición como por su armamento y su finalidad combativa.

Entre el 18 y el 19 de junio de 1941, la Armada del mar Negro llevó a cabo grandiosos entrenamientos de carácter ofensivo, además una de las divisiones del 9.º cuerpo especial de fusileros subió a los buques militares para desembarcar después en el territorio del enemigo convencional. Fue el primer desembarco de una división entera de los buques militares en la historia del Ejército Rojo y de la Armada Roja.

El mando militar soviético prestaba una especial atención a los entrenamientos conjuntos de la flota y del 9.º cuerpo especial de fusileros. Las maniobras se llevaban a cabo bajo la supervisión de altos jefes militares que llegaban desde Moscú. Uno de ellos, el vicealmirante Azárov, testifica que todos los participantes de los ejercicios sentían que estos se realizaban por algo y que pronto las destrezas adquiridas habría que emplearlas en una guerra en territorio extranjero (Azárov, I. I., *El cerco de Odesa*, Moscú, Ediciones Militares, 1962, págs. 3-8).

3

Vamos a suponer que empieza la guerra y el mando soviético tiene que emplear el 9.º cuerpo especial de fusileros de acuerdo con el perfil y con la preparación de este, ¿entonces, dónde lo podría desembarcar? ¡No iban a hacer regresar a la tierra un

cuerpo militar ubicado en el mar! ¿Dónde, pues? Teóricamente, solo había tres opciones: Rumanía, Bulgaria y Turquía. Pero fuese cual fuese el lugar de desembarco, habría que empezar a abastecer el 9.º cuerpo especial de fusileros enseguida, lo cual requeriría otro desembarco adicional o que las tropas soviéticas se uniesen inmediatamente a él. Hacer esto último solo sería posible a través de Rumanía.

Por una extraña coincidencia, casi al mismo tiempo, entre el 13 y el 17 de junio de 1941, y también en Crimea, el 3.er cuerpo de desembarco aéreo realizó entrenamientos a gran escala en los que ensayó el desembarco del cuartel general y las tropas de sus tres brigadas. Los historiadores soviéticos nunca relacionan los tres siguientes acontecimientos:

- Los entrenamientos del 14.º cuerpo de fusileros para el desembarco de los buques de la flotilla del Danubio.
- Los entrenamientos del 3.er cuerpo de desembarco aéreo para el desembarco desde aviones y planeadores.
- Los entrenamientos del 9.º cuerpo especial para el desembarco desde los buques de la Flota del mar Negro.

Pero sí estaban relacionados. El tiempo y el lugar de las maniobras ensayadas coincidían.

Eran preparativos para una campaña ofensiva con un grandísimo despliegue.

Era la última etapa de su organización.

CAPÍTULO 25

Un hecho que desmiente todos los tópicos sobre la Segunda Guerra Mundial

A pesar de que han pasado más de sesenta años desde la guerra, todavía no disponemos de una historia completa y objetiva.

V. N. LÓBOV[60]

1

En el lejano 1976, salieron los primeros dos tomos de la *Enciclopedia Soviética Militar*. La aparición de dichos volúmenes fue precedida de una grandiosa campaña propagandística. Los agitadores de los regimientos y divisiones, academias y escuelas militares, bases militares y buques de guerra, estados mayores y cuarteles generales pregonaban incansables: jamás tuvimos una historia oficial, pero ahora, 35 años después del inicio y tres décadas después del final de la guerra, ha llegado el momento de contar la verdad. ¿No les parece que ha llegado el momento de destapar los archivos? ¡Sí, ese momento ha llegado!

Entonces aquellos vistosos mamotretos se colocaron en las estanterías de las bibliotecas de los regimientos y divisiones, academias y escuelas militares, bases militares y buques de guerra, estados mayores y cuarteles generales; incluso nuestro Departamento Central de Inteligencia del Estado Mayor en Ginebra recibió unos ejemplares.

Por primera vez en la historia soviética se descubrieron sus misterios más arcanos. Nos describieron al detalle todos y cada uno de los ejércitos regulares soviéticos que actuaron durante la Segunda Guerra Mundial.

El director del equipo editorial de los dos primeros volúmenes de la *Enciclopedia Soviética Militar* fue el ministro de Defensa y Mariscal de la Unión Soviética A. A. Grechko; el del resto de los volúmenes fue el jefe del Estado Mayor de la URSS N. V. Ogárkov. Solo en el comité de redacción figuran el almirante de la Armada Soviética Gorshkov, el mariscal principal de aviación Kujátov, el mariscal de las tropas de comunicación Alekséyev, los generales de ejército Altunin, Yépishev, Ivanov, Kozlov, Kurkotkin, Pavlovski, Shavrov, Shkádov, un escuadrón entero de coroneles generales, tenientes generales, mayores generales, académicos, catedráticos y otras lumbreras.

Los grandes varones se inventaban la *Enciclopedia Soviética Militar* con la esperanza de que el populacho se la tragara. Solo un par de citas:

El 18.º ejército se formó en junio de 1941 en la base de la Dirección del Distrito Militar de Járkov

y del Distrito Militar Especial de Kiev (*ESM*, 8 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1976, vol. 2, pág. 366). El 12.º ejército se formó en junio de 1941 en el Distrito Militar del Cáucaso Norte (*ibidem*, vol. 3, pág. 122).

Etcétera, etcétera. Los camaradas mariscales, generales, almirantes, profesores, doctores y académicos nos comunican que los ejércitos 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º, 24.º y 28.º fueron reclutados en junio de 1941.

¡Pero un momento! En este caso, solo un día o dos de diferencia ya tienen una importancia decisiva. En junio de 1941, en la Unión Soviética, se formaron siete ejércitos nuevos.

La pregunta es: ¿se formaron antes o después del 22 de junio?

2

Cada regimiento, cada división, cada brigada y cada cuerpo, cada ejército y cada frente tienen una fecha exacta de nacimiento.

Alemania atacó el 22 de junio de 1941. Si durante la primera semana de la guerra, entre el 23 y el 30 de junio, en la Unión Soviética se crearon siete ejércitos, cualquier razonamiento sobre la falta de preparación de la URSS para la guerra queda inmediatamente rechazado. La creación casi simultánea de siete ejércitos como respuesta a la inesperada agresión del enemigo muestra una altísima capacidad de movilización del país. ¡Estimados mariscales y generales, descúbrannos las fechas de la creación de esos ejércitos y quedaremos eternamente orgullosos de nuestra historia!

Los que se inventaron la *Enciclopedia Soviética Militar* tenían acceso a todos los documentos militares de la Unión Soviética. Si los siete ejércitos fueron reclutados justo después del 22 de junio, ¿por qué no indicar las fechas exactas? ¿Era un secreto? ¿Incluso treinta años después de que aquellos ejércitos terminaran su actividad y fueran disueltos, sigue siendo un secreto? ¿Por qué?

Porque los siete ejércitos habían nacido *antes* del 22 de junio de 1941[61].

Si esto se descubre, las memorias de Zhúkov y de otros cuentistas como él enseguida se convertirán en patrañas infundadas. Si esta información se hace pública, cambiaría drásticamente nuestra visión de la guerra y toda la estructura de la historia oficial se derrumbaría.

Nos han encajado en la mollera que

- Stalin confiaba en Hitler,
- Stalin no confiaba en sus servicios de inteligencia,
- Stalin no quería dar pie a Hitler para que atacara,
- Stalin quería retrasar la guerra,
- Stalin no quería poner sus tropas en disposición de combate.

Vamos a añadir a esta serie de verdades de Perogrullo una más: en junio de 1941, antes de que Hitler atacara a la URSS, Stalin desplegó siete ejércitos adicionales.

Si hacemos eso, esas verdades de Perogrullo dejarán de ser verdades.

3

Muy curiosa nos ha salido la historia de la guerra germano-soviética. Estas son las hipótesis sostenidas por la propaganda oficial hasta el día de hoy:

1. Liberamos a Europa de la peste marrón, a la vez siendo fieles al pacto de amistad firmado con Hitler; siempre suministramos a Alemania los recursos necesarios para arrasar a Europa; no pensábamos atacar ni defender a nadie.
2. En caso de ser invadida, la URSS contaba con repeler la ofensiva y pasar a un decisivo ataque, sin embargo, no esperaba agresión alguna por parte de Alemania y no estaba preparándose para la defensa.
3. Stalin tenía mucho miedo al ataque alemán, pero no creía que pudiera ocurrir.
4. Según Zhúkov, no teníamos potencial para atacar, ni para defendernos, ni siquiera para cubrir nuestras fronteras, por eso Zhúkov esperaba que Alemania asestara el primer golpe demoledor, o tal vez mortal, para repelerlo e inmediatamente emprender una operación ofensiva.
5. Nuestros carros de combate eran viejos, los aviones eran ataúdes voladores, los tanquistas no tenían experiencia con tanques, los aviadores no sabían pilotar aviones, faltaban sistemas de comunicación, el ejército estaba decapitado, los mandos no mandaban como dios manda, por eso no nos preparamos para la defensa, sino para el ataque.
6. Alemania estaba muy bien preparada para la guerra, pero fue derrotada y Hitler se suicidó.
7. La Unión Soviética no estaba preparada para la guerra, pero el Ejército Rojo acabó la guerra llegando a Berlín, Viena, Königsberg, Varsovia, Praga, Budapest, Bucarest, Sofía y Port Arthur. La Unión Soviética fue el único país del mundo que, al terminar la guerra, no perdió ni un trocito de su territorio, sino que adquirió tierras nuevas y decenas de millones de nuevos súbditos.
8. La guerra fue Grande y Patriótica, y contra el invasor luchó el pueblo entero, pero incluso setenta años después de terminado el conflicto, nadie se ha atrevido a destapar para el pueblo los archivos que versan verdades sobre aquellos tiempos.

Muchos conciudadanos nuestros se creen estas hipótesis propagandísticas de la política estatal y no paran de repetirlas. Muchos piensan incluso que una persona normal no puede ponerlas en duda y, si alguien lo hace, se ha vendido a los servicios secretos británicos.

¿Entenderán dichos inocentes que todos los postulados arriba expuestos se inventaron para imbéciles? Da la impresión de que nos toman por idiotas encajándonos en la sesera esas tesis sobre la guerra tan ilógicas y contradictorias. ¿Acaso una persona normal puede tomar en serio y considerar científica una obra en la que se dice, por ejemplo, que en junio de 1941, en la Unión Soviética, se crearon siete ejércitos, pero no se indica si fue antes o después del 22 de junio?

Yo personalmente me sentí ofendido cuando, el 13 de noviembre de 1976, topé por primera vez con el artículo enciclopédico que decía que el 18.º ejército se formó en junio de 1941. ¿Por quién me toman todos esos mariscales, generales, académicos y catedráticos? ¿Y qué opinión tendrán de su pueblo si lo que intentan es embutir en sus cajas craneanas esas fórmulas ideológicas para idiotas?

CAPÍTULO 26

El misterio del 26.º ejército

En gran medida, el éxito depende del uso de los nuevos medios de combate y los métodos de ataque. Antes de que el enemigo encuentre la forma de resistir, el atacante puede disfrutar de todas las ventajas que le proporciona en este caso el factor sorpresa.

GUEORGUI ZHÚKOV[62]

1

En la parte europea de la Unión Soviética había cinco distritos militares que compartían frontera con otros estados. Las tropas de esos distritos fronterizos, tres flotas y dos flotillas componían el primer escalón estratégico. Los distritos fronterizos y los no fronterizos incluían divisiones y cuerpos, pero no solían incluir ejércitos.

Hubo ejércitos durante la Guerra Civil, pero fueron disueltos al acabar esta. Los ejércitos son formaciones demasiado grandes para mantenerlos en tiempos de paz. La única excepción era el Ejército Especial condecorado con la Orden de la Bandera Roja, pero este no cuenta, porque bajo esa denominación se reunían todas las tropas soviéticas del Lejano Oriente y de Transbaikalia, aparte de la aviación, de las fuerzas marítimas, colonias militares y muchas más cosas. Esta inmensa y amorfa estructura contaba incluso con sus propias granjas colectivas y campos de concentración. Lo peculiar de esa formación era que no tenía asignado un número y que dependía directamente del Mariscal de la Unión Soviética.

El 28 de junio de 1938, en el Lejano Oriente, por primera vez en tiempos de paz se reclutaron dos nuevos ejércitos: el 1.º y el 2.º. Es un paso fácil de explicar, puesto que con Japón las relaciones eran francamente malas y en varias ocasiones habían llegado a verdaderos combates con participación de gran número de tropas.

En la parte europea del país, desde los tiempos de la Guerra Civil, no hubo ejércitos. Ni la llegada de Hitler al poder, ni las crisis políticas y económicas en Europa, ni el enfrentamiento directo entre los comunistas soviéticos y los fascistas en España, ni la anexión de Austria por Alemania, ni la invasión de Checoslovaquia, nada de eso hizo que se crearan ejércitos en la parte europea de la URSS.

Pero a principios de 1939, la Unión Soviética entró en una nueva época de su existencia, que se inauguró con el discurso de Stalin en el XVIII Congreso del Partido Comunista. Stalin presentó a Gran Bretaña y Francia como los principales instigadores de la guerra. Según Ribbentrop, en Berlín esas palabras fueron «interpretadas debidamente».

Stalin no tendió una mano amistosa a Hitler, pero la diplomacia soviética dio a

entender a este que, si se la tendía él, la aceptarían. Por cierto, al final no fue Stalin quien estrechó la mano a Hitler, sino que fue su más cercano colaborador Mólotov. Y fue por algo. Stalin utilizó a Hitler en calidad de sicario: haz bien tu trabajo y te daré lo que quieras; y cuando termines, te estrangulo.

Con ese plan a la vista, el reputado camarada Stalin no quiso mancillar su nombre codeándose con un matón. Para eso había un caciquillo de rango más bajo, el camarada Mólotov.

2

Entablar amistad con Hitler (pero sin efusividad excesiva) fue el gesto visible del inicio de la nueva época. Pero hubo otro invisible: en verano de 1939, Stalin, en secreto, empezó a formar ejércitos en la parte europea de la Unión Soviética. Que alguien me explique: ¿contra quién pensaba luchar?

Contra los «instigadores de la guerra», Gran Bretaña y Francia, los ejércitos terrestres no se podían utilizar por las simples razones geográficas. ¿Entonces, contra quién? ¿Acaso contra Hitler, con el que tantas negociaciones se habían llevado a cabo entre bastidores?

Veamos pues. Mientras la diplomacia soviética estaba buscando caminos de paz, en las fronteras occidentales de la URSS repentina y subrepticiamente aparecían nuevos ejércitos, incluso grupos: el 3.º y el 4.º, en Bielorrusia; el 5.º y el 6.º, en Ucrania; el 7.º, el 8.º y el 9.º en la frontera finlandesa. Mientras dichos ejércitos iban aumentando su potencial (su número de divisiones se multiplicaba, las divisiones de fusileros acogían nuevos regimientos de fusileros), se les añadieron más ejércitos: el 10.º y el 11.º en Bielorrusia y el 12.º en Ucrania.

La propaganda comunista a veces intenta presentar el asunto de la siguiente forma: primero empezó la Segunda Guerra Mundial —dicen—, y luego la Unión Soviética se puso a reclutar sus ejércitos. Pero no fue así. Existen muchas pruebas de que primero Stalin tomó la decisión de formar sus ejércitos y solo después comenzaron las guerras y demás conflictos en las fronteras occidentales de la URSS.

Incluso las fuentes oficiales soviéticas indican que dichos ejércitos habían sido formados antes de la Segunda Guerra Mundial.

- El 4.º ejército fue formado en agosto de 1939 (*ESM*, vol. 8, pág. 468).
- El 5.º ejército fue formado ya en julio de 1939 (*ESM*, vol. 7, pág. 411).
- El 6.º ejército fue formado en agosto de 1939 (*ESM*, vol. 8, pág. 508)
- El 8.º ejército ya existía en agosto de 1939 (*Comandantes de ejército. Diccionario biográfico militar*, Moscú, Kuchkovo pole, 2005, pág. 193).
- El 10.º y el 12.º ejércitos habían sido creados «antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial», es decir, antes del 1 de septiembre de 1939

(*ESM*, vol. 3, págs. 111 y 157).

Qué previsor era el camarada Stalin: ¡en cuanto desplegó sus ejércitos, como por arte de magia, estalló la Segunda Guerra Mundial!

3

El despliegue de los ejércitos se realizaba en condiciones de altísima confidencialidad.

El 3.º y el 4.º existían ya en agosto de 1939, pero la orden oficial y secreta sobre su creación se emitió solo el 15 de septiembre.

El Distrito Militar Especial de Bielorrusia fue transformado en el Frente Bielorruso, que incluía el 3.º, el 4.º, el 10.º y el 11.º ejércitos, un grupo fronterizo de caballería mecanizada, el 23.er cuerpo especial de fusileros y aviación fronteriza. El jefe del Frente Bielorruso fue el comandante de ejército de 2.º rango M. P. Kovaliov. El 17 de septiembre de 1939, a las 5:40, las tropas del Frente Bielorruso, en coordinación con las del Frente Ucraniano, atravesaron la frontera de Polonia para lanzarse al encuentro de las formaciones alemanas atacantes.

Esa «marcha libertadora» a Polonia culminó el 28 de septiembre, pero solo dos semanas después, el 11 de octubre de 1939, se firmó la orden de la creación del Frente Bielorruso (*ESM*, vol. 1, pág. 435). En otras palabras, primero se creaban ejércitos y frentes, participaban en hostilidades y solo después se emitían las órdenes de su creación.

4

El Frente de Ucrania, dirigido por el comandante de ejército de 1.er rango S. K. Timoshenko, cruzó la frontera de Polonia al mismo tiempo que el Frente Bielorruso. El Frente Ucraniano incluía el 5.º, el 6.º y el 12.º ejércitos y aviación fronteriza.

En septiembre de 1939, el 12.º ejército del Frente Ucraniano, compuesto por el 25.º cuerpo de tanques, el 4.º y el 5.º cuerpos de caballería, tres divisiones de fusileros y dos brigadas de tanques, actuó en realidad como una especie de grupo de maniobra fronterizo (*ESM*, vol. 8, pág. 181). El frente acabó la «campaña libertadora» el 28 de septiembre, y el mismo día se firmaron las órdenes según las cuales se creaban el 5.º y el 6.º ejércitos (*Los mandos y la jefatura del Ejército Rojo entre 1940 y 1941. Estructura del personal del Comisariado del Pueblo para la Defensa, de los distritos militares y de los ejércitos regulares. Documentos y materiales*, Moscú, Archivo Estatal Militar de Rusia, 2005, pág. 102). Pasó casi un mes más y el 23 de octubre de 1939 se emitió la orden confidencial de la creación del 12.º ejército (*ibidem*, pág. 105).

Me dicen que el ataque a Alemania habría necesitado una «resolución política» previa del Gobierno soviético. Pero como no se ha encontrado ningún indicio de tal resolución, tampoco se puede hablar de ningún ataque premeditado.

Es un argumento aplastante. Pero si es así, mis oponentes deberían encontrar entonces «resoluciones políticas» referentes a la firma del acuerdo sobre la división de Polonia, que, a su vez, desencadenó la guerra europea y, por consiguiente, la Segunda Guerra Mundial. Hasta ahora nadie ha conseguido encontrar tal resolución. ¿Acaso eso nos da derecho a negar la división de Polonia y la Segunda Guerra Mundial?

Tampoco estaría mal encontrar una resolución política sobre la invasión del Ejército Rojo en Polonia el 17 de enero de 1939. Pero nadie la ha encontrado. ¿Acaso podemos decir que no hubo ninguna «campaña libertadora» de dos frentes del Ejército Rojo en Polonia? ¿Dónde están las resoluciones políticas del Gobierno soviético sobre la invasión de Finlandia en noviembre de 1939, sobre la invasión de Rumanía en 1940, sobre la «incorporación amistosa» de Estonia, Lituania y Letonia a la «bien avenida familia de los pueblos», sobre la segunda invasión de Finlandia el 25 de junio de 1945, sobre la invasión de Irán en agosto de 1941, sobre la invasión de Japón en agosto de 1945? Si todo esto ocurrió sin ninguna resolución política, ¿por qué la invasión de Alemania tiene que ser una excepción?

Una cosa más: he dado ejemplos de cómo en la Unión Soviética las órdenes primero se ejecutaban y luego se emitían. Y esas órdenes, de fecha posterior a las acciones que se ordenaban, se descubrieron, con un retraso de setenta años, solo gracias a que la Unión Soviética se pudrió y se desmoronó.

5

El camarada Stalin tenía la costumbre de crear ejércitos y frentes en zonas de futuros conflictos antes de que los conflictos surgieran. Cada ejército formado en 1939 y 1940 entró «en acción» poco tiempo después de su creación.

Los siete ejércitos desplegados en la frontera polaca participaron en la «liberación» de Polonia.

Tres ejércitos estuvieron «ayudando al pueblo finlandés a sacudirse el yugo capitalista». Pero con tres no hubo suficiente, por eso, durante la Guerra de Invierno, aparecieron otros tantos: el 13.º, el 14.º y el 15.º.

Al terminar la Guerra de Invierno, cuatro de los ejércitos soviéticos que actuaban en la frontera con Finlandia se esfumaron, como si se los hubiera tragado la tierra. El 8.º ejército al cabo de poco tiempo apareció en las fronteras con los países bálticos; el 9.º, en Rumanía. Luego los trabajadores de estos países empezaron a «pedir que los liberasen», y los valerosos ejércitos soviéticos «liberaron» a Estonia, Lituania, Letonia, Besarabia y Bucovina del Norte. Después, el 9.º ejército de nuevo

desaparece. Este, al igual que el 13.º ejército, siempre estaba preparado para reaparecer en el lugar y en el momento oportuno[63].

Una vez acabadas las hostilidades y las «campañas libertadoras», ninguno de los nueve ejércitos (3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 8.º, 10.º, 11.º, 12.º y 14.º) fue desmantelado, sino que permanecieron en las fronteras occidentales de la Unión Soviética. Una cosa así ocurría por primera vez en la historia de la URSS. Antes los ejércitos solo se habían formado durante las guerras y para las guerras. Pero la Unión Soviética «liberó» a todos los que pudo y, cuando ya no quedaba ningún país por «liberar» y Alemania era el único país al otro lado de la frontera, el proceso de creación de nuevos ejércitos se aceleró bruscamente.

El 21 de junio de 1940 se reclutaron tres ejércitos: el 15.º en el Lejano Oriente, el 16.º y el 17.º en Transbaikalia. El 16.º fue creado y emplazado de tal forma que pudiera trasladarse en cualquier momento al occidente. Pero de este hablaremos más adelante. Lo que nos interesa ahora es el 17.º.

La formación del 17.º ejército es un hecho de importancia excepcional. En la Guerra Civil, en el momento más dramático y sangriento de la lucha por la conservación de la dictadura comunista, el número más alto para designar un ejército era el 16. El número 17 jamás se había usado en la historia de la Unión Soviética. El nacimiento del 17.º ejército quería decir que el número de ejércitos en la Unión Soviética —en tiempos de paz y sin que hubiera peligro de agresión desde el exterior — superaba el nivel alcanzado solo una vez y solo durante un periodo muy breve que culminó la crudelísima Guerra Civil.

Los caciques soviéticos se daban cuenta de que, con la aparición de un ejército bajo el número 17, la Unión Soviética estaba cruzando un Rubicón invisible. Dos años antes el estado no se podía permitir mantener ni una sola formación militar que se pudiera clasificar, según los estándares militares, como ejército. De repente se crearon más que nunca, ni siquiera durante la movilización total de la población, cuando el potencial económico del país y las fuerzas físicas y morales de la sociedad se explotaron al máximo.

Claro está que el 17.º ejército se formó en condiciones de confidencialidad total y absoluta. Stalin hizo todo lo posible para que el secreto no fuese descubierto ni dentro ni fuera del país. Los ejércitos 15.º, 16.º y 17.º se formaban lejos de posibles miradas curiosas. Una persona no enterada de los movimientos misteriosos del estado solo vería puertas de hierro cerradas y centinelas en las garitas. ¿Cómo iban a saber si era un simple complejo administrativo vigilado o un cuartel general de una división, o de un cuerpo, o incluso de un ejército?

Además, se tomaron medidas adicionales de prevención de rumores sobre el aumento del potencial militar soviético. La orden por la que se creaban los ejércitos 15.º, 16.º y 17.º fue firmada por el Mariscal de la Unión Soviética S. K. Timoshenko el 21 de junio de 1940, y al día siguiente, el 22 de junio, la radio soviética emitió un

comunicado de la TASS.

El autor de aquel comunicado importante, como siempre, fue el camarada Stalin. El embajador alemán Schulenburg no tardó en adivinar la autoría y se lo contó a Mólotov. Este no quiso negar las sospechas del diplomático.

En el comunicado del 22 de junio de 1940 Stalin volvió a aplicar su truco favorito: primero atribuía al adversario palabras que este no había dicho y enseguida impugnaba las falsas mentiras: «Se rumorea que en la frontera lituano-alemana se han concentrado no sabemos si 100 o 150 divisiones soviéticas…».

Stalin se lo había inventado. Se suponía que estaba desmintiendo las «patrañas difamatorias» de los periódicos centrales de Gran Bretaña y Francia. Yo, personalmente, he revisado los periódicos de aquellos días: ninguno menciona cifras tan desorbitadas. Tras achacar a la prensa occidental lo que esta no había dicho, Stalin rebatió fácilmente las falacias inexistentes y pasó a lo más importante:

> Los órganos competentes soviéticos consideran que los que difunden estos ridículos chismes tienen por objetivo ensombrecer las relaciones germano-soviéticas. Pero dichos señores lo que hacen es desvelar sus deseos más ocultos. Al parecer, no son capaces de entender que unos cotilleos y propaganda barata no pueden deteriorar las relaciones amistosas que se han establecido entre Alemania y la URSS tras la firma del pacto de no agresión (*Pravda*, 23 de junio de 1940).

El comunicado contiene parte de la verdad: las tropas soviéticas no se concentraban justo en la frontera. Pero Stalin ocultó que en el interior del país, lejos de los curiosos, estaban apareciendo formaciones que, algún día, encubiertas por otro comunicado de la TASS (también falso), aparecerían en la frontera alemana.

Es obvio que los ejércitos soviéticos del llamado periodo prebélico, por su capacidad de maniobra, por su equipamiento técnico y por su capacidad de fuego y destrucción, superaban con creces los de la Guerra Civil. Pero esta no era la única diferencia. Durante la Guerra Civil los ejércitos estaban dispersos en distintas direcciones; pero ahora estaban concentrados solo en dos de ellas, y tampoco de forma equitativa: contra Japón, que se encontraba en conflicto permanente con la URSS, se lanzaron cinco ejércitos; contra Alemania y sus aliados, con los que se acababa de firmar la paz, nueve ejércitos.

Pero el galopante proceso de formación de ejércitos no había terminado aún.

El 18 de septiembre de 1940, en Carelia, se volvió a crear el 7.º ejército. El mismo día, en el saliente de Leópolis, se formó otro ejército; en octubre, el teniente general F. Y. Kostenko fue nombrado comandante de aquel ejército (*Comandantes de ejército*, pág. 108). Como de costumbre, el ejército se desplegó tras unas directrices no escritas, y la orden oficial de su creación se dio más tarde. En este caso, cuatro meses más tarde: el 27 de diciembre de 1940, el comisario del pueblo para la Defensa, el Mariscal de la Unión Soviética S. K. Timoshenko, firmó una orden altamente confidencial (n.º 0074) según la cual creaba el 26.º ejército, ya existente.

¿El 26.º ejército? ¿Qué número tan extraño? ¿Cómo podía ser? Jamás el ejército había tenido ese número, puesto que su asignación ordenada siempre se había seguido con rigor. El siguiente número tenía que ser el 18. ¿Entonces, por qué, en contra de lo establecido, le habían asignado el número 26?

Los servicios de inteligencia alemanes no descubrieron la existencia del 26.º ejército hasta abril de 1946. Llegaron a detectar incluso su número. Pero los generales alemanes no se lo creyeron. ¿El 26.º? ¡Imposible! ¿Quizá el 2.º o el 6.º? Pero no. El 6.º estaba ahí, al lado. El 2.º, sin embargo, no aparecía. Entonces tenía que ser el 2.º.

En los mapas alemanes de 1941 nuestro 26.º ejército estaba marcado como 2.º. Pero el 2.º ejército estaba en el Lejano Oriente, y en el saliente de Leópolis se encontraba precisamente el 26.º. Pero no estaba solo. Allí había cuatro ejércitos, e incluso en tiempos de paz ya estaban rodeados por el enemigo por los tres lados.

Los mariscales y eximios historiadores soviéticos no nos van a responder de dónde salió aquel número extraño. Pero si nos fijamos bien en el proceso de creación de ejércitos en aquellos años, la historia misma nos lo aclarará todo. En otoño de 1940, la numeración no fue alterada, solo es que todos los números del 18 al 28 ya estaban asignados. Tras desplegar cinco ejércitos contra Japón y otros nueve contra Alemania y sus aliados, el Gobierno soviético decide crear o recuperar otros catorce ejércitos. Uno contra Japón y trece contra Alemania (7.º, 9.º, 13.º, 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º, 23.º, 24.º, 25.º, 26.º, 27.º y 28.º).

Entre todos los que figuran en esta impresionante secuencia el 26.º ejército se reclutó antes que los demás y se ubicó junto a la frontera. Pero los demás estaban en proceso de formación o, por lo menos, ya se había emitido la orden correspondiente. Los ejércitos de esta serie se completaron más tarde que el 26.º, pero no cabe duda de que se habían empezado a crear *antes* de la invasión alemana.

El 8 de marzo de 1941, el Politburó del Comité Central del PC(b) toma una resolución altamente confidencial (n.º 1113-460 a. c.) sobre el despliegue en las fronteras occidentales de la Unión Soviética de los ejércitos 13.º, 23.º y 27.º.

El 13 de junio de 1941 —justo cuando se emitió el inocente comunicado de la TASS que decía que Alemania no pensaba atacar a la Unión Soviética—, sigilosamente, como un fantasma que sale de las tinieblas, apareció el 9.º ejército[64]. El mismo día nacieron también los demás ejércitos fantasma: el 18.º, el 19.º, el 20.º, el 21.º, el 22.º, el 24.º y el 28.º. La secuencia de números asignados a los ejércitos soviéticos está completa e ininterrumpida.

CAPÍTULO 27

El Distrito Militar de Kalinin y el mecanismo estalinista de liberación de los países vecinos

Mucha filfa se tejió aquellos años para confundir al pueblo finlandés. Id abriendo ahora los postigos anchos, que sepamos la verdad tal como es.

ANATOLI D'AKTIL[65]

1

Tver es una antigua ciudad rusa. Es más antigua que Moscú. En sus tiempos, el Principado de Tver era igual de importante que Moscovia.

Más adelante Moscú sometería a Tver. Luego apareció San Petersburgo, que dejó a Moscú en la sombra. Ahora Tver está justo entre Moscú y San Petersburgo.

Tras el triunfo de los comunistas, muchas ciudades y pueblos de nuestro país recibieron otros nombres conmemorando a los caudillos comunistas: Frunze, Ordzhonikidze, Sverdlovsk, Kírov, Kirovakán, Kirovabad y Kirovograd, Kúibyshev (uno en el Volga, otro en la región de Novosibirsk y otro en Tatarstán), Kúibyshevka, Kúibyshevo (había cinco pueblos con este nombre), Voroshílov, Voroshilovgrad (popularmente llamado Vorgrad[66]), Stálino, Stalinsk, Stalinogorsk y Stalinabad, Lénino, Leninabad, Leninaván, Leninakán, Leningori y, por supuesto, Leningrado y Stalingrado.

Moscú no se convirtió en Marxograd —como proponía Bujarin— de milagro. Pero Tver no se salvó, y lo llamaron Kalinin. Durante la guerra, entre 1941 y 1942, en las inmediaciones de Kalinin hubo muchas batallas sangrientas. En 1943, por orden de Stalin se fundaron las nueve Escuelas Militares Suvórov (EMS). Entre ellas las de Kalinin y Vorónezh.

En 1958, ingresé en la EMS de Vorónezh. En verano de 1963 tres compañías de cadetes fueron trasladadas de la EMS de Vorónezh a la de Kalinin.

Así acabé en esta maravillosa ciudad sobre el Volga. La escuela está en el mismo centro y tiene acceso a la orilla del caudaloso río. No habían pasado ni veinte años desde que se acabó la guerra. Nuestros jefes y profesores, desde el auxiliar de compañía Alfiórov hasta el director de la escuela, mayor general Kostrov, habían estado en la guerra. Lenin dispuso que «el arte militar se estudiara a conciencia». Y así nos enseñaban empleando, entre otros ejemplos, los de las batallas cerca de Kalinin.

Entonces me enteré de que antes de la guerra, por orden de Stalin, se había constituido el Distrito Militar de Kalinin, entre el de Moscú y el de San Petersburgo.

Me pregunto para qué.

2

No se equivoquen: el Distrito Militar de Leningrado no solo incluía la ciudad con sus afueras. De eso nada. Era todo el norte y noroeste de Rusia, incluida Carelia, la República de Komi, las regiones de Pskov, de Nóvgorod, de Arcángel, de Vólogda y de Múrmansk. No crean que el Distrito Militar de Moscú era más pequeño. Su territorio incluía las regiones de Bélgorod, de Briansk, de Vladímir, de Vorónezh, de Gorki, de Ivánovo, de Kalinin, de Kaluga, de Kostromá, de Kursk, de Lípetsk, de Moscú, de Oriol, de Riazán, de Smolensk, de Tambov, de Tula y de Yaroslavl.

El valor político, económico y estratégico de Moscú y Leningrado es enorme. Los distritos militares de Moscú y de Leningrado tenían un potencial bélico e industrial inestimable: formaciones militares potentes, decenas de millones de habitantes, millones de reservistas.

El minúsculo Distrito Militar de Kalinin no se podía comparar con los de Moscú y de Leningrado ni por su tamaño, ni por su valor estratégico, ni por sus reservas de movilización. Pero la estructura de cualquier distrito militar, incluso del de retaguardia, incluía obligatoriamente un consejo militar, un cuartel general de cinco secciones, cuatro directorios y doce secciones que no formaban parte del cuartel general; estamos hablando de cientos de jefes militares de alto rango.

¿Para qué creó Stalin en Kalinin una estructura militar tan compleja? ¿Acaso pensaba defender Moscú por el noroeste? ¿Pero quién iba a irrumpir en las tierras milenarias de Tver? Si el zar Nicolás había detenido al káiser Guillermo en las fronteras y no había dejado que este se metiera en las provincias del interior de Rusia, ¡cómo iba la grande y poderosa Unión Soviética a permitir que alguien llegara hasta allí! El Ejército Rojo, que según su *Reglamento Castrense* tenía que ser «el más atacante de todos los ejércitos que hayan atacado jamás», era perfectamente capaz de abatir a cualquier enemigo en el territorio de este y sin sufrir grandes pérdidas.

¿Entonces, para qué se creó el Distrito Militar de Tver si en aquellas tierras ni siquiera había muchas tropas y no podía haber grandes lides?

Otro rompecabezas: al poco tiempo, antes de 1941, el Distrito Militar de Kalinin fue suprimido y nunca jamás se volvió a crear. ¿Por qué una estructura militar tan sofisticada dejó de ser necesaria en aquella zona?

¿Para qué se había creado el distrito?

¿Y por qué se disolvió?

3

Hoy día cualquier investigador se arriesga a ahogarse en el océano informativo:

manuales, enciclopedias, películas, internet. En 1963 no había nada de eso, pero estaban vivos los antiguos combatientes.

Casi todos los hombres que tenían más de cuarenta años habían participado en la guerra. Por eso tuve la oportunidad de aclarar mis dudas. Los profesores de la EMS de Kalinin recordaban la guerra y les interesaba su historia. Además, hacíamos las prácticas en las divisiones más destacadas del ejército soviético, cuyos oficiales, de regimiento para arriba, habían estado todos en el campo de batalla.

Empecé mi indagación buscando las fechas exactas de creación y disolución del Distrito Militar de Kalinin. Averigüé que se había creado en julio de 1938 y se había suprimido en julio de 1940. Lo encabezó primero el comandante de cuerpo I. V. Boldin y luego el comandante de ejército de 2.º rango V. F. Yákovlev.

Cuando empecé a recopilar información sobre Boldin y Yákovlev descubrí la finalidad del Distrito Militar de Kalinin. Resulta que en otoño de 1939 en el Distrito Militar de Leningrado se desplegó el potentísimo 7.º ejército. Lo encabezó el comandante de ejército de 2.º rango Yákovlev. Sí, ese mismo. Y siguió siendo al mismo tiempo comandante del Distrito Militar de Kalinin. ¡Ahí está el secreto!

El caso es que la preparación de la «campaña libertadora» en Finlandia empezó como mínimo en 1938. Para no espantar a la burguesía finlandesa, el Distrito Militar de Leningrado siguió llevando una vida pacífica, solo el número de sus divisiones no paraba de aumentar. En la retaguardia del Distrito Militar de Leningrado se desplegó el Distrito Militar de Kalinin, o sea, una compleja estructura directiva con un mínimo de tropas. Dicha estructura se creó directamente en la ciudad de Kalinin, es decir, en el ferrocarril Moscú-Leningrado, lo cual le permitía trasladarse en cualquier momento y sin problema alguno a la frontera con Finlandia.

Entonces llegó el otoño de 1939. El comandante del Distrito Militar de Kalinin, comandante de ejército de 2.º rango Yákovlev, llevó toda la estructura directiva al istmo de Carelia y asumió, el mando de las tropas allí desplegadas. La estructura directiva encabezada por Yákovlev y las tropas dirigidas por este se pasaron a denominar «el 7.º ejército».

Pasó un mes y medio de ardua preparación militar y confabulaciones y, a finales de noviembre de 1939, como por arte de magia, los reaccionarios finlandeses, instigados por la burguesía británica y francesa, atacaron vilmente a la Unión Soviética. Y el 7.º ejército del comandante de 2.º rango Yákovlev, previamente desplegado en la zona, no hizo más que contraatacar.

El comandante de ejército de 2.º rango Yákovlev no consiguió grandes victorias y fue cesado. En su lugar pusieron al comandante de ejército de 2.º rango y futuro Mariscal de la Unión Soviética Meretskov.

4

Según los planes de Stalin, Finlandia tenía que ser «liberada» por los proletarios finlandeses sublevados, mejor dicho, por el Ejército Popular. Las tropas soviéticas, entre ellas el potentísimo 7.º ejército, solo tenían que apoyar a los insurrectos según su petición.

Todo eso ya es sabido. Pero en mis años estudiantiles descubrí algo que no se sabía ni era difícil de creer: la formación del Ejército Popular de Finlandia se había realizado en los distritos militares de Leningrado y de Kalinin como mínimo desde la primavera de 1939. Si se lo cuentas a alguien, se ríe de ti. Las memorias del jefe del cuartel general del 100.º regimiento de guardia de la 35.ª división de fusileros motorizados no son más que un testimonio personal. Pero cuatro décadas después encontré las pruebas documentales de dichas memorias.

Nuestro gobierno actual invierte mucho dinero en educación patriótica. En el marco del Programa Estatal de Educación Patriótica de Ciudadanos de la Federación Rusa para los años 2001-2005, el Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa sacó el diccionario bibliográfico *Comandantes de ejército* (Kuchkovo pole, 2005), que he citado en capítulos anteriores. El jefe de la Dirección de Personal, teniente general M. G. Vozhakin, y sus colaboradores hicieron públicos los expedientes personales de los generales soviéticos, escogieron cuidadosamente los momentos clave de las biografías y los publicaron. El libro está muy bien editado. Por desgracia, los ciudadanos rusos no lo leen. Es una pena. Si lo llegan a leer, el sentimiento patriótico los desbordaría.

Echemos un vistazo a la biografía del teniente general Alekséi Aleksándrovich Grechkin (págs. 56-57), que durante la guerra dirigió consecutivamente la 318.ª división de fusileros, el 16.º cuerpo de fusileros, el 9.º y el 28.º ejércitos. Y antes de la guerra, «desde abril de 1939» había sido «comandante de la 1.ª división del Ejército Popular Finlandés».

El proletario finlandés Alekséi Aleksándrovich Grechkin odiaba a muerte a los opresores del pueblo suomi, y medio año antes de la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov había preparado su división para una incursión en Helsinki.

5

En resumen, a la pregunta de para qué se organizó el Distrito Militar de Kalinin en julio de 1938, la respuesta es la siguiente: era una estructura directiva de reserva, lista para asumir en cualquier momento el mando de las tropas y para prestar su ayuda fraternal a los trabajadores y campesinos del país vecino.

Nos queda otra pregunta: ¿por qué suprimieron el Distrito Militar de Kalinin en julio de 1940? Veámoslo.

Primero tenemos que recordar que cualesquiera conocimientos pueden considerarse ciencia solo en el caso de que estén sistematizados. Nuestros mariscales

victoriosos, generales, almirantes y académicos inventaban la historia de tal forma que no se pudiera sistematizar. Un buen ejemplo son las memorias de Zhúkov, que en el momento de la invasión alemana era jefe del Estado Mayor del país.

¿Cuántos ejércitos había en Primer Escalón Estratégico para el 22 de junio de 1941? Las memorias del jefe del Estado Mayor no nos proporcionan dicha información. ¿Y cuántos ejércitos había en el Segundo Escalón Estratégico? Esto tampoco nos lo cuenta Zhúkov en sus apuntes.

Las memorias de Zhúkov se llenaron de todo tipo de paparruchadas con tal de no responder a las preguntas clave. De lo cual podemos deducir lo siguiente: o bien el jefe del Estado Mayor, cuatro veces Héroe de la Unión Soviética y Mariscal de la Unión Soviética, no era capaz de sistematizar la información recopilada a lo largo de la guerra, o bien escribió sus memorias para tomar el pelo a sus lectores, evitando responder a las preguntas más cruciales.

Ya que Zhúkov y semejantes autores de renombre no nos van a responder, busquemos las respuestas por nuestra cuenta.

La más sencilla sistematización suele empezar por la cronología. Yo personalmente siempre memorizo o apunto las fechas más importantes de nuestra historia. Al final supe que el Distrito Militar de Kalinin dejó de existir el 11 de julio de 1940. ¡Uy, qué curioso! Solo tenemos que recordar qué más ocurrió aquel día y lo entenderemos todo.

¿Se han acordado? ¡Exactamente! En otoño de 1939, la Unión Soviética había firmado con Estonia, Lituania y Letonia acuerdos que le permitían introducir las tropas en estos países con el fin de «prestarles todo tipo de ayuda, incluida la colaboración militar, en caso de que la independencia de dichos países se vea amenazada por cualquier otro estado europeo» (*Historia de la Gran Guerra Patria en la Unión Soviética. 1941-1945*, vol. 1, pág. 253). Las tropas entraban en sus territorios para prevenir la supuesta agresión por parte de Alemania. Sin embargo, los generales soviéticos lo interpretaban adecuadamente y entre sí denominaban esa operación «campaña libertadora» (*Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940*, pág. 33).

El 11 de julio de 1940, a pesar de todos los pactos y tratados, en los territorios de los tres países bálticos se creó el Distrito Militar del Báltico, que, aparte de Estonia, Lituania y Letonia, incluía la parte occidental de la región de Kalinin. Las tropas que incluía el distrito eran las mismas que se habían introducido allí previamente.

Aquí tenemos la respuesta, pues. El 11 de julio de 1940, en el Ejército Rojo se creó un nuevo distrito militar, sin embargo, no se tuvo que crear para este una nueva estructura directiva, ya que el Consejo Militar, el cuartel general y los directorios se habían constituido dos años antes. El funcionamiento de las secciones y directorios estaba perfectamente organizado, los oficiales y los generales se conocían, tras haber dirigido el 7.º ejército, salvador de los proletarios finlandeses.

De este modo entendemos por qué desapareció el Distrito Militar de Kalinin. En

realidad, los cuadros de mando del distrito no fueron disueltos, sino que se convirtieron en un complejo sistema de mando militar para los países que había que «liberar». En cuanto estos fueron «liberados», el Distrito Militar de Kalinin los engulló, cambió de nombre y su cuartel general se trasladó de Kalinin a Riga. El jefe del cuartel general del Distrito Militar de Kalinin, mayor general Górdov, pasó a ser comandante del Distrito Militar del Báltico. Solo el comandante general del Distrito Militar de Kalinin, teniente general Yákovlev, fue destituido, porque no destacó demasiado durante la campaña de apoyo a los proletarios finlandeses sublevados. En su lugar el camarada Stalin designó al subjefe del comisario del pueblo para la Defensa, coronel general Loktiónov.

6

Incluso tiene sentido continuar un poco más esta cronología. En los remotos tiempos de Jruschov, se publicó una importante obra oficial: *Historia de la Gran Guerra Patria en la Unión Soviética. 1941-1945*, fruto de un colectivo de científicos del Departamento de Historia de la Gran Guerra Patria del Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del PCUS. La edición de esta obra colosal fue dirigida por el secretario del Comité Central del PCUS, candidato al miembro del Politburó del Comité Central del PCUS, Héroe del Trabajo Socialista, Premio Stalin de primer grado, miembro de la Academia de las Ciencias de la URSS, el camarada P. N. Pospélov. Además, en la creación de esta obra maestra histórica participaron mariscales de la Unión Soviética, generales, almirantes y demás lumbreras del pensamiento científico.

Abrimos el apartado «Triunfo de la revolución socialista en los países bálticos y la incorporación de las repúblicas de Estonia, Letonia y Lituania en la URSS», donde leemos lo siguiente:

> Entre el 14 y 15 de julio de 1940, se celebraron las elecciones a los parlamentos de Lituania, Letonia y a la Duma Estatal de Estonia, en las que triunfó la clase trabajadora de estos países. Entre el 21 y el 22 de julio, en las sesiones de los órganos legislativos superiores de Estonia, Letonia y Lituania, los representantes del pueblo aprobaron por unanimidad la instauración del poder de los Soviets de los trabajadores y la incorporación de las repúblicas a la Unión Soviética […] A principios de agosto de 1940, la séptima sesión del Consejo Supremo de la URSS, tras estudiar las peticiones de los comisarios plenipotenciarios de Lituania y Letonia y de la Duma Estatal de Estonia, resolvió satisfacerlas y aceptar la incorporación de los países bálticos a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (vol. 1, pág. 357).

Así éramos de buenos. En tres países independientes, el mismo día, se produjeron revoluciones socialistas y los tres países simultáneamente solicitaron su admisión a la bien avenida familia de los pueblos soviéticos. Nuestras porqueras y cabreros que se reunían en el Consejo Supremo de la URSS se pusieron de acuerdo y decidieron: venga, va, ya que tienen tantas ganas, los aceptamos.

Pero comparemos las fechas. El Distrito Militar del Báltico se constituyó el 11 de

julio de 1940, cuando todavía no se había producido ninguna de las tres revoluciones socialistas y ninguno de los tres países había entrado en la Unión Soviética (ni siquiera lo había solicitado).

Cuando nuestras tropas se encontraban en el territorio extranjero se trataba de grupos de fuerzas armadas. Pero un distrito militar era una unidad administrativo-militar de la Unión Soviética. Los tres países fueron incluidos en la URSS antes de haberlo solicitado.

* * *

El Distrito Militar de Kalinin se formó en julio de 1938 para dirigir las «marchas libertadoras» hacia el Báltico.

En agosto de 1939, Stalin y Hitler se repartieron Europa. Nos dicen que fue un paso forzoso, porque solo trabando amistad con Hitler nos podíamos garantizar la seguridad.

No obstante, la creación del Distrito Militar de Kalinin no se ajusta a semejante explicación. El camarada Stalin no se preocupaba por la seguridad. El poderoso mecanismo de «liberación» de los pueblos vecinos lo había construido antes de la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov.

Por cierto, lo había construido incluso antes de los Acuerdos de Múnich de 1938 (la traición de Múnich), según los cuales Alemania, por primera vez después del Anschluss de Austria, se anexionaba un territorio extranjero. En septiembre de 1938 Checoslovaquia, presionada por los gobiernos, se vio obligada a ceder a Alemania la región de los Sudetes.

CAPÍTULO 28

De ejércitos de choque a ejércitos de cobertura

En la actualidad, el término estratégico de «ejército de cobertura» incluye la idea dominante de un ataque por sorpresa. De ahí se deduce que el término actual de «ejército de cobertura» no hace más que encubrir la finalidad ofensiva de un «ejército de invasión».

Problemas de despliegue estratégico[67]

1

Mientras Hitler fue el enemigo, en la parte europea de la URSS no había ejércitos. Mientras se repartían Polonia, mientras las tropas soviéticas y alemanas estaban en contacto directo, Stalin se conformaba con una docena, o incluso media, de ejércitos en el occidente.

Pero en cuanto Hitler dio la espalda a Stalin para lanzar las tropas de la Wehrmacht hacia Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, con un claro propósito de desembarcar en Gran Bretaña, y casi no quedaron tropas alemanas en las fronteras soviéticas, la URSS empezó a crear, en secreto, una cantidad enorme de ejércitos, entre los que estaba el 26.º, arriba mencionado. Cuanto más al occidente, al norte o al sur se alejaban las divisiones alemanas, más ejércitos soviéticos aparecían en la frontera alemana.

Stalin había desplegado sus ejércitos en la frontera con Alemania antes de los avisos de Churchill (de los que hablaremos más adelante) e incluso antes de que, a principios de junio de 1940, Hitler ordenara al Alto Mando del Ejército (Oberkommando des Heeres) que elaborara el plan de la Operación Barbarroja.

2

En la base de la estrategia soviética estaba el concepto de la operación profunda. Este consistía, principalmente, en atacar por sorpresa y en profundidad las zonas más vulnerables del adversario. Junto con el concepto de operación profunda nació la teoría del ejército de choque como herramienta de ejecución de dichos ataques.

Los ejércitos de choque se creaban solo para realizar operaciones de carácter ofensivo (*ESM*, vol. 1, pág. 256). Incluían una gran cantidad de artillería y de infantería, cuyo objetivo era quebrar la defensa del enemigo, y un par de cuerpos de tanques, de quinientas máquinas cada uno, que tenían que asestar el profundo puñetazo final.

El concepto alemán de Blitzkrieg (guerra relámpago) se parece

extraordinariamente al concepto soviético de la operación profunda, tanto en la idea global como en los detalles. Para la realización de la Blitzkrieg también se había creado un instrumento especial: grupos de tanques. Para la invasión de Francia se utilizaron tres de estos grupos, para atacar a la URSS, cuatro. Cada uno de ellos se componía de 600 a 1000 tanques (a veces hasta 1250 tanques) y una gran cantidad de artillería e infantería para abrirles paso.

La diferencia entre los instrumentos soviéticos y los alemanes consistía en que estos se llamaban por su nombre y, además, los grupos de tanques tenían su propia numeración y los ejércitos de campaña, la suya. En la Unión Soviética los ejércitos de choque habían existido en la teoría y luego la teoría fue llevada a la práctica, sin embargo, las formaciones resultantes no se llamaban «de choque». Este nombre se hizo oficial solo después de la invasión alemana. Antes todos los ejércitos soviéticos seguían la misma numeración y no se distinguían por el nombre. Este hecho confundía a muchos entonces y lo sigue haciendo hoy en día. En Alemania vemos claramente instrumentos de agresión: los grupos de tanques; pero en la Unión Soviética no los distinguimos con tanta nitidez, lo cual no es muestra de pacifismo de la Unión Soviética, sino de excesivo secretismo.

A primera vista, los ejércitos soviéticos eran todos iguales, como soldados en fila, pero si te fijas bien, enseguida empiezas a distinguirles las caras. Por ejemplo, para la «liberación» de Finlandia, unos meses antes de la «agresión finlandesa», en el territorio soviético se desplegaron varios ejércitos. Su composición para diciembre de 1939 era la siguiente (se enumeran según su localización de norte a sur):

- 14.º ejército: no incluye cuerpos, incluye dos divisiones de fusileros;
- 9.º ejército: no incluye cuerpos, incluye tres divisiones de fusileros;
- 8.º ejército: no incluye cuerpos, incluye cuatro divisiones de fusileros;
- 7.º ejército: incluye el 10.º cuerpo de tanques (660 máquinas); tres brigadas de tanques (de 330 máquinas cada una); el 10.º, el 19.º, el 34.º y el 50.º cuerpos de fusileros (tres divisiones de fusileros en cada uno); una brigada independiente; once regimientos de artillería independientes, aparte de los incluidos en los cuerpos y divisiones arriba enumeradas; varios batallones de tanques y grupos de artillería independientes; y aviación de ejército.

Vemos que el 7.º ejército, cuya denominación no lo diferencia en nada de los ejércitos desplegados al lado, por la cantidad de tanques y artillería supera de sobra los otros tres ejércitos juntos.

Resulta curioso también el emplazamiento del 7.º ejército (de choque). Justo donde lo había desplegado el mando soviético, un mes y medio después, los «militarzuelos finlandeses» empezaron sus «provocaciones bélicas» y recibieron un

«golpe recíproco». Pero donde estaban desplegados los ejércitos soviéticos débiles (que en realidad no eran ni ejércitos, sino cuerpos de fusileros), no hubo ningún tipo de provocación por parte de los «militarzuelos finlandeses».

3

La estructura organizativa de los ejércitos soviéticos destacaba por su flexibilidad excepcional. Añadiendo o quitando cuerpos, cualquier ejército en cualquier momento se podía convertir en ejército de choque y con la misma facilidad volver a su estado inicial. Un ejemplo ilustrativo es el mismo 7.º ejército. El más fuerte en 1940 era el más débil en 1941: no incluía cuerpos, sino tan solo cuatro divisiones de fusileros.

Para entender bien lo que ocurría en la frontera germano-soviética en la primera mitad de 1941, debemos tener muy claro cuál de los ejércitos era de choque y cuál no. Formalmente, todos los ejércitos eran iguales, ninguno de ellos se llamaba «de choque», pero si algunos casi no tenían tanques, otros tenían cientos.

Para determinar si un ejército soviético era de choque solo tenemos que comparar su fuerza combativa con la de un grupo de tanques alemán o recurrir a los cánones soviéticos de la época según los cuales un ejército se consideraba o no como ejército de choque. El elemento que convertía un ejército regular en uno de choque era un cuerpo mecanizado, que, según la normativa, debía incluir 1031 tanques. Al añadir un cuerpo así a un ejército regular, la fuerza combativa de este se igualaba o incluso superaba a la de un grupo de tanques alemán.

De pronto hacemos un descubrimiento espectacular: para el 21 de junio de 1941 todos los ejércitos soviéticos en las fronteras con Rumanía y Alemania, más el 23.er ejército situado en la frontera con Finlandia, se podían considerar ejércitos de choque, aunque, repito, oficialmente no se denominaban así. Los voy a enumerar por orden, de norte a sur: 23.º, 8.º, 11.º, 3.º, 10.º, 4.º, 5.º, 6.º, 26.º, 12.º, 18.º y 9.º.

Además, en la primera mitad de 1941, al distrito de Shepetovka, empezaron a llegar las unidades del 16.º ejército, que era un ejército de choque típico, con más de 1000 tanques (Archivo Central del Ministerio de Defensa [ACMD] de la URSS, fondo 208, inventario 2511, expediente 20, pág. 128. Publicado en *Los mandos y la jefatura del Ejército Rojo entre 1940 y 1941*, pág. 246). También se podían considerar de choque los ejércitos 19.º, 20.º y 21.º, desplegados cerca de las fronteras alemanas.

Alemania disponía de potentes herramientas ofensivas: grupos de tanques. La Unión Soviética tenía herramientas ofensivas equivalentes. La diferencia consistía en la cantidad y en la denominación. Mientras Hitler tenía cuatro grupos de tanques, Stalin tenía dieciséis ejércitos de choque.

Es cierto que no todos los ejércitos de choque disponían de tanques. Pero para valorar en sus justos términos los propósitos de Stalin, debemos tener en cuenta no solo lo que hizo, sino también lo que no le dejaron hacer.

La invasión alemana sorprendió a la Unión Soviética en plena formación de infinidad de ejércitos de choque. Ya se habían construido los «armazones» de aquellos mecanismos bestiales, que se estaban terminando, puliendo, perfeccionando. No todos los ejércitos pudieron alcanzar el nivel deseado, pero se había hecho todo lo posible para conseguirlo. Hitler interrumpió el proceso, puesto que su prudencia no le permitía esperar a que todas aquellas herramientas ofensivas se terminasen de forjar y de pulir.

4

En la década de 1920, los expertos soviéticos utilizaron el término «ejército de invasión». Hemos de reconocer que dicho término no suena demasiado diplomático, sobre todo para los países vecinos con los que la diplomacia soviética intentaba establecer unas «relaciones normales».

En 1930, este término indiscreto fue sustituido por uno más moderado: «ejército de choque». La serpiente mudó el pellejo, pero siguió siendo serpiente. Las fuentes soviéticas subrayan que solo fue un cambio de nombre, que de ningún modo alteró la esencia: «ejército de invasión» significa lo mismo que «ejército de choque» (*Revista de la Historia Soviética*, 1963, n.º 10, pág. 31). Pero el término suavizado de «ejército de choque», como vemos, tampoco se había utilizado antes de la guerra, aunque la mayoría de los ejércitos soviéticos merecían llamarse así.

Para hacer el término del todo eufónico, los expertos soviéticos sustituyeron la combinación «ejército de choque» por «ejército de cobertura». Los escritores de memorias definieron con exactitud el significado de estas palabras. En la jerga soviética hay un montón de combinaciones semejantes. Por ejemplo: «campaña libertadora», «contraataque» o «interceptar la iniciativa estratégica» significan, respectivamente, «agresión», «ataque preventivo» e «invadir el país vecino sin previo aviso». Cada uno de estos términos es una especie de maleta de doble fondo: el equipaje visible solo sirve para ocultar el contenido oculto. Es una pena que algunos historiadores utilicen —sea con premeditación, sea por ignorancia— los términos soviéticos sin explicar a sus lectores su verdadero significado.

5

Es verdad que los «ejércitos de cobertura» de alguna forma estaban destinados a cubrir la movilización de las fuerzas principales del Ejército Rojo, si tenemos en cuenta que la palabra «cobertura» no se refería en este caso a la defensa, sino a la invasión inesperada en el territorio enemigo. Esta era la mejor cobertura para una movilización tranquila y una incorporación organizada de las fuerzas principales del Ejército Rojo a la guerra. Ya el 20 de abril de 1932, el Consejo Militar

Revolucionario de la URSS resolvió que la cobertura de la movilización se realizaría en forma de invasión y por eso los ejércitos fronterizos se llamarían «ejércitos de cobertura»[68].

Según los estrategas soviéticos, había dos modos de empezar una guerra: el correcto y el incorrecto.

El incorrecto consistía en que al adversario se le declaraba la guerra, después de lo cual los ejércitos de cobertura (léase ejércitos de invasión) cruzaban las fronteras.

El correcto consistía en que los ejércitos de cobertura (es decir, ejércitos de invasión) lanzaban un ataque demoledor contra el enemigo y solo después se declaraba la guerra.

En julio de 1939, la teoría se llevó a la práctica: la Unión Soviética empezó un despliegue masivo de «ejércitos de cobertura» en sus fronteras. Cuanto más se alejaba Hitler hacia occidente, los diplomáticos soviéticos más alto despotricaban sobre la paz y la seguridad colectiva y más «ejércitos de cobertura» desplegaba el camarada Stalin a lo largo de sus fronteras occidentales.

Para no caer en la trampa de la charlatanería soviética, la combinación «ejército de cobertura» hay que entrecomillarla, explicando que la «cobertura» se planeaba realizar a través de un ataque por sorpresa, o bien utilizar un término que refleja la finalidad verdadera de este tipo de formaciones: «ejércitos de invasión».

6

Entre los ejércitos de invasión soviéticos corrientes (con un cuerpo mecanizado, dos cuerpos de fusileros y un par de divisiones de aviación) encontramos tres que no eran del todo corrientes: el 6.º, el 9.º y el 10.º.

Cada uno de ellos, en lugar de tres cuerpos, tenía seis: dos mecanizados, uno de caballería y tres de fusileros. Estaban aproximados a las fronteras al máximo, además, si la frontera presentaba un saliente hacia el territorio enemigo, esos ejércitos de invasión extraordinarios se concentraban justo allí. Los tres ejércitos tenían a su disposición el armamento más moderno. Por ejemplo, el 6.º cuerpo mecanizado del 10.º ejército tenía 452 tanques T-34 y KV, modernísimos (entre otros tipos de tanques); el 4.º cuerpo del 6.º ejército tenía 460 tanques T-34 y KV (entre otros). Las divisiones de aviación de dichos ejércitos tenían cientos de aviones de nueva generación, como Yak-1, MiG-3, IL-2 y Pe-2.

Al acabar de equiparse, cada uno de los tres ejércitos tenía que disponer de 2350 tanques, 698 automóviles blindados, más de 4000 piezas de artillería y lanzagranadas, más de 250 000 soldados y oficiales. Aparte de su efectivo permanente, cada uno de los ejércitos tenía que recibir adicionalmente de diez a doce regimientos de artillería pesada, unidades del NKVD, entre otros complementos.

No sé cómo llamar esos ejércitos, pero si utilizamos sus nombres oficiales (6.º

ejército, 9.º ejército y 10.º ejército), caemos en la trampa que el Estado Mayor soviético nos tendió ya en 1939. En este caso nos dejamos llevar por el engaño y los presentamos como ejércitos de invasión normales y corrientes.

¡Pero no eran nada corrientes! Ni en Alemania, ni en ningún otro país del mundo había nada parecido. Cada uno de estos ejércitos, por la cantidad de tanques, equivalía a la mitad de la Wehrmacht, y en cuanto a la calidad de las máquinas, la superaban con holgura.

Pero eso no es todo. El mando soviético tenía en sus manos numerosos cuerpos mecanizados que no formaban parte de ningún ejército, pero estaban emplazados junto a las fronteras. Bastaba con incluir un cuerpo mecanizado en un ejército regular para que este se convirtiese en uno de choque. Si se le añadiera otro cuerpo mecanizado, se convertiría en ejército de «superchoque» (o como se quiera llamar). Todo eso sin tener que modificar su numeración ni denominación oficial. Y, si quisiéramos, podríamos añadir un ejército de «superchoque» otro cuerpo mecanizado, entonces el número de tanques del ejército en cuestión superaría todo el parque de tanques de la Wehrmacht.

Hace mucho tiempo que me devano los sesos intentando encontrar un nombre para este tipo de ejércitos. Si los grupos de tanques alemanes, de 600 a 1000 tanques, los llamamos «herramientas de agresión», ¿cómo se podrían llamar los ejércitos soviéticos de dos a tres mil tanques cada uno?

CAPÍTULO 29

Divisiones de montaña en las estepas de Ucrania

En teatros de operaciones montañosos, las tropas de desembarco aéreo serán sumamente eficaces. Teniendo en cuenta que, en dichas condiciones, los cuarteles generales y la retaguardia dependen en gran medida de las carreteras, el uso de las tropas de desembarco aéreo resulta útil para atacar la retaguardia del enemigo, sus vías de comunicaciones, alturas dominantes, desfiladeros, puertos de montaña, nudos de carreteras, etc., lo cual nos puede proporcionar resultados muy positivos.

Voyenni vestnik (El mensajero militar)[69]

1

Incluso un vistazo superficial a los ejércitos soviéticos de 1941 nos permite apreciar lo intensos y minuciosos que habían sido los preparativos para la guerra. Descubrimos que cada uno de los ejércitos tenía su estructura única e irrepetible, su carácter y sus objetivos. Cada «ejército de cobertura» se había creado con el fin de resolver una tarea determinada, tenía su misión concreta en la futura «guerra de liberación».

Se han publicado materiales suficientes para realizar una interesantísima investigación sobre cada uno de los veintiocho ejércitos que existieron en la primera mitad de 1941. Si estudiamos la estructura, la disposición y la finalidad de al menos uno de los ejércitos soviéticos —no importa cuál—, enseguida descubrimos su carácter «ofensivo-liberador». Aunque no tengo la posibilidad de analizar en un solo libro todos los ejércitos, me voy a permitir detenerme en algunos de ellos.

Por ejemplo, el 12.º ejército desplegado en el saliente de Leópolis-Chernivtsi estaba compuesto por dos cuerpos de fusileros, uno mecanizado y otras unidades; nueve divisiones en total, entre las cuales había dos de tanques y una motorizada. A primera vista era un ejército de invasión normal, puesto que ni el número ni el nombre lo distinguían de los demás ejércitos similares. La historia de su creación también fue típica. El ejército se reclutó en verano de 1939, cuando Hitler se convirtió en aliado del camarada Stalin. Poco después, el 12.º ejército emprendió la campaña libertadora. En aquel momento estaba formado por un cuerpo de tanques, dos brigadas de tanques independientes, dos cuerpos de caballería y tres divisiones de fusileros. Si tenía tan poca infantería y artillería era por algo: en Polonia no había una defensa fuerte que romper. Pero las tropas móviles abundaban en esa formación. «El 12.º ejército, en realidad, actuó como una especie de grupo de maniobra fronterizo» (*ESM*, vol. 8, pág. 181).

Bastante típica fue su situación posterior: cuando la «campaña libertadora» en Polonia concluyó, el 12.º ejército no fue disuelto, sino que permaneció en la frontera

alemana. Posteriormente sufrió las mismas transformaciones que el resto de los ejércitos de invasión. Su herramienta principal de ataque dejó de llamarse «cuerpo de tanques» y pasó a llamarse «cuerpo mecanizado»; así los líderes del estado amigo y vecino podían estar más tranquilos. Eso sí, el cambio de nombre fue acompañado de un aumento del número de tanques en el ejército. La caballería fue eliminada. Las posibilidades de quebrar la defensa del enemigo aumentaron, ya que el número de divisiones de fusileros se duplicó, al igual que la cantidad de artillería; además, el ejército adquirió una brigada y dos regimientos independientes de artillería. Las posibilidades de franquear las estructuras defensivas del adversario aumentaron gracias a la incorporación de un regimiento independiente de zapadores.

2

¿Y qué tenía este ejército de particular? La composición de los demás ejércitos de invasión cambiaba más o menos de la misma manera. Pues, lo peculiar era su componente étnico. En 1939, preparando la invasión de Polonia, Stalin completó el 12.º ejército con ucranianos, contando, por lo visto, con la disensión polaco-ucraniana. El ejército fue reclutado en Ucrania, por lo cual la mayor parte de reservistas provenían de aquella zona.

Acabada la «liberación» de Polonia, la composición étnica del 12.º ejército empieza a transformarse lenta y casi invisiblemente. Pero en 1940, ya podemos observar unos cambios considerables. Para que las peculiaridades de la composición étnica del ejército no fuesen demasiado patentes, los puestos de mando más significativos fueron asignados a rusos. Pero la mayor parte del efectivo del ejército ya no era de origen ucraniano ni tampoco ruso. Eran del Cáucaso.

En los demás ejércitos también había georgianos, armenios, azeríes, pero en el 12.º ejército la mayoría caucasiana era absoluta. Encontramos decenas y cientos de apellidos como Partsvania, Grigorián, Kabalava, Huseinzade, Sarkoshián, y no solo entre oficiales particulares. El comandante de las tropas del Distrito Militar Especial de Kiev, general de ejército Zhúkov, encontró entre los profesores de la Academia del Estado Mayor del Ejército Rojo a su antiguo amigo armenio, coronel Iván Jristofórovich Bagramián (nombre auténtico: Ovanés Jachatúrovich), y lo puso de jefe del departamento operativo (planificación de maniobras) del cuartel general del 12.º ejército, ni más ni menos. Allí no solo había coroneles caucásicos, sino también generales; y bastantes. El propio jefe del cuartel general del ejército, Bagrat Arushunián, era del Cáucaso.

El comandante de las tropas del Distrito Militar Especial de Kiev no en vano era un visitante asiduo del 12.º ejército y completaba este con combatientes provenientes del Cáucaso: la formación se iba convirtiendo —sin prisa pero sin pausa— en un ejército de montaña. Zhúkov exigía a los mandos del ejército un conocimiento

perfecto de los puertos de los Cárpatos. El conocimiento no tenía que ser teórico, sino empírico y práctico. Aquí tenemos una de sus órdenes:

> Enviar en otoño, a través de todos los puertos de montaña más o menos transitables, grupos especiales equipados de vehículos de transporte o militares, para asegurarse de que aquellas zonas podrán ser franqueadas por tanques, camiones, tractores, caballería o animales de carga (mariscal de la Unión Soviética I. J. Bagramián, *RHM*, 1967, n.º 1, pág. 54).

¿Qué raro, verdad? En verano de 1940, Hitler estaba combatiendo en Francia, de espaldas a la Unión Soviética, en otoño hubo batallas enconadas en el mar y en el aire entre Alemania y Gran Bretaña; Zhúkov, mientras tanto, hacía ensayos en los puertos de montaña. El continente europeo estaba dividido entre Hitler y Stalin. Las fronteras, bien marcadas. En el mapa del reparto de Europa Stalin garabateó personalmente: «esto es para Hitler y esto es para mí». Firmaron el acuerdo, tomaron champán y el Ejército Rojo empezó a prepararse intensa pero clandestinamente para el franqueo de la sierra montañosa que dividía los predios de Stalin de los de Hitler. El Ejército Rojo se estaba preparando para infringir el pacto y usurpar lo que, según lo acordado, no pertenecía a Stalin.

Parece curioso que, el mismo año pero un poco antes, los generales alemanes en sus fronteras occidentales estaban haciendo los mismos ensayos en la montaña. Su objetivo era la preparación de un ataque sorpresa contra Francia y sus aliados. Los generales alemanes querían estar seguros de la enorme cantidad de tropas, tanques, artillería, remolcadores de artillería y camiones que podían atravesar las Ardenas. Los ensayos alemanes fueron exitosos. El ataque a Francia resultó inesperado por el lugar y por el tiempo, demoledor y mortífero.

Los jefes soviéticos estaban planeando un ataque igual contra Alemania.

3

¿Pero a lo mejor Zhúkov estaba preparando el 12.º ejército para la defensa? No. El Mariscal de la Unión Soviética Bagramián, que en aquel entonces era coronel y organizaba las maniobras del 12.º ejército, testifica: «Analizando los planes operativos, quedé sorprendido por el siguiente hecho: nuestro ejército fronterizo no se disponía a consolidar la cobertura de las fronteras» (*ibidem*).

La frase «analizando los planes» quiere decir que la caja fuerte de la sección operativa no estaba vacía. Contenía planes. Era imposible tan solo echarles un vistazo: había que estudiarlos. Sin embargo, entre ellos no había ningún plan de defensa.

En la misma revista Bagramián describe los entrenamientos a los que asistía Zhúkov. Se ensayaban solo las maniobras de ataque; además, sobre los mapas, la guerra transcurría en el territorio enemigo. Las batallas no empezaban por repeler algún ataque alemán, sino por atravesar el río San desde el territorio soviético. En

aquel juego de guerra, el enemigo no era convencional, sino real, recreado gracias a la información proporcionada por los servicios de inteligencia.

A veces Zhúkov discrepaba con el comandante del 12.º ejército Parusínov. Pero ¡qué va!, no discutían sobre si había que atacar o defenderse. Parusínov insistía: «Tenemos que intentar causar el máximo daño al enemigo durante el primer ataque». Pero Zhúkov creía que no eran más que buenas intenciones y que la incursión no tenía que transcurrir en un frente ancho, sino en uno lo más estrecho posible. Ese era el objeto de la discrepancia.

Zhúkov no se conformó con derrotar al comandante del ejército sobre el campo teórico. A Parusínov lo destituyeron al poco tiempo y su puesto lo ocupó un viejo amigo de Zhúkov, el mayor general Pável Grigórievich Ponedelin. Después de eso, el ejército empezó a entrenarse más duramente para franquear los puertos de montaña. Al dirigir personalmente los ejercicios, el coronel Bagramián acabó en la frontera del país, donde se encontró con una «clara simulación de obras defensivas»: las fortificaciones de hormigón se estaban construyendo en las orillas del río fronterizo, ante los ojos del adversario.

Es curioso: Zhúkov se interesaba por los puertos de montaña y su transitabilidad, pero no desde el punto de vista de la defensa. Si Zhúkov quisiera hacer los puertos de montaña intransitables para el enemigo, habría que enviar allí las tropas para que excavaran y minaran todos los caminos y veredas de montaña; y las fortificaciones de hormigón no se tendrían que elevar en los valles, junto a los ríos fronterizos, ¡sino en los mismos puertos de montaña! Saldría mucho más barato y el enemigo, al no haber descubierto las obras, no podría cruzar la montaña. ¿Pero acaso alguien se atrevería a atacar a la Unión Soviética por la sierra habiendo tanto espacio abierto alrededor?

No obstante, para el mando soviético las montañas tenían un valor inapreciable. Alemania estaba separada de su fuente principal de petróleo por una doble barrera montañosa: en Checoslovaquia y en Rumanía. El ataque soviético a Rumanía a través de la montaña sería mortal para Alemania. Las tropas soviéticas solo tenían que pasar por sus puertos de montaña y tomar los de Checoslovaquia y Rumanía, lo cual dejaría a Alemania sin petróleo. El mariscal Zhúkov opinaba con razón: «El lado débil de Alemania era la extracción de petróleo, pero en cierto modo lo compensaba con la importación de petróleo rumano» (Zhúkov, G. K, *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 224).

Todo lo genial es sencillo. Zhúkov seguía el antiguo principio de buscar el punto débil del enemigo y atacarlo por ahí de improviso. Él sabía cuál era el punto débil de Alemania, por eso los ejercicios militares en la montaña continuaban. Se estudiaban al detalle las posibilidades de funcionamiento de cada uno de los tipos de tropas, de vehículos militares y de transporte en los Cárpatos. Se revisaban las normativas y se elaboraban directrices para las tropas. Se calculaba cuánto exactamente tardaba cada uno de los vehículos en atravesar aquellos puertos de montaña.

Todo eso hacía falta para planificar operaciones ofensivas. Además, se trataba de

operaciones relámpago. Igual que al planear el atraco a un banco, era necesario prever cualquier detalle y calcular cada paso. Era a lo que se dedicaba el coronel Bagramián en los puertos de montaña: apuntaba cuánto se tardaba en realizar las maniobras para que después la planificación se basara en datos concretos.

Insisto en que nada de eso servía para la defensa. Si hubiera que defender los puertos de montaña en los Cárpatos, no sería imprescindible medir en cuánto tiempo se podían atravesar. Solo había que decir a los soldados: quedaos aquí y no dejéis que pase el enemigo; quedaos un año, dos, ¡hasta la victoria o la muerte!

4

Al poco tiempo, Zhúkov fue ascendido. El 13 de enero de 1941 lo nombraron jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo. Al mismo tiempo consiguió un ascenso Bagramián. Pero ninguno de los dos se olvidó del extraordinario 12.º ejército. Bajo su supervisión, la estructura de este fue cambiando, sin prisa pero sin pausa.

En el 12.º ejército, al igual que en los demás ejércitos soviéticos, las cosas no se llamaban por su nombre. A principios de 1941, cuatro divisiones de fusileros del 12.º ejército (44.ª, 58.ª, 60.ª y 96.ª) fueron transformadas en divisiones de fusileros de montaña. Al mismo tiempo, al ejército se incorporó la 192.ª división de fusileros de montaña, recién trasladada desde Turquestán de forma clandestina.

¿Qué nombre le ponemos al 13.er cuerpo del 12.º ejército, que contenía dos divisiones, y si las dos eran de fusileros de montaña? ¿Cómo llamar al 12.º ejército, que se componía de tres cuerpos, dos de los cuales eran de fusileros de montaña y cuyas divisiones, en su mayoría, eran de fusileros de montaña?

Yo los llamaría «cuerpos de fusileros de montaña», y el ejército, «ejército de montaña». Pero los mandos soviéticos tenían motivos para no hacerlo. Los cuerpos 13.º y 17.º se siguieron llamando, simplemente, «de fusileros», mientras el ejército solo llevaba el número 12.

5

Esto es el resultado final, pero el proceso de transformación del 12.º ejército no lo podemos ver. Oficialmente, aquellas divisiones empezaron a llamarse «divisiones de fusileros de montaña» el 1 de junio de 1941, aunque la orden se había emitido el 26 de abril y la reestructuración de las divisiones había empezado ya en otoño de 1940, antes de que Bagramián empezara sus juegos de guerra.

No solo el 12.º ejército se fue transformando en ejército de fusileros de montaña. Este influía notablemente en los ejércitos vecinos. La 72.ª división de fusileros de montaña, preparada en el 12.º ejército (dirigida por el mayor general P. I.

Abramidze), pasó a formar parte del 26.º ejército. Detrás de los ejércitos 12.º y 26.º, se fue desplegando clandestinamente el 19.º ejército del teniente general I. S. Kónev. Esta formación, que se había trasladado del Cáucaso Norte, también incluía dos divisiones de fusileros de montaña. Una de ellas, por ejemplo, era la 28.ª, dirigida por el coronel K. I. Nóvik.

El 13 de junio de 1941, en los Cárpatos Orientales, entre el 12.º ejército (de montaña) y el 9.º (de «superchoque»), empezó a desplegarse otro ejército, el 18.º. La invasión alemana no dejó que este ejército se terminara de desplegar y yo no he podido averiguar su composición tal como la había planeado el mando soviético. Hitler alteró todos los planes de Stalin y empezó a ocurrir algo inimaginable.

Pero tenemos motivos para suponer que, en principio, el 18.º ejército se tenía que parecer bastante al 12.º. Su transformación en un ejército de montaña se realizó con esmero: las divisiones de fusileros de montaña se completaron con soldados rigurosamente seleccionados y bien formados y pasaron a recibir abastecimiento especial, muy diferente al de una división de fusileros normal; su armamento también mejoró bastante.

En el Cáucaso, en vísperas de la guerra, se había creado una escuela de preparación de tropas de montaña, donde los mejores alpinistas soviéticos se formaban para ser monitores. A estos, recién graduados, no se les enviaba con urgencia ni al Cáucaso ni a Turquestán, sino a la frontera occidental, en la que se concentraba una enorme cantidad de tropas de fusileros de montaña. Sobre esa escuela hay un breve artículo en el periódico *Krásnaya zvezdá* (1 de noviembre de 1986) que se titula «Se preparaban para luchar en las montañas».

Y aquí llega el momento de preguntarnos: ¿en qué montañas?

6

En las fronteras occidentales de la Unión Soviética había un macizo relativamente pequeño perteneciente a los Cárpatos Orientales, más parecido a unas colinas o cerros. Crear una fuerte defensa en los Cárpatos, en 1941, no tenía mucho sentido por varias razones:

1. Aquella zona de los Cárpatos resulta incómoda para el ataque de oeste a este. El agresor tendría que descender hacia los valles y habría que abastecer sus ejércitos a través de toda la cadena carpática, los montes Tatra, los montes Metálicos y los Sudetes. Es sumamente difícil y peligroso.
2. Para el Ejército Rojo, los Cárpatos Orientales eran un resalte en forma de cuña obtusa, cuya punta se dirigía hacia el adversario. De concentrar en aquella zona muchas tropas, incluso en tiempos de paz, estas quedarían

rodeadas por los tres costados. Utilizando las llanuras al sur y al norte de los Cárpatos, el enemigo podía atacar en cualquier momento la retaguardia de las tropas situadas en la montaña, cortándoles el suministro.

3. En 1941, en los Cárpatos no había tropas enemigas suficientes para poner en peligro la seguridad de la URSS; y los mandos soviéticos lo sabían de sobra (teniente general Arshunián, *RHM*, n.º 6, pág. 61).

La concentración de dos ejércitos de montaña en los Cárpatos Orientales tuvo consecuencias catastróficas. Está claro que nadie atacó esos ejércitos emplazados en la montaña. Sin embargo, el 1.er grupo de tanques alemán avanzó por la llanura al norte de los Cárpatos orientales, rodeando el macizo y separando las tropas de montaña de las fuerzas principales. El mando soviético tuvo que sacarlas inmediatamente de aquella ratonera, porque, de quedarse en los Cárpatos, los dos ejércitos de montaña sucumbirían sin municiones ni vituallas.

Entonces, dos ejércitos de montaña, no adaptados para combatir en planicies, ligeramente armados y con mucho equipo innecesario, bajaron corriendo de las montañas y recibieron en el flanco un golpe de la cuña de tanques alemanes. Tras derrotar con facilidad a los ejércitos soviéticos que huían de las montañas, el 1.er grupo de tanques alemán se lanzó hacia delante, arremetiendo contra la retaguardia del 9.º ejército (de «superchoque») y ocasionándole enormes pérdidas.

A partir de entonces, las tropas alemanas tuvieron la vía libre hacia las bases desprotegidas de la flota de Odesa y de Sebastopol, también hacia Donbass, Járkov, Zaporozhie o Dnepropetrovsk, todas ellas regiones industriales soviéticas de una importancia colosal. Al perder estas, la Unión Soviética logró producir durante la guerra tan solo cien mil tanques. Está claro que es mucho más de lo que se produjo en Alemania, pero si dichas regiones no se hubieran perdido, la producción de tanques en la URSS (al igual que de piezas de artillería, aviones y demás armamento) habría sido mucho mayor.

La salida de las tropas alemanas al sur de Ucrania puso a las tropas soviéticas en una situación muy complicada, sobre todo en la región de Kiev; además abrió a Alemania camino hacia el Cáucaso, el corazón petrolero de la Unión Soviética, y hacia Stalingrado, la aorta petrolera del país.

7

Repito que, para la defensa de los Cárpatos, en 1941, dos ejércitos de montaña no hacían falta en absoluto. Pero si, incluso, a alguien se le hubiera ocurrido utilizarlos para la defensa, no habría sido necesario transformar las divisiones de fusileros pesadas en las ligeras de montaña. Una vez atrincherada y tras tomar los puertos de montaña, las crestas y las alturas, la infantería rusa regular hubiera podido retenerlas

hasta el final de la guerra; y si no hubiera sido por la caída del Imperio Ruso, esa defensa habría aguantado muchos más años. Aun sabiéndolo, los mandos soviéticos reestructuraron las divisiones en las de montaña, lo cual podía ser necesario solo para el ataque.

Cedamos de nuevo la palabra al mariscal Bagramián. Así habla este de su actividad en 1940:

> Conocer los Cárpatos orientales me ayudó a ver más claro lo apremiante que era la necesidad de transformar las divisiones de fusileros, pesadas, inertes, no adaptadas a la actuación en la montaña, en formaciones de montaña más ligeras. Recordándolo ahora, me doy cuenta de mi equivocación. El caso es que, al principio de la guerra, aquellas divisiones tuvieron que luchar, básicamente, en llanuras, por lo que su reestructuración no había hecho más que debilitarlas (*RHM*, 1976, n.º 1, pág. 55).

A inicios de 1941, en las divisiones de fusileros de montaña soviéticas aparecieron grupos de alpinistas escaladores perfectamente preparados. Pero en la parte soviética de los Cárpatos orientales obviamente no tenían nada que hacer. Los alpinistas podían hacer falta en las regiones montañosas a cientos de kilómetros al oeste de los Cárpatos orientales; por ejemplo, en Austria.

Los mismos factores que hacen los Cárpatos orientales incómodos para la agresión de oeste a este, los hacen absolutamente adecuados para la agresión en dirección contraria:

1. Mientras las tropas avanzan hacia el interior de las montañas, sus bases de aprovisionamiento permanecen en el territorio soviético, normalmente sobre llanuras.
2. Los Cárpatos orientales son un resalte en forma de cuña obtusa, cuya punta se dirige hacia el adversario, dividiendo sus tropas en dos. Esa cabeza de puente natural permite, aun en tiempos de paz, concentrar allí unas fuerzas enormes y permanecer, digamos, cerca de la retaguardia del enemigo; solo había que avanzar para obligar al contrincante a retroceder en todo el frente.
3. En los Cárpatos no había muchas fuerzas enemigas; el mando soviético lo sabía y por eso concentró allí dos ejércitos de montaña.

En la guerra, mantener dos ejércitos juntos en la misma zona no era la mejor opción, sobre todo si no estaban preparados para la defensa. La única opción que quedaba era lanzarlos hacia delante. Si tenemos en cuenta que los ejércitos de montaña se forman para actuar en la montaña (huelga decirlo), no era complicado adivinar hacia dónde se dirigirían. Los Cárpatos orientales se extienden en forma de dos crestas montañosas: una hacia el oeste, que llega hasta Checoslovaquia; otra hacia el sur, que acaba en Rumanía. Otras direcciones no había. Dos direcciones: dos ejércitos. Todo resulta lógico. Ambas direcciones eran igualmente importantes, ya

que conducían hacia las principales arterias petroleras que iban de Rumanía a Alemania. Lo ideal era cortar las dos arterias a la vez, pero incluso el éxito de uno de los ejércitos podía ser mortal para Alemania. Aunque ninguno de los dos ejércitos lo consiguiera, su mera presencia sobre aquellas crestas montañosas complicaría el traslado de las reservas alemanas a Rumanía.

No olvidemos que el asalto a Rumanía se planeaba como triple: el 9.º ejército soviético, el más potente del mundo, tenía que arremeter contra Ploiești, el corazón petrolero del país; y los dos ejércitos de montaña, a su vez, tenían que atacar los oleoductos que iban de Rumanía a Alemania. Además, para defender a Rumanía del 9.º ejército, los alemanes tendrían que atravesar consecutivamente dos cadenas montañosas, donde se encontrarían con las formaciones de fusileros soviéticos.

Los principales factores de éxito de los ejércitos de fusileros eran la sorpresa y la rapidez; si lograsen tomar los puertos de montaña en poco tiempo, las tropas de campo ya no podrían sacarlos de las alturas tan fácilmente. Teniendo los puertos de montaña bajo su control, las divisiones de fusileros de montaña abrirían camino hacia el oeste a las divisiones de tanques, divisiones motorizadas y brigadas antitanque, que ya en tiempos de paz formaban parte de los ejércitos de montaña. Entonces bastaría con una embestida repentina para dejar a Alemania sin petróleo.

Fue por eso que el futuro Mariscal de la Unión Soviética Bagramián, con un cronómetro en la mano, había estado entrenando a los tanquistas soviéticos en los puertos de montaña y fue por eso que Zhúkov seguía con tanta atención aquellos entrenamientos.

* * *

Según la propaganda soviética, la URSS no estaba preparada para atacar y de ahí vienen todos sus problemas. No es verdad. Fijémonos en el 12.º ejército de montaña y en su análogo, el 18.º ejército, y veamos qué habría podido pasar tras el ataque de Alemania a la URSS si esta realmente no se hubiera preparado para una campaña ofensiva en los Cárpatos.

1. Se habría ahorrado una enorme cantidad de recursos, en lugar de malgastarlos en dos ejércitos de montaña y múltiples divisiones de fusileros de montaña independientes integrados en ejércitos de invasión regulares. Si al menos una parte de aquellos medios se hubiera invertido en crear divisiones antitanque, el periodo inicial de la guerra habría transcurrido de una forma diferente.
2. Los dos ejércitos no se habrían quedado atrapados en los Cárpatos y no habrían tenido que escapar de allí, presas del pánico, para chocar después con un grupo de tanques alemán a los pies de la sierra.
3. Al norte de los Cárpatos, las divisiones de tanques alemanas no se habrían

encontrado con las divisiones soviéticas ligeras a la fuga, sino con unas formaciones potentes, listas para luchar en planicies y equipadas con artillería pesada, incluido el armamento antitanque.

4. Incluso aunque la cuña de tanques alemana hubiera quebrado la defensa de esas divisiones, que no corrían hacia ningún lado, las consecuencias tampoco habrían sido tan catastróficas, puesto que en la frontera rumana no habrían encontrado más tropas soviéticas y no habrían podido atacarlas por la retaguardia.

Si el Ejército Rojo no se hubiera preparado para llevar a cabo una operación ofensiva en los Cárpatos, el ataque de Alemania a la Unión Soviética habría tenido consecuencias diferentes. No obstante, tal preparación tuvo lugar y fue muy intensa.

CAPÍTULO 30

La misión del Primer Escalón Estratégico

> En el teatro de la guerra, hay que contemplar la posibilidad de realización simultánea de dos o incluso tres operaciones ofensivas en diferentes frentes, con el objetivo estratégico de minar la capacidad de defensa del enemigo en el área lo más amplia posible.
>
> S. K. TIMOSHENKO[70]

1

Para el 21 de junio de 1941, el Primer Escalón Estratégico contenía:

- 5 frentes y 3 flotas;
- 16 ejércitos regulares y 2 flotillas;
- 32 cuerpos de fusileros, 20 cuerpos mecanizados, 3 cuerpos de caballería y 5 cuerpos aerotransportados, tanto encuadrados en ejércitos como independientes;
- 40 divisiones de tanques, 20 divisiones motorizadas, 103 divisiones de fusileros y de fusileros de montaña, 7 divisiones de caballería;
- 16 brigadas aerotransportadas, 2 brigadas de fusileros, 10 brigadas anticarro y una brigada de infantería naval.

Además, contaba con una agrupación de aviación, que nadie había creado jamás desde el momento de la aparición del primer aeroplano; también tenía una agrupación de defensa antiaérea, encuadrada en el 1.er cuerpo; dos divisiones y siete brigadas independientes. Eso sin contar las tropas del NKVD, compuestas por divisiones, brigadas y regimientos de élite, artillería, tanques, trenes blindados y aviación propia.

Por alguna extraña razón, de los dieciséis ejércitos soviéticos, el más potente apareció en la frontera con Rumanía. Otros dos ejércitos se prepararon para actuar en las montañas y aislar a Alemania de Rumanía y de su petróleo.

Entre los cuerpos había cinco de desembarco aéreo y uno de desembarco naval, innecesarios para la defensa. Había dos cuerpos de fusileros de montaña. Resulta complicado imaginar qué función podrían tener en el territorio soviético.

2

¿Cuál era, entonces, la finalidad del Primer Escalón Estratégico? ¿Para qué lo habían creado? No voy a expresar aquí mi opinión, sino que cedo la palabra a los mariscales

soviéticos.

El Mariscal de la Unión Soviética A. I. Yegórov creía que en la guerra iban a participar decenas de millones de soldados a los que había que movilizar. Él propuso no esperar a que concluyera la movilización y empezar la invasión en cuanto la movilización se anunciara. Para ello, según sus cálculos, incluso en tiempos de paz había que tener en el Primer Escalón Estratégico «grupos de invasión». El objetivo de estos sería, en cuanto se convocara la movilización masiva, cruzar la frontera para interrumpir la movilización del enemigo y cubrir la del Ejército Rojo, dejando que las fuerzas principales se desplegaran y se incorporaran a la guerra en condiciones favorables. Todo eso se refleja en un documento titulado «Informe del jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo ante el Comité Revolucionario Militar de la URSS del 20 de abril de 1932».

El Mariscal de la Unión Soviética Tujachevski discrepaba. Según él, la invasión —aunque se realizase desde el primer día de la movilización— no la tenían que llevar a cabo grupos, sino ejércitos especiales. Estas formaciones se tenían que crear antes de que empezara la guerra y ubicarse junto a las fronteras, como parte del Primer Escalón Estratégico del Ejército Rojo:

> La composición y disposición del ejército avanzado tiene que depender, en primer lugar, de la posibilidad de cruzar la frontera inmediatamente después del anuncio de movilización. Los cuerpos mecanizados se tienen que situar a 50-70 kilómetros de la frontera para poder atravesarla ya el primer día de movilización (Tujachevski, M. N., *Obras escogidas*, vol. 2, pág. 219).

3

Por supuesto, tanto Tujachevski como Yegórov estaban equivocados y, cuando los fusilaron, Zhúkov se hizo con el poder militar. El 13 de enero de 1941, Zhúkov fue nombrado jefe del Estado Mayor. Entonces el Estado Mayor hizo una conclusión teórica de extrema importancia: «Las tareas de los ejércitos de invasión las ha de asumir solo el Primer Escalón Estratégico» (*RHM*, 1963, n.º 10, pág. 31).

Estamos hablando de cinco frentes y tres flotas, compuestos por dieciséis ejércitos, dos flotillas y sesenta cuerpos (mecanizados, aerotransportados, de fusileros y de caballería); todos ellos destinados a la invasión.

El Primer Escalón Estratégico no solo recibió la orden de atacar, sino que se puso a acatarla. Bajo la tapadera del comunicado de la agencia TASS del 13 de junio de 1941, todo el Primer Escalón Estratégico se dirigió hacia las fronteras de Alemania y Rumanía.

El efectivo del Primer Escalón Estratégico rondaba unos tres millones de combatientes y jefes, pero sus divisiones, sus cuerpos y sus ejércitos estaban preparados para recibir contingentes adicionales de reservistas, movilizados en la retaguardia. «Las unidades militares que en vísperas de la guerra se dirigieron hacia la frontera estatal […] se llevaron todas las reservas de emergencia de uniformes y

calzado» (*La retaguardia de las Fuerzas Armadas en la Gran Guerra Patria*, Moscú, Ediciones Militares, 1977, pág. 216). La misma fuente menciona que en las reservas centrales tampoco quedaba vestuario ni calzado. Lo cual significa que las divisiones, los cuerpos y los ejércitos se habían llevado equipo para millones de reservistas.

¿Cuál fue el motivo de tamaño despilfarro, si no un reclutamiento inmediato de millones de reservistas?

Para valorar adecuadamente el potencial del Primer Escalón Estratégico hay que tener en cuenta no solo a los millones de soldados de los que se componían las unidades del ejército soviético, sino también a aquellos millones que Hitler dejó sin vestuario y a quienes se había preparado cerca de las fronteras.

4

El avance de las tropas del Primer Escalón Estratégico había sido minuciosamente planeado y coordinado con la actividad de la máquina punitiva soviética.

La decisión definitiva de emprender el avance se tomó el 13 de mayo de 1941. Al día siguiente, el 14 de mayo, se ordenó la expulsión de los habitantes de las regiones occidentales del país. Justo al cabo de un mes, el Comisariado del Pueblo para la Defensa y el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos se pusieron manos a la obra: el 13 de junio empezó el avance masivo de tropas hacia las fronteras, y el 14 de junio empezó la expulsión de los habitantes de la zona fronteriza occidental.

Pocos días más tarde, cuando la población había sido deportada, las tropas ya se aproximaban a los confines del estado. No estaba previsto que el Primer Escalón Estratégico hiciese ninguna parada en la frontera, fue por eso que los guardias habían despejado los pasos entre los mojones.

CAPÍTULO 31

La orden más importante de Stalin

> En el ámbito de la política exterior, Stalin se ha propuesto objetivos de extrema importancia, que espera alcanzar por su cuenta.
>
> FRIEDRICH-WERNER VON DER SCHULENBURG[71]

1

Para entender las causas de lo acontecido en junio de 1941, inevitablemente tenemos que remontarnos al mes de mayo. Mayo de 1941 es el periodo más enigmático de toda la historia soviética. Cada día y cada hora de aquel mes están llenos de acontecimientos que aún quedan por esclarecer. Incluso lo que ocurrió ante todo el mundo nadie lo ha conseguido explicar todavía.

El 4 de mayo de 1941, se dictó la resolución secreta del Politburó del Comité Central del PC(b) por la que se nombraba a Stalin jefe del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, es decir, Stalin se convirtió en el jefe del Gobierno de la Unión Soviética. Antes, el jefe del gobierno había sido Mólotov, que pasaba a ser subjefe del gobierno. Al día siguiente, el 5 de mayo, dicha resolución fue aprobada por el pleno del Comité Central del PC(b).

Siempre fue así: primero los caciques del Partido Comunista tomaban las decisiones en círculos cerrados y en secreto, después, sus decisiones se aprobaban abiertamente por los órganos estatales correspondientes.

El 6 de mayo de 1941, el Presidium del Consejo Supremo de la URSS aprobó la resolución sobre el nombramiento de Stalin al puesto del jefe de gobierno.

Este paso asombró a muchos. En aquel entonces, los políticos y diplomáticos de Gran Bretaña y Estados Unidos no supieron encontrar ninguna explicación atinada a lo acontecido. Solo Berlín llegó a interpretarlo adecuadamente.

Los ideólogos e historiadores soviéticos tampoco dan explicación del comportamiento de Stalin. Solo relatan el hecho, sin acompañarlo de ningún comentario. La verdad es que da mucho que pensar. Por primera vez en la historia soviética, todo el poder del partido y del estado se concentró oficialmente en manos de una sola persona. Sin embargo, eso no suponía la consolidación de la dictadura personal de Stalin. ¿Acaso no había acaparado todo el poder hasta entonces?

Si el poder se midiera según la cantidad de títulos altisonantes, ya en 1927 Stalin habría podido juntar una exuberante colección de cargos y grados. Pero los evitaba conscientemente. A partir de 1922, al ocupar el puesto de secretario general del Partido Comunista, Stalin renunció a los demás cargos estatales y gubernamentales. Lo que hizo fue situar su puesto de mando por encima del gobierno y por encima del

estado. Le obedecían todos y todos cumplían sus órdenes. Stalin podía exterminar a cualquiera y exterminó a millones, pero formalmente no era responsable de nada.

En 1931, así describió Trotski el mecanismo de preparación del siguiente golpe de estado comunista en Alemania:

> En caso de triunfo de la nueva política, todos esos Manuilski y Remmele[72] exclamarían que su iniciativa pertenece a Stalin. Y para justificar un posible fracaso Stalin se ha reservado el derecho a encontrar a un culpable. En eso consiste su estrategia. Este tipo de jugadas le suelen salir bien. (*El boletín de la oposición [de los bolcheviques leninistas]*, n.º 24, pág. 12).

Efectivamente, cuando el golpe militar en Alemania fracasó de nuevo, Stalin no tardó en encontrar y castigar a los culpables. Así dirigía Stalin el país: mientras todos los logros eran suyos, todos los fracasos ocurrían por culpa de las maquinaciones de los enemigos y de unos arribistas que tergiversaban las geniales instrucciones del secretario general. «El triunfo del régimen *koljoziano*» fue fruto del genio de Stalin, pero millones de fallecidos que hubo durante ese régimen fueron consecuencia de los abusos por parte de los dirigentes regionales.

Oficialmente Stalin no tenía nada que ver con la Gran Purga; echaron toda la culpa al comisario de Asuntos Internos Yezhov. Y denominaron aquel periodo Yezhóvschina.

El pacto con Hitler tampoco lo firmó Stalin. El documento entró en la historia como Pacto Ribbentrop-Mólotov. En Alemania, la responsabilidad del tratado recaía en Hitler, el canciller, aunque este no asistió a la firma. Pero Iósif Stalin, que estuvo en la ceremonia, en aquel entonces no ostentaba ningún cargo público, ni gubernamental, ni militar, ni diplomático. Simplemente estaba allí, como un ciudadano más. Por lo tanto, no se responsabilizaba de lo que ocurría.

El 13 de abril de 1941 se firmó un acuerdo con Japón. Allí también estuvo Stalin, pero tampoco fue responsable de nada.

Hitler muchas veces había invitado a Stalin a una reunión amistosa. Pero Stalin sabía que no le convenía encontrarse con el líder nazi. En su lugar iba Mólotov. Pero cuando en la guerra se produjo un cambio crucial y cuando se supo quiénes iban a ser los vencedores, Stalin realizó visitas oficiales a Churchill y a Roosevelt.

En las negociaciones cumbre jamás dijo que no. Lo hacía Mólotov por él. Mientras todos los requerimientos provenían de Mólotov, las concesiones las hacía Stalin. En otras palabras, Stalin hacía el bien con sus propias manos y el mal, con las manos de los demás. Los que actuaban por él se responsabilizaban de los hechos, mientras Stalin siempre quedaba limpio e inocente.

Pero, en mayo de 1941, Stalin asumió oficialmente las funciones y responsabilidades del líder del país. Para él, el nuevo cargo no suponía afianzamiento del poder, sino su limitación; mejor dicho, autolimitación. Desde aquel momento Stalin no solo tomaba decisiones, sino que asumía la responsabilidad que conllevaban. ¿Qué pudo obligarlo a cargar con semejante lastre si podía, sin ningún

problema, seguir siendo infalible, dejando la posibilidad de errar a los demás?

En diecisiete años Stalin no había aspirado al liderazgo nacional y de repente… ¿Para qué?

2

El almirante de la Armada de la Unión Soviética N. G. Kuznetsov testifica: «Después de que Stalin asumiera las funciones de secretario del Consejo de Comisarios del Pueblo, el sistema directivo prácticamente no cambió» (*RHM*, 1965, n.º 9, pág. 66).

¿Si prácticamente nada cambió, para qué quiso Stalin obtener el título? «Mientras tanto, todas las obras, maniobras y crímenes de Stalin eran constantes, lógicos y premeditados» (Avtorjánov, A., *El misterio de la muerte de Stalin*, Frankfurt, Posev, 1976, pág. 132).

¿Cuál era, pues, la lógica de Stalin?

El plenipotenciario alemán en Moscú von der Schulenburg así informaba a su gobierno:

> No conozco ningún problema interior de la Unión Soviética que pudiera ser lo suficientemente grave para obligar a Stalin a dar un paso como ese. Puedo afirmar con total convicción que, si Stalin ha decidido ocupar el puesto de jefe del estado, habría que buscar la causa en la política exterior («Informe del embajador de Alemania en la URSS al Ministerio del Exterior de Alemania, n.º 259, 12 de mayo de 1941», *Relaciones nazi-soviéticas. 1939-1941. Documentos*, ed. Y. Felshtinski, París-Nueva York, Tretia volná, 1983, pág. 324).

Los mariscales soviéticos decían lo mismo, pero en otras palabras: el nuevo nombramiento de Stalin está relacionado con objetivos de la política exterior (Mariscal de la Unión Soviética Bagramián I. J., *Así empezó la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1971, pág. 62). Pero incluso aunque no lo dijeran, era obvio que le resultaba más cómodo resolver los asuntos internos sin asumir demasiadas responsabilidades. ¿Cuáles fueron, pues, los problemas externos que lo hicieron dar un paso semejante?

En mayo de 1941, muchos estados de Europa habían sido arrasados por Alemania. Por lo cual, problemas con Francia, por ejemplo, ya no podía haber. La aún independiente Gran Bretaña tendía su mano de amistad a la URSS, como podemos deducir de la carta de Churchill a Stalin del 1 de julio de 1940. Roosevelt se llevaba estupendamente con Stalin: le había avisado del peligro y las tecnologías americanas se inyectaban a raudales en la URSS.

Los posibles enemigos solo eran dos. Pero Japón, tras haber apreciado en el río Jalja, en agosto de 1939, el potencial militar de la Unión Soviética, firmó un alto el fuego y puso sus miras en dirección contraria a sus fronteras.

Así que solo pudo ser Alemania la que hizo que Stalin diera aquel paso, a primera vista incomprensible.

¿Cómo podía influir Stalin en Alemania utilizando su nuevo título oficial? A

grandes rasgos, solo tenía tres opciones:

1. establecer con Alemania una paz firme y duradera;
2. encabezar oficialmente la Unión Soviética en la guerra defensiva contra la invasión alemana;
3. encabezar oficialmente la agresión de la Unión Soviética contra Alemania.

La primera opción se anula enseguida, ya que la paz con Alemania se había firmado a manos de Mólotov. Al ocupar el puesto de Mólotov, Stalin no hizo ningún esfuerzo por encontrarse con Hitler para negociar, sino que seguía utilizando a aquel en negociaciones de paz. Incluso se sabe que el 21 de junio Mólotov se intentó encontrar con los dirigentes alemanes, pero Stalin no. Así que Stalin no ocupó el puesto de secretario general del Partido Comunista para llevar a cabo negociaciones de paz.

La propaganda soviética insiste en la segunda opción, o sea: al prever la agresión de Hitler, Stalin decidió encabezar, personal y oficialmente, la defensa del país. Pero esta explicación tampoco nos vale, porque el ataque de Alemania fue para Stalin completamente inesperado, lo cual reconocen todos los historiadores soviéticos. Resulta que Stalin decidió encabezar un estado al prever unos acontecimientos que no esperaba.

Recordemos cómo se comportó Stalin durante los primeros días de la guerra. El 22 de junio de 1941, el jefe del gobierno se tenía que haber dirigido al pueblo para llevarle la terrible noticia. Pero Stalin esquivó sus obligaciones y aquel día fue su sustituto Mólotov quien habló a sus conciudadanos. ¿Para qué se tuvo que sentar Stalin en el sillón de Mólotov en mayo si en junio ya tenía que esconderse tras la espalda de este?

El 22 de junio de 1941, el mando militar soviético envió una orden a las tropas. Pero que nos lo cuente el mariscal Zhúkov:

> […] el general Vatutin dijo que I. V. Stalin había aprobado el proyecto de directriz n.º 3 del comisario del pueblo y había ordenado que yo lo firmara.
>
> —Bien —dije—, ponga mi firma.
>
> (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 251).

Al final, la orden se emitió, firmada por el comisario del pueblo para la Defensa, el mariscal Timoshenko, por el miembro del Consejo Militar Supremo del Ejército Rojo y secretario del Comité Central del PC(b), Malenkov, y por el jefe del Estado Mayor, general Zhúkov (*Historia de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945*, vol. 4, pág. 38). Stalin dio por buena la directriz, pero no la firmó. Obligó a sus allegados a que se encargaran, evitando, evidentemente, la responsabilidad. ¿Para qué había asumido tanta responsabilidad en mayo, entonces? Por cierto, se trataba de un

documento de suma importancia: era una orden según la cual las fuerzas armadas debían derrotar al enemigo invasor.

Al día siguiente se determinó la plantilla del Gran Cuartel General. Stalin se negó a encabezarla y se incorporó a este órgano superior de mando militar como un miembro más. El puesto de comandante supremo fue asignado al comisario del pueblo para la Defensa, mariscal Timoshenko.

> Con el orden existente entonces, de uno u otro modo sin Stalin el comisario del pueblo Timoshenko no podía tomar decisiones definitivas por su cuenta. Resultaba que había dos comandantes en jefe: el comisario del pueblo Timoshenko, *de iure*, en virtud de la disposición, y Stalin, *de facto* (*ibidem*, pág. 251).

Entonces, en la guerra defensiva Stalin mantuvo su estilo directivo favorito: mientras él tomaba las decisiones claves, la responsabilidad oficial recaía en Mólotov, Malenkov, Timoshenko y Zhúkov, entre otros.

Solo un mes más tarde, el 19 de julio de 1941, los miembros del Politburó convencieron a Stalin para que ocupara oficialmente el puesto del comisario del pueblo para la Defensa, y el 8 de agosto, el puesto de comandante supremo. Suponiendo que el país estuviera preparándose para la defensa, ¿acaso le merecía la pena a Stalin asumir tantas funciones y responsabilidades nuevas si durante las primeras horas de la guerra lo que hacía era eludirlas?

Sabiendo hoy día cómo dirigió Stalin el país durante el primer mes de la guerra defensiva, sería lógico suponer que, al prepararse para tal guerra, lo que había intentado hacer era no asumir ningún cargo ni responsabilidad extra, asignando los más relevantes cargos del estado a funcionarios secundarios, totalmente controlados por él.

En resumidas cuentas, la segunda explicación tampoco nos satisface. Por lo cual nos vemos obligados a aceptar la tercera versión, que, en realidad, nadie ha sabido rebatir hasta ahora: Stalin, tras arrasar Europa a manos de Hitler, estaba preparándose para atacar a Alemania por la espalda. Esta «campaña libertadora» Stalin pretendía encabezarla personalmente en calidad de jefe del Gobierno soviético.

3

El Partido Comunista había estado preparando al pueblo y al Ejército Rojo para que supieran que la orden de empezar la guerra «liberadora» en Europa iba a ser emitida por Stalin personalmente. Así que el pueblo soviético tenía asumido que la decisión de iniciar la guerra se tomaría en el Kremlin y que la guerra no empezaría tras ningún ataque enemigo, sino por una orden del jefe del gobierno:

> Y cuando el mariscal de la revolución dé una señal, cientos de miles de aviadores y paracaidistas caerán sobre el adversario, empleando todas sus armas, armas de la justicia socialista. ¡Los ejércitos del aire soviéticos llevarán sobre sus alas la felicidad a toda la humanidad! (*Pravda*, 18 de agosto de 1940).

Estas palabras se escribieron cuando el Ejército Rojo ya estaba arrimado a la frontera soviética. En agosto de 1940, el Ejército Rojo podía llevar la felicidad a la humanidad solo a través del territorio alemán y «las armas de la justicia socialista» solo se podían precipitar sobre las cabezas de los soldados alemanes.

Tras ocupar el puesto de secretario general del Comité Central del PC(b), Stalin podía promulgar cualquier orden y se cumpliría inmediata y escrupulosamente. Pero todas las órdenes de Stalin eran extraoficiales; en eso consistía su invulnerabilidad y, por consiguiente, su ausencia de errores. En mayo de 1941, Stalin dejó de conformarse con tal estado de cosas. Se disponía a emitir la orden más importante de su vida y lo pretendía hacer de forma oficial. La orden tenía que ser suya y de nadie más.

Según los testimonios del Mariscal de la Unión Soviética Rokossovski, en la URSS los jefes de unidades guardaban en sus cajas fuertes los llamados «sobres rojos» (Rokossovski, K. K., *El deber de soldado*, Moscú, Ediciones Militares, 1968, pág. 11). Estos solo se podían destapar por orden del jefe del gobierno o del comisario del pueblo para la Defensa. Stalin ocupó el puesto de jefe del gobierno para firmar la orden personalmente.

Hitler, tras leer el informe de su perspicaz embajador en Moscú, Schulenburg, también debió de entender que «en el ámbito de la política exterior, los objetivos de extrema importancia» Stalin «espera alcanzarlos por su cuenta». Y, al entender lo peligroso que era todo aquello, estropeó los propósitos del líder comunista.

El 22 de junio de 1941, Hitler desbarató todos los planes de Stalin. En una situación tan confusa este no se quiso arriesgar, y es por eso que las directrices más importantes de la llamada Gran Guerra Patria no llevan la firma de Stalin. Su idea era realizar una tarea noble y firmar otras directrices en unas circunstancias muy diferentes; no quería involucrarse en una tediosa guerra defensiva, sino ser artífice de la liberación de los pueblos de Europa.

4

Al aceptar un cargo, cada jefe de gobierno suele presentar un programa de actuación. ¿Lo hizo Stalin?

Lo hizo. Aunque la verdad es que el discurso de Stalin, que se podría considerar discurso de toma de posesión, fue pronunciado solo ante los altos mandos del Ejército Rojo y a puerta bien cerrada. El contenido de dicha intervención dejó de ser un secreto solo 57 años después, cuando todos ya se habían olvidado del asunto.

El 5 de mayo de 1941, al día siguiente del nombramiento, Stalin pronunció un discurso en el Kremlin ante los graduados de las academias militares. Habló durante cuarenta minutos. Teniendo en cuenta su costumbre de guardar silencio, cuarenta minutos parece mucho, muchísimo.

Stalin se dirigió a los graduados de las academias militares solo en dos ocasiones.

La primera vez fue en 1935, cuando el hacha castigadora ya se había alzado sobre el país y se estaba preparando la Gran Purga; entonces Stalin intervino con las palabras «¡El equipo es determinante!». Lo cual quería decir que para llevar a cabo obras grandes hacía falta tener buen personal; si seleccionamos buenos dirigentes, lo solucionamos todo, si no, estamos perdidos.

En aquel entonces, pocos entenderían el verdadero significado de esas palabras. Pero lo que había planeado Stalin era renovar casi la mitad del estrato dirigente del país.

Mayo de 1941 es la segunda vez que Stalin pronuncia un discurso ante los graduados de las academias militares. Lo que se planeaba en esta ocasión era un asunto mucho más serio y mucho más turbio, por lo cual el último discurso acabó siendo confidencial. Stalin habló sobre la situación en Europa, sobre la guerra, sobre Alemania. Como de costumbre, planteaba preguntas y él mismo las respondía.

¿Es verdad que Alemania es invencible? Esta pregunta sonó tres veces durante aquel discurso. La respuesta fue negativa. Stalin dijo que, en aquella guerra, Alemania luchaba bajo el lema de la conquista de otros países y precisamente por eso no iba a tener éxito.

Stalin preguntó por qué Alemania había perdido la Primera Guerra Mundial y respondió: porque había luchado en dos frentes a la vez. Era una insinuación bastante explícita. Los que estaban escuchándolo aquella tarde en el Kremlin eran gente lista. Stalin se lo puso en bandeja: Alemania estaba luchando contra Gran Bretaña, respaldada por Estados Unidos. De abrir un segundo frente, Alemania estaba perdida, igual que en la Primera Guerra Mundial.

El secretario general de la Internacional Comunista, el camarada búlgaro Gueorgui Dimitrov, apuntó en su diario que Stalin en aquel momento estaba de un humor excepcionalmente bueno.

Durante el encuentro Stalin brindó dos veces: la primera vez, por los mandos de las academias militares, la segunda, por la salud de los artilleros, tanquistas, aviadores, jinetes y radiotelegrafistas.

Pero un interés especial presentan las palabras que dijo Stalin tras la intervención del mayor general de las tropas de tanques G. N. Kovaliov. Cuando este brindó por el carácter pacífico de la política exterior estalinista, aquel respondió:

> Permítame corregirle. La política pacifista aseguraba la paz a nuestro país. La política pacifista es algo bueno. Últimamente hemos estado apostando por la defensa, hasta rearmar nuestro ejército, hasta proveerlo de nuevos medios de lucha. Y ahora, con el ejército reformado, bien equipado y preparado para combatir en condiciones actuales, ahora que somos más fuertes, podemos pasar de la defensa al ataque. Para defender nuestro país tenemos que emplear métodos más agresivos. Hemos de abandonar la defensa pasiva y adoptar una política de invasión. Tenemos que otorgar a nuestra educación, nuestra propaganda, nuestros medios de comunicación y divulgación un carácter ofensivo. El Ejército Rojo es un ejército moderno, por lo tanto debe actuar como un ejército de invasión. (Centro Ruso de Conservación y Estudio de Documentación de la Historia Contemporánea, fondo 558, inventario 1, expediente 3808, folio 12; 1941, libro segundo, págs. 158-161).

Es decir, el 5 de mayo de 1941, Stalin dio a entender claramente a sus generales que la guerra estaba a punto de estallar y que para la Unión Soviética iba a ser una guerra de invasión.

Ya hemos visto que a partir de agosto de 1939, tras la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov, en la Unión Soviética se hizo mucho para destruir todo lo relacionado con la defensa del territorio nacional. Iliá Stárinov nos cuenta cuál fue la reacción de los mandos militares soviéticos ante el discurso de Stalin del 5 de mayo de 1941:

> A principios de 1941, después de la intervención de Stalin en la ceremonia de graduación de las academias militares, todos los trabajos de instalación de barreras y de minado se ralentizaron más todavía (*Las minas esperan su hora*, pág. 186).

5

En marzo de 1939, Stalin acusó públicamente a Gran Bretaña y Francia de querer sumir a los pueblos europeos en la guerra permaneciendo a la vez neutrales y, después, «entrar en el juego con las fuerzas frescas y, con el motivo de "establecer la paz", dictar a los debilitados contrincantes sus propias condiciones» (Stalin, I. V., Informe del 10 de marzo de 1939 ante el XVIII Congreso del partido). En el mismo discurso, por primera vez, Stalin insistió en que había que estar preparados para las sorpresas en la política internacional. Pero no precisó cuáles.

En agosto de 1939, Stalin dio la primera «sorpresa» no solo al pueblo soviético, sino también al mundo entero: el Pacto Ribbentrop-Mólotov. De acuerdo con dicho tratado, el 1 de septiembre de 1939 Alemania empezaba la guerra contra Polonia, y el 17 de septiembre el Ejército Rojo atacó por la espalda al ejército polaco. Al día siguiente, el Gobierno soviético anunció por la radio los motivos de lo acontecido:

> Polonia se ha convertido en una cabeza de puente para todo tipo de sorpresas y casualidades que podrían suponer una amenaza para la URSS. El Gobierno soviético no puede seguir pasando por alto estos hechos […] Teniendo en cuenta dichas circunstancias, el Gobierno soviético ha autorizado al Estado Mayor del Ejército Rojo a emitir una orden por la que las tropas han de cruzar la frontera para proteger la vida y los bienes de la población. (*Pravda*, 18 de septiembre de 1939).

Aquí tienen ustedes la diferencia entre Hitler y Stalin. Entre los dos se habían repartido Polonia y desataron en este país una guerra atroz. Pero si Hitler mandó sus tropas a Polonia con el fin de ampliar el espacio vital de Alemania, Stalin introdujo allí el Ejército Rojo con otro objetivo: había que «liberar al pueblo polaco de aquella guerra injusta, en la que se había visto implicado por culpa de los gobernantes insensatos, y darle la oportunidad de vivir tranquilamente» (*ibidem*).

La propaganda estalinista no podía ocultar su júbilo al ver a Alemania destruir más y más estados, asesinar y humillar a gente inocente, hacer sufrir a pueblos enteros. El Gobierno soviético estaba entusiasmado: «¡La guerra actual se manifiesta en toda su belleza espantosa!» (*Pravda*, 19 de agosto de 1940). Así describe la prensa soviética a Europa envuelta en la guerra: «Es un vertedero de cadáveres, un

espectáculo pornográfico, en el que los chacales se comen unos a otros» (*Pravda*, 25 de diciembre e 1939).

En la misma página del *Pravda* aparece un telegrama amistoso que Stalin dirige a Hitler. Los historiadores nos quieren convencer de que Stalin creía a Hitler y quería que fuesen amigos, y como muestra de ello nos endilgan aquel telegrama, que aquel envió el 25 de diciembre de 1939 «al jefe del Estado alemán, señor Adolf Hitler». Y justo debajo del telegrama amistoso leemos como «los chacales se devoran unos a otros».

¡Es que se refería a Hitler! ¿Qué otros chacales podían devorarse unos a otros en el vertedero de cadáveres europeo?

Y de repente todo cambió. Mayo de 1941 fue el mes en que la propaganda soviética adquirió un tono diferente. Lo podemos apreciar en el *Pravda* publicado al día siguiente después del discurso secreto que Stalin había pronunciado el 5 de mayo de 1941:

> Al otro lado de nuestras fronteras arden las llamas de la Segunda Guerra Imperialista Mundial. Todo el peso de sus desgracias infinitas cae sobre los hombros de los obreros. Las miradas de estos se dirigen hacia el país socialista, que está cosechando los frutos del trabajo pacífico. Ellos ven las fuerzas armadas de nuestra Patria —el Ejército Rojo y la Armada Roja— como un baluarte de la paz […] Teniendo en cuenta la complicada situación internacional de hoy, tenemos que estar preparados para todo tipo de imprevistos. (*Pravda*, 6 de mayo de 1941, artículo de fondo).

¡Toma ya! ¡Primero, gracias al Pacto Ribbentrop-Mólotov, Stalin desata la Segunda Guerra Mundial y se alegra viendo como los «chacales se devoran unos a otros», pero de pronto se acuerda de los pueblos que quieren vivir en paz y depositan sus esperanzas en el Ejército Rojo!

Stalin siempre atribuyó a los enemigos sus propias intenciones. Así acusó a Gran Bretaña y a Francia de querer involucrar a Europa en la guerra permaneciendo, a su vez, neutrales. Pero ocurrió lo contrario: Stalin utilizó el Pacto Ribbentrop-Mólotov para empezar la guerra en Europa, manteniéndose él al margen como un mero observador.

Stalin culpó a Gran Bretaña y a Francia de querer «entrar en el juego con las fuerzas frescas y, con el motivo de "establecer la paz", dictar a los debilitados contrincantes sus propias condiciones». Pero fue precisamente la propaganda estalinista la que, en 1941, empezó a decir que los pueblos de Europa querían paz y depositaban sus esperanzas en el Ejército Rojo, que podía poner fin a aquella carnicería.

La Unión Soviética había recurrido a la misma retórica en septiembre de 1939, cuando el Ejército Rojo embistió por la espalda a Polonia para «liberar a su pueblo de la guerra injusta».

6

En mayo de 1941, el llamamiento de Stalin a estar preparados para todo tipo de imprevistos volvió a tronar sobre las cabezas de los ciudadanos soviéticos. Los diarios no paraban de repetir tras él que la «situación internacional se estaba volviendo cada vez más confusa».

Parecía absurdo: se acababa de firmar la paz con Alemania, ¿de dónde venía la confusión, entonces? Pero la propaganda estalinista no paraba de advertir de que la situación estaba turbia y que había que prepararse para giros y cambios bruscos.

El llamamiento a estar preparados para los imprevistos se oyó por primera vez el 1 de mayo desde las páginas del *Pravda* y se hicieron eco los demás medios, decenas de miles de comisarios, agitadores políticos, propagandistas, que se pusieron a explicar a las masas las palabras de Stalin. El mismo llamamiento sonó en la orden n.º 191 del comisario del pueblo para la Defensa, publicado en los periódicos y difundido en todas las compañías, baterías, escuadrones, escuadrillas y barcos.

Abramos el n.º 120 (8528) del *Pravda*, del 1 de mayo de 1941. En la primera página del periódico más importante de la Unión Soviética, entre múltiples frases insustanciales, encontramos dos citas de Stalin:

> Lo que se ha logrado en la URSS se puede lograr también en los demás países.
>
> Tenemos que estar preparados para los imprevistos y «trucos» de nuestros enemigos externos.

Todo lo demás va sobre la guerra atroz que había inundado a Europa, sobre el sufrimiento de los trabajadores, sus ganas de paz y su confianza en el Ejército Rojo. En ese contexto la segunda cita complementaba perfectamente la primera. En la misma página se habla mucho sobre el esfuerzo que estaba haciendo la Unión Soviética para conservar la paz, pero como ejemplo de buen vecino, con el que por fin se habían podido establecer buenas relaciones, se menciona Japón (aún no había llegado el momento de declararle la guerra). En cambio, Alemania ya no figura entre los buenos amigos.

¿A lo mejor de esa forma Stalin estaba avisando a su país de una posible invasión alemana? Claro que no. Para el mismo Stalin la invasión alemana fue toda una sorpresa. ¡Le habría sido imposible avisar sobre un peligro que ni siquiera él había previsto!

7

El 22 de junio de 1941, todas las conversaciones sobre imprevistos se terminaron y aquel llamamiento no se repitió jamás. Después de la guerra, las publicaciones soviéticas no volvieron a mencionarlo, a pesar de que había sido uno de los temas principales de la propaganda soviética durante las semanas previas a la invasión alemana.

Al principio parece sorprendente que ni siquiera Stalin se acordara de aquel

llamamiento. Pero pudo haber dicho perfectamente: ¡Yo os avisé de que iba a haber imprevistos y ya veis, Hitler va y nos ataca por sorpresa! Pero Stalin jamás dijo nada así.

Una vez acabada la guerra, el mariscal Timoshenko también habría podido preguntar: ¿Os acordáis de mi orden n.º 191? ¡Os había avisado!

Los historiadores también podrían llamarnos la atención diciendo: ¡Fijaos en lo sabio que era el Partido Comunista! ¡Su periódico central no paraba de avisar sobre posibles imprevistos!

Pero ni Stalin, ni Timoshenko, ni nadie más se acordó ni una sola vez de aquel llamamiento imperioso de la primera mitad de junio de 1941. ¿Por qué?

Pues porque la palabra «imprevisto» no se refería a la invasión alemana, sino a otra cosa.

Siguiendo el llamamiento, los chequistas quitaron las alambradas y desactivaron las minas en las fronteras occidentales de la Unión Soviética, en lugar de instalar más.

Debían de saber que aquello no era otra cosa que la preparación para el mayor de los imprevistos del siglo XX.

CAPÍTULO 32

El traslado secreto de las unidades del Ejército Rojo del Lejano Oriente a las fronteras occidentales de la URSS

> El 5 de mayo de 1941, pronunciando un discurso ante los graduados de las academias militares, Stalin lo que hacía no era apoyar la propaganda oficial, sino llamarlos a la guerra[73].

1

El 8 de mayo de 1941, la agencia TASS emitió en directo una comunicación importante. Aquí tenemos el texto:

> Los periódicos japoneses están publicando el comunicado de la agencia Dōmei Tsushin según el cual […] la Unión Soviética está concentrando sus fuerzas en las fronteras occidentales […] y dicha operación tiene un carácter masivo. Se informa de que ha sido interrumpido el tráfico de pasajeros en el Transiberiano, puesto que las tropas del Lejano Oriente se están trasladando hacia las fronteras occidentales. Y en Asia Central también se desplazan grandes fuerzas militares en la misma dirección […] Una misión militar, encabezada por Kuznetsov, se dirige de Moscú a Teherán. El objetivo de la misión, según la agencia, consiste en obtener para la Unión Soviética acceso a los aeródromos de la zona occidental de Irán.
>
> La TASS está autorizada a informar de que la escandalosa noticia de Dōmei Tsushin, proveniente de un anónimo corresponsal de United Press, no es más que la fantasía de sus autores […] No hay ninguna «concentración de grandes fuerzas» en las fronteras occidentales de la URSS ni tampoco está prevista. La brizna de verdad, que el comunicado de Dōmei Tsushin tergiversa de una forma descarada, consiste en que se está trasladando una división de fusileros de la región de Irkutsk a la región de Novosibirsk, con el fin de obtener mejores condiciones de acuartelamiento en la última. El resto del comunicado de Dōmei Tsushin es fantasía pura.

¿Quién dice la verdad: Dōmei Tsushin y United Press o la TASS?

Dōmei Tsushin habla de una misión soviética que se dirige a Irán, pero la TASS lo niega. Tres meses más tarde, las tropas soviéticas entrarían sin invitación en el territorio iraní, donde se construirían no solo aeródromos, sino muchas otras cosas.

De qué Kuznetsov están hablando, vete tú a saber; tenemos casi tantos Kuznetsov como Ivanov. Pero no importa. Lo que importa es que la invasión de Irán se produjo al poco tiempo de esta noticia. Los periódicos japoneses, recurriendo a fuentes norteamericanas, predijeron con exactitud los acontecimientos. La rectificación de la TASS, por lo tanto, se puede considerar falsa.

2

Dōmei Tsushin comunica que «la concentración de las tropas soviéticas» tenía «un carácter masivo». Era correcto. Además, en las fronteras alemanas Stalin agrupó veinte cuerpos mecanizados y cinco cuerpos de desembarco aéreo. Nadie más en la historia, ni antes ni después de aquellos acontecimientos, había concentrado ni concentraría tantas tropas de invasión contra un solo enemigo.

La TASS habla de una sola división de fusileros, supuestamente trasladada de Irkutsk a Novosibirsk. Vamos a ver qué dicen otros testigos. El teniente general G. Shelájov (en aquel entonces mayor general, jefe del Estado Mayor del 1.º ejército del Lejano Oriente condecorado con la orden de la Bandera Roja) decía:

> Según la resolución del Comisariado del Pueblo para la Defensa del 16 de abril de 1941, del Frente del Lejano Oriente se separaron y se enviaron al occidente los mandos del 18.º y 31.er cuerpos de fusileros, la 21.ª y la 66.ª divisiones de fusileros, la 211.ª y la 212.ª brigadas de tropas aerotransportadas, aparte de varias unidades especiales de intervención (*RHM*, 1969, n.º 3, pág. 56).

Aquel traslado de tropas aerotransportadas era una señal infalible de la preparación de un ataque. El traslado de brigadas aerotransportadas con el fin de completar los cuerpos aerotransportados, ya creados en las regiones occidentales del país, indica que se estaba planeando una operación de invasión de dimensiones descomunales, que jamás se había realizado en la historia de la humanidad y ojalá que no se efectúe en el futuro. Y la falsa «enmienda» de la TASS, que tapaba el traslado de tropas, incluidas las aerotransportadas, demuestra que la operación de invasión se estaba preparando en condiciones absolutamente confidenciales, para coger al enemigo totalmente desprevenido. A Zhúkov esas jugadas le salían genial.

Por cierto, la 212.ª brigada aerotransportada era la preferida de Zhúkov. En agosto de 1939 había formado parte de la reserva personal de Zhúkov junto con un batallón de Osnaz del NKVD y se había utilizado para lanzar el ataque definitivo y demoledor a la retaguardia del 6.º ejército japonés.

Ahora Zhúkov estaba trasladando la mejor brigada aerotransportada del Ejército Rojo desde el Lejano Oriente a Occidente para unirla al 3.er cuerpo aerotransportado, y tenía que ser justo en la frontera con Rumanía. Hitler no dejó que el 3.er cuerpo aerotransportado (al igual que los demás) se utilizase según se planeaba. Al arrancar la Operación Barbarroja, el 3.er cuerpo aerotransportado, al no ser útil en la guerra defensiva, fue transformado en la 87.ª división de fusileros (después, 13.ª división de guardia), que sí que destacó posteriormente en combates defensivos. Si Stalin de verdad estaba preparándose para la defensa, ¿por qué no formó divisiones de fusileros regulares en lugar de brigadas y cuerpos aerotransportados?

3

El traslado secreto de tropas del Lejano Oriente lo podemos rastrear en múltiples

fuentes. Los mariscales de la Unión Soviética Zhúkov y Bagramián confirman la llegada del 31.er cuerpo del Lejano Oriente al Distrito Militar Especial de Kiev el 25 de mayo de 1941. Lo cual significa que en el momento de la emisión de la enmienda de la TASS, el 31.er cuerpo estaba circulando por el Transiberiano.

El coronel general I. I. Liúdnikov cuenta que, tras desplegar, movilizar y encabezar la 200.ª división de fusileros, recibió la orden de unificarla con el 31.er cuerpo de fusileros (Liúdnikov, I. I., *Entre tormentas*, Donetsk, ed. Donbass, 1973, pág. 24). Después, dicho cuerpo (lo mismo que el resto de sus consortes) se dirigió en secreto hacia las fronteras alemanas. Pero Hitler no permitió que el 31.er cuerpo de fusileros llegase a su destino.

Los trayectos de los demás cuerpos, divisiones y brigadas, trasladados del Lejano Oriente a Occidente, se pueden rastrear a través de las numerosas memorias de generales y mariscales soviéticos; de los testimonios de los soldados reclutados entre presos del Lejano Oriente que acabaron el 22 de junio de 1941 en las fronteras alemanas y rumanas; de los partes de los servicios secretos alemanes; y de muchas otras fuentes.

La TASS mencionó una división de fusileros, que supuestamente se tenía que trasladar de Irkutsk a Novosibirsk para mejorar sus condiciones de acuartelamiento. Llevo muchos años buscando la pista a esta división fantasma. A los que consideren aquellos informes de la TASS estúpidos y simples, a todos los que desconfíen de esa ingenuidad enternecedora, les pido colaboración para que entre todos encontremos aunque sea una alusión a una división llegada a Novosibirsk en primavera de 1941.

En vez de esa división, encuentro muchas otras divisiones que partieron de Novosibirsk y de Irkutsk, de Chitá y de Ulán-Udé, de Blagovéschensk y de Spassk, de Iman (Dalneréchensk) y de Voroshílov, y no bajaban de los convoyes hasta atravesar miles y miles de kilómetros, junto a las fronteras occidentales de la Unión Soviética.

Un libro publicado en Irkutsk (*La región de Transbaikalia. Breve ensayo histórico-militar*, Irkutsk, Editorial de la Siberia Oriental, 1972) habla de varias divisiones que subieron a los convoyes y partieron con urgencia hacia la frontera occidental. Por ejemplo, en abril de 1941, emprende el camino la 57.ª división de tanques, dirigida por V. A. Mishulin. Este desconocía el destino y la división llegó al Distrito Militar Especial de Kiev y recibió la orden de bajar en las inmediaciones de Shepetovka.

Entre tanto, el raudal de tropas que corría por el Transiberiano (y por otras líneas de ferrocarril) iba en aumento. El 25 de mayo de 1941, los cuerpos orientales empezaron a bajar en Ucrania (por ejemplo, el 31.er cuerpo de fusileros, en la región de Zhitómir); al día siguiente, el comandante de las tropas del Distrito Militar de los Urales recibió la orden de dirigir dos divisiones hacia el Báltico. El mismo día, el comandante del Frente del Lejano Oriente y el comandante del Distrito Militar de Transbaikalia recibieron la orden de preparar el traslado al occidente de otras nueve

divisiones, incluidas tres divisiones de tanques (Jvostov, V. y Grýlev, A., *El comunista*, 1968, n.º 12, pág. 67). Mientras tanto, por el Transiberiano, de Transbaikalia hacia Shepetovka se dirigía el 16.º ejército; tras él iban los ejércitos 22.º y 24.º.

4

La mentira más grande y más descarada del comunicado de la TASS consistía no tanto en que el traslado de la división inexistente lo achacara a la mejora de las condiciones de acuartelamiento como en la afirmación de que «no había ninguna "concentración de grandes fuerzas" en las fronteras occidentales de la URSS ni tampoco estaba prevista».

En primer lugar, la concentración transcurrió a marchas forzadas. La invasión alemana confirmó que las dimensiones y los niveles de concentración de las tropas soviéticas superaron todos los pronósticos del enemigo.

En segundo lugar, mientras se estaban trasladando todas esas brigadas, divisiones y cuerpos, ya se había planeado otra operación ferroviaria, mucho más grande, de unas dimensiones verdaderamente inimaginables, única en la historia mundial: era el traslado hacia las fronteras occidentales de la URSS del Segundo Escalón Estratégico del Ejército Rojo.

Los comandantes de ejército recibieron la orden de empezar el traslado del Segundo Escalón Estratégico el 13 de mayo de 1941. Fue justo aquel día cuando, para encubrirla, se emitió el comunicado de la TASS. El traslado del Segundo Escalón Estratégico empezaría un mes más tarde, entonces la TASS sacaría otro comunicado diciendo que en la Unión Soviética no estaba pasando nada importante, sino que, simplemente, se estaba transportando a reservistas al lugar de los ejercicios.

Dejemos que, la TASS siga despotricando sobre el transporte de reservistas rutinario. Mientras tanto, escuchemos a otros testigos. El mayor general A. A. Lobachov, que en aquel entonces era miembro del Consejo Militar del 16.º ejército, así relata los acontecimientos del 26 de mayo de 1941:

> El jefe del cuartel general nos comunicó que de Moscú había llegado un cifrado importante […] Era una orden de traslado del 16.º ejército. M. F. Lukín tenía que presentarse urgentemente en el cuartel general para recibir nuevas indicaciones, mientras el coronel M. A. Shalin y yo teníamos que organizar la partida de los convoyes.
>
> —¿Adónde? —pregunté a Kúrochkin.
>
> —Al occidente.
>
> Lo hablamos y decidimos que primero irían los tanques, después la 152.ª división y demás formaciones y, por último, el cuartel del ejército con las unidades auxiliares.
>
> —Los convoyes saldrán por la noche. Nadie tiene que saber que el ejército se está marchando —

avisó el comandante.

A la hora de partida de los convoyes llegaron Kúrochkin y Zimin, reunieron a los mandos del 5.º cuerpo y desearon al general Alekséyenko y a los demás jefes que el espíritu de Transbaikalia no los abandonara.

La gente, escuchando aquellas cálidas palabras de despedida, ya no pensaba en maniobras de entrenamiento, sino en combates verdaderos (Lobachov, A. A., *Por los vericuetos*, Moscú, Ediciones Militares, 1960, pág. 123).

Luego, el general Lobachov cuenta cosas increíbles. El comandante de ejército general Lukin, el mismo Lobachov y el jefe del cuartel general del 16.º ejército, coronel M. A. Shalin (futuro jefe de la GRU en 1951-1956 y 1957-1958) sabían que el 16.º ejército se trasladaba al occidente, pero no sabían adónde exactamente. A los demás generales del 16.º ejército se les comunica en secreto que el destino final es la frontera iraní; a los mandos intermedios se les dice que el objetivo del traslado son unos entrenamientos; a las mujeres de estos se les informa de que el ejército se va a instalar en un campamento militar.

En una guerra defensiva por lo menos no hay que engañar a los generales inventando una falsa dirección de actuación, pero en el 16.º ejército solo tres altos mandos sabían lo de las fronteras occidentales, los demás obtuvieron información intencionadamente adulterada sobre el traslado a la frontera con Irán.

En el ejército alemán ocurría algo similar: se difundía información falsa sobre la operación León Marino muy parecida a la verdad. La desinformación de las tropas acerca de las direcciones de actuación siempre es una señal infalible de preparación de un ataque sorpresa. Si no quieres que el adversario sepa tus planes, tus tropas tampoco tienen que saberlos. Todos los agresores siguen esta regla.

La siguió Hitler. La siguió Stalin.

5

Es curioso, pero ya en abril de 1941 todos los que de alguna forma estaban relacionados con aquellas grandiosas operaciones de traslado de tropas entendían claramente que realmente el 16.º ejército y las demás formaciones iban a la guerra. Por ejemplo, la mujer de Lobachov le preguntaba a su marido:

—¿Vas a la guerra?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Qué crees, que no leo periódicos? (*ibidem*).

Es un interesante momento psicológico, digno de un estudio aparte. A finales de 1960 encuesté a decenas de personas que habían vivido la guerra y todos me dijeron que habían presentido aquellos terribles acontecimientos. ¿De dónde venían esos

augurios? Todos me respondían al unísono: ¡de los periódicos, claro!

Nosotros, a estas alturas, apenas encontramos en las páginas de esos periódicos amarillentos indicios directos de una guerra a punto de estallar. Pero la gente de aquella generación, al leer entre líneas, entendía que la catástrofe era inevitable. Es difícil de creer que, viviendo en algún rincón de Siberia, pudieran saber algo de las intenciones de Hitler. ¿Quizá la misma envergadura de las preparaciones bélicas les daba a entender que la guerra estaba próxima?

Volvamos, pues, a la narración del general Lobachov. Este recuerda que el traslado del 16.º ejército se realizó en unas condiciones de máxima confidencialidad: los convoyes solo partían de noche, no paraban en las estaciones grandes ni en las medianas, el cuartel general fue transportado en vagones de carga sin ventanas y con las puertas herméticamente cerradas, incluso en las pequeñas estaciones en las que se detenían los trenes no se permitía bajar a nadie.

En aquel entonces, un tren de viajeros tardaba en recorrer el Transiberiano más de once días; los trenes de mercancías iban aún más despacio. Supongamos que se puede trasladar a soldados y oficiales en vagones de carga cerrados, ¡pero estamos hablando del cuartel general de un ejército! Semejantes medidas de seguridad eran demasiado drásticas incluso para los estándares soviéticos. Comparemos: en 1945, cuando el raudal de tropas corría por el Transiberiano en dirección contraria para atacar por sorpresa a Japón en Manchuria y en China, para camuflar a los generales les pusieron uniformes de oficiales y en las hombreras estos tuvieron que llevar muchas menos estrellas de las que se merecían, pero aun así viajaron en vagones de pasajeros.

En cambio, en 1941, a los generales los metieron en vagones de mercancías.

¿Por qué?

CAPÍTULO 33

Dichos y hechos

Los dichos no siempre coinciden con los hechos.

VIACHESLAV MÓLOTOV[74]

1

En 1956, Zhúkov y Jruschov, al alcanzar por fin el poder, convocaron el XX Congreso del PCUS para, según ellos, aprobar el 6.º plan quinquenal, pero el objetivo verdadero era, de una vez por todas, echar a Stalin toda la culpa de los crímenes del régimen comunista y, de paso, explicar al país y al mundo entero la causa del fracaso del Ejército Rojo en verano de 1941.

La explicación fue sencilla: Stalin era tonto y cobarde. Como prueba de su cobardía adujeron el comunicado de la TASS del 14 de junio de 1941, que decía que Alemania estaba cumpliendo a rajatabla, «al igual que la Unión Soviética, las condiciones del tratado germano-soviético de no agresión» y que los rumores sobre la preparación de un ataque alemán a la URSS no eran «más que propaganda torpe, inventada por las fuerzas enemigas de la Unión Soviética y Alemania, interesadas en desencadenar y expandir la guerra».

El XX Congreso aplaudió bulliciosamente a Jruschov. Entonces nació la costumbre de burlarse de aquel comunicado de la TASS y de su autor. Se decía que aquel documento «era un claro reflejo de la visión errónea de Stalin sobre la situación político-militar del momento» (*Historia de la Gran Guerra Patria en la Unión Soviética. 1941-1945*, vol. 1, pág. 404).

Ha pasado ya medio siglo, pero el mito sigue vivo; aún está de moda tachar a Stalin de imbécil y poner como ejemplo el comunicado de la TASS del 14 de junio de 1941.

2

El comunicado de la TASS del 14 de junio de 1941 me llamó la atención en 1962. Yo tenía quince años y era cadete de la 5.ª compañía de la Escuela Militar de Vorónezh, lo cual más o menos corresponde a 4.º de ESO. Al prepararme para un coloquio sobre el principio de la Segunda Guerra Mundial, saqué de la biblioteca un pesado volumen, me lo leí, apunté lo más importante, hablé en clase sobre el tonto de Stalin y el ridículo comunicado de la TASS y me dijeron que muy bien. Pero no me conformé con aquella alabanza.

Para triunfar más aún, en el siguiente coloquio me decidí a leer el famoso comunicado de la agencia informativa TASS. Quise leérmelo entero. Pero el volumen, que pesaba más de dos kilos, atiborrado de guasa y comentarios irónicos referentes a la estupidez de Stalin, no contenía el texto del comunicado.

Gracias a este documento, o, mejor dicho, gracias a su ausencia, emprendí el largo camino de creación del libro que están ustedes leyendo. No encontraba el texto del comunicado en ningún lado. No había forma. No estaba en ninguna biblioteca. Los agitadores y los profesores, los escritores de memorias condecorados con medallas e investigadores animosos, todos esos Símonov y Nekrich no paraban de pitorrearse de Stalin, pero citaban tan solo un pequeño fragmento de aquel comunicado de la TASS que tanto me interesaba.

Lo encontré trece años más tarde. En Ginebra, en la Biblioteca del Departamento Europeo de la ONU, se conservaba una gran recopilación de números del *Pravda*, ignorada y olvidada por todo el mundo.

Lo leí y me quedé de piedra.

Primero: no hubo ningún comunicado de la TASS del 14 de junio de 1941. Hubo un informe, publicado en los periódicos centrales de la Unión Soviética (*Pravda, Izvestia*, etc.) ese día. Pero la radio soviética ya lo había emitido el día 13 por la tarde. El mismo día, el camarada Mólotov se lo hizo llegar al embajador alemán, que había sido citado para la ocasión al Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores de la URSS y que lo comunicó después al Ministerio del Exterior de Alemania a través del telegrama n.º 1368.

Así que no hablemos de un comunicado de la TASS del 14 de junio de 1941, sino de un informe, difundido por la misma agencia el día 13 de junio de 1941.

¡Pero qué importa!, me dirán ustedes.

Pues sí que importa. Resulta que cientos de investigadores que llevan tratando el tema desde 1956 ni siquiera han leído ese texto.

3

Si nos adentramos en las tinieblas históricas del nacionalsocialismo alemán y del socialismo internacional soviético, observamos una similitud sobrecogedora no solo en los eslóganes, canciones y pancartas, sino también en muchos aspectos fundamentales.

En la historia alemana hay un momento muy similar al de la emisión del informe de la TASS el 13 de junio de 1941. El 8 de mayo de 1940, la radio alemana dijo que el anuncio del traslado de dos ejércitos alemanes a las fronteras de Holanda era un «rumor vacío» difundido por los instigadores de la guerra.

La verdad era que a las fronteras holandesas no se habían trasladado dos, sino solo un ejército, el 18.º. Pero a las fronteras de Bélgica y Luxemburgo fueron trasladados cuatro ejércitos: el 4.º, el 6.º, el 12.º y el 16.º; y otros dos, a la frontera

con Francia: el 1.º y el 7.º.

Dos días después de una declaración tan extraña a primera vista, los ejércitos alemanes asestaron un golpe inesperado y demoledor a Francia a través de Bélgica y Luxemburgo, derrotaron a la alianza occidental, echaron las tropas británicas del continente, consiguieron que Francia se rindiese, ocuparon Bélgica, Holanda y Luxemburgo y la mayor parte de Francia.

El mensaje emitido en la radio alemana el 8 de mayo de 1940 y el de la TASS, del 13 de junio de 1941, eran hermanos gemelos. Se parecían tanto en el contenido como en el espíritu.

Hitler no hizo caso al mensaje estalinista difundido por la TASS precisamente porque él había camuflado la preparación de su ataque sorpresa de la misma forma.

4

El informe de la TASS del 13 de junio de 1941 tenía por objetivo acabar con los rumores sobre la inevitable guerra entre la URSS y Alemania. Stalin luchó incansablemente contra todo tipo de chismes.

En verano de 1941, Hitler se enfrentó al mismo problema. Es difícil ocultar la preparación de una guerra. La gente ve las acciones y empieza a hacer suposiciones.

El 24 de abril de 1941, el agregado militar de Alemania en Moscú envió a Berlín un preocupante comunicado que decía que él estaba «luchando contra los rumores infundados sobre una guerra germano-soviética a punto de estallar» que circulaban entre los empleados de la misión diplomática alemana.

El 2 de mayo de 1941, el jefe del Departamento de Prensa Extranjera del Ministerio de Propaganda de Alemania, Karl Böhmer, en estado de embriaguez, se excedió hablando sobre las relaciones con la Unión Soviética y vaticinó una guerra. Fue arrestado de inmediato. Hitler se encargó del asunto personalmente y, según Goebbels, «le dio demasiada importancia».

El 13 de junio de 1941, el día que se estaba emitiendo el informe de la TASS sobre la imposibilidad de la guerra con Alemania, Karl Böhmer ante un tribunal popular (¡es increíble: en la Alemania nazi, igual que en nuestra Unión Soviética, había un tribunal popular!) reconoció que todo lo que había dicho eran delirios de borracho y que en realidad entre Alemania y la Unión Soviética ¡no iba a haber guerra!

Todo esto no salvó a Böhmer de un severo castigo, que sirvió de lección a toda Alemania: ¡no habrá guerra! ¡No habrá guerra! ¡No habrá guerra!

Para que en el extranjero tampoco quedaran dudas, el 15 de junio de 1941, el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop envió a todos los embajadores alemanes telegramas secretos en los que decía que se iban a organizar unas negociaciones de alto nivel en Moscú. Los embajadores bebían comunicárselo en secreto a los gobiernos de los países donde se encontraban sus misiones. Se sabe,

por ejemplo, que el canciller de la embajada alemana en Budapest tuvo que comunicar esa noticia al presidente de Hungría.

Los principios básicos de desinformación son los mismos en todos los lados: ¡si no quieres que el enemigo descubra tu secreto, ocúltalo de tus amigos! Los gobernantes alemanes, intencionadamente, proporcionaban información falsa a sus tropas, misiones diplomáticas y aliados militares.

5

En mayo-junio de 1941, mucha gente vio el traslado de las tropas soviéticas hacia las fronteras occidentales de la URSS, pero cada uno solo podía ver una parte. Pocos se podían imaginar sus verdaderas dimensiones.

Los servicios de inteligencia alemanes sabían que el Ejército Rojo estaba aumentando su potencial, pero incluso ellos solo veían el Primer Escalón Estratégico, sin tener ni la menor idea de la existencia del Segundo[75].

Muchos generales y mariscales soviéticos, excepto los que estaban directamente involucrados en la planificación y dirección del traslado, tampoco se imaginaban la verdadera envergadura ni, como es lógico, su alcance. Precisamente por eso muchos de ellos luego lo contaban tan tranquilos.

No es casual que incluso los altos mandos ignorasen la situación general de entonces. Stalin hizo todo lo que pudo y más para desinformarlos. El informe de la TASS del 13 de junio de 1941 fue una de las medidas que adoptó. Era imposible obviar el mismo hecho del traslado de tropas, pero Stalin supo ocultar lo más importante —es decir, su envergadura y sus objetivos— a todo el país, incluso, como ahora vemos, a las generaciones venideras.

El coronel general de la Aviación A. S. Yákovlev (en aquel entonces, asesor personal de Stalin) testifica que, a finales de mayo o a principios de junio de 1941, en el Kremlin se celebró una reunión dedicada a cuestiones de camuflaje (Yákovlev, A. S., *El objetivo de la vida. Apuntes de un ingeniero aeronáutico*, Moscú, Ediciones Políticas, 1968, pág. 252).

Antes ya hemos hablado de algunos métodos de desinformación que utilizaban los mariscales y generales soviéticos para enmascarar las actuaciones del Ejército Rojo: se comunicaba a las tropas que iban a los ensayos, mientras los altos mandos sabían que el objetivo del traslado era otro.

Antes o durante una guerra defensiva no es necesario engañar a tus oficiales y soldados. Solo hay que plantearles una sencilla tarea: ¡vamos a defender a la Patria, la línea de contacto es esta, ni un paso atrás! ¡A resistir hasta la muerte!

Si la Unión Soviética estaba preparando una operación defensiva, ¿por qué no se les dijo a los combatientes: sí, camaradas, la situación es complicada, cualquier cosa puede pasar, vamos a cavar unas trincheras por si acaso? Si las tropas realmente fuesen a cavar trincheras, daría igual comunicarles el verdadero objetivo de la

operación antes o después del traslado. Pero no se hizo ni antes ni después. Se les iban a plantear unas tareas muy distintas a las previamente anunciadas, que, de hecho, se siguen ocultando hasta ahora.

Para que ustedes se hagan una idea del grado de confidencialidad de aquel traslado de tropas, les voy a dar solo un par de ejemplos. A ver qué nos cuenta el Mariscal de la Unión Soviética M. V. Zajárov:

> A principios de junio, el jefe del servicio de comunicaciones del Distrito Militar de Odesa, el coronel P. I. Rumiantsev, vino a mi despacho —en aquel entonces, yo era jefe del mismo distrito— y me dijo con tono misterioso que durante los últimos días, a través de la estación de Známenka, desde Rostov, iban llegando «Ánnushkas» y se iban bajando cerca de Cherkassy. El término «Ánnushka», en el lenguaje de comunicaciones militares, designaba una división. Dos días más tarde recibí un cifrado de Cherkassy, firmado por el subcomandante de las tropas del Distrito Militar del Cáucaso Norte, M. A. Réiter, en el que se pedía permiso para ocupar varias barracas de nuestro almacén de ropa con el equipamiento de las tropas recién llegadas del Cáucaso Norte. Puesto que el cuartel general del Distrito Militar de Odesa no estaba informado de la concentración de tropas en la zona, llamé de inmediato a la Sección de Operaciones del Estado Mayor. Se puso al teléfono el subjefe de la Sección A. F. Anísov. Tras comentarle lo del cifrado que recibí de M. A. Réiter, le pedí que me explicara qué estaba sucediendo. Anísov me contestó que el cifrado había que destruirlo urgentemente, que Réiter recibiría del Estado Mayor indicaciones oportunas y que el asunto no era de incumbencia del cuartel general del distrito (*Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 42).

Además, el mariscal Zajárov cuenta que el comandante de las tropas del Distrito Militar de Odesa, el coronel general Y. T. Cherevichenko, tampoco sabía nada de las «Ánnushkas».

Es cierto que las tropas soviéticas siempre se desplazaron aplicando unas medidas de camuflaje muy estrictas y los jefes militares soviéticos siempre mantuvieron en secreto sus propósitos. Pero todo tiene sus límites. En la Unión Soviética, un comandante de las tropas de un distrito militar (sobre todo si se trataba de un distrito militar fronterizo) y su jefe de cuartel general siempre tuvieron una autoridad y un poder excepcionales. Siempre fueron responsables de todo lo que ocurría en los territorios que estaban bajo su control. ¡Me parece increíble que el comandante de las tropas de un distrito militar y el jefe del cuartel general de dicho distrito no supieran que en su territorio se iban a concentrar tropas de otras zonas! Incluso cuando los mandos del Distrito Militar de Odesa supieron por casualidad que en el territorio del distrito se iban a concentrar unas tropas desconocidas, el Estado Mayor, dirigido en aquel entonces por Zhúkov, exigió que dicha información se pasara por alto y que el cifrado, destinado únicamente al jefe del cuartel del distrito, se destruyera. ¡Incluso estando en la caja fuerte del comandante del distrito aquel cifrado podía ser peligroso!

Resulta interesante el comportamiento del teniente general Réiter en esa situación. Max Réiter fue un alemán[76] disciplinado; ya en la Primera Guerra Mundial había sido coronel en el Estado Mayor del Ejército ruso. Siendo un militarón forjado en el ejército prusiano, sí que sabía guardar secretos. Pero incluso él, subcomandante de las tropas del Distrito Militar del Cáucaso Norte, al llegar con sus

«Ánnushkas» al territorio de otro distrito militar, creía normal ponerse en contacto con su igual y pedirle permiso (¡a través de un cifrado personal, eso sí!) para hacer no sé qué cosa. Estoy seguro de que los camaradas del Estado Mayor no tardaron en enmendarle la plana para que no volviera a escribir semejantes cifrados.

6

Otro ejemplo. El 12 de junio de 1941, el comandante de las tropas del Distrito Militar Especial Occidental, general de ejército Dmitri Grigórievich Pávlov, recibió de Moscú unas instrucciones con el rótulo de «Altamente confidencial. Muy importante»:

> 1. Al territorio del Distrito Militar Especial Occidental, entre el 17 de junio y el 2 de julio de 1941, llegarán:
>
> El 51.er cuerpo de fusileros, compuesto por la jefatura de cuerpo, las unidades de cuerpo, la 98.ª, la 112.ª y la 153.ª divisiones de fusileros.
>
> El 63.er cuerpo de fusileros, compuesto por la jefatura de cuerpo, las unidades de cuerpo, el 546.º regimiento de artillería de cuerpo, la 53.ª y la 148.ª divisiones.
>
> El 22.º regimiento de ingenieros […]
>
> […]
>
> 5. Las agrupaciones que lleguen al territorio del Distrito Militar Especial Occidental no formarán parte de este ni dependerán de su Consejo Militar.
>
> 6. Nadie tiene que saber de la llegada de las agrupaciones arriba mencionadas, excepto Usted, el miembro del Consejo Militar y el jefe del cuartel general del distrito.
>
> Prohíbo terminantemente mantener conversaciones telefónicas o telegráficas relacionadas con la llegada e instalación de las tropas.
>
> Comisario del pueblo para la Defensa de la URSS, el Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko.
> Jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, general de ejército Zhúkov.

Este documento se publicó por primera vez en la antología *Año 1941* (Moscú, Fundación internacional Demokratia, 1998, libro segundo, págs. 355-356). La antología fue preparada por un grupo de expertos dirigido por el exmiembro del Politburó del Comité Central del PCUS, secretario del Comité Central del PCUS, académico, A. N. Yákovlev. El comité de redacción cuenta con un candidato a miembro del Politburó, dos exjefes del Gobierno de Rusia, el exministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa y el director del Servicio de Inteligencia Extranjera. Entre otros miembros del comité de redacción encontramos a los más brillantes astros de la ciencia, creadores de la versión oficial de la historia de la guerra germano-soviética (que nunca se acaba de culminar) y los custodios de los más arcanos e

inaccesibles archivos.

Ninguno de ellos, al publicar las instrucciones, se dio cuenta de un minúsculo detalle que hace el documento sensacional.

Cualquiera que tenga algo que ver profesionalmente con la historia, al leer las instrucciones y tras soltar unos juramentos de admiración, debería ponerse a explicar a los contemporáneos y a sus descendientes el significado de aquellas líneas. Pero parece que ninguno de los lectores de la obra prestó demasiada atención al documento. Nadie se lanzó a comentar las instrucciones ni mencionó siquiera su importancia.

Alguno dirá que me lo han sugerido los expertos de los servicios secretos británicos. ¡Pero si está escrito en ruso! ¿Acaso somos tan tontos que sin la ayuda de los ubicuos sajones no somos capaces de entender el verdadero significado de lo que ya lleva más de quince años publicado?

¿Cuál es la clave, entonces? La clave está en que al territorio del Distrito Militar Especial Occidental, ubicado en la dirección principal de la futura guerra, llegaron dos nuevos cuerpos de fusileros y un regimiento de zapadores. Este hecho se tenía que ocultar no solo del subjefe del cuartel general, sino también del segundo comandante de las tropas del distrito.

Pero ni siquiera eso es lo más importante. El 51.º y el 62.º cuerpos de fusileros junto con el 22.º regimiento de ingenieros formaban el 22.º ejército, movilizado en secreto en los Urales y trasladado, también en secreto, a Bielorrusia. El ejército estaba encabezado por el comandante de las tropas del Distrito Militar de los Urales, teniente general Yershakov.

Entonces todo eso se tenía que ocultar incluso al comandante de las tropas del Distrito Militar Especial Occidental, Héroe de la Unión Soviética, el general de ejército Pávlov. En aquellas instrucciones, rotuladas como «Altamente confidencial. Muy importante», hablaban de dos cuerpos, pero no decían nada de que estuviesen unidos en un ejército. Si se le hubiera comunicado que estaba llegando el 22.º ejército, el efecto habría sido explosivo: ¿Qué ejército es ese? Nunca tuvimos un ejército así. ¿De dónde viene? ¿Para qué? ¿Por qué no se puede incluir en el distrito? Pero decir que llegan dos cuerpos sonaba menos chocante y menos preocupante.

Era una situación impensable: el comandante de las tropas del Distrito Militar Especial no debía saber que en su territorio se encontraba otro comandante con su jefatura, con su cuartel general y con todas sus tropas.

¡Esto sí que es confidencialidad! ¿Dónde y cuándo se ha visto algo semejante?

7

Vamos a ver algún ejemplo más.

Tomemos por testigo al coronel general L. M. Sandálov. Poco antes de la invasión alemana, él había estado supervisando la construcción de las estructuras defensivas

en la región de Brest y había descubierto que los fortines estaban situados tan cerca de las fronteras que se podían ver desde el territorio alemán. Perplejo, va y le pide explicaciones al comandante del 4.º ejército, teniente general V. I. Chuikov, que más tarde sería uno de los estrategas más astutos de Stalingrado. Este, tras soltar un suspiro fingido, le responde: es una pena, pero qué le vamos a hacer, no podemos evitar que los alemanes observen nuestras obras defensivas (Sandálov, L. M., *En dirección a Moscú*, Moscú, Naúka, 1970, pág. 53).

El coronel general alemán Heinz Guderian, que había empezado la guerra en las inmediaciones de Brest, en la orilla opuesta del Bug, más tarde confirmaría las palabras del coronel general soviético. Dijo que fue exactamente así: los DOT soviéticos se construían de día y de noche, además, de noche las obras estaban fuertemente iluminadas.

Es curioso que ni el mismo Sandálov, ni Chuikov, ni ningún otro jefe militar quisieran detener las obras y retirarlas aunque fuera un par de kilómetros hacia la retaguardia, para que el enemigo no pudiera descubrir ni la ubicación exacta de los puestos de tiro ni la posible dirección de fuego.

El Mariscal de la Unión Soviética Bagramián, estando en otro distrito militar en 1940, observó la misma situación: la construcción de una región fortificada (RF) se estaba llevando a cabo justo ante los ojos de los alemanes. Las zonas de obra tan solo estaban valladas por unas mallas de alambre.

> Aquellas vallas me recordaban las hojitas de higuera con las que se tapaban las vergüenzas de las estatuas antiguas.
>
> —¿Qué piensa usted? —pregunté al capataz de una de las obras—. ¿Sabrán los alemanes lo que están haciendo sus obreros aquí, tras la valla, en la orilla de este río fronterizo?
>
> —¡Claro que sí! —contestó el capataz enseguida—. Hay que ser ciego para no darse cuenta de cómo van las obras.
>
> Pensé que semejante ignorancia táctica, mostrada a la hora de elegir el lugar para la construcción, se podría calificar como sabotaje. Antes, por lo menos, era así (*RHM*, 1976, n.º 1, pág. 54).

Es cierto. En 1938, por actuar de esa forma habrían fusilado a cualquiera. Pero entre 1940 y 1941, por alguna extraña razón, en todas las regiones occidentales las fortificaciones se construían así y nadie tenía miedo a nada, el NKVD no se metía en el asunto, nadie arrestaba ni fusilaba a nadie. ¿Por qué?

«Clara simulación de obras defensivas», así lo caracteriza Bagramián, y añade que «los planes de construcción habían sido aprobados desde muy arriba».

Las regiones fortificadas eran responsabilidad directa del comandante de las tropas del distrito. ¿Quién fue, pues, aquel idiota que aprobó un proyecto así? Pues, el general de ejército Zhúkov. Aquel mismo que acababa de regresar de Mongolia, donde había simulado la construcción de estructuras defensivas y luego había atacado por sorpresa al 6.º ejército japonés. Fue aquel mismo Zhúkov que pocos meses

después sería jefe del Estado Mayor e impondría unas normas draconianas de secretismo a la hora del traslado de las tropas; y, además, la «clara simulación de obras defensivas» en la frontera occidental de la URSS se haría cada vez más intensa.

La actitud de Bagramián en aquel momento también resulta muy interesante. Este era el más pícaro de todos los pícaros. Durante la guerra hizo la más brillante carrera de todo el Ejército Rojo: había empezado como coronel y acabó como general de ejército, grado que le permitió obtener el título de Mariscal de la Unión Soviética.

En aquella situación, Bagramián estaba cumpliendo una misión en la frontera que le había encomendado el propio Zhúkov. Aquel actuó como subalterno y como apoderado de este a un tiempo. Pudo haber puesto el grito en el cielo para que aquella construcción demostrativa se detuviera. Pero no, no lo hizo. Pudo haber dicho a Zhúkov: «¡Gueorgui Konstantínovich, qué horror! Hay unos idiotas que están construyendo fortificaciones justo en la frontera. ¡Son estructuras que cuestan un dineral, pero la artillería del enemigo las va a arrasar nada más empezar la guerra, porque sabe dónde está cada una! ¡Y nos van a fusilar a los dos!».

Pero no. Bagramián no gritó ni pataleó de rabia. Y el 22 de junio de 1941, cuando —efectivamente— los alemanes borraron los fortines de la faz de la tierra, Stalin no fusiló ni a Bagramián ni a Zhúkov, más bien los ascendió. De ahí deducimos que aquel estilo de construcción, cuando el adversario lo puede ver todo, no es ninguna estupidez, ni es sabotaje, sino otra cosa.

8

Los historiadores serios sostienen que en la frontera occidental de la URSS las tropas no excavaron trincheras porque Stalin hacía todo lo posible para no provocar una guerra con Alemania. Pero una simple trinchera no tiene ni punto de comparación con las fortificaciones de hormigón.

Stalin construyó abiertamente[77] la gigantesca franja defensiva (la Línea Mólotov) y no le daba miedo que eso pudiera instigar a Alemania a atacar. Entonces, ¿por qué no mandó a las tropas que hicieran trincheras? Comparadas con la línea de fortificaciones de hormigón, que se estaba construyendo justo delante de los alemanes, unas trincheras no podrían haber complicado de ninguna forma la situación.

Pero las tropas que llegaban a las fronteras occidentales no se atrincheraban, sino que se escondían en los bosques. Lo que construimos para la defensa se lo enseñamos al adversario, pero las tropas que están llegando que no las vea nadie. Eso quiere decir que estas tropas no eran para la defensa, sino para otros fines.

Qué contraste tan extraño: mientras se exhibe descaradamente la preparación de la defensa justo en las fronteras, en el cuartel general del distrito militar se destruye el cifrado sobre la llegada de tropas nuevas. Estamos hablando de dos caras de una misma moneda. Zhúkov ya lo había hecho antes y lo haría más adelante: imitar obras

defensivas a la vista del enemigo y a la vez concentrar en los bosques tropas para atacar.

9

Los historiadores serios, tras leer mis primeras publicaciones, reconocen que sí hubo traslado de tropas, pero afirman también que hace tiempo que han dado explicaciones satisfactorias («defensivas») de aquellos acontecimientos, por lo cual ya no es necesario buscar otras explicaciones, que ya está todo clarísimo.

¡No, señores camaradas! No todo está tan claro. Nadie en la Unión Soviética jamás ha dado una explicación satisfactoria a lo que ocurrió aquellos días. Y fue precisamente la falta de claridad lo que me llamó la atención. Los generales y mariscales soviéticos no solo no tienen ninguna explicación, sino que ninguno de ellos ha sabido decir el número exacto de divisiones que participaron en aquel éxodo colosal. Peor aún, ni siquiera han dicho un número aproximado.

¿Acaso podemos esperar de un jefe militar una explicación satisfactoria de algún suceso si este, o bien no conocía sus verdaderas dimensiones, o bien las estaba ocultando intencionadamente?

Por ejemplo, el miembro de la Academia de las Ciencias Militares Víktor Aleksándrovich Anfílov dijo lo siguiente del Distrito Militar Especial Occidental: «Desde las regiones interiores del distrito, de acuerdo con las directrices del comisario del pueblo para la Defensa, se dirigían diez divisiones de fusileros al occidente» (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 189). En el mismo texto habla del Distrito Militar Especial del Báltico: «Hacia las fronteras avanzaban cuatro divisiones de fusileros (23.ª, 48.ª, 126.ª y 128.ª)». Eso es cierto y existen muchas formas de comprobarlo. ¿Pero acaso al Distrito Militar Especial del Báltico no se desplazaron además la 11.ª y la 183.ª divisiones de fusileros? ¿Acaso las divisiones de tanques y las divisiones motorizadas seguían paradas?

Algunos mariscales soviéticos, incluido Zhúkov, hablan de las 28 divisiones de fusileros desplazadas desde el interior del país hacia el occidente. Es verdad, pero parcial. El Mariscal de la Unión Soviética Aleksandr Mijáilovich Vasilevski subraya que aquellas 28 divisiones «solo eran el principio del plan de concentración de tropas» (Vasilevski, A. M., *La labor de toda la vida*, Moscú, Ediciones Políticas, 1973, pág. 119).

Las 28 divisiones solo eran el principio. Sabemos que también hubo continuación, cuyas dimensiones superaron las iniciales; pero en las memorias del mariscal Vasilevski no vamos a encontrar ninguna información sobre eso.

10

Para explicar cualquier fenómeno, lo primero que hay que hacer es describirlo con precisión. No podemos tomar en serio a ningún investigador que intente explicar el avance de las tropas soviéticas o el informe de la TASS que le hacía de tapadera mientras no tenga recopilado el máximo de información publicada en la prensa abierta.

Al no conformarme con las explicaciones de los historiadores, empecé a escarbar en las memorias de generales y mariscales soviéticos que habían dirigido o habían participado en aquel avance de tropas. Entonces descubrí la increíble flexibilidad de la ciencia histórica soviética y de los escritores de memorias, que esquivaban de todas las maneras posibles la descripción pormenorizada de aquellos acontecimientos.

Por ejemplo, el comandante de las tropas del Distrito Militar de Odesa, coronel general Y. T. Cherevichenko, entre el 9 y el 12 de junio estuvo en Crimea recibiendo las tropas del 9.º cuerpo especial de fusileros. Lo sabemos por el Mariscal de la Unión Soviética M. V. Zajárov (*Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 44). Ese cuerpo era bastante extraordinario y por algo se clasificaba oficialmente como «especial». Pero usted no va a encontrar ni una sola palabra sobre eso en los escritos de Cherevichenko. Este general, no se sabe por qué, lo ocultó. Por cierto, ni siquiera él, que había recibido el cuerpo especial de fusileros, sabía que en el territorio de su distrito se estaba concentrando el ejército entero del teniente general Kónev y de su suplente teniente general Réiter.

El teniente general Kónev fue de los que, durante la guerra, ascendió a Mariscal de la Unión Soviética. Cojo sus memorias con la esperanza de encontrar una explicación de cómo y para qué había aparecido en un distrito militar que no era el suyo con aquellas «Ánnushkas», pero, sorprendido, descubro que el mariscal omitió por completo el periodo inicial de la guerra. En sus libros *Apuntes de un comandante de frente* (1943-1944) y *El cuarenta y cinco* decidió hablar solo de lo ocurrido entre 1943 y 1945.

Abro las memorias del general de ejército P. I. Bátov (*De expediciones y batallas*, Moscú, Ediciones Militares, 1974), que en aquel entonces era subcomandante de las tropas del Distrito Militar Occidental; era suyo el cuerpo especial que el general Cherevichenko había recibido en Crimea. Pero, por desgracia, en su libro Bátov no nos cuenta nada sobre el momento más interesante de su carrera. ¿Cómo había llegado a Crimea con su unidad de élite? ¿Por qué aquel cuerpo de ejército se consideraba especial? ¿Por qué las unidades y agrupaciones del cuerpo ensayaban las técnicas de carga y descarga de armamento y de desembarco rápido de los barcos de la Flota del mar Negro? ¿Por qué en el cuerpo de Bátov se realizó la propaganda de «una guerra de liberación en el territorio del agresor»? ¿Por qué las dimensiones de la campaña, fueron tan descomunales, incluso según los estándares del Ejército Rojo? ¿Por qué, para llevar a cabo aquella campaña, tuvieron que llegar desde Moscú los más altos representantes de la Dirección General de Propaganda Política?

Las respuestas a todas estas preguntas las vamos a encontrar en otras fuentes,

pero no en las memorias del general Bátov, que dirigió personalmente aquella unidad extraordinaria. Este, al escribir sus memorias, lo que hizo fue omitir todo aquel periodo.

Si queremos seguir hurgando en busca de la verdad, tendríamos que ascender hasta el siguiente y el más alto peldaño de la jerarquía directiva del país. Lo que pasa es que, de todos los caciques de la Unión Soviética que tenían acceso a los secretos de estado y planearon personalmente las operaciones del Ejército Rojo (Stalin, Mólotov, Malenkov, Beria, Timoshenko y Zhúkov), el único que escribió memorias fue este último. Pues nada, sus diarios también podrían aclararnos muchas cosas, por qué no. Zhúkov fue jefe del Estado Mayor, es decir, el emplazamiento y desplazamiento de las tropas era su responsabilidad directa. Sin su consentimiento ningún batallón podría dar ni un paso. Además, la red de comunicación por tierra (es decir, todo lo que estaba relacionado con el uso militar del ferrocarril) también era de su incumbencia. De él dependía cada convoy y cada vagón cuya carga tenía algo que ver con el ejército. Por último, todos los comunicados de la TASS en los que se mencionaba el Ejército Rojo se preparaban y revisaban en el Estado Mayor, o sea, bajo la supervisión de Zhúkov.

Las memorias de Zhúkov son la única fuente cuyo autor tenía algo que ver con el conjunto de problemas que se plantean en el presente epígrafe. Zhúkov tenía dos opciones: asumir la responsabilidad de incluir el infundioso informe de la TASS en sus apuntes o desmentirlo. Podía decir, por ejemplo, que esos irresponsables camaradas civiles eran capaces de despotricar en directo repitiendo como loros el estúpido comunicado de la TASS, sin saber cuál era la situación y sin haber preguntado al Estado Mayor si iba a haber desplazamiento de tropas o no.

Sería lógico pensar que en la obra de Zhúkov podemos encontrar las respuestas a todas nuestras incógnitas. Impacientes, nos ponemos a hojear el mamotreto titulado *Memorias y reflexiones* y no encontramos en él ni memorias ni reflexiones. Zhúkov esquiva las respuestas. El libro está escrito de tal forma que parece que va dirigido a deficientes mentales.

Sí, Zhúkov reconoce que hubo traslado de tropas, pero no dice nada de sus objetivos. También silencia qué cantidad de tropas fueron trasladadas a las fronteras occidentales de la Unión Soviética. No cuenta quién ni cuándo participó en la organización de aquella operación. No queda claro por qué el desplazamiento de tropas coincide en el tiempo con el informe de la TASS que niega los rumores sobre dicho desplazamiento. ¿Falta de coordinación entre dos ministerios? ¿O quizá es a la inversa: se trata de una coordinación perfecta?

En lugar de números y explicaciones, Zhúkov nos ofrece tres páginas de descripciones vagas de la operación. El truco consiste en que el autor no describe el traslado de tropas en primera persona, sino que lo hace citando a su amigo Bagramián, que, en aquel entonces, no tenía acceso a secretos de estado.

¡Escuchen a Bagramián, que en aquel entonces solo era coronel! ¡Hagan caso a

Bagramián, que estaba en el Primer Escalón Estratégico y no tenía derecho a conocer el destino final del Segundo Escalón Estratégico! Estando en el Primer Escalón Estratégico solo pudo ver una pequeña parte de las tropas que llegaban. Y con esa descripción Zhúkov se eximió a sí mismo de la necesidad de decir la verdad.

Al citar a Bagramián, Zhúkov actuó como un astronauta que ha estado en la Luna y la describe inspirándose en los fragmentos de las novelas de Julio Verne y Herbert Wells, que nunca habían tenido la suerte de llegar a ella.

¿Por quién tomaba Zhúkov a sus lectores? Si quisiéramos saber la opinión de Iván Jristofórovich Bagramián, nos leeríamos sus libros. Indudablemente, este escribió mucho y bien, tenía una erudición brillante, una capacidad de análisis excepcional y una memoria de elefante; pero el desplazamiento de las tropas del Segundo Escalón no lo había planeado ni lo había dirigido él. Era responsabilidad de Zhúkov. Nos gustaría que Zhúkov nos contara en sus memorias su propia opinión, quisiéramos ver la situación desde las vertiginosas alturas de su puesto y no desde el campanario de Iván Jristofórovich.

La audaz maniobra que esbozó Zhúkov escondiéndose detrás de Bagramián fue una muestra de que había algo turbio en aquel asunto, algo tan sucio y tan grave que incluso setenta años después sigue valiendo la pena ocultarlo.

* * *

Nuestros mariscales y generales han escrito mucho sobre el informe de la TASS y sobre lo que aconteció el día de su emisión. Pero han escrito solo los que no estaban informados acerca de los misterios de creación ni de los objetivos del Segundo Escalón Estratégico.

Los que sí lo estaban se han callado o bien han acabado citando a los ignorantes.

Algo tendrían que ocultar.

CAPÍTULO 34

Más sobre el informe de la TASS[78]

Stalin no era de los que solían revelar sus intenciones.

ROBERT CONQUEST[79]

1

El 13 de junio de 1941, la radio soviética transmitió un informe de la TASS un tanto extraño que decía: «Alemania, al igual que la Unión Soviética, está cumpliendo a rajatabla las condiciones del tratado germano-soviético de no agresión» y que los rumores sobre un posible ataque alemán a la URSS no eran «más que propaganda torpe, inventada por las fuerzas enemigas de la Unión Soviética y Alemania, interesadas en desencadenar y expandir la guerra». Al día siguiente, los principales periódicos soviéticos recogieron el mismo mensaje y una semana más tarde Alemania atacó a la URSS.

Todo el mundo sabe quién fue el autor del informe de la TASS. El estilo personal de Stalin lo reconocieron tanto los generales de los cuarteles soviéticos como los presos de los campos de concentración o los expertos occidentales. Curioso es saber que, después de la guerra, Stalin fusiló a toda la cúpula directiva de la agencia, pero a ninguno de sus miembros se le había acusado de transmitir el informe del 13 de junio de 1941, a pesar de que se hubiera podido calificar sin exageraciones como pernicioso.

Stalin, si quisiera, habría podido culpar a cualquier miembro del Politburó de transmitir aquel informe de la TASS. Pero tampoco lo hizo, asumiendo de esa forma toda la responsabilidad de la transmisión del informe.

Tanto en la prensa soviética como en la occidental se ha hablado mucho de aquel documento. Todos los que han tratado el tema se han reído de Stalin. Muchas veces el texto se considera como muestra de su cortedad de miras, pero para mí tiene más de misterioso que de ridículo. La única incógnita que podemos dar por esclarecida es la autoría, todo lo demás sigue siendo un enigma.

El informe de la TASS del 13 de junio de 1941 no cuadra con el carácter de Stalin. La persona que más sabía sobre Stalin, su secretario personal Boris Bazhánov, así lo describe:

> Era sumamente reservado y taimado […] Tenía una capacidad increíble de guardar silencio y, en este sentido, era único en un país donde todo el mundo habla por los codos (Bazhánov, B., *Memorias del exsecretario de Stalin*).

Aquí tenemos otras características:

> Odiaba a muerte el exceso de palabras, la charlatanería. No digas lo que piensas […] (Avtorjánov, A., *El enigma de la muerte de Stalin*).

> En los momentos críticos, las acciones de Stalin se adelantaban a las palabras (Antónov-Ovséyenko, A., *El retrato del tirano*, Nueva York, Crónica, 1980).

El más destacado conocedor de la época, Robert Conquest, también destaca lo silencioso y taciturno que era Stalin:

> Era contenido y hermético. Todavía nos vemos obligados a revolver en las tinieblas de la excepcional introversión de Stalin.

> Stalin nunca decía lo que pensaba, ni siquiera lo relacionado con sus objetivos políticos (Conquest, R., *El Gran Terror*).

La capacidad de guardar silencio, según Dale Carnegie, es el más preciado de los talentos que pueda tener una persona. En este sentido, Stalin era todo un portento, porque sabía estar callado como nadie. No solo era un rasgo personal, sino también un arma disuasoria: con su silencio Stalin siempre despistó al adversario, por eso los golpes que propinaba eran tan inesperados y tan destructores.

Entonces, ¿por qué de pronto, el 13 de junio de 1941, Stalin habló? ¿Por qué acabó dando explicaciones? ¿Qué pasó con su hermetismo? ¿Y con su astucia? ¿A quién se dirigía? ¿Al Ejército Rojo? Si era así, ¿para qué mandar semejante mensaje (de guerra y paz, de vida y muerte) a través de la radio y de los periódicos centrales?

El ejército, la flota, la policía secreta, los campos de concentración, la industria, el transporte, la agricultura, los dirigentes de todos los rangos y niveles formaban parte del sistema estatal. Ellos no obedecían a los artículos periodísticos, sino a sus superiores, que a su vez, a través de unos canales especiales y a menudo secretos, recibían órdenes desde arriba.

El imperio estalinista tenía una estructura centralizada al máximo. El mecanismo directivo, sobre todo tras la Gran Purga, fue tan bien ajustado que cualquier orden se transmitía de inmediato desde la cúpula hasta el último eslabón de la cadena y se ejecutaba al pie de la letra. Si en junio de 1941 Stalin tenía alguna idea que quería transmitir con urgencia a millones de realizadores, ¿por qué no recurrió a su mecanismo directivo tan perfectamente organizado e infalible?

Si el informe de la TASS publicado del 13 de junio de 1941 tuviera objetivos serios (imposibles de deducir del texto), se habría retransmitido simultáneamente a través de los canales secretos. El Mariscal de la Unión Soviética Vasilevski testifica que después de aquel mensaje «no hubo ninguna otra indicación referente a las Fuerzas Armadas que modificase las decisiones tomadas anteriormente» (Vasilevski, A. M., *La labor de toda la vida*, pág. 120). Luego el mariscal comenta que tampoco cambió nada ni en el funcionamiento del Estado Mayor ni en el del Comisariado del Pueblo para la Defensa, ni «tenía por qué cambiar».

El informe de la TASS no solo no fue retransmitido por los canales secretos, sino al revés: al mismo tiempo, en varios distritos militares occidentales —por ejemplo, en

el del Báltico— las tropas recibieron órdenes completamente contrarias tanto por el contenido como por el espíritu (Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, Fondo 344, inventario 2459, expediente 11, folio 31).

El día de la emisión del informe, en las gacetas de los distritos militares, a las que no tenían acceso personas ajenas, apareció una publicación muy diferente. Nos lo cuenta, por ejemplo, el vicealmirante Azárov (Azárov, I. I., *El cerco de Odesa*, pág. 16).

El informe de la TASS del 13 de junio de 1941 no encaja con el carácter de Stalin, ni con la idea central de toda la mitología comunista. Todos los tiranos de todos los países comunistas (Stalin, sobre todo) siempre repitieron la misma frase sencilla: ¡El enemigo no duerme! Esta frase mágica lo explicaba todo: la ausencia de carne en las tiendas, las «campañas libertadoras», la censura, las torturas, las purgas masivas, las fronteras cerradas, cualquier cosa. Las frases «el enemigo no duerme», «los enemigos nos rodean» no solo son clichés ideológicos, sino una de las armas más potentes del partido con la que se destruyó toda la oposición, con la que se instauraron y reforzaron todas las dictaduras comunistas del mundo.

Solo una vez en la historia de los regímenes comunistas el jefe del más poderoso de todos esos regímenes declaró ante todo el mundo que no existía ningún peligro de invasión.

Dejemos, pues, de pensar que el informe de la TASS emitido el 13 de junio de 1941 fue estúpido, ridículo o inocente. Considerémoslo extraño, incomprensible, inexplicable, e intentemos averiguar su verdadera finalidad.

2

El 13 de junio de 1941 es una de las fechas más significativas de la historia soviética. Existe todo un filón de memorias de oficiales, generales y mariscales en las que se describe aquel día. Además, los archivos se van destapando y ahora podemos ver aquellos acontecimientos a través del prisma de la documentación oficial que durante más de setenta años estuvo inaccesible.

El informe de la TASS no son más que palabras. Para apreciar su sentido, tenemos que analizar también los hechos que las acompañaron. En las fronteras occidentales de la Unión Soviética en aquel momento había cinco distritos militares; estos, junto con las tres flotas, componían el Primer Escalón Estratégico del Ejército Rojo. Fijémonos en cualquiera de esos distritos —por ejemplo, en el Distrito Militar Especial de Kiev— y veamos lo que ocurrió allí unos días antes y unos días después del 13 de junio de 1941.

Aquel día está muy bien documentado. En el Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa (fondo 16, inventario 2951, expediente 261, folios 20-21) encontramos unas instrucciones que envía el comisario del pueblo para la Defensa de la URSS y jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo al Consejo Militar del

Distrito Militar Especial de Kiev. Fecha: 13 de junio de 1941. Rótulo: «Altamente confidencial. Muy importante».

El sistema soviético de administración clasificó todos los documentos según el grado de confidencialidad en cuatro categorías: «De uso interno», «Confidencial», «Altamente confidencial» y «Altamente confidencial. Muy importante». Pero existió también otro grado de confidencialidad superior, establecido por Stalin: «Altamente confidencial. Dossier especial». De este tipo de documentos solo se creaba un ejemplar que, además, nunca podía salir del territorio del Kremlin. De esta manera, los documentos más relevantes que podían salir del Kremlin eran los que llevaban el rótulo de «Altamente confidencial. Muy importante».

Pues uno de estos documentos fue el que recibieron en el cuartel general del Distrito Militar Especial de Kiev el 13 de junio de 1941, mientras en la radio estaba sonando el informe de la TASS. La ordenanza decía así: «todas las divisiones del interior, todas las jefaturas de cuerpo y las unidades de cuerpo se han de trasladar a campamentos nuevos lo más cerca posible de la frontera estatal».

En el Distrito Militar Especial de Kiev, en la frontera había cuatros ejércitos emplazados, detrás se situaban cinco cuerpos de fusileros y cuatro mecanizados. De acuerdo con la ordenanza del 13 de junio de 1941, hacia las fronteras se estaban desplazando los cinco cuerpos de fusileros: el 31.º, el 36.º, el 37.º, el 49.º y el 55.º.

Un cuerpo de fusileros contaba con 966 piezas de artillería y lanzagranadas, 2100 ametralladoras y más de 2000 automóviles. Además incluía a 50 000 soldados y oficiales. Cinco cuerpos sumaban un cuarto de millón.

La ordenanza seguía así: «El traslado de tropas ha de transcurrir en secreto. El desplazamiento se realizará por las noches en combinación con entrenamientos tácticos. Las tropas se llevarán todas las reservas de municiones, combustibles y lubricantes». La ordenanza venía firmada por el comisario del pueblo para la Defensa de la URSS, el Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko, y por el jefe del Estado Mayor, general de ejército Zhúkov. El Mariscal de la Unión Soviética Bagramián (que en aquel entonces era coronel, jefe de la sección de operaciones del cuartel general del Distrito Militar Especial de Kiev) añade que desde el interior del Distrito Militar de Kiev hacia las fronteras se desplazaron no solo los cinco cuerpos de fusileros, sino también los cuatro cuerpos mecanizados:

> Tuvimos que preparar toda la documentación relacionada con la operación de traslado de los cinco cuerpos de fusileros y los cuatro cuerpos mecanizados de las zonas de emplazamiento permanente hacia las zonas fronterizas (Bagramián, I. J., *Así empezó la guerra*, pág. 64).

> Las divisiones que marchaban hacia las fronteras se llevaron todo lo necesario para el combate. Por motivos de camuflaje, el desplazamiento se realizaba por las noches (*ibidem*, pág. 77).

El coronel general Liúdnikov (en aquel entonces, comandante de la 200.ª división del 31.er cuerpo de fusileros) fue uno de los que dio cumplimiento a la ordenanza. Dice así:

Se nos ordenó el traslado […] las tropas tenían que marchar completas […] y concentrarse en los bosques a diez o quince kilómetros de la ciudad fronteriza de Kovel. Se nos recomendó desplazarnos con mucho sigilo, solo por las noches y no salir de la zona boscosa (Liúdnikov, I. I., *Entre tormentas*, pág. 24).

El Mariscal de la Unión Soviética Moskalenko (en aquel entonces, mayor general de artillería, comandante de la 1.ª brigada antitanque) testifica: «Iban llegando más y más convoyes con personal nuevo y material de guerra» (Moskalenko, K. S., *En dirección Sudoeste*, pág. 19).

La historia oficial del Distrito Militar de Kiev dice: «El 14 de junio, la 87.ª división de fusileros del mayor general F. F. Aliábushev, simulando estar de ejercicios, avanzó hacia la frontera estatal» (*El de Kiev, condecorado con la orden de la Bandera Roja. La historia del Distrito Militar de Kiev. 1919-1972*, pág. 162). El traslado de las tropas hacia las fronteras que se realizaba simulando juegos de guerra no era una improvisación de los mandos locales, sino que había sido ordenada desde Moscú. El Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov (en aquel entonces, general de ejército y jefe del Estado Mayor) testifica:

El comisario del pueblo para la Defensa, Timoshenko, recomendó a los comandantes de las tropas de las regiones militares efectuar ejercicios tácticos de las grandes unidades en dirección a la frontera estatal con el objeto de concentrar las tropas más cerca de las regiones de despliegue según los planes de cobertura. Las regiones militares cumplían estas recomendaciones del comisario del pueblo […] pero estaban sin una parte considerable de su artillería (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 242).

El Mariscal de la Unión Soviética Rokossovski (en aquel entonces, jefe del 9.º cuerpo mecanizado) explica en sus memorias por qué las tropas llegaban a la frontera estatal sin la artillería. La explicación es muy sencilla: la artillería se había enviado a las fronteras antes (Rokossovski, K. K., *El deber de soldado*, pág. 8).

3

En vísperas de la transmisión del informe de la TASS del 13 de junio de 1941, el comandante del mismo Distrito Militar Especial de Kiev había recibido otras instrucciones, firmadas por las mismas personas y con el mismo grado de confidencialidad. Las instrucciones del 12 de junio de 1941 decían así:

Al territorio del Distrito Militar Especial de Kiev, entre el 15.06 y el 17.06.41, llegará el 16.º ejército, compuesto por la jefatura junto con sus unidades auxiliares; el 5.º cuerpo mecanizado (la 13.ª y la 17.ª divisiones de tanques y la 109.ª división motorizada); la 57.ª división de tanques; el 32.º cuerpo de fusileros (la 46.ª y la 152.ª divisiones de fusileros, el 126.º regimiento de artillería) […] Se prohíbe terminantemente mantener conversaciones telefónicas o telegráficas abiertas acerca de la llegada, descarga e instalación de las tropas, incluso omitiendo los nombres de las unidades. Nadie tiene que saber de la llegada de las agrupaciones arriba mencionadas, excepto Usted, el miembro del Consejo Militar y el jefe del cuartel general del distrito […] A todas las unidades que van a llegar al territorio del distrito se les han asignado denominaciones convencionales, que figuran en los anexos. Dichas denominaciones se deberán utilizar en la correspondencia, incluidos

los sobres de los documentos altamente confidenciales. (Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, fondo 16, inventario 2951, expediente 261, folios 20-21).

El Distrito Militar Especial de Kiev incluía cuatro ejércitos y diez cuerpos independientes. Además, en mayo de 1941, a su territorio empezaron a trasladarse las tropas del interior del país, incluso de las regiones más orientales y meridionales. El Mariscal de la Unión Soviética, Bagramián, así describe el mes de mayo en el Distrito Militar Especial de Kiev:

> El 25 de mayo, a las tropas se incorporó el 31.er cuerpo de fusileros del Lejano Oriente […] En la segunda mitad de mayo recibimos instrucciones del Estado Mayor, según las cuales teníamos que recibir del Distrito Militar del Cáucaso Norte los mandos del 34.º cuerpo de fusileros, cuatro divisiones de 12 000 efectivos y una división de fusileros de montaña […] Teníamos que alojar, en un plazo muy breve, a casi un ejército entero […] A finales de mayo, uno tras otro, al distrito empezaron a llegar convoyes. La Sección de Operaciones se convirtió en una especie de centro de control, que recopilaba toda la información sobre las tropas llegadas y por llegar (*RHM*, 1967, n.º 1, pág. 62).

Ya antes del 13 de junio de 1941, los cinco distritos militares fronterizos habían empezado a recibir la incesante avalancha de tropas nuevas desde el centro de la Unión Soviética. Es casi imposible describir con precisión las dimensiones de aquella operación, ya que no disponemos de números exactos (sigue siendo información secreta), pero quedan algunos testimonios sueltos.

El subcomisario del pueblo para el Control Estatal, Kovaliov, dice: «En mayo, principios de junio, el sistema de transporte de la URSS tuvo que desplazar a más de 800 000 reservistas […] Dichos traslados se tenían que realizar en secreto» (Kovaliov, I. V., *El transporte en la Gran Guerra Patria, 1941-1945*, Moscú, Naúka, 1981, pág. 41).

El coronel general I. I. Liúdnikov nos cuenta lo siguiente: «En mayo […] cerca de Zhitómir y en los bosques más al sur se concentró un cuerpo aerotransportado» (*RHM*, 1966, n.º 9, pág. 66).

Pues bien, aparte de todo eso, el 12 de junio de 1941, el comandante de las tropas del Distrito Militar Especial de Kiev recibe una directriz altamente confidencial, según la cual tenía que recibir también al 16.º ejército. El documento no decía de dónde venía el ejército. Si entonces el mando del distrito no debía saberlo, hoy día esa información ha dejado de ser secreta: el 16.º ejército se había trasladado desde Transbaikalia, y su 57.ª división de tanques independiente, desde Mongolia. A la cabeza del ejército estaba el teniente general Mijaíl Fiódorovich Lukín. El jefe del cuartel general del 16.º ejército, coronel M. A. Shalin, ascendería a jefe de la GRU.

El 16.º ejército incluía seis divisiones; entre ellas, tres de tanques y una motorizada. El número total de regimientos ascendía a treinta; entre ellos, once regimientos de artillería, siete de tanques, cinco de fusileros motorizados, seis de fusileros y uno de motocicletas. El número de divisiones y regimientos del ejército no era alto, pero este estaba muy bien equipado de maquinaria, sobre todo de tanques y

de artillería. El 5.º cuerpo mecanizado contaba con 1076 tanques puestos a punto (Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, fondo 208, inventario 2511, expediente 20, pág. 128). Además, en la 57.ª división independiente había 375 tanques, más otros 32 en las dos divisiones de fusileros. En total, el 16.º ejército contaba con 1483 tanques y 560 automóviles blindados, de los que 397 iban equipados de cañones pesados.

El 16.º ejército se tuvo que trasladar a una distancia de 7000 kilómetros. En la historia de la humanidad no había ocurrido nada semejante por dos razones. Primero: entonces ningún otro país tenía un territorio tan extenso. Segundo: ningún otro país tenía ejércitos de campo con semejante cantidad de tanques y artillería. Por ejemplo, de todos los ejércitos de campo alemanes que se estaban preparando para atacar a la Unión Soviética, ninguno tenía ni un solo tanque.

El desplazamiento del 16.º ejército de Transbaikalia al margen derecho de Ucrania empezó el 26 de mayo de 1941 y tenía que concluir el 10 de julio. El envío de los convoyes fue dirigido por el comandante de las tropas del Distrito Militar de Transbaikalia, teniente general P. A. Kúrochkin. Podemos encontrar múltiples testimonios de aquella descomunal operación ferroviaria, entre los que están las memorias del mayor general A. A. Lobachov, entonces miembro del Consejo Militar del 16.º ejército.

4

Hemos echado un vistazo superficial a lo que estaba ocurriendo en el Distrito Militar Especial de Kiev unos días antes y unos días después del 13 de junio de 1941. En los otros cuatro distritos occidentales la situación era muy similar.

> El 14 de junio, el Consejo Militar del Distrito Militar de Odesa recibió la orden de crear una jefatura de ejército en Tiráspol (*RHM*, 1978, n.º 4, pág. 86. Se trata de la creación del 9.º ejército en la frontera con Rumanía, hablaremos con más detalle sobre eso en el siguiente capítulo).
>
> El 14 de junio, el Consejo Militar del Distrito Militar Especial del Báltico aprobó el plan de reubicación de varias divisiones y regimientos independientes a la zona fronteriza (*ESM*, vol. 6, pág. 517).

Más abajo veremos algunos testimonios típicos. Habla el mayor general S. Ióvlev (en aquel entonces, jefe de la 64.ª división del 44.º cuerpo de fusileros del 13.er ejército):

> El 15 de junio de 1941, el comandante del Distrito Militar Especial Occidental, general de ejército D. G. Pávlov, ordenó que las divisiones de nuestro distrito se prepararan para la reubicación en su totalidad […] La estación de destino la desconocíamos. (*RHM*, 1960, n.º 99, pág. 56).

El coronel general Sandálov (en aquel entonces, coronel, jefe del cuartel general del 4.º ejército del Distrito Militar Especial Occidental) testifica:

> En el ala sur del 4.º ejército apareció una nueva división: la 75.ª de fusileros. Había salido de Mózyr e instaló en los bosques un campamento de tiendas de campaña (*Lo vivido*, pág. 71).

Ahora es el turno del Mariscal de la Unión Soviética Meretskov (en aquel entonces, general de ejército, subcomisario del pueblo para la Defensa):

> Por una orden mía, el cuerpo mecanizado realizó unas maniobras de ensayo, durante las cuales se desplazó hacia la zona fronteriza para quedarse allí definitivamente. Después dije a Zajárov que en el distrito se encontraba también el cuerpo dirigido por R. Y. Malinovski, que también había que trasladar a la zona fronteriza durante los entrenamientos (*Al servicio del pueblo*, pág. 204).

El Mariscal de la Unión Soviética R. Y. Malinovski (entonces mayor general, jefe del 48.º cuerpo de fusileros del Distrito Militar de Odesa) confirma que aquella orden fue ejecutada:

> El día 7 de junio, el cuerpo había partido de la región de Kirovogrado hacia Bălţi y el 14 de junio ya alcanzó el destino. El desplazamiento se llevó a cabo simulando ejercicios de campo (*RHM*, 1961, n.º 6, pág. 6).

El Mariscal de la Unión Soviética M. V. Zajárov (que en aquella época era mayor general, jefe del cuartel general del Distrito Militar de Odesa) dice así:

> El 15 de junio, el mando del 48.º cuerpo de fusileros, la 74.ª y la 30.ª divisiones de fusileros, simulando entrenamientos, se concentraron en los bosques a pocos kilómetros de la ciudad de Bălţi (*Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 45).

El mariscal señala que los mandos, las unidades del cuerpo y la 74.ª división de fusileros fueron llamados a los puestos de combate y añade que en los «ejercicios» participó también la 16.ª división de tanques.

El Mariscal de la Unión Soviética Yeriómenko (en aquel entonces, teniente general, comandante del 1.er ejército) cuenta a su vez:

> El 20 de junio, el cuartel general del 13.er ejército recibió la orden de la jefatura del Distrito Militar Occidental, según la cual tenía que trasladarse de Moguiliov a Novogrúdok (*Al principio de la guerra*, pág. 109).

A las fronteras estatales no solo se trasladaban ejércitos, cuerpos y divisiones. Según cientos de testimonios, se desplazaban pequeñas unidades y grupos. Por ejemplo, el teniente general V. F. Zótov (en aquel entonces, mayor general, comandante de las tropas del Distrito Militar Especial del Báltico) escribió:

> Los batallones de zapadores fueron movilizados y equipados según las normas de los tiempos de guerra […] los diez batallones, que llegaron del Lejano Oriente, fueron armados al completo (*En el Frente del Noroeste*, pág. 172).

Las incesantes avalanchas de tropas que corrían hacia las fronteras no solo se mencionan en las memorias de generales y mariscales. Los oficiales de rango inferior hablan de lo mismo. El coronel S. F. Jvaléi (en aquel entonces, subcomandante de la

202.ª división motorizada del 12.º cuerpo mecanizado del 8.º ejército) lo recuerda así: «En la madrugada del 18 de junio de 1941, nuestra división inició las maniobras de ensayo» (*ibidem*, pág. 310). Y enseguida añade: «resultó que, para el comienzo de la guerra, las pequeñas unidades de la división acabaron entre los puestos fronterizos», es decir, justo en la frontera estatal. (Fíjense en el verbo «resultó», que en semejante situación no se puede percibir sin ironía).

Conocemos un pequeño fragmento de las instrucciones que el mismo día, el 18 de junio de 1941, recibió el coronel I. D. Cherniajovski (futuro general de ejército), que en aquel momento era comandante de la división de tanques del mismo 12.º cuerpo mecanizado:

> El comandante de la 28.ª división de tanques, coronel Cherniajovski, una vez recibidas las presentes instrucciones, deberá poner sus unidades a disposición del combate de acuerdo con la normativa correspondiente, pero sin dar la orden de alarma de combate. Los preparativos se han de realizar rápida y silenciosamente, sin que cunda el pánico ni se comente en exceso el asunto. Las provisiones necesarias para el combate y la supervivencia se han de administrar según lo establecido (*RHM*, n.º 6, 1986, pág. 75).

Es una lástima que el texto completo de las instrucciones no se haya publicado todavía, a pesar de que ya han pasado más de setenta años desde entonces. De acuerdo con la documentación incautada a los alemanes, estos tuvieron su primer encuentro con la 28.ª división de tanques cerca de Šiauliai; sin embargo, el objetivo de la división era llegar a la frontera, según afirma el mariscal de las tropas blindadas Poluboyárov (en aquel entonces, jefe de la dirección de las tropas motorizadas y blindadas del Frente del Noroeste):

> La división [28.ª de tanques] tenía que llegar desde Riga hasta la línea de la frontera germano-soviética (Zótov, V. F., *En el Frente del Noroeste*, Moscú, Naúka, 1969, pág. 114).

La invasión alemana sorprendió a esta división, al igual que muchas otras, en el camino, impidiéndole alcanzar sus objetivos. Abramos las memorias del mayor I. A. Jizenko, tituladas *Páginas renacidas*. El primer capítulo, que se titula «Vamos hacia la frontera», trata de la 80.ª división del 37.º cuerpo de fusileros:

> El 16 de junio, por la noche, el general Prójorov reunió a los trabajadores del cuartel general para leerles la orden del comandante del Distrito Militar Especial de Kiev, por la cual la división debía trasladarse a una nueva zona de concentración […] Según se rumoreaba, la marcha iba a tener un carácter inusual.

Se han acumulado numerosísimos testimonios como estos; se pueden citar hasta el infinito. Cualquiera que se interese por el periodo inicial de la guerra los puede encontrar sin problemas. No voy a agobiar al lector con los nombres de generales y mariscales, números de ejércitos, cuerpos y divisiones. Imaginémonos el panorama en su totalidad.

En el Primer Escalón Estratégico del Ejército Rojo había 170 divisiones de

tanques, motorizadas, de caballería y de fusileros. En la primera mitad de junio, 56 de ellas se instalaron en cercanía inmediata de las fronteras. No tenían mucho margen de maniobra, pero incluso en esas condiciones se hizo todo lo posible para que algunas de las pequeñas unidades se acercaran a la misma frontera y se escondieran en los bosques. Por ejemplo, el general de ejército I. I. Fediúninski (en aquel entonces, jefe del 15.º cuerpo de fusileros del 5.º ejército) testifica que separó cuatro regimientos de la 45.ª y la 62.ª divisiones para emplazarlos en las «zonas boscosas cercanas a las fronteras» (Fediúninski, I. I., *En alarma de combate*, Moscú, Ediciones Militares, 1964, pág. 12). Las 114 divisiones restantes del Primer Escalón Estratégico se encontraban en el interior de los distritos militares occidentales y en cualquier momento podían avanzar hacia las fronteras.

Mi pregunta es: ¿cuántas de estas 114 divisiones empezaron a avanzar hacia las fronteras, encubiertas por el mensaje tranquilizador de la TASS del 13 de junio de 1941?

Mi respuesta es: ¡TODAS!

Entre el 12 y el 15 de junio, los distritos militares occidentales recibieron la orden de trasladar a las fronteras estatales todas las divisiones situadas en el interior (Jvostov, V. y Grýlev, A., *El comunista*, 1968, n.º 12, pág. 68).

5

En la primera edición de *El rompehielos*, cité una línea de la *Revista de la historia militar* por la que empieza el epígrafe anterior («El 14 de junio, el Consejo Militar del Distrito Militar de Odesa recibió la orden de crear una jefatura de ejército en Tiráspol», *RHM*, 1978, n.º 4, pág. 86), enseguida todos los *antirrezunistas*[80] intentaron apretarme las clavijas. Al comentar la cita, dije que se trataba del despliegue en la frontera rumana del 9.º ejército, el más potente ejército de armas combinadas no solo de la Unión Soviética, sino del mundo entero.

Los *antirrezunistas* me acribillaron a preguntas. Querían saber si entendía que una cosa era dar una orden y otra formar un ejército. ¡Que el proceso requiere su tiempo!

Estoy de acuerdo: la formación de un ejército requiere su tiempo. Pero ahora les pregunto yo: ¿cuánto exactamente? ¿Cuántos segundos se necesitarían, en aquellas circunstancias, para crear un ejército? ¿Veinte les parecen pocos? ¡Pues que sean sesenta! ¿O acaso con sesenta segundos no basta para formar el ejército de armas combinadas más potente del mundo?

Vi con mis propios ojos cómo se creaban ejércitos e, incluso, participé en el proceso. En agosto de 1970, me destinaron a la Sección de Información del cuartel general del Distrito Militar del Volga.

Llego a Kúibyshev. Frente a la sede del cuartel general me doy cuenta de que algo raro está pasando. Van y vienen vehículos militares, pero algunos de ellos llevan

junto a la matrícula un simbolito blanco: Saturno con el circulito alrededor. Intrusos no podían ser, ya que se trataba de un lugar bien vigilado.

Tras asumir el cargo, trato de averiguar cuántos ejércitos hay en el distrito. Hoy en día sería fácil obtener esa información, pero en los tiempos que corrían era un secreto férreo. Si eras de otro distrito, no tenías por qué preguntar esas cosas. Pero, teniendo en cuenta que me acababa de adscribir al Distrito Militar del Volga y, además, siendo oficial del cuartel general, estaba obligado a saberlo. Me dan la respuesta: no hay ni un solo ejército. ¡Qué desilusión! En el Distrito Militar de Subcarpacia teníamos cuatro: el 14.º ejército aéreo, el 8.º ejército de tanques, el 13.º y el 38.º ejércitos de armas combinadas, aparte del cuerpo de defensa antiaérea, divisiones independientes y brigadas. ¡Pero en mi nuevo destino no había ni un solo ejército! ¡Solo divisiones!

Un par de semanas más tarde, la jefatura y cuartel general del distrito se levantaron en alarma de combate. Inmediatamente, en el distrito apareció un ejército de armas combinadas. En un instante. Sin que ninguna persona ajena al asunto pudiese sospecharlo. De la jefatura y cuartel general del distrito se escinde una gran parte del personal y se convierte en personal de la jefatura y cuartel general del nuevo ejército. El comandante del distrito se convierte en comandante del ejército; el jefe del cuartel general del distrito, en jefe del cuartel general del ejército; el jefe del servicio de inteligencia del distrito, en jefe del servicio de inteligencia del ejército; el servidor, en un oficial más de la Sección de Información del recién formado ejército.

El número del ejército era un secreto riguroso. En su lugar se utilizaba un código cifrado temporal, que se cambiaba después de cada despliegue.

Casi todos los cuadros del Distrito Militar del Volga se transformaron en cuadros de mando de aquel ejército. Por la noche, los vehículos de la jefatura y cuartel general fueron subidos a los trenes en la estación Bezymianka y se trasladaron al polígono de Totsk. En Kúibyshev solo se quedó el subcomandante del distrito con un pequeño grupo de oficiales. La jefatura y cuartel general del recién creado ejército se separaron del cuartel general del Distrito Militar del Volga. Todas las unidades del distrito pasaron a depender del nuevo ejército. En caso de guerra, este se tendría que trasladar o bien a Polonia, o bien a Mongolia.

Aquel Saturno blanco con el anillo era símbolo táctico del ejército. Los vehículos adscritos al ejército llevaban ese simbolito, los que seguían dependiendo del distrito, no.

Una semana más tarde, se terminaron los ejercicios. El comandante del ejército, coronel Párshikov, de nuevo se convirtió en comandante del Distrito Militar del Volga, el jefe del cuartel general del ejército volvió a ser jefe del cuartel general del distrito, etcétera. El ejército, de cuya existencia casi nadie se había enterado, desapareció igual de rápido que apareció.

Al asimilar ese mecanismo tan sencillo, empecé a ver con otros ojos lo que había ocurrido en la Unión Soviética el 13 de junio de 1941, cuando sonó en la radio el

informe de la TASS, y los días inmediatamente posteriores.

Entonces, el Distrito Militar de Odesa no tenía ejércitos, sino ocho cuerpos y unas cuantas divisiones independientes. El 14 de junio de 1941, el Consejo Militar del Distrito Militar de Odesa recibió la orden de crear el 9.º ejército con cuartel general en Tiráspol. Veamos lo que pasó después.

El comandante de las tropas del Distrito Militar de Odesa era el coronel general Yákov Timoféyevich Cherevichenko, su suplente era el teniente general Nikandr Yevlámpievich Chíbisov, el jefe del cuartel general era el mayor general Matvéi Vasílievich Zajárov. La composición del cuerpo era la siguiente:

- el 2.º cuerpo mecanizado,
- el 18.º cuerpo mecanizado,
- el 2.º cuerpo de caballería,
- el 7.º cuerpo de fusileros (en el Segundo Escalón),
- el 9.º cuerpo especial de fusileros (en Crimea),
- el 14.º cuerpo de fusileros,
- el 35.º cuerpo de fusileros,
- el 48.º cuerpo de fusileros,
- el 3.er cuerpo aerotransportado,
- la 20.ª y la 21.ª divisiones de aviación mixta.

Desde Moscú llegó un cifrado bajo el código «Sur-41» y momentáneamente surgió el 9.º ejército. El coronel general Cherevichenko se convirtió en su comandante, el mayor general Zajárov asumió el cargo de jefe del cuartel general. La composición del ejército era la siguiente:

- el 2.º cuerpo mecanizado,
- el 18.º cuerpo mecanizado,
- el 2.º cuerpo de caballería,
- el 14.º cuerpo de fusileros,
- el 35.º cuerpo de fusileros,
- el 48.º cuerpo de fusileros,
- la 20.ª y la 21.ª divisiones de aviación mixta.

La orden de creación del ejército solo suponía que al coronel Cherevichenko y al mayor general Zajárov se les quitaba parte de sus responsabilidades. El territorio del Distrito Militar de Odesa ya no era su jurisdicción. El puesto de comandante del Distrito Militar de Odesa fue asumido por el teniente general Chíbisov.

Las siguientes unidades ya no dependían del coronel general Cherevichenko:

- el 7.º cuerpo de tiradores (puesto que se encontraba lejos de la frontera),
- el 9.º cuerpo especial de fusileros (ya que estaba en Crimea, preparándose para el desembarco en la costa rumana con ayuda de la Flota del mar Negro; se lo he contado en el capítulo 24),
- el 3.er cuerpo aerotransportado (porque solo los órganos superiores del gobierno podían ordenar su uso).

Los jefes de los dos cuerpos mecanizados, del cuerpo de caballería y de los tres cuerpos de fusileros, al igual que los jefes de divisiones, tal vez ni siquiera se dieron cuenta de que habían pasado a formar parte del 9.º ejército; seguían subordinados al coronel general Cherevichenko, quien recibía órdenes del mayor general Zajárov.

En la actualidad, poco a poco se van destapando los archivos y sale a la luz lo que antes solo nos podíamos imaginar. En el diccionario biográfico *Comandantes de ejército*, publicado en 2005, se indica que el teniente general Chíbisov asumió el cargo de comandante de las tropas del Distrito Militar de Odesa «en enero de 1941» (pág. 258), eso quiere decir que el 9.º ejército no se separó de su distrito el 14 de junio de 1941, sino medio año antes de la invasión alemana, cuando a la Unión Soviética aún no la amenazaba nadie, sobre todo Rumanía.

Después de enero de 1941, formalmente y con fines de encubrimiento estratégico, el coronel general Cherevichenko continuó siendo comandante de las tropas del Distrito Militar de Odesa, mientras el teniente general Chíbisov siguió haciéndole de subalterno. Pero en realidad, Cherevichenko era comandante del subrepticiamente creado 9.º ejército y Chíbisov dirigía el Distrito Militar de Odesa, sin derecho a entremeterse en los asuntos del ejército de armas combinadas con más potencial destructivo del planeta.

Uno de los *antirrezunistas* más destacados ha anunciado que, tras echar un vistazo al mapa de distribución de las tropas soviéticas durante los primeros días de la guerra, no ha encontrado ningún 9.º ejército. Ese dilema —cuatro décadas ha— nos lo había resuelto el jefe del cuartel general del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la URSS y Mariscal de la Unión Soviética M. V. Zajárov, que en 1941 era mayor general y jefe del cuartel del 9.º ejército:

> En la mañana del 20 de junio, partió la jefatura del 9.º ejército. Al día siguiente […] yo también salí de Odesa a Tiráspol, en tren, y por la noche ya llegué al cuartel general del ejército (*Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, págs. 45-46[81]).

6

Ahora veamos lo que pasó el 13 de junio de 1941 en los distritos interiores de la Unión Soviética, en las lejanas provincias de los Urales, de Altái o de Siberia.

La fecha del 13 de junio de 1941 es más importante para la historia que el 22 de

junio del mismo año. Es un día que los generales, almirantes y mariscales soviéticos recogen en sus memorias con más detalle. Vamos a ver una descripción típica que nos ofrece el teniente general N. I. Biriukov (en aquel entonces, mayor general y jefe de la 186.ª división del 62.º cuerpo del Distrito Militar de los Urales):

> El 13 de junio de 1941 recibimos del cuartel general unas instrucciones de extrema importancia, según las cuales la división debía trasladarse a un «nuevo campamento». Ni siquiera a mí, jefe de la unidad, me comunicaron la dirección del nuevo emplazamiento, y solo al pasar por Moscú me enteré casualmente de que nuestra división se tenía que concentrar en los bosques al oeste de Ídritsa (*RHM*, 1962, n.º 4, pág. 80).

En tiempos de paz una división puede recibir y guardar documentos rotulados como confidenciales, muy de vez en cuando puede recibir alguno con el rótulo de «altamente confidencial». Un documento «muy importante» puede llegar a una división solo en tiempos de guerra y solo cuando se trata de una operación de extrema importancia. Durante los cuatro años de guerra, pocas divisiones recibieron un documento marcado con el rótulo «Altamente confidencial. Muy importante».

Y de improviso, en tiempos de paz, el jefe de la 186.ª división de fusileros recibe uno de esos documentos, que, encima, habla de una chorrada: hay que enviar una división a un campamento. Es verdad que el general Biriukov entrecomilló las palabras «nuevo campamento». Tanto él como sus superiores entendían perfectamente que no se trataba de un nuevo lugar de emplazamiento, sino de algo más serio. ¿El qué?

No solo la 186.ª, sino todas las divisiones del Distrito Militar de los Urales recibieron instrucciones así. La historia oficial del Distrito (*El de los Urales, condecorado con la orden de la Bandera Roja*, Moscú, Ediciones Militares, 1983, pág. 104) nos dice la fecha exacta:

> Primero empezó a subir a los trenes la 112.ª división. En la madrugada, desde una pequeña estación ferroviaria partió aquel convoy […] seguido por otros muchos. Después emprendieron su partida la 98.ª, la 153.ª y la 186.ª divisiones de fusileros.

También se estaban preparando para el traslado la 170.ª y la 174.ª división, aparte de otras unidades de artillería, de ingeniería o de obuses. Para dirigir las divisiones de los Urales se crearon jefaturas de dos cuerpos de ejército nuevos, que, a su vez, dependían del cuartel general del nuevo 22.º ejército (comandante: teniente coronel F. A. Yershakov). Toda esa amalgama de cuarteles generales, encubierta por el apaciguador mensaje de la TASS, se precipitó desde los Urales a los bosques bielorrusos.

El 22.º ejército no fue el único. Vamos a ver lo que cuenta el general de ejército (en aquel entonces, teniente coronel de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del Ejército Rojo) Shtemenko Serguéi Matvéyevich:

> En vísperas de la guerra, en condiciones de confidencialidad absoluta, en la zona fronteriza

empezaron a concentrarse fuerzas adicionales. Del interior del país se estaban trasladando al occidente cinco ejércitos (Shtemenko, S. M., *El Estado Mayor durante la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1968, pág. 26).

En el libro *Periodo inicial de la guerra*, que escribió un grupo de autores dirigido por el general de ejército Semión Pávlovich Ivanov (Moscú, Ediciones Militares, 1974, pág. 211), se indica: «Al mismo tiempo se estaban preparando para el traslado otros tres ejércitos».

Todos esos ejércitos tenían que formar el Segundo Escalón estratégico del Ejército Rojo.

La pregunta es: ¿por qué los ocho ejércitos no empezaron a moverse simultáneamente? La respuesta es muy fácil. En febrero, marzo, abril y mayo se había llevado a cabo una grandiosa operación clandestina de traslado de las tropas soviéticas del interior a las fronteras occidentales. Todo el transporte ferroviario del país se había empleado en aquel éxodo colosal. Este acabó a tiempo, pero decenas de miles de vagones tenían que regresar a su punto de partida situado a miles de kilómetros. Por eso el 13 de junio, cuando empezó un nuevo desplazamiento secreto de tropas, simplemente no había vagones suficientes para todos los ejércitos.

El Segundo Escalón Estratégico del Ejército Rojo incluía la 81.ª división de tanques, una división motorizada y una división de fusileros, sin contar decenas de regimientos y cientos de batallones independientes. Todos ellos empezaron su traslado hacia las fronteras occidentales de la URSS encubiertos por el informe de la TASS.

Aquí tenemos uno de los múltiples testimonios de aquella operación. Habla el teniente general de artillería Grigori Davýdovich Plaskov (entonces, coronel):

> La 53.ª división, en la que fui jefe de artillería, estaba emplazada a orillas del Volga. Los mandos superiores fueron citados en el cuartel general de nuestro 63.er cuerpo. A la reunión llegó también el comandante del distrito V. F. Guerasimenko. La presencia de un jefe de rango tan alto nos hizo sospechar que se trataba de algo importante. El jefe del cuerpo A. G. Petrovski, normalmente tranquilo e impasible, se alteró notablemente.
>
> —Camaradas —dijo—. Tenemos la orden de movilizar el cuerpo. Hay que equipar las unidades de acuerdo con los niveles de tiempos de guerra, para lo cual se deben utilizar reservas de emergencia. Es necesario reclutar al resto del personal sujeto al servicio militar. Los turnos de subida y bajada de los trenes y los horarios de partida los va a entregar el jefe del cuartel, mayor general V. S. Venski.
>
> La reunión duró poco. Estaba todo claro. Aunque el general Guerasimenko dejó caer que íbamos a realizar ejercicios de campo, todos entendíamos que el asunto era mucho más serio.
>
> A los entrenamientos nunca se había ido con el equipo de guerra completo, ni se había reclutado a reservistas. (Plaskov, G. D., *Al compás del cañoneo*, Moscú, Ediciones Militares, 1969, pág. 125).

De este modo, a las 114 divisiones del Primer Escalón Estratégico, que se habían desplazado a las fronteras occidentales, hay que añadir 81 divisiones del Segundo Escalón Estratégico, que salieron en la misma dirección desde el interior del país: de

Siberia, de Transbaikalia e incluso del Lejano Oriente.

7

Todo lo que escribieron los oficiales, generales y mariscales soviéticos en sus memorias lo confirman los informes que los servicios secretos de Alemania presentaron ante sus altos mandos en primavera y principios de verano de 1941: la gigantesca avalancha del Ejército Rojo corrió hacia las fronteras occidentales de la URSS. Podemos encontrar pruebas en fuentes diferentes:

> Justo antes de estallar la guerra, de acuerdo con las instrucciones emitidas por el Estado Mayor del Ejército Rojo, algunas de las grandes unidades del Distrito Militar Especial Occidental empezaron a avanzar hacia la frontera estatal (*Distrito Militar de Bielorrusia, condecorado con la orden de la Bandera Roja*, Moscú, Ediciones Militares, 1983, pág. 88).

> Bajo el pretexto de traslado a los campamentos de verano, las grandes unidades se concentraron en las inmediaciones de las fronteras […] La mayoría de ellas se trasladaban por las noches. (*Periodo inicial de la guerra*, pág. 211).

Uno de los suplentes del ingeniero aeronáutico A. N. Túpolev, G. Ózerov, que en aquella época —igual que su jefe y muchos otros científicos soviéticos destacados— se encontraba en la cárcel, trabajó en la Oficina Central de Proyectos n.º 29, unas instalaciones secretas dependientes del NKVD y conocidas popularmente como «la trena de Túpolev». Él nos da testimonio de los *sueltones* que trabajaban en la oficina junto con los presos:

> ¡Los que viven en casas de campo junto a los ferrocarriles de Bielorrusia y de Riga se quejan de que no pueden dormir por las noches de tantos convoyes que pasan, cargados de tanques y cañones! (Ózerov, G. A., *La trena de Túpolev*, Frankfurt, Posev, 1971, pág. 90).

Pero si ustedes creen que estas fuentes no son fidedignas, hay una prueba absolutamente irrefutable: la propia historia de la guerra.

Tras romper la defensa y derrotar al Primer Escalón Estratégico, las unidades alemanas de repente se encontraron con nuevas divisiones, cuerpos y ejércitos (por ejemplo, con el 16.º ejército en las inmediaciones de Shepetovka a finales de 1941), de cuya existencia los jefes militares alemanes no tenían ni la menor idea. Según el plan de la Blitzkrieg, las tropas soviéticas situadas en la frontera iban a ser aplastadas durante los primeros días de la guerra, pero, después de cumplir con este objetivo, el ejército alemán chocó contra un nueva oleada de ejércitos provenientes de más allá del Volga, del Cáucaso Norte, de los Urales, de Siberia, de Transbaikalia y del Lejano Oriente.

Para transportar un solo ejército hacían falta miles de vagones. Había que llevarlos hasta las estaciones de partida, cargar con el personal, con el armamento pesado, vehículos, municiones y trasladarlos a miles de kilómetros. Si las tropas alemanas se encontraron con los ejércitos de los Urales, de Siberia y de Transbaikalia

a finales de junio de 1941, está claro que estos se habían trasladado al occidente mucho antes del 22 de junio.

8

Entonces, el 13 de junio de 1941 empezó el traslado más grande de tropas, armamento, municiones y otros pertrechos más grande de la historia de la humanidad. Ahora es el momento de volver a leer con atención el informe del 13 de junio de 1941. Por alguna extraña razón, los historiadores serios centran su atención en la introducción del documento, que habla de las intenciones de Alemania. Pero el informe menciona también los propósitos de la Unión Soviética. Esta parte los historiadores no la consideran interesante, pero yo creo que sí lo es. Veamos:

> Los rumores sobre la preparación de la URSS para la guerra con Alemania son falsos y se pueden considerar como una provocación […] Las maniobras de ensayo que han empezado este verano los reservistas del Ejército Rojo no son más que ejercicios rutinarios, cuyo objetivo es comprobar la funcionalidad del sistema ferroviario, que se realiza, como es sabido, todos los años. Por lo cual, presentar dichas maniobras del Ejército Rojo como hostiles es, como mínimo, absurdo.

Si comparamos el contenido de esta afirmación con lo que ocurría en realidad, encontramos cierta distancia entre los dichos y los hechos. El informe de la TASS habla de la comprobación de «la funcionalidad del sistema ferroviario». Permítanme que discrepe. El traslado de las tropas había empezado en febrero, en marzo se hizo masivo, en abril y mayo alcanzó unas dimensiones descomunales y a partir del 13 de junio adquirió un carácter global. En la operación no participaron solo aquellas divisiones que ya se encontraban en proximidad inmediata de las fronteras, las que se estaban preparando para la invasión de Irán y las que se habían quedado en el Lejano Oriente. Se planeaba culminar la concentración de las tropas soviéticas en la frontera alemana para el 10 de julio de 1941 (*Periodo inicial de la guerra*, pág. 211).

Durante casi medio año, el ferrocarril, el medio de transporte principal de la Unión Soviética, estuvo ocupado trasladando ejércitos; el transporte civil de mercancías se vio prácticamente paralizado. En el primer semestre de 1941, el plan estatal de producción industrial se vino abajo tanto por culpa de la guerra como por numerosas interrupciones en el transporte. Otra de las causas del fracaso del plan estatal de producción industrial fue la movilización encubierta de la población masculina para completar los ejércitos recién formados.

Si tomamos en serio el informe de la TASS del 13 de junio de 1941, resulta que para «comprobar la funcionalidad de la red ferroviaria» el gobierno abocó al fracaso el plan industrial del país, lo cual me parece, digamos, disparatado. Está claro que no hubo «ninguna comprobación de funcionalidad de la red ferroviaria».

El informe de la TASS menciona unas maniobras de ensayo que los reservistas del Ejército Rojo iban a realizar en verano, pero los jefes militares lo desmienten:

> Lo inusual de aquellas maniobras, que no estaban previstas en los programas de preparación militar, dejó a la gente preocupada (Ióvlev, S., mayor general, *RHM*, 1960, n.º 9, pág. 56).

> Normalmente, los ejercicios de campo se realizaban más cerca del otoño, pero aquella vez empezaron a principios de verano (Azárov, I. I., vicealmirante, *RHM*, 1962, n.º 6, pág. 77).

> Se solía reclutar a los reservistas después de recoger las cosechas […] En 1941 la regla fue alterada (Liúdnikov, I. I., coronel, *RHM*, 1966, n.º 9, pág. 66).

El general de ejército Mijaíl Ilich Kazakov (que en aquella época era mayor general), en junio de 1941 se encontraba en el Estado Mayor. Allí se encontró con el comandante del 16.º ejército, teniente general Lukin, entre otros generales. Mientras los ejércitos, en secreto, se estaban trasladando al occidente en ferrocarril, los comandantes de ejército, adelantando sus tropas, llegaban a Moscú en avión. En la capital se les daban las últimas instrucciones. El general Kazakov afirma con tono categórico: «Era evidente que no íbamos a realizar maniobras de ensayo» (Kazakov, M. I., *Sobre el mapa de aquellos combates*, Moscú, Ediciones Militares, 1971, pág. 64).

Fíjense en que muchos de los jefes militares, al hablar de aquel desplazamiento de tropas, mencionan las maniobras de entrenamiento. Estas no eran más que un pretexto para ocultar el verdadero objetivo del traslado y concentración de las tropas soviéticas. Pero ninguno de los autores de las citadas memorias lo indica abiertamente. Setenta años después de acabada la guerra, la finalidad verdadera del desplazamiento de todas aquellas tropas sigue siendo secreto de estado.

¿Quizá el camarada Stalin presentía algo malo y por eso había decidido reunir todas sus tropas para defenderse? No, no es eso. Todo lo que estamos viendo no tiene nada que ver con la defensa. Las tropas, cuando se preparan para la defensa, se atrincheran. Es una regla inviolable, ya conocida por cualquier suboficial de la guerra ruso-japonesa y de todas las guerras posteriores. Las tropas que se preparan para la defensa en primer lugar toman los campos más anchos, que el enemigo va a atravesar durante el ataque, cortan los caminos, instalan alambradas, excavan fosos antitanque, construyen estructuras defensivas y refugios junto a las barreras acuáticas.

El Ejército Rojo no hizo nada semejante. No se instalaban alambradas ni campos de minas, sino que se quitaban los ya existentes. Las tropas no se concentraban detrás de los ríos, sino delante, lo cual es muy cómodo para el ataque.

Las tropas soviéticas no ocupaban campos anchos, cómodos para el paso del enemigo, sino que se ocultaban en los bosques, al igual que las tropas alemanas que también se estaban preparando para atacar. ¿Quizá todas esas maniobras eran demostración de potencial bélico? Por supuesto que no. La demostración tiene que ser visible para el enemigo. Pero el Ejército Rojo lo único que exhibía eran las fortificaciones inútiles, mientras las preparaciones reales se ocultaban. El propio informe de la TASS del 13 de junio de 1941 no se redactó para asustar al enemigo, sino para tranquilizarlo y distraerlo.

* * *

Aquella bestial avalancha de tropas arrastró consigo a miles y millones de soldados y oficiales; toda la red ferroviaria del país se utilizó para atender a las necesidades de las fuerzas armadas, los convoyes militares colapsaron las líneas de ferrocarril de la Unión Soviética. El alud de acero también envolvió a los que hacía poco, el 5 de mayo de 1941, habían estado escuchando el discurso de Stalin en el Kremlin:

> Nuestra política de paz y seguridad es, al mismo tiempo, una política de preparación para la guerra. No hay defensa sin ataque. El ejército tiene que estar listo para atacar.

Para aquellos millones de soldados y oficiales que no habían tenido la suerte de oír el discurso de Stalin en directo, el jefe de la Dirección General de Propaganda Política del Ejército Rojo, Scherbakov, redactó unas líneas que resumían todo lo que ellos necesitaban saber mientras los trasladaban hacia las fronteras de Alemania y sus aliados. Aquí tenemos un fragmento:

> La URSS vive rodeada de países capitalistas. El choque entre el mundo capitalista y el socialista es inevitable […] El leninismo nos enseña que el país socialista, aprovechando la situación internacional propicia, puede y debe asumir la iniciativa de organizar las operaciones militares contra el entorno capitalista con el fin de ampliar el frente del socialismo […] En estas condiciones, la propuesta de Lenin de «defender nuestro territorio en el territorio enemigo» se puede llevar a la práctica en cualquier momento (CRCEDHC, Fondo 88, inventario 1, expediente 898, folio 21).

CAPÍTULO 35

Un complot con los instigadores de la guerra

> Nos prepararon bien para una guerra de invasión. Y no es culpa nuestra que no fuéramos nosotros los primeros en atacar.
>
> P. G. GRIGORENKO

1

Encubierta por el informe de la TASS del 13 de junio de 1941, la Armada de la URSS empezó su desplazamiento junto con las masas de las tropas soviéticas. «La flota soviética del Báltico salió de la zona oriental del Golfo de Finlandia en vísperas de la guerra» (*El pueblo estonio en la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. 1941-1945*, en dos volúmenes, Tallin, Eesti Raamat, 1973, vol. 1, pág. 43).

Echemos un vistazo al mapa de Europa. Si la flota salió de la zona oriental del Golfo de Finlandia, la única dirección posible que podía tomar era hacia el oeste. Y por supuesto que la flota no iba a realizar ejercicios de guerra: «La flota tenía el claro objetivo de actuar activamente en las posibles vías de comunicación del enemigo» (*ibidem*).

Qué cosa tan curiosa: la guerra con Alemania aún no había empezado, el camarada Stalin todavía no sabía que Hitler lo iba a atacar ni creía que fuese posible, ¡sin embargo, la flota soviética ya había abandonado sus bases, teniendo como objetivo una operación ofensiva!

Paralelamente transcurría también el movimiento de la aviación. Las divisiones y regimientos aéreos, por las noches y en grupos reducidos, se desplazaban a los aeródromos, algunos de los cuales se encontraban a tan solo diez kilómetros de la frontera. Aparte del traslado de unidades de aviación militar, se realizaron traslados de aviones totalmente nuevos, aún no adscritos a ningún regimiento ni división. Así lo detalla el coronel general Sandálov:

> A partir del 15 de junio, empezaremos a recibir material de guerra nuevo. Los regimientos de cazas de Kóbrinski y Pruzhanski adquirirán varios Yak-1, armados de cañones, el regimiento de asalto tendrá nuevos IL-2 y el regimiento de bombardeo se equipará con Pe-2 (Sandálov, L. M., *En dirección a Moscú*, pág. 63).

En aquella época, un regimiento de cazas contaba con 62 aviones; un regimiento de asalto, con 63; y un regimiento de bombardeo tenía 60. Por consiguiente, solo en una división (por ejemplo, en la 10.ª división de aviación mixta) se esperaba recibir 247 aviones de nueva generación.

En el mismo libro, el general nos cuenta que, efectivamente, la división empezó a recibir máquinas nuevas, pero que los aviones antiguos también se siguieron usando.

Por lo tanto, la división se convirtió en un gigantesco mecanismo de guerra, equipado con varios centenares de aviones. Lo mismo ocurría en todos los lados. Por ejemplo, la 9.ª división de aviación mixta, ubicada al lado, a pocos kilómetros de la frontera, también recibió 176 cazas de nueva generación, MiG-3, y varias decenas de Pe-2 y IL-2. La maquinaria nueva siguió llegando a las fronteras occidentales; incluso el 22 de junio de 1941 el Frente Occidental recibió la orden de recoger en el aeródromo Orsha 99 unidades de MiG-3 (*Jefatura y cuartel general de las Fuerzas Aéreas Soviéticas en la Gran Guerra Patria de los años 1941-1945*, Moscú, Naúka, 1977, pág. 41).

El mariscal principal de aviación, A. A. Nóvikov, comunica que el 21 de junio de 1941, el Frente del Norte (en el que entonces era comandante de las Fuerzas Aéreas Soviéticas y mayor general de aviación) recibió un convoy entero de cazas MiG-3 (*RHM*, 1969, n.º 1, pág. 61).

Aparte de los cazas, las tropas no paraban de recibir tanques, artillería, municiones y carburantes.

> Para finales de junio de 1941, en los ferrocarriles se habían acumulado 1320 trenes cargados de automóviles (*RHM*, 1975, n.º 1, pág. 81).

Las tropas alemanas atacaron a la URSS el 22 de junio, y ya para finales del mismo mes esa cantidad de convoyes cargados de vehículos se había acumulado en los ferrocarriles soviéticos. La tara estándar de un tren militar de aquella época era de novecientas toneladas (45 vagones de veinte toneladas cada uno). Incluso suponiendo que en cada plataforma hubiera un solo vehículo, se esperaba descargar 59 400 automóviles. Aunque muchas veces, cuando el ataque enemigo no se preveía (y en aquel entonces no se preveía), los vehículos se cargaban sobre rampas inclinadas, metiendo el morro de un vehículo sobre la parte trasera del otro, maximizando de esta forma el espacio disponible.

Pensemos, pues: si alguien había juntado semejante cantidad de vagones y vehículos, cargó estos en aquellos y los llevó a las fronteras occidentales de la URSS, está claro que dicho proceso había empezado mucho antes de la guerra, pero no dio tiempo a descargar los vehículos.

Los convoyes cargados de municiones iban en una hilera continua hacia las fronteras occidentales del país. El periódico *Krásnaya zvezdá*, el 28 de abril de 1985, comunica:

> En la tarde del 21 de junio de 1941, el comisario del sector ferroviario de Liepāja recibió la siguiente orden: «Dé acceso al convoy especial. Va cargado de municiones. Debe ser reenviado al punto de destino lo antes posible».

La frontera, en aquel entonces, estaba muy cerca de Liepāja, y si el convoy pasaba por allí en tránsito, quería decir que su destino final era precisamente la frontera. En todos los distritos militares occidentales las municiones se almacenaban

en vagones ferroviarios, que es lo que se suele hacer cuando se prepara un ataque a gran profundidad. En una guerra defensiva es más fácil y más barato guardar municiones en almacenes fijos instalados de antemano en puntos estratégicos determinados; así, al agotar las municiones, las tropas van retrocediendo de un punto a otro en función de la necesidad. En cambio, cuando un país se dispone a atacar, las municiones se guardan en un transporte, a pesar de que es caro y peligroso.

> El Frente del Sudoeste solo en la pequeña estación de Kalínovka tenía estacionados 1500 vagones con municiones (Kumanev, G. A., *Trabajadores de ferrocarril en la Gran Guerra Patria: 1941-1945*, Moscú, Editorial de la Academia de las Ciencias de la URSS, 1963, pág. 36).

2

Se han publicado materiales suficientes sobre los intentos de recuperar las municiones tras la invasión alemana en verano de 1941. Por eso sabemos muy bien que pocas reservas se pudieron salvar. El coronel general de artillería Iván Ivánovich Volkotrúbenko cuenta que, en 1941, solo el Frente Occidental perdió 4216 vagones de municiones (*RHM*, 1980, n.º 5, pág. 71). Pero este no fue el único; había cinco frentes iguales. Imagínense la cantidad total de municiones que acabó en manos del enemigo y que se pudo recuperar. Pues todo ese ingente arsenal, metido en vagones, a mediados de junio, había estado circulando por vías férreas en dirección a las fronteras alemanas.

En el libro *La retaguardia de las Fuerzas Armadas en la Gran Guerra Patria* leemos que a principios de junio «el gobierno soviético aprobó la propuesta del Estado Mayor de trasladar al occidente 100 000 toneladas de carburantes del interior del país».

Por lo visto, este caso no fue el único, sino que se aprobaron otros planes de abastecimiento de combustible a las tropas. Después de la invasión alemana, «en los nudos ferroviarios o directamente en las vías se habían acumulado cerca de 8500 vagones cisterna con combustible» (*ibidem*, pág. 173).

Incluso en el caso de que se utilizasen las cisternas más pequeñas, las de 20 toneladas, estaríamos hablando de mucho más de 100 000 toneladas en total. Pero la cisterna habitualmente usada en aquellos años era la de 62 toneladas, y a las 8500 cisternas arriba mencionadas habría que añadir todas las que fueron destruidas por la aviación enemiga durante los primeros minutos y horas de la guerra.

El coronel general Iván Vasílievich Boldin (entonces, teniente general y subcomandante del Frente Occidental) afirma que el 10.º ejército (el más potente del Frente Occidental) tenía reservas de combustible suficientes en almacenes y cisternas ferroviarios, pero durante los primeros minutos y horas de la guerra las perdió todas (Boldin, I. V., *Las páginas de la vida*, Moscú, Ediciones Militares, 1961, pág. 92).

En vísperas de la guerra, toda aquella cantidad de vagones cisterna, vagones cargados de vehículos, armamento y municiones se dirigía hacia las fronteras del

país.

3

Regimientos, brigadas, divisiones, cuerpos de ejército, ejércitos enteros, convoyes con tanques, cañones y pertrechos, como un alud de acero corrieron hacia las fronteras.

El 13 de junio 1941, el camarada Mólotov citó al embajador alemán y le entregó el texto del informe de la TASS (Jvostov, V. y Grýlev, A., *El comunista*, 1968, n.º 12, pág. 68). El informe decía que «las fuerzas enemigas de la Unión Soviética y Alemania, interesadas en desencadenar y expandir la guerra», estaban intentando enfrentar a los dos países entre sí, al difundir rumores cizañeros «sobre la preparación de un ataque alemán a la URSS».

Según el informe, aquellas «fuerzas enemigas» eran «los medios de comunicación británicos y la prensa extranjera en general»; además, se insinuó que con aquellas fuerzas podía tener algo que ver el embajador inglés en la URSS, Cripps, ya que tras su visita a Londres dichos rumores empezaron a correr con más intensidad.

Nuestra investigación quedaría incompleta de no averiguar lo que pasó en Londres el 13 de junio de 1941. Sería lógico suponer que, después de aquellas acusaciones públicas, en Londres se tenía que haber celebrado un encuentro entre el embajador de la URSS en Gran Bretaña, Iván Mijáilovich Máiski, y el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Anthony Eden.

Imaginémonos aquel encuentro. Maiski arroja sobre la mesa el texto del informe, pega puñetazos en la mesa, patea el suelo, exigiendo a gritos que se deje de sembrar cizaña entre Stalin y Hitler y que no se expandan más rumores sobre la guerra entre la URSS y Alemania.

¿Se imaginan así aquel encuentro? Pues se equivocan. Fue muy diferente.

Efectivamente, el 13 de junio de 1941, el ministro de Asuntos Exteriores británico se reunió con el embajador de la URSS, Maiski. Este no blandió el texto del informe de la TASS, ni dio puñetazos, ni pateó el suelo. El encuentro fue amistoso. Se habló de un asunto serio: las medidas que iba a tomar Gran Bretaña para ayudar al Ejército Rojo en caso de que empezase una guerra entre la URSS y Alemania. Entre las medidas concretas que se trataron se puede mencionar el apoyo de la aviación británica al Ejército Rojo, suministros militares y coordinación entre los mandos de ambos países (*Historia de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945*, vol. 3, pág. 352).

El 13 de junio de 1941, la diplomacia estalinista sentó las bases de la alianza que posteriormente se llamaría «coalición antihitleriana». Por parte de Gran Bretaña no tiene nada de malo, porque en aquel momento estaba en guerra con Alemania y tenía pleno derecho a pactar con quien quisiera en contra Hitler.

Pero la Unión Soviética estaba jugando sucio. Acababa de firmar con Alemania un pacto de no agresión y, un mes más tarde, un tratado de amistad. Si el Gobierno

soviético consideraba que aquellos acuerdos ya no se correspondían con la situación política, su obligación era anularlos. Pero Stalin no solo no lo hizo, sino que siguió mostrando a Hitler su franca amistad y poniendo de vuelta y media al embajador, a la prensa británica y a no sé qué fuerzas misteriosas que «querían desencadenar y expandir la guerra». Al mismo tiempo, en Londres, se estaban llevando a cabo las negociaciones con un enemigo de Alemania, cuyo objetivo era crear una alianza antihitleriana.

¡Lo más curioso es que todo estaba sucediendo antes de que Hitler atacara a la URSS!

Es obvio que el camarada Stalin no esperaba que Alemania atacase. Zhúkov tampoco. Cuando empezó la pelea, este de repente se volvió sabio y previsor, pero las instrucciones, en las que explicaba a las tropas lo que había que hacer en caso de que Alemania atacase, se puso a escribirlas el 22 de junio de 1941, a las 7:15. Si estaba esperando el ataque por parte de Alemania, ¿por qué no redactó aquellas instrucciones por lo menos un par de horas antes?

En definitiva, los caudillos soviéticos —Stalin, Mólotov, Zhúkov— no esperaban que Alemania fuera a atacar. A través del embajador alemán enviaron a Hitler el mensaje que decía: no habrá guerra entre la URSS y Alemania.

El mismo día, en Londres, el embajador soviético se reunía con las altas autoridades de Gran Bretaña para hablar sobre otro tema muy diferente: ¿qué hacer si empieza la guerra entre la URSS y Alemania?

4

Tras la neutralidad del tono diplomático se escondían propósitos muy serios. Hacía poco los diplomáticos de Stalin habían negociado con Alemania la invasión y reparto de Polonia. Aquella agresión se describía con frases totalmente inocentes como: «En caso de que el territorio polaco sufriese alguna modificación». Y ahora, empleando los mismos términos, los diplomáticos de la URSS empezaban a hablar sobre Alemania.

Llama la atención el hecho de que, en las negociaciones londinenses, ambas partes emplearon la frase «si empieza la guerra» en lugar de «si Alemania ataca». Es decir, los interlocutores no descartaban la posibilidad de que la guerra empezase de forma distinta al ataque alemán.

Es posible que alguien me replique que el embajador soviético llevó las negociaciones sin que Stalin lo supiera, es decir, abusando de su cargo. Pero no. Tampoco es el caso. El mismo camarada Maiski insistía en que, en 1932, a punto de marchar a Londres, se había encontrado con el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores de la URSS M. M. Litvínov. Este le advirtió de que las instrucciones que iba a cumplir no serían suyas, sino que provendrían «de más arriba». «Más arriba», en aquel momento, solo estaban Mólotov (el jefe del Gobierno soviético) y Stalin. En

1941, Litvínov abandonó su puesto y «más arriba» de Maiski quedaron Mólotov (que pasó a ser comisario del pueblo para Asuntos Exteriores) y Stalin. Maiski sobrevivió a la purga y aguantó en el puesto muchísimos años solo gracias a su habilidad para no desoír las instrucciones provenientes «desde más arriba».

Para trazar el perfil completo del camarada Maiski en particular y de la diplomacia soviética en general, hay que añadir que, al volver a Moscú después de once años de trabajo en Londres, él acompañó a Stalin durante el encuentro con Churchill y Roosevelt, en el que se les exigió un aumento de potencial de colaboración. Más tarde Maiski escribió el libro titulado *Quién ayudó a Hitler* (Moscú, Editorial del Instituto de Relaciones Internacionales, 1962), por el que nos enteramos de que Alemania no habría podido empezar la guerra si no le hubieran ayudado Gran Bretaña y Francia. El embajador soviético echa la culpa de las muertes innumerables y del sufrimiento del pueblo soviético durante la guerra a un país que ya el 13 de junio de 1941 ofrecía a Stalin su ayuda militar y económica.

El 30 de noviembre de 1939, Stalin, a través del periódico *Pravda*, anunció a todo el mundo:

> No fue Alemania la que atacó a Francia e Inglaterra, sino que Francia e Inglaterra atacaron a Alemania, asumiendo la responsabilidad de haber empezado la guerra.

Stalin jamás se había desdicho de sus palabras. Y de repente, el 13 de junio de 1941 sus diplomáticos se reúnen con los instigadores de la guerra para coordinar sus actuaciones contra Alemania.

A pesar de que Stalin había anunciado que Alemania no era culpable de desatar la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de que Stalin había firmado con Hitler un acuerdo de amistad.

A pesar de que Stalin y Hitler se habían repartido a Europa.

A pesar de que Stalin, al haber suministrado a Hitler petróleo, trigo, vanadio, wolframio, molibdeno, níquel, estaño, cromo y otros materiales estratégicos, le aseguró la victoria sobre sus adversarios en el continente europeo.

A pesar de que Stalin no esperaba ni preveía el ataque por parte de Alemania.

* * *

Resumamos, pues, los acontecimientos de aquel día. Por un lado, la URSS anunció a los cuatro vientos que unas «fuerzas enemigas de la Unión Soviética y Alemania, interesadas en desencadenar y expandir la guerra», querían enfrentar los dos países entre sí, insinuando explícitamente que aquellas fuerzas tenían su origen en Gran Bretaña. Pero al mismo tiempo, la Unión Soviética negoció en secreto con esos «instigadores de la guerra» para formar una alianza militar contra Alemania.

Por un lado, la Unión Soviética declaró no haber concentrado tropas en la frontera alemana. Pero mientras tanto, las estaba concentrando en cantidades nunca vistas en

la historia de la humanidad.

Por un lado, decía que eran ejercicios de campo, pero en realidad se trataba de algo mucho más serio.

CAPÍTULO 36

Sobre los distritos militares abandonados

Hace mucho que en el Ejército Rojo existe la siguiente costumbre: mientras las tropas están de camino, los mandos ya han llegado al lugar de la futura actuación.

KONSTANTÍN KONSTANTÍNOVICH ROKOSSOVSKI[82]

1

Un general soviético, ascendiendo en el escalafón, pasa por los cargos de jefe de división, jefe de cuerpo y comandante de ejército. Después sigue el grado de comandante de distrito militar. No es un paso más. Es todo un salto. Comandante de distrito no solo es un cargo militar altísimo, sino que es una especie de gobernador castrense de un territorio de cientos de miles o, incluso, millones de kilómetros cuadrados, donde viven millones (a veces, decenas de millones) de personas. Un comandante de distrito no solo controla las tropas, sino también el empleo de la población, de la industria, del transporte, de los medios de comunicación, de la agricultura y de los recursos naturales con fines bélicos.

Antes de la guerra, el territorio de la Unión Soviética se dividió en dieciséis distritos militares. Ocho eran fronterizos, los otros ocho no tenían contacto con las fronteras y se consideraban de interior. Cada distrito tenía su propia ventaja: en uno se concentraban muchas tropas, otro presentaba un gran potencial industrial o de movilización.

El 13 de mayo de 1941, los comandantes de las tropas de los distritos interiores (excepto el del Distrito Militar de Moscú) recibieron unas instrucciones de extrema importancia: en cada uno de los distritos se tenía que desplegar un ejército; para formar dichos ejércitos había que emplear todos los cuarteles generales y tropas disponibles; los comandantes de los distritos debían encabezar los nuevos ejércitos personalmente y, al cabo de un mes, el 13 de junio, organizar su traslado hacia el occidente.

Fue así como los comandantes de los siete distritos militares interiores se convirtieron en comandantes de ejército. Pero con siete generales no bastaba. Cada comandante de ejército necesita a un suplente, necesita un cuartel general, jefes de artillería, de tropas de ingeniería, de comunicación y de retaguardia. ¿De dónde sacar a tantos generales? No hubo problemas. Stalin lo tenía todo previsto.

Empecé a hablar del desplazamiento de tropas aduciendo como ejemplo las divisiones del Distrito Militar de los Urales. Sigamos usándolas, pues, para explicar la decisión de Stalin.

En el Distrito Militar de los Urales se había creado el 22.º ejército. El comandante

de las tropas del distrito, teniente general Filipp Anastásievich Yershakov, lo encabezó personalmente. El miembro del Consejo Militar del distrito, comisario de cuerpo Dmitri Serguéyevich Leónov, se convirtió en miembro del Consejo Militar del 22.º ejército. El jefe del cuartel general del distrito, mayor general Gueorgui Fiódorovich Zajárov, pasó a ser jefe del cuartel general del 22.º ejército. El cuartel general del distrito se transformó en cuartel general de ejército. Los jefes de artillería, de las tropas de ingeniería, de comunicación, de reconocimiento, los jefes de todas las secciones y directorios del distrito ocuparon los respectivos puestos en el 22.º ejército. Se llevaron a todos sus suplentes y subalternos, subieron a los trenes y partieron hacia las regiones occidentales de la Unión Soviética.

La pregunta es: ¿quién se quedó en los Urales? En los Urales se encontraban Magnitka[83] y Uralmash. Allí estaba el aún desconocido pero ya pujante Tankogrado. Los Urales tenían recursos naturales, fábricas y mano de obra en sus campos de concentración. Aquellos territorios inmensos no se podían quedar sin un gobernador castrense, por eso, en cuanto todos los cuadros de mando se marcharon, apareció un tal mayor general A. V. Katkov, que ni siquiera tenía un cuartel general.

2

Lo mismo ocurrió en el Distrito Militar de Járkov. En vísperas de la guerra, en la frontera con Rumanía se había formado el 18.º ejército, cuya jefatura y cuartel general provenían del Distrito Militar de Járkov.

El comandante de las tropas del distrito, teniente general Andréi Kiríllovich Smirnov; el miembro del Consejo Militar, mayor general V. Y. Kolpakchi; el comandante de la aviación del distrito, mayor general S. K. Goriunov y todos sus subalternos se desplazaron a la frontera rumana con el nuevo ejército, dejando decapitado el distrito militar.

El 19.º ejército absorbió todas las tropas y cuarteles del Distrito Militar del Cáucaso Norte. El comandante de las tropas del distrito, teniente general Iván Stepánovich Kónev, encabezó dicho ejército y emprendió una marcha clandestina hacia el occidente, dejando el territorio abandonado. Teóricamente, en su lugar se tenía que haber quedado su suplente, el comunista alemán mayor general Maks Réiter, pero ya hemos dicho que, en aquel entonces, este no estaba en el Cáucaso, sino en Ucrania, concretamente en Cherkassy, adonde estaban llegando los convoyes del 19.º ejército. Lo sabemos no solo por las memorias del Mariscal de la Unión Soviética Zajárov, sino por muchas otras fuentes, por ejemplo, por las memorias del Mariscal de la Unión Soviética Bagramián (Bagramián, I. J., *Así empezó la guerra*, pág. 63).

El miembro del Consejo Militar del Distrito Militar del Cáucaso Norte, comisario de división I. P. Shaklánov, se convirtió en miembro del Consejo Militar del 19.º

ejército; el jefe del cuartel general del distrito, mayor general P. N. Rubtsov, pasó a ser jefe del cuartel general del 19.º ejército.

Todos los cuadros de mando de las Fuerzas Aéreas del Distrito Militar del Cáucaso Norte (el comandante de las Fuerzas Aéreas del Distrito Militar del Cáucaso Norte, mayor general de aviación E. M. Nikoláyenko; el jefe del cuartel general de las Fuerzas Aéreas, coronel N. V. Kornéyev; el jefe de la división de cazas, mayor general de aviación E. M. Belitski), después del 13 de junio de 1941 siguieron ocupando los mismos cargos, pero ya en el 19.º ejército, que se estaba trasladando a Ucrania.

El 20.º ejército nació a partir del Distrito Militar de Oriol. El comandante de las tropas del distrito, teniente general Fiódor Nikitich Rémezov, juntó bajo su mando todas las tropas de los Distritos Militares de Oriol y de Moscú, convirtió su antiguo cuartel general en el del 20.º ejército y, en secreto, partió hacia el occidente, dejando el centro de Rusia sin ningún control militar.

El 21.er ejército reunió todas las tropas del Distrito Militar del Volga. El comandante del distrito, teniente general Vasili Filíppovich Guerasimenko, se convirtió en comandante del 21.er ejército; el jefe del cuartel general del distrito, mayor general V. N. Górdov, pasó a ser jefe del cuartel general del 21.er ejército. Otros jefes de tropas y servicios, otros cientos de comandantes cambiaron en las denominaciones de sus cargos las palabras «del Distrito Militar del Volga» por «del 21.er ejército». Por ejemplo, si en algún lado ustedes leen que el comandante de división[84] Grigori Alekséyevich Vorozhéikin (más adelante, mariscal de aviación) en primavera de 1941 encabezaba la aviación del Distrito Militar del Volga, no hace falta revolver los archivos, pueden estar seguros de que a partir del 13 de junio de 1941 se convirtió en comandante de aviación del 21.er ejército y se fue en secreto a la frontera alemana. Si ustedes saben que el coronel Yuri Viacheslávovich Bordzilovski (más adelante, coronel general de tropas de ingeniería) estuvo de servicio en la sección de ingeniería de aquel distrito militar, después del 13 de junio de 1941 seguramente lo encontrará en la sección de ingeniería del 21.er ejército.

En el Distrito Militar de Siberia (dirigido por el teniente general Stepán Andréyevich Kalinin) se formó el 24.º ejército, y en el seno del Distrito Militar de Arcángel (encabezado por el teniente general Vladímir Yákovlevich Kachálov) nació el 28.º ejército.

3

El mismo día, el 13 de junio de 1941, cuando la radio soviética emitió el informe de la TASS, en los inabarcables territorios de la Rusia Central, del Cáucaso Norte, de Siberia, de los Urales; desde Arcángel hasta Kubán y desde Oriol hasta Chitá, la organización territorial militar prácticamente dejó de existir.

Si en aquel momento hubiera estallado un levantamiento popular, no se habría podido sofocar, puesto que todas las divisiones se habían marchado a las fronteras alemanas y rumanas. Más aún, ni siquiera habría quien diera la orden correspondiente, puesto que todos los generales también se habían marchado en la misma dirección. Claro, para reprimir las revueltas populares estaba el NKVD, pero cuando la situación se agravaba, no bastaba con las tropas del NKVD y había que recurrir al ejército. Por cierto, en aquel momento, en las tropas del NKVD estaban pasando cosas no menos extrañas: se formaban nuevas divisiones, compuestas por los trabajadores de las fuerzas de seguridad y de los servicios secretos locales.

¿Qué pasó entonces? ¿A lo mejor Stalin no confiaba en los cuadros de mando de sus distritos militares y decidió degradarlos a todos a la vez? No, no era eso. En los que Stalin no confiaba ya estaban muertos y sus puestos los habían ocupado aquellos en los que sí confiaba.

Fíjense en un pequeño detalle: en el lugar de los generales que se marchaban de los distritos militares casi nunca aparecían mandos nuevos. Por ejemplo, después de que el comandante de las tropas del Distrito Militar de Siberia, el teniente general Kalinin, convirtiese sus tropas y su cuartel general en el 24.º ejército y se lo llevara clandestinamente al occidente, no llegó un nuevo general al distrito hasta 1942 (*ESM*, vol. 7, pág. 33). En el resto de los distritos militares del interior, los nuevos comandantes aparecieron con varios meses de retraso, o bien esos cargos se asignaron a generales que nadie conocía, que nunca habían tenido la suerte de dirigir un distrito militar ni lo harían después (como, por ejemplo, el mayor general M. T. Popov en el Distrito Militar del Volga).

La única explicación de semejante situación, sin precedentes, podría ser que aquellos comandantes y sus tropas tenían asignada una tarea mucho más importante que la de mantener el régimen comunista en las regiones interiores de la Unión Soviética.

En caso contrario, todos aquellos jefes militares y sus tropas se habrían quedado en sus puestos.

4

De los ocho distritos del interior, el de Moscú era la única excepción. A diferencia de los demás distritos, no lo dirigía un teniente general, ni tampoco un coronel general, sino un general de ejército: Iván Vladímirovich Tiulénev.

Cuando, encubiertos por el informe de la TASS, los generales soviéticos con sus cuarteles y sus tropas abandonaron los distritos militares del interior, el distrito de Moscú tampoco fue una excepción, a pesar de su excepcional importancia estratégica. Todas las tropas del Distrito Militar de Moscú fueron empleadas para reforzar el Primer Escalón Estratégico y el 20.º ejército del Segundo Escalón Estratégico. Todas sus reservas de armamento, municiones y víveres fueron trasladadas a las fronteras

occidentales del país.

El comandante del Distrito Militar de Moscú, general de ejército Tiulénev, aparte de gozar de una especial confianza de Stalin, ostentaba un cargo demasiado alto para dirigir un ejército, así que, por una resolución del Politburó del Comité Central del PC(b) (o sea, de Stalin) fue nombrado comandante del Distrito Militar del Sur. Al trasladarse a su nuevo destino, se llevó a todo el cuartel general del Distrito Militar de Moscú junto con el mayor general G. D. Shishenin.

Ya conocemos la composición del Distrito Militar del Sur: el 9.º ejército (de *superchoque*) y el 18.º ejército (de montaña), el 9.º cuerpo de fusileros (de desembarco marítimo) y el 3.er cuerpo aerotransportado, más la aviación naval. La decisión de transformar la jefatura y cuartel general del Distrito Militar de Moscú en la jefatura del Distrito Militar del Sur y trasladarla a Vínnitsa se tomó el 21 de junio de 1941, pero hay pruebas suficientes de que no fue ninguna sorpresa para los oficiales del cuartel general; más aún, muchas secciones del cuartel general llevaban tiempo en las inmediaciones de la frontera rumana. Por ejemplo, a principios de 1941 el subcomandante de las Fuerzas Aéreas del Distrito Militar de Moscú, mayor general A. S. Osipenko, ya se encontraba allí. La jefatura y el cuartel general del Distrito Militar de Moscú se marcharon a Vínnitsa, dejando la región capitalina prácticamente abandonada, ya que nadie ocupó el lugar de los antiguos jefes militares.

5

¿Acaso era posible que el Distrito Militar de Moscú se quedara sin dirección? Sí lo era. Pero es cierto que ya el 26 de junio de 1941 el teniente general Pável Artémievich Artémiev tuvo que asumir el cargo de comandante del distrito (*El Distrito Militar de Moscú, condecorado con la Orden de Lenin*, pág. 204).

Formalmente, el distrito volvió a tener comandante, ¡y qué comandante! Artémiev no era militar. Era de la Checa y antes de llegar al Distrito Militar de Moscú había sido jefe de las tropas especiales del NKVD. En julio, por una orden de Stalin, el puesto de miembro del Consejo Militar fue asignado al excomisario de división del NKVD (más adelante, teniente general) Konstantín Fiódorivich Teleguin. Este era otro chequista de pura cepa, que había estado en las Osnaz, durante la Gran Purga había sido comisario político del distrito de las tropas del Interior de Moscú, que también dependían del NKVD, y luego había trabajado en el aparato central del NKVD.

¡Increíble! Incluso durante los años de la Gran Purga al mando de los distritos militares estaban los militares. Pero de repente el Distrito Militar de Moscú pasó a depender del NKVD. El Distrito Militar de Moscú existía, pero sin incluir unidades militares del Ejército Rojo, tan solo contaba con dos divisiones del NKVD y veinticinco batallones de asalto independientes, también del NKVD.

El teniente general Teleguin recuerda que cuando al cuartel general del Distrito

Militar de Moscú llegó «gente nueva» (es decir, los chequistas), muchas secciones fueron debilitadas y algunas de las secciones vitales —como la de operaciones y la de inteligencia— simplemente dejaron de existir. La «gente nueva» no estaba al tanto de las peculiaridades del sistema militar y tuvo que «invertir mucho tiempo en conocer el estado del distrito, sus objetivos y sus posibilidades» (Teleguin, K. F., *Las leguas recorridas durante la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1988).

6

Entonces, los jefes militares de alto rango, tapados por el informe de la TASS, encabezaron ejércitos (o incluso frentes, como Tiulénev) y se dirigieron hacia las fronteras alemanas y rumanas, poniendo en manos de la suerte (y del NKVD) todos los distritos militares de la Unión Soviética.

Eso no había ocurrido en toda la historia soviética ni iba a ocurrir. Es indiscutible que todo aquello estaba directamente relacionado con la guerra que para la URSS se presentaba como inevitable. Si los caudillos soviéticos dudasen, aunque fuera un poquito, de la posibilidad de la guerra, dejarían a alguno de los jefes en su puesto.

¡Pero! Aquellas actuaciones de los mandos soviéticos no tenían nada que ver con la preparación de la defensa. En una larga guerra defensiva no mandan a todos los jefes militares a la frontera con el país enemigo, sino que dejan a algunos en aquellos territorios donde el adversario puede aparecer de improviso. Además, en una guerra defensiva prolongada es imprescindible la presencia de militares, y no de chequistas, en las principales zonas industriales y nudos de transporte del país. Es necesario tanto para defender estos puntos estratégicos como para hacer un uso correcto del potencial bélico de la retaguardia.

Los generales soviéticos se podían ausentar de los centros industriales solo en caso de que el gobierno soviético planeara un ataque relámpago, contando más con las reservas de movilización de antes de la guerra que con el armamento, que se podía fabricar durante las hostilidades. Era la única opción.

* * *

¿No serán exageradas nuestras suposiciones? No, no lo son. Su turno, general Teleguin:

> Ya que se suponía que la guerra iba a transcurrir en el territorio del enemigo, las reservas de armamento, municiones y víveres que se encontraban en nuestro distrito fueron trasladados a los distritos fronterizos (*RHM*, 1962, n.º 1, pág. 36).

¿Acaso me he inventado algo?

CAPÍTULO 37

El triunfo de la sistematización

> Y qué montones de literatura sobre la guerra se han creado. Por ejemplo: los doce tomos de la Historia de la Segunda Guerra Mundial. Otra publicación más falsa, más adulterada y más amañada no hubo ni en la historia de nuestro país ni en la historia de la literatura mundial. Ha sido fabricada por gente lista, bien pagada y que sabía perfectamente lo que hacía.
>
> V. P. ASTÁFIEV[85]

1

Repetiré una y otra vez, aunque a alguien le pueda parecer tedioso, que cualesquiera conocimientos pueden considerarse ciencia solo en el caso de que estén sistematizados. Nuestros conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial no estaban sistematizados en la Unión Soviética ni lo están hoy día en Rusia. Antes creía que no era más que un pequeño y lamentable fallo, que nuestros caciques simplemente no tuvieron la oportunidad de hacerlo. Creía que, pasados cincuenta años después de la guerra, el veto sobre su estudio se iba a levantar y que nuestros caudillos iban a ordenar la sistematización.

Pero, mientras tanto, me dediqué a sistematizar los conocimientos históricos por mi cuenta. Empecé por la simple cronología. Intenté fijar las fechas clave que habían precedido a la guerra. La fecha más llamativa, más escandalosa y más ridiculizada fue la del 14 de junio de 1941, el día de la publicación del llamado «comunicado de la TASS». Averigüé que no hubo ningún comunicado, sino que la TASS había realizado un informe el 13 del mismo mes. Memoricé la fecha: 13 de junio, 13 de junio… No se me olvida.

Los años fueron pasando. Un día abro la historia del Distrito Militar de los Urales y leo:

> El 13 de junio, de una pequeña estación salió un convoy […] Le siguieron otros convoyes. Luego empezaron a partir las unidades 98.ª, 158.ª y 186.ª de las divisiones de fusileros (*El de los Urales, condecorado con la orden de la Bandera Roja*, pág. 104).

¡Ahí está! ¡Ya sabemos por qué no hubo ni habrá sistematización! Incluso si se publica la más sencilla cronología, daría un vuelco al completo al concepto que se tiene ahora de la Gran Guerra Patria.

Nos cuentan como el sabio Zhúkov rogaba que las tropas se pusieran en disposición de combate completa y como el estúpido Stalin no lo hizo, intentando ahuyentar la desgracia con aquel «comunicado de la TASS», como si fuese una plegaria.

Pero de repente se averigua que el mismo día, de una pequeña estación ferroviaria partía un convoy, marcando el inicio del traslado del 22.º ejército desde los Urales hacia el principal punto estratégico de la futura guerra, y que el 22.º ejército no era el único en dirigirse hacia las fronteras occidentales de la URSS. Aquella pequeña estación y aquel convoy no concuerdan con la estupidez de Stalin, que no quería poner las ropas en disposición de combate.

Pero el avance de los siete ejércitos de Transbaikalia, de Siberia, de los Urales, del Volga, del Cáucaso Norte, de los distritos militares de Moscú, de Arcángel, de Járkov y de Oriol hacia las fronteras alemanas y rumanas sí que concuerda con el comunicado de la TASS. ¡Cómo no! ¡Tranquilícense, queridos ciudadanos! ¡Esto no son más que ejercicios de campo! ¡No pensamos atacar a Alemania! ¡Ténganlo claro! ¡No pensamos hacerlo! ¡Tan solo estamos comprobando la funcionalidad del ferrocarril!

2

Al tropezar por primera vez con aquella fecha, me puse a hojear libros sobre la guerra. No necesitaba archivos secretos ni nada de eso, tenía de sobra con las ediciones de Voyenizdat (Ediciones Militares) que tiene cualquier biblioteca de cuartel.

En su momento, cada distrito militar recibió una orden de escribir su propia historia. Dicha orden se cumplió. Las historias de los distritos militares se redactaron, se publicaron y se distribuyeron debidamente. Todas las casas de oficiales, escuelas y academias militares tienen en sus bibliotecas esos libros, aparte de las historias de las más destacadas divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos. Y no les digo nada de la infinidad de las memorias personales.

Así que no nos hacen falta historiadores ni expertos. Tampoco necesitamos leer esos libros de cabo a rabo. Si nos interesa todo lo relacionado con el 13 de junio de 1941, sin ningún problema recopilamos la información correspondiente. Les garantizo que si echan un vistazo a los libros de Voyenizdat de los años sesenta y setenta, se verán desbordados de información. Y otra cosa que les garantizo: cualquiera que recopile alguna que otra decena de testimonios sobre aquel día abiertamente publicados nunca jamás volverá a considerar el informe de la TASS del 13 de junio de 1941 como muestra de la estupidez de Stalin.

Para mí, el resultado de aquella sistematización sencilla fue el cambio de mi punto de vista sobre uno de los acontecimientos más trascendentes de la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera que siga mi camino llegará a la misma conclusión.

Se sorprenden los rebaños de mis críticos: ¿cómo has podido llegar a esa conclusión?

Yo me sorprendo: ¿cómo no os habéis dado cuenta de algo tan sencillo?

3

Seguí trabajando sobre la cronología e intenté sistematizar la información sobre el Ejército Rojo. Empecé por arriba: en el periodo de antes de la guerra, la unidad más grande del Ejército Rojo era un distrito militar. ¿Cuántos habría para el 21 de junio de 1941? La historia oficial habla de cinco distritos fronterizos. Pero había también distritos militares en el interior. ¿Cuántos? ¿Cuáles? ¿Quién los dirigió? ¿Cómo estaban organizados? No encontraremos respuestas necesarias ni siquiera en las publicaciones «más oficiales». Por aquí se menciona el distrito de Moscú, por allá, el de Oriol, por acullá, el de Járkov. ¿Pero a qué se debe tanto desorden? ¿Por qué la información está en diferentes volúmenes, apartados, capítulos y epígrafes? ¿Por qué no está compendiada en una o dos páginas o en una tabla?

La unidad organizativa inmediatamente inferior a la de distrito militar es un ejército. Tengo una pregunta fácil: ¿cuántos ejércitos había en la Unión Soviética para el 22 de junio de 1941? De nuevo acabo en un callejón sin salida. Esta información tampoco la encuentro en la historia oficial; en las memorias del «mariscal de la Victoria[86]» tampoco. ¿Cuál era la composición de los ejércitos? ¿Dónde estaban emplazados en el momento de la invasión alemana?

Estuve apuntando nombres de los distritos militares con los apellidos de sus comandantes, y también lo hice con los ejércitos. Y, de repente, descubrí algo raro.

Para el momento del inicio de la guerra, el Distrito Militar de Járkov estaba bajo mando del teniente general Smirnov Andréi Kiríllovich. Y el 18.º ejército del Frente del Sudoeste, para el 22 de junio, también estaba bajo mando del teniente general Smirnov Andréi Kiríllovich.

El Distrito Militar del Cáucaso Norte estaba dirigido por el teniente general Kónev Iván Stepánovich. Pero el 19.º ejército del Frente del Sudoeste también lo dirigía el teniente general Kónev Iván Stepánovich.

El Distrito Militar de Oriol… Y el 20.º ejército…

El Distrito Militar del Volga… Y el 21.er ejército…

El de los Urales… El de Siberia… El de Arcángel…

En junio de 1941, los comandantes de todos los distritos militares orientales con sus ejércitos ya estaban combatiendo en las fronteras occidentales.

¿Cómo habían llegado allí? ¿Y cuándo?

* * *

Yo mismo ordené toda la información a la que cualquiera podía tener acceso y compuse una lista de los que eran comandantes de distritos militares el 22 de junio de 1941. La más simple sistematización me llevó a una conclusión a la que nadie había llegado antes:

Los comandantes de todos los distritos militares del interior de la Unión

Soviética, antes del 22 de junio de 1941, retiraron sus tropas de los distritos, formaron ejércitos con ellos, los encabezaron personalmente y, no se sabe para qué, se dirigieron a las fronteras de Alemania y Rumanía.

Para llegar a una conclusión como esta no hay que poseer una capacidad de análisis excepcional, basta con ordenar un poco la información.

Pueden opinar de mi conclusión lo que quieran.

Yo opino que mi conclusión es todo un descubrimiento.

CAPÍTULO 38

Las «divisiones negras» del Ejército Rojo

Stalin en ningún momento escatimó el empleo de violencia a gran escala.

LEÓN TROTSKI[87]

1

La mayor similitud entre el Primer Escalón Estratégico y el Tercero consistía en que sus ejércitos más potentes no estaban desplegados contra Alemania, sino contra los campos petrolíferos de Rumanía.

La principal diferencia entre uno y otro residía en el color del uniforme. Sí, los combatientes de los escalones vestían de colores diferentes. El Primer Escalón Estratégico iba de color verde o verde caqui (color de camuflaje, como se suele llamar en el ejército), el típico color de millones de guerreras por todo el mundo. El color verde era el dominante también en el Segundo Escalón Estratégico, pero estaba abundantemente mezclado con el negro.

Una vez tuve la ocasión de entrevistarme con el exteniente Rémezov, que en 1941, escudado por el informe de la TASS, abandonó el Distrito Militar de Oriol, juntó sus tropas con las del Distrito Militar de Moscú formando el 20.º ejército y, tras encabezar este, lo dirigió hacia el occidente. La tertulia transcurrió en un ambiente confidencial, por lo que resultó bastante sincera. Fiódor Nikítich Rémezov habló ante oficiales y generales del cuartel general del Distrito Militar del Volga, que conocían la guerra no solo a través de las memorias de sus colegas retirados, sino que habían participado en sus batallas. Surgió un debate.

Animado por la discusión, el audaz coronel de la Dirección de Movilización del cuartel general del distrito hizo a Rémezov una pregunta indiscreta: «¿Por qué figura el 69.º cuerpo de fusileros de su 20.º ejército en algunos documentos como “cuerpo de ejército negro”?».

El general Rémezov no dio una respuesta convincente. No paraba de desviar la conversación hacia la historia del 56.º ejército, que también había dirigido, en el que una vez, a falta de nuevos capotes grises, los soldados acabaron poniéndose los uniformes negros de las tropas ferroviarias. Pero eso pasó en octubre de 1941.

Era evidente que Rémezov estaba intentando eludir la respuesta. Le habían preguntado sobre algo que había pasado en junio, cuando la escasez de capotes aún no se podía dar a causa del excesivo calor. En el 69.º cuerpo de fusileros muchos soldados, en pleno junio de 1941, andaban vestidos de negro. Había más que suficientes como para que los servicios secretos alemanes se dieran cuenta y llamaran

aquel cuerpo de ejército «negro».

2

Aquel cuerpo no era el único. El 63.º cuerpo de fusileros del 21.er ejército del Segundo Escalón Estratégico también figuraba en los documentos alemanes como «negro». Su comandante, Leonid Grigórievich Petrovski, fue un espléndido jefe militar en todos los sentidos. A los quince años había participado en la toma del Palacio de Invierno. Luchó en la Guerra Civil, fue tres veces herido de gravedad y acabó la guerra como jefe de regimiento a los dieciocho años. A los veinte años se graduó en la Academia del Estado Mayor con mención de excelencia. Dirigió las mejores unidades del Ejército Rojo, incluida la 1.ª División de Fusileros Proletarios de Moscú. A los treinta y cinco años ascendió a subjefe del Distrito Militar de Moscú.

Durante la guerra germano-soviética, Petrovski destacó como un espléndido jefe militar. En agosto de 1941, obtuvo el grado de teniente general y le tocaba encabezar el 21.er ejército. En aquel momento, el 63.er cuerpo, tras unos encarnizados combates, se encontraba sitiado. Stalin ordenó a Petrovski que abandonara el cuerpo y asumiera el mando del ejército. Pero este pidió que la orden se postergara y devolvió el avión que le fue a buscar lleno de soldados heridos.

Petrovski sacó el «cuerpo negro» del cerco y volvió a la retaguardia del enemigo para sacar de otro cerco la 154.ª división de fusileros (dirigida por Yákov Stepánovich Fókanov). Durante aquella operación Petrovski fue herido de muerte. En su tumba pusieron una enorme cruz con un rótulo que decía: «Al teniente general Petrovski, comandante del “cuerpo negro”». Sobre el 63.er «cuerpo negro» puede leer más en la *Revista de Historia Militar* (1966, n.º 6) y en el libro del teniente general de artillería Plaskov (Plaskov, G. D, *Al compás del cañoneo*, pág. 163).

Los servicios secretos alemanes se dieron cuenta de que en otros ejércitos del Segundo Escalón Estratégico los soldados también llevaban aquel extraño uniforme negro. Cuando el negro era el color dominante, los regimientos, las divisiones e incluso cuerpos enteros recibían el sobrenombre de «negros».

El 24.º ejército del Segundo Escalón Estratégico, que se dirigía desde Siberia hacia el occidente, era uno de ellos. Tras varias batallas, los alemanes empezaron a llamar «negros» a algunos de sus regimientos. Pero incluso antes de empezar las hostilidades, las divisiones y regimientos de este ejército vivieron algunas aventuras interesantes.

A finales de junio de 1941, los convoyes del 24.º ejército se extendieron a miles de kilómetros. En aquel entonces, el comandante del ejército Kalinin (que había dejado el Distrito Militar de Siberia) ya estaba en Moscú, devanándose los sesos para encontrar la forma de alimentar a sus soldados. En sus memorias nos cuenta cómo lo recibió el secretario del Comité Municipal del Partido Comunista de Moscú:

> El secretario del Comité Municipal telefoneó al comisario del pueblo para Asuntos Internos.
>
> —El camarada con el que acabo de hablar —dijo al colgar— tiene mucha experiencia en organizar el aprovisionamiento. Lo hizo durante muchos años en las obras del canal Volga-Moscú. Él le ayudará.
>
> Al cabo de unos veinte minutos, al despacho del secretario entró un jefe de las tropas del NKVD, alto, apuesto, con el cinturón bien apretado y tres rombos en las solapas de la guerrillera. No tardamos nada en ponernos de acuerdo (Kalinin, S. A., *Reflexiones sobre lo vivido*, Moscú, Ediciones Militares, 1963, págs. 132-133).

Es una lástima que Kalinin no dijera los nombres del secretario del Comité Municipal del partido y del apuesto comisario del NKVD con los rombos en la solapa.

Después de las primeras batallas, el 24.º ejército cayó en buenas manos; el mando fue asumido por el mayor general del NKVD Konstantín Ivánovich Rakutin. (Pronto sabremos por qué digo «en buenas manos» y por qué a un chequista le confiaron un ejército entero). El teniente general Kalinin, por una orden personal de Stalin, fue enviado de nuevo a Siberia. Pero no, no iba a dirigir el distrito militar. Este siguió sin comandante. Kalinin se encargó de formar diez divisiones nuevas.

> Las divisiones se formaban en sitios donde antes no había unidades militares. Empecé mi misión por visitar aquellos lugares.
>
> Primero volé a una ciudad de Siberia. Antes de la guerra allí se había construido un poblado de barracas para leñadores. Pues lo aprovechamos para alojar las pequeñas unidades de la futura división.
>
> El poblado estaba rodeado por bosques de taiga intransitables (*ibidem*, pág. 182).

Lo incompleto de la descripción nos hace pensar que se trata de un asunto turbio. Llama la atención la frase «en una ciudad de Siberia». Está claro que, si se omitió el nombre de la población, había algo que ocultar. ¡De la ciudad siberiana salieron miles de guerreros! ¡Qué dignidad y qué honor! Pero qué pena que el general no nos dijera el nombre de aquella ciudad siberiana rodeada de «barracas de leñadores». Para más información sobre los «poblados de leñadores», véase *El archipiélago Gulag* de Aleksandr Isáyevich Solzhenitsyn; los tres volúmenes.

Entonces, las nueve divisiones nuevas (más de 130 000 personas) no se formaron donde ya había unidades militares, sino en «barracas de leñadores». Algunos me dirán que no se trata de presos, sino que el general Kalinin utilizó las barracas vacías para alojar a reservistas recién llegados, a los que iba a convertir en soldados. Vale. De acuerdo.

Pero entonces, ¿qué pasó con los leñadores? ¿Por qué aquellos «poblados» estaban despoblados? Pues porque el general Kalinin *antes de la guerra* había completado su 24.º ejército con «leñadores» y se lo había llevado en secreto al occidente.

Por eso los regimientos y las divisiones de este y los demás ejércitos del Segundo

Escalón Estratégico eran de color negro; a los «leñadores» ni siquiera los vestían de uniforme militar.

Por eso el ejército que Kalinin había trasladado clandestinamente al occidente no se abastecía desde la Dirección de Abastecimiento de la Retaguardia del Estado Mayor del Ejército Rojo, sino desde la Central Administrativa de los Campos de Trabajo Correccionales del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.

Por eso, en vez de Kalinin, Stalin puso al mando del 24.º ejército al chequista de pura cepa Rakutin; este sabía mucho mejor cómo tratar a los «leñadores».

3

Se sabe perfectamente que, durante la guerra, Stalin hizo una buena limpieza en el Gulag al mandar a la guerra a todos los que aún tenían fuerzas para sujetar un arma. A menudo, por falta de tiempo y de uniformes, a los presos los enviaban a la guerra con lo puesto. En principio no había mucha diferencia en los atuendos: en invierno, el mismo gorro de piel sintética; el resto del año, las mismas botas de caña de lona y una chaqueta guateada, que se distinguía de la de un soldado nada más que por el color.

Los historiadores suelen insistir en una idea que no se sabe de dónde ha salido: dicen que Hitler atacó a Stalin y este mandó a los presos a la guerra para que «escarmentaran». Pero consta que las tropas alemanas se cruzaron con las divisiones «negras» a principios de 1941. Dichas unidades habían empezado su avance hacia las fronteras occidentales el 13 de junio de 1941. Los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico, que incluían todas aquellas divisiones y cuerpos «negros», se habían empezado a organizar ya en junio de 1940, cuando Hitler acababa de dar la espalda a Stalin quitando de las fronteras soviéticas casi todas sus tropas.

Todos los ejércitos encuadrados en el Segundo Escalón Estratégico se habían creado con el objetivo de ser trasladados a las fronteras por sorpresa. Todos estaban ubicados lo más cerca posible del ferrocarril. Todos estaban acuartelados en campos de concentración. Así los hombres se hacían más fuertes y menos exigentes, y era más fácil sacarlos de allí que de las aldeas. Primero, porque ya se habían agrupado en brigadas; segundo, porque si te los llevas de sus aldeas, enseguida empiezan a correr rumores de la movilización y de la guerra.

Stalin quería que todo transcurriera con máxima discreción, sin rumores. Para eso había escrito el informe de la TASS. Para eso había metido a los hombres en campos de concentración, donde los amansó y adiestró. Y de ahí se los llevaron a la guerra sin ninguna parafernalia.

Muchos años más tarde se escribirían libros y canciones sobre aquellos días. Así cantó Vladímir Vysotski:

Y el resto de los presos
leerán en esta puerta
garabatos indefensos:
«Nos llevaron a la guerra».

En la conciencia popular (al menos durante la guerra y las primeras décadas de la posguerra) el ejército completado con presidiarios se relacionaba inseparablemente con el nombre de uno de los más eminentes mariscales de la Unión Soviética, Konstantín Konstantínovich Rokossovski. Leemos en el libro del exdelincuente Mijaíl Diomin: «Casi todo el ejército de Rokossovski se componía de reclusos de los campos de concentración» (*El jacarandino*, Nueva York, Rúsika, 1981, pág. 26).

En el verano de 1941 Rokossovski era mayor general. En toda su vida dirigió solo un ejército: el 16.º. Se le olvidó contar en sus memorias de qué gente se componía su ejército. Semejante amnesia no es casual. Él empieza sus memorias así: «En otoño de 1940, fui con mi familia a Sochi», pero no se acuerda de que antes había pasado en la trena una buena temporada de interrogatorios y torturas, desde el 17 de agosto de 1937 hasta el 23 de marzo de 1940. Aunque después confiesa lo siguiente:

> La vida me enseñó que uno se puede fiar incluso del que, en algún momento y por alguna razón, infringió la ley. Si a esta persona se le da la oportunidad de expiar sus culpas, lo bueno despunta en ella; el amor a la Patria, a su pueblo, las invencibles ganas de recuperar la confianza lo convertirán en un intrépido combatiente (*El deber de soldado*, pág. 136).

Con esas palabras Rokossovski reconoce que había tenido bastantes oportunidades para convencerse de que se puede convertir en soldado a un criminal.

Pero eso no es lo más importante. Lo importante es que Stalin había dado a los presos la oportunidad de «expiar sus culpas» antes del ataque de Hitler. Los ejércitos, cuya estructura desde el principio estaba pensada para aceptar a los presidiarios en calidad de carne de cañón, se habían empezado a formar ¡antes de que naciera el plan Barbarroja!

El 16.º ejército, que dio comienzo al Segundo Escalón Estratégico, se había creado el 21 de junio de 1940 en Transbaikalia, lugar donde abundan los presos. Además, estaba instalado en proximidad del Transiberiano, para su rápido traslado al occidente. Rokossovski asumió el mando del 16.º ejército en agosto de 1941, pero la unidad ya contaba con «contingente especial».

Para los mandos alemanes, el encuentro con el 16.º ejército a principios de junio de 1941 fue una gran sorpresa. También lo fue la existencia del Segundo Escalón Estratégico. Por eso en los archivos alemanes se pueden leer muchos testimonios sobre aquel momento. Existen numerosas fotografías que captaron los momentos de apresamiento de los soldados soviéticos del Segundo Escalón Estratégico. En las fotos, entre las caras de los jóvenes soldados, a menudo aparecen exhaustos rostros masculinos. Estos individuos llevan chaquetas guateadas oscuras. No se entiende si

son verdes o negras, pero, aunque fuesen verdes, seguirían sin parecerse a los soldados. Tienen las cabezas rapadas y los cuerpos macilentos, ¡y eso que todavía no habían pasado por los campos de concentración alemanes!

Les voy a explicar de dónde viene esa delgadez: Rokossovski, Gorbátov y Petrovski habían visitado Sochi antes de ir a la guerra, para recuperar algunos kilos, mientras los otros hombres pasaban directamente de las barracas del Gulag a los cuarteles militares.

Si el ejército alemán, a principios de julio de 1941, se encontró con las divisiones soviéticas compuestas por presos que provenían de las lejanas provincias de los Urales, de Siberia y de Transbaikalia, eso quiere decir que Stalin les había dado armas mucho antes del 22 de junio de 1941.

4

¿Qué conclusiones se pueden sacar de todo esto? Examinemos la situación como lo hacen los analistas militares. Imagínese que usted es el jefe del servicio de inteligencia militar de algún estado limítrofe de la URSS y que solo dispone de algunos (pero ciertos) datos sobre la actuación del enemigo:

1. Hacia las fronteras occidentales de la Unión Soviética se están trasladando varios ejércitos.
2. Dichos ejércitos contienen un número considerable de soldados (divisiones e incluso cuerpos enteros) que van vestidos con ropa negra, muy parecida al uniforme carcelario.
3. Como mínimo uno de los ejércitos se abastece en la Central Administrativa de los Campos de Trabajo Correccionales del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.
4. El gobierno soviético, en un informe de la TASS, niega públicamente que el traslado de aquellas tropas tenga carácter especial y que sea masivo, insistiendo en que se trata de «entrenamientos rutinarios» para la «comprobación de la funcionalidad del ferrocarril».

Ahora figúrese que tiene que valorar la situación e informar urgentemente al gobierno de su país. La pregunta más importante a la que tiene que contestar con rotundidad es la siguiente: ¿Si nosotros no vamos a atacar a la URSS, qué hará Stalin? ¿Quitará las armas a los presos y los devolverá a los campos correccionales del Gulag o simplemente dejará que se vayan a sus casas? ¿O tal vez Stalin tenga algún otro plan con respecto a los presidiarios armados que se están concentrando en las fronteras alemanas y rumanas?

CAPÍTULO 39

De la cárcel al frente: el segundo nacimiento de los comandantes de brigadas y comandantes de divisiones

> Así que lo sabían todos. Pero, codo con codo, mano a mano, libró batallas el país entero para salvar el culo del tirano.
>
> YURI LEONÍDOVICH NESTERENKO

1

Empecé a hablar de las tropas «negras» usando como ejemplo el 63.er cuerpo de fusileros del 21.er ejército. En el mismo epígrafe he mencionado al comandante de cuerpo Petrovski y al comandante de brigada Fókanov. ¡Qué grados más raros para ser el año 1941! Es que en 1940 en el Ejército Rojo ya se utilizaban los grados de general y de almirante. Veamos.

Tras usurpar el poder, los comunistas instauraron la igualdad en el país. Todos se convirtieron en camaradas. Se cancelaron todos los títulos militares y civiles, las órdenes, las hombreras, los alamares y demás insignias. Desaparecieron los ministros, embajadores, generales, almirantes, coroneles, capitanes, alféreces, suboficiales, policías e incluso los soldados. Por el bien y la felicidad de todos, se eliminó el gobierno, el ejército, la policía, los servicios de inteligencia, las cárceles y, por supuesto, el dinero, como la causa de todos los males de este mundo.

Pero al poco tiempo se dieron cuenta de que sin todo eso no se podía vivir. Por tanto, en lugar de ministros pusieron a los comisarios del pueblo. En vez del gobierno se formó el Consejo de Comisarios del Pueblo. En lugar de embajadores, al extranjero fueron los representantes plenipotenciarios. Y ya no iban a embajadas, sino a representaciones plenipotenciarias. La defensa del país fue asumida por la Guardia Roja, que, a decir verdad, duró poco y pronto se sustituyó por el Ejército Rojo.

En cuanto a la defensa del orden público, nuestro país casi durante un siglo prescindió de la policía. No la teníamos y estábamos muy orgullosos de no necesitarla. En cambio, teníamos milicias.

Al principio no había cárceles. En su lugar en Vladímir, en Krestý, en Taganka, en Butýrka y en cientos de lugares similares se fundaron las llamadas «casas de reclusos». Al poco tiempo se les sumaron los campos de concentración.

¡Ya no teníamos cautivos ni desterrados! ¡Ni uno en todo el país! Solo había privados de libertad (PL), que en breve se transformarían en *zek*[88].

Y, por supuesto, no había dinero, sino *sovznak* (del acrónimo ruso совзнак, que quería decir «papel moneda soviético»).

¡El país ni siquiera tenía servicios de inteligencia! Solo había un Registro de Actividad del Enemigo.

En el ejército, en lugar de soldados y oficiales había combatientes y comandantes: comandante de batallón (se abreviaba obligatoriamente en *kombat*), comandante de brigada (*kombrig*), comandante de división (*komdiv*), etc. Todo parecía fácil mientras se trataba de batallones, brigadas o divisiones. Pero el asunto se complicaba cuando había que abreviar combinaciones como «subjefe de cuartel general de frente» o «subjefe de sección de operaciones del cuartel general de ejército», o «asistente de comandante de regimiento para asuntos de abastecimiento», o «comisario de escuadra de artillería pesada», o «intendente de distrito militar».

El colmo de aquella locura sería, probablemente, *zamkompomordel* (transliterado del ruso sería «*zam*estitel *kom*ánduyuschego voyénnym ókrugom *po mor*skim *del*ám») que se refería a «subcomandante de distrito militar para asuntos marítimos». En Petrogrado, por ejemplo, dicho cargo lo desempeñó el camarada Raskólnikov.

Descifrar los nombres de los cargos era toda una aventura. Por eso, en 1935, se implantaron los grados militares personales como teniente, capitán, mayor o coronel. Está claro que en el ejército todavía no se usaban hombreras, porque era un símbolo del movimiento blanco y de la contrarrevolución. Tampoco había generales ni almirantes, porque estos habían sido los cancerberos del absolutismo. En lugar de almirantes en la flota había jefes de escuadra. Para los altos mandos del ejército se establecieron los grados de comandante de brigada (*kombrig*), comandante de división (*komdiv*), comandante de cuerpo (*komkor*), comandante de ejército (*komandarm*) de 2.º y de 1.er rango. Sus distintivos serían los rombos de las solapas: un comandante de brigada llevaría un rombo; un comandante de división, dos; un comandante de cuerpo, tres; un comandante de ejército de 2.º rango, cuatro; un comandante de ejército de 1.er rango, cuatro rombos y una estrella. Además, se introdujo el grado de Mariscal de la Unión Soviética (una estrella grande en cada una de las solapas).

Pero en mayo de 1940, el camarada Stalin hizo un regalo a los altos mandos de su ejército introduciendo el título de general, banda del pantalón y estrellas en lugar de rombos.

2

Los nuevos grados de mayor general, teniente general, coronel general y general de ejército no tenían mucho que ver con los anteriores porque en lugar de cinco eran cuatro, por lo cual no se podían corresponder directamente.

Pero eso no es lo más importante. La introducción de los grados nuevos se aprovechó para llevar a cabo una reclasificación de los cuadros de mando superiores. Como resultado, muchos de los comandantes de brigada pasaron a coroneles, es decir, retrocedieron varios años en su carrera. Algunos de los comandantes de brigada

se convirtieron en mayores generales; el *kombrig* I. N. Muzychenko, por ejemplo, ascendió a teniente general.

El *komkor* Zhúkov obtiene el grado más alto: general de ejército.

Algunos comandantes de ejército pasan a ser coroneles generales (O. I. Gorodovikov, G. M. Stern, N. N. Vóronov).

Los comandantes de ejército V. Y. Kachálov y I. S. Kónev fueron rebajados de grado y se convirtieron en tenientes generales.

En total, según la resolución del Gobierno soviético de junio de 1940, 1056 jefes militares obtuvieron el grado de general o almirante.

La introducción del grado de general fue una forma de suavizar las consecuencias de la gran tunda de los años 1937-1938. ¿Y por qué el camarada Stalin de repente se volvió tan bueno? Pues porque planeaba, en un futuro próximo, emplear a todos aquellos jefes militares en una misión ardua. De lo contrario, aquel obsequio no habría tenido mucho sentido.

3

No todos tuvieron la suerte de ser agasajados. A decenas de altos jefes militares, tras la reclasificación, no les fue asignado el rango de general.

De este modo, en el Ejército Rojo se dio una situación extraña: se mantuvieron paralelamente dos escalafones militares diferentes, dos sistemas de distinción, dos tipos de uniforme. Unos llevaban estrellas, bandas rojas en los pantalones y hombreras elegantes; otros, haciendo el mismo servicio, andaban con unos rombos discretos.

Les voy a dar un ejemplo clamoroso. Aleksandr Vasílievich Petrushevski, en 1916, se graduó en la Academia de Infantería de Nikoláyevsk. Durante la Primera Guerra Mundial fue capitán. Desde 1918 dirigió un batallón y luego un regimiento del Ejército Rojo. Se graduó en la Escuela Superior de Táctica y Tiro de la Comintern y en la Academia Militar Frunze. Después fue jefe de cuartel general de división. Se graduó en la Academia del Estado Mayor. Fue nombrado subjefe del Distrito Militar Especial Occidental ostentando el rango de comandante de brigada. Llegó la reclasificación. El Ejército Rojo creció desmesuradamente. Ya no había suficientes jefes con formación académica, ni con formación militar especial, ni con formación civil básica siquiera. ¡Pero Petrushevski había pasado por dos escuelas y dos academias militares! ¡Y qué experiencia castrense tan amplia tenía! Había pisado todos los peldaños de la escalera jerárquica sin tropezar. Nadie se había quejado de él jamás. Pero mientras a los subalternos inmediatos de Petrushevski los ascendieron a generales, a él no.

El 5 de mayo de 1941, en el Distrito Militar Especial Occidental fue desplegado otro ejército: el 13.º. El cargo de jefe del cuartel general del 13.er ejército fue asignado al *kombrig* Petrushevski. ¡Si no confiaran en él, no lo habrían hecho jefe de

cuartel general! ¡Y no de un cuartel general cualquiera, sino del de un ejército que se encontraba en la principal dirección estratégica de la guerra! Es decir, a Petrushevski le dieron la rienda suelta para hacer y deshacer en aquel frente lo que quisiera.

¡Ya se pueden imaginar qué ganas tenía el *kombrig* de librar batalla! Por cierto, en la guerra destacó como un espléndido adalid. La acabó en Praga siendo Héroe de la Unión Soviética, teniente general y a la cabeza del 46.º ejército. Después de la guerra, Petrushevski ascendió a coronel general, trabajó de agregado militar en China, estuvo de subjefe de la GRU y dirigió la Academia Diplomática Militar del Ejército Soviético.

Otro ejemplo: Filipp Feodósievich Zhmachenko durante la Primera Guerra Mundial fue soldado raso durante dos años. En la Guardia Roja, desde noviembre de 1917. Después de la Guerra Civil dirigió un regimiento y una división. Fue designado jefe de departamento del cuartel general del Distrito Militar de Járkov ostentando el rango de comandante de brigada. Durante la reclasificación no obtuvo el grado de general. En marzo de 1941 le fue asignado el cargo de jefe del 67.º cuerpo de fusileros. Sus subalternos eran generales, el jefe del cuartel era general, los jefes de las divisiones encuadradas en el cuerpo también eran generales. Todos andaban con bandas en los pantalones. Pero el jefe del cuerpo de ejército seguía conservando aquel grado extraño acompañado de rombos en las solapas.

¡Con qué brío tenía que luchar el *kombrig* Zhmachenko para conseguir el ascenso! También destacó en la guerra. Al cabo de medio año llegó a comandante de ejército. Durante toda la guerra dirigió grandes unidades. El final de la guerra también lo celebró en Praga, también siendo Héroe de la Unión Soviética, coronel general y a la cabeza del 40.º ejército.

4

Ejemplos así hubo muchos, pero vamos a fijarnos en otra categoría de altos jefes militares que no obtuvieron el grado de general.

A partir de agosto de 1939 el Ejército Rojo creció desenfrenadamente. Aparecieron divisiones nuevas, cuerpos y ejércitos. Mil generales ya no eran suficientes. Stalin empezó a asignar puestos de comandantes de cuerpo incluso a coroneles. Por ejemplo, el jefe del 15.º cuerpo de fusileros del Distrito Militar Especial de Kiev era el coronel I. I. Fediúninski.

Mientras Hitler encaraba a Stalin, este se conformaba con los cuadros de mando existentes. Pero en cuanto Hitler enseñó a Stalin, digamos, la espalda, este empezó a buscar nuevos jefes militares de alto rango. ¡Y muchos!

Por eso, en los cuerpos de ejército y divisiones «negras» no solo los soldados, sino también los jefes se habían reclutado de los «poblados de leñadores». Por eso trenes enteros llenos de presos corrían hacia Moscú. Allí, en Lubianka, a los exjefes

militares provenientes del Gulag los recibían con cortesía, diciendo que se había producido un error. Se cerraban sus casos, se anulaban sus antecedentes penales. Los mandaban a los balnearios de Sochi y luego, a batallar bandera en mano.

No todos recibían los mismos honores. Por ejemplo, el comandante de división Rokossovski, al salir de la cárcel, obtuvo el grado de mayor general. Al año exacto lo nombrarían teniente general, otros 102 días y ostentaría el grado de coronel general, y luego iría ascendiendo hasta Mariscal de la Unión Soviética. No obstante, la mayoría de los expresidiarios se quedarían con sus antiguos grados militares: *kombrig*, *komdiv* e incluso hubo un *komkor*.

5

Serguéi Pávlovich Melgunov, el autor del sobrecogedor libro *El terror rojo en Rusia* (Moscú, Airis-Press, 2008), entre muchos otros métodos de interrogatorio describió uno bastante eficaz que empleaban los chequistas de Kiev durante la Guerra Civil para obtener información importante. Al procesado que no respondía a las preguntas los chequistas lo metían en un ataúd y lo enterraban vivo. Después de un rato lo desenterraban y continuaban el interrogatorio.

En vísperas de la guerra, Stalin utilizó un método similar: durante la Gran Purga miles de jefes militares acabaron en el Gulag, algunos de ellos habían sido condenados a muerte, otros habían recibido cadena perpetua y la estaban cumpliendo en Kolymá y sitios por el estilo. Según múltiples testimonios (lean, por ejemplo, los *Relatos de Kolymá* de Varlam Shalámov), la vida en los campos correccionales no era demasiado atractiva, incluso comparada con un fusilamiento.

Así, a las personas que ya se habían despedido de este mundo las subían a unos trenes de lujo, las llevaban a balnearios de primera, las cebaban en restaurantes para miembros del partido, les devolvían el poder y les daban la oportunidad de «expiar sus culpas». No les asignaban el grado de general (o sea, no se les proporcionaba ningún tipo de garantía), simplemente los mandaban a la guerra y luego ya se vería. ¡Nos podemos imaginar, entonces, con qué ganas todos aquellos *kombrig* y *komdiv* se ponían manos a la obra! ¡Una gran obra!

Si a un inocente se le condena a muerte y luego se le da una tarea cuya realización le asegura la absolución y la devolución de su antigua posición social, ¿hará bien el trabajo?

6

Los cálculos de Stalin fueron acertados. La mayoría de los absueltos le sirvieron abnegadamente, lucharon a brazo partido, derramaron su propia sangre y la de los demás, ganándose de esta forma la confianza. Veamos algún ejemplo.

El comandante de división Grigori Alekséyevich Vorozhéikin había sido arrestado el 14 de mayo de 1938 y, tras dos años de interrogatorios y torturas, el 21 de abril de 1940, fue absuelto y restituido en su cargo en el Ejército Rojo. En enero de 1941 lo nombraron comandante de las Fuerzas Aéreas del Distrito Militar del Volga. A principios de junio de 1941, en el seno del distrito nació el 21.er ejército del Segundo Escalón Estratégico y el *komdiv* Vorozhéikin encabezó la aviación de la recién nacida formación. Ya durante las primeras batallas se distinguió considerablemente y, el 31 de julio de 1941, obtuvo el grado de mayor general de aviación. En agosto, Vorozhéikin asumió el cargo de jefe del cuartel general de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo. A partir de mayo de 1942 y hasta el final de la guerra, ostentó el cargo de subcomandante primero de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo. Ascendiendo un grado por año, para el año 1944 llegó a mariscal de aviación.

El *kombrig* Aleksandr Vasílievich Gorbátov había sido detenido en octubre de 1938. Lo juzgaron y lo enviaron a Kolymá a cumplir la condena. El 5 de marzo de 1941 fue absuelto. Tras unas sesiones de tratamiento intensivo, fue nombrado subcomandante del 25.º cuerpo de fusileros del 19.º ejército del Segundo Escalón Estratégico. En breve recibiría el título de Héroe de la Unión Soviética y sería el segundo (después del fallecimiento de Berezin) gobernador soviético de Berlín. Ascendería a general de ejército y ocuparía el puesto de jefe de las tropas aerotransportadas del Ejército Soviético. Así describe Gorbátov su liberación:

> Mi mujer fue al NKVD, volvió de ahí radiante, contando que la habían tratado estupendamente y que le habían preguntado qué tal le iba, si necesitaba dinero […]
>
> El 5 de marzo de 1941, a las dos de la madrugada, el inspector me llevó en su turismo a la plaza Komsomólskaya a casa de unos amigos míos. Al dejarme, se despidió cordialmente:
>
> —Le apunto mi número de teléfono. No dude en llamarme para lo que necesite. Cuente conmigo.
>
> De recuerdo me llevé el macuto parcheado, las fundas de las botas de fieltro, unos terrones de azúcar y unas roscas de trigo, secas y renegridas, que guardaba por si me ponía enfermo (Gorbátov, A. V., *Años y guerras*, Moscú, Ediciones Militares, 1965, págs. 168-169).

La idea de comparar semejante liberación con el regreso del más allá me la dio precisamente Gorbátov, que en sus memorias confesó: «El cinco de marzo lo considero mi segundo nacimiento». Al *kombrig* Gorbátov (y a muchos otros como él) lo soltaron con el tiempo justo para que se recuperara en un balneario, asumiera el cargo, escuchara el informe de la TASS y… ¡en marcha! Sin darse cuenta, ya estaba llevando sus «Ánnushkas» hacia las fronteras occidentales.

Aquellos recuerdos del Gulag que el *kombrig* guardó como si fuera un delincuente reincidente, en realidad, no eran ningún capricho. Afortunadamente no los volvió a necesitar. A algunos sí les hicieron falta. Por ejemplo, Iván Fiódorovich Dáshichev, por así decirlo, tuvo que ponerse las botas de fieltro otra vez. Lo habían soltado en marzo de 1941. Encabezó el 35.º cuerpo de fusileros, recibió el grado de

mayor general y el puesto de jefe del 44.º ejército. Pero el 4 de julio de 1942 fue arrestado por segunda vez y encarcelado definitivamente.

7

A los *kombrig* y a los *komdiv* los utilizaron también para completar el Primer Escalón Estratégico:

- el *kombrig* S. P. Zybin fue jefe del 37.º cuerpo de fusileros del Distrito Militar Especial de Kiev;
- el *komdiv* E. Magon fue jefe del 45.º cuerpo de fusileros del 13.º ejército;
- el *kombrig* M. S. Tkachov fue jefe de la 109.ª división del 9.º cuerpo especial de fusileros;
- el *kombrig* N. P. Ivanov fue jefe del cuartel militar del 6.º ejército;
- el *komdiv* A. D. Sokolov fue jefe del 6.º cuerpo mecanizado del 12.º ejército;
- el *komdiv* G. A. Burichénkov fue jefe de la Zona Sur de las Fuerzas de Defensa Antiaérea;
- el *komdiv* P. G. Alekséyev fue jefe de las Fuerzas Aéreas del 13.er ejército;
- el *kombrig* S. S. Krushin fue jefe del cuartel general de las Fuerzas Aéreas del Frente del Noroeste;
- el *kombrig* A. S. Titov fue jefe de artillería del 18.º ejército;
- etcétera.

Los *kombrig* y los *komdiv* sirvieron para ocupar puestos vacantes en los distritos militares de la retaguardia después de que el Segundo Escalón Estratégico se había marchado hacia las fronteras occidentales.

El comandante de brigada N. I. Jripunov fue comisario militar de la región de Stávropol. El comandante de brigada M. V. Jripunov fue jefe de sección en el cuartel general del Distrito Militar de Moscú. Como ya sabemos, tras la partida de los jefes militares a la frontera rumana, el cuartel general acabó en manos de los chequistas, que no entendían mucho de asuntos castrenses. Por eso sacaron al pobre Jripunov del Gulag para que les echara una mano.

De todos modos, la mayor parte de los *komdiv* y *kombrig* estaban en el Segundo Escalón Estratégico. Dicha estructura se había completado con «leñadores», por eso sus jefes debían tener la misma procedencia. Aquí encontramos al *komkor* Petrovski. Nos acordamos de que el último puesto que había ocupado era el de subjefe del Distrito Militar de Moscú. Después estuvo preso. Lo soltaron en noviembre de 1940 y le ordenaron que formara el 63.er cuerpo de fusileros. ¡Fue entonces cuando empezaron a aparecer los cuerpos de ejército «negros»!

De las tres divisiones del 63.er cuerpo, dos fueron dirigidas por el *kombrig* Y. S. Fókanov (más adelante, teniente general y jefe del 29.º cuerpo de fusileros) y V. S. Raskovski (más tarde, mayor general). La tercera división estuvo bajo el mando del coronel N. A. Prischepa. No era *kombrig*, pero también había estado preso. A los coroneles también los metían en la trena para después soltarlos y completar con ellos el Segundo Escalón Estratégico. A los mayores, capitanes y tenientes también. Fíjense en cualquiera de los ejércitos que entonces avanzó en secreto del interior del país hacia las fronteras occidentales y verán a muchísimos comandantes de brigada recién excarcelados.

El 22.º ejército tenía dos cuerpos de fusileros y los dos estaban bajo mando de comandantes de brigada: Povetkin dirigió el 51.er cuerpo y Karmánov, el 62.º. En el mismo ejército había dos divisiones totalmente «negras». Está claro que estaban compuestas por «leñadores» y que sus jefes también venían del mismo ámbito: el jefe de la 112.ª división de fusileros, *kombrig* Y. S. Ádamson, y el jefe de la 174.ª división de fusileros, *kombrig* A. I. Zyguin.

* * *

No voy a atiborrar la narración con nombres, apellidos y números de unidades. Cualquiera que esté mínimamente interesado en saber la historia de la Segunda Guerra Mundial puede recopilar datos personales de los jefes militares excarcelados a los que Stalin dio la oportunidad de «expiar sus culpas».

Los historiadores serios dicen que fue el instinto de autodefensa el que hizo a Stalin reforzar el ejército. ¡No, camaradas míos, no fue eso! El proceso de liberación de los *kombrig* y los *komdiv* había empezado antes de que naciera el plan Barbarroja. El pico de aquel proceso no fue en el momento en que las tropas alemanas estaban en las fronteras soviéticas, sino en el momento en que se marchaban a Francia.

Ahora imagínense que el camarada Stalin, destruyendo los estados neutrales, está abriéndose paso hacia las fronteras de su país. Al mismo tiempo Stalin permite «renacer» a un inmenso número de jefes militares que antes fueron condenados a muerte, lenta o rápida. A esa gente se le dan armas y poder, pero cada uno de ellos, en realidad, no tiene nada que perder y está desesperado por recuperar (a costa de lo que sea) su posición social que Stalin le había quitado. Mientras Stalin anuncia públicamente que no pasa nada serio, ustedes ven que a sus fronteras, a escondidas, se está acercando una infinidad de tropas encabezadas por esos jefes militares excarcelados.

¿Qué harían ustedes en esa situación?

CAPÍTULO 40

La misión del Segundo Escalón Estratégico

La movilización quiere decir guerra, y no le vemos otra interpretación.

B. M. SHÁPOSHNIKOV

1

Los historiadores y propagandistas soviéticos intentaron no centrar la atención del público lector en el hecho de la creación del Segundo Escalón Estratégico del Ejército Rojo ni en su avance hacia las regiones occidentales del país. Del Segundo Escalón Estratégico preferían no hablar, o bien hablaban de soslayo: sí, una vez Stalin decidió trasladar veintiocho divisiones de fusileros desde los distritos militares interiores hacia el oeste. A veces añadían: y cuatro jefaturas de ejército.

Las veintiocho divisiones mencionadas y las cuatro jefaturas figuran en todas las historias oficiales de la guerra, en todos los manuales y memorias de generales y mariscales.

En realidad, el Segundo Escalón Estratégico no tenía veintiocho divisiones, sino ochenta y una. Además, incluía brigadas, regimientos y batallones independientes. Y las divisiones no solo eran de fusileros, sino que de los distritos militares del interior, de Asia Central e incluso de Transbaikalia avanzaron hacia el occidente divisiones motorizadas. Solo en el 16.º ejército había 1447 tanques. Aparte de eso, en la misma dirección se trasladaron enormes masas de aviación.

Los jefes militares soviéticos escribieron sobre aquellas veintiocho divisiones de tal forma que parecía que estas se desplazaban sin estar agrupadas en cuerpos ni ejércitos. Daba la impresión de que las cuatro jefaturas andaban por un lado y las veintiocho divisiones por otro, sin tener nada que ver unas con otras.

En realidad, en los distritos militares del interior, entre abril y mayo de 1941, no se formaron cuatro, sino ocho jefaturas de ejército. Una de ellas, la del 18.º ejército, se desplazó al Primer Escalón Estratégico y tenía tropas suficientes. En el 18.º ejército se encuadraban dos cuerpos: uno de fusileros y otro mecanizado, y dos divisiones de aviación, que ya estaban concentradas en la frontera occidental de la URSS. En total, el ejército tenía dos divisiones de tanques, una motorizada, dos de fusileros de montaña, una de fusileros y dos de aviación.

Las siete jefaturas restantes tampoco las podemos considerar independientemente de los ejércitos. Eran siete ejércitos completos, en toda regla, que formaban el Segundo Escalón Estratégico. Tampoco había veintiocho divisiones independientes, sino ochenta y una divisiones de fusileros, de tanques y motorizadas, agrupadas en cuerpos, que, a su vez, formaban ejércitos.

Tampoco los ejércitos eran independientes. Se controlaban a través de cuadros de mando comunes, tenían un cuartel general común y se denominaban «Grupo de ejércitos de segunda línea». El 21 de junio de 1941, se aprobó la resolución del Politburó rotulada como «Altamente confidencial. Dossier especial», según la cual el cargo de jefe del Grupo de ejércitos de segunda línea se asignaba al subcomisario del pueblo para la Defensa de la URSS, Mariscal de la Unión Soviética Budionni; y el cargo de miembro del Consejo Militar de aquella agrupación se asignaba al miembro del Politburó y secretario del Comité Central del PC(b) Malenkov.

2

Nos siguen intentando convencer de que «*Memorias y reflexiones* del mariscal Zhúkov y los apuntes de otros jefes militares destacados del Ejército Rojo son la verdadera historia de la Gran Guerra Patria que se tienen que estudiar las nuevas generaciones de ciudadanos de Rusia» (*Krásnaya zvezdá*, 15 de diciembre de 2009).

Nosotros, la gente de a pie, nos lo creemos todo. Abrimos las memorias de Zhúkov o de cualquier otro jefe militar destacado, pero no encontramos nada parecido a la historia verídica. ¿Quién sino Zhúkov, que en el momento del ataque alemán era jefe del Estado Mayor, podría informar a la posteridad sobre el Segundo Escalón Estratégico? Solo tenía que añadir una página a su libro y describir esos ejércitos: dónde y cuándo fueron formados, qué composición tenían, quién los dirigía. Podría haber contado también que el 21 de junio de 1941 se había aprobado la resolución del Politburó, es decir, de Stalin, según la cual los siete ejércitos se unificaron bajo mando del mariscal Budionni y del miembro del Politburó Malenkov. Y se debería haber acordado de que el jefe del Grupo de ejércitos de segunda línea era el ayudante del comisario del pueblo para la Defensa, mayor general Aleksandr Petróvich Pokrovski.

¿Pero por qué Zhúkov no nos lo contó? ¿Le faltaba papel? Si era eso, podía haber eliminado de sus *Memorias y reflexiones* alguno de los múltiples pasajes banales. Por ejemplo, las descripciones de la buena vida del pueblo soviético antes de la guerra se podían leer en cualquier número de *Agenda del propagandista*[89]. Pero en el libro del jefe del Estado Mayor sería interesante encontrar algún dato concreto sobre la composición del Ejército Rojo y sobre los planes de uso de las fuerzas armadas del país.

Pero Zhúkov, en lugar de memorias nos dio pamplinas. El libro existe, e incluso tiene dibujos, pero no contiene ninguna información importante. ¿Por qué? Porque si el libro incluyese una descripción, aunque fuese muy breve, del Segundo Escalón Estratégico, todas las reflexiones y suposiciones del autor dejarían de tener sentido.

Las memorias de Zhúkov nos revelan que el Ejército Rojo no tenía fuerzas siquiera para la cobertura de la frontera, que Stalin apenas prestaba atención a las cuestiones militares, que antes del ataque alemán Zhúkov quería poner el ejército en

disposición de combate, pero Stalin no le dejó. Pero si añadimos al libro del mariscal una hojita con la descripción del Segundo Escalón Estratégico, el panorama cambia.

¡Con que no había fuerzas ni siquiera para la cobertura de la frontera! ¡Pero si teníamos siete ejércitos que se habían trasladado a las fronteras occidentales! Tres de ellos bastarían para defender el Daugava, otros tres protegerían la línea de Dniéper. Un ejército, aunque sea el 20.º, se podría quedar en la Puerta de Smolensk, entre los dos ríos.

El 20.º ejército tenía más de 113 000 soldados y oficiales, 959 tanques, aparte de los automóviles blindados equipados con cañones, aparte de los obuses y lanzagranadas, 4251 ametralladoras, más de 100 000 metralletas y carabinas (*Los cuadros de mando del Ejército Rojo entre 1940-1941*, pág. 246). ¿Acaso mil guerreros con mil tanques, mil piezas de artillería y con cuatro mil ametralladoras no habrían conseguido defender setenta kilómetros del intervalo entre el Daugava y el Dniéper?

Si alguien dudara de que aquellas fuerzas fuesen suficientes para proteger la Puerta de Smolensk, se podría lanzar a aquella zona el 16.º ejército, que, según el mismo manual, tenía 1059 tanques. Pero ahí topamos con una errata. Solo en el 5.º cuerpo mecanizado había 1059 tanques. Pero aparte de este, el 16.º ejército incluía la 57.ª división de tanques, dirigida por el coronel V. A. Mishulin. Tampoco se habían contado los tanques pertenecientes a los batallones de reconocimiento de las divisiones de fusileros. En total, el 16.º ejército tenía 1447 tanques.

¿Que los tanques estaban estropeados? ¡Imposible! ¡Quién iba a permitir que trenes enteros se cargasen de tanques en mal estado! Aquellos chicos de cabezas frías y corazones calientes no lo habrían permitido jamás.

¿Que los tanquistas no tenían experiencia de conducción? ¡Otra mentira! Y aunque fuera verdad, lo que se podía hacer era enterrar los tanques dejando la torreta fuera, que servirían para reforzar la defensa.

¿Acaso era posible que tantas tropas no pudieran resistir en la Puerta de Smolensk? Claro que no. Si se hubieran hecho bien las cosas no habría habido cerco de Kiev ni del Viazma. Tampoco habría habido cerco de Leningrado ni batalla de Moscú.

Al sur de la Puerta de Smolensk, en la orilla oriental del Dniéper, o al norte, a lo largo de la orilla oriental del Daugava, se pudo haber desplegado el 19.º ejército para reforzar la defensa. Tenía más de 110 000 soldados y jefes, más de 120 000 fusiles y carabinas[90] (esto por si alguien dijera que tocaban a tres personas por fusil), 6302 ametralladoras, 1048 piezas de artillería de campo, aparte de los lanzagranadas y cañones antiaéreos, tanques, automóviles blindados y muchas más cosas (*ibidem*).

En 1943, el Ejército Rojo detuvo los ataques de los tanques pesados alemanes en campo abierto. ¿Por qué? Porque las tropas se encontraban en disposición de defensa.

En 1941, los enemigos no estaban en campo abierto, sino que tenían delante el

Daugava y el Dniéper. Tampoco tenían tanques pesados. Pero nadie estaba protegiendo las líneas acuáticas, porque las tropas enviadas al occidente no lo tenían por objetivo.

Y, claro, el culpable era Stalin, que no dejó que el eximio Zhúkov pusiera las tropas en disposición de defensa. ¿Pero cómo iba Zhúkov a poner las tropas en disposición de defensa si ni siquiera tenía planes de defensa preparados? Ni siquiera se le había pasado por la cabeza utilizar aquellos grandiosos ríos con fines defensivos.

Hagamos caso a Zhúkov y supongamos que, antes de la guerra, el estúpido Stalin no se interesaba por las cuestiones de defensa. Pero de repente estalló la guerra y el pobre Stalin se vio incapaz de dirigir el ejército del país. Zhúkov pudo haber aprovechado esa situación para coger un mapa y enseñar al cobarde de Stalin aquellas zonas en las que era necesario ubicar las tropas. El 22 de junio, el sabio estratega pudo haber mandado que los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico pasasen a la defensa estratégica y se desplegasen fuera del alcance de los tanques alemanes. Y si Stalin no hubiera querido firmar esa orden, Zhúkov habría tenido que abandonar el puesto de jefe del Estado Mayor.

Pero el eximio mariscal Zhúkov no pensaba utilizar el Segundo Escalón Estratégico para la defensa y por eso ni lo mencionó en sus memorias. Tampoco quiso reflexionar sobre las posibilidades de uso razonable de aquellas masas de tropas que tenía a su disposición en 1941.

3

Cuando al final se quiso averiguar la verdadera finalidad del Segundo Escalón Estratégico, nuestros académicos enseguida se inventaron una explicación: nos habían avisado Churchill, Sorge y no se sabe quién más. En otras palabras, el avance del Segundo Escalón Estratégico es la reacción de Stalin a la actuación de Hitler.

Pero esa explicación no tiene ningún sentido. Veamos. El general de ejército Tiulénev, justo en el momento de la invasión alemana, estaba en el Kremlin conversando con Zhúkov. Según él, este dijo lo siguiente: «Acabamos de informar a Stalin, pero no se lo cree e insiste en que es una provocación de los generales alemanes» (Tiulénev, I. V., *A través de las tres guerras*, Moscú, Ediciones Militares, 1960, pág. 141).

Testimonios así puedo aducir muchos, pero aun así todo el mundo ya sabe que Stalin no creía en la posibilidad del ataque alemán y no se lo acababa de creer incluso cuando las tropas de Hitler ya estaban en el territorio soviético.

Los historiadores no son capaces de coordinarse y llegar a una conclusión común. Según ellos, resulta que Stalin había formado siete ejércitos y envió la agrupación más potente de la historia de la humanidad hacia las fronteras occidentales de la URSS para prevenir un ataque alemán que ni siquiera consideraba posible.

El avance del Segundo Escalón Estratégico no era una reacción a las actuaciones de Hitler. Su formación había empezado mucho antes del llamado «aviso» de Churchill (del que hablaremos más adelante), de los informes de Richard Sorge, antes del traslado masivo de las tropas alemanas a las fronteras soviéticas.

El desplazamiento de las tropas del Segundo Escalón Estratégico fue una operación de transporte sin precedentes, que necesitaba una planificación minuciosa y una larga preparación previa. Según el Mariscal de la Unión Soviética Kurkotkin, el Estado Mayor envió al Comisariado del Pueblo para el Transporte toda la documentación necesaria para aquel traslado el 21 de febrero de 1941 (*La retaguardia de las Fuerzas Armadas en la Gran Guerra Patria*, Moscú, Ediciones Militares, 1977, pág. 33).

Pero el Estado Mayor habría necesitado tiempo para redactar toda aquella documentación: había que indicar a los trabajadores ferroviarios dónde, cuándo y qué transporte había de llegar; cómo se tenía que camuflar la carga, el traslado y la descarga; qué rutas había que seguir, etcétera. Para saber todo eso, el Estado Mayor tenía que saber dónde y cuándo iban a estar determinadas tropas. En resumen, la toma de decisión de crear el Segundo Escalón Estratégico y el principio de su organización hay que buscarlos mucho antes. Y los encontramos…

La formación de tropas en los distritos militares del interior y su traslado a las regiones fronterizas occidentales había empezado el 19 de agosto de 1939, tras una resolución del Politburó del Comité Central del PC(b), y nunca había parado, sino que iba aumentando el ritmo.

Para ejemplificarlo, fijémonos en el Distrito Militar de los Urales. En septiembre de 1939 en el distrito se habían formado dos divisiones nuevas: la 85.ª y la 159.ª. El 21 de junio de 1941, encontramos la 85.ª división en la frontera alemana, cerca de Avgústov, justo donde los guardafronteras del NKVD habían quitado las alambradas. Al mismo tiempo, la 159.ª división, encuadrada en el 6.º ejército (de *superchoque*), aparece en la frontera germano-soviética en las inmediaciones de Rava-Rusa.

A finales de 1939, en el mismo Distrito Militar de los Urales, se habían creado la 110.ª, la 125.ª y la 128.ª divisiones de fusileros. Todas ellas aparecieron en el occidente justo antes de la invasión alemana. Además, según las fuentes soviéticas, la 125.ª división se encontraba «justo en la frontera» con Prusia Oriental.

En el Distrito Militar de los Urales se formaron muchos otros regimientos y divisiones que se trasladaron, sin armar demasiado escándalo, a las zonas fronterizas del país.

Mientras el Segundo Escalón Estratégico oficialmente no existía y sus ejércitos eran una especie de fantasmas invisibles, los altos mandos militares de la URSS elaboraron un plan de coordinación entre los dos escalones estratégicos.

En la segunda mitad de 1940, el general de ejército Pávlov se reunió con los

comandantes de ejército del Distrito Militar Especial Occidental y con los jefes de sus cuarteles militares. Dentro de la jerarquía de mariscales, generales y almirantes soviéticos, Dmitri Grigórievich Pávlov se encontraba entre los diez primeros. En aquella reunión se delinearon las formas de comunicación y coordinación entre los jefes de cuarteles generales en el periodo inicial de la guerra. Los cuarteles generales tenían que ensayar el traslado hacia las zonas donde les correspondería estar en caso de que estallara una guerra. El jefe del cuartel general de 4.º ejército, coronel Sandálov, lleno de perplejidad preguntó: «¿Y hacia dónde se tendrán que mover los cuarteles generales que ya están situados en la línea fronteriza?» (Sandálov, L. M., *Lo vivido*, pág. 65).

Conviene subrayar que cuando se prepara una guerra defensiva, los cuarteles generales no se suelen ubicar «en la línea fronteriza», pero los cuarteles generales soviéticos estaban encajados entre los mojones, donde se habían instalado justo después de la aparición de la frontera germano-soviética común.

También resulta interesante la reacción del jefe de cuartel general del ejército fronterizo. Para él solo existía una dirección de movimiento de tropas en una posible guerra: hacia el occidente, a través de las fronteras. No se podía imaginar otra trayectoria.

En aquella reunión, que se celebró junto a las fronteras, aparte de los jefes del Primer Escalón Estratégico participaron los altos invitados del Segundo, encabezados por el jefe de las tropas del Distrito Militar de Moscú, general Tiulénev. Aprovechando la asistencia de este, el general de ejército Pávlov explica al comandante del 4.º ejército, teniente general Chuikov, cuál es la misión del Segundo Escalón Estratégico:

> —Cuando lleguen las tropas de los distritos militares del interior —Pávlov miró a Tiulénev—. Cuando usted, a la altura de su ejército, tenga la densidad de división por siete kilómetros cuadrados y medio, entonces podrá avanzar sin miedo, seguro de su victoria (*ibidem*).

La presencia del jefe de las tropas del Distrito Militar de Moscú en aquella reunión, celebrada en una zona fronteriza, era muy significativo. Ya en 1940, el general Tiulénev sabía cuál sería su misión en la futura guerra y tenía que aparecer con todo el cuartel general en aquel lugar cuando el Primer Escalón Estratégico fuese a cruzar la frontera estatal.

Por cierto, en febrero de 1941, Zhúkov, que acababa de encabezar el Estado Mayor, cambió los planes y, en lugar de la frontera alemana, el cuartel general del general Tiulénev se tenía que trasladar a Rumanía, porque era allí donde los altos mandos planeaban atacar primero para cortar a Hitler el suministro principal de petróleo.

La densidad de tropas de «una división por siete kilómetros cuadrados y medio», mencionada en la reunión, era la estipulada por el *Reglamento Castrense* (RC-39) para el ataque. Para las operaciones defensivas a una división se le solía asignar una

franja tres o cuatro veces más ancha.

En aquella reunión, según Sandálov, se trató otra cuestión de gran importancia. Se decidía cómo camuflar el traslado de las tropas de los distritos interiores a las fronteras: «el avance […] de las divisiones nuevas se puede realizar imitando ejercicios de campo» (*ibidem*).

Fue el 13 de junio de 1941 cuando la 81.ª división, simulando realizar maniobras de entrenamiento, se precipitó hacia las fronteras occidentales. Hitler no quiso esperar a que los generales soviéticos consiguieran alcanzar la densidad de «una división por siete kilómetros cuadrados y medio» y atacó primero.

5

Después del ataque preventivo de Alemania, el Segundo Escalón Estratégico (al igual que el Primero) se utilizó para la defensa. Pero eso no significa que esta fuese su finalidad inicial.

El general de ejército M. I. Kazakov dice así: «Al comenzar la guerra, hubo que introducir cambios significativos en los planes de utilización» del Segundo Escalón Estratégico (*RHM*, 1972, n.º 12, pág. 46).

El mayor general V. Zemskov fue bastante más preciso: «Aquellas reservas, en vez del ataque previsto, las tuvimos que utilizar para la defensa» (*RHM*, 1971, n.º 10, pág. 13).

El grupo de autores dirigido por el general de ejército S. P. Ivanov detalla los planes de los mandos soviéticos:

> En caso de que las tropas del Primer Escalón Estratégico consiguieran […] trasladar las hostilidades al territorio del enemigo antes del despliegue de las fuerzas principales, el Segundo Escalón Estratégico tenía que apoyar el avance del Primer Escalón Estratégico y seguir desarrollando el contraataque de acuerdo con el plan estratégico general (Ivanov, S. P., *Periodo inicial de la guerra*, pág. 206).

En esta frase no nos debe confundir la palabra «contraataque», puesto que ya sabemos qué quería decir puesta en boca de un general soviético. Hemos visto que la propaganda soviética, una vez desatada la Guerra de Invierno, afirmó que Finlandia había atacado a la URSS y a esta no le quedó más remedio que «contraatacar».

Sobre los ánimos que reinaban en el Segundo Escalón Estratégico nos puede hablar el teniente general Kalinin. Antes de empezar el avance secreto hacia el occidente, estuvo preparando las tropas del Distrito Militar de Siberia (que más adelante se convertirían en el 24.º ejército) para las futuras hostilidades. Durante los ejercicios fue testigo de las siguientes cavilaciones en voz alta de un oficial subalterno:

> Quizá no harán falta ni las fortificaciones. No nos estamos preparando para la defensa, sino para un ataque, y al enemigo lo vamos a derrotar en su propia casa (Kalinin, S. A., *Reflexiones sobre lo*

vivido, pág. 124).

El teniente general Kalinin reproduce en sus memorias las palabras del joven oficial con cierta ironía: mirad qué ingenuo. Pero no dice de dónde viene la opinión expresada. Si el oficial estuviera equivocado, el deber de Kalinin sería corregirlo y, más aún, comunicar a todos los jefes, desde los de regimiento hasta los de cuerpo de ejército, que los subalternos estaban confundidos y que los entrenamientos se estaban realizando desde un enfoque parcial. Kalinin tendría que haber interrogado de inmediato a los jefes de batallones, regimientos y divisiones colindantes y, en caso de que aquel convencimiento «erróneo» estuviera demasiado generalizado, tendría que haber emitido una orden de reorientación del ejercicio militar en todo el 24.º ejército. No obstante, el general no lo hizo y las tropas siguieron preparándose para «derrotar al enemigo en su propia casa».

Los jóvenes oficiales no tenían la culpa de no estar preparados para la defensa, ni siquiera la tenía el general Kalinin. Este tan solo dirigía un ejército, pero los demás ejércitos también se estaban preparando para «derrotar al enemigo en su propia casa».

Resulta interesante otra declaración del general Kalinin que aparece en el mismo libro (págs. 182-183). Al entregar el 24.º ejército al general del NKVD Rakutin, aquel volvió a Siberia, donde se quedó en los «poblados de leñadores» preparando otras diez divisiones nuevas. Dice así:

> ¿Por dónde empezar? ¿Qué enfoque dar a la formación de tropas: el defensivo o el ofensivo? La situación en los frentes seguía siendo tensa. El Ejército Rojo continuaba defendiéndose férreamente.
>
> La experiencia nos demostró que no siempre la defensa se había organizado bien. Muchas veces, las posiciones defensivas no estaban debidamente equipadas. Ni siquiera en la primera línea había un sistema de trincheras. El orden de combate a menudo consistía en un solo escalón y sus reservas, lo cual disminuía notablemente la resistencia de las tropas. La gente solía estar mal preparada para la defensa antitanque, existía cierta fobia a los carros de combate […]
>
> Al mismo tiempo pensábamos: «No vamos a defendernos eternamente. La retirada es una medida temporal […] Además, la defensa nunca fue el tipo principal de hostilidad […] Entonces, había que preparar las tropas para operaciones ofensivas […] Se lo comenté a los jefes de pequeñas unidades y acordamos dedicar mayores esfuerzos a las cuestiones de táctica ofensiva».

Así pensaba el teniente general Kalinin en otoño de 1941, cuando el objetivo principal del país y de su ejército era detener al enemigo por lo menos antes de que alcanzase los muros de Moscú. Cualquiera sabía que el Ejército Rojo no estaba preparado para la defensa. Pero Kalinin, a pesar de todo, decidió que no era necesario entrenar sus tropas para eso. ¡Qué más da! ¡Preparémonos para atacar! ¡Solo para atacar!

Si incluso después de la invasión alemana, cuando el mismo régimen comunista se vio amenazado, el general Kalinin siguió enseñando a sus combatientes solo a atacar, estoy seguro de que lo había hecho antes de la invasión.

6

Tras el ataque preventivo alemán, el Segundo Escalón Estratégico tuvo que empezar a utilizarse no según lo previsto, sino para la defensa. Sin embargo, se conservan muchos documentos que nos pueden ayudar a descubrir cuál era su finalidad inicial y su papel en los planes soviéticos de la guerra.

Cada uno de los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico (y también del Primero) tenía sus particularidades, su propia fisonomía, su carácter. La mayoría de los ejércitos avanzaban ligeros, formando una especie de armazón que, una vez desplegado en los bosques occidentales del país, había que ampliar y completar. Un ejército estándar del Segundo Escalón Estratégico se componía de dos cuerpos de fusileros de tres divisiones cada uno. No estamos hablando de ejércitos de choque, sino de los de composición reducida.

Al llegar a las regiones occidentales, los ejércitos empezaban a reclutar nuevos efectivos para ampliar sus cuerpos y divisiones. Es lógico que la mayoría de los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico no incluyeran cuerpos mecanizados con enormes cantidades de tanques.

En primer lugar, unidades de ese tipo se solían formar en las regiones occidentales del país. Así no era necesario trasladarlas desde los Urales o desde Siberia; resultaba más fácil desplazar ejércitos de composición ligera para después completarlos con unidades mecanizadas directamente en la frontera.

Otra opción era emplear el máximo de unidades mecanizadas durante el primer ataque relámpago, para que este fuera lo más eficaz posible, y después lanzar al ataque el Segundo Escalón Estratégico, ampliando sus ejércitos con todos los tanques que sobrevivieran a la primera operación ofensiva.

Pero entre los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico había excepciones.

El 16.º ejército tenía una clara orientación de choque. Incluía un cuerpo mecanizado completo y la 57.ª división de tanques del coronel V. A. Mishulin. En total, contando la división, el 16.º ejército disponía de más de 1400 tanques.

Más potente aún era el 19.º ejército, procedente del Cáucaso Norte. Mientras tres cuerpos de fusileros suyos ya estaban dirigiéndose hacia las fronteras occidentales del país, el 26.º cuerpo mecanizado se disponía a partir. Después del ataque preventivo de Alemania, el 19.º ejército incluyó el 25.º cuerpo mecanizado, como estaba previsto en los planes de antes de la guerra (Drig, E., *Cuerpos mecanizados en acción. Historia de las tropas de tanques y automóviles blindados del Ejército Rojo entre 1940-1941*, Moscú, AST, 2005, pág. 597).

Es decir, según los planes soviéticos de antes de la guerra, el 19.º ejército debía tener cuerpos mecanizados. Obviamente, era un ejército de *superchoque*. Pero incluso sus cuerpos mecanizados tenían una organización especial y estaban dirigidos por jefes de muy alto rango. Por ejemplo, el 34.º cuerpo mecanizado, encabezado por el teniente general R. P. Jmelnitski, incluía cuatro divisiones de fusileros y una división

de fusileros de montaña, aparte de varios regimientos de artillería pesada. La presencia de la división de fusileros de montaña no era casual: el 19.º ejército, el más potente del Segundo Escalón Estratégico, *no se desplegaba contra Alemania*.

En eso consistía la idea principal del ataque soviético:

El 9.º ejército, el más potente del Primer Escalón Estratégico, se desplegaba contra Rumanía.

Justo después le seguía el 19.º ejército, el más pujante del Segundo Escalón Estratégico, que también se iba a desplegar contra Rumanía.

Los amigos a sueldo de la Unión Soviética han difundido una leyenda, según la cual la finalidad del Segundo Escalón Estratégico eran los «contraataques». Si es así, el objetivo del «contraataque» más fuerte iban a ser los campos petrolíferos de Rumanía.

El siguiente ejército más destructivo del Segundo Escalón Estratégico, el 16.º, se desplegaba junto al 19.º. Se podría utilizar también para atacar Rumanía, pero lo más probable es que su blanco fuese el oleoducto situado en la región húngara, entre el 26.º ejército de choque y el 12.º ejército de choque de montaña.

Sin embargo, Hitler, al atacar primero, no dejó que se realizasen dichos planes, y por eso el 16.º y el 19.º ejércitos tuvieron que trasladarse urgentemente a Smolensk, postergando unos años la «liberación» de Rumanía y de Hungría.

* * *

Muchos años después de la guerra, el teniente general Mijaíl Fiódorovich Lukín, que en junio de 1941 era comandante del 16.º ejército, explicó para qué se había trasladado aquella gran unidad desde Transbaikalia hasta la región occidental de la Unión Soviética: «Fuimos allí para derrotar al enemigo en su propio territorio» (*RHM*, 1979, n.º 7, pág. 43).

En la misma página de la revista, el Mariscal de la Unión Soviética Vasilevski insiste en que a Lukín hay que creerle porque «en sus palabras hay mucha verdad amarga».

Vasilevski también era un gran luchador en «el territorio enemigo». Fue él quien, en 1945, atacó por sorpresa a las tropas japonesas en Manchuria, mostrando una altísima maestría militar y la capacidad de embestir por la espalda a un aliado extenuado por la guerra en otros frentes y con el que se acababa de firmar un acuerdo de no agresión.

CAPÍTULO 41

La pregunta más importante

> El que aseste el primer golpe, un golpe atinado, técnicamente correcto y demoledor, casi ha ganado. Porque mientras él sigue en pie, el rival yace desmayado en el suelo y no cuesta nada rematarlo a patadas. Eso está claro. Lo tengo claro yo, lo tiene claro usted y lo tenía claro el camarada Stalin.
>
> ALEKSANDR NÍKONOV[91]

1

Justo después del reparto de Polonia en otoño de 1939, enormes cantidades de tropas soviéticas fueron trasladadas de sus emplazamientos permanentes a las fronteras. Los nuevos territorios no estaban preparados para alojar semejante contingente con tanto equipo de guerra.

En la historia oficial de la Segunda Guerra Mundial (*Historia de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945*, vol. 4, pág. 27) leemos:

> Las regiones fronterizas occidentales se vieron enfrentadas a ciertas dificultades. Había que construir y equiparlo todo de nuevo: […] las bases, los puntos de abastecimiento, los aeródromos, la red ferroviaria y de carreteras, los nudos y líneas de telecomunicaciones.

Más testimonios:

> El desplazamiento de las unidades del distrito hacia las regiones occidentales de Bielorrusia fue acompañado de múltiples complicaciones […] Los efectivos del 3.º, 10.º y 4.º ejércitos […] se dedicaron a rehabilitar cuarteles, almacenes, campamentos, a equipar polígonos, campos de tiro y tancódromos. Las tropas sufrían un desgaste importante (*El Distrito Militar de Bielorrusia, condecorado con la Orden de la Bandera Roja*, pág. 84).

> El traslado de las tropas del distrito hasta allí supuso enormes dificultades. No había cuarteles suficientes […] Para las tropas que no obtuvieron cuarteles se excavaron cuevas […] En Brest se concentraron enormes cantidades de tropas […] En las plantas bajas de los cuarteles se montaban literas de cuatro alturas (Sandálov, L. M., *En dirección a Moscú*, pág. 41).

Aún así las tropas seguían llegando. El general Sandálov afirma que, entre 1939 y 1940, para acuartelar tropas se usaron hangares, barracas y cualesquier otros edificios.

El jefe del Departamento de Preparación Militar del Ejército Rojo, teniente general Vladímir Nikoláyevich Kurdiúmov, en la reunión de los cuadros de mando celebrada en diciembre de 1940, decía que las tropas, al llegar al nuevo lugar de emplazamiento, en lugar del ejercicio castrense se veían obligadas a dedicarse al bricolaje. En la misma reunión, el jefe de la Dirección de Tanques y Automóviles Blindados, teniente general de tropas de tanques Yákov Nikoláyevich Fedorenko,

comunicó que las tres agrupaciones de tanques, entre 1939 y 1940, habían cambiado de emplazamiento tres o cuatro veces y, como resultado, más de la mitad de las unidades no tenían polígonos adecuados en sus nuevas ubicaciones.

Entre 1939 y 1940, tras muchos esfuerzos, las tropas del Primer Escalón Estratégico fueron realojadas y acomodadas. Pero a partir de febrero de 1941, poco a poco empezó y luego fue aumentando la intensidad del traslado del Segundo Escalón Estratégico hacia las mismas regiones.

En aquel momento se produjo un cambio del que los historiadores no se han llegado a percatar: las tropas soviéticas dejaron de preocuparse por cómo iban a pasar el invierno siguiente. El Primer Escalón Estratégico, tras abandonar las cuevas y las barracas a medio construir, se dirigió a la frontera (Mariscal de la Unión Soviética I. J. Bagramián, *RHM*, 1976, n.º 1, pág. 62).

Las tropas del Segundo Escalón Estratégico, llegadas desde el interior, no utilizaron los cuarteles, ni las barracas, ni los campamentos abandonados por el Primer Escalón Estratégico, porque no se disponían a pasar el invierno en la zona fronteriza. Ya no horadaron más cuevas, ni construyeron más polígonos ni campos de tiro, ni siquiera excavaron más trincheras. En los documentos oficiales y memorias de generales y mariscales soviéticos encontramos testimonios suficientes de que a partir de entonces las tropas se instalaron únicamente en tiendas de campaña.

Por ejemplo, a principios de la primavera de 1941 en el Báltico se forma la 188.ª división del 16.º cuerpo de fusileros del 11.º ejército. En mayo llegan reservistas nuevos. La división instala temporalmente un campamento de tiendas de campaña en las inmediaciones de Kozlova Ruda[92] (a unos 45 o 50 km de la frontera). Encubierta por el informe de la TASS, el 13 de junio de 1941, la división abandona aquella pequeña ciudad y se encamina hacia la frontera. No intenten encontrar algún indicio de preparación para el invierno, porque no lo van a encontrar; la división no se disponía a pasar el invierno en la zona fronteriza. Al lado estaba desplegándose la 28.ª división, que estaba en una situación semejante. Todas las divisiones de fusileros y de tanques recién formadas dejaron de tener miedo al invierno.

El comandante de brigada mayor general Moskalenko (el futuro Mariscal de la Unión Soviética) recibió del comandante del 5.º ejército, mayor general Mijaíl Ivánovich Potápov, las siguientes indicaciones: «Aquí se ha empezado a formar tu brigada […] Coges este trozo del bosque e instalas ahí un campamento de tiendas de campaña». La fuerte y bien equipada brigada de más de seis mil personas, con más de cien piezas de artillería pesada de hasta 85 mm, tardaría tres días en instalar el campamento. Después empezarían ejercicios castrenses diarios, autoformación intensiva, preparación de armamento y demás (Moskalenko, K. S., *En dirección Sudoeste*, pág. 18).

Si las tropas soviéticas se estuviesen preparando para la defensa, habrían tenido que crear una línea ininterrumpida de trincheras desde el océano Glacial Ártico hasta el delta del Danubio. Pero no lo hicieron. Si los jefes militares soviéticos planearan

pasar otro invierno sin hostilidades, entonces a partir de abril-mayo de 1941 deberían haber empezado a construir nuevos campamentos, cuarteles o incluso barracas. Sin embargo, no hicieron nada de eso.

Algunas divisiones tenían en la retaguardia barracas inacabadas, pero muchas otras divisiones se habían creado en primavera de 1941 y no tenían nada: ni cuarteles, ni barracas, ni cuevas siquiera. ¿Dónde pensaban, entonces, pasar el invierno?

2

El mayor general Zaporózhchenko así describe el despliegue de tropas en mayo-junio de 1941:

> La etapa final del despliegue estratégico consistía en el traslado de agrupaciones de choque a sus posiciones de fuego que se realizó durante las tres noches anteriores al ataque. La cobertura y enmascaramiento de aquel traslado se llevaron a cabo por unos batallones reforzados que se habían trasladado a las fronteras con antelación para controlar las zonas fronterizas antes de que llegaran las divisiones principales.
>
> El traslado de la aviación había empezado a finales de mayo y acabó el 18 de junio. Mientras la aviación de caza y de ejército se había concentrado en los aeródromos situados a unos 40 kilómetros, la de bombardeo, no más lejos de 180 km (*RHM*, 1984, n.º 4, pág. 42).

Lo único que tienen estas líneas de sorprendente es la fecha: 18 de junio. Se sabe que la aviación soviética no había empezado el traslado a finales de mayo, sino el 13 de junio, encubierta por el informe de la TASS. ¿Entonces, por qué el general nombra el 18 de junio?

Es que el general no se refiere al Ejército Rojo, sino a la Wehrmacht. Es decir, en Alemania estaba pasando lo mismo: las tropas avanzaban hacia las fronteras por las noches, les precedían batallones reforzados, y las divisiones recién llegadas ocupaban sus posiciones de fuego, o sea, se escondían en los bosques.

La actuaciones de las fuerzas armadas de la URSS y Alemania eran idénticas, como dos gotas de agua. No coincidían solo en el tiempo. A principios de primavera de 1941, las tropas soviéticas se habían adelantado a las alemanas; pero luego Hitler las aventajó un par de semanas, puesto que tenía menos tropas y las tenía que trasladar a distancias más cortas.

Es curioso que a principios de junio de 1941 el ejército alemán se encontraba en una situación poco ventajosa. Tenía muchas tropas repartidas entre convoyes diferentes. Los cañones estaban en un tren, las municiones en otro. Mientras los batallones descendían de los trenes donde no había cuarteles generales, estos bajaban donde no estaban las tropas. No había comunicación, porque por razones de seguridad el uso de las estaciones transmisoras antes de empezar las hostilidades estaba prohibido. Las tropas alemanas tampoco excavaban trincheras ni construían polígonos.

Pero la afinidad más importante consistía en que justo al lado de las fronteras con

la URSS se habían concentrado enormes cantidades de tropas, municiones, aviación, cuarteles militares y aeródromos, pero nadie sabía exactamente cuál era el plan de acción posterior; era un secreto al que solo los altos mandos tenían acceso.

Las maniobras que el Ejército Rojo realizó a partir del 13 de junio de 1941, que muchos historiadores consideran una tontería, se habían llevado a cabo por la Wehrmacht dos semanas antes.

No era ninguna tontería, sino la preparación de un ataque.

3

¿Qué tenía que pasar después de la completa concentración del Segundo Escalón Estratégico del Ejército Rojo en las regiones occidentales del país?

La respuesta a esta pregunta la había formulado el jefe del Estado Mayor del ejército polaco, general Vladislav Sikorski, en su libro *La futura guerra*: «La espera estratégica no puede continuar una vez movilizadas y concentradas todas las fuerzas» (Sikorski, V., *La futura guerra*. Moscú, Editorial Estatal Militar del Comisariado del Pueblo para la Defensa de la URSS, 1936, pág. 240). El libro fue publicado en la URSS por la resolución del Estado Mayor para los jefes militares soviéticos. Pero aun así, la ciencia militar soviética ya hacía tiempo que había llegado a una conclusión semejante: «En las condiciones actuales, en el periodo inicial de la guerra, lo peor sería perseverar en la táctica de la espera» (revista *Guerra y revolución*, 1931, n.º 8, pág. 11). El jefe del Estado Mayor soviético, Mariscal de la Unión Soviética Boris Mijáilovich Sháposhnikov, tenía una postura muy clara en el asunto:

> Una larga permanencia de reservistas movilizados en estado de espera puede reflejarse negativamente en su estado de ánimo; en lugar del aumento de alerta se produce su disminución […] En resumen, por mucho que los mandos y, sobre todo, la diplomacia se esforzasen en evitarlo, tras una movilización, por cualquier motivo puramente militar, los cañones pueden empezar a disparar solos.
>
> De este modo, resulta dudosa la posibilidad de que, en condiciones actuales, los ejércitos movilizados permanezcan durante mucho tiempo en estado de espera e inactivos (Sháposhnikov, B. M., *El cerebro del ejército*, 3 vols., Moscú, Mensajero Militar, 1927, vol. 3).

Los teóricos militares soviéticos consideraban acertadamente que «la movilización y la concentración de tropas, al igual que la realización de las primeras operaciones forman todo un proceso ininterrumpido» (*RHM*, 1986, n.º 1, pág. 15). Al comenzar la movilización y, sobre todo, la concentración y el despliegue operativo de tropas, los mandos soviéticos ya no eran capaces de parar, ni siquiera de ralentizar el proceso. Aquello se parecía un poco a un duelo de una película del Lejano Oeste: la mano se lanza hacia abajo, abre la funda, saca el revólver, lo apunta al contrincante mientras monta el gatillo y dispara. Es imposible detenerse. La mínima demora significa la muerte, porque en cuanto la mano roce la funda del revólver, el rival con igual (o incluso mayor) presteza empezará a realizar la misma cadena de acciones.

Los historiadores soviéticos dicen que la culpa de la guerra la tuvo el que disparó primero en 1941. Pero ¿por qué no usamos un criterio diferente? En mi opinión, desató la guerra aquel que había sido el primero en ordenar la movilización, la concentración y el despliegue operativo de tropas; es decir, el primero que había desenfundado el revólver.

4

Los defensores de la interpretación tradicional de las causas del ataque alemán a la URSS el 22 de junio de 1941 se agarran a un clavo ardiendo para conservar la leyenda que han creado. Dicen que el mariscal Sháposhnikov entendía que el avance de las tropas hacia las fronteras suponía una guerra. Pero en 1941 el jefe del Estado Mayor ya no era Sháposhnikov, sino Zhúkov. ¿Quizá este desplazó las tropas ignorando las posibles consecuencias?

No, queridos amigos, Zhúkov lo entendía todo mejor que nadie.

Para explicar la firmeza de las acciones de los altos mandos soviéticos tenemos que remontarnos al año 1932 y prestar atención a la 4.ª división de caballería, que solo era la mejor de todo el Ejército Rojo. Hasta 1931, se había situado en el Distrito Militar de Leningrado y su emplazamiento coincidía con el de la antigua guardia imperial de caballería. Se pueden imaginar ustedes que las condiciones en las que se vivía y se entrenaba aquella unidad eran verdaderamente maravillosas.

Pero de repente, en 1932, por razones operativas extraordinarias, la división fue trasladada a otra base sin acondicionar. El Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov lo cuenta así:

> Durante un año y medio la división se vio obligada a construir ella misma campamentos, caballerizas, cuarteles generales, casas de vecindad, almacenes y toda la base de instrucción. Como resultado, una división espléndidamente preparada se convirtió en una mediocre unidad de mantenimiento. La escasez de materiales de construcción, el tiempo lluvioso y demás condiciones desfavorables no permitieron prepararse debidamente para el invierno, lo cual se reflejó negativamente en el estado general de la división y en su preparación combativa. La disciplina se degradó […] (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 118).

En primavera de 1933, la mejor división del Ejército Rojo ya se encontraba en un «estado de suma decadencia» y «había perdido todas sus tradiciones y su capacidad de combate». Al comandante de la división lo declararon culpable de aquellos males, con todas las consecuencias que para él emanaban de tal acusación. Y para la división encontraron a otro comandante: Zhúkov.

A partir de aquel momento empezó su vertiginoso ascenso. El trabajo de Zhúkov no solo lo supervisaba el comandante de cuerpo Timoshenko, sino también el mismísimo comisario del pueblo para la Defensa Voroshílov, ya que la división llevaba su nombre y se consideraba la mejor. Voroshílov esperaba que Zhúkov recuperase la gloria perdida de la 4.ª división de caballería. El nuevo comandante,

mediante métodos draconianos, devolvió la gloria de antaño a la división, demostrando de este modo que se le podía encomendar cualquier tarea, aunque fuese teóricamente irrealizable.

En 1941, todos los implicados de aquella historia habían subido notablemente en el escalafón. Voroshílov ya era miembro del Politburó del Comité Central del PC(b), Mariscal de la Unión Soviética y jefe del Comité de Defensa; Timoshenko ostentaba los títulos de Mariscal de la Unión Soviética y comisario del pueblo para la Defensa; Zhúkov había llegado a general de ejército, subcomisario del pueblo para la Defensa y jefe del Estado Mayor.

Fueron ellos tres quienes dirigieron el avance clandestino de las tropas soviéticas hacia las fronteras alemanas. Ellos sabían mejor que nadie, y no por referencias, que ni una sola división se podía quedar en pleno invierno, en mitad de un bosque, sin condiciones adecuadas. Es cierto que un soldado puede pasar el invierno en cualquier lugar y en cualesquiera condiciones; con eso no hay problema. El problema era otro. En las fronteras occidentales no había campos de tiro, ni polígonos, ni tancódromos, ni centros de formación, ni condiciones para la preparación castrense. Las tropas enseguida tenían que entrar en combate, de lo contrario el estado de la disposición combativa empeoraba. Los tres sabían que las divisiones no podían pasar el invierno sin preparación especial. Los tres sabían que siempre se iban a encontrar culpables y sabían qué iba a pasar con los culpables. Los tres hicieron todo lo posible por situarse en zonas donde no había ninguna infraestructura para la preparación militar a casi ¡todo el Ejército Rojo!

5

La guerra empezó de una forma distinta a la que tenía prevista Stalin, por eso acabó también de una forma diferente: la URSS consiguió invadir solo una mitad de Europa. Pero para comprender mejor y tener una visión más completa de la figura de Stalin, figurémonos qué habría pasado si Hitler no hubiera atacado a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941; si, por ejemplo, le hubiera apetecido conquistar primero Gibraltar y la Operación Barbarroja la hubiera aplazado un par de meses.

¿Qué habría tenido que hacer Stalin entonces?

Stalin ya no tenía opciones.

Primero, ya no podía hacer regresar a sus ejércitos. Muchos de ellos, creados en la primera mitad de 1941, ni siquiera tenían adónde ir, salvo a los «poblados de barracas». El traslado de ejércitos a sus antiguos emplazamientos habría durado no se sabe cuántos meses más, habría vuelto a paralizar todo el transporte ferroviario del país, lo que desembocaría a su vez en una catástrofe económica. ¿Y qué sentido tendría toda aquella operación de traslado de tropas a las fronteras occidentales, de medio año de duración, si luego habría que estar otro medio año devolviendo las tropas a su lugar de origen? Pero incluso en el caso de que semejante decisión se

hubiese tomado, las tropas no habrían conseguido volver a su antigua ubicación antes de que empezase el invierno.

Segundo. Stalin no podía dejar que sus ejércitos se quedasen a pasar el invierno en los bosques fronterizos. Sin una preparación militar continua, los ejércitos enseguida pierden su capacidad combativa. Además, por alguna razón Stalin había mantenido en secreto todo el proceso de creación y traslado al occidente de los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico. Si hubiera dejado los ejércitos inactivos durante varias semanas en aquellas zonas fronterizas, ¿habría podido seguir guardando el secreto?

La pregunta más importante que planteo en este libro es la siguiente, teniendo en cuenta que el Ejército Rojo no podía regresar a sus antiguos emplazamientos ni permanecer en las zonas fronterizas, ¿qué otra opción le quedaba?

Los historiadores soviéticos están dispuestos a hurgar en detalles y buscar culpables. Pero abstraigámonos de lo innecesario y contestemos a nuestra pregunta central.

Los historiadores soviéticos han evitado responder a esta pregunta, por lo cual voy a exponer aquí la opinión del camarada Stalin:

> En semejante situación, cuando estamos rodeados de enemigos, un ataque relámpago, una maniobra inesperada lo va a decidir todo (Stlink, I. V., *Escritos*, vol. 5, pág. 225).

CAPÍTULO 42

¿Para qué trasladó Stalin las tropas de las regiones orientales a las fronteras occidentales?

1

Resumiendo: en las fronteras occidentales de la Unión Soviética había cinco distritos militares que, en secreto pero sin parar, estaban recibiendo tropas nuevas. Los ocho distritos militares del interior se habían quedado prácticamente sin contingente ni cuadros de mando. Todos los ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones y casi todos los generales con sus cuarteles habían abandonado sus antiguos emplazamientos.

Aparte de los cinco distritos militares fronterizos y los ocho interiores, existía un Frente del Lejano Oriente y tres distritos militares orientales: el de Transcaucasia, el de Asia Central y el de Transbaikalia. Fijémonos en ellos.

En mayo de 1941, a pesar del mentís de la TASS del 9 de mayo de 1941, el Distrito Militar de Asia Central y el de Transcaucasia se estaban preparando activamente para la «liberación» de Irán. Al Distrito Militar de Asia Central se le había asignado el papel principal, al de Transcaucasia, el auxiliar. Como era costumbre, la última etapa de la preparación fueron unas grandiosas maniobras de ensayo en presencia de todos los altos mandos del Ejército Rojo. En mayo, a dichos ejercicios demostrativos tenía que asistir el jefe del Estado Mayor, general de ejército Zhúkov, con su subalterno, el teniente general Vatutin. Vamos a ver qué cuenta sobre aquellos días el general de ejército Shtemenko (entonces, coronel de la Dirección General de Operaciones del Estado Mayor):

> A finales de mayo, la mayor parte de los efectivos de nuestra sección se había marchado a Tiflis. Nosotros recibimos apoyo de otras secciones […] Justo antes de partir, se supo que ni el jefe del Estado Mayor ni su suplente podían ir y que los ejercicios los iban a dirigir D. T. Kozlov (el comandante del Distrito Militar de Transcaucasia) y S. G. Trofímenko (el comandante del Distrito Militar de Asia Central). Pero ya al día siguiente, nada más llegar nosotros a Tiflis, al teniente general Kozlov lo convocaron en Moscú. Se notaba que en Moscú estaba ocurriendo algo extraordinario (Shtemenko, S. M., *El Estado Mayor durante la guerra*, pág. 20).

Así, el fronterizo Distrito Militar de Transcaucasia, justo en vísperas de la «liberación» de Irán, se quedó sin comandante. Me replicarán que el sustituto de Kozlov, el teniente general Bátov, podía dirigir perfectamente el distrito. Pues no. Estaba ocupado. Tras haber formado con las mejores tropas del Distrito Militar de Transcaucasia el 9.º cuerpo especial de fusileros, Bátov lo trasladó a Crimea, donde, en colaboración con la Flota del mar Negro, se estaba preparando intensivamente para una operación de desembarco naval. Era justo una de las divisiones de aquel cuerpo la que estuvo ensayando allí el desembarco de los buques de la Flota del mar

Negro.

El Distrito Militar de Transcaucasia estuvo sin comandante y sin su sustituto hasta 1941, cuando el general Kozlov volvió para realizar (en coordinación con las tropas del Distrito Militar de Asia Central) una «marcha libertadora» a Irán[93].

2

La jefatura y cuartel general del Distrito de Asia Central también estaban considerablemente debilitados. Al jefe del cuartel general del distrito, mayor general Mijaíl Ilich Kazakov, lo habían citado en Moscú. En su libro *Sobre el mapa de aquellos combates* Kazakov cuenta que vio desde el avión una cantidad impresionante de convoyes ferroviarios con tropas y equipo de guerra procedentes de Asia Central.

Entre los que iban en aquellos convoyes procedentes de Asia Central estaba el jefe de la 83.ª división de fusileros de montaña, coronel Aleksandr Aleksándrovich Luchinski (más adelante, general de ejército). Este viajó en el mismo compartimento con el mayor general Iván Yefímovivch Petrov (que luego también sería general de ejército). Son inapreciables los recuerdos de Luchinski sobre aquel periplo con Petrov:

> Citados por el Comisariado del Pueblo para la Defensa, íbamos los dos en el mismo compartimento cuando la radio comunicó que la Alemania fascista acababa de atacar a nuestro país.

Luchinski no dice para qué lo habían citado en Moscú, pero habla de su compañero de viaje:

> Poco antes de la guerra lo nombraron comandante de la 192.ª división de fusileros, más tarde ocupó el mismo cargo en el 27.º cuerpo mecanizado, con el que se fue a la guerra (*RHM*, 1976, n.º 9, págs. 121-122).

El mayor general Petrov convirtió su división de fusileros en una división de fusileros de montaña y la envió a la frontera rumano-soviética. Luego asumió el mando del 27.º cuerpo mecanizado. Dicho cuerpo también acaba trasladándose desde Asia Central a la misma frontera; mientras tanto, su comandante, el mayor general Petrov, viaja a Moscú para recibir instrucciones de guerra.

En el presente libro he hablado sobre este procedimiento recurrente: mientras una gran unidad se traslada clandestinamente hacia las fronteras occidentales de la URSS, su jefe o comandante jefe, adelantando sus tropas, viaja a Moscú para obtener instrucciones. Así, por ejemplo, mientras el 16.º ejército se trasladaba a las fronteras rumanas, su jefe, el teniente general Lukín, se encontraba en Moscú obteniendo instrucciones de guerra.

El pequeño párrafo que Lukín dedica a Petrov parece sencillo y trivial, pero fijémonos en el orden en el que se desarrollan los acontecimientos. Primero el mayor

general Petrov forma el 27.º cuerpo mecanizado, lo mete en convoyes y lo manda **a la guerra**, y solo después, ya en el compartimento de su tren, oye el comunicado sobre el ataque de Alemania a la Unión Soviética.

Pero lo más interesante ocurrió varios días después: el 27.º cuerpo mecanizado fue disuelto por el camino. En una guerra defensiva nadie necesita formaciones que sirven solo para el ataque. En julio de 1941, tras el 27.º cuerpo mecanizado fueron eliminados los demás cuerpos mecanizados soviéticos. Veintinueve en total.

La situación parece absurda: el 27.º cuerpo de ejército va a la guerra **antes del ataque alemán**, pero en cuanto Alemania ataca, el cuerpo se disuelve antes de enfrentarse al enemigo.

Pero no es ningún absurdo. Es verdad que el 27.º cuerpo mecanizado se trasladó de Asia Central a la frontera con Rumanía para luchar, pero según los planes de los caudillos soviéticos no tenía que luchar en la guerra que empezó Hitler, sino en alguna otra guerra.

Conclusión: si Hitler no hubiera atacado, el 27.º cuerpo mecanizado habría luchado de todos modos, que era para lo que se dirigía a la frontera. Pero Hitler previno la guerra para la que se había creado el 27.º cuerpo mecanizado y otros veintiocho cuerpos iguales, cada uno de los cuales iba a tener más de mil tanques.

3

Petrov y Luchinski no eran los únicos, de Asia Central salieron muchos comandantes célebres. Por ejemplo, Alekséi Semiónovich Zhádov, que en aquel momento era mayor general y que luego, al igual que Kazakov, Petrov y Luchinski, llegaría a general de ejército. Antes de la guerra, a Zhádov se le encargó una misión peculiar:

> Justo en vísperas de la guerra, A. S. Zhádov, que dirigía una división de fusileros de montaña en Asia Central, fue nombrado comandante del 4.º cuerpo de desembarco aéreo y llegó a la guerra cuando las hostilidades ya habían empezado (*RHM*, 1971, n.º 3, pág. 124).

Si alguien le dice a usted que las tropas soviéticas se estaban preparando para «contraatacar» en las fronteras occidentales, recuérdele que el general Zhádov, en vísperas de la guerra, abandonó una división de fusileros de montaña en Asia Central para asumir el mando de un cuerpo aerotransportado en Bielorrusia. ¿Desde cuándo los cuerpos aerotransportados se utilizan para contraatacar o para defenderse?

4

El Distrito Militar de Transbaikalia, a pesar de que sus tropas se encontraban no solo en el territorio soviético, sino también en Mongolia —donde hacía poco se había producido una guerra, en la que habían participado decenas de miles de soldados,

miles de piezas de artillería, cientos de tanques y aviones— se quedó sin jefatura. Entre todos los distritos militares fronterizos del interior, el de Transbaikalia era el único que incluía ejércitos. Eran dos: el 16.º y el 17.º.

El 17.º ejército se quedó en Mongolia, pero en 1940 lo habían «aligerado» tanto que, a falta de generales, el cargo de subcomandante de ejército lo ocupó el coronel Pável Pávlovich Poluboyárov. Pero más tarde, incluso a este lo llamaron a Moscú para enviarlo después al Frente del Noroeste.

Otro ejército del Distrito Militar de Transbaikalia, el 16.º, se fue en secreto al occidente. Aunque entre las comandantas, que se habían quedado en sus casas, se difundían deliberadamente rumores de que el ejército se trasladaba a la frontera con Irán, sus maridos sabían perfectamente que iban a la guerra y sabían contra quién iban a luchar. El cuartel general del Distrito Militar de Transbaikalia también se «aligeró» bastante, porque muchos de los generales se marcharon con las divisiones y cuerpos del 16.º ejército.

Por ejemplo, el mayor general P. N. Chernyshov dirigía la 152.ª división del 16.º ejército. Lo ascendieron, nombrándolo jefe de la Sección de Preparación Militar de todo el Distrito de Transbaikalia. Pero «cuando el ejército se iba a marchar, Piotr Nikoláyevech manifestó su deseo de ir con su 152.ª división a la guerra y lo consiguió» (Lobachov, A. A., *Por los vericuetos*, pág. 147).

Mi pregunta es: ¿cómo era posible que, en mayo de 1941, el mayor general Chernyshov supiera que su 152.ª división de fusileros, al igual que todo el 16.º ejército, se iba a la guerra?

5

De Transbaikalia no solo se largaban coroneles y generales mediocres, sino que los grandes jefes militares también se vieron obligados a abandonar la zona, incluidos los jefes del distrito militar.

¿Pero por qué jefes? ¿Acaso el Distrito Militar de Transbaikalia tenía más de un jefe? Efectivamente, tenía varios. Pero lo cierto es que no lo dirigieron a la vez, sino por turnos. Y los turnos no duraban demasiado.

Desde julio de 1939 las tropas del Distrito Militar de Transbaikalia estuvieron bajo mando del teniente general Rémezov. En julio de 1940, lo nombraron jefe de las tropas del Distrito Militar de Oriol. En mayo de 1941, Rémezov formó en secreto el 20.º ejército y, encubierto por el informe de la TASS, lo trasladó a las fronteras alemanas.

El mando del Distrito de Transbaikalia fue asumido por el teniente general Pável Alekséyevich Kúrochkin (más tarde, general de ejército). Incluso antes de que saliera el informe de la TASS, el general envió el 16.º ejército a las fronteras occidentales de la Unión Soviética, instando a los oficiales y soldados a «cumplir cualesquiera

órdenes de la Patria». El 16.º ejército iba a tardar más que cualquier otro del Segundo Escalón Estratégico en llegar a las fronteras occidentales, por eso había tenido que salir con antelación.

¿Y qué fue del teniente general Kúrochkin? Pues, tras cumplir con la ardua tarea de trasladar en trenes un ejército entero a través de todo el país, Kúrochkin respiró con alivio. Pero el alivio no le duró mucho, ya que el 13 de junio de 1941, tras la emisión del informe de la TASS, el teniente general recibió la orden de abandonar el Distrito Militar de Transbaikalia para ir a Moscú con el fin de recibir nuevas instrucciones.

El periódico *Krásnaya zvezdá* (26 de mayo de 1984) comunica que el 22 de junio de 1941 el teniente general Kúrochkin se encontraba en un tren que estaba a punto de llegar a Irkutsk, mientras el Distrito Militar de Transbaikalia de nuevo se había quedado sin comandante. La *Enciclopedia Soviética Militar* (vol. 3, pág. 357) indica que un nuevo comandante no apareció en el distrito hasta septiembre de 1941.

6

Los generales se trasladaban al occidente no solo desde las fronteras orientales y desde los distritos militares del interior, sino también desde el Frente del Lejano Oriente.

En el Lejano Oriente había un foco de guerra permanente, donde pequeños altercados puntuales muchas veces derivaban en conflictos armados, en los que ambas partes empleaban cientos de tanques y aviones. En aquella época una guerra entre Japón y la Unión Soviética parecía más que probable; algunos observadores extranjeros incluso la veían inevitable. Por eso en el Lejano Oriente, en lugar de un distrito militar, había un frente compuesto por tres ejércitos.

A partir de 1940, en una atmósfera de completa confidencialidad, los generales (con sus divisiones y cuerpos de ejército enteros) empiezan a abandonar el frente para dirigirse a las fronteras occidentales de la URSS. No solo se marchaban generales de poca monta, sino también los altos mandos, sin que ningún sustituto digno ocupase su lugar. Así, sin ser relevado, se fue al occidente el jefe de la Sección de Operaciones del cuartel general del frente, mayor general T. P. Kótov. El mayor general Piotr Grigórievich Grigorenko, que en aquel entonces, ostentando el grado de teniente coronel, trabajaba en el cuartel general del Frente del Lejano Oriente, recuerda: «por una orden urgente partieron al occidente Iván Stepánovich Kónev, Markián Mijáilovich Popov, Vasili Ivánovich Chuikov, entre muchos otros altos jefes militares» (Grigorenko, P. G., *En el subsuelo no viven más que ratas*, pág. 246).

Para poder apreciar mejor esta breve nómina, recordaré que el teniente general Popov (que luego sería general de ejército) dirigió en el Lejano Oriente el 1.er ejército y el teniente general Kónev (más adelante, Mariscal de la Unión Soviética) estuvo al mando del 2.º ejército.

Cualquier afirmación estúpida de que los generales se trasladaban al occidente por una amenaza de ataque por parte de Alemania la desmiento categóricamente: mientras la guerra sorprendió a Popov dirigiendo el Frente del Norte en la frontera finlandesa, Kónev estaba trasladando su ejército de choque hacia la frontera rumana.

En el 1.er ejército del Frente del Lejano Oriente la situación era más interesante todavía. El general Popov, que se había marchado al Frente del Norte, tuvo un digno sustituto: el teniente general A. I. Yeriómenko (más tarde, Mariscal de la Unión Soviética). Pero este no duró mucho en el cargo, ya que el 19 de junio de 1941 recibió la orden de dejar su 1.er ejército y personarse en Moscú urgentemente para emprender un nuevo cometido.

Al final, Hitler desbarató todos los planes de Stalin. Solo después de la invasión alemana Yeriómenko encabezó el Frente Occidental, sustituyendo al depuesto general de ejército Pávlov. Está claro que el 19 de junio de 1941 nadie habría previsto semejante giro de circunstancias. Pávlov estaba muy cómodo en su puesto de comandante del Frente Occidental; y Stalin citó a Yeriómenko en Moscú para encomendarle alguna otra misión, que jamás se llegó a cumplir y cuyo objetivo inicial todavía desconocemos.

Dos veces he tenido la suerte de encontrarme con el Mariscal de la Unión Soviética Yeriómenko y una vez pude hablar con él. Con mucho tiento, para no suscitar sospechas, intenté esclarecer aquella incógnita. No me dio la impresión de que el mariscal anduviera por las ramas, sino que me pareció que de verdad no sabía para qué los había convocado Stalin el 19 de junio de 1941. Hice hincapié en el hecho de que aquel viaje a Moscú no lo había hecho solo, sino que en el mismo tren iban también Kurdiúmov, Kúrochkin, Zhádov, Petrov y Luchinski. Mi observación le llamó bastante la atención. Pero un oficial soviético en aquel entonces no debía indagar demasiado sobre cuestiones semejantes, por eso dejé de insistir.

Yeriómenko se entusiasmó bastante hablando del tema y mencionó a otros dos generales que se habían tenido que ir del Lejano Oriente, dejando la defensa soviética oriental decapitada por completo. Uno de ellos, el mayor general Nikolái Erástovich Berzarin, había sido subcomandante del 1.er ejército. Yeriómenko me contó algo que no había escrito en sus memorias: al marcharse del Lejano Oriente, le tocaba transferir el mando a Berzarin. ¡Claro, para eso están los suplentes! Pero a finales de mayo a Berzarin ya se lo habían llevado a Moscú, donde Stalin le encomendó en secreto dirigir el 27.º ejército, en el Báltico, cerca de las fronteras alemanas.

Aquí me pueden alegar que Stalin convocó a Yeriómenko, a Berzarin y a otros generales del Frente del Lejano Oriente para reforzar la defensa. Para despejar definitivamente las dudas, voy a contar algo del segundo general mencionado por Yeriómenko. Se trata del mayor general Vasili Afanásievich Glazunov (más tarde, teniente general, jefe de las tropas de desembarco aéreo del Ejército Rojo); a principios de 1941, estuvo al mando de la 59.ª división de fusileros del 1.er ejército del Frente del Lejano Oriente. Yeriómenko tenía mucho cariño al 1.er ejército y no

quería dejarlo en manos de aquella «rata de cuartel general» Shelájov. Pero Stalin ya se había llevado al occidente al sustituto de Yeriómenko, al igual que a todos los comandantes de cuerpo y de división. Solo quedaba Glazunov, un general con experiencia y prometedor. Yeriómenko me contó que no tardó en enviar un cifrado al Estado Mayor proponiendo a Galzunov en calidad de comandante del 1.er ejército. Pasar de jefe de división a jefe de ejército era un salto enorme, pero no había remedio porque en todo el Lejano Oriente ya no quedaban más generales.

Moscú reconoció que Glazunov era un jefe militar digno de ascenso. No tardó en llegar una respuesta cifrada que ordenaba a Glazunov que enseguida se presentara —¿dónde creen ustedes?— ¡en la frontera con Rumanía, para asumir el mando del 3.er cuerpo de desembarco aéreo! Mientras tanto, el 1.er ejército del Frente del Lejano Oriente seguía sin tener comandante.

* * *

A inicios de 1941, por una orden de Stalin, en las fronteras occidentales de la Unión Soviética se concentraron **todas las tropas** de desembarco aéreo del país, incluidas las recién llegadas del Lejano Oriente. En el último momento, Stalin se puso a recoger de las fronteras remotas a generales de tropas de infantería y artillería para nombrarlos comandantes de cuerpos aerotransportados. No solo me refiero a los generales Glazunov y Zhádov, sino también a M. A. Usenko, F. M. Jaritónov o I. S. Bezugli.

Aquella reconversión súbita de generales de infantería y caballería en generales de tropas aerotransportadas no tenía nada que ver con la preparación de la defensa, ni siquiera con la de contraataque. Era una clara señal de preparación de una invasión inevitable, rápida y demoledora.

CAPÍTULO 43

¿En qué momento se hizo inevitable la guerra germano-soviética?

> Van a ser operaciones del periodo inicial, durante el cual los ejércitos del enemigo todavía no hayan terminado de concentrarse y no estén preparados para el despliegue. Se trata de operaciones de invasión, cuya finalidad será resolver tareas especiales […] Las grandes unidades de aviación, y tal vez las mecanizadas, avanzarán antes de que el enemigo se prepare para actuar […] Las unidades mecanizadas deberán intervenir independientemente. E incluso si hubiera grandes estructuras defensivas, tendrán que cumplir las tareas de invasión del territorio enemigo.
>
> P. S. KLIÓNOV[94]

1

En la terminología militar soviética la palabra «frente» hacía referencia, sobre todo, a una formación desde varios centenares de miles de soldados hasta un millón o más. Un frente se componía de jefatura y cuartel general, varios ejércitos, agrupaciones de aviación y fuerzas antiaéreas, pequeñas y grandes unidades de refuerzo, un sistema de retaguardia y, por supuesto, unidades del NKVD, cuya tarea consistía en azuzar con fuego de metralletas a las tropas del Ejército Rojo, rematar los focos de resistencia enemiga y limpiar los territorios conquistados de elementos de clase enemiga. Solo en las unidades de retaguardia, subordinadas directamente a la jefatura de cada frente, según la normativa de antes de la guerra, tenía que haber hasta doscientos mil combatientes y comandantes.

En tiempos de paz los frentes no existían. En su lugar había distritos militares. Los frentes solo se creaban al iniciarse un conflicto armado (*ESM*, vol. 8, pág. 332). Por ejemplo, cuando las relaciones con Japón se habían vuelto extremadamente tensas, en el Ejército Rojo se creó y se desplegó el Frente del Lejano Oriente. Al principio incluía dos ejércitos, luego, dos años más tarde, se añadió uno más. El 13 de abril de 1941, se firmó con Japón el Pacto de Neutralidad, sin embargo, el Frente del Lejano Oriente no fue disuelto. En las fronteras soviéticas occidentales, en los años 1930-1940, durante periodos breves se habían creado frentes para realizar aquellas «marchas libertadoras» a Polonia, Rumanía y Finlandia, pero, una vez acabadas las operaciones, los frentes se deshacían y en su lugar volvían a aparecer distritos militares.

Los historiadores reprochan a Stalin su actuación ilógica: con Japón se firmó el pacto y el Frente Oriental se conservó; en cambio, a pesar de firmar el pacto con Alemania, en las fronteras alemanas no había ningún frente.

Pero fijémonos en la actuación de Hitler. ¿Qué hacía este? Hacía trampas.

Mientras en la primera mitad de 1941 desplegó contra Gran Bretaña varios cuarteles generales con nombres altisonantes, pero sin tropas, contra la Unión Soviética desplegó casi todas sus tropas, pero sin jefatura ni cuartel general. Así, a primera vista, contra Gran Bretaña se habían desplegado grandes fuerzas, pero si nos fijamos bien, descubrimos que las mejores tropas y a los mejores generales Hitler los había enviado de forma clandestina a las fronteras soviéticas. De esta manera se preparaba el ataque relámpago a la URSS.

Pero el caso es que Stalin, mientras tanto, estaba haciendo lo mismo: en el Lejano Oriente había un frente, sin embargo, las tropas y los generales lo estaban abandonando. En las fronteras occidentales, en cambio, seguían existiendo distritos militares, pero en la zona se concentraban cada vez más tropas.

Si comparamos el potencial que tenía el Frente del Lejano Oriente a principios de junio del 1941 con el de cualquier distrito militar occidental, aquel sale bastante desfavorecido. Por ejemplo, el frente tenía solo tres ejércitos y todos regulares, mientras el Distrito Militar Especial Occidental tenía cuatro ejércitos: tres de choque y uno de *superchoque*. Además, el territorio del Distrito Militar Especial Occidental estaba a punto de recibir otros dos ejércitos del Segundo Escalón Estratégico. En cambio, el Frente del Lejano Oriente no recibía a nadie; al revés, de ahí seguían marchándose divisiones y cuerpos enteros.

En el Frente del Lejano Oriente había solo un cuerpo mecanizado; en el Distrito Militar Especial Occidental había seis. En el Frente del Lejano Oriente no había tropas de desembarco aéreo; en el Distrito Militar Especial Occidental, un cuerpo entero. Podríamos seguir comparando; pero lo que tenemos que recordar es que el Distrito Militar Occidental no era el más potente, ni mucho menos. Así, el Frente del Lejano Oriente no tenía ni punto de comparación con el Distrito Militar Especial de Kiev, que tenía mucho más potencial.

Un frente en el Lejano Oriente no era más que una tapadera, una forma de demostrar a todo el mundo que allí la guerra era posible. Del mismo modo, los cinco distritos militares occidentales también servían de una especie de tapadera, su objetivo era sugerir que en la zona no iba a haber hostilidades. Pero, en realidad, los cinco distritos militares corrientes hacía tiempo que se habían convertido en algo muy poco corriente. Habían sido regulares y corrientes hasta agosto de 1939. Después de la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov, se concentró en ellos un potencial destructivo que pocos frentes soviéticos tendrían en los enfrentamientos más encarnizados de la Segunda Guerra Mundial.

El Frente del Lejano Oriente estaba organizado de tal forma que todo el mundo lo pudiera ver. En cambio, los **cinco** frentes desplegados en la zona occidental de la URSS tenían que ser invisibles.

En los capítulos anteriores mencioné los frentes del Norte, del Noroeste, del Occidente, del Sudoeste y del Sur. No es ningún error. Oficialmente, se crearon después de la invasión alemana, como una reacción defensiva. Pero incluso las

publicaciones accesibles, que hoy en día cualquiera puede consultar, nos ofrecen un panorama muy distinto. A partir de febrero de 1941, los nombres de los frentes ya figuraban en los documentos que, en aquel entonces, eran totalmente confidenciales. Por ejemplo:

> En febrero de 1941, los consejos militares de los distritos fronterizos recibieron […] directrices, según las cuales se tenían que acondicionar puestos de mando del frente (*RHM*, 1978, n.º 4, pág. 86).

Oficialmente, en las fronteras occidentales de la Unión Soviética había cinco distritos militares. Pero, en realidad, cada uno de los distritos ya estaba preparando un puesto de mando del frente, es decir, no estaba creando una estructura territorial militar, sino una estructura puramente bélica, que se organiza solo para dirigir tropas durante la guerra.

Hoy día, los investigadores han obtenido acceso a la resolución del Politburó (rótulo: «Dossier especial») del 19 de febrero de 1941 «Sobre el despliegue de frentes a partir de los distritos fronterizos». De acuerdo con dicha resolución, se creaban cuatro frentes: el del Norte, el del Noroeste, el Occidental y el Sudoccidental, y se nombraban sus comandantes. El documento hacía hincapié en lo siguiente:

> Teniendo en cuenta la total confidencialidad de la operación, toda la estructura distrital se conservará y pasará a depender del subjefe del frente responsable de la dirección territorial, el cual, tras la partida de las tropas del frente, asumirá el control sobre el distrito militar de retaguardia en cuestión. Vista la gran diferencia de competencias, para evitar confusiones y malentendidos, los cuarteles generales de los frentes se desplegarán independientemente de los de los distritos (Pávlik, V., *La defensa de Kiev. La RF de Kiev, 1941*, Kiev, Sky Horse, 2011, pág. 40).

Según la versión soviética oficial, antes del 22 de junio de 1941, la URSS y Alemania convivían en una paz que al final fue interrumpida por Alemania. Esta hipótesis atrevida no se confirma con hechos. Más bien los hechos confirman lo contrario: al desplegar en febrero de 1941 los puestos de mando de los frentes, la Unión Soviética prácticamente empezó la guerra contra Alemania sin anunciarlo de forma oficial.

2

En tiempos de paz, el jefe de un distrito militar tiene dos funciones principales y su papel es dual. Por un lado, es un jefe militar en el sentido estricto de la palabra, al que se subordinan varias divisiones o varios cuerpos, o incluso varios ejércitos. Por otro lado, en tiempos de paz, tiene que controlar un territorio determinado y desempeña funciones de regente o gobernador castrense. Durante la guerra, un distrito militar fronterizo se convierte en un frente. En este caso se pueden dar tres situaciones.

Primera situación. El frente actúa en el mismo territorio donde ha sido organizado al iniciarse la guerra. Entonces, el comandante jefe del frente continúa desempeñando

ambas funciones arriba mencionadas. El Frente del Lejano Oriente nos puede servir de ejemplo. Desde el momento de su fundación y hasta 1945, no se preveía trasladarlo a ningún lugar. Por lo cual, la estructura directiva estaba unificada. El jefe del frente, general de ejército Apanásenko, estaba al mando de tres ejércitos, cuerpos y divisiones independientes, centros de formación y otras instituciones. Asimismo, hacía de gobernador castrense del Lejano Oriente, cuyas responsabilidades consistían en acondicionar la industria, el transporte y demás servicios para la guerra, registrar, preparar y, en caso necesario, reclutar a los efectivos.

Segunda situación. Al empezar la guerra, el frente, presionado por el adversario, se ve obligado a retroceder hacia el interior del país. En este caso, el jefe del frente sigue desempeñando su función militar, mientras la de gobernador queda anulada automáticamente.

Tercera situación. Al empezar la guerra, el frente avanza hacia el interior del territorio enemigo. Solo en este caso se produce una separación de funciones dentro del cargo. Mientras el jefe del distrito se convierte en comandante jefe del frente y se marcha con sus tropas, en el territorio del distrito se queda otro mando de rango inferior en funciones de gobernador castrense.

En enero de 1941, ocurrió un hecho que los historiadores han pasado por alto. En el Distrito Militar Especial Occidental se implantó otro cargo de subjefe de distrito. Lo ocupó el teniente general Kurdiúmov. El general de ejército Pávlov ya tenía suplente: el teniente general Bóldin. ¿Para qué más? ¿Qué significado podía tener aquello?

El significado era enorme. En tiempos de paz, en Minsk, estaba el jefe del Distrito Militar Especial Occidental, general de ejército Pávlov, su sustituto era el teniente general Boldin y el jefe del cuartel general era el mayor general Klimóvskij. Tras la movilización, la función de Pávlov sería la de jefe del Frente Occidental, Boldin haría de jefe del cuartel general del Frente Occidental y Boldin encabezaría el elemento de maniobra del Frente Occidental, es decir, varios cuerpos mecanizados de hasta tres mil tanques en total.

A lo que voy es lo siguiente: si el Frente Occidental tuviera que combatir en el mismo sitio donde se ubicaba antes de la guerra, es decir, en Bielorrusia, no deberían llevarse a cabo cambios estructurales de ningún tipo. Pero el Frente Occidental estaba preparándose para entrar en el territorio del enemigo. Lo tenían que dirigir los generales Pávlov, Boldin y Klimóvskij. Al marcharse estos, con todos los ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones y brigadas, ¿quién se quedaría en Minsk?

Para este caso se nombraba a otro suplente: el teniente general Kurdiúmov. Ya en tiempos de paz se había realizado una reorganización de la estructura de mandos. El general de ejército Pávlov centró su atención en cuestiones puramente militares, mientras su nuevo sustituto, en las territoriales. Cuando el frente, con Pávlov a la cabeza, se marchase al territorio del enemigo, el general Kurdiúmov se quedaría en Minsk encargándose de organizar el gobierno local, de vigilar las líneas de

comunicación, de supervisar la industria y el transporte, de llevar a cabo movilizaciones adicionales y de preparar reservas para el frente en marcha.

Antes de ser destinado a Minsk, el general Kurdiúmov había dirigido el Departamento de Preparación Militar del Ejército Rojo. Desde el punto de vista de una «guerra liberadora», era una decisión espléndida, puesto que un general con semejante experiencia, «instalado» en las vías por las que iban a pasar al occidente más y más reservas, era la opción idónea para preparar tropas nuevas que se incorporarían a las batallas.

3

En el territorio del Distrito Militar Especial de Kiev se estructuró en secreto el Frente del Sudoeste, que se componía de cuatro ejércitos, diez cuerpos de ejército independientes y diez divisiones de aviación. Además, iba a recibir nuevos ejércitos y cuerpos del Segundo Escalón Estratégico. El Frente del Sudoeste estaba preparando una ofensiva cuyo objetivo era «En colaboración con el 4.º ejército del Frente Occidental, derrotar definitivamente la agrupación enemiga de Lublin-Sandomierz y salir hacia el Vístula. Posteriormente, lanzar el ataque en el sector de Kielce-Petrokov[95] y en el de Cracovia; tras tomar el sector de Kielce-Petrokov, salir al río Pilica y al alto Óder» (*Año 1941*, libro primero, pág. 243). El cargo del jefe del Frente Sudoeste lo ocupó el exjefe del Distrito Militar Especial de Kiev, coronel general Mijaíl Petróvich Kirponós.

La preparación de las tropas del distrito para la ofensiva incluía la previa separación de funciones dentro del cargo de jefe de distrito. Oficialmente, este seguía encabezando el Distrito Militar de Kiev, pero las funciones que asumía eran puramente militares. Al mismo tiempo, su sustituto se encargaba de las cuestiones de carácter territorial. Para eso se implantó el nuevo cargo de subjefe de distrito, que fue ocupado por el teniente general Vsévolod Fiódorovich Yákovlev. La idea era la misma: al empezar la guerra, el Frente del Sudoeste atacaría el sector de Cracovia y seguiría avanzando, mientras tanto en Kiev se quedaría el teniente general Yákovlev.

Ya nos hemos encontrado antes con Yákovlev en estas páginas. Había sido jefe de las tropas del Distrito Militar de Kalinin y más tarde, durante la «marcha libertadora» a Finlandia, estuvo al frente del superpotente 7.º ejército. Aunque cumplió escrupulosamente con sus funciones de gobernador, como jefe militar no destacó. Así que, toma, camarada general: quédate en Kiev como gobernador castrense, manteniendo el orden, preparando reservas, recibiendo y alojando presos.

Por cierto, el general Yákovlev tenía bastante experiencia en el trato con los presos. Siendo jefe de las tropas del Distrito Militar de Kalinin, ya había tenido la ocasión de acoger en su territorio a soldados y oficiales polacos capturados durante la «marcha libertadora» del Ejército Rojo a Polonia en 1939. A esos oficiales polacos más tarde los encontrarían en las fosas comunes de la región de Kalinin, donde las

tropas no habían llegado durante la guerra.

Está claro que de escoltar, alojar y asesinar a los presos se encargaban los camaradas del NKVD, pero el gobernador castrense estaba obligado a colaborar con sus colegas en cuestiones de transporte, prevención de fugas y de disturbios en los campos de concentración.

4

A partir de febrero de 1941, empezamos a ver una clara dualidad de la estructura directiva.

En la región de Ternopil, a 140 kilómetros de la frontera, se creó el puesto de mando del Frente del Sudoeste. Se trataba de un puesto de mando ligero, porque, lógicamente, nadie pensaba dejar aquella estructura militar durante mucho tiempo en tierras ucranianas, así que no tenía sentido alzar robustas casamatas de hormigón. En Kiev se quedaba el cuartel general del distrito militar, que representaba el núcleo de la estructura de dirección territorial.

En el Distrito Militar Especial del Báltico también se produjo una separación dentro de la estructura de mando. En Panevėžys se organizó el puesto de mando de la estructura militar del Frente del Noroeste. Mientras tanto, el teniente general E. P. Safrónov se quedó en Riga, donde su misión era controlar los territorios del distrito tras la partida de la masa principal de tropas al occidente.

En el Distrito Militar de Leningrado se desplegó en secreto el Frente del Norte. El teniente general Markián Mijáilovich Popov se convirtió en jefe del frente, aunque oficialmente siguió siendo jefe del distrito militar. Sus suplentes, el teniente general Konstantín Pávlovich Piádyshev, y el jefe del cuartel general, mayor general M. N. Nikíshev, ocuparon sus respectivos cargos en la jefatura del Frente del Norte. De acuerdo con los planes del mando soviético, tenían que volver a intentar liberar a Finlandia. Ante semejante panorama, a Leningrado llegó el teniente general Trífon Ivánovich Sheváldin. Hasta el inicio de las hostilidades, se consideraba subjefe de las tropas del Distrito Militar de Leningrado, pero en realidad, era un nuevo gobernador castrense, que tenía que asumir el mando del distrito cuando el Frente del Norte se marchase a otro lado de las fronteras.

El Distrito Militar de Odesa no siguió exactamente el mismo esquema. Allí también se separaron las estructuras de mando, pero de las tropas del distrito no se formó un frente, sino una sola división: la 9.ª. Eso sí, era la más potente del mundo. El jefe de las tropas del distrito, coronel general Yákov Timoféyevich Cherevichenko, encabezó en secreto aquel ejército. El jefe del cuartel general del Distrito Militar de Odesa, mayor general Matvéi Vasílievich Zajárov, se convirtió en jefe del cuartel general del 9.º ejército. La mayor parte de los generales y oficiales de la jefatura y cuartel general asumieron sus respectivos cargos en la jefatura y cuartel general del 9.º ejército.

El 9.º ejército iba a abandonar el territorio soviético, por eso, en enero de 1941, a Odesa llegó el teniente general Nikandr Yevlámpievich Chíbisov. Tras la partida del 9.º ejército Chíbisov tenía que permanecer en los territorios vacíos (desde el punto de vista militar) ejerciendo el control territorial.

5

Entre el 14 y el 19 de junio, el comisario del pueblo para la Defensa ordenó a los consejos militares de los distritos del Báltico, de Kiev y Occidental la separación de las jefaturas de los frentes del Noroeste, del Sudoeste y Occidental y su traslado para los días 22 y 23 de junio a los principales puestos de mando de Panevėžys, de Obuz-Lesna y de Ternopil, respectivamente. La separación de las jefaturas empezó inmediatamente (Anfílov, V. A., *El inolvidable 1941*, Moscú, Soviétskaya Rossiya, 1982, pág. 106).

Aquí de nuevo observamos el mismo procedimiento: las jefaturas de los frentes se desplazan hacia sus nuevos puestos de mando, además, lo hacen con urgencia. Lo cual quiere decir que toda la preparación previa ya se había efectuado.

Los periódicos soviéticos publicaron el informe de la TASS que aseguraba que en la URSS no estaba sucediendo nada especial; mientras tanto, en los distritos militares occidentales se acababa de producir la definitiva reorganización de las estructuras de mando militar. Desde entonces, en Bielorrusia existieron dos sistemas de organización militar independientes: el Frente Occidental (creado en la clandestinidad y dirigido por el general de ejército Pávlov) y el Distrito Militar Occidental (con cuartel general en Minsk, dirigido por el teniente general Kurdiúmov). A pesar de que Pávlov seguía ejerciendo de jefe del distrito, oficialmente ya era jefe del Frente Occidental, cuyo cuartel general se estaba trasladando a un puesto de mando secreto para operar independientemente del Distrito Militar Occidental.

Tener dos sistemas directivos en un territorio es lo mismo que tener dos capitanes en un mismo barco, dos caudillos en el mismo partido comunista o dos cabecillas en la misma banda. El sistema directivo dual no podía existir durante mucho tiempo y se había organizado solo porque el Frente Occidental no iba a tardar en abandonar el territorio.

Al mismo tiempo, en Ucrania también surgieron dos sistemas independientes de mando militar: el Frente del Sudoeste y el Distrito Militar de Kiev. El Mariscal de la Unión Soviética Bagramián testifica que hubo un telegrama cifrado de Zhúkov que instaba a «conservarlo en secreto absoluto, de lo cual tenía que ser avisado el personal del cuartel general del distrito» (Bagramián, I. J., *Así empezó la guerra*, pág. 83). ¿Acaso iban a perdurar en un mismo territorio dos sistemas directivos paralelos?

Lo mismo ocurrió en el Distrito Militar de Leningrado, en el Especial del Báltico y en el de Odesa.

6

El teniente general de las tropas de comunicación Kúrochkin (durante aquella época, mayor general y jefe de comunicaciones del Frente del Noroeste) describe así los acontecimientos de aquellos días en las orillas del Báltico:

> Al distrito de Panevėžys empezaron a llegar jefaturas y cuarteles generales. La dirección del distrito prácticamente se convirtió en la de un frente, aunque hasta inicios de la guerra oficialmente se siguió considerando distrital. En Riga se había quedado un grupo de generales y oficiales que iban a tener que encabezar el distrito (*En el Frente del Noroeste*, pág. 196).

La creación de dos estructuras de mando diferentes lógicamente iba acompañada de la creación de dos sistemas de comunicación independientes. En el Báltico, del control de la comunicación se encargó el mayor Kúrochkin en persona, mientras su sustituto, el coronel Akímov, dirigió el sistema de comunicación de la región militar, independiente de la del frente.

El general Kúrochkin se puso a organizar el sistema de comunicación para el clandestino Frente del Noroeste con mucha energía. Lo hacía, según él, «a modo de comprobación» y, para no crear sospechas en el rival, muchas veces las conversaciones no se realizaban a través de los nuevos canales militares, sino que se utilizaban las líneas de comunicación civiles.

Aunque es cierto que la palabra «civiles» deberíamos entrecomillarla. En aquel entonces, en la Unión Soviética no existían líneas de comunicación para uso civil. En 1939, todo el sistema de comunicación se había militarizado y puesto al servicio del ejército. El Comisariado del Pueblo para la Comunicación dependía del Comisariado del Pueblo para la Defensa. En todos los países normales el sistema de comunicación militar formaba parte del sistema de comunicación general, en cambio, en la Unión Soviética era al revés: la red de comunicación estatal se integraba en la militar.

La dirección del Frente del Noroeste no se instaló en el puesto de mando castrense para realizar entrenamientos, sino para hacer guerra: «se estaba creando una organización superior para dirigir las operaciones bélicas» (Kúrochkin, P. M., *Las contraseñas del frente*, Moscú, Ediciones Militares, 1969, pág. 117). La red de comunicación del frente estaba desarrollada y puesta a punto de antemano.

> Todos los planes, frecuencias, distintivos de llamada y contraseñas se guardaban en el cuartel general del distrito y en caso de guerra había que comunicárselos a las tropas. Teniendo en cuenta que el distrito contaba con varios miles[96] de estaciones de radio, harían falta semanas para reorganizar todo el trabajo y prepararlo para la situación de guerra. Hacerlo con antelación estaba prohibido (*ibidem*, pág. 115).

Conviene apuntar que la reestructuración del sistema de comunicación del Ejército Rojo y su paso al estado de guerra no se planeaba pensando en un ataque sorpresa del enemigo, sino sabiendo que el alto mando iba a emitir con antelación una orden correspondiente. En otras palabras, aquel plan de reestructuración de la red de comunicación no se había creado para una guerra defensiva, sino para una guerra cuyo inicio estaba programado por los mandos soviéticos.

Finalmente, llegó esa última etapa de preparación del Ejército Rojo para el ataque. El 19 de junio de 1941, el jefe del cuartel general del Frente del Noroeste, el teniente general Piotr Semiónovich Kliónov, dio la siguiente orden al mayor general de las tropas de comunicación Kúrochkin:

> —Ha de actuar de acuerdo con el gran plan. ¿Entiende de qué se trata?
>
> —Sí, lo entiendo todo —respondí.
>
> (*En el Frente del Noroeste*, pág. 195).

Es una pena que ninguno de los jefes militares explicase en sus memorias en qué consistía aquel «gran plan». Pero lo que nos queda claro es que los mandos soviéticos ya tenían planes y los estaban llevando adelante. Según el «gran plan», tenía que ocurrir algo. Hitler se adelantó a los generales soviéticos y los obligó a actuar de una forma improvisada.

7

Así fue como el general Kúrochkin realizaría el «gran plan»:

> La Sección de Comunicación del distrito envió a los cuarteles generales de ejércitos y grandes unidades la documentación relativa a la organización del sistema de comunicación. Antes de llegar a los equipos de telegrafistas, los documentos tenían que pasar por las autoridades de mando de todos los cuerpos, divisiones, regimientos y batallones. Lo cual tardaría, como ya he dicho antes, alrededor de una semana (*ibidem*).

Saquemos conclusiones, pues. La información secreta, que solo se podía transmitir a los destinatarios en caso de guerra, a partir del 19 de junio de 1941 ya se estaba difundiendo entre miles de personas.

Era un proceso irreversible. Los secretos ya no podían devolverse a sus remitentes. En cuanto las directrices confidenciales salieron de las cajas fuertes, la guerra se volvió totalmente inevitable. La preparación de una guerra de invasión se parece bastante a la preparación de un golpe de estado: un pequeño grupo de personas esboza el plan, sin confiar a los realizadores directos ni una pizca de información. En cuanto los conspiradores dejan que una parte del plan se filtre entre los realizadores, el pronunciamiento se vuelve inevitable. De no actuar con rapidez, los golpistas se arriesgan a que se pierda el factor de espontaneidad y los enemigos adopten medidas preventivas oportunas.

¿Pero quizá el teniente general Kliónov había previsto la agresión alemana y por eso dio la orden de difundir elementos del «gran plan» entre miles de realizadores? No, qué va. El general Kliónov no creía en la posibilidad del ataque alemán.

En toda la extensión del Frente del Noroeste los alemanes tenían un enorme obstáculo acuático: el Niemen. Pero las tropas soviéticas no aprovecharon dicha

ventaja, porque ni siquiera al acercarse a las orillas del río los tanques alemanes se dinamitaron los puentes.

Al este del Niemen hay otro obstáculo acuático más grande todavía: el Daugava. Si los altos jefes militares soviéticos se preparaban para la defensa de una posible agresión alemana, ¿por qué no instalaron sus baluartes en la orilla oriental del Daugava ni volaron los puentes? Sería porque el Frente del Noroeste no se había desplegado para la defensa, sino con algún otro propósito.

Seis meses antes, en diciembre de 1940, en una reunión de los altos mandos del Ejército Rojo, el teniente general Kliónov había comunicado a Stalin y demás camaradas su visión de la guerra: era necesario realizar una operación de invasión antes de que el adversario terminara de concentrar y desplegar sus fuerzas. Las ideas que expresó Kliónov en aquella reunión superaron por su agresividad incluso las del mismísimo Zhúkov (*Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940*, págs. 153-154).

El teniente general Kliónov no creía en la posibilidad de una invasión alemana, lo mismo que su jefe directo, el miembro del Politburó Zhdánov, y todos los demás caudillos militares y políticos de la URSS, incluido el camarada Stalin.

* * *

Cualquier proceso histórico trascendental tiene su momento crítico, después del cual el curso de las cosas se vuelve irreversible. Para la Unión Soviética ese momento llegó el 13 de junio de 1941. Después de aquella fecha, la guerra tenía que empezar de cualquier modo y no más tarde del verano de 1941, independientemente de la actuación de Alemania.

El 13 de junio y durante varios días después, en la Unión Soviética se activaron todos los mecanismos bélicos principales. El proceso del despliegue de los frentes había avanzado tanto que miles de personas ya tenían acceso a secretos de una importancia crucial. A mediados de junio de 1941, la Unión Soviética había llegado a aquel momento crítico tras el cual la guerra ya era inevitable. Si Hitler hubiera aplazado la Operación Barbarroja un par de semanas, el Ejército Rojo habría llegado a Berlín en 1941 y no en 1945.

CAPÍTULO 44

¿Qué hace un zapador observando al enemigo en la orilla de enfrente?

> Cada día vemos a los alemanes. A una distancia de cien metros nos vemos bien unos a otros.
>
> A. A. VLÁSOV[97]

1

Antes de avanzar, cualquier jefe militar inspecciona el terreno que tiene delante. Está claro que las unidades de reconocimiento averiguan mucha información y se la comunican de antemano a su superior, sin embargo, antes de dar un paso, este vuelve a explorar el terreno desde el punto de vista de un experto.

Si avanza un batallón, el que examina con prismáticos su trayectoria de movimiento es el jefe del batallón. Cuando avanza un cuerpo de ejército, el que inspecciona el terreno va a ser el jefe de ese cuerpo. No se trata de una tradición o de un simple ritual. Antes de que una unidad militar dé un mínimo paso, su jefe está obligado a hacer una exploración visual del espacio que queda por atravesar: allí hay una zanja donde se puede atascar un tanque, allí hay un puente cuyos pilones pueden estar serrados o minados, desde aquel boscaje nos pueden contraatacar…

Si el jefe de la unidad no ha examinado el terreno con los cinco sentidos, si no se ha podido poner en el lugar de un soldado de infantería e imaginar todas las dificultades que pueden surgir al atravesar la zona, lo pagará con una derrota. Por eso, cualquier jefe militar, independientemente de su rango, antes de una batalla se viste de uniforme de campaña, se tira al suelo y avanza a rastras a lo largo de la línea fronteriza durante horas, fijándose en cada detalle e intentando prever cualquier obstáculo que pueda surgir durante el avance al día siguiente.

A nadie le gusta demasiado que en sus fronteras trajinen unidades de reconocimiento enemigas. Pero resulta menos agradable todavía cuando al otro lado de las vallas aparece un jefe de división de tanques soviético con unos prismáticos en la mano. ¿Qué pensaría usted si en su frontera, durante varias semanas, anduviera el jefe de las tropas de un distrito militar soviético acompañado por un miembro del Politburó del Comité Central del PC(b)? ¿Cómo se sentiría?

Así empezaron todas las «liberaciones» que llevó a cabo la URSS. A partir de marzo de 1939, el jefe de las tropas del Distrito Militar de Leningrado, comandante de ejército de 2.º rango Meretskov, acompañado por el miembro del Politburó del Comité Central del PC(b) camarada Zhdánov, recorrió de punta a punta la frontera

finlandesa. Estuvieron dando vueltas por la zona en verano y en otoño. A finales de noviembre terminaron sus pesquisas y volvieron a Leningrado, y enseguida los «militarzuelos finlandeses» empezaron la «subversión armada» contra la Unión Soviética.

2

A partir de principios de 1941, los oficiales y generales alemanes empezaron a hacer en la frontera germano-soviética lo mismo que hacía poco había hecho Meretskov y Zhdánov en la frontera fino-soviética. Encima de mi escritorio cuelga la famosa instantánea: el general Heinz Guderian, rodeado de oficiales de su cuartel general, realizando el último reconocimiento visual cerca de Brest en la madrugada del 22 de junio de 1941.

Durante aquellos días, no solo Guderian, sino muchos otros generales alemanes estuvieron inspeccionando, a través de sus prismáticos, el territorio soviético. Cuanto más se acercaba la Operación Barbarroja, más altos eran los rangos de los jefes militares alemanes que pululaban por las fronteras soviéticas. Los generales y mariscales soviéticos cada vez detectaban más grupos de reconocimiento (Nóvikov, A. A., *En el cielo de Leningrado*, pág. 41). Los grupos de reconocimiento se escondían, se camuflaban de diferentes maneras, se vestían de uniforme de infantería; pero el ojo de un experto siempre supo distinguirlos de una patrulla fronteriza normal y corriente. Aquello era una clara señal de un ataque próximo e inminente.

El Mariscal de la Unión Soviética M. V. Zajárov (durante la época descrita, mayor general y jefe del cuartel general del 9.º ejército) informa que a partir de abril de 1941 las «circunstancias cambiaron»; se descubrió que «en el río Prut aparecieron grupos de oficiales con uniforme de campo de los ejércitos rumano y alemán. Según parecía, estaban realizando reconocimiento de la zona» (*Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 43).

Aunque la aparición de grupos de reconocimiento al otro lado de las fronteras no significa inicio de la guerra, sí significa el final de la paz.

¿Y qué estaban haciendo los mandos soviéticos? ¿Por qué no tomaron medidas urgentes de carácter defensivo si la presencia de grupos de batidores dejaba muy claro que la agresión alemana era inevitable?

Los generales soviéticos no reaccionaron a semejante comportamiento del enemigo por la sencilla razón de que ellos mismos estaban muy ocupados llevando a cabo operaciones de reconocimiento. El mayor general P. V. Sevastiánov (en aquel entonces, jefe del departamento político de la 5.ª división Vítebsk, encuadrada en el 16.º cuerpo de fusileros del 11.º ejército del Frente del Noroeste y condecorada con la orden de la Bandera Roja) relata:

> Al observar a los guardafronteras alemanes, nos encontrábamos con ellos a una distancia de veinte

a treinta pasos, nuestras miradas se cruzaban. Fingíamos ignorarlos, hacíamos como si no nos interesaran en absoluto (Sevastiánov, P. V., *Niemen-Volga-Danubio*, Moscú, Ediciones Militares, 1961, pág. 7).

Me pregunto: ¿qué hacía en la frontera el camarada Sevastiánov? Si tanto le preocupaba la posibilidad de invasión alemana, tenía que haber dado la alarma e insistido en que los zapadores instalaran tres filas adicionales de alambradas a lo largo de la frontera. Y para que nadie osara atravesar las alambradas, tenía que haber esparcido entre ellas minas-trampa, y cuantas más mejor. Después de las barreras de alambre, había que extender un buen campo de minas de un par de kilómetros de profundidad, luego excavar fosas antitanque y cubrirlas con lanzallamas, justo después levantar otras veinte o treinta filas de alambradas sobre estacas de hierro o, incluso, sobre rieles metidos en hormigón, ¡eso es, en hormigón! Y luego, un campo de minas falso, y después, uno de verdad, y otra fosa antitanque, y al final instalar unos *abatis*…

Si el Ejército Rojo se estaba preparando para defenderse, no tenía ninguna necesidad de fisgar a los guardafronteras alemanes. Lo que debían hacer era estudiar su propio territorio. En las fronteras habría bastado con unos pequeños grupos móviles, que, en caso de ataque, se pudieran escabullir fácilmente entre las barreras defensivas, minando todos los pasadizos secretos. Así fue como se había preparado para la defensa Finlandia, y los generales finlandeses no tenían ninguna necesidad de espiar el territorio ajeno.

Pero el Ejército Rojo no construyó barreras defensivas a lo largo de la frontera; los generales soviéticos, al igual que sus colegas alemanes, se pasaban semanas e incluso meses entre mojones husmeando en el territorio enemigo.

El coronel D. I. Kochetkov recuerda que el comandante de la 22.ª división de tanques del 14.º cuerpo mecanizado del 4.º ejército del Frente Occidental, mayor general de tropas de tanques V. P. Pugánov, había elegido el lugar para el cuartel general de la división de tal forma que él y «el comisario de regimiento A. A. Pugánov, sentados en el despacho, pudieran observar con prismáticos a los soldados alemanes en la orilla opuesta del Bug Occidental» (Kochetkov, D. I., *A escotillas cerradas*, Ediciones Militares, 1962, pág. 8).

Indignémonos: ¡Vaya chiquilladas! Si empieza la guerra, a un jefe de división encaramado de esa forma se le puede disparar de una metralleta, ametralladora, lanzagranadas o, peor todavía, pegarle un cañonazo directo. Para cualquier tipo de arma era un blanco perfecto.

Aunque es mejor que no nos indignemos. Es cierto que desde el punto de vista defensivo, semejante ubicación del cuartel general de una división de tanques no era la mejor opción. ¡Pero lo que pasa es que una división de tanques no se había concentrado en Brest, «en cercanía inmediata de las fronteras», para la defensa! (*Tropas de tanques soviéticas. 1941-1945*, Moscú, Ediciones Militares, 1973, pág. 27). Así que, si analizamos la situación desde la perspectiva del atacante, todo estaba

bien hecho. En el otro lado, el grupo de tanques de Guderian también estaba arrimado al río. Y también estaba estudiando con prismáticos la orilla soviética por la ventana.

De vez en cuando, Guderian se camuflaba y se acercaba con sus binoculares junto al agua. Unos días antes de empezar la Operación Barbarroja se había dejado de enmascarar y se plantaba en la orilla de uniforme de general y rodeado de sus oficiales para observar las posiciones enemigas, igual que hacían sus colegas soviéticos.

No pensemos que los generales eran idiotas, puesto que tampoco lo eran los alemanes. Todo aquello no era más que la preparación de un ataque. Así se había hecho siempre, en todos los ejércitos, incluidos el soviético y el alemán. La única diferencia consistía en que la URSS estaba preparando una ofensiva mucho más grandiosa que la Operación Barbarroja, por eso los jefes militares soviéticos habían empezado sus labores de reconocimiento antes y planeaban acabarlos en julio de 1941. Así, el coronel Bagramián (después, Mariscal de la Unión Soviética), mientras estudió los puertos de montaña en los Cárpatos, al mismo tiempo «realizó reconocimiento de una amplia franja fronteriza» (*RHM*, 1976, n.º 1); y estamos hablando de septiembre de 1940.

3

Por orden del jefe del Estado Mayor del Ejército Meretskov, en julio de 1940, se realizaron labores de reconocimiento en toda la frontera occidental de la Unión Soviética, en las que participaron jefes militares de todos los rangos, incluidos los generales y mariscales que ocupaban los puestos de mando más altos. Meretskov, que hacía poco —en verano de 1940— había examinado la frontera finlandesa, lo volvió a hacer en las fronteras alemana y rumana. Nos lo cuenta en sus memorias: «Yo personalmente llevé a cabo observaciones prolongadas desde los puestos fronterizos más avanzados […] Después recorrí todas las unidades concentradas a lo largo de la frontera» (*Al servicio del pueblo*, págs. 202-203).

Junto con el jefe del Frente del Sudoeste, coronel general Zajárov, Meretskov repitió el reconocimiento en toda la línea fronteriza del Distrito Militar Especial de Kiev:

> De Kiev me fui a Odesa, donde me encontré con el jefe del cuartel general, mayor general M. V. Zajárov […] Con él me dirigí a la frontera rumana. Mirando hacia el otro lado, vimos un grupo de militares que nos observaba a nosotros (*ibidem*).

Fíjense en que el general Meretskov llevó a cabo el reconocimiento junto con Zajárov, aquel que afirmaba que las labores de reconocimiento realizadas por los oficiales y generales alemanes en abril de 1941 «habían cambiado las circunstancias».

Ahora tengo una pregunta: ¿no habrán pensado nunca los camaradas mariscales y

generales que los reconocimientos alemanes empezaron a efectuarse como respuesta a las masivas labores de la misma índole que habían estado realizando sus colegas soviéticos desde julio de 1940?

Pero volvamos con Meretskov. Del Distrito Militar de Odesa este se va corriendo a Bielorrusia, donde, junto con el general Pávlov, inspecciona la frontera germano-soviética y el territorio alemán. Tras una breve visita a Moscú, Meretskov se planta en el Frente del Norte. Al mismo tiempo comunica que el jefe del Frente del Noroeste no estaba en su cuartel general, ya que pasaba mucho tiempo en la frontera. Al jefe del Frente del Norte tampoco lo pudo ver, por las mismas razones.

4

Hay que añadir que en 1945, cuando Stalin y sus generales emprendieron un portentoso ataque contra las tropas japonesas y se apoderaron de Manchuria, de Corea del Norte y de varias provincias de China, la preparación de la operación se había llevado a cabo según el mismo esquema que la invasión de Alemania en 1941. En la frontera de Manchuria apareció el propio Meretskov, que ya ostentaba el grado de Mariscal de la Unión Soviética, pero mientras se encontraba en la frontera se presentaba como coronel general Maksímov. Uno de los elementos principales de la preparación de la operación era el reconocimiento. Meretskov recorrió «personalmente, en todoterreno o incluso a caballo, cada tramo de la frontera» (*Krásnaya zvezdá*, 7 de junio de 1987).

Así fue también como los generales soviéticos habían preparado la guerra europea en 1941.

El teniente general de las tropas de ingeniería V. F. Zótov (entonces, mayor general y jefe de ingeniería del Frente del Noroeste) confirma que el jefe del Frente del Noroeste, coronel general F. I. Kuznetsov, durante casi todo el mes de junio de 1941, hasta el día 22, se encontró junto al cuartel general de la 125.ª división de fusileros. El Consejo Militar también estaba allí; y conviene señalar que el cuartel general de la 125.ª división se ubicaba tan cerca de la frontera que «el primer proyectil cayó justo allí» (*En el Frente del Noroeste*, págs. 173-174).

Claro que se puede decir: ¡ay, qué tontos que son los rusos porque instalan sus cuarteles generales tan cerca de las fronteras! Yo antes también pensaba así. Pero luego recopilé información sobre la ubicación de cuarteles generales de las divisiones soviéticas en las fronteras con Turquía y Manchuria y descubrí que allí no ocurría lo mismo. Los cuarteles generales se situaban a diez kilómetros de las fronteras como mínimo. Pero durante la preparación de las «campañas libertadoras» los cuarteles generales se pegaban a las fronteras, y no solo los de las divisiones, sino también los de los cuerpos, ejércitos y frentes. Así actuaban todos los generales y mariscales soviéticos antes de atacar.

A propósito, Guderian hacía lo mismo. Y Manstein también. Y Rommel. Y Kleist.

5

Los jefes de las divisiones y cuerpos soviéticos situados en el interior del territorio soviético también hacían visitas subrepticias a la frontera, y con bastante asiduidad. El Mariscal de la Unión Soviética Rokossovski era en aquella época mayor general, comandante del 9.º cuerpo de ejército mecanizado del Frente del Sudoeste. Él recuerda que a menudo visitaba al comandante del 15.º cuerpo de fusileros del 5.º ejército del Frente del Sudoeste, coronel I. I. Fediúninski, cuya unidad estaba emplazada justo en la frontera. En sus memorias Fediúninski evoca que los colegas le hacían visitas; por ejemplo, Rokossovski.

En las memorias de los mariscales y generales soviéticos se pueden encontrar miles de testimonios por el estilo.

El Mariscal de la Unión Soviética Mosckalenko (en aquel entonces, mayor general de artillería y comandante de la 1.ª brigada antitanque de la Reserva General Estatal) establece una relación directa entre el informe de la TASS del 13 de junio de 1941 y las frecuentes operaciones de reconocimiento realizadas por los jefes militares soviéticos. El comandante del 5.º ejército, mayor general de las tropas de tanques M. I. Potápov, tras discutir sobre el informe de la TASS con el general Moskalenko, encarga a este una tarea:

> Escoge a hombres de fiar y bien preparados y mándalos a la frontera para que lleven a cabo el reconocimiento del territorio y estudien el comportamiento de los alemanes. A ti también te vendría bien participar (Moskalenko, K. S., *En dirección Sudoeste*, pág. 21).

Dense cuenta de que, durante una operación defensiva, una brigada antitanques no tiene nada que hacer en la línea de contacto. Un comandante de ejército introduce en la batalla las brigadas antitanque solo en casos extremos, cuando el enemigo ya ha roto la defensa de los batallones, regimientos, brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, cuando el cuartel general del ejército se encuentra en crisis y cuando la dirección del ataque del enemigo está claramente definida. Una situación así solo se habría podido dar en el interior del territorio soviético.

Pero la brigada antitanque del general Moskalenko no estaba encuadrada en ningún ejército, ni siquiera en ningún frente, sino que era una brigada de la Reserva General Estatal. Solo se podría emplear si la defensa de los ejércitos e incluso frentes estuviera destruida y la crisis alcanzara unas dimensiones estratégicas. ¡Para superar una crisis estratégica, la brigada antitanque no tenía que estar en la frontera, sino a decenas o incluso cientos de kilómetros hacia el interior, donde era más probable que tal crisis ocurriera! Pero cuando se prepara una operación defensiva, un comandante de brigada de la Reserva General Estatal no pinta nada en la frontera.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que las circunstancias eran otras. La agrupación de tropas soviéticas más potente de la historia de la humanidad, que se estaba preparando para lanzar una ofensiva desde el saliente de Leópolis hacia el interior del territorio enemigo, tenía el flanco izquierdo protegido por los Cárpatos (y

por los ejércitos de montaña que iban a llegar a la zona), pero el flanco derecho, extendido a lo largo de la frontera, lo necesitaba cubrir con una formación antitanque lo más fuerte posible. Era allí donde se encontraba la brigada de Moskalenko y adonde este se dirigió para hacer reconocimiento del territorio enemigo.

* * *

Hay quien intenta explicar las operaciones de reconocimiento soviéticas diciendo que la URSS se preparaba para la defensa y que los generales del Ejército Rojo pretendían estudiar el comportamiento del adversario súbitamente aparecido junto a sus fronteras. Pero quiero recordar que en los grupos de reconocimiento soviéticos había muchos zapadores, incluidos los especialistas de primera magnitud. En aquella época, en todo el Ejército Rojo solo había dos tenientes generales de tropas de ingeniería. A uno de ellos, el teniente general Kárbyshev, la guerra lo sorprendió entre los mojones, en aquel tramo donde los guardafronteras soviéticos estaban quitando las alambradas. Allí fue donde Kárbyshev cayó prisionero.

Cuando un ejército se prepara para la defensa, un zapador no tiene por qué fisgar en el territorio del rival, porque le suele sobrar trabajo en su propio territorio. Y cuanto más adentro, más faena hay para el zapador. Pero no se sabe por qué los zapadores soviéticos se dedicaban a observar durante horas los territorios de Alemania y Rumanía.

Si el objetivo del Ejército Rojo hubiera sido la defensa, los reconocimientos se tendrían que haber llevado a cabo en el interior del país, a cientos de kilómetros de las fronteras. Sería imprescindible elegir zonas adecuadas, inspeccionarlas y empezar a prepararlas para batallas defensivas.

Luego, los cuadros de mando deberían haber retrocedido hasta la antigua línea fronteriza de la URSS y volver a realizar reconocimiento en esas zonas abandonadas. Después, se tenían que haber marchado a la línea del Dniéper, etcétera.

Mientras tanto, el reconocimiento de las zonas fronterizas no era más que la preparación de un ataque sorpresa.

CAPÍTULO 45

El punto de no retorno

Estrangularemos a la bestia en su propia madriguera.

LAVRENTI PÁVLOVICH BERIA[98]

1

El 21 de junio de 1941, el Politburó del Comité Central del PC(b) tomó varias resoluciones importantes. El académico Anfílov lo describe así:

> Los líderes del Partido Comunista y miembros del Gobierno soviético, el 21 de junio, se reunieron en el Kremlin para resolver diversas cuestiones importantes de carácter estatal y militar (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 185).

Hoy día tan solo conocemos cuatro de las resoluciones que se tomaron aquel día, e ignoramos el resto de los temas planteados y de las decisiones adoptadas. Lo que sabemos es lo siguiente:

> El 21 de junio, el Politburó del Comité Central del PC(b) resolvió crear agrupaciones de frente en lugar de los distritos militares fronterizos (teniente general Zhílin, P. A., miembro correspondiente de la Academia de las Ciencias de la URSS, *La Gran Guerra Patria (1941-1945)*, Moscú, Ediciones Políticas, 1973, pág. 64).

Los frentes ya existían antes, pero lo que hizo el Politburó fue convertir en oficiales las resoluciones que se habían tomado y ejecutado hacía mucho tiempo. Sin embargo, estamos ante un acontecimiento importantísimo: la existencia de los cinco frentes no se hizo oficial **después** de la invasión alemana, sino **antes**.

Otro momento importante: a las 23:00, en el despacho de Stalin culminó la reunión de los altos mandos de la Unión Soviética (hablaremos con más detalle sobre dicho encuentro en el capítulo 51). Pocas horas después, los mismos altos mandos del Ejército Rojo llamarían a Stalin por teléfono intentando convencerlo de que en la frontera alemana estaba ocurriendo algo inusitado. Aquellos instantes han sido descritos por muchos testigos e historiadores. No cabe duda de que no solo Stalin, sino también Mólotov e incluso Beria se negaban a creer en la posibilidad de una invasión alemana.

Semejante incredulidad de la cúpula soviética se confirma al ver las actuaciones del Ejército Rojo: los cañones antiaéreos no disparaban contra los aviones alemanes, los cazas soviéticos tenían prohibido derribar los bombarderos alemanes, a las tropas del Primer Escalón Estratégico les habían quitado las municiones, el Estado Mayor no paraba de emitir órdenes draconianas: ¡no responder a provocaciones! Zhúkov tampoco creía en la agresión alemana.

Pregunta: ¿Por qué, el 21 de junio de 1941, los altos mandos soviéticos, tanto militares como políticos, legalizaron la decisión ya tomada de crear frentes en el occidente si no creían en la posibilidad del ataque alemán?

Respuesta: los frentes alemanes no se crearon para repeler la invasión alemana, sino con otros fines.

2

La segunda resolución formulada por el Politburó del Comité Central del PB(b) el 21 de junio de 1941 trataba sobre la creación del grupo de ejércitos de la Reserva General del Estado. El cargo de comandante del grupo de ejércitos fue asignado al primer subcomisario del pueblo para la Defensa, Mariscal de la Unión Soviética S. M. Budionni; el mayor general A. P. Pokrovski (más adelante, coronel general) fue nombrado jefe del cuartel general del grupo. La formación aglutinó los siete ejércitos del Segundo Escalón Estratégico, que, como ya sabemos, se dirigían en secreto hacia las regiones occidentales del país.

El coronel general Porkovski, en sus memorias, llama a la nueva formación de una manera algo diferente: «grupo de fuerzas de la Reserva de la Comandancia» (*RHM*, 1978, n.º 4, pág. 64). Dicho nombre indica que el 21 de junio ya se había creado la Comandancia Suprema del Estado Mayor, el órgano superior de dirección de las Fuerzas Armadas del país durante la guerra. Por lo menos, su creación ya estaba decidida.

Es probable que la decisión sobre la creación del grupo de fuerzas de la Reserva de la Comandancia Suprema ya se hubiera tomado antes y que el 21 de junio el Politburó solo la ratificase. Nos lo confirman los numerosos testimonios de que la invasión alemana sorprendió al mayor general Pokrovski en su puesto de combate en el occidente del país (*RHM*, 1978, n.º 11, pág. 126).

En todo caso, el Segundo Escalón Estratégico había dejado de ser una amalgama de siete ejércitos y se había constituido en un mecanismo bélico bajo un mando unificado **antes** de la invasión alemana. ¿Y para qué? ¿Para la defensa? No. En una guerra defensiva el Segundo Escalón Estratégico no hubiera necesitado un mando unificado, de hecho, en cuanto Alemania atacó, este fue desestructurado, incluso antes de que alguno de los siete ejércitos del escalón se enfrentase al adversario. En tiempos de paz, el Segundo Escalón Estratégico ni siquiera habría hecho falta, ya que en la parte europea del país no había dónde situarlo ni entrenarlo.

Si el grupo de fuerzas de la Reserva de la Comandancia Suprema no se había creado para tiempos de paz ni para guerra defensiva, entonces, ¿para qué?

3

El 21 de junio, el Politburó del Comité Central del PC(b) encomendó el mando de los frentes del

sudoeste y del sur al jefe del Estado Mayor, general de ejército G. K. Zhúkov; la dirección del Frente del Norte, a su vez, se delegó en el subcomisario del pueblo para la Defensa, general de ejército K. A. Meretskov (general de ejército S. P. Ivanov, mayor general N. Shejóvtsev, *RHM*, 1981, n.º 9, pág. 11).

Hacía poco, durante la «liberación» de Finlandia, Meretskov había dirigido un ejército. Ahora regresaba al mismo destino, pero en calidad de representante de la Comandancia Suprema.

Hacía poco, durante la «liberación» de Rumanía, Zhúkov había dirigido el Frente del Sur. Ahora, en calidad de representante de la Comandancia Suprema, volvía al mismo destino para coordinar el funcionamiento de dos frentes.

Los historiadores soviéticos nos quieren convencer de que Stalin mandó a Zhúkov a la frontera *rumana* y a Meretskov a la *finlandesa* para que se encargaran de preparar la resistencia al ataque alemán. Que así sea. Pero, si hacemos caso a esos historiadores, parece verdaderamente raro que Stalin enviase a Zhúkov y a Meretskov a neutralizar una invasión en la que él mismo no creía.

Meretskov partió de inmediato. Zhúkov aún se entretuvo en Moscú. El inicio de la Operación Barbarroja lo sorprendió en el Estado Mayor. Pero no fue más que una casualidad. Si Alemania hubiera atacado a la Unión Soviética unas horas más tarde, Zhúkov, siguiendo la voluntad de Stalin, también habría formado parte de aquel torrente que arrastraba hacia las fronteras occidentales a los generales del Estado Mayor y a los *kombrig* del Gulag, a los presos y a los calaboceros, a los comandantes de la retaguardia y a los reservistas, a los estudiantes de academias militares y a sus profesores.

4

Los historiadores soviéticos dicen de los jefes militares alemanes: «desde junio hasta la invasión a la URSS, Brauchitsch y Halder no pararon de recorrer sus tropas» (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 65).

¿Pero acaso Zhúkov y Meretskov no actuaron de la misma forma?

El comportamiento del ejército de la URSS no solo se parecía al de Alemania, sino que era idéntico en la mayoría de los aspectos.

Los jefes militares soviéticos habían aproximado los puestos de mando a las fronteras, igual que sus colegas alemanes, o incluso más.

El Ejército Rojo había concentrado dos agrupaciones fortísimas en salientes de las fronteras, al igual que el ejército alemán.

Los aviones soviéticos se habían concentrado junto a las fronteras, igual que los alemanes.

Los pilotos soviéticos tenían prohibido derribar a los alemanes hasta un momento determinado, y viceversa, para no provocar un conflicto antes de tiempo y preservar el factor de sorpresa.

Mientras el puesto de mando de Hitler se encontraba en Prusia Oriental, en las inmediaciones de Rastenburg, el puesto de mando avanzado soviético estaba cerca de Vilna. Se trata del mismo paralelo geográfico; además, el puesto de mando soviético distaba de la frontera lo mismo que el alemán. Si marcásemos los puestos de mando alemán y soviético en un mapa y este lo plegamos por la línea de la frontera, los dos puntos coincidirían con exactitud.

Pero si Hitler ya había salido hacia su puesto de mando secreto, ¿qué estaba haciendo Stalin?

5

Ustedes habrán visto en el cine la siguiente escena: el cabecilla de una banda cuchichea con sus secuaces y luego estos, tras asentir con la cabeza, se marchan en desbandada. Pues así fue como, el 21 de junio de 1941, muchos de los altos mandos de la Unión Soviética de repente se dispersaron hacia distintos rincones del país.

El miembro del Politburó camarada Zhdánov, que desde aquella alta institución política había supervisado la «liberación» de Finlandia, el 23 de junio aparecería en Leningrado.

El miembro del Politburó camarada Jruschov, que había controlado la «liberación» de las regiones orientales de Polonia y Rumanía, se marcharía a Kiev con urgencia.

El miembro del Politburó camarada Andréyev, que dirigía el transporte militar (*El partido y el ejército*, pág. 176), se fue corriendo al Transiberiano para acelerar el avance de los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico. Al día siguiente su presencia fue registrada en Novosibirsk (teniente general S. A. Kalinin, *Reflexiones sobre lo vivido*, pág. 131).

¿Y qué fue de Stalin?

¿Iría este, igual que Hitler, a su punto de mando secreto?

6

La resolución del Politburó sobre el despliegue de los cinco frentes en las fronteras occidentales quería decir que la Unión Soviética, ya en 1941, tenía que haber empezado hostilidades en Europa. Quedarse esperando mucho más tiempo habría sido absurdo, puesto que cada uno de los frentes soviéticos, entre otras cosas, devoraba más de sesenta mil reses al mes (*La retaguardia de las Fuerzas Armadas en la Gran Guerra Patria*, pág. 325).

Si hubiera que esperar hasta el año siguiente, los cinco frentes habrían engullido tres millones de reses más.

Pero aparte de los cinco frentes había que alimentar a los siete ejércitos del

Segundo Escalón Estratégico y a tres ejércitos del NKVD, desplegados justo detrás.

Había que dar de comer también a las cuatro flotas y a las tropas soviéticas que se disponían a «liberar» a Irán. Quedaba también la aviación, las tropas antiaéreas y la industria armamentística, que tenía todavía más bocas que alimentar que todos los anteriores.

Podría parecer que la agricultura soviética con sus granjas colectivas debería poder abastecer de alimentos a semejante pléyade de tragones. Pero echemos un vistazo a los datos que nos proporciona el Estado Mayor:

> A pesar de los avances considerables de la agricultura en vísperas de la guerra, la escasez de gramíneas no se pudo solventar. Ni las reservas estatales de gramíneas ni la importación conseguían cubrir las necesidades del país (*RHM*, 1961, n.º 7, pág. 102).

O sea, mucho avance, pero para jalar no había.

Escuchemos lo que opinaba al respecto el comisario del pueblo para las Finanzas, miembro del Comité Central del PC(b), Arseni Grigórievich Zvérev: «Para principios de 1941, el número de cabezas de ganado en nuestro país no había alcanzado los niveles del año 1916» (Zvérev, A. G., *Apuntes de un ministro*, Moscú, Ediciones Políticas, 1973, pág. 188).

Los índices económicos de 1916 no se podían considerar normales para Rusia. Ustedes se pueden imaginar el nivel al que había descendido la agricultura del país tras dos años de una guerra destructora y asoladora, en la que el campesinado solo se dedicó a criar pulgas en las trincheras. ¡Pues eso, a principios de 1941, en supuestos tiempos de paz, la Unión Soviética contaba con menos cabezas de ganado que la Rusia de antes de la revolución en mitad de la Primera Guerra Mundial!

El nivel de la economía en 1916, según los estándares de las décadas anteriores, era toda una catástrofe capaz de destruir el régimen socioeconómico tradicional y llevar al país a un empobrecimiento extremo y a revueltas populares.

Tras alzarse sobre la turbia ola de disturbios y hacerse con el poder, los comunistas no solo no consiguieron mejorar la situación alimentaria del país, sino que la empeoraron de tal modo que al cabo de un cuarto de siglo seguían intentando alcanzar aquel nivel ínfimo al que la economía se había desplomado como resultado de la Primera Guerra Mundial.

Stalin creó un ejército descomunal y una imponente industria militar, pero para ello tuvo que sacrificar el acervo material y el bienestar de toda una nación, haciéndolos descender por debajo de los niveles de pobreza de la Primera Guerra Mundial.

A principios de 1939, Stalin había empezado a trasvasar recursos de la ya debilitada agricultura al ejército e industria de guerra. ¿Recuerdan ustedes los 1320 convoyes ferroviarios cargados de vehículos cerca de las fronteras occidentales de la URSS? ¿De dónde habrían salido? Indudablemente, una parte considerable de aquellos coches acabarían de salir de las fábricas, pero la mayoría se había confiscado

de las granjas colectivas, los *koljoz*.

En mayo de 1941, en el Ejército Rojo se reclutaron en secreto a más de ochocientos mil reservistas. En solo un mes, las fuerzas armadas del país empezaron a tener casi un millón de bocas más. ¿Y quién solía engrosar las filas del ejército? Claro: los presos. Pero también los jornaleros de los pueblos y de las aldeas. Así que, mientras las factorías de armas estaban bien equipadas de personal, en las granjas la mano de obra escaseaba.

Los cinco frentes tragaldabas, unidos a los siete ejércitos del Segundo Escalón Estratégico, que se habían creado **antes** de la invasión alemana, más la movilización clandestina de los campesinos y el decomiso de la maquinaria de campo, realizados **antes** de la siega, inevitablemente habrían provocado una hambruna durante todo el año 1942 incluso sin la intervención del ejército alemán. Aquella hambruna había sido planificada y aprobada en el pleno del Politburó del Comité Central del PC(b) el 21 de junio de 1941.

Tras desplegar los malnutridos frentes, no había más remedio que lanzarlos al ataque el mismo año. En caso contrario, Stalin se habría ganado a millones de enemigos famélicos y armados en su propio ejército. En cambio, un ataque sorpresa por parte del Ejército Rojo en 1941 prometía una conquista de nuevos territorios ricos y alijos suculentos (por ejemplo, en Rumanía). Daba igual si estas reservas no eran suficientes: solo se trataría de las carencias de una guerra.

Ya sabemos que Stalin no podía tardar en lanzar al ataque a los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico, independientemente de la actuación de Hitler, solo porque en las regiones occidentales del país no había dónde emplazar ni entrenar en invierno aquellos ejércitos. El otro motivo que obligaba a Stalin a desencadenar la guerra era muy sencillo: si mantenía inactivos los cinco frentes, los siete ejércitos del Segundo Escalón Estratégico y los tres ejércitos del NKVD, para la primavera de 1942 no podría darles de comer a todos.

* * *

Boris Mijálovich Sháposhnikov, el único mariscal en el que Stalin confiaba plenamente, ya en 1929 declaró categóricamente que la movilización simultánea de cientos de miles de hombres y su permanencia inerte junto a las fronteras era totalmente contraproducente (Sháposhnikov, B. M., *El cerebro del ejército*, vol. 3).

Es más fácil dirigir un ejército durante la guerra que controlar en tiempos de paz a millones de hombres movilizados, armados y aburridos. Y encima hay que alimentarlos a todos. ¡Cualquiera lo logra!

Al desplegar los frentes, Stalin quebró definitivamente el equilibrio entre el ejército gigantesco y la arruinada y extenuada agricultura del país. En semejante situación no le quedaba otro remedio que atacar a Alemania, y lo tenía que hacer antes de 1942.

CAPÍTULO 46

¿Por qué desconfiaba Stalin de Churchill?

¿Acaso se podía creer a Churchill en aquellas circunstancias? Él estaba interesado en enfrentarnos con los alemanes lo antes posible. ¿O no es verdad?

VIACHESLAV MÓLOTOV[99]

1

Desde hace medio siglo circula por el mundo el rumor de que Churchill había avisado a Stalin de la invasión alemana y que este hizo caso omiso de la advertencia. Miles de historiadores se ríen de la simpleza de Stalin.

Pero vamos a ver: ¿por qué Stalin tenía que creer a Churchill? ¿Quién era Churchill? ¿Acaso era comunista? ¿Un gran amigo de la Unión Soviética? ¿Un ferviente partidario de la revolución comunista?

Cualquiera de nosotros, al recibir una noticia extraordinaria, se pregunta si la fuente de la información es fidedigna. Pienso que Stalin se hizo la misma pregunta.

Entonces, ¿quién era Churchill desde el punto de vista de los comunistas soviéticos? Era un líder político que ya en 1918 se había dado cuenta de lo peligroso que era el comunismo e hizo todo lo posible por ayudar al pueblo ruso a extirpar aquella lacra. Aunque sus esfuerzos no fueron suficientes, hizo mucho más que todos los demás líderes políticos mundiales juntos.

Churchill siempre fue enemigo del comunismo y nunca lo intentó disimular. En 1918, llamó a los políticos británicos a colaborar con la derrotada Alemania en la lucha contra la dictadura comunista. Cuando Hitler aún era cabo, Churchill ya estaba tratando de combatir a los comunistas soviéticos. Lenin llamó a Churchill un «gran detractor de la Rusia Soviética» (*OC*, vol. 41, pág. 350).

De repente, tras tantos años de lucha contra el comunismo, el gran detractor de la Rusia Soviética va y avisa del peligro a Stalin, el comunista número uno del mundo.

Si usted recibiera semejante aviso de un enemigo suyo, ¿le creería?

2

Para entender la reacción de Stalin ante los avisos de Churchill tenemos que recordar cómo era el ambiente político en Europa en aquel momento.

En la guerra diplomática de los años treinta, la situación de Alemania no era nada ventajosa. Ubicada en el centro de Europa, también estaba en el epicentro de todos los conflictos. Fuera cual fuera la guerra, Alemania se convertía en uno de sus participantes, puesto que la estrategia diplomática de muchos países durante los años

treinta era la siguiente: que los vecinos peleen contra Alemania; yo, mientras tanto, me mantengo neutral.

La guerra diplomática de los años 1930 la ganó Stalin. Gracias al Pacto Ribbentrop-Mólotov, dio inicio a la Segunda Guerra Mundial, quedándose en la sombra, en calidad de observador «neutral». Gran Bretaña y Francia, al perder la guerra diplomática, se vieron obligadas a involucrarse en una guerra verdadera. En 1940, Francia quedó fuera del juego. Tras sufrir una serie de derrotas, el ejército británico fue evacuado del continente europeo, donde tuvo que abandonar todo su armamento pesado. Churchill, cuyas tropas estaban desmoralizadas y desarmadas, acabó cara a cara con Hitler. ¿Qué le quedaba entonces?

Solo vemos una explicación a la actitud del líder británico: necesitaba que alguien le hiciera de pararrayos y desviara el ataque relámpago alemán hacia cualquier otro lado. En la segunda mitad de los años cuarenta solo la Unión Soviética podía conseguirlo.

Incluso antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial, el 10 de marzo de 1939, desde la tribuna del XVIII Congreso del PC(b) Stalin declaró públicamente que el propósito de Gran Bretaña era, quedándose neutral, enfrentar a la Unión Soviética con Alemania. No sabemos si las intenciones de Churchill eran esas, pero así era como interpretaba Stalin cualquier actuación del Gobierno y de la diplomacia británica.

Al recibir la carta de Churchill, Stalin podía adivinar su contenido sin necesidad de abrirla. Este entendía perfectamente que a su colega británico, aparte de la seguridad del régimen comunista en la Unión Soviética, le podían preocupar otros problemas. Churchill solo podía soñar con intercambiar los papeles con Stalin: le encantaría ser un mero observador del enfrentamiento de este con Hitler. Churchill tenía demasiados intereses en aquella situación para que Stalin pudiera confiar en él.

Para entender la reacción de Stalin a las cartas de Churchill, hay que recordar cómo era la situación estratégica en Europa. La principal regla estratégica es concentrar las fuerzas contra las flaquezas. En la Primera Guerra Mundial, Alemania no habría podido seguir esa regla, puesto que estaba luchando a dos frentes. El intento de ser fuerte en ambos frentes solo podía conducir a la debilidad, y el intento de concentrar todas las fuerzas en un solo frente debilitaba por completo el otro, lo cual beneficiaba al enemigo. Luchando en dos frentes a la vez, Alemania tuvo que prescindir del principio de concentración de fuerza, sustituyéndola por la estrategia de agotamiento. Pero los recursos alemanes también eran escasos, mientras los de sus adversarios eran prácticamente inagotables. Por lo cual Alemania estaba condenada a la derrota.

El Alto Mando de la Wehrmacht y el propio Hitler habían aprendido las amargas lecciones de la Primera Guerra Mundial. Entre 1939 y 1940, Alemania intentó luchar en un único frente por cada periodo de tiempo, de forma que el Estado Mayor pudiera aplicar el principio de concentración de fuerza, combatiendo por separado contra

cada uno de los enemigos.

El 23 de noviembre de 1939, en la reunión de los altos mandos de las fuerzas armadas, Hitler dijo que la guerra contra la Unión Soviética se podría empezar solo cuando se acabasen las hostilidades en Occidente. El principal objetivo de la estrategia alemana consistía en no permitir otra guerra a dos frentes. Luchar en un solo frente suponía grandes victorias. En cambio, luchar en dos frentes a la vez obligaría a Alemania a renunciar a la Blitzkrieg y conduciría el país a una catástrofe. Era igual a un suicidio. La Segunda Guerra Mundial corroboró dicha tesis: Hitler acabó suicidándose, al igual que varios de sus colaboradores.

Así que, en cuanto a la estrategia, todo lo que necesitaba Churchill en 1940 era que Alemania empezase a combatir en dos frentes al mismo tiempo. Estoy seguro de que en aquel momento era su sueño más acariciado y, de hecho, la única salvación para Gran Bretaña.

Ahora pongámonos en el lugar de Stalin. ¿Cómo se sentiría? Uno de los políticos más influyentes del planeta le comunica que Hitler está dispuesto a abandonar el principio básico de la estrategia y que en vez de concentrar sus fuerzas contra un único objetivo las va a dispersar, o sea, le dicen que en la Segunda Guerra Mundial Hitler va a repetir el error más grande que el káiser Guillermo había cometido durante la Primera Guerra Mundial.

Si, en 1940, alguien le dijera a usted que Hitler estaba dispuesto a suicidarse, ¿le creería? Yo no.

3

Amén de la situación política y estratégica en la que Churchill escribió sus cartas, deberíamos tener en cuenta la atmósfera en la que Stalin las leía.

En la segunda mitad de mayo de 1940, el ejército británico sufrió la derrota más estrepitosa de su historia. Las tropas de tanques alemanas habían alcanzado el canal de la Mancha y sitiaron cuarenta divisiones británicas, francesas y belgas en las inmediaciones de Dunquerque. A costa de mucho esfuerzo y muchas víctimas, a principios de junio de 1940, las tropas británicas al final fueron evacuadas de Francia; aunque las pérdidas fueron incalculables. En la costa francesa se abandonó todo el equipo y maquinaria de guerra: todos los tanques, automóviles blindados, tractores de artillería, obuses, 63 000 vehículos, más de medio millón de toneladas de enseres militares y municiones. Las víctimas del ejército británico ascendieron a 68 000 soldados y oficiales. Tras la evacuación del continente europeo, los ingleses se quedaron prácticamente sin armamento pesado. En todas las islas británicas quedaban menos de cien tanques anticuados (*British and American Tanks of World War II*, Nueva York: ARCO, 1969, pág. 66).

El 28 de mayo de 1940, se rindió Bélgica. El 21 de junio de 1940, cayó Francia. Las tropas hitlerianas salieron a la costa atlántica y tomaron todas las bases navales,

que tenían un grandísimo valor estratégico. Desde entonces, los submarinos alemanes empezaron a campar a sus anchas por las aguas territoriales británicas. Gran Bretaña, siendo un estado insular, cuya comunicación con el resto del mundo se realizaba básicamente a través del mar, se vio al borde de una gravísima crisis comercial y económica. Peor aún, Alemania, que en aquel entonces a muchos les parecía invencible, empezó a prepararse activamente para desembarcar en la costa británica.

Fue en aquella situación cuando, el 25 de junio de 1940, Churchill envió la carta a Stalin. El 30 de junio, las tropas alemanas conquistaron las islas del Canal. En la milenaria historia de Gran Bretaña aquella era la primera vez que un enemigo invadía una parte su territorio. ¿Qué pasaría después? ¿Los alemanes desembarcarían directamente en Inglaterra? Las islas del Canal se habían rendido sin batalla. ¿Cuánto más aguantaría Gran Bretaña?

Al día siguiente después de la pérdida de las islas del Canal, Churchill envía la carta a Stalin. Preguntémonos: ¿cuál era su intención? ¿Qué quería salvar: la dictadura comunista de la Unión Soviética o el Imperio Británico? A mí me parece que lo que había llevado a Churchill a escribir aquella misiva eran los intereses británicos. Si nosotros lo entendemos, ¿cómo no lo iba a entender Stalin?

Churchill para Stalin no era un simple observador desinteresado que por solidaridad lo había querido avisar del peligro, sino un hombre de estado, acorralado y desesperado, en busca de ayuda y de aliados en la lucha contra un enemigo terrible. Por eso Stalin leía las cartas de su colega británico con mucho recelo.

Stalin recibió varias cartas de Churchill, pero, por desgracia, todas ellas se habían escrito en estado de desesperación extrema. La carta más famosa fue la del 19 de abril de 1941. Los historiadores coinciden en que era la que contenía el aviso más importante. Pero antes de analizar su contenido, fijémonos primero en la situación en la que se encontraba Churchill en el momento de su redacción.

El 12 de abril de 1941, el ejército alemán conquistó Belgrado y se precipitó hacia el sur, amenazando con derrotar las tropas británicas en los Balcanes.

El 13 de abril de 1941, en África, las divisiones de tanques de Rommel salieron a las fronteras de Egipto. En caso de tomar el canal de Suez, la arteria de transporte principal que aunaba el Imperio Británico quedaría cortada.

El 14 de abril de 1941, durante el bombardeo de Londres, la aviación alemana dañó la catedral de San Pablo, uno de los monumentos arquitectónicos más importantes del mundo y el símbolo nacional de Gran Bretaña.

En abril, Grecia estuvo a punto de rendirse ante Alemania y las tropas británicas que se encontraban en ese país se vieron en una situación catastrófica. Nadie sabía si sería posible evacuarlas de allí.

En aquel momento, para Stalin Churchill era líder de un país golpeado por todos los costados, que solo estaba implorando ayuda.

4

Era lógico que Stalin empezase a sospechar no solo acerca de los motivos de Churchill, sino también sobre la veracidad de sus fuentes. Por ejemplo, en mayo de 1940, las tropas alemanas habían aplastado a las tropas de Gran Bretaña y de Francia, y en junio de 1940, Churchill escribió a Stalin una carta en la que avisaba del peligro que acechaba a la Unión Soviética. Stalin debía de preguntarse: ¿por qué los servicios de inteligencia británicos, que con tanta claridad preveían el peligro que acechaba a la URSS, no se habían adelantado a las amenazas que luego asaltaron a su propio país? ¿Por qué los espías británicos se preocupaban tanto por la seguridad de la Unión Soviética y descuidaban la suya?

Los acontecimientos posteriores no podían más que agravar las sospechas de Stalin. Fíjense: en abril de 1941, Churchill escribe otra carta a Stalin y un mes más tarde, el 20 de mayo de 1941, las fuerzas armadas alemanas empiezan la operación más grandiosa de su historia y, quizá, la más impresionante: la invasión de Creta. En la isla había 32 000 soldados británicos y 10 000 soldados griegos. En pocos días, aún estando en desventaja numérica, las tropas alemanas aerotransportadas ocuparon la isla y expulsaron con estrépito a las fuerzas británicas y griegas de su territorio. Los expertos militares de la época coincidieron unánimemente en que la toma de Creta era un ensayo genial del futuro desembarco alemán en las islas británicas.

Y eso no era todo. Gran Bretaña, una gran nación marítima, empezó a perder la lucha por el Atlántico: los submarinos alemanes arremetían exitosamente contra los buques civiles y militares ingleses. Las pérdidas de Gran Bretaña en las vías marítimas fueron creciendo; solo en junio de 1941, los submarinos alemanes hundieron 61 mercantes británicos con desplazamiento total de 310 000 toneladas.

Y lo ocurrido el 24 de mayo de 1941 en el Atlántico constituye la página más negra de la historia marina británica: el buque más grande de la flota británica, el acorazado Hood, se enzarzó en combate con la mayor nave de la flota alemana, el acorazado Bismark. El enfrentamiento duró ocho minutos. Hood fue barrido por una salva de Bismark, explotó y tardó tres minutos en desaparecer bajo el agua. De los 1418 tripulantes sobrevivieron tres.

5

Hubo otro motivo que hizo a Stalin desconfiar de los «avisos» de Churchill: Churchill nunca avisó a Stalin de la futura invasión alemana.

El primer ministro británico dirigió su primera gran misiva a Stalin el 25 de junio de 1940, cuando ni Hitler ni los generales alemanes tenían todavía intención alguna de atacar a la Unión Soviética, cuando aún no existía en Alemania el plan de la Operación Barbarroja ni tampoco otros planes de invasión de la URSS.

Las cartas de Churchill no se basaban en el conocimiento de los planes alemanes, sino en los fríos cálculos del propio autor. Lo único que hace Churchill es centrar la

atención de Stalin en la situación política europea: hoy es Gran Bretaña la que tiene problemas con Hitler, mañana seguramente los tendrá la Unión Soviética. Churchill ofrece a Stalin aliarse contra Hitler, o sea, que la URSS se una a la guerra de Gran Bretaña y de toda la Europa sometida contra la Alemania nazi.

La propaganda comunista hizo todo lo posible por reafirmar el mito sobre las «advertencias» de Churchill. Precisamente con ese mismo objetivo Jruschov citó desde la tribuna del XX Congreso del PCUS la carta que el primer ministro británico había dirigido a Stalin el 18 de abril de 1941. El más destacado experto soviético en la historia de la etapa inicial de la guerra germano-soviética, doctor en ciencias históricas y miembro de la Academia de la Historia Militar, Anfílov, cita aquella misiva de Churchill en todos sus trabajos. El Mariscal de la Unión Soviética Zhúkov reproduce la carta entera. La oficial *Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética* también insiste en la idea de los avisos de Churchill y ofrece al lector el texto completo de la carta del 18 de abril de 1941. Lo vamos a encontrar en decenas y centenares de libros y artículos soviéticos.

Aquí viene esa carta de Churchill a Stalin:

> He recibido de un agente de confianza información fidedigna de que los alemanes, una vez que han decidido que Yugoslavia se encuentra en sus redes, es decir, el 20 de marzo, han empezado el traslado de tres divisiones de tanques y automóviles blindados, de las cinco que se encuentran en Rumanía, a la parte meridional de Polonia. En cuanto se enteraron de la revolución serbia, dicho traslado se suspendió. Seguro que Su Excelencia sabrá apreciar el significado de los hechos.

Así es como citan el mensaje de Churchill todos los historiadores soviéticos, insistiendo en que constituye el famoso «aviso». Yo, personalmente, no veo aquí ningún aviso de nada.

Churchill menciona tres divisiones de tanques y automóviles blindados. Para él se trataba de una fuerza importante. Para Stalin, no tanto. En aquel momento, Stalin ya tenía preparadas o preparándose 63 divisiones de tanques, cada una de las cuales contenía más tanques que todo el ejército alemán. En la Unión Soviética de aquel entonces ya se estaban fabricando en serie tanques que durante toda la guerra siguieron considerándose los mejores del mundo. Hasta finales de la guerra nadie consiguió crear nada que se asemejase a los tanques de los que Stalin disponía ya antes de la guerra.

¿Acaso, al leer el mensaje sobre el traslado de tres divisiones alemanas a Polonia, Stalin podría sospechar que lo iban a atacar?

Si un mensaje sobre el traslado de tres divisiones alemanas a Polonia lo interpretamos como «advertencia» de agresión, no deberíamos acusar a Hitler de agresividad, puesto que los servicios de inteligencia alemanes le habían transmitido a este información sobre decenas de divisiones de tanques soviéticas que se estaban agrupando cerca de las fronteras alemanas y rumanas.

Churchill deja que Stalin «aprecie el significado de los hechos». ¿Y cuál era ese significado? Polonia siempre sirvió como la puerta que, a lo largo de la historia, los

agresores de Europa Central habían utilizado para acceder a Rusia. Hitler planeaba trasladar sus tropas a Polonia, pero luego cambió de opinión.

En comparación con Polonia, Rumanía no era una buena cabeza de puente para la agresión. Enviar provisiones a Rumanía era más complicado; lanzar un ataque a Rusia desde allí también resultaba difícil por la distancia y por los numerosos obstáculos, entre los que se encuentra el bajo Dniéper.

Si de verdad Stalin se estuviera preparando para la defensa, al leer el «aviso» del primer ministro británico debería haber suspirado con alivio y haber relajado las preparaciones de guerra. Además, Churchill exponía la causa por la que las tropas alemanas al final no se iban a trasladar de Rumanía a Polonia: Hitler empezaba a tener problemas en Yugoslavia en general y en Serbia en particular. O sea, lo que dice Churchill es que las divisiones de tanques alemanas no se quedan en Rumanía para atacar a la Unión Soviética, sino al revés: están orientadas hacia el Sudoeste, dando a Stalin la espalda.

El mensaje de Churchill es sumamente importante, pero no se puede considerar como un aviso de un posible ataque de Alemania contra la URSS. Más bien se trata de una invitación a la guerra que recibe Stalin: los alemanes querían desplazar sus tropas a Polonia, pero no lo han hecho, así que no tienes nada que temer; además, sus divisiones que se quedan en Rumanía las tienes de espaldas. ¡Valora la situación y actúa!

Un destacado historiador británico, Basil Henry Liddell Hart, realizó un brillante análisis de la situación estratégica en Europa de la segunda mitad de 1940 desde el punto de vista de Hitler. Según el testimonio del coronel general Alfred Jodl que cita Liddell Hart, Hitler en más de una ocasión había dicho a sus generales que la última esperanza de Gran Bretaña era la invasión soviética a Europa (Liddell Hart, B. H., *History of the Second World War*, Londres, Cassell, 1970, pág. 151). Churchill, a su vez, apuntó en su diario el 22 de abril de 1941: «El Gobierno soviético sabe de sobra […] que necesitamos su ayuda» (Woodward, D., *British Foreign Policy in the Second World War*, Londres, H. M. Stationery Office, 1962, pág. 611).

¿Y qué esperaba Churchill exactamente de Stalin? ¿Qué podía hacer el líder soviético en aquella situación, aparte de invadir Alemania?

6

Stalin tenía bastantes motivos para no creer a Churchill, pero al mismo tiempo tenía que entender que en caso de caída de Gran Bretaña se quedaría a solas con Alemania. ¿Lo entendería? Claro que sí. Se lo dijo a Churchill al responder a su carta del 25 de junio de 1940: «La política de la Unión Soviética consiste en evitar la guerra con Alemania, pero Alemania puede atacar a la Unión Soviética en primavera de 1941, en caso de que para entonces Gran Bretaña haya sido vencida» (Goralski, R., *World War II Almanac: 1931-1945*, Londres, Hamish Hamilton, 1981, pág. 124).

Según la respuesta de Stalin, este pretendía convivir con Alemania en paz hasta que Gran Bretaña cayera y, una vez a solas con Hitler, afrontaría la invasión alemana. «¡Ay, qué necio que era Stalin!», exclamarán indignados algunos historiadores. Pero nosotros no nos indignemos, porque el destinatario del mensaje no era Churchill, ¡sino Hitler! El 13 de julio de 1940, por una orden de Stalin, Mólotov entregó el texto estenografiado de la conversación de Stalin con el embajador británico Cripps al embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich-Werner Graf von der Schulenburg.

Qué sistema tan raro es ese de negociar con Churchill —a través del embajador Cripps— y pasar las actas secretas de las negociaciones a Hitler —por mediación del embajador von der Schulenburg—, ¿verdad? Si desbrozamos el documento de la maleza diplomática y lo analizamos en su estado puro, vemos que lo que quería transmitir Stalin a Hitler era lo siguiente: Adolf, peléate con Gran Bretaña, no te preocupes por tu retaguardia, sigue adelante y no mires hacia atrás, te cubre las espaldas tu mejor amigo Iósif Stalin, que lo único que quiere es la paz y que nunca te atacará. Aquí, en Moscú, hubo negociaciones con el embajador británico, pero no te preocupes, nadie está conspirando contra ti. Ves, incluso te dejo leer las actas secretas de las negociaciones. ¡Y a Churchill lo he mandado al diablo! (En realidad, las negociaciones habían durado mucho más y los temas tratados se mantenían en secreto).

¿Acaso se pueden creer estos dulces cantos de sirena del Kremlin? Pues muchos historiadores sí se los creen. Hitler, sin embargo, no se lo creyó y, tras releer varias veces la «copia» de la conversación de Stalin con Cripps, el 21 de julio de 1940 dio la orden de empezar la preparación de la Operación Barbarroja.

Dicho de otra forma, Hitler decidió luchar a dos frentes. Tal decisión a mucha gente le parece incomprensible e inexplicable. La mayoría de los generales y mariscales de campo alemanes condenaron con dureza aquel paso verdaderamente suicida. Pero Hitler ya no tenía elección. Mientras avanzaba más y más hacia el occidente, hacia el norte y hacia el sur, Stalin lo seguía por detrás, empuñando el hacha y canturreando dulces canciones sobre la paz.

7

Hitler cometió un error garrafal, pero no lo cometió el 21 de julio de 1940, al ordenar la preparación de la ofensiva contra la Unión Soviética, sino el 19 de agosto de 1939, cuando decidió firmar el Pacto Ribbentrop-Mólotov. Al consentir el reparto de Polonia, Hitler hizo que la guerra contra Occidente se volviera inevitable, pero no se había dado cuenta de que tenía a sus espaldas al «neutral» Stalin. Fue entonces cuando la guerra a dos frentes se volvió ineludible.

La decisión de empezar la Operación Barbarroja en el este, sin esperar a ganar en el oeste, no era ningún error, sino un intento de reparar uno que se había cometido antes. Pero ya era tarde. La guerra había empezado en dos frentes a la vez y ganarla

era imposible. Incluso la ocupación de la capital no hubiera solucionado el problema, porque después de Moscú quedaban otros diez mil kilómetros de territorio soviético, instalaciones industriales gigantescas, recursos naturales y humanos inagotables.

Es fácil empezar una guerra con Rusia; acabarla es difícil. A Hitler no le costó demasiado combatir en el territorio europeo de la URSS: el territorio era limitado, bastantes carreteras y tampoco muy malas (en comparación con las de Siberia), un clima suave. Habría sido diferente librar batalla al otro lado de los Urales, donde no había caminos ni buenos ni malos, donde las distancias son inmensas y el clima, durísimo.

Stalin sabía que para Hitler la guerra a dos frentes era un suicidio. Stalin no creía que Hitler fuera capaz de un suicidio, que se atreviese a empezar una guerra en el este antes de acabar la del occidente. Stalin estaba esperando tranquilamente el último acorde de la guerra germano-británica: el desembarco de los cuerpos de tanques alemanes en la Pérfida Albión. Al mismo tiempo estaba haciendo todo lo posible para mostrar a Hitler su pacifismo. Por eso los cañones antiaéreos soviéticos no disparaban a los aviones alemanes que, de cuando en cuando, atravesaban el espacio aéreo de la URSS, y por eso los periódicos comunistas, a coro con la TASS, pregonaban a los cuatro vientos que no iba a haber guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Si Stalin hubiera logrado convencer a Hitler de que la URSS era un país neutral, los cuerpos de tanques alemanes sin duda habrían desembarcado en las islas británicas. Y entonces…

Entonces se habría generado una situación verdaderamente pasmosa. Polonia, Checoslovaquia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Yugoslavia, Francia, Grecia y Albania ya no tenían ejércitos, ni gobiernos, ni parlamentos, ni partidos políticos. Millones de personas se hacinaban en los campos de concentración de los nazis. Toda Europa estaba ansiando que la liberasen. En el continente europeo solo quedaba el regimiento de la guardia personal de Hitler, los vigilantes de los campos de concentración, algunas unidades de retaguardia alemana, las escuelas militares y…

- cinco cuerpos aerotransportados soviéticos;
- miles de tanques rápidos soviéticos;
- decenas de miles de aviones soviéticos;
- divisiones y ejércitos enteros del NKVD;
- ejércitos de presos soviéticos;
- formaciones soviéticas enormes de aviación sin motor para desembarco rápido en el territorio del enemigo;
- divisiones de montaña soviéticas, preparadas para traslado rápido a los puertos de montaña por donde fluía hacia Alemania la sangre de la guerra: el petróleo.

¿Acaso se puede imaginar una situación más propicia para la «liberación» de Europa?

No se trata de ninguna casualidad. Dicha situación la había ido creando Stalin; poco a poco, paso a paso, con mucho tesón y empeño, como si fuera un mosaico menudo y complejo.

Fue Stalin quien llevó a Hitler al Poder, usándolo como un auténtico Rompehielos de la Revolución.

Fue Stalin quien condujo al Rompehielos hacia Europa.

Fue Stalin quien exigió a los comunistas franceses y a los de los demás países que no estorbaran la marcha destructora del Rompehielos.

Fue Stalin quien le abasteció de todo lo necesario para su avance por Europa.

Fue Stalin quien hizo caso omiso de los crímenes que cometían los nazis y se llenaba de júbilo mientras «se estremecían los cimientos del mundo entero, mientras se desvanecían las magnitudes y se derrumbaban las grandezas», como decía el periódico *Pravda* el 4 de agosto de 1940.

Pero Hitler descubrió los planes de Stalin y por eso la Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias desastrosas para Stalin: solo pudo hacerse con la mitad de Europa y un trocito de Asia.

* * *

Mi última pregunta. Si Churchill nunca había avisado a Stalin de la posible invasión, ¿por qué la propaganda soviética con tanta fuerza se aferró a esa leyenda?

¿Quizá para demostrar al pueblo soviético lo bueno que era Churchill?

¿O quizá para que todos supieran que los líderes occidentales eran de fiar?

Claro que no.

La propaganda soviética necesitaba la leyenda sobre los «avisos» de Churchill para justificar las preparaciones del Ejército Rojo para la invasión: sí, nuestros académicos reconocen que el camarada Stalin estuvo planeando un ataque relámpago contra Alemania, pero no era idea suya, sino que Churchill se lo había aconsejado.

CAPÍTULO 47

¿Por qué desconfiaba Stalin de Richard Sorge?

Stalin era más astuto que Hitler. Más astuto y más malvado.

ANTÓN ANTÓNOV-OVSEYENKO[100]

1

Stalin se preparaba para la guerra a conciencia. Se preocupaba especialmente por los servicios de inteligencia militar, más conocidos como el GRU. Basta con echar un vistazo a las biografías de los jefes de dicha organización, desde el momento de su creación hasta julio de 1940, para apreciar los «diligentes cuidados» que dedicaba Stalin a sus valerosos espías militares.

Arálov: arrestado, en sumario durante varios años, fue sometido a interrogaciones «bajo apremios físicos», en 1941 combatió en las inmediaciones de Moscú en calidad de soldado raso.

Gúsev (apellido verdadero: Drabkin): eliminado.

Piatakov: eliminado.

Áussem: eliminado.

Lentsman: eliminado.

Zeibot: eliminado.

Berzin: eliminado.

Uritski: eliminado.

Níkonov: eliminado.

Yezhov[101]: eliminado.

Guendin: eliminado.

Orlov: eliminado.

Proskúrov: eliminado.

Está claro que, al ser liquidado un gerifalte de los servicios de inteligencia militar, sus segundos, suplentes, consejeros, adjuntos y jefes de secciones a su mando también solían acabar incluidos en las listas de indeseables. Y cuando se eliminaba a un jefe de sección, caían en desgracia también los oficiales operativos y agentes que dependían directamente de aquel. Por eso la ejecución del jefe de los servicios de

inteligencia militar de inmediato repercutía en toda la estructura de la organización.

Dicen que semejantes atenciones que brindaba Stalin a sus espías tuvo consecuencias nefastas. No hagan caso a los rumores. El GRU[102], antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial fue la organización de inteligencia más poderosa y eficaz del mundo. El GRU, por la calidad de información obtenida, superaba a su rival principal: la policía secreta soviética (la Checa). Las constantes y sangrientas purgas en el servicio de inteligencia militar soviético no llegaban a debilitarlo. Al contrario: tras una generación eliminada (si se pueden llamar así aquellas oleadas de gente que se sucedían con una frecuencia vertiginosa), llegaba otra más agresiva aún. En este sentido, la sucesión de generaciones de miembros de la organización se podría comparar con la renovación de los dientes de un tiburón: las filas nuevas van sustituyendo las viejas constantemente. Y cuanto más crece el bicho asqueroso, más dientes aparecen en su bocaza, y cuanto más a menudo estos se cambian, más largos y afilados se vuelven.

Al cambiar las «generaciones», muchas veces (¡muchísimas!) fallecían también espías inocentes (según el criterio comunista), sin embargo, el tiburón soviético nunca se quedó sin dientes. Recordemos que Hitler también exterminó a muchos miembros fervientes de una de las organizaciones nazis más importantes: las SA[103]. ¿Acaso eso hizo más débil al régimen hitleriano?

La diferencia entre Hitler y Stalin consistía en que este se preparaba para la guerra a lo grande. Stalin organizaba «noches de cuchillos largos» no solo para los miembros de sus grupos de asalto, sino también para sus generales, mariscales, espías, ingenieros aéreos, etc. Stalin reconocía que era muy importante recibir de sus espías maletines repletos de materiales secretos, pero pensaba que también era importante no recibir de sus espías un maletín bomba. Se guiaba no solo por los intereses particulares, sino también por los estatales. La lealtad de los altos mandos estatales, políticos y militares en situaciones críticas era uno de los elementos principales de preparación para la guerra.

Si en el momento más crítico a Stalin nadie le metió una bomba debajo de la mesa, no fue casual. Gracias al terror permanente y premeditado en el seno del GRU, Stalin no solo consiguió una calidad altísima de la información secreta que se obtenía, sino que protegió a la cúpula directiva del país de todo tipo de amenazas en los momentos más críticos.

El espía Richard Sorge (seudónimo profesional: Ramsay) perteneció a aquella fila de dientes que el 29 de julio de 1938 Stalin decidió extirpar con fines profilácticos.

2

El servicio de inteligencia soviético no era tan simple como para publicar los informes más interesantes de Sorge. Pero incluso el análisis de alguno de ellos nos deja desorientados. Prescindiendo de sus múltiples telegramas, muy parecidos entre

sí, voy a citar aquí tres de los más representativos, que se publicaron en la Unión Soviética ya en la época de Jruschov.

> Enero de 1940:
>
> Le agradezco su atención y la sugerencia acerca de las vacaciones. Sin embargo, si me voy de vacaciones, el volumen de información descenderá enseguida.
>
> Mayo de 1940:
>
> Es bastante lógico que la situación político-militar actual retrase nuestra vuelta a casa. Insistimos una vez más en que no es el momento de planteárnoslo.
>
> Octubre de 1940:
>
> ¿Podré contar con la posibilidad de volver a casa una vez acabada la guerra?

¿Qué raro, no? ¡Un espía militar soviético que, antes de la guerra, pregunta a sus jefes si podrá volver a casa después de la guerra! Por cierto, después de la pregunta citada, Sorge detallada sus numerosos méritos y servicios valiosos prestados al Gobierno soviético.

¡Qué cifrado más extraño! Cualquier espía sabe que le van a dejar volver a casa después de la guerra. ¿Para qué saturar las ondas con una pregunta tan trivial? Cada palabra emitida en directo ponía en peligro toda la organización de espionaje. ¿Acaso la radio clandestina y los códigos altamente confidenciales se habían creado para que Sorge lanzara al aire semejantes preguntas?

Más raro aún suena el tercer telegrama si lo comparamos con los dos primeros (insisto en que hubo muchos mensajes parecidos). Moscú dice a Sorge: ¡anda, ven para acá de vacaciones cuando quieras, olvídate de la guerra y descansa! ¡¿Entonces, por qué tiene que preguntar si puede volver después de la guerra si le están diciendo que lo haga ya?!

En la Unión Soviética a Sorge le dedicaron numerosos libros y artículos. En algunos de ellos le dirigen una extraña alabanza: era un gran espía, un comunista acérrimo, y tan acérrimo que gastaba su sueldo de corresponsal para financiar su actividad clandestina en el extranjero. ¡Vaya chorradas! ¿Acaso los presos no extraían oro suficiente? ¿Tan pobres eran los servicios secretos soviéticos para someter a uno de sus mejores agentes a semejante humillación?

Pero el artículo más interesante lo publicó la revista *Ogoniok* (1965, n.º 17), que afirmaba que Sorge disponía de unos documentos importantísimos y, sin embargo, no los podía hacer llegar a la Sede, porque esta no le enviaba mensajero. *Ogoniok* no decía por qué la Sede de los servicios de espionaje no podía enviar a Sorge un mensajero y me apeteció descubrirlo.

La respuesta resultó ser fácil.

En aquel entonces, Yan Berzin —uno de los dirigentes más brillantes del servicio de inteligencia militar soviético, que en su momento se había encargado de enrolar a

Sorge— fue ejecutado después de largas e inhumanas torturas.

Solomón Uritski, otro jefe del GRU, que enviaba órdenes a Sorge personalmente, también fue fusilado.

El agente residente en Alemania Y. Górev, responsable de la comunicación con Sorge, se encontraba en la cárcel (*Komsomólskaya Pravda*, 8 de octubre de 1968).

La colaboradora secreta de Richard Sorge, Aino Kuusinen —la mujer del subjefe del GRU, que era presidente de la «República Democrática Finlandesa» y futuro miembro del Presidium del Comité Central del PCUS—, también estaba encarcelada.

La mujer de Sorge, Yekaterina Maksímova, fue arrestada, confesó su confabulación con los enemigos de la Patria y acabó fusilada.

El agente residente en Shanghái y antiguo sustituto de Sorge, Karl Rimm, volvió «de vacaciones» a Moscú, donde fue ejecutado.

En esto, a Sorge le proponen volver a la URSS a pasar las «vacaciones». ¿Sabría el célebre espía el motivo verdadero de tales atenciones? Claro que sí. Además, las fuentes soviéticas no lo ocultan: «Sorge se negó a volver a la URSS […] No cabe duda de que sabía lo que le esperaba» (Medvédev, R. A., *Al juicio de la historia: el origen y las consecuencias del estalinismo*, Nueva York, 1974, pág. 419). Durante todos esos «deshielos» y «perestroikas» hubo muchas publicaciones sobre el tema.

Total, en la Unión Soviética Ramsay ya era considerado enemigo y lo estaban llamando a Moscú para fusilarlo. Su respuesta era: no iré al fusilamiento, ya que no quiero interrumpir mi trabajo tan interesante.

Analicemos las palabras «se negó a volver a la URSS». ¿Cómo se llamaba en la jerga soviética a un individuo que hacía eso? Correcto: «no retornado». En aquella época se había inventado un término incluso más exacto: «no retornado malintencionado».

Ya sabemos por qué Sorge tenía que pagar a los colaboradores de su bolsillo, es que la Sede había dejado de financiarlo. ¡Los mensajeros no tenían mucha prisa para ir a ver a un espía caído en desgracia!

Amenazado de muerte, Sorge siguió en el extranjero trabajando para los comunistas, pero ya no era miembro de una organización de inteligencia institucional, sino más bien un soplón entusiasta y mandaba chivatazos a Moscú no tanto por ganar dinero como por placer. Ramsay pensaba así: ahora no voy y, cuando acabe la guerra, se darán cuenta de que les decía la verdad, y me valorarán, y me perdonarán. La Sede central del servicio de inteligencia tampoco pierde el contacto con él y a cada telegrama suyo respondía: vuelve a casa, vuelve a casa, vuelve a casa… Y Ramsay les contestaba: estoy muy ocupado, estoy muy ocupado, estoy muy ocupado…

Así que, respondiendo a la pregunta que encabeza el presente capítulo, puedo decir que Stalin desconfiaba de Richard Sorge porque este era un no retornado malintencionado y, por consiguiente, condenado a muerte. Sus compañeros lo deberían de condenar en dos ocasiones: la primera habría sido en 1938, cuando le tocaba según la lista general y, después, le endilgaron el «no retorno».

El camarada Sorge no se fiaba demasiado del camarada Stalin, por eso no quería volver. ¿Cómo iba a confiar el camarada Stalin en alguien que no confiaba en él?

3

Alguien se ha inventado la leyenda según la cual Richard Sorge avisó al Directorio de Inteligencia del Estado Mayor del Ejército Rojo de la inminente invasión alemana, pero no le hicieron caso. Sin duda, Sorge era un gran espía, pero nunca llegó a comunicar a Moscú nada importante en relación con el ataque alemán. Más aún, él mismo fue víctima de la desinformación y durante tiempo estuvo proporcionando al GRU datos inexactos. Aquí tenemos un telegrama que envió Sorge el 11 de abril de 1941:

> El representante del Estado Mayor [de Alemania] en Tokio declaró que, en cuanto acabe la guerra en Europa, va a empezar la guerra contra la Unión Soviética.

Hitler también era un tipo listo. Este preparaba la invasión de la URSS difundiendo mentiras que parecían pura verdad. Sabiendo perfectamente que ya no iba a ser posible disimular los preparativos de Alemania para la invasión de la Unión Soviética, susurraba en secreto (pero de tal modo que todo el mundo lo oyese): sí, quiero atacar a Stalin, pero solo después de terminar la guerra en el occidente.

Si el telegrama de Sorge del 11 de abril (y otros muchos por el estilo) dijese la verdad, no habría que preocuparse demasiado. La guerra en Europa continuaba, con más o menos intensidad, y no se le veía fin. Según Sorge, solo cuando la guerra en el occidente terminase, sería posible el traslado de las hostilidades al territorio de la URSS. En otras palabras, Sorge decía que Hitler seguiría combatiendo en un único frente.

En el GRU todo eso lo sabían mejor que Sorge. Tras haber estudiado en profundidad todos los aspectos económicos, políticos y estratégicos de la situación, llegaron a dos conclusiones:

1. Alemania no es capaz de ganar una guerra a dos frentes, y menos aún si los frentes son tres o cuatro.
2. Por tanto, Hitler no va a empezar una guerra en el este antes de acabar la del oeste.

La primera conclusión era correcta. La segunda, no. A veces las guerras se empiezan sin la intención de ganarlas.

Incluso antes del «aviso» de Sorge, el 20 de marzo de 1941, el jefe del Directorio de Inteligencia del Estado Mayor, teniente general Filipp Ivánovich Gólikov, presentó a Stalin un informe detallado que terminaba así: «el momento más probable del comienzo de hostilidades contra la URSS llegaría tras la derrota de Inglaterra o bien

tras la firma con esta de un acuerdo de paz favorable para Alemania» (*Año 1941*, libro primero, pág. 780).

El camarada Stalin no necesitaba a Gólikov ni le hacía falta leer su informe para saber que Hitler no podía empezar a combatir en dos frentes a la vez. Es por ello que, en respuesta a la carta de Churchill del 25 de junio de 1940, casi un año antes de las «valiosas advertencias» de Sorge, Stalin supuso que Hitler solo podía empezar la guerra contra la URSS en 1941 con la condición de que para aquel entonces Gran Bretaña hubiera bajado las armas.

Pero Hitler, al firmar con Stalin el Pacto Ribbentrop-Mólotov, se vio en un callejón sin salida, es decir, se dio cuenta de que, si no atacaba a Stalin, este le iba a clavar el puñal por la espalda. Y empezó primero. Eso sí que no lo esperaban ni Gólikov ni Stalin.

Para Alemania era una decisión suicida, pero Hitler ya no tenía otra salida. Stalin no contó con que, al verse entre la espada y la pared, Hitler se lanzaría sobre la espada. El jefe de los servicios de inteligencia, teniente general Gólikov, tampoco se lo podía imaginar. Y Sorge (entre otros) con sus telegramas confusos lo único que hacía era reafirmarlos en su ignorancia.

Me replicarán que después, el 15 de junio de 1941, Sorge indicaría la fecha exacta de la invasión alemana: el 22 del mismo mes. Vale. ¿Pero cómo se le iba a creer si primero había dicho que Hitler no lucharía contra Stalin antes de acabar la guerra con Gran Bretaña y luego rectificó al señalar como fecha del ataque el 22 de junio de 1941 y anulando de esta forma sus advertencias anteriores?

Las conjeturas de Sorge eran contradictorias; además, no pasaron de ser conjeturas. El Directorio de Inteligencia del Estado Mayor, que al poco tiempo se convertiría en el GRU, nunca hizo caso a conjeturas, ¡*jamás*! Y bien hecho, porque lo único que vale es la información con pruebas.

4

Richard Sorge fue uno de los espías más destacados del siglo XX, no cabe duda. No en vano, lo condecoraron póstumamente con el grado de distinción superior: Héroe de la Unión Soviética. Pero hemos de reconocer que su grandeza yace en otra parte.

El principal objeto del trabajo de Sorge en Japón no era Alemania, sino Japón. El jefe del GRU Uritski encomendó a Sorge la siguiente misión personal: «La finalidad principal de su labor en Tokio consiste en eliminar la posibilidad de una guerra entre Japón y la URSS. Zona de actuación: la embajada alemana» (*Ogoniok*, 1965, n.º 14). La embajada alemana no era más que una tapadera que utilizaba Sorge para alcanzar su objetivo inicial. Fijémonos en el siguiente detalle: no se trataba de avisar sobre la invasión, sino de prevenirla, es decir, había que encauzar la agresión nipona hacia otra dirección.

Es bien sabido que en otoño de 1941 Sorge comunicó a Stalin que Japón no iba a

participar en la guerra contra la Unión Soviética. Tras valorar dicha información, Stalin quitó de las fronteras orientales a decenas de divisiones y las lanzó hacia Moscú, volcando la situación estratégica a su favor.

Se sabe menos sobre la causa por la que esta vez Stalin creyó a Sorge. Le creyó solo porque, aparte de la información, este le había enviado pruebas. Los historiadores soviéticos han preferido no despotricar demasiado sobre dichas pruebas. Lo cual es bastante comprensible. Sorge tenía solo una forma de demostrar que Japón no iba a atacar a la Unión Soviética: indicando a quién iba a atacar en su lugar. Eso mismo fue lo que hizo Sorge al informar de que Japón se estaba preparando para atacar a los Estados Unidos.

La propaganda soviética infló premeditadamente los mitos sobre las «advertencias» de Sorge previas a la invasión alemana para desviar la atención social de que la Unión Soviética no había avisado a Estados Unidos, su aliado, de las intenciones agresivas de Japón.

Sorge no se limitó a demostrar a Stalin que Japón no atacaría a la Unión Soviética. Sus méritos en este sentido fueron mucho mayores. De acuerdo con la misión que se le había encomendado desde la Sede, Sorge no solo predecía los acontecimientos, sino que, en ocasiones, los encauzaba.

En agosto de 1951 el caso de Sorge fue investigado en el Congreso de Estados Unidos. Durante la audiencia se demostró que los servicios de inteligencia militar soviéticos, sobre todo el grupo de espionaje ilegal Ramsay[104], hicieron todo lo posible para que Japón empezase una guerra en el Pacífico y para trasladar las hostilidades al territorio de Estados Unidos («Hearings on American Aspects of the Richard Sorge Spy Case. House of Representatives Eighty Second Congress», First Session, August 9, 22 and 23, Washington, D. C., 1951).

A pesar de que el «rompehielos» japonés no lo había creado Sorge, este hizo muchísimo para dirigirlo hacia donde quería Stalin. Por eso cuando Sorge tenía pruebas suficientes, Stalin confiaba plenamente en sus informes.

CAPÍTULO 48

¿Por qué Stalin no fusiló al teniente general Gólikov?

> Los futuros historiadores llegarán a la conclusión de que, si se tiene en cuenta la situación militar, la invasión de Rusia fue un gran error político y que todos los esfuerzos militares estaban condenados al fracaso desde el principio.
>
> HERMANN HOTH[105]

1

El espionaje es el trabajo menos agradecido del mundo. Se hace famoso el que fracasa, el que mete la pata, y al que ahorcan. Como Sorge, por ejemplo. Pero aparte de perdedores, Stalin tenía espías realmente brillantes y suertudos, que alcanzaron unos resultados vertiginosos y a la vez no llegaron a célebres, es decir, no fueron ejecutados. Hubo espías soviéticos que tuvieron acceso a los secretos de Hitler más recónditos. El Mariscal de la Unión Soviética A. A. Grechko testifica:

> Once días después de que Hitler aprobara el plan definitivo de la guerra contra la Unión Soviética (18 de diciembre de 1940), toda la información y los datos principales de la resolución del mando alemán estaban en manos de nuestros servicios de inteligencia (*RHM*, 1966, n.º 6, pág. 8).

En diciembre de 1940, el jefe del GRU, teniente general Gólikov, informó a Stalin de que, según fuentes fidedignas, Hitler había decidido luchar a dos frentes, es decir, atacar a la Unión Soviética sin esperar a que terminase la guerra en Occidente. El informe de Gólikov, de una importancia extrema, fue estudiado en una reunión de los altos mandos soviéticos en presencia de Stalin. Este no creyó que aquello pudiera ocurrir y dijo que cualquier documento se podía falsificar. Además, exigió a Gólikov que organizase el trabajo del servicio de inteligencia de tal forma que en cualquier momento se pudiera saber si lo que estaba haciendo Hitler era prepararse para la guerra o si todo aquello era un farol. Gólikov dijo que las medidas correspondientes ya se habían tomado, que el GRU estaba pendiente de todos los aspectos del sistema militar de Alemania para saber cuándo realmente se iba a producir el ataque y que, por el momento, no se observaba ningún tipo de preparativos. Stalin preguntó a Gólikov si la información era fidedigna. Este respondió que se lo diría solo a Stalin, sin testigos.

De ahí en adelante, Gólikov empezó a informar a Stalin personalmente. Gólikov no dejaba de insistir en que la preparación para el ataque aún no había empezado. Sus informes hablaban de la concentración de inmensas cantidades de tropas alemanas en las fronteras soviéticas, de reservas infinitas de municiones, de reagrupación de la aviación alemana, indicaban los nombres de sus nuevos emplazamientos y los

apellidos de los oficiales. Sin embargo, Gólikov no lo consideraba como preparación debida para la invasión; y, según él, sin una preparación debida atacar a la Unión Soviética era igual a un suicidio.

En la madrugada del 22 de junio de 1941, comenzó la Operación Barbarroja. ¿Y qué hizo Stalin con Gólikov? Nada malo. Gólikov no cayó en desgracia. El 8 de julio de 1941 Stalin mandó a Gólikov a Gran Bretaña y a Estados Unidos dándole instrucciones operativas personalmente. Tras aquel fructífero periplo, Gólikov dirigió ejércitos y frentes, luego volvió a encabezar el servicio de inteligencia militar, cuyo órgano superior, por aquel entonces, acababa de recibir el nombre de Directorio General de Inteligencia.

En 1943, Stalin asignó al teniente general Gólikov el cargo de subcomisario del pueblo para la Defensa, responsable de la selección de personal, es decir, lo convirtió en uno de sus suplentes. Stalin no confiaba a cualquiera la delicada tarea de selección de personal; por ejemplo, a Beria no se la había querido confiar.

Posteriormente, incluso después de la muerte de Stalin, Gólikov siguió ascendiendo. Llegó a general de ejército y, justo dos años más tarde, fue nombrado Mariscal de la Unión Soviética.

2

Está claro que el Mariscal de la Unión Soviética Gólikov en ninguna de sus memorias mencionó su trabajo en calidad de jefe del servicio de inteligencia militar soviético, nunca dijo ni una palabra de cómo había seguido la preparación de Alemania para la invasión de la Unión Soviética, ni de cómo sobrevivió al ataque, ni de por qué empezó a ascender en el escalafón. Acuérdense ustedes de los que precedieron a Gólikov en el puesto de jefe del servicio de inteligencia militar y fíjense en cómo acabaron, a pesar de que durante su mandato no se produjo nada semejante a la invasión alemana. ¿Sorprendente, verdad? A mí personalmente el misterio de la vertiginosa carrera de Gólikov siempre me había llamado la atención y, estando en la Academia Diplomática Militar, encontré la respuesta. Más tarde, trabajando en el aparato central del GRU, obtendría una confirmación de mi descubrimiento juvenil.

Gólikov informaba a Stalin de que Hitler no estaba preparando ninguna guerra contra la Unión Soviética. Y lo que decía Gólikov era verdad: Hitler **no había preparado la guerra** contra la URSS como tenía que haberlo hecho, teniendo en cuenta las dimensiones de la operación.

Las principales fuentes de las que cualquier servicio de inteligencia obtiene la información para sacar sus conclusiones nunca son las copias de los planes del enemigo. Los servicios de inteligencia no creen en los documentos, sino en los indicadores. Es importante identificarlos y saber valorar los datos que proporcionan.

Un ejemplo: la sobrecogedora ofensiva de las tropas alemanas en Kursk en 1943. Tropas millonarias se enzarzan en un combate atroz. Las cuñas de tanques alemanes

empiezan a quebrar la defensa de los frentes soviéticos y a rodear sus fuerzas principales para cerrar el cerco. Cientos de tanques acaban envueltos en llamas. Traquetea la artillería. Las batallas aéreas eclipsan el cielo.

De repente, de una compañía maltrecha, que ha perdido a casi todos sus batidores, al cuartel general de una división de fusileros, igual de machacada, desangrada y apisonada por las orugas de los tanques, entre el estruendo de cañonazos y por encima del rugido de motores, llega un telegrama: ¡Tierra! ¡Tierra fresca!

El jefe de batidores se lo dice a gritos al jefe del cuartel general. Este se lo comunica de inmediato al jefe de la división. El jefe de la división en persona coge la radio y grita: ¿Es tierra? ¿Estás seguro de lo que dices? El jefe de batidores insiste: ¡Es tierra! ¡La estoy viendo yo!

¡La noticia, como una descarga eléctrica, sube al cuartel general del cuerpo! ¡Al cuartel general del ejército! ¡Al cuartel general del frente! ¡Al Estado Mayor Central!

El jefe del Estado Mayor, sin más dilación, a través de una línea directa se lo comunica al comandante supremo: ¡Tierra! ¡Trozos de tierra fresca!

De ahí, desde lo más alto, a los cuarteles generales de los frentes, ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y regimientos, enseguida llega la orden: ¡Atención! ¡Si ven tierra fresca, comuníquenselo de inmediato al mando superior!

Y como un eco de diferentes batallones, regimientos, brigadas y divisiones responden: ¡Sí! ¡Es tierra! Los batidores y los oficiales, a través de sus prismáticos, catalejos y miras ópticas, están viendo volar trozos de tierra fresca.

Es un indicador. Significa que el potencial ofensivo de los alemanes se ha agotado. Sus tropas se han detenido y tienen la orden de fortificarse en el terreno.

Es un momento que no se puede perder. Otra orden, como una descarga eléctrica, recorre el frente: ¡Francotiradores, disparen a cualquiera que se asome del parapeto! ¡Servidores de mortero, ráfagas permanentes! ¡Que no se atrinchere ni uno! ¡Brigadas de tanques y regimientos de tanques pesados de asalto, toda la aviación: en disposición de combate! ¡Divisiones de tiradores, a seguir a los tanques! ¡A la primera salva de las *Katiushas*, al ataque!

3

El servicio secreto conoce muchos indicadores que, como los pilotos de un cuadro de mandos, no solo permiten controlar la situación, sino que ayudan a predecirla.

El teniente general Gólikov ocupó el cargo de jefe del Directorio de Inteligencia del Estado Mayor en julio de 1940. Sabía que Stalin no creía en los documentos (él tampoco creía en ellos), por eso se dedicó a buscar claves que le indicasen el momento exacto del inicio de las preparaciones de Hitler para la invasión de la URSS. Y las encontró.

Por ejemplo, todos los espías residentes en Europa recibieron la orden de controlar la población de corderos. Sus agentes tenían que infiltrarse en todas las

instituciones directa o indirectamente relacionadas con la «cuestión ovina». Durante varios meses, se recopilaron y se clasificaron datos sobre la población de corderos en Europa, sobre los principales centros ganaderos y mataderos. Gólikov recibía con regularidad información sobre los precios de carne de cordero en Europa.

Luego, los servicios de inteligencia militar soviéticos empezaron una verdadera cacería de harapos sucios y papel grasiento que los soldados alemanes abandonaban en lugares donde habían limpiado sus armas. En Europa había muchas tropas alemanas. La mayoría se encontraban en condiciones de campaña. Cualquier soldado suele engrasar su arma por lo menos una vez al día. El trapo y el papel usados normalmente se debían quemar o enterrar. Pero, claro, esta regla no siempre se cumplía al pie de la letra, por lo cual el servicio de inteligencia militar soviético tuvo la posibilidad de obtener gran cantidad de trapos sucios. Para suscitar sospechas, en cada uno de los trapos se envolvía algún cachivache de hierro y solo después el valioso botín se cargaba en trenes y se enviaba a la URSS. Si surgían problemas con la policía, esta se fijaba únicamente en el objeto metálico (que siempre era algo totalmente inofensivo), pero no prestaba ninguna atención al sucio andrajo que lo protegía. Aparte de eso, al extranjero se enviaban, de forma legal o ilegal, lámparas de queroseno, anafes, sopletes, tornillos, quinqués y mecheros.

Todo eso lo analizaban cientos de expertos soviéticos, los resultados se comunicaban a Gólikov y este, a su vez, informaba a Stalin de que Hitler todavía no había empezado la preparación de la ofensiva y añadía que no había que prestar atención alguna a la concentración de tropas ni a los documentos de los altos mandos alemanes.

Gólikov creía (y tenía toda la razón del mundo) que para combatir contra la URSS hacía falta una preparación muy seria. Para preparar la invasión a la Unión Soviética, Alemania necesitaba abrigos de piel de cordero, como mínimo seis millones. Gólikov sabía que en toda Alemania no había ni una sola división en condiciones de luchar en el territorio ruso. A los corderos europeos no les quitaba ojo, porque sabía que, en cuanto Hitler de verdad decidiese atacar a la URSS, los altos mandos de la Wehrmacht ordenarían a la industria que empezara a fabricar millones de abrigos de piel de cordero. Tal decisión se reflejaría inevitablemente en el mercado europeo. A pesar de la guerra, al sacrificar a millones de animales, los precios de la carne de cordero se desplomarían. Al mismo tiempo, los precios de las pieles de ovino se dispararían.

Gólikov creía que para la guerra contra la URSS el ejército alemán tenía que engrasar sus armas con un aceite especial. El lubricante que habitualmente utilizaban los alemanes se congelaba a bajas temperaturas, las piezas metálicas se encasquillaban y el fusil no disparaba. Gólikov estaba esperando a que el ejército alemán cambiara el tipo de lubricante. Los análisis de trapos sucios realizados en la Unión Soviética demostraban que la Wehrmacht tanto en verano como en invierno utilizaba el mismo aceite y no pensaba preparar sus armas para el clima ruso.

Los expertos soviéticos analizaban también los carburantes alemanes. Los combustibles normales a bajas temperaturas se desintegraban en elementos refractarios. Gólikov sabía que, si Hitler se atreviese a dar el paso suicida y atacase a la Unión Soviética antes de derrotar a Gran Bretaña, tendría que dejar de producir el carburante líquido de siempre y empezar a hacer otro especial para temperaturas más bajas. Eran precisamente los diferentes tipos de combustible alemán los que se transportaban en lámparas de queroseno, anafes, sopletes, tornillos, quinqués, mecheros y artilugios similares. Había muchos otros aspectos que estaban bajo el control estricto del GRU y tenían que servir de indicadores: desde tubos de radio hasta ciertos dispositivos mecánicos de locomotoras alemanas[106].

Pero Hitler puso en marcha la Operación Barbarroja casi sin ninguna preparación. Por qué actuó de esa forma probablemente nunca dejará de ser un enigma. El ejército alemán estaba hecho para combatir en Europa Occidental, sin embargo, Hitler no tomó medidas para prepararlo mejor para la guerra con la URSS.

Stalin no tenía por qué castigar a Gólikov. Este había hecho todo lo que había podido y más para destapar los preparativos de los alemanes para la invasión de la Unión Soviética, pero no encontró indicios suficientes. Había muchas tropas concentradas en las fronteras germano-soviéticas, nada más. Entonces, Gólikov dijo que solo se tuviesen en cuenta las divisiones realmente preparadas para atacar, es decir, las que tenían en sus almacenes como mínimo quince mil abrigos de piel de cordero (según el número de efectivos). En aquel entonces, la Wehrmacht no tenía divisiones así.

Gólikov no tenía la culpa de no haber descubierto en Alemania preparativos para la guerra contra la Unión Soviética; simplemente, no los había.

4

En la primera edición de este libro solo mencioné dos formas de comprobar cuáles eran los planes reales de Hitler.

El mando del Directorio de Inteligencia del Estado Mayor del Ejército Rojo sabía qué tipo de combustible líquido y qué lubricantes se producían tanto en Alemania como en los territorios conquistados. También sabía en qué cantidad. Las reservas de combustible de las que disponía Hitler no eran suficientes para llevar a cabo operaciones ofensivas profundas.

Pero la atención de los expertos se centró sobre todo en la calidad de los combustibles alemanes. Los análisis demostraron que los laboratorios científicos alemanes no estaban investigando sobre nuevos tipos de carburantes y lubricantes, que la industria de Alemania no fabricaba carburantes ni lubricantes resistentes al frío y que ni los órganos responsables de la Wehrmacht ni los de la Luftwaffe intentaban almacenar carburantes o lubricantes adecuados para una gran guerra con la URSS.

Para no sobrecargar la primera edición de *El rompehielos*, solo le dediqué un par

de frases al tema. Está claro que en la Academia Diplomática Militar nos habían contado mucho más sobre estas cosas y con muchos más detalles. Por ejemplo, incluso cuarenta años después me acuerdo de que la temperatura de cristalización del benceno puro es de 5,4 °C.

En Alemania la gasolina se obtenía por medio de hidrogenación del carbón de baja calidad. A la gasolina obtenida había que añadirle benceno en grandes cantidades. El benceno tiene una capacidad antidetonante bastante elevada y se suele utilizar para aumentar el octanaje de los carburantes, pero entonces disminuye la resistencia a las bajas temperaturas. La temperatura de cristalización de los principales tipos de gasolina en Alemania oscilaba entre −9,6 °C y −14,5 °C. Está claro que había que ser idiota perdido para ir con esa gasolina a combatir a un país donde la temperatura media en invierno es de −20 °C. El servicio de inteligencia soviético no tenía a los generales alemanes por idiotas, por eso estaba seguro de que Alemania no se estaba preparando para una guerra de invasión.

Hubo otra prueba que demostraba una falta total y absoluta de preparación de Alemania para la guerra con la Unión Soviética. Si se quería someter a Rusia, hacían falta como mínimo seis millones de abrigos de piel de borrego, pero los estrategas alemanes no habían conseguido ni un millón, ni un centenar, ni un abrigo siquiera. El servicio de inteligencia militar soviético lo sabía y extrajo de ahí conclusiones incontrovertibles: Hitler no estaba preparado para luchar contra la URSS.

Hay que reconocer que la conclusión era atinada e indiscutible. La falta de preparación era más que evidente. ¿Quién lo iba a negar?

Está claro que no solo se trataba de abrigos; los soldados de Hitler también necesitaban botas de fieltro, ropa interior cálida, tiendas de campaña aisladas del frío, guantes, gorros, estufas portátiles, esquís, cera para esquís, uniforme de camuflaje de invierno, anticongelante para armas de fuego, calentadores de agua y de lubricantes, baterías eléctricas resistentes al frío, combustible adecuado y anticongelante para tanques, vehículos y aviones. Además, hacían falta orugas anchas para tanques, cientos de miles de coches todoterreno, etcétera. Pero no había nada de eso. La falta de preparación era evidente, completa, vergonzosa y escandalosa.

Visto todo esto, pensé que nadie osaría dudar de la falta de preparación de Alemania para la guerra con la URSS, pero estaba equivocado.

Incluso antes de que viera la luz *El rompehielos*, en respuesta a un par de capítulos de este libro que se habían publicado aisladamente, un tal Iósif Kosinski se puso a defender a Hitler y a sus sabios generales (*Nóvoye Rússkoye Slovo*, [Nueva palabra rusa], 26 de junio de 1989) y anunció que los alemanes no necesitaban abrigos de piel para nada, porque el plan era «ganar la guerra en el este antes de que llegara el invierno». Según Kosinski, los alemanes pensaban arrasar la Unión Soviética en tres meses. Fue la declaración más sorprendente que había oído en mi vida.

Después de Kosinski apareció toda una pléyade de defensores de la genialidad

estratégica alemana. Lumbreras de la ciencia histórica procedentes de Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña y Francia vocearon: ¡Hitler no necesitaba abrigos! ¿Acaso ese Suvórov no sabe que tenía intención de llevar a cabo la operación en tres meses?

Semejante insistencia me pareció incluso sospechosa; daba la impresión de que alguien se había inventado aquel estupidísimo argumento y lo envió a todos mis críticos a la vez. Estos se agarraron a los pobres borregos y erre que erre: es que está claro, Suvórov no sabe que lo que planeaba Hitler era un ataque relámpago.

El tema de los abrigos y de los borregos invadió los titulares de periódicos y revistas: «*El rompehielos* entre borregos», «Al autor de *El rompehielos* le fallan los borregos». Va el consejero del presidente de Rusia, teniente general D. A. Volkonógov, y dice: «En cuanto a los abrigos de piel de cordero […] se podría precisar un poco más. Los abrigos no hacían falta, ya que la guerra iba a durar tres meses» (*Izvestia*, 16 de enero de 1993). Vaya con el rebaño de borregos. Más y más reproches caían sobre mi cabeza, cual pedradas:

> Curioso concepto estratégico le sale a Rezún; al parecer, de verdad cree que somos borregos. Que los lectores que tengan un poco de autoestima y que no quieran que les tomen el pelo diletantes desvergonzados se den cuenta de lo poco serias que son semejantes afirmaciones. En realidad, al empezar la guerra, Hitler ni siquiera pensó en esos abrigos de piel porque contaba con llevar a cabo una guerra relámpago, que tenía que acabar antes del invierno (Garéyev, M., 9 de febrero de 1994).

Eso lo dice el general de ejército Majmut Garéyev, doctor en Ciencias Militares e Históricas, catedrático y presidente de la Academia de las Ciencias Militares[107].

Semejantes declaraciones me producían vértigo.

Ya hemos escuchado a los defensores de Hitler. Ha llegado el momento de responder. Por unos instantes, supongamos que mis críticos tuvieran razón. Imaginémonos que Hitler de verdad no necesitaba abrigos de borrego porque su intención era conquistar la Unión Soviética en tres meses. Si así fuera, tenía que haber actuado de acuerdo con sus intenciones.

¿Y qué problema hubo? Las hordas hitlerianas pisaron por primera vez la tierra soviética el 22 de junio, lo cual quiere decir que al cabo de tres meses, o sea, el 21 de septiembre, les tocaba celebrar la victoria. ¿Por qué la guerra no acabó en septiembre, pues?

Los historiadores dicen que las causas fueron puramente geográficas: distancias inmensas, falta de carreteras y el mal clima. Estoy de acuerdo. Pero teniendo en cuenta que en Rusia siempre existieron esas condiciones geográficas y climatológicas, las tropas invasoras se tenían que haber preparado para ellas. Había que equiparse de vehículos todoterreno capaces de circular por la nieve, para los tanques y aviones había que conseguir combustibles y lubricantes resistentes al frío, la infantería tenía que llevar esquís y los dichosos abrigos de borrego.

En esto los historiadores replican al unísono: ¡no, no era imprescindible, ya que estaba planeado terminar la guerra en tres meses!

El círculo se ha cerrado. El honor de los estrategas hitlerianos está a salvo. Estos no consiguieron terminar la guerra relámpago en tres meses por culpa de las condiciones geográficas y climatológicas adversas, pero prepararse para dichas condiciones no era necesario porque, según sus planes, la guerra iba a durar tan solo tres meses.

No estoy bromeando. Lean las «revelaciones» de Volkogónov, Kosinski, Goebbels, Garéyev o Steinberg. En un solo artículo, cuando no en un solo enunciado, demuestran que los sabios generales de Hitler querían terminar la guerra rapidito, pero se lo impidió el mal tiempo; y que para el mal tiempo no necesitaban prepararse porque les apetecía acabar la guerra rapidito.

Fíjense en lo ilógicos que son los argumentos de mis críticos: los estrategas hitlerianos planeaban terminar la guerra en **septiembre**, pero por culpa del barro de **octubre** y del frío de **noviembre** no lo lograron.

Los ingeniosísimos jefes militares alemanes no consiguieron poner de rodillas a la Unión Soviética, pero los defensores de Hitler siguen berreando: ¡sí, era posible! Hitler era tan grande e inteligente, dicen ellos, que, combatiendo contra Gran Bretaña y contra toda Europa, era al mismo tiempo capaz de derrotar a la URSS… ¡en tres meses!

Preguntemos a los admiradores de Hitler: ¿y qué medidas tomó el alto mando alemán para terminar la guerra en tres meses antes de que empezasen los barrizales, el frío y la nieve? Que contesten. ¿Podía Hitler, en tres meses, destruir a bombazos la «última región industrial, la de los Urales[108]» o no? ¿Tenía Hitler bombarderos de largo alcance para realizar tal tarea o no? ¿Disponía Hitler de aeródromos en el Volga para llegar a los Urales o no? ¿Tenía combustible suficiente para llevar a cabo semejante operación? ¿Sí o no?

Cualquier escolar sabe que Hitler no tenía bombarderos de largo alcance, al igual que no tenía combustible para estos. Si fuera así, la guerra, de cualquier modo y como mínimo, se alargaba un mes más: hasta octubre. Por la experiencia de Bonaparte, los estrategas de Hitler tenían que saber que en Rusia, en octubre, a veces nieva. Y efectivamente: en 1941, «en la madrugada del 6 al 7 de octubre cayó la primera nevada» (Guderian, G., *Recuerdos de un soldado*, Smolensk, Rusich, 1998, pág. 316).

Por falta total de preparación para la invasión y la simple imposibilidad de destruir la industria soviética al otro lado del Volga, las tropas hitlerianas se vieron obligadas a continuar la guerra en la época de barrizales otoñales y, más tarde, durante el invierno ruso. ¿Necesitaban abrigos de piel de cordero o podían prescindir de ellos? ¿Y por qué los *volkogónov* y los *garéyev* se ríen de Stalin, que consideraba el propósito de Hitler un delirio? ¿Por qué no se ríen de los propósitos delirantes de Hitler?

CAPÍTULO 49

El 24 de mayo de 1941: una reunión misteriosa en el Kremlin

> El dominio aéreo es la base del éxito de una operación. Dicho dominio se consigue con un ataque inesperado y demoledor de todas las Fuerzas Aéreas contra la aviación del enemigo en sus emplazamientos.
>
> GUEORGUI ZHÚKOV[109]

1

El 24 de mayo de 1941, en el Kremlin se celebró una reunión misteriosa. Fijémonos en la nómina de participantes.

Los altos mandos políticos del país:

- presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, Stalin,
- vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, Mólotov.

Los altos mandos militares del país:

- comisario del pueblo para la Defensa, Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko,
- jefe del Estado Mayor, general de ejército Zhúkov,
- subjefe primero del Estado Mayor, teniente general Vatutin,
- jefe del Directorio General de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, teniente general de aviación Zhigáyev.

Para aquel entonces, el Frente del Norte ya se había separado en secreto del Distrito Militar de Leningrado; el Frente Occidental, el del Noroeste y el del Sudeste se habían disgregado de los distritos Occidental, del Báltico y de Kiev; y el 9.º ejército se separó del Distrito Militar de Odesa.

En la reunión también estaban los jefes de las tropas de los cuatro frentes y del 9.º ejército, miembros de los consejos militares y los mandos de las Fuerzas Aéreas de los frentes y del ejército. Contando a Stalin, eran veintiuna personas en total.

Resulta curioso echar un vistazo a las biografías de los que asistieron a aquella reunión en el despacho del caudillo.

Durante los primeros días de la guerra, dos de los asistentes a la reunión se suicidaron: el Héroe de la Unión Soviética y mayor general de aviación Kopets, y el

comisario de cuerpo de ejército Vashúguin.

Otros tres fueron arrestados y fusilados: el general de ejército Pávlov, el teniente general de aviación Ptujin y el mayor general de aviación Ivanov.

Otros dos fallecieron en la guerra: el coronel general Kirponós y el general de ejército Vatutin.

Algunos de los participantes de la reunión, bien durante o bien después de la guerra, alcanzaron muy grandes alturas: el teniente general M. M. Popov llegó a general de ejército, el teniente general de aviación P. F. Zhígarev y el mayor general de aviación A. A. Nóvikov ascendieron a mariscales principales de aviación, el general de ejército Zhúkov, durante la guerra, obtuvo el grado de Mariscal de la Unión Soviética.

Los supervivientes de la reunión jamás hablaron de lo que había pasado aquel día.

2

Nuestros mariscales y generales dejaron muchos testimonios «sinceros» sobre la guerra. Mólotov no escribió memorias, pero el escritor Félix Chúyev entrevistó a Mólotov en 140 ocasiones e hizo apuntes.

Ni Mólotov ni los mariscales «sinceros» quisieron acordarse de la reunión del 24 de mayo. Zhúkov, a su vez, contó que Stalin se interesaba poco por la actividad del Estado Mayor. Resultaba que ni el mismo Zhúkov ni sus predecesores habían tenido la ocasión de comunicar a Stalin toda la información detallada sobre el estado de seguridad del país, sobre la capacidad defensiva del Ejército Rojo y sobre las posibilidades de nuestro enemigo potencial. Según Zhúkov, solo de vez en cuando Stalin se reunía con el comisario del pueblo para la Defensa o con el jefe del Estado Mayor para que lo informaran.

Zhúkov, digamos, mintió. Durante más de dos décadas los secretarios del Kremlin estuvieron apuntando en un libro los nombres y apellidos de todas las personas que visitaron a Stalin, indicando tanto la hora de su llegada como la de su partida. El contenido de dicho libro fue publicado en la revista *Archivo histórico* entre los años 1994 y 1997.

En total, desde su nombramiento en el puesto de jefe del Estado Mayor hasta la invasión alemana, es decir, desde el 13 de enero hasta el 21 de junio de 1941, Zhúkov estuvo en el despacho de Stalin 31 veces y se quedaba durante una, dos, tres o incluso cinco horas. El tiempo total que Zhúkov permaneció en el despacho de Stalin fue de 70 horas y 35 minutos. Además, el mismo Zhúkov reconoce que se reunía con Stalin en muchos otros sitios. Era tiempo más que suficiente para comunicar a Stalin todo sobre la capacidad defensiva del Ejército Rojo y sobre las posibilidades del enemigo potencial.

Sin embargo, poca cosa podía decir Zhúkov sobre el enemigo potencial. Él mismo confiesa que sabía poco de las intenciones y planes del adversario:

> ¿Acaso podía el mando militar descubrir a tiempo y por su cuenta la salida de las tropas enemigas directamente a las regiones de partida, por donde habían comenzado su invasión el 22 de junio? En aquellas condiciones era muy difícil hacerlo (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 239).

En el mismo periodo, Stalin llamó a su despacho al comisario de pueblo para la Defensa, Mariscal de la Unión Soviética Timoshenko. El tiempo total que este pasó allí fue de 74 horas y 26 minutos.

Cinco subcomisarios del pueblo para la Defensa (sin contar a Zhúkov), durante el mismo periodo, pasaron en el despacho de Stalin en total 141 horas y 35 minutos. Amén de eso, Stalin se encontró con otros generales y almirantes, diseñadores de armas, comisarios del pueblo para la Industria Militar, directores de fábricas, espías, entre otras personas directa o indirectamente relacionadas con cuestiones militares.

Zhúkov no se acordó ni reflexionó sobre nada de eso. No se sabe por qué, pero tampoco mencionó en sus memorias la reunión del 24 de mayo de 1941.

3

Gracias al libro de visitas del Kremlin, ahora sabemos que la reunión misteriosa se celebró, sabemos qué día fue y a qué hora, además sabemos exactamente quiénes fueron los participantes. Pero ya está. Ningún historiador serio mencionó aquel acontecimiento.

Sin embargo, aunque no sepamos qué cuestiones se abordaron, no nos cuesta nada «averiguarlo».

A la reunión asistieron Stalin y Mólotov, lo cual significa que se trataba de un asunto de extrema importancia.

También estaba el jefe del Directorio General de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo y los jefes de aviación de los cinco distritos fronterizos occidentales o, mejor dicho, de los cuatro frentes y de un ejército independiente. Por tanto, el problema estaba relacionado con la aviación.

Si el tema tuviera algo que ver con el desarrollo de tecnologías de aviación, en vez de militares el despacho se habría llenado de diseñadores y constructores aeronáuticos. Si tuvieran que hablar de producción de aviones, habría asistido el comisario del pueblo para la Aviación con sus suplentes.

Tampoco se trataba de la preparación de personal ni de preparación militar, ni de la seguridad de la aviación, porque de ser así, habrían invitado también a los jefes de aviación de los distritos del interior, donde se encontraban la mayoría de las unidades de aire activas y las escuelas de aviación.

No se trataba de la seguridad de la Unión Soviética en general, porque no habían llamado a los jefes de aviación del Lejano Oriente ni de Transbaikalia.

En la reunión se encontraba el jefe del Estado Mayor y su sustituto, por lo cual podemos adivinar que se trataba de planes de guerra relacionados con el uso de la

aviación en un frente estratégico desde el océano Glaciar hasta el mar Negro.

En esto, mi agudo lector exclamará: ¡pero si, seguramente, se reunieron en el despacho del camarada Stalin para discutir sobre los planes de la defensa del país, hablarían de cómo repeler el ataque relámpago de la aviación enemiga!

Bueno, no andaría muy desencaminado. Yo, al principio, también pensé lo mismo. Pero luego me acordé de lo que contaba el teniente coronel retirado A. Proskurin, al que el 22 de junio de 1941 lo sorprendió en el 127.º regimiento de cazas de la 11.ª división de aviación mixta del 3.er ejército del Frente Occidental. El regimiento estaba cubriendo la ciudad de Grodno, donde se encontraba el cuartel general del 3.er ejército, el cuartel general del 4.º cuerpo de fusileros, la 29.ª división de tanques y la 85.ª división de fusileros. La ciudad estaba atestada de tropas soviéticas. Y, en cuanto la aviación alemana lanzó su primer ataque, el comandante del 127.º regimiento de cazas, teniente coronel A. V. Goridienko, planteó a los aviadores una misión aérea:

> Al recibir la misión de salir a proteger la ciudad, uno de los pilotos de la 1.ª escuadrilla preguntó al superior:
>
> —¿Pero debemos derribar los aviones alemanes o no?
>
> —Tendrán que decidir según las circunstancias (*RHM*, 1971, n.º 7, pág. 57).

Analicemos la situación. Estábamos en guerra. Un regimiento de aviación de cazas se acababa de poner en disposición de combate. Pero al final no se sabía si derribar o no derribar al enemigo. El jefe del regimiento no tenía respuesta. Si alguien derribase a un alemán, seguramente acabaría en los tribunales. El gran Zhúkov había vertido sobre las cabezas de los jefes de frentes, ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y regimientos un montón de prohibiciones al respecto. No se podían utilizar armas. Incluso el 22 de junio de 1941, a las 0 horas y 25 minutos, el ejército recibió la Directriz n.º 1:

> Las tropas no deben responder a provocaciones […] No se deben emprender acciones sin recibir órdenes correspondientes.

Es decir, el jefe del regimiento tenía una orden clarísima de no contestar a provocaciones. ¿Cómo iba a saber si la presencia de aviones alemanes en el espacio aéreo era o no una provocación? Al final acabó andando por las ramas.

El jefe de la división tampoco lo sabía.

El jefe del 3.er ejército, tampoco.

El jefe de las Fuerzas Aéreas del Frente Occidental, Héroe de la Unión Soviética, condecorado con la Estrella de Oro número 16, mayor general de aviación Kopets Iván Ivánovich tampoco lo sabía. Este también tenía la orden de Zhúkov de no responder a provocaciones.

En todos los frentes, los jefes de las Fuerzas Aéreas tenían prohibido utilizar las armas y debían evitar todo tipo de provocaciones.

Así que entendamos de una vez que, el 24 de mayo de 1941, los camaradas Stalin, Mólotov, Timoshenko y Zhúkov, junto con el jefe del Directorio General de las Fuerzas Aéreas y con los jefes de aviación de los cuatro frentes y del 9.º ejército, no hablaron de los planes de defensa del posible ataque alemán.

Entonces, ¿para qué se celebró aquella reunión? ¿Acaso Stalin llamó a su despacho a todos los altos mandos del ejército y de la aviación solo para prohibir que se derribaran los aviones del enemigo?

4

Si en aquella reunión se hubieran tratado cuestiones relacionadas con la defensa, sus actas se habrían hecho públicas nada más terminar la guerra para mostrar a todo el mundo que el camarada Stalin había previsto el ataque alemán a los aeródromos soviéticos y dio a los jefes de aviación órdenes geniales al respecto. Pero han pasado más de setenta años, y los materiales de la reunión siguen siendo confidenciales. Teniendo en cuenta todo lo dicho hasta ahora, nos podemos imaginar qué asuntos se abordaron aquel día en el despacho de Stalin.

Últimamente, los defensores del «genial estratega» Zhúkov, han empezado a decir que este planeaba esperar a que los alemanes emprendieran la invasión, frenarla rapidito y, acto seguido, lanzar el ataque empleando todas las fuerzas del Ejército Rojo. Pero esa gente no dice por qué Zhúkov no frenó la invasión «rapidito» ni lanzó el ataque, como estaba planeado. Solo puede haber dos opciones: o bien el plan era irrealizable, es decir, tonto, o bien Zhúkov simplemente no lo tenía.

El comportamiento del 127.º regimiento de aviación de cazas durante las primeras horas de la guerra es solo un ejemplo típico. La actuación de los demás regimientos y divisiones de aviación, desde el mar Báltico hasta el mar Negro, demuestra que Stalin y Zhúkov no tenían ningún plan defensivo en común.

Entonces, ¿de qué hablaron estos con los altos mandos militares en la reunión del 24 de mayo de 1941? Si se trataba de «despachar rapidito» a los alemanes y luego atacar, ¿por qué los participantes de la reunión, Mariscales de la Unión Soviética Zhúkov y Timoshenko, no lo contaron a las generaciones venideras en sus memorias? ¿Y por qué no lo hicieron los mariscales principales de la aviación Zhígarev y Novikov, ni el general de ejército Popov tampoco?

Si se hubiera planeado «despachar rapidito» a los alemanes, la actuación de la aviación habría sido completamente diferente. En este caso, Zhúkov tenía que haber ordenado con claridad a los cuadros de mando que machacaran todos los aviones que atravesaran el espacio aéreo ilegalmente. La aviación soviética había actuado de este modo hasta septiembre de 1939. Actuaría así también después del 22 de junio de 1941. ¿Por qué, pues, entre estas dos fechas todo era tan diferente?

* * *

La Directriz n.º 1 de Zhúkov prohibía a las tropas soviéticas contestar a provocaciones. Si dicha prohibición se basaba en la preocupación por la defensa del país, ¿dónde está la lógica?

Si Hitler quería arremeter contra la Unión Soviética, ¿para qué iba a ejercer provocaciones? ¿Para que el Ejército Rojo se pusiera en estado de combate antes de tiempo? ¿Para eliminar el factor sorpresa del planeado ataque?

Entonces, ¿por qué Zhúkov tenía que imponer sus prohibiciones estúpidas? Los generales alemanes estaban interesados en desviar la atención del Ejército Rojo para evitar tensiones innecesarias. Precisamente por eso a las tropas alemanas se les dio la orden draconiana de no derribar los aviones soviéticos y de dejar en libertad a los soldados y oficiales del Ejército Rojo que, intencionadamente o por descuido, vulneraran la frontera alemana.

Y así hicieron las tropas alemanas: los aviones soviéticos no se derribaban y a nuestros combatientes los devolvían a casa sanos, salvos y bien comidos.

Si el Ejército Rojo hubiera atacado primero, los jefes de aviación alemanes habrían tenido el mismo dilema: ¿derribar o no derribar? ¿O había que decidir según las circunstancias?

CAPÍTULO 50

¿Por qué los altos mandos de la URSS no tenían planes de defensa?

> La función principal del Estado Mayor consiste en organizar y ejercer una dirección firme y concienzuda en todos los niveles y, sobre todo, en establecer conexión ejército-frente. Zhúkov no logró cumplir con dicha tarea. No estuvo a la altura. Stalin no perdió las riendas del país, Zhúkov, sin embargo, descontroló las Fuerzas Armadas de una forma patética.
>
> P. R. NIKÍTENKO[110]

1

Veintiocho años después de la invasión alemana, en la URSS se publicaron las memorias de Zhúkov. Este confesó ante los crédulos lectores que, unos días antes del 22 de junio, había intentado conseguir que Stalin le diera permiso para poner las tropas en estado de combate. Hay gente que se tragó semejante fanfarronada. ¿Pero para qué combate quería preparar las tropas del Ejército Rojo el mariscal a mediados de junio de 1941? Este detalle lo omite.

En las regiones occidentales de la Unión Soviética ya se habían desarticulado las guerrillas partisanas, se habían desminado los puentes y los ferrocarriles, se habían desarmado, enterrado o demolido las estructuras defensivas fortificadas. Es curioso, pero durante los mismos años, en el Extremo Oriente las fortificaciones no se destruían, sino que se reforzaban y se perfeccionaban.

En 1940, cuando Zhúkov dirigía las tropas del Distrito Militar de Kiev, la flotilla militar del Dniéper fue disuelta y sus buques acabaron apretujados en el delta del Danubio y en los pantanos de Bielorrusia, donde no se podían usar para la defensa.

Tras el ascenso de Zhúkov a jefe del Estado Mayor, el desarrollo del Ejército Rojo se orientó hacia la creación de herramientas de agresión y hacia la destrucción de todo lo que estaba relacionado con la defensa del país.

Zhúkov insistió (¡y lo dice él mismo!) en la creación de enormes cuerpos de ejército motorizados, que no se podían emplear en operaciones defensivas. Al estructurar dichos cuerpos para mejorar su maniobrabilidad, de las divisiones de fusileros se eliminaron todos los batallones de tanques y de los cuerpos de fusileros, las brigadas de tanques, lo cual disminuyó notablemente la capacidad defensiva de las formaciones.

Según los planes de Zhúkov, en la cercanía inmediata de las fronteras se construyeron aeródromos y se atiborraban de aviones. Según los planes de Zhúkov, se desplegaron los cuerpos de desembarco aéreo, totalmente innecesarios en una guerra

defensiva.

El 16 de junio de 1941, Zhúkov dirigió una «Nota del jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo al comisario del pueblo para la Industria de Aviación de la URSS», n.º 567 240, en la que exigía que, en 1941, se fabricasen y se entregasen al Ejército Rojo 2000 planeadores de desembarco y en 1942, 5500. Está claro que ese tipo de transporte no es necesario para la defensa.

Más tarde, tras una completa destrucción del potencial defensivo del país y de la creación de herramientas de ataque, Zhúkov va y se dirige a Stalin para que le permita poner las tropas en disposición de combate; pero, claro, en sus memorias no mencionó de qué tipo de combate estaba hablando. ¿Qué clase de guerra estaba pergeñando el estratega mientras desminaba puentes y desarticulaba compañías de partisanos, mientras dinamitaba las mejores fortificaciones defensivas y metía en las ciénagas los monitores mejor armados de la flota fluvial?

2

Una vez en el puesto de jefe del Estado Mayor, Zhúkov dejó de preocuparse por el desarrollo de planes defensivos. Conviene recordar que un plan es una instrucción que dice quién, cuándo y qué tiene que hacer.

Incluso cuando queremos construir algo sencillo —por ejemplo, una central nuclear—, necesitamos un plan, aunque fuera el más primitivo y aproximado. Figurémonos que, sin tener ese plan, hemos obligado al constructor a estar preparado para las obras. ¿Qué sentido tiene nuestra exigencia si los obreros no tienen ni idea de dónde ni cuándo tendrán que cavar la tierra, si los proveedores no saben qué materiales se van a usar, ni en qué cantidad, si las fábricas no han recibido instrucciones sobre qué maquinaria tienen que producir?

La participación de un gran país en una guerra que se supone que debe cambiar el futuro de Europa y del mundo entero, de cientos de millones de personas y de las generaciones venideras, es algo más serio que la construcción de una central nuclear. Pero Zhúkov no tenía ningún plan de defensa del país. Es decir, no sabía quién, cuándo ni qué tenía que hacer. Y, de repente, unos días antes de la invasión alemana, lo que hace es pedir permiso a Stalin para poner las tropas en disposición de combate.

Durante casi dos años, bien por la orden directa de Zhúkov o bien con su participación, se estuvo destruyendo todo lo que se había creado para la defensa del país, pero unos días antes del ataque alemán, se decide poner las tropas en disposición de combate.

3

En sus memorias «sinceras», Zhúkov no quiso concretar en disposición de qué

combate iba a poner las tropas del Ejército Rojo. Sin embargo, «disposición de combate» es un concepto bastante concreto. No puede haber una disposición de combate abstracta. Por ejemplo, un tenista, al precipitarse hacia la red, ocupa una posición adecuada para perpetrar un ataque definitivo. Pero una vez ahí, ya no se encuentra preparado para repeler un contraataque del enemigo, es decir, no habrá forma de interceptar la pelota lanzada por este.

Así es como las tropas, concentradas en grandes cantidades junto a las fronteras, representan una amenaza terrible para el enemigo, pero al mismo tiempo se vuelven especialmente vulnerables.

Para no parecer tendencioso, no voy a dar ejemplos de la actuación de la Wehrmacht ni del Ejército Rojo. A finales de la Segunda Guerra Mundial, en Normandía, los tanquistas franceses, que habían sido armados y entrenados por Estados Unidos, se concentraron en las fronteras listos para atacar. Cuanto más alta es la densidad de las tropas, más le costará al enemigo resistir. Cuanta más gasolina y proyectiles hay cerca de los tanques, más demoledor y más profundo será el ataque.

Pero si aparecen bombarderos enemigos y arremeten contra la concentración, todo ese arsenal acabará ardiendo y explotando. Si las formaciones estuvieran preparadas para defender, los tanques se habrían extendido en una gran superficie, no habría camiones de municiones ni cisternas con combustible al lado de cada uno y no sería posible bombardearlos todos a la vez.

4

Vamos a suponer por unos instantes que el sabio Zhúkov de verdad solicitó permiso para poner en disposición de combate las tropas y que el tontorrón de Stalin se lo dio.

Ahora imaginémonos la siguiente situación: los jefes de frentes y de ejércitos, comandantes de cuerpos de ejército, de divisiones, de brigadas y de regimientos reciben la orden de poner en disposición de combate sus tropas.

¿Qué significa tal orden? ¿Qué tienen que hacer las tropas? ¿Minar o desminar los puentes? ¿Poner o quitar las alambradas? ¿Acercarse a las fronteras o alejarse de ellas? ¿Acumular las municiones en los bosques fronterizos o llevárselas al otro lado del Dniéper? ¿Concentrar la aviación en los aeródromos fronterizos o distribuirla entre varios aeródromos del interior?

En fin, lo de que Zhúkov quería poner las tropas en disposición de combate no son más que cuentos. Para hacer eso, el mariscal habría tenido que presentar a Stalin un plan de actuación por escrito, diciendo quién, cuándo y qué tenía que hacer. A las tropas se les tenían que plantear tareas concretas: minar los puentes y accesos a ellos, instalar puntos vigilancia en las inmediaciones de los puentes y pontones, desplegar una región fortificada alrededor de Smolensk y líneas de defensa en las zonas forestales. Y después de la guerra, Zhúkov, en lugar de poner de vuelta y media al tonto y cobarde Stalin, tenía que haber hecho públicos los planes de defensa de

Pskov, de Polotsk, de Vítebsk, de Smolensk, de Kiev, de Cherkassy, de Kremenchug, de Dniepropetrovsk y de Zaporozhie y explicar por qué, a pesar de esos planes, el enemigo pudo atravesar el Daugava y el Dniéper y llegar hasta Leningrado, Moscú, Járkov, Rostov y Sebastopol.

CAPÍTULO 51

¿Para qué enviaba mensajes cifrados el comisario del pueblo para Asuntos de Comunicación, Peresypkin, al comisario del pueblo para Asuntos de Comunicación, Peresypkin?

Hitler […] dirigirá sus fuerzas principales hacia el occidente, entonces Moscú querrá aprovechar las ventajas de la situación resultante.

LEÓN TROTSKI[111]

1

El 6 de junio de 1941, el servicio de inteligencia alemán se enteró de que el Gobierno soviético planeaba trasladarse a Sverdlovsk, es decir, a los Urales. En Alemania los únicos que lo supieron fueron Hitler y su entorno más cercano. Goebbels apuntó en su diario que había recibido dicha información y criticó duramente la decisión del mando soviético de huir al oriente.

Solo ahora, muchas décadas después, podemos apreciar debidamente el significado de aquella información. Sabemos que en Sverdlovsk se había creado un puesto de mando falso. Durante la guerra se descubrió que, realmente, se planeaba trasladar la capital a Kúibyshev, que en la situación más crítica acogió las principales instituciones gubernamentales de la Unión Soviética y las misiones diplomáticas extranjeras.

En los archivos alemanes no encontré ni una sola mención de Kúibyshev como posible capital auxiliar de la URSS. El servicio de espionaje alemán solo tenía información sobre el traslado del Gobierno soviético al puesto de mando en Sverdlovsk.

Pero un gobierno no se puede trasladar a un lugar que no existe. ¿Quién difundía, pues, aquella desinformación? El único que nos podría responder sería el inventor de aquel puesto de mando ficticio, es decir, el Gobierno soviético o, mejor dicho, Stalin.

Un puesto de mando falso se crea precisamente para que, tarde o temprano, el enemigo se entere de su «existencia». El 6 de junio de 1941 llegó el momento de que los servicios de inteligencia alemanes desvelaran aquel «secreto», que se había inventado especialmente para ellos. Si los espías alemanes recibieron la desinformación era porque justo en aquel momento los mandos soviéticos necesitaron ocultar algo.

Si los dirigentes de la URSS mintieron dando a entender que se iban a trasladar hacia el oriente, era obvio que sus verdaderos propósitos eran totalmente contrarios.

La picardía consistía en que, aparte del sólido puesto de mando en el Volga, cuya ubicación era difícil pero no imposible de descubrir, había otro puesto de mando gubernamental. Era un convoy ferroviario. En caso de guerra, dicho convoy, acompañado por varios trenes blindados del NKVD y tres trenes del Comisariado del Pueblo para Asuntos de Comunicación, en cualquier momento podía aparecer en el lugar de las hostilidades. La capacidad de estar en el epicentro de la guerra se reflejaba en el nombre de aquel convoy especial: «Puesto de Mando Avanzado General». Para este puesto de mando se construyeron varios depósitos meticulosamente camuflados y listos para conectarse a la red de telecomunicaciones gubernamental.

Es evidente que el puesto de mando móvil estaba pensado para ser usado en operaciones ofensivas, cuando los cuadros, con todo su equipo aparatoso, tenían que seguir a las tropas en su rápido avance. En una guerra defensiva, es más fácil y más seguro dirigir las operaciones desde el Kremlin, desde una estación del metro de Moscú o bien desde un puesto de mando situado a las orillas del Volga.

2

Podemos afirmar con bastante certeza que en el ferrocarril MinskVilna («más cerca de Vilna») estaba o tenía que haber un puesto de mando de tamaño considerable. Pocos días después de que los servicios de inteligencia alemanes recibieran la información «secreta» sobre el traslado del Gobierno soviético a los Urales, este empezó su traslado secreto hacia las fronteras occidentales, entre Minsk y Vilna.

Cualquiera que tenga una idea de cómo funciona el ejército sabe qué significa trasladar un gran cuartel general durante los ejercicios o en tiempos de guerra. La sección de operaciones escoge un sitio adecuado, el jefe lo tiene que aprobar y dar permiso para el traslado. El bosque donde se va a situar el cuartel general se acordona, no dejan pasar a nadie, luego aparecen zapadores y soldados de transmisiones para levantar cobertizos e instalar equipos de comunicación, después llega el jefe de comunicaciones de la formación (división, cuerpo, ejército o frente) y comprueba si hay buena conexión con los puntos más importantes del frente. Entonces, por fin, aparece el cuartel general, cuyos oficiales solo tienen que conectar sus teléfonos y máquinas de cifrado a un sistema de comunicación ya comprobado.

El Ejército Rojo, en 1941, funcionó como un mecanismo unitario. En la primera mitad de junio, en los bosques fronterizos aparecen decenas de jefes de comunicaciones de los cuerpos de fusileros y de los cuerpos mecanizados, después empieza el despliegue secreto de los puestos de mando de dichos cuerpos. Inmediatamente después, en otros bosques aparecen los jefes de comunicaciones de los ejércitos; era una señal del próximo despliegue de los cuarteles generales correspondientes. El día 13 de junio, cuando se publicó del informe de la TASS, por los recónditos rincones de aquellos bosques bien custodiados empezaron a pulular los

jefes de comunicaciones de los frentes. Una vez comprobada la conexión, los cuarteles generales de los frentes pusieron en movimiento sus convoyes.

Finalmente, a 150 kilómetros de la frontera con Prusia Oriental, en Vilna, apareció un jefe de comunicación aún más alto: el comisario del pueblo para Asuntos de Comunicación de la URSS, Iván Teréntievich Peresypkin. Nos podemos imaginar para quién iba a comprobar la conexión el camarada Peresypkin. Si en su lugar estuviera el jefe de comunicaciones del Ejército Rojo, este comprobaría la calidad de conexión para el comisario del pueblo para la Defensa. Pero el comisario del pueblo Peresypkin solo trabajaba para el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Para el 5 de mayo de 1941, dicho puesto pertenecía al camarada Stalin.

3

El comisario del pueblo para Asuntos de Comunicación se dirigió a la frontera con Prusia Oriental sin que nadie se enterara. Llegó en un tren civil normal y corriente, pero al que habían enganchado un vagón especial para él y para sus suplentes.

El traslado del comisario se mantuvo en secreto absoluto. Incluso los cifrados que Peresypkin recibía de Moscú venían firmados por él mismo, para que los criptógrafos gubernamentales pensaran que el comisario todavía se encontraba en Moscú.

Pero va a ser mejor que cedamos la palabra al camarada Iván Teréntievich Peresypkin:

> Justo en vísperas de la guerra, I. V. Stalin me destinó al Báltico. No sé por qué, pero aquella misión la asociaba con un posible conflicto armado. El 21 de junio de 1941, con un grupo de miembros del Comisariado para Asuntos de Comunicación, partí hacia Vilna. Estábamos de camino cuando estalló la guerra (Peresypkin, I. T., *Soldados de transmisiones en la Gran Guerra Patria*, Moscú, Sviaz [Conexión], 1972, pág. 17).

En la madrugada del 22 de junio de 1941, en la estación de Orsha, Peresypkin recibió un telegrama cifrado de Moscú:

> DEBIDO CAMBIOS SITUACIÓN, SE CONSIDERA OPORTUNO REGRESE A MOSCÚ. PERESYPKIN (Peresypkin, I. T., *Lo esencial del combate*, Moscú, Soviétskaya Rossiya, 1970, pág. 32).

O sea, al verdadero Peresypkin, que se dirigía a las fronteras de la Unión Soviética, lo reclamaba en Moscú el Peresypkin fantasma, que no se había marchado a ningún lado.

Peresypkin iba recorriendo ferrocarriles que, desde hacía días, estaban completamente preparados para funcionar en tiempos de guerra (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 184).

Peresypkin se dirigía hacia una zona donde se habían concentrado inmensas cantidades de tropas «equipadas con pertrechos mínimos necesarios para supervivencia y combate» (*ibidem*).

Peresypkin se dirigía a un distrito militar donde ya se había desplegado un frente, cuyo cuartel general ya había enviado a miles de personas implicadas datos secretos de la operación (frecuencias nuevas, distintivos de llamada, contraseñas, seudónimos de los comandantes y jefes militares, etc.), cuya distribución antes de la guerra estaba prohibida.

Peresypkin se dirigía hacia el lugar donde, en secreto, se estaba creando un puesto de mando gubernamental.

Peresypkin había sido destinado a la zona por una orden personal de Stalin y sabía que su periplo estaba relacionado «con un posible conflicto armado». Pero en cuanto Alemania atacó a la URSS, Peresypkin se vio obligado a abandonar su vagón especial y regresar a Moscú en un camión cualquiera.

Resulta que si Hitler no hubiera atacado, el comisario del pueblo para Asuntos de Comunicación habría llegado al puesto de mando secreto cerca de Vilna para actuar de acuerdo con el «gran plan» del «posible conflicto armado», o sea, se dedicaría a coordinar el sistema de comunicación militar y gubernamental en la guerra. Pero cuando Hitler atacó, la misión bélica tuvo que ser abortada.

Stalin había mandado a Peresypkin a la guerra, pero tanto para este como para aquel el ataque de Hitler fue toda una sorpresa. Fue la invasión alemana la que provocó el «cambio de situación» mencionado en el telegrama. Se trataba de un cambio tan serio que el Gobierno soviético tuvo que suspender la mayoría de sus planes e improvisar, como demuestra el inesperado regreso del comisario a Moscú en un camión cualquiera.

4

La misma noche y por el mismo ferrocarril Moscú-Minsk, tenían que trasladarse hacia las regiones occidentales del país los jefes del Comisariado del Pueblo para la Defensa, del NKVD, del Comisariado del Pueblo para el Control Estatal y de otros organismos gubernamentales de la Unión Soviética.

Para el viaje secreto hacia las fronteras occidentales de la URSS se habían preparado el comisario del pueblo para Asuntos Internos, candidato a miembro del Politburó y comisario general de la Seguridad Estatal, L. P. Beria; miembro del Comité Central del PC(b), comisario del pueblo para el Control Estatal, comisario de ejército de 1.er rango, L. Z. Mejlis; candidato a miembro del Comité Central, comisario del pueblo para la Defensa, Mariscal de la Unión Soviética, S. K. Timoshenko, entre otros líderes del imperio estalinista. No descarto que el camarada Stalin en persona también se dispusiera a unirse a aquel viaje.

Incluso antes del ataque alemán, varios miembros del Gobierno soviético se habían dirigido a la guerra contra Alemania en la que el ataque alemán no estaba previsto.

Por cada uno de los altos mandos se había creado un grupo operacional

compuesto por los comisarios más útiles en la guerra. Para el 21 de junio de 1941 la formación de los grupos operacionales había concluido. Los grupos estaban esperando a sus dirigentes, que se encontraban en aquel momento en el Kremlin, en la última reunión con Stalin[112].

La reunión se inauguró a las 19:05. Aparte de Stalin, asistieron Mólotov, Malenkov, Beria, Voznesenski, Kuznetsov, Timoshenko, Zhúkov, Budionni y Mejlis. En la reunión solo se trataron cuestiones relacionadas con la guerra y con Alemania. Lo sabemos porque, desde las 19:05 hasta las 23:00, en el despacho de Stalin estuvo el agregado militar y naval en Berlín (espía residente), capitán de 1.er rango Vorontsov. Si se abordase cualquier otro asunto no relacionado con la guerra contra Alemania, el agregado habría tenido que abandonar el despacho.

5

El 21 de junio los miembros de todos los grupos operacionales ya se podían imaginar que iban a la guerra. Sin embargo, no sabían que su destino final no era Minsk, sino Vilna; aunque en esto tampoco andaban muy equivocados, ya que esta queda a un tiro de piedra de aquella. A pesar de que los cañones no habían empezado a disparar ni se había hecho una declaración oficial, los miembros de todos los grupos operacionales sabían que la Unión Soviética estaba a punto de empezar una guerra contra Alemania.

Pero es curioso que ninguno de ellos, incluidos los jefes de los grupos que se habían reunido en el despacho de Stalin, supiera nada de la invasión alemana. Más aún, el 21 de junio, cuando las alertas sobre el ataque alemán empezaron a llover una tras otra, los altos mandos soviéticos se negaron a creérselas. El Kremlin, el Comisariado del Pueblo para la Defensa y el Estado Mayor se pusieron a bramar por teléfono y a mandar severas directrices a las fronteras: ¡No respondan a provocaciones!

Ahora surge una pregunta: ¿a qué guerra se iban a ir los jefes militares soviéticos si ni siquiera creían que los alemanes fuesen capaces de atacarlos?

Solo hay una respuesta posible: iban a una guerra que tenía que empezar **sin el ataque alemán**.

6

Los grupos auxiliares habían estado horas y horas esperando a que sus jefes saliesen de la reunión, y al final, a las seis de la madrugada del 22 de junio, les comunicaron que el viaje a las fronteras occidentales se cancelaba.

Si la intención de los mandos soviéticos hubiera sido frenar la invasión alemana, se habrían tenido que precipitar hacia las fronteras occidentales nada más recibir la alarmante noticia; en cambio, lo que hicieron fue anular el viaje a la guerra. Ellos

estaban preparados para ir a la frontera a dirigir una guerra, pero esta tenía que transcurrir según sus propios planes; apareció Hitler y se desmoronaron los planes soviéticos.

Aquí tenemos un testimonio típico, proporcionado por David Iósifovich Órtenberg, que en aquel entonces trabajaba en el Departamento de Organización e Instrucción del Comisariado del Pueblo para el Control Estatal. Así describe su propio cargo: «desde el punto de vista militar, era una especie de jefe de cuartel general». Mayor general Órtenberg, ha llegado su turno:

> A veces me preguntan:
>
> —¿Cuándo te fuiste a la guerra?
>
> —El 21 de junio.
>
> —¡¿?!
>
> Sí, así fue.
>
> […] En la madrugada me citaron en el Comisariado del Pueblo para la Defensa y me dijeron que un grupo de trabajadores del Comisariado, encabezado por el mariscal S. K. Timoshenko, iba a partir para Minsk. Añadieron que yo iría con ellos. Insistieron en que pasara por mi casa para ponerme el uniforme militar antes de regresar al Comisariado […] En la recepción del comisario del pueblo para la Defensa había un montón de militares. Todos llevaban carpetas y mapas delatando cierta impaciencia. Hablaban en voz baja. Timoshenko se había ido al Kremlin […] El 22 de junio, cerca de las cinco de la mañana, el comisario volvió del Kremlin. Me llamó:
>
> —Los alemanes acaban de atacar. El viaje a Minsk se cancela.

(Órtenberg, D. I., *Junio-diciembre del cuarenta y uno*, Moscú, Sovietski pisátel [Escritor soviético], 1986, págs. 5-6).

7

No se sabe de dónde salió la leyenda de que, el 22 de junio de 1941, Hitler empezó las hostilidades en el este, involucrando a la Unión Soviética en la guerra. Si prestamos atención a lo que dicen los que estuvieron junto a los más grandes caciques soviéticos en aquellos días, horas y minutos, todo adquiere otro significado: el 22 de junio de 1941 Hitler hizo fracasar el plan de Stalin y trasladó la guerra al territorio de la URSS, donde el 19 de agosto de 1939, en la reunión del Politburó del Comité Central del PC(b), se había resuelto desatar la Segunda Guerra Mundial. Hitler no permitió a los líderes soviéticos hacer la guerra tal como la soñaron; los obligó a improvisar y a defender su propio territorio. Está claro que Hitler no era capaz de parar el avance del comunismo mundial, pero lo ralentizó y lo debilitó.

No son fantasías mías. Lo dicen los generales soviéticos.

CAPÍTULO 52

¿Qué guerra estuvo preparando el Ejército Rojo?

> Como Stalin nunca expresó ni explicó sus puntos de vista, muchos pensaban que ni siquiera los tenía; típico error de ciertos bocazas intelectuales.
>
> ROBERT CONQUEST[113]

1

En sus memorias, Zhúkov decía: «Por supuesto que el Estado Mayor General tenía planes operativo y de movilización de las Fuerzas Armadas» (Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969, pág. 219).

¡Genial! ¡Ojalá Zhúkov hubiese publicado esos planes! Pero en su libro no dijo siquiera en qué consistían.

Hoy en día incluso los más empecinados defensores del mariscal saben que el Ejército Rojo no tenía ningún plan de defensa del país. Es un hecho que no necesita pruebas. Basta con echar un vistazo a lo que hacía el Ejército Rojo en 1941 para darse cuenta de que no seguía unas pautas de actuación definidas.

Para casos así, la propaganda soviética tenía reservada otra interpretación de aquellos acontecimientos: es verdad, el Ejército Rojo no se estaba preparando para la defensa. Pero tampoco el objetivo era una invasión, sino un ataque. Esto es, el ejército de la URSS estaba preparando un ataque en respuesta a la invasión alemana.

¡Perfecto! Resulta que Zhúkov había pensado primero utilizar el Ejército Rojo como escudo, para que se llevara el hachazo alemán, y luego empujarlo a un ataque frenético y victorioso.

La primera parte del propósito se cumplió a la perfección: Zhúkov hizo todo lo que pudo para que nuestro ejército y nuestro pueblo se llevaran los hachazos de Alemania. ¿Pero por qué no respondió con un ataque victorioso?

Han pasado más de cuarenta años desde la publicación de las memorias de Zhúkov y todavía nadie nos ha mostrado aquellos sabios planes. ¡Ciudadanos, créannos de todo corazón: Zhúkov era un grandísimo jefe militar! (Por cierto, según las mismas *Memorias*, a finales de julio de 1941, Zhúkov propuso a Stalin que el Ejército Rojo abandonara Kiev, por lo que se supone que fue destituido del puesto de jefe del Estado Mayor).

Esta última fábula es un caso aparte. Zhúkov jamás había propuesto nada semejante a Stalin. Ya les daré las pruebas; lo prometido es deuda. Ahora mi pregunta es: si al final no hubo ningún plan de defensa del país, ¿qué había estado haciendo Zhúkov en el puesto de jefe del Estado Mayor desde el 13 de enero hasta el 22 de junio de 1941?

Si hacemos caso a Zhúkov, se nos abre el siguiente panorama: la Unión Soviética y su Ejército Rojo vivían en paz y tranquilidad y no estaban preparados para la guerra. El sabio Zhúkov vio el peligro inminente y quiso advertir al despreocupado, cobarde e insensato Stalin de que había llegado el momento de tener el ejército preparado.

Pero el caso es que ni la Unión Soviética ni el Ejército Rojo eran tan pacifistas, sino que ya estaban preparándose para la guerra: en las fronteras se habían concentrado tropas de millones de hombres, en los aeródromos fronterizos había una cantidad de aviación inmensa, en los bosques fronterizos se habían acumulado incontables municiones, reservas de combustibles y lubricantes, repuestos para vehículos de guerra, miles de toneladas de proyectiles se amontonaban directamente sobre el suelo, los zapadores ya tenían los puentes desminados y las alambradas quitadas. Stalin, Timoshenko, Beria y Zhúkov estaban preparando el Ejército Rojo para una guerra, y no se trataba de una guerra defensiva.

«La defensa estratégica siempre ha sido forzosa y no se suele preparar con antelación», eso lo dicen los colosos de la historia militar (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 517). Pero tampoco necesitamos sus sabios preceptos para saber que las operaciones defensivas llevadas a cabo por el Ejército Rojo en verano de 1941 fueron pura improvisación. Este no estaba preparado para la defensa, porque no se había entrenado para ello. En los reglamentos soviéticos no se dice ni una sola palabra sobre la defensa estratégica.

El Ejército Rojo no solo no tenía planes de defensa, sino que ni siquiera disponía de una base teórica mínima en relación con las operaciones defensivas. Además, el pueblo soviético y su ejército tampoco estaban preparados moralmente para la defensa. Tanto el pueblo como el ejército estaban concienciados para ejercer tareas defensivas a través de métodos ofensivos:

> Son, precisamente, los intereses defensivos los que obligan a la URSS a llevar a cabo amplias operaciones ofensivas en el territorio enemigo, lo cual no va en contra, ni mucho menos, del carácter defensivo de la guerra (*Pravda*, 19 de agosto de 1939).

Desde el primer momento de la invasión alemana, el Ejército Rojo intentó pasar al ataque. En los manuales de historia actuales este tipo de acción se denomina «contraataque» o «contragolpe». Pero no se trataba más que de una improvisación, puesto que los contraataques tampoco se habían practicado durante los ejercicios ni siquiera se habían previsto en teoría: «La posibilidad de un contraataque antes de la guerra no se había planteado» (*Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética*, vol. 1, pág. 441).

En resumen, antes de la guerra los cuarteles generales soviéticos no habían elaborado planes de defensa ni de contraataque. ¿A lo mejor se habían quedado con los brazos cruzados?

Qué va. Trabajaron duramente. Estuvieron elaborando planes de guerra. El

Mariscal de la Unión Soviética Vasilevski, que durante la guerra ascendería a jefe del Estado Mayor, afirma que durante el último año previo a la guerra, los oficiales y generales del Estado Mayor, de los cuarteles generales, de los distritos militares y de las flotas trabajaban quince o diecisiete horas diarias, sin fines de semana ni vacaciones. Lo mismo testifican los mariscales de la Unión Soviética Bagramián, Sokolovski, Zajárov, los generales de ejército Shtemenko, Kurásov, Malandin y muchos otros. Hay muchos testimonios que demuestran que el mayor general Anísov trabajó hasta veinte horas al día; lo mismo cuentan del general Smoródinov.

En febrero de 1941, el general Zhúkov ocupó el puesto de jefe del Estado Mayor. Desde entonces, el Estado Mayor empezó a funcionar a un ritmo de tiempos de guerra. Los veteranos del Estado Mayor recuerdan que el «gobierno» de Zhúkov fue el periodo más terrible en la historia de las Fuerzas Armadas, más terrible que la Gran Purga. En aquella época tanto el Estado Mayor como los cuarteles generales trabajaron a destajo.

¿Cómo pudo ocurrir, entonces, que el Ejército Rojo entrara en la guerra sin ningún plan de actuación?

Hay otra incógnita. Si el Ejército Rojo entró en la guerra sin tener un plan de actuación, Stalin, al descubrirlo, tenía que haber fusilado a Zhúkov y a los demás jefes militares cuya tarea era la planificación estratégica. Pero eso no ocurrió. Fue al revés: los principales estrategas militares del país —Vasilevski, Sokolovski, Vatutin, Malandin, Bagramián, Shtemenko y Kurásov—, que habían empezado la guerra como mayores generales o incluso coroneles, la acabaron ostentando el título de mariscal o, como mínimo, luciendo las cuatro estrellas de general. Durante la guerra, todos ellos destacaron como grandes estrategas. Fueron unos jefes de cuartel meticulosos e incluso pedantes, que no concebían la vida sin los planes.

¿Cómo pudo ser, entonces, que durante los primeros meses de la guerra el Ejército Rojo tuviera que improvisar? ¿Por qué Stalin no solo no fusiló a Zhúkov y a sus subalternos inmediatos, sino que ni siquiera les soltó una reprimenda?

A la pregunta directa sobre los planes de guerra Zhúkov responde categóricamente: sí, los hubo.

Entonces, preguntémoslo de otro modo: si hubo planes, ¿por qué, durante los primeros días y semanas de la guerra, el Ejército Rojo actuó como si no los hubiese? A esta pregunta Zhúkov no nos responde.

Pero a nosotros ni siquiera nos hacen falta pistas para responder. Si los cuarteles generales soviéticos trabajaron a brazo partido elaborando planes, pero los planes no eran defensivos ni de contraataque, ¿cuáles eran?

La respuesta es: los planes eran puramente ofensivos.

Stalin no fusiló a Zhúkov ni al resto de los jefes militares responsables de planificación de la guerra por la sencilla razón de que jamás se les había encargado la tarea de elaborar un plan de defensa. ¿Por qué iba a fusilarlos, pues?

Por lo visto, Zhúkov, Vasilevski, Sokolovski y los demás estrategas tenían por

objetivo confeccionar planes de otro tipo. Y les habían salido bien, pero desde los primeros instantes de la guerra defensiva se hicieron inútiles, al igual que los cuerpos de ejército aerotransportados, las divisiones de montaña en medio de una estepa ucraniana o las tropas de desembarco marítimo en los pantanos de Bielorrusia.

3

Pero vaya, que todo saldrá en la colada; los mandos soviéticos tomaron las medidas oportunas para destruir los planes ofensivos que se habían elaborado antes de la guerra. Sin embargo, aquellos documentos estaban a disposición de los frentes, de la flota, de decenas de ejércitos, de cientos de cuerpos de ejército, de todos los buques de guerra, de cientos de divisiones, de miles de regimientos y batallones. Algo tenía que quedar por ahí.

Las investigaciones de la Academia de las Ciencias de la URSS demostraron que, antes de la guerra, la flota del mar Negro tenía por objetivo «combatir activamente barcos enemigos y otro transporte en las inmediaciones del Bósforo y cerca de las bases del enemigo, asimismo apoyar las tropas terrestres en su avance a lo largo de la costa del mar Negro» (Básov, A. V., *La flota en la Gran Guerra Patria*, pág. 117).

Según el almirante de la Armada de la Unión Soviética S. Gorshkov, no solo la Flota del mar Negro, sino también la del Báltico y la del Norte tenían objetivos puramente defensivos, aunque se planeaba realizarlos por medios ofensivos. El almirante Gorshkov no se había inventado nada; dicha opinión, que antes de la guerra también existía, se había expresado abiertamente en las reuniones de los altos mandos y en el periódico *Pravda*:

> Librar una guerra defensiva no significa permanecer en las fronteras del país. La mejor forma de defensa es un ataque raudo e insistente que persigue el objetivo de derrotar al enemigo por completo en su propio territorio (*Pravda*, 14 de agosto de 1939).

La actuación de las flotas soviéticas durante los primeros minutos, horas y días de la guerra revelan con claridad que sus mandos tenían ciertos planes, pero que no eran planes de defensa.

El 22 de junio de 1941 los submarinos soviéticos de la Flota del mar Negro salieron con urgencia hacia las costas de Rumanía, Bulgaria y Turquía. El mismo día, los submarinos de la Flota del Báltico zarparon hacia las costas alemanas con el objetivo de «hundir todos los buques del enemigo grandes y pequeños valiéndose de la estrategia de guerra submarina ilimitada» (Orden del jefe de la Flota del Báltico del 22 de junio de 1944).

A partir del 22 de junio, la aviación de la Flota del mar Negro se enfrascó en intensos combates para abrir a la flotilla del Danubio el paso río arriba.

Entre el 25 y el 26 de junio, los buques de la Flota del mar Negro aparecieron en las inmediaciones del puerto rumano de Constanza y efectuaron un fuerte bombardeo

naval con una clara finalidad de realizar a continuación un desembarco. Al mismo tiempo, la flotilla militar del Danubio empezó sus operaciones de desembarco naval en la desembocadura del río.

El 22 de junio, la guarnición de la base militar naval de Hanko, situada en territorio finlandés, en lugar de dedicarse a la defensa pasiva, llevó a cabo intensas operaciones de desembarco y, al cabo de pocos días, llegó a conquistar diecinueve islas finlandesas.

El 25 de junio, 487 aviones de la Flota del Báltico y de la del Norte atacaron por sorpresa los aeródromos de Finlandia, que en aquel momento no estaba en guerra con la URSS.

El 22 de junio, el 1.er cuerpo de aviación lanzó un ataque masivo contra los principales objetivos militares de Königsberg.

El 26 de junio de 1941, el 4.º cuerpo de aviación empezó a bombardear los campos petrolíferos de Ploiești, en Rumanía. Después de dos días de bombardeos, la extracción de petróleo descendió casi la mitad. Incluso teniendo en cuenta que la guerra empezó de una forma distinta a la planeada por la unión soviética, su aviación tuvo vigor suficiente para causar perjuicio a la industria petrolera rumana. En cualquier otra situación, la aviación de la URSS habría sido mucho más peligrosa y capaz de paralizar por completo toda la industria militar y la red de transporte alemanas.

La reacción del Ejército Rojo a la invasión alemana no fue la de un erizo asustado, sino la de un enorme cocodrilo que acaba de recibir un fuerte y brusco garrotazo. Desangrándose, el cocodrilo soviético intentó contraatacar. El cocodrilo había sabido acercarse a su víctima sin ser advertido y cuando ya estaba junto a ella, se llevó un tremendo varapalo. Pero eso tampoco detuvo al cocodrilo y este atacó, porque no era capaz de otra cosa, ni pensaba cambiar de intenciones.

El 22 de junio de 1941, la 41.ª división del 6.º cuerpo de fusileros del 6.º ejército no esperó órdenes de arriba y, siguiendo los planes de antes de la guerra, cruzó la frontera en las inmediaciones de la ciudad de Rava-Rusa.

En la madrugada del 22 de junio, el jefe del Frente del Noroeste, coronel general Fiódor Isidórovich Kuznetsov, tomó la iniciativa y ordenó a sus tropas que atacaran la ciudad de Tilsit en Prusia Oriental. Tal decisión no pilló por sorpresa ni a los jefes de los ejércitos ni a los de sus cuarteles generales, porque, unos días antes, la toma de Tilsit había sido ensayada en los entrenamientos y ya «era familiar a los jefes de las grandes unidades y a sus cuarteles generales» (*La lucha por el Báltico soviético en la Gran Guerra Patria de 1941-1945*, 3 vols., Riga, Liesma, 1966-1969, vol. 1, págs. 66-67).

La actuación del jefe del Frente del Noroeste no fue ninguna improvisación, sino que se correspondía con los planes elaborados antes de la guerra.

El mismo día, por la noche, los altos mandos soviéticos, sin saber nada de la actividad del general Kuznetsov, le ordenaron lo mismo que estaba haciendo: atacar

la ciudad de Tilsit.

Al vecino Frente Occidental los altos mandos soviéticos le encomendaron la tarea de lanzar un fuerte ataque contra la ciudad de Suvalki. Para el jefe del Frente Occidental, general de ejército Pávlov, dicha instrucción tampoco fue ninguna sorpresa. Este ya conocía el objetivo de su formación y de antemano había emitido la orden de atacar a Suvalki. Pero el hecho de que la aviación alemana no se hubiera sometido durante las primeras horas de la guerra hizo que el Frente Occidental, a su vez, acabase bombardeado y maltrecho.

Mucho antes de la invasión alemana, el jefe del cuartel general y los comandantes de los ejércitos del Frente Occidental ya sabían que su cometido era cercar la agrupación alemana en la región de Suvalki y se habían entrenado para ello. Obviamente, los jefes de las unidades de nivel táctico no tenían acceso a ese tipo de información, pero los mandos superiores (los de batallón para arriba) ya tenían los planes operativos definidos, redactados y guardados en sus cajas fuertes.

Por ejemplo: el batallón de reconocimiento de la 27.ª división de fusileros, concentrada en la frontera germano-soviética, cerca de la ciudad polaca de Avgústov, estaba preparado para un combate de reconocimiento en Suvalki, cuyo objetivo final era facilitar a la 27.ª división la realización del ataque relámpago a dicha ciudad.

Antes de la guerra, en el noreste de Polonia, en las inmediaciones de Avgústov, estaba concentrada una enorme cantidad de fuerzas soviéticas. Fue allí donde los guardafronteras soviéticos habían quitado las alambradas. Fue allí donde el comandante del 3.er ejército, teniente general Kuznetsov, y el representante del Estado Mayor, teniente general de tropas de ingeniería Kárbyshev, estuvieron durante horas contemplando el territorio alemán desde los puestos fronterizos. Fue allí donde el general Kárbyshev estuvo preparando sus grupos de asalto para el bloqueo y neutralización de fortificaciones enemigas. ¡En el territorio soviético ya no había fortificaciones defensivas de hormigón!

Cerca de aquella zona, a lo largo de la frontera se extiende el canal de Avgústov. Si la URSS se hubiera preparado para la defensa, las tropas se habrían situado en la orilla oriental, utilizando el canal como un foso antitanque. Sin embargo, lo habían cruzado y se instalaron en la estrecha franja del territorio soviético entre el agua y los hitos fronterizos, en los que ya no había alambre de espino. En la madrugada del 22 de junio de 1941, miles de soldados del Ejército Rojo fallecieron allí mismo, arrasados por el fuego inesperado. No tenían dónde retroceder, ya que a sus espaldas que tenían el canal.

¿Fue un error tonto? En absoluto. Al otro lado, las tropas alemanas también se habían apelotonado junto a la frontera, de la que habían quitado las alambradas. Si el Ejército Rojo hubiera atacado un día antes, las pérdidas entre los alemanes habrían sido no menos numerosas.

La disposición de las tropas junto a la frontera resulta peligrosa para estas si el enemigo ataca por sorpresa. Sin embargo, dicha disposición es especialmente cómoda para atacar de improviso. Ambos ejércitos, tanto el alemán como el soviético, se habían preparado para perpetrar un ataque relámpago.

Los generales soviéticos, en sus memorias, de cuando en cuando dejan caer que las tareas que se les habían planteado eran puramente defensivas. El general de ejército Kuzmá Nikítovich Gálitski, hablando de la concentración de tropas soviéticas en las inmediaciones de Avgústov, subrayó que el alto mando soviético no creía en la posibilidad de un ataque alemán y que «el carácter de la preparación combativa de las tropas se adaptaba solo en parte a las condiciones del momento, no tenía muy en cuenta las diferentes opciones de actuación del ejército fascista alemán» (Gálitski, K. N., *Años de peripecias azarosas*, Moscú, Naúka, 1973, pág. 22).

El que no haya vivido en la Unión Soviética, el que no tenga nuestro temple, el que no domine el idioma soviético no habrá entendido la frase citada. Lo que quiere decir es que las tropas del Ejército Rojo estaban preparadas para la guerra, pero no para la que acababa de empezar. Los jefes militares habían adiestrado sus tropas sin haber contemplado la posibilidad de que el enemigo atacase primero.

Si los frentes soviéticos dirigidos contra Prusia Oriental y Polonia se estaban preparando para atacar, los frentes concentrados contra Rumanía, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia con más razón debieron de estar preparados solo para el ataque. No me lo he inventado yo, lo dicen los generales soviéticos.

El mayor general A. I. Mijáliov reconoce directamente que los mandos soviéticos no pensaban utilizar los Frentes del Sur y del Sudoeste en operaciones defensivas o en contraataques: «Se planeaba conseguir los objetivos estratégicos de los frentes lanzando las tropas directamente al ataque» (*RHM*, 1986, n.º 5, pág. 49).

Podemos creer o no a las publicaciones soviéticas, pero la actuación del Ejército Rojo es lo que mejor revela los propósitos de los caciques soviéticos. Zhúkov dirigió los frentes del Sur y del Sudoeste en su avance hacia Rumanía, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia. Hasta el 30 de junio de 1941, Zhúkov y sus secuaces estuvieron insistiendo en el ataque; solo querían atacar y nada más. Y hasta julio no se dieron cuenta de que el cocodrilo estaba gravemente herido y no podía atacar.

Debemos reconocer el gran esfuerzo que hizo el cocodrilo soviético para retirarse, protegiéndose del perseguidor, curarse las heridas, recuperar fuerzas y llegar hasta Berlín. ¿Pero hasta dónde habría llegado si no hubiera recibido el estacazo del 22 de junio de 1941, si no hubiera perdido cientos de aviones y miles de tanques; si no hubiera sido Alemania, sino la URSS la primera en atacar?

¿Habría tenido Alemania espacio para retroceder? ¿Disponía de recursos humanos y tiempo suficiente para recuperar su ejército tras el inesperado ataque soviético? ¿Contaban los generales alemanes con algún plan de defensa? A todas

estas preguntas solo podemos dar respuestas negativas.

5

Según los apuntes del Almirante de la Armada de la Unión Soviética Kuznetsov, en cuanto Zhúkov fue nombrado jefe del Estado Mayor, fue elaborada una «directriz que hacía a los jefes de los distritos militares ver a Alemania como el enemigo más probable en la futura guerra» (Kuznetsov, N. G., *Las vísperas*, pág. 313). Durante tres meses, la orden permaneció en el Estado Mayor y, el 6 de mayo de 1941, fue enviada a los cuarteles generales de los distritos militares fronterizos para su ejecución. Hay muchos testigos (entre ellos, el Mariscal de la Unión Soviética Bagramián) que confirman que el mismo día fue recibida por los destinatarios.

Los mariscales soviéticos han mencionado dicho documento en más de una ocasión, pero no lo han citado. En medio siglo, tan solo una frase de aquella orden se llegó a publicar: «Han de estar preparados para, en cuanto lleguen las indicaciones oportunas del Mando Supremo, poder atacar de inmediato al enemigo, trasladar las hostilidades a su territorio y tomar los puntos estratégicos más importantes» (Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, pág. 171).

Si la directriz contuviera aunque fuera una palabra sobre la defensa, los mariscales soviéticos no habrían tenido ningún problema en citarla. Pero, al parecer, el resto del texto no vale para ser reproducido. La censura soviética dejó que vieran la luz solo un par de líneas, pero es bastante para descubrir el significado de todo aquel documento enigmático.

El caso es que, en una guerra defensiva, un soldado puede entrar en combate sin necesidad de ninguna orden. Durante cientos de años los guerreros rusos lucharon contra los agresores sin tener que esperar la orden de un superior. Si el adversario ha cruzado un río fronterizo, el soldado ya sabe que la guerra ha empezado. Desde la prehistoria, innumerables huestes de invasores cruzaron las fronteras de Rusia y cada vez los guerreros rusos, al igual que los de los demás países, sabiendo que aquello era una señal infalible de inicio de una guerra, actuaban, sin esperar a recibir órdenes de nadie.

Uno de los objetivos del servicio de guardia es poner a los soldados en situaciones en las que se vean obligados a decidir por su cuenta si es necesario o no utilizar el arma. El derecho y el deber de un soldado es matar a cualquiera que intente penetrar en el territorio vigilado. La ley soviética defiende el derecho del soldado a usar el arma por su cuenta y castiga sin contemplaciones a aquel que no la use cuando sea necesario.

Un guardia en la frontera estatal es un soldado en su puesto de combate. En una guerra defensiva este no necesita órdenes ni directrices. Una guerra defensiva suele comenzar así: tras una larga noche de vigilia, mojado y destemplado, el centinela está a punto de envolverse en el capote y despertar de una patada a su compañero para que

este le tome el relevo; pero, de pronto, se frota los ojos y ve a unos soldados enemigos cruzando el río fronterizo. El centinela abre el fuego contra el adversario, lanzando de esta forma una señal de alarma. Se despierta el jefe del pelotón, maldice soñoliento, pero, al darse cuenta de lo que está pasando, enseguida manda a sus soldados a ocupar los puestos en las trincheras. Aparece el jefe de la sección para dirigir el fuego de los pelotones. En esto, llegan los jefes de las unidades superiores y el combate empieza a organizarse. Al cuartel general del regimiento llega el telegrama correspondiente, de ahí la noticia se traslada de inmediato al cuartel general de la división. Por toda la frontera, a cientos de kilómetros, van estallando nuevos combates.

Así es como tiene que empezar una guerra defensiva. En cambio, la directriz secreta del 5 de mayo de 1941 contemplaba la movilización instantánea y simultánea de millones de soldados del Ejército Rojo por una orden del Mando Supremo. Un centinela soñoliento puede ver al enemigo cruzar la frontera, ¿pero cómo iban a saber los camaradas del Kremlin que la guerra había empezado?

Lo iban a saber porque la fecha y la hora de su inicio la habían fijado ellos mismos.

En una guerra defensiva primero actúa el soldado raso, después el cabo, después el sargento, etcétera. En una guerra ofensiva todo ocurre al revés. Primero, el comandante supremo decide preparar y empezar la guerra, después actúa el jefe del Estado Mayor, que había diseñado los planes de guerra, luego los jefes de los frentes y de las flotas, y de los ejércitos reciben las órdenes correspondientes. El soldado raso suele ser el último en enterarse.

A una guerra defensiva millones de soldados se van incorporando uno por uno, a la ofensiva, todos a la vez.

Los soldados de Hitler entraron en el territorio del enemigo todos al mismo tiempo, el mismo día, a la misma hora. Los soldados de Stalin también lo habían hecho así siempre: en Polonia, en Finlandia, en Mongolia, en Besarabia. Y así era como lo iban a hacer en Alemania.

6

La directriz del 5 de mayo de 1941 se había enviado a los cuarteles generales de los frentes, pero la fecha de inicio de la guerra aún seguía siendo un secreto. Según el documento, los generales soviéticos tenían que esperar una señal y estar preparados para trasladar las hostilidades al territorio del enemigo en cualquier momento. El 5 de mayo, nada más distribuir la directriz, Stalin ocupó el puesto de jefe del Gobierno soviético para poder lanzar aquella señal personalmente. Hitler había ordenado a sus tropas el cumplimiento de una directriz semejante un poco antes.

Nada sabemos ni, probablemente, sabremos jamás sobre el contenido de la directriz del 5 de mayo de 1941. Está claro que se refería a la guerra con Alemania,

pero esta no iba a empezar como consecuencia de un ataque alemán, sino de otra forma. Si entre las múltiples opciones estuviera previsto tal ataque, el 22 de junio, los líderes soviéticos habrían podido llamar por teléfono desde el Kremlin o por cualquier otro medio más primitivo decir a los jefes de los frentes que abrieran sus cajas fuertes, sacasen la directriz y se pusiesen manos a la obra.

Si la directriz previese diez planes de actuación posibles y el último fuera el de defensa, se les podría llamar a los jefes de los frentes y decir: saltamos los nueve primeros y nos atenemos al último. Pero la directriz del 5 de mayo no preveía ningún plan defensivo y dejó de tener sentido desde el primer momento del ataque alemán, y por eso jamás fue cumplida.

En vez de seguir la directriz, cuya copia tenían en sus cajas fuertes todos los jefes militares, los caciques soviéticos se vieron obligados a improvisar desde el principio.

7

No nos engañemos; no es que la directriz secreta del 5 de mayo de 1941 estuviera en las cajas fuertes de los jefes de los frentes cogiendo polvo. Ni mucho menos. Las órdenes que contenía aquel documento ya se habían empezado a cumplir.

De acuerdo con la directriz, se habían realizado grandiosas reagrupaciones de tropas soviéticas y su traslado hacia las fronteras, se habían quitado cientos de kilómetros de alambradas y decenas de miles de minas en las zonas fronterizas, se transportaron hacia las fronteras y se almacenaron directamente sobre el suelo cientos de miles de toneladas de municiones de todo tipo, necesarios para una guerra relámpago.

El 15 de junio de 1941, llegó el momento de informar a los comandantes de ejércitos, cuerpos y divisiones sobre las intenciones de los altos mandos soviéticos. Aquel día, los cuarteles generales de los cinco frentes emitieron una serie de órdenes basadas en la directriz del 5 de mayo. A partir de entonces, un centenar de personas más se puso al tanto de los propósitos del Gobierno soviético.

Aquellas órdenes emitidas por los mandos medios del Ejército Rojo el 15 de junio de 1941 también continúan siendo altamente secretas, pero como eran varias, se citan más a menudo y con más detalle. Entre los historiadores se ha hecho famosa una frase que se extrajo de la orden emitida por el cuartel general del Distrito Militar Especial del Báltico el 15 de junio y cuyos destinatarios eran los comandantes de ejércitos y de cuerpos de ejército pertenecientes a dicho distrito. Dice así: «En cada momento deben estar preparados para comenzar la misión de combate».

El 13 de junio de 1941, la TASS anunció que la Unión Soviética no se disponía a atacar a Alemania y que las tropas se estaban trasladando a las fronteras para llevar a cabo maniobras de entrenamiento. El 15 del mismo mes, sin embargo, los jefes de las unidades fronterizas recibieron la orden secreta de estar preparados para ocupar los puntos estratégicos en el territorio enemigo.

Cualquier comandante de regimiento, de brigada, de división, de cuerpo de ejército, jefe de ejército o de frente tenía en su caja fuerte una «carpeta roja». El 22 de junio de 1941, ni Stalin ni Zhúkov llegaron a autorizar su uso. Según testifica Rokossovski, algunos jefes militares, jugándose la vida (por abrir una carpeta roja sin autorización el artículo 58 del Código Penal preveía la pena de muerte), destaparon sus carpetas, pero no encontraron en ellas instrucciones relacionadas con la defensa.

> Por supuesto que teníamos instrucciones y planes pormenorizados según los cuales debíamos actuar el día «M» […] cada paso estaba reglamentado y calculado al detalle […] Todo eso es cierto. Pero, por desgracia, no decían nada sobre qué teníamos que hacer si el enemigo de repente pasaba al ataque (mayor general M. Gretsov, *RHM*, 1965, n.º 9, pág. 84).

* * *

En resumen, los jefes militares soviéticos tenían planes de guerra, pero no tenían planes de guerra defensiva. Fue por ello que Zhúkov, en lugar de mandarles que abrieran las carpetas rojas, se puso a inventar nuevas directrices para sus tropas. Todas las carpetas, todos los planes, todo lo que «estaba reglamentado y calculado al detalle» resultó inútil cuando el país se vio obligado a defenderse.

Por cierto, las primeras directrices que emitieron los mandos superiores soviéticos tampoco obligaban a los soldados a atrincherarse. No estaban orientadas a la defensa ni al contraataque, sino que eran puramente ofensivas. Los mandos soviéticos tardaron en cambiar su mentalidad y sus métodos de actuación incluso una vez involucrados en una guerra defensiva.

Los planes que contenían las carpetas rojas eran ofensivos, pero en aquella situación confusa hubo que frenar el ímpetu agresor de las tropas hasta la completa aclaración de lo sucedido. Por eso, aunque las primeras directrices tenían un carácter ofensivo, la acción del Ejército Rojo tenía que ser parcialmente restringida.

CAPÍTULO 53

El ataque de Alemania a la Unión Soviética: ¿una agresión no provocada o un ataque preventivo?

El caso Núremberg fue una farsa judicial, donde unos bandidos vencedores juzgaron a otros bandidos vencidos por fechorías que habían cometido conjuntamente.

ALEKSANDR NÍKONOV[114]

1

El 17 de junio de 1945, un grupo de instructores militares interrogó a los altos líderes militares de la Alemania fascista. Durante aquel interrogatorio, el mariscal de campo Wilhelm Keitel declaró:

> Insisto en que todos los preparativos que habíamos realizado hasta la primavera de 1941 tenían un carácter puramente defensivo y venían motivados por un posible ataque del Ejército Rojo. De modo que la guerra ocurrida en el este se podría calificar de preventiva […] Teníamos decidido […] adelantarnos al ataque de la Rusia soviética y con una acometida sorpresa derrotar sus fuerzas armadas. Para la primavera de 1941 había llegado a la opinión de que una fuerte concentración de tropas rusas en nuestras fronteras y una invasión posterior podrían llevarnos a una deplorable situación estratégica y económica […] Durante las primeras semanas de la invasión por parte de Rusia, el estado alemán acabaría en desventaja. Nuestro ataque fue la consecuencia directa de aquella amenaza.

El coronel general Alfred Jodl, principal artífice de los planes militares de los fascistas, opinaba lo mismo. Los instructores soviéticos intentaron conseguir que Keitel y Jodl modificaran sus declaraciones. No pudo ser. Keitel y Jodl siguieron en sus trece y, por la sentencia del tribunal internacional de Núremberg, fueron ahorcados entre los demás «culpables de la guerra». Principalmente, se les acusaba de desatar una guerra agresiva y no provocada contra la Unión Soviética.

Veinte años más tarde aparecieron testimonios nuevos. El Almirante de la Armada de la Unión Soviética Nikolái Guerásimovich Kuznetsov, en 1941, era comisario del pueblo para la Armada de la URSS, miembro del Comité Central del PC(b) y miembro de la Comandancia Suprema del Estado Mayor desde que esta se creó hasta el final de la guerra. Dice así:

> Solo sé una cosa: I. V. Stalin no solo no descartaba la posibilidad de una guerra con la Alemania hitleriana, sino que la creía […] inevitable […] I. V. Stalin se estaba preparando para la guerra —amplia y meticulosamente—, partiendo de los plazos que él mismo había establecido. Hitler desbarató todos sus cálculos (Kuznetsov, N. G., *Las vísperas*, pág. 321).

El Almirante de la Armada de la Unión Soviética reconoce claramente que Stalin consideraba que la guerra era inevitable y se estaba preparando para ella.

Sin embargo, uno se puede preparar para una guerra defensiva o para una guerra ofensiva.

Imaginémonos por un instante que Stalin estaba preparando el país para la defensa en la que tenía que repeler la invasión alemana. El 22 de junio las tropas alemanas irrumpieron en nuestras tierras. ¡Pues vale, camarada Stalin, si usted estaba preparándose para proteger a su país, protéjalo! ¿Qué problema hay?

¿Cómo pudo la invasión hitleriana estropear los planes de Stalin si dichos planes consistían, precisamente, en frenar la invasión? Si Hitler desbarató los propósitos de Stalin, eso quiere decir que este no se estaba preparando para la defensa, sino para otra cosa.

El almirante Kuznetsov nos deja clarísimo que Stalin esperaba entrar en la guerra en los plazos que él mismo había establecido. Kuznetsov es un testigo de altísimo rango. Durante el periodo prebélico y durante toda la guerra, fue uno de los colaboradores militares más cercanos a Stalin. En 1941, dentro de la jerarquía político-militar, Kuznetsov ocupó una posición incluso más alta que Zhúkov. Mientras aquel era comisario del pueblo, este era subcomisario. Kuznetsov era miembro del Comité Central del PC(b), Zhúkov era candidato a miembro. Ninguno de los que escribió memorias sobre la guerra había ocupado un puesto tan alto ni había estado tan cerca de Stalin.

Más tarde, en 1945, en las conferencias de Yalta y de Potsdam, donde los dirigentes de la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña se repartieron Europa y decidieron el futuro del planeta, en la mesa junto a Stalin no estaba Zhúkov, sino el almirante Kuznetsov.

A este lo considero el testigo más importante de aquellos hechos; después de Stalin, claro. Por cierto, lo que escribió Kuznetsov después de la guerra coincide por completo con lo que él había dicho antes de la guerra; por ejemplo, en el XVIII Congreso del partido de 1939. Aquel congreso marcó una nueva dirección en la política del país: el terror dentro del país se aplacaba y se trasladaba a los países vecinos. Más tarde, el 1 de mayo de 1941, el periódico *Pravda* dijo: «¡lo que se ha creado en la URSS se puede crear en los demás países!».

En aquel congreso el discurso de Kuznetsov fue, probablemente, el más agresivo. Stalin valoró debidamente la postura del almirante: al final del congreso este se convirtió en miembro del Comité Central, saltándose la etapa de candidato, y ocupó el cargo de comisario del pueblo para la Armada.

Conviene creer al almirante Kuznetsov, sobre todo porque su libro lo leyeron todos: sus amigos y sus enemigos, los líderes políticos y militares de la Unión Soviética, mariscales, almirantes y generales, historiadores y propagandistas, diplomáticos y amigos a sueldo de la URSS en el extranjero. La primera tirada del libro fue de 150 000 ejemplares.

¡Pero **nadie** ha intentado jamás negar las palabras de Kuznetsov!

2

Comparemos lo dicho por el almirante soviético con las declaraciones de Keitel.

Según el mariscal de campo, Alemania no estaba preparando ningún ataque contra la Unión Soviética, sino que era al revés; por eso lo que hizo Alemania fue defenderse de una agresión inminente, recurriendo a un ataque preventivo.

El Almirante de la Armada de la Unión Soviética Kuznetsov decía prácticamente lo mismo: sí, la Unión Soviética se estaba preparando para la guerra y participaría en ella de todos modos, pero no en respuesta a una agresión alemana, sino cuando Stalin lo decidiera. Hitler, sin embargo, estropeó los planes del dirigente soviético.

Entiendo que, en Núremberg, a los jueces del tribunal internacional les faltaron ganas (y honestidad profesional) para encontrar a los verdaderos culpables de la guerra. ¿Pero por qué, después de la publicación de las memorias de Kuznetsov, a nadie se le ocurrió retirar las acusaciones a Keitel, a Jodl, a la Wehrmacht y a Alemania, de haber desatado una guerra no provocada y agresiva contra la Unión Soviética? En Núremberg, Keitel y Jodl negaron ser culpables de la agresión contra la URSS; la parte «perjudicada», a su vez, gracias a los testimonios de Kuznetsov, admitió que Keitel y Jodl no habían mentido.

3

Jamás entenderemos las divagaciones cientificoides de nuestros estrategas si no aclaramos el concepto de «iniciativa estratégica».

La *Enciclopedia Soviética Militar* (vol. 7, pág. 550) determina con precisión dicho término. La iniciativa estratégica es la capacidad de imponer la voluntad propia al enemigo para que no impida conseguir los objetivos propuestos. Interceptar y retener la iniciativa estratégica requiere una actuación decidida y una actitud imponente de las tropas.

En pocas palabras, interceptar la iniciativa estratégica es lo mismo que atacar por sorpresa. Tenemos un ejemplo a mano: el 22 de junio de 1941 Alemania interceptó la iniciativa estratégica en la guerra con la URSS. Lo logró, básicamente, arremetiendo de forma súbita contra los aeródromos, adentrándose en el territorio soviético gracias a sus cuñas de tanques, derrotando el Primer Escalón Estratégico del Ejército Rojo, capturando a millones de presos, haciéndose con botines colosales y ocupando territorios inmensos.

Dudo mucho que Stalin y sus generales desearan ceder a Hitler la iniciativa estratégica. Un grupo de estrategas soviéticos más destacados encabezado por el antiguo subjefe del Estado Mayor, general de ejército Semión Pávlovich Ivanov, publicó en 1974 un estudio científico titulado *Periodo inicial de la guerra*. Esto es lo que dicen los estrategas en la página 212:

> Durante las últimas semanas previas a la guerra, los mandos de la Alemania fascista lograron

adelantársenos en el despliegue final, garantizándose así condiciones propicias para interceptar la iniciativa estratégica.

Supongamos que Stalin no planeaba interceptar la iniciativa estratégica, o sea, no pensaba atacar por sorpresa a Alemania. Imaginémonos que su intención era ceder la iniciativa estratégica a Hitler y apoyar voluntariamente la cabeza en el patíbulo.

En este caso, ¿en qué se podía adelantar Hitler a Stalin?

Según los camaradas científicos, «se le adelantó» dos semanas.

Me dirán que en la cita solo se trata de que las tropas alemanas se le adelantaron al Ejército Rojo en el «despliegue final».

Correcto. ¿Y qué es ese despliegue?

Abrimos de nuevo la *Enciclopedia Soviética Militar* y en la página 39 encontramos la definición del término «despliegue de fuerzas armadas»: creación de formaciones con fines bélicos. Repito: ¡con fines bélicos!

El 22 de junio de 1941, el Ejército Rojo estaba finalizando la creación de formaciones con fines bélicos. Dicho proceso tenía que terminar dos semanas después, es decir, el 6 de julio de 1941.

Quiero preguntar a mis numerosos críticos: ¿serán ustedes capaces de comparar dos hechos y sacar una conclusión?

- **Hecho número uno**: Stalin no esperaba que Alemania atacara. Lo hemos comprobado de sobra.
- **Hecho número dos**: Stalin estaba terminando de crear formaciones militares con fines bélicos.

Los testimonios del Almirante de la Armada Soviética Kuznetsov coinciden con los del grupo de estrategas dirigido por el general de ejército Ivanov: Stalin estaba preparando una guerra, pero no la iba a empezar en respuesta al ataque de Hitler, sino en el momento que él quisiera.

Si la Unión Soviética se estaba preparando para la defensa o, por lo menos, para un contraataque, ¿cómo era posible que alguien se le «adelantara»?

Si la Unión Soviética se estaba preparando para atacar, su adversario se le podía adelantar atacando primero.

4

Tomemos como ejemplo otra confesión publicada en la *Revista Histórica Militar* (1984, n.º 4, pág. 34). La revista constituye un órgano del Ministerio de Defensa de la URSS y explica por qué, en las inmediaciones de las fronteras, se estaban acumulando enormes cantidades de municiones, carburantes, lubricantes y víveres:

Dichas reservas se habían creado teniendo en cuenta que, en caso de guerra (operaciones ofensivas), la retaguardia del frente necesitaría abastecer con regularidad los puntos de distribución

del ejército.

Ni una palabra de contraataques.

Aquellas reservas estratégicas del Ejército Rojo acabaron en manos de Hitler, beneficiando a Alemania y perjudicando a nuestro pueblo y nuestro ejército. ¿Por qué? Leemos en la misma página:

> El pérfido e inesperado ataque de la Alemania fascista a la Unión Soviética desbarató todos los planes bélicos de esta.

Si el Ejército Rojo se estuviera preparando para la defensa o, al menos, para un contraataque, la invasión alemana le habría servido de señal para la ejecución de sus planes previos. Únicamente en caso de que las tropas soviéticas planeasen un ataque, la agresión alemana podía estropear sus planes, obligándolas a defenderse de forma improvisada.

CAPÍTULO 54

Una guerra que no hubo

El mando supremo ruso conoce sus obligaciones mucho mejor que cualquier otro país.

FRIEDRICH WILHELM VON MELLENTHIN[115]

1

Hitler consideraba la invasión soviética inevitable, pero no esperaba que ocurriera antes de julio de 1941. En la directriz n.º 21, firmada por él, como la fecha más temprana posible para el ataque a la URSS figura el 15 de mayo de 1941. Pero después, las tropas alemanas se dedicaron a las operaciones secundarias en el marco de la Campaña Balcánica, por lo cual la puesta en marcha del plan Barbarroja se aplazaba hasta el 22 de junio. La orden final que daba inicio al plan se emitió el 17 de junio.

El 22 de junio de 1941 por fin empezó la operación. Al parecer, Hitler ni siquiera se dio cuenta de la suerte que había tenido. Si la operación se hubiera aplazado por segunda vez —por ejemplo, tres semanas más, hasta el 13 de julio—, en lugar de suicidarse en 1945 lo habría tenido que hacer en 1941.

Existen muchas pistas que indican que el inicio de la ofensiva soviética contra Alemania estaba previsto para el 6 de julio de 1941. Las memorias de los mariscales, almirantes y generales soviéticos, el análisis de los datos sobre el movimiento de miles de convoyes ferroviarios nos llevan a la conclusión de que el 10 de julio era la fecha final para la concentración de todas las tropas del Segundo Escalón Estratégico del Ejército Rojo en la franja fronteriza occidental de la URSS. Pero la teoría militar soviética preveía la posibilidad de que un ataque definitivo se realizase antes de la concentración total de tropas. En tal caso, una parte de las tropas del Segundo Escalón Estratégico, nada más desembarcar en el territorio del enemigo, podía iniciar las hostilidades.

El 6 de julio de 1941 sería el último domingo antes de la total concentración de tropas.

El grupo de expertos encabezado por el general de ejército Ivanov (ya mencionado en el capítulo anterior) informa: «Durante las últimas semanas previas a la guerra, los mandos de la Alemania fascista lograron adelantársenos en el despliegue final» (Ivanov, S. P., *Periodo inicial de la guerra*, pág. 212).

Fijémonos en la expresión «lograron adelantársenos».

Supongamos que vivimos tranquilamente, sin intención de molestar a nadie. Pero al lado vive un malandrín que al final va y nos ataca. Nos defendemos con uñas y

dientes. Pero si nosotros no somos malos y no pensábamos hacer daño a nadie, ¿en qué se nos podría adelantar nuestro vecino?

2

Imaginémonos qué habría pasado si Hitler hubiera aplazado la Operación Barbarroja tres o cuatro semanas más.

No hace falta elucubrar demasiado, basta con fijarse en la agrupación de las tropas soviéticas, en la concentración de enormes fuerzas en las regiones occidentales de la Unión Soviética, en los aeródromos junto a las fronteras, en los cuerpos aerotransportados y divisiones de fusileros de montaña, en la acumulación de submarinos en los puertos fronterizos y en los planeadores de desembarco en las posiciones avanzadas. Tenemos de sobra con los reglamentos castrenses de antes de la guerra, con los manuales de las escuelas y academias militares, con los periódicos *Krásnaya zvezdá* y *Pravda*.

Entonces, supongamos que el ejército alemán está preparándose activamente para invadir a la URSS el día 22 de **julio** de 1941. En las estaciones y apeaderos se están concentrando tropas y empiezan a descargar convoyes, los bosques están atestados de tropas, por las noches los aviones se trasladan desde el interior a los aeródromos fronterizos, se están construyendo nuevas carreteras y puentes. Es decir, los alemanes hacen lo mismo que el Ejército Rojo. Pero este, al parecer, no reacciona de ninguna forma a los preparativos de Alemania.

El 6 de julio de 1941, a las 3 horas y 30 minutos, hora de Moscú, miles de armas soviéticas rompen el silencio, anunciando al mundo entero el inicio de la gran campaña libertadora del Ejército Rojo. La artillería del Ejército Rojo supera la del resto del mundo tanto por tamaño como por calidad. La Unión Soviética tiene acumuladas junto a sus fronteras enormes reservas de municiones. El ritmo del cañoneo de la artillería soviética va creciendo y finalmente se convierte en un estruendo infernal que se expande por todo el frente, desde el mar Báltico hasta el mar Negro. La primera salva de la artillería suena justo en el momento en que miles de aviones soviéticos cruzan la frontera estatal. Los aeródromos alemanes están mal situados, justo al lado de la frontera, y a los pilotos alemanes no les da tiempo a hacer despegar sus máquinas. En los aeródromos alemanes se ha concentrado una cantidad ingente de aviones. Están alineados ala con ala, y las llamas saltan de un fuselaje a otro como un incendio forestal.

Las columnas de humo negro que se levanta sobre los aeródromos sirven de orientación para otros aviones soviéticos. Tan solo algunos aviones alemanes han conseguido despegar. Los pilotos alemanes tienen terminantemente prohibido abrir fuego contra los aviones rusos, pero algunos de ellos, a pesar de las prohibiciones, derriban a los adversarios y, tras agotar todos los proyectiles, atacan a su última víctima embistiéndola de frente. La cantidad de aviones soviéticos derribados es

considerable, aun así el factor sorpresa se hace notar. Ningún ejército, ni el alemán, ni el japonés, ni el soviético siquiera, se siente a gusto atacado por sorpresa.

La artillería se ha preparado a conciencia. Puestos en disposición de combate, cada uno de los soldados soviéticos recibe su ración de vodka. Por los bosques fronterizos se deja oír un atronador ¡hurra! Ante las tropas se recita la orden de combate emitida por el comandante supremo el camarada Stalin: «¡Es hora de hacer justicia! ¡Los servicios de inteligencia soviéticos han destapado los alevosos planes de Hitler y ha llegado el momento de que este pague todos sus crímenes y maldades! ¡Valerosos guerreros, el mundo entero confía en vosotros! ¡Debéis salvarlo!».

Violando todas las prohibiciones y normas establecidas, a los soldados se les comunica la cantidad de tropas, tanques, artillería, aviación y submarinos soviéticos que van a participar en la marcha libertadora. Sobre los bosques y claros de nuevo truena el ¡hurra!

Por los caminos forestales y campo a través, avanzan hacia las fronteras columnas de tanques, hasta el horizonte se extiende la polvareda. «¡Échale candela!», gritan los tanquistas a los artilleros. Los cañonazos arrecian, el estrépito se vuelve insoportable y, de pronto, se corta. El silencio hiere los oídos, pero enseguida los campos se llenan de tanques e infantería. El chirrido de acero blindado y los bramidos de la infantería soviética desgarra de nuevo el silencio. El humo de pólvora y el escape de los motores diésel de los tanques se mezclan con el fino aroma de las flores campestres, cientos y miles de aviones soviéticos van surcando el cielo en dirección al oeste. Tras unos instantes de silencio, la artillería reanuda perezosamente su monserga. Ha pasado de la fase de preparación a la de acompañamiento. Han abierto fuego las baterías, centrándose en objetivos alejados. Sin prisa pero sin pausa, el ritmo del cañoneo vuelve a crecer. Nuevos regimientos de artillería se unen al coro del combate sin parar.

Las tropas soviéticas, sin enfrascarse en pequeñas trifulcas con el enemigo, continúan su marcha. Los puentes fronterizos en las afueras de Brest han sido tomados por los partisanos del coronel Stárinov. Estos están sorprendidos: los puentes alemanes ni siquiera estaban minados. ¿Cómo se explica semejante negligencia estratégica?

3

El factor sorpresa produce efectos apabullantes. También provoca una serie de catástrofes consecutivas: la pérdida de la aviación hace las tropas más vulnerables y estas, sin tener trincheras ni parapetos preparados en zonas fronterizas, se ven obligadas a retroceder. Cualquier retirada conlleva el abandono de miles de toneladas de municiones y de combustible. Una retirada suele suponer la pérdida de aeródromos, en los que el enemigo destruye de inmediato el resto de aviones. Una retirada sin municiones ni combustible es igual a una derrota. Una retirada supone la

pérdida de control por parte de los mandos. Estos desconocen el estado de las tropas, por lo cual no pueden tomar decisiones adecuadas; las tropas, a su vez, no reciben órdenes o reciben las que no se corresponden con la situación generada.

Todas las líneas de comunicación están siendo manipuladas por saboteadores soviéticos, que han cruzado la frontera con antelación. Estos cortan los cables o se conectan a ellos provocando interferencias o enviando señales y órdenes falsas a las tropas del enemigo. La actuación de los alemanes se desorganiza, los combates se convierten en pequeñas escaramuzas. Los jefes militares alemanes preguntan a Berlín: ¿qué hacemos?

Buena pregunta. La Wehrmacht no se ha preparado para defenderse, sino para atacar. Las maniobras defensivas no se han ensayado ni se han elaborado planes de defensa. ¿Ahora qué hay que hacer? ¿Atacar? ¿Seguir el plan Barbarroja? ¿Sin aviación? ¿Sin el dominio aéreo?

El 3.er ejército soviético ataca por sorpresa Suvalki. Al encuentro le sale el 8.º ejército emplazado en las orillas del Báltico. Enseguida estallan una serie de batallas sangrientas en las que el Ejército Rojo sufre pérdidas innumerables. Aun así este tiene una gran ventaja: a su disposición están los más modernos tanques de la serie KV, cuyo acero blindado no cede ante los cañones antitanque alemanes. En el aire campa a sus anchas la aviación soviética. En la retaguardia de la agrupación alemana desembarca el 5.º cuerpo aerotransportado. El 8.º, el 11.º y el 3.er ejércitos soviéticos se enfrascan en prolongados y encarnizados combates contra la superpotente agrupación de la Prusia Oriental, pero el 10.º ejército ya ha roto la frágil defensa del adversario y, a sus espaldas, se dirige hacia el mar Báltico para aislar tres ejércitos alemanes, dos grupos de tanques y el puesto de mando de Hitler del resto de las tropas fascistas.

De la región de Leópolis, el frente soviético más fuerte lanza un ataque a Járkov y otro a Lublin. El flanco derecho de la agrupación soviética está protegido por la montaña. En el derecho estalla un grandioso combate, en el que el Ejército Rojo pierde miles de tanques, aviones y obuses, y a miles de soldados. Cubiertos por ese combate, dos ejércitos de montaña soviéticos, el 12.º y el 18.º, se expanden a lo largo de las crestas montañosas, separando a Alemania de sus fuentes de petróleo. En las montañas desembarcan los cuerpos aerotransportados soviéticos, que toman inmediatamente los puertos de montaña para no dejar que las tropas alemanas se trasladen a Rumanía.

Los acontecimientos principales no se desarrollan en Polonia ni en Alemania. Durante las primeras horas de la guerra, el 4.º cuerpo de aviación, en colaboración con la aviación del 9.º ejército y la Flota del mar Negro, emprende un ataque contra las instalaciones petrolíferas en Ploiești, convirtiéndolas en un mar de fuego. Los bombardeos contra Ploiești continúan de día y de noche. Por las noches las llamaradas se ven desde lejos y de día cortinas de humo negro cubren el horizonte.

En las montañas, al norte de Ploiești, desembarca el 3.er cuerpo aerotransportado y, actuando en pequeños y ágiles grupos, destruye todo lo relacionado con la extracción, refinería y transporte de petróleo.

En el puerto de Constanza y más al sur, desembarca el 9.º cuerpo especial de fusileros del teniente general Bátov. Su objetivo es el mismo: los oleoductos, los almacenes de petróleo y las refinerías. Después, en las tierras rumanas aparece el más potente ejército soviético: el 9.º.

El 10.º ejército no ha conseguido salir al Báltico. Ha sufrido demasiadas bajas. El 3.er y el 8.º ejércitos han sido destruidos por completo, sus tanques pesados han sido aplastados por los cañones antiaéreos alemanes. El 5.º, el 6.º y el 26.º ejércitos soviéticos han perdido a cientos de miles de soldados y han sido retenidos en las inmediaciones de Cracovia y Lublin. En esto, el mando soviético introduce en la batalla el Segundo Escalón Estratégico. La diferencia consiste en que el ejército alemán tiene un solo escalón y unas reservas limitadas, mientras el Ejército Rojo tiene dos escalones estratégicos y tres ejércitos del NKVD. Además, en vísperas de la guerra en la Unión Soviética se había movilizado a cinco millones de reservistas, una cantidad suficiente para restituir las pérdidas ocasionadas durante las primeras semanas de la guerra y para formar más de trescientas divisiones nuevas para continuarla.

Cinco cuerpos de desembarco aéreo han sido totalmente destruidos, pero en el territorio soviético se han quedado sus cuarteles generales y unidades de retaguardia; enseguida estos reclutan a los reservistas y forman cinco cuerpos aerotransportados nuevos. Las tropas de tanques y la aviación soviética también han sufrido pérdidas durante los primeros combates, pero la industria militar soviética sigue en pie. Las fábricas de tanques más grandes del mundo, que se encuentran en Járkov, Stalingrado y Leningrado, continúan funcionando a marchas forzadas. Pero ni siquiera eso es lo más importante.

En el ejército alemán todavía quedan tanques, automóviles blindados, tractores de artillería y aviones, pero no hay combustible para ellos. Alemania tiene una flota de gran potencial, pero esta no se encuentra en el Báltico. Y aunque aparezca por aquí, tampoco tendrá carburante suficiente para llevar a cabo sus operaciones. En los hospitales de campo alemanes hay decenas de miles de heridos, que tienen que ser trasladados a la retaguardia. Hay ambulancias, pero no hay combustible. El ejército alemán tiene una enorme cantidad de vehículos y motocicletas imprescindibles para las maniobras de las tropas, para el abastecimiento de estas y para operaciones de reconocimiento…, pero no hay combustible.

Todo el combustible se ha quedado en Rumanía. Es una pérdida irrecuperable. Stalin lo entiende; la verdad es que Hitler lo entiende también.

4

En agosto de 1941, el Segundo Escalón Estratégico concluye la operación de Vístula-Óder, tras ocupar los puentes y cabezas de puente en este último. Allí mismo empieza una nueva operación profunda.

Las tropas cruzan el Óder como un torrente continuo: artillería, tanques, infantería. En dirección contraria se mueven interminables columnas de presos, levantando polvo que llega hasta el horizonte. Ahí están esos opresores del pueblo: tenderos, médicos burgueses, arquitectos burgueses, granjeros y banqueros. Es duro ser chequista. En cada parada hay que hacer recuento de presos. Después, el NKVD los trabajará uno por uno para determinar el grado de su culpa, pero incluso ahora entre estos millones de presos hay que encontrar a los más peligrosos: a los exsocialdemócratas, pacifistas, socialistas, nacionalsocialistas, exoficiales, policías, clérigos…

A todos estos millones de presos hay que mandarlos lejos, al este o al norte, y darles la oportunidad de escarmentar trabajando para el pueblo. Pero los ferrocarriles no pueden trasladar a los presos, están al servicio del ejército. Miles y miles de convoyes con municiones, combustible y reservas corren por las vías.

¿Qué hacer con los presos? Cerca de Auschwitz, el 4.º cuerpo de ejército mecanizado ha ocupado un campo de concentración. Informan a los mandos, piden autorización para utilizarlo como tal. Negativo. En Auschwitz van a hacer un museo. Vaya. Hay que construir otro campo de concentración al lado.

Cada vez más tropas se dirigen hacia el occidente. De cada una de las columnas que pasa cogen a un par de soldados, los llevan a Auschwitz y les enseñan el campo de concentración. ¡Fijaos bien y contádselo a vuestros camaradas! En los vehículos de la sección política los soldados alcanzan sus batallones. Ahí lo cuentan todo.

—¿Y qué tal ahí, en Auschwitz, compadre?

—Bueno, nada especial —el soldado de uniforme negro se encoge de hombros—. Es igual que el nuestro, pero con un clima más suave.

El batallón bebe vodka antes de atacar. Buenas noticias: han permitido llevarse el botín, o sea, se puede robar. El comisario grita, afónico, citando a Ilyá Ehrenburg: ¡Quebremos la voluntad del engreído pueblo alemán!

Los del uniforme negro se ríen: ¿Y cómo vamos a quebrársela, eh? ¿Violando a diestra y siniestra?

5

¿Me dirán ustedes que nada de eso pasó?

¡Pues no me lo he inventado! ¡Pues sí pasó! Pero no en el cuarenta y uno, sino en el cuarenta y cinco. Al soldado soviético le dieron permiso para robar, llamándolo «llevarse el botín». Millones de personas acabaron entre las garras de la policía secreta soviética. Los hicieron marchar, en columnas interminables, a lugares de donde jamás volverían.

Pocos recuerdan que el eslogan «Liberar a Europa y al mundo entero» sonó por primera vez —no, no en 1945— a finales de 1938. Al acabar las purgas en la Unión Soviética, Stalin reescribió por completo la historia del comunismo y marcó objetivos nuevos. Todo eso lo podemos encontrar en el *Compendio de la historia del PC(b)*. Este libro se constituyó en referencia principal para todos los comunistas soviéticos y del mundo entero. El último capítulo del libro dice que la Unión Soviética está rodeada de enemigos capitalistas. Stalin se plantea la gran tarea de sustituir el entorno capitalista por un entorno comunista. La lucha tenía que seguir hasta que todos los países del mundo se incorporaran a la URSS en calidad de repúblicas.

El tema principal de las clases de política en el Ejército Rojo era «la URSS en el entorno capitalista». Los propagandistas, comisarios, instructores políticos y jefes militares conducían a todos y cada uno de los combatientes del Ejército Rojo a la sencilla solución del problema propuesta por Stalin. Y por todas partes sonaba la canción guerrera alabando la decisión de Stalin:

> Lanzando fuego y luciendo el blindaje,
> avanzarán los tanques, mullirán la tierra,
> en cuanto el camarada Stalin nos lo mande,
> siguiendo al mariscal, iremos a la guerra.

Hitler cometió la imprudencia de confiar en Stalin y de darle la espalda; entonces, en verano de 1940, empezó a sonar esta llamada a la guerra libertadora que tenía que convertir todos los países del mundo en repúblicas de la URSS. Uno de los generales de aviación soviéticos describe así esa próxima y deseada guerra:

> ¡Qué felicidad y qué alegría brillará en las miradas de los presentes en el Palacio de Congresos del Kremlin cuando vayan a recibir a la última república en la hermandad mundial de los pueblos! Me lo imagino claramente: bombarderos destruyendo fábricas, nudos ferroviarios, puentes, almacenes y posiciones del adversario; tropas de asalto vertiendo una lluvia de fuego sobre la infantería y la artillería enemigas; los buques de desembarco escupiendo sus divisiones en el interior del territorio del contrario. La fuerte y terrible flota aérea del País de los Soviets, junto a la infantería, la artillería y los tanques, cumplirá con su deber sagrado y ayudará a los pueblos oprimidos a liberarse de sus verdugos (Gueorgui Baidukov, *Pravda*, 18 de agosto de 1940).

Gueorgui Baidukov era un espléndido aviador y un comandante distinguido. Había llegado a coronel general de aviación y figura en la primera decena de los Héroes de la Unión Soviética. Combatía estupendamente. Pero en 1940 su visión de la guerra cambió. En un enorme artículo sobre el futuro conflicto no dijo ni una sola palabra de la defensa ni de los aviones cazas, que tenían que defender su querido país desde el cielo. Solo menciona los bombarderos, aviones de asalto y de desembarco, que únicamente podían hacer falta en una guerra «libertadora». Solo en el *Pravda*, hay artículos así para llenar unos cuantos volúmenes. La comunista polaca Wanda Wasilewska y el comunista estadounidense Theodore Dreiser, desde las páginas de

ese periódico insistían en que los burgueses no iban a tardar en dejar de chupar la sangre obrera y que el proletariado del occidente se desprendería de las cadenas.

Los comunistas soviéticos anunciaban su objetivo abiertamente: la liberación del mundo entero, pero primero, de Europa. Mientras Alemania luchó en el occidente, la Unión Soviética se anexionó cinco repúblicas nuevas; pero se esperaba que el número de componentes de la URSS creciese considerablemente y no eran solo palabras. Unas fuerzas descomunales se concentraron para emprender un ataque sorpresa contra Alemania y Rumanía, pero incluso si el ataque solo se hubiera dirigido contra Rumanía, habría sido mortal para Alemania.

La idea central de mi libro es la siguiente: Stalin utilizó a Hitler como herramienta para devastar a Europa. Esta idea se concentra en una sola palabra: Rompehielos.

Es decir, nos referimos al Rompehielos de la Revolución, que abre el camino a los comunistas.

Stalin ayudó a Hitler a subir al poder en Alemania, pero luego lo engañó como a nadie habían engañado en el siglo XX.

El 23 de agosto de 1939, en el Kremlin se firmó el pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania, que, en realidad, fue un pacto de agresión a Polonia. Hitler, de acuerdo con dicho pacto, atacó a Polonia. Stalin, a su vez, se «demoró» un par de semanas.

Y dejó a Hitler en ridículo.

Éste resultó ser el culpable de la Segunda Guerra Mundial.

Además, se involucró en la guerra contra Gran Bretaña, Francia y, más tarde, Estados Unidos.

Al firmar con Stalin el tratado de no agresión, cuyo anexo secreto suponía el reparto de Polonia, Hitler perdió la Segunda Guerra Mundial.

Pero Stalin, en verano de 1940, arrebató Besarabia y Bucovina del Norte a Rumanía, descubriendo de esa forma sus propósitos: mientras Hitler combatiese contra Gran Bretaña, Stalin le cortaría el suministro de petróleo en Rumanía.

Stalin puso a Hitler entre la espada y la pared.

Éste decidió lanzar el primer golpe preventivo; no para ampliar su espacio vital, sino por salvar a Alemania de una inminente invasión desde el este.

Bristol, 1978-1985

El libro se ha corregido y aumentado en 2013

BIBLIOGRAFÍA[116]

FUENTES

Actas de los Congresos de la Internacional Comunista. II Congreso de la Comintern. Julio-agosto de 1920, Moscú, 1934.

Año 1941, Moscú, Fundación Internacional Demokratia, 1998.

Archivo ruso: La Gran Guerra Patria, Moscú, Terra, 1993.

Aviación. Enciclopedia. Moscú, Gran Enciclopedia Soviética, 1994.

Comandantes de ejército. Diccionario biográfico militar, Moscú, Kuchkovo pole, 2005.

Decretos del Gobierno Soviético, Moscú, Politizdat [Ediciones Políticas], 1957.

Distrito Militar de Transbaikalia: ensayo militar breve, Irkutsk, Ediciones de Siberia del Noreste, 1972.

Documentos de la política exterior de la URSS, Moscú, Ediciones Políticas, 1957.

Documentos y materiales de la historia de relaciones polaco-soviéticas, Moscú, Naúka, 1965.

Documentos y materiales de las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Moscú, Ediciones Políticas, 1948.

El de Kiev, condecorado con la orden de la Bandera Roja. La historia del Distrito Militar de Kiev. 1919-1972, Moscú, Gosvoyenizdat [Ediciones Militares], 1974.

El de los Urales, condecorado con la orden de la Bandera Roja, Moscú, Ediciones Militares, 1983.

El Distrito Militar de Moscú, condecorado con la Orden de Lenin, Moscú, Ediciones Militares, 1977.

El pueblo estonio en la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. 1941-1945, en dos volúmenes, Tallin, Eesti Raamat, 1973.

En vísperas de la guerra. Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940, Moscú, Terra, 1993.

Enciclopedia Soviética Militar, 8 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1976-1980.

Historia Moderna y Contemporánea, 2001, n.º 5, pág. 50.

Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. 1941-1945, 6 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1960-1965.

Historia de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945, 12 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1973-1982.

Historia de los aviones. Primeras etapas, Moscú, Rossíyskaya politícheskaya enciclopediya [Enciclopedia política rusa], 1995.

Historia militar del Estado Ruso. Ejército activo, 1941-1945, Moscú, Animi Fortitudo, Kuchkovo pole, 2005.

Jefatura y cuartel general de las Fuerzas Aéreas Soviéticas en la Gran Guerra Patria de los años 1941-1945, Moscú, Naúka, 1977.

La Comintern y la idea de la revolución mundial. Documentos, Moscú, Naúka, 1998.
La Gran Guerra Patria, 1941-1945. Ejército activo, Moscú, Kuchkovo pole, Animi Fortitudo, 2005.
La Gran Revolución Socialista de Octubre, 3.ª ed. ampliada, Moscú, Enciclopedia Soviética, 1987.
La Gran Revolución Socialista de Octubre y la invasión militar en la URSS, 2.ª ed., Moscú, Enciclopedia Soviética, 1987.
La lucha por el Báltico soviético en la Gran Guerra Patria de 1941-1945, 3 vols., Riga, Liesma, 1966-1969.
Las Fuerzas Aerotransportadas soviéticas, Moscú, Ediciones Militares, 1986.
Las Fuerzas Armadas Soviéticas. Historia de la construcción, Moscú, Ediciones Militares, 1978.
Los centinelas de las fronteras soviéticas. Breve ensayo histórico sobre las tropas fronterizas de la URSS, Moscú, Ediciones Políticas, 1979.
Los guardias de las fronteras occidentales, Kiev, Izdátelstvo polítícheskoi literatury Ukrainy [Ediciones de literatura política de Ucrania], 1972.
PCUS en las resoluciones y las actas de los congresos, conferencias y plenos del Comité Central. Antología documental, Moscú, Ediciones Políticas, 1970.
Politburó del Comité Central del PCR(b) y de Europa. Resoluciones de la Carpeta Especial, 1923-1939, Moscú, Enciclopedia Política de Rusia, 2001.
Por la orden de la Patria: el camino del 6.º ejército de la guardia hacia la Gran Guerra Patria de 1941-1945, Moscú, Ediciones Militares, 1971.
Problemas de despliegue estratégico, Moscú, Ediciones de la Academia Militar Frunze, 1935.
Reglamento Castrense del Ejército Rojo de 1936, Moscú, Ediciones Militares, 1939.
Resolución del VII Congreso del Partido Comunista de Rusia[117]. Los protocolos de los congresos y plenos del Partido Comunista Pansoviético (de los bolcheviques). Congreso séptimo. Moscú-Leningrado, 1928.
Ródina, 1990, n.º 10, pág. 13.
Tropas de tanques soviéticas. 1941-1945, Moscú, Ediciones Militares, 1973.
Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941. Antología documental, Moscú, Naúka, 1970.

LIBROS CONSULTADOS EN RUSO

Anfílov, V. A., *Una hazaña inmortal*, Moscú, Naúka, 1971.
— *El fracaso de la Blitzkrieg*, Moscú, Naúka, 1974.
— *El inolvidable 1941*, Moscú, Soviétskaya Rossiya, 1982.
Antónov-Ovséyenko, A., *El retrato del tirano*, Nueva York, Crónica, 1980.
Avtorjánov, A., *La génesis de la partocracia*, Frankfurt, Posev, 1973.

— *El misterio de la muerte de Stalin*, Frankfurt, Posev, 1976.
Azárov, I. I., *El cerco de Odesa*, Moscú, Gosvoyenizdat [Ediciones Militares del Estado], 1962.
Bagramián I. J., *Así empezó la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1971.
Básov, A. V., *La flota de la Gran Guerra Patria. 1941-1945*. Moscú, Naúka, 1980.
Bátov, P. I., *De expediciones y batallas*, Moscú, Ediciones Militares, 1974.
Bazhánov, B., *Memorias del exsecretario de Stalin*, París, Tretia Volná, 1980. [*Yo, secretario de Stalin*, Madrid, s. n., 1946].
Biriuzov, B. G., *Mientras sonaban los cañonazos*, Moscú, Ediciones Militares, 1961.
Blumentritt, G., *Decisiones fatales*, Moscú, Ediciones Militares, 1958.
Boldin, I. V., *Las páginas de la vida*, Moscú, Ediciones Militares, 1961.
Brézhnev, L. I., *La patria chica*, Moscú, Détskaya literatura [Literatura infantil], 1978. [*La Tierra pequeña*, Madrid, Ramón Mendoza, D. L., 1979].
Chúyev, F. I., *Mólotov. El señor semipoderoso*, Moscú, Olma-Press, 2002.
Cohen, S., *Bujarin. Biografía política. 1888-1938*, Moscú, Progress, 1988. [*Bujarin y la revolución bolchevique. Biografía política 1888-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1976].
Deborin, G. A., *La Segunda Guerra Mundial*, Moscú, Ediciones Militares, 1958.
Diákov, Y. y Bushúyeva, T., *La espada fascista se forjó en la URSS. El Ejército Rojo y el Reichswehr. Una colaboración secreta. 1922-1933*, Moscú, Soviétskaya Rossiya, 1992.
Diomin, M., *El jacarandino*, Nueva York, Rúsika, 1981.
Drig, E., *Cuerpos mecanizados en acción. Historia de las tropas de tanques y automóviles blindados del Ejército Rojo entre 1940-1941*, Moscú, AST, 2005.
Drogovoz, I., *Fortalezas sobre ruedas. La historia de los trenes blindados*, Minsk, Harvest, 2002.
Fediúninski, I. I., *En alarma de combate*, Moscú, Ediciones Militares, 1964.
Felshtinski, Y. G., *El fracaso de la revolución mundial*, Londres, Overseas Publications Interchange, 1991.
— *El fracaso de la revolución mundial. El Tratado de Brest-Litovsk. Octubre de 1917-noviembre de 1918*, Moscú, Terra, 1992.
— (ed.), *Relaciones nazi-soviéticas. 1939-1941. Documentos*, París-Nueva York, Tretia volná, 1983.
Fest, J. K., *Hitler*, 3 vols., vol. 2, Perm, 1993. [*Hitler*, Barcelona, Planeta, 2006].
Frunze, M. V., *Obras selectas*, Moscú, Ediciones Militares, 1957.
Gálitski, K. N., *Años de peripecias azarosas*, Moscú, Naúka, 1973.
Górlov, S. A., *Altamente confidencial. Alianza Moscú-Berlín, 1920-1933*, Moscú, Olma-Press, 2001.
Grigorenko, P. G., *En el subsuelo no viven más que ratas*, Nueva York, Detinets, 1981.
Guderian, G., *Recuerdos de un soldado*, Smolensk, Rusich, 1998. [*Recuerdos de un*

soldado, Barcelona, Books4pocket, 2008].
Halder, F., *Diario militar. Apuntes cotidianos del jefe del Estado Mayor de la infantería*, 3 vols., Moscú, Ediciones Militares, 1971.
Hoth, H., *Operaciones de tanques*, Moscú, Ediciones Militares, 1961.
Ivanov, S. P. (ed.), *Periodo inicial de la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1974.
Ivanov, V. M., *El Mariscal Tujachevski*, Moscú, Ediciones Militares, 1990.
Jizenko, I. A., *Páginas renacidas*, Moscú, Ediciones Militares, 1963.
Jruschov, N. S., *Tiempo. Gente. Poder (Memorias)*, 4 vols., Moscú, Moskóvskiye Nóvosti, 1999.
Jvostov, V. y Grýlev, A., *El comunista*, 1968, n.º 12.
Kakurin, N. y Mélikov, V., *La guerra civil en Rusia. La lucha contra los polacos blancos*, Moscú, AST, 2002.
Kalinin, S. A., *Reflexiones sobre lo vivido*, Moscú, Ediciones Militares, 1963.
Kazakov, M. I., *Sobre el mapa de aquellos combates*, Moscú, Ediciones Militares, 1971.
Kliúchnikov, Y. V., *Tratado de Paz de Versalles*, Moscú, Litizdat del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores, 1925.
Kochetkov, D. I., *A escotillas cerradas*, Ediciones Militares, 1962.
Kokurin, A. N. y Petrov, A. I., ed. de Yákovlev, A. S., *Gulag: Glávnoye Upravléniye Lageréy. 1918-1960*, Antología documental, Moscú, Mezhdunarodni fond Demokratia [Fundación internacional Demokratia], 2000.
Kónev, I. S., *Apuntes de un comandante de frente (1943-1944)*, Moscú, Ediciones Militares, 1972.
— *El cuarenta y cinco*, Moscú, Ediciones Militares, 1966. [*El año 45*, Moscú, Progreso, 1972].
Kosóvich, S. S. y Filimónov, A. M., *Trabajadores ferroviarios soviéticos*, Moscú, Ediciones Militares, 1984.
Kovaliov, I. V., *El transporte en la Gran Guerra Patria, 1941-1945*, Moscú, Naúka, 1981.
Krivitski, V., *Yo fui agente de Stalin*, Moscú, Sovremennik, 1996.
Krivoshéin, S., *Relatos guerreros: Apuntes de un comandante de cuerpo mecanizado*, Moscú, Molodáya gvárdiya, 1962.
Kumanev, G. A., *Trabajadores de ferrocarril en la Gran Guerra Patria: 1941-1945*, Moscú, Editorial de la Academia de las Ciencias de la URSS, 1963.
Kurkotkin, S. K., (ed.), *La retaguardia de las Fuerzas Armadas en la Gran Guerra Patria*, Moscú, Ediciones Militares, 1977.
Kúrochkin, P. M., *Las contraseñas del frente*, Moscú, Ediciones Militares, 1969.
Kuznetsov, N. G., *Las vísperas*, Moscú, Ediciones Militares, 1966.
Lenin, V. I., *Obras completas*, 5.ª ed., Moscú, Ediciones Políticas, 1974. [*Obras Completas*, Madrid, Akal, 1974].
— *Escritos*, 4.ª ed.

Liúdnikov, I. I., *Entre tormentas: Apuntes autobiográficos*, Donetsk, ed. Donbass, 1973.
Lobachov, A. A., *Por los vericuetos*, Moscú, Ediciones Militares, 1960.
Maiski, I. M., *Quién ayudó a Hitler*, Moscú, Editorial del Instituto de Relaciones Internacionales, 1962.
Medvédev, R. A., *Al juicio de la historia: el origen y las consecuencias del estalinismo*, Nueva York, 1974. [*Que juzgue la historia*, Barcelona, Destino, 1977].
Melgunov, S. P., *El terror rojo en Rusia*, Moscú, Airis-Press, 2008. [*El terror rojo en Rusia*, Madrid, Caro Raggio, 1927].
Meltujov, M. I., *Las guerras polaco-soviéticas: confrontación político-militar de 1918-1939*, Moscú, Veche, 2001.
Meretskov, K. A., *Al servicio del pueblo*, Moscú, Ediciones Políticas, 1968. [*Al servicio del pueblo*, Moscú, Progreso, 1974].
Middeldorf, E., *Tácticas en la campaña rusa*, traducción del alemán, Moscú, Ediciones Militares, 1958.
Mitiáyev, D. y Razumova, R., *La Guerra Mundial en números*, Antología del Instituto de la Industria y Economía Mundial de la Academia Comunista, Moscú, Voyengiz, 1934.
Moskalenko, K. S., *En dirección Sudoeste: Memorias de un comandante de ejército*, Moscú, Naúka, 1969.
Níkonov, A., ¡*Golpea primero*!, Moscú, Enas; San Petersburgo, Píter, 2009.
Nóvikov, A. A., *En el cielo de Leningrado: Apuntes de un comandante de aviación*, Moscú, Naúka, 1970.
Órtenberg, D. I., *Junio-diciembre del cuarenta y uno*, Moscú, Sovietski pisátel, 1986.
Ózerov, G. A., *La trena de Túpolev*, Frankfurt, Posev, 1971.
Pávlik, V., *La defensa de Kiev. La RF de Kiev, 1941*, Kiev, Sky Horse, 2011.
Peresypkin, I. T., *Lo esencial del combate*, Moscú, Soviétskaya Rossiya, 1970.
— *Soldados de transmisiones en la Gran Guerra Patria*, Moscú, Sviaz [Conexión], 1972.
Piátnitski, V. y Kolpakidi, A., *Complot contra Stalin*, Moscú, Sovremennik, 1998.
Picker, H., *Charlas privadas de Hitler*, Smolensk, Rusich, 1993. [*Anatomía de un dictador. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer, 1941-1942*, Barcelona, Grijalbo, 1974].
Piłsudski, J., *La guerra de 1920*, Moscú, Nóvosti, 1992.
Plaskov, G. D., *Al compás del cañoneo*, Moscú, Ediciones Militares, 1969.
Popova, S. G., *El mercado mundial de oro y problemas de desarrollo de exportación de oro en Rusia*, Memoria de tesis doctoral en Ciencias Económicas, Moscú, 1998.
Reshin, Y. G., *El general Kárbyshev*, Moscú, Editorial de Sociedad Voluntaria de Ayuda al Ejército, las Fuerzas Aéreas y la Marina [DOSAAF], 1971.

Ribbentrop, J., von, *Entre Londres y Moscú*, Moscú, Mysl’, 1996. [*Entre Londres y Moscú. Recuerdos y últimos escritos*, Barcelona, Destino, 1955].
Rogovin, V. Z., *El poder y la oposición*, Moscú, Asociación Zhurnal Teatr, 1993.
Rokossovski, K. K., *El deber de un soldado*, Moscú, Ediciones Militares, 1968. [*El deber de un soldado*, Barcelona, Altaya, 2008].
Rosli, I. P., *La última parada será en Berlín*, Moscú, Ediciones Militares, 1983.
Rossi, J., *Manual del Gulag*, Moscú, Prosviet, 1991.
Sandálov, L. M., *Lo vivido*, Moscú, Ediciones Militares, 1966.
— *En dirección a Moscú*, Moscú, Nauka, 1970.
— *Los primeros días de la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1989.
Sevastiánov, P. V., *Niemen-Volga-Danubio*, Moscú, Ediciones Militares, 1961.
Sháposhnikov, B. M., *El cerebro del ejército*, en tres volúmenes, Moscú, Mensajero Militar, 1927.
Shatsillo, V. K., *La Primera Guerra Mundial. 1914-191. Hechos y documentos*. Moscú, Olma-Press, 2003.
Shavrov, V. B., *Historia de la construcción de aviones en la URSS antes de 1938*, 4.ª ed. corregida, Moscú, Mashinostoyénie, 1994.
Shebunin, A. I., *Cuánto hemos recorrido*, Moscú, Ediciones Militares, 1971.
Shtemenko, S. M., *El Estado Mayor durante la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1968. [*El Estado Mayor General soviético durante la guerra*, Moscú, Progreso, 1985].
Shumijin, V. S., *Aviación militar soviética. 1917-1941*, Moscú, Naúka, 1986.
Sikorski, V., *La futura guerra*, Moscú, Editorial Estatal Militar del Comisariado del Pueblo para la Defensa de la URSS, 1936.
Sóbolev, D. A., *Historia de los aviones. Primeras etapas*, Moscú, Enciclopedia Política Rusa, 1995.
Speer, A., *Memorias*, Smolensk, Rúsich/Moscú, Progress, 1997. [*Memorias*, Barcelona, Acantilado, 2008].
Stalin, I. V., *Cuestiones del leninismo*, 11.ª ed., Moscú, OGIZ, 1945. [*Los fundamentos del leninismo*, Zaragoza, Cierzo Rojo, 2012].
— *Escritos*, Moscú, OGIZ, Gosudarstvennoy Izdátelstvo politicheskoe literatury [Editorial Estatal de Literatura Política], 1947.
— *Escritos. Obras selectas en 13 volúmenes*, Moscú, Ediciones Políticas, 1946-1951. [*Obras escogidas*, Madrid, Emiliano Escolar, D. L., 1977].
Stárinov, I. G., *Las minas están esperando su hora*, Moscú, Ediciones Militares, 1964.
Suvórov, V., *Contra todos. La crisis en la URSS y la lucha por el poder entre los dirigentes del país durante la primera década de la posguerra*, Moscú, Dóbraya kniga [Libro bueno], 2013.
— *El suicidio. ¿Por qué Hitler atacó a la Unión Soviética?*, Moscú, Dóbraya kniga, 2012.

— *La última república. ¿Por qué la Unión Soviética perdió la Segunda Guerra Mundial?*, Moscú, Dóbraya kniga, 2012.
— *La sagrada labor*, Moscú, Dóbraya kniga, 2013.
— *Retiro lo dicho. Una guerra desconocida y las memorias falsas de un cacique inepto*, Moscú, Dóbraya kniga, 2013.
Teleguin, K. F., *Las leguas recorridas durante la guerra*, Moscú, Ediciones Militares, 1988.
Tiulénev, I. V., *A través de las tres guerras*, Moscú, Ediciones Militares, 1960.
Triandafíllov, V. K., *La naturaleza de las operaciones de los ejércitos modernos*, Moscú, Ediciones Militares, 1936.
Trotski, L. D., *Los crímenes de Stalin*, Moscú, Izdátelstvo gumanitarnoi literatury [Editorial de Humanidades], 1944.
Tujachevski, M. N., *La guerra de clases. Artículos de 1919-1920*, Moscú, Ediciones Políticas, 1964.
— *Obras escogidas*, en dos volúmenes, Moscú, Ediciones Militares, 1964.
— *La marcha a través del Vístula*, Moscú, Nóvosti, 1992.
Utenkov, F. (ed.), *En el Frente del Noroeste. 1941-1943. Antología documental sobre operaciones militares*, Moscú, Naúka, 1969.
Vasilevski, A. M., *La labor de toda la vida*, Moscú, Ediciones Políticas, 1973. [*La causa de toda mi vida*, Moscú, Progreso, 1979].
Vauphshásov, S. A., *Crónicas partisanas*, Moscú, Ediciones Militares, 1961.
— *En las encrucijadas inquietantes*, Moscú, Ediciones Políticas, 1971.
Vóronov, N. N., *En el servicio militar*, Moscú, Ediciones Militares, 1963.
Yákovlev, A. S., *El objetivo de la vida. Apuntes de un ingeniero aeronáutico*, Moscú, Ediciones Políticas, 1968. [*El sentido de mi vida. Memorias de un constructor de aviones*, Moscú, Progreso, 1972].
Yépishev, A. A. (ed.), *El partido y los ejércitos*, Moscú, Ediciones Políticas, 1980.
Yeriómenko, A. I., *Al principio de la guerra*. Moscú, Naúka, 1964.
Zaionchkovski, A. M., *La Primera Guerra Mundial*, San Petersburgo, Poligón, 2000.
Zajárov, M. V., *Cuestiones de historia*, 1970, n.º 5, pág. 32.
Zajárov, G. N., *Una novela de cazas*, Moscú, DOSAAF, 1977.
Zhúkov, G. K., *Memorias y reflexiones*, Moscú, APN, 1969. Que sepan los lectores que las diferentes impresiones de la primera edición de las memorias de Zhúkov tenían diferente número de páginas: la primera impresión (de cien mil ejemplares) tenía 752 páginas, la siguiente 736 páginas, y la siguiente 702 páginas. De modo que el mismo texto de la misma edición podía aparecer en páginas diferentes, por lo cual me han criticado sin piedad muchas veces. Decían: «Víctor Suvórov cita tal página, la abro y no encuentro la frase mencionada». Pues en este libro cito a Zhúkov según la versión de la primera edición de sus *Memorias y reflexiones* que tiene 736 páginas.
Zinóviev, G. E., *Escritos*, Leningrado, 1925.

Zótov, V. F., *En el Frente del Noroeste. 1941-1943. Antología documental sobre operaciones militares*, ed. de F. Utenkov, Moscú, Naúka, 1969.
Zvérev, A. G., *Apuntes de un ministro*, Moscú, Ediciones Políticas, 1973.

FUENTES CONSULTADAS EN OTROS IDIOMAS

Airborne Operations, Londres, Salamander, 1978.
British and American Tanks of World War II, Nueva York, ARCO, 1969.
Conquest, R., *El Gran Terror*, Florencia, Editione Aurora, 1974. (Título original en inglés, *The Great Terror*). [*El Gran Terror*, Barcelona, Luis de Caralt, 1974].
Frossard, L.-O., *De Jaures a Lenine. Notes et souvenirs d'un militant*, París, 1930.
Goralski, R., *World War II Almanac. 1931-1945*, Londres, Hamish Hamilton, 1981.
Gregory, B. y Batchelor J., *Airborne Warfare 1918-1941*, Leeds, Phoebus, 1978.
Groehler, O., *Selbstmorderische Allianz. Duetsch-Russische Militarbeziehungen 1920-1941*, Berlín, 1992.
Guderian, H., *Erinnerungen eines Soldaten*, Heidelberg, Kurt Vowinckel Verlag, 1950. [*Recuerdos de un soldado*, Barcelona, Books4pocket, 2008].
— *Panzer Leader*, Londres, Futura, 1979. [*El desarrollo de los blindados*, Barcelona, Tempus, 2008].
Mallory, K. y Ottar, A., *Architecture of Aggression*, Wallop, Hampshire, Architectural Press, 1973.
Meijer, J. (ed.), *The Trotsky Papers 1917-1922*, vol. 1, 1917-1919, La Haya, 1964.
Rossi, J., *The Gulag Handbook*, Londres, OPI, 1987, págs. 9697.
Suworow V., *Der Eisberecher*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1989.
Woodward, L., *British Foreign Policy in the Second World War*, Londres, H. M. Stationery Office, 1962.

AESA.
Akg-images.
Album.
Archivo Estatal Ruso de Documentos Fotográficos y Cinematográficos de Krasnogorsk.
RIA Nóvosti.

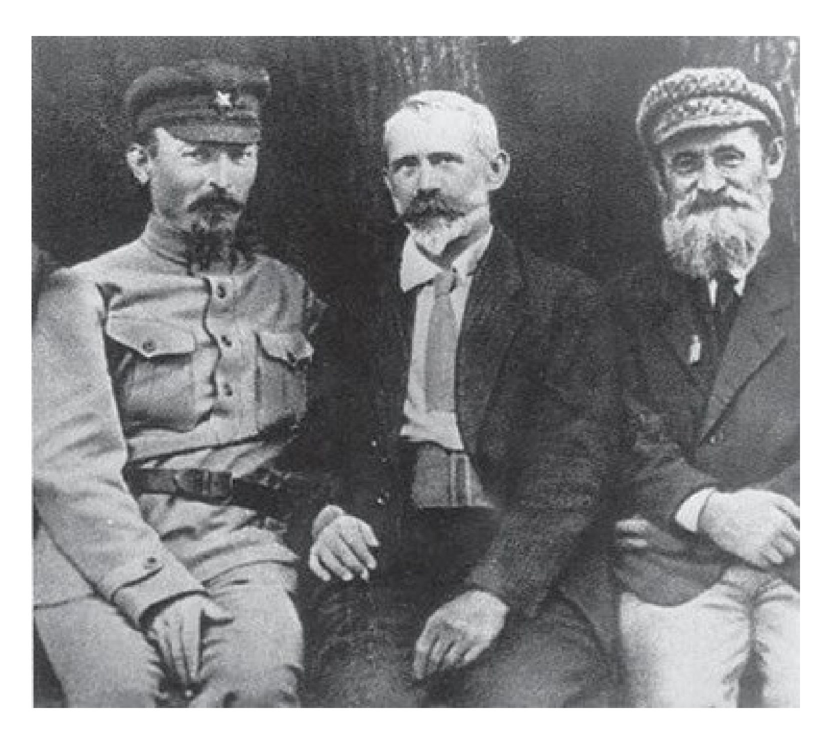


Comentario: «La Primera Guerra Mundial acabó con la derrota del Imperio Alemán y una revolución. En 1918, en muchos países europeos surgieron partidos comunistas. El 3 de noviembre de 1918 se sublevaron los marinos alemanes en Kiel, dos días después, el levantamiento se extendió por todo el norte de Alemania, y entre el 7 y el 8 de noviembre llegó a las principales regiones industriales y a la capital, Berlín. En enero de 1919, en Bremen fue proclamada una república soviética. En marzo de 1919, surgió la República Soviética de Hungría; en abril de 1919, la República Soviética de Baviera. En aquel momento los bolcheviques no podían prestar a esos estados su ayuda militar y fue imposible encender las llamas de la revolución mundial. Este cartel electoral del Partido Popular de Baviera, que llama a plantar cara a los bolcheviques en las elecciones de 1919, insinúa que la sublevación de 1918 en Berlín fue provocada y apoyada por la Rusia Soviética y que esta vez iba a intentar organizar una revuelta comunista en Baviera».



Texto incluido en el cartel: «¡Campesino! El terrateniente polaco te quiere convertir en esclavo. ¡Eso no ocurrirá!».

Comentario: «Cartel de propaganda soviética del año 1920, uno de los múltiples elementos de preparación ideológica para la guerra contra Polonia».



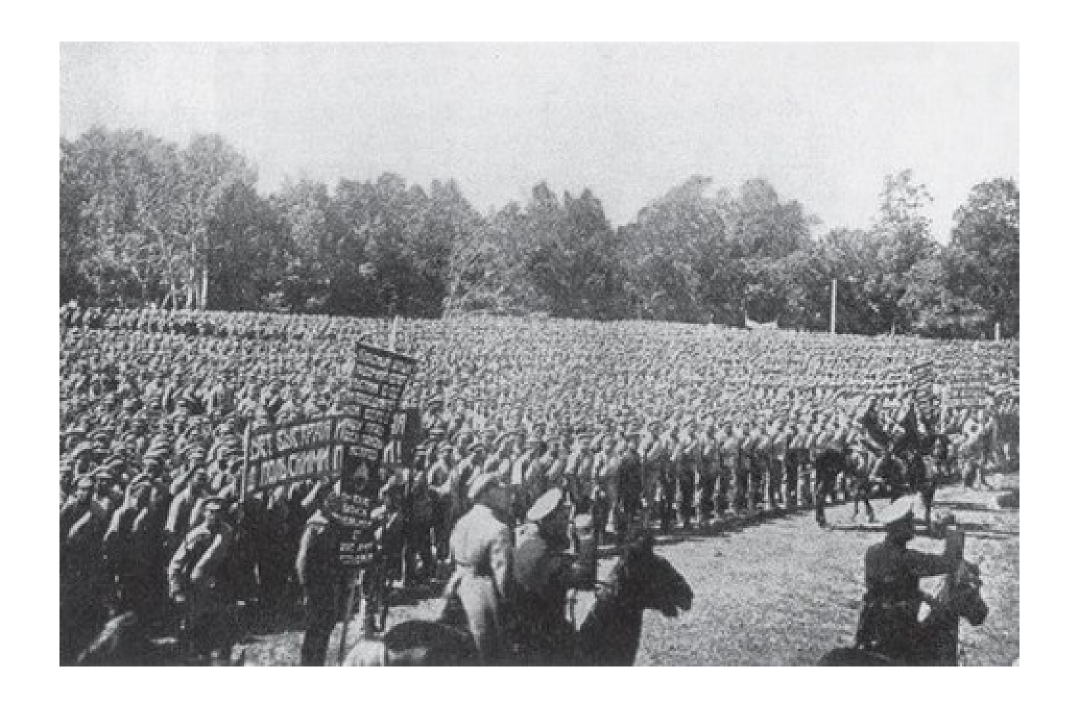
«En verano de 1920, Lenin y Trotski emprendieron un nuevo intento de desatar una guerra revolucionaria,

invadiendo Alemania a través de Polonia. La Rusia Soviética y Alemania no compartían frontera. Para prender en este último país las llamas de la revolución había que derribar la barrera, la libre y soberana Polonia. En verano de 1920, dos frentes soviéticos desplegaron un intenso ataque contra Polonia.

El 30 de julio de 1920, justo después de la irrupción del Ejército Rojo en Polonia y la caída de Białystok, en esta ciudad se convocó el Comité Provisional Revolucionario de Polonia (Polrevkom), que dependía del Comité Central del PC(b). Era un órgano político que hacía funciones de gobierno en el territorio controlado por los bolcheviques y declaraba como su objetivo la creación de la República Soviética de Polonia. Oficialmente, el presidente del comité era el comunista polaco Julian Marchlewski (en la foto está en el centro; la foto se hizo el 16 de setiembre de 1920), pero el verdadero dirigente del Polrevkom era el jefe de la policía secreta Dzerzhinski (a la izquierda). Otro componente del comité era el revolucionario polaco Felks Kon (a la derecha) y Iósif Unshlicht, que más adelante sería sustituto de Dzerzhinski en la Checa. Para asegurar un buen funcionamiento del Polrevkom, Moscú desembolsó mil millones de rublos».



Texto de la pancarta: «¡Temblad, señoritos polacos! Los comunistas de Petrogrado se dirigen hacia el frente polaco». Comentario: «Mitin dedicado al traslado de las unidades del Ejército Rojo hacia el frente polaco (Petrogrado, 1920)».

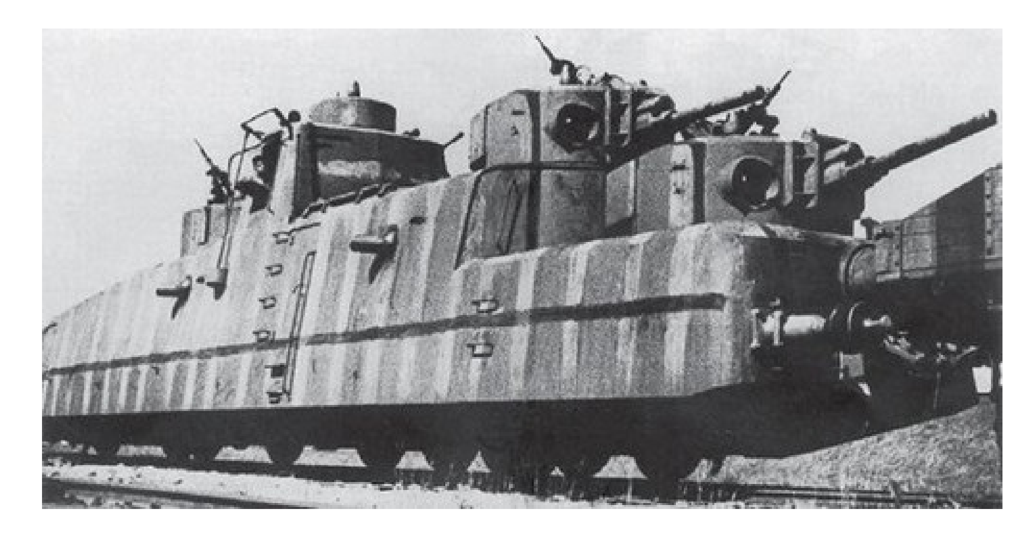


Comentario: «Unidades del Ejército Rojo antes de la partida a la guerra con Polonia (Kazán, verano de 1920)».



Un tanque soviético T-26, modelo de 1931, con doble torreta y ametralladoras, atacando las posiciones del presunto enemigo durante los ejercicios de campo (principios de los años 30). En esa época, cuando Alemania no tenía ni un solo carro de combate, la Unión Soviética ya poseía cerca de mil tanques de fabricación propia y una amplia experiencia de realización de maniobras en territorios de gran extensión.

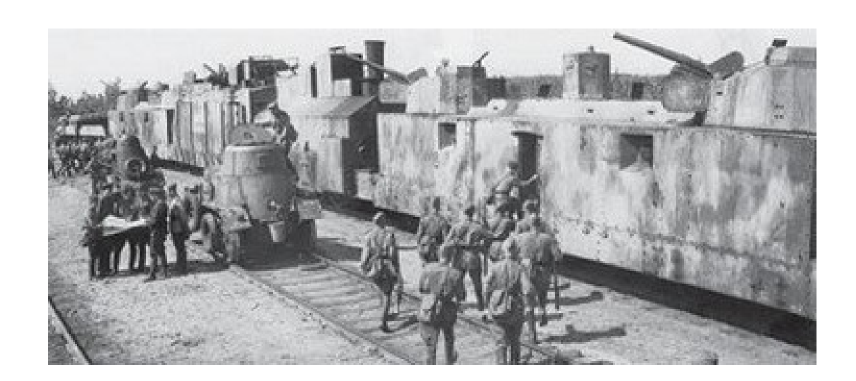
No eran los ingenieros y jefes militares soviéticos que aprendían de los alemanes, sino a la inversa. Si Stalin quisiera paz, debería haberse asegurado de que Alemania cumplía las condiciones del Tratado de Versalles, en este caso Europa jamás se habría convertido en el foco de una nueva guerra mundial. Pero los caudillos de la URSS no escatimaban medios para recuperar el potencial bélico de Alemania.



El coche motor blindado MBV-2 (Acrónimo del ruso *M*oto*b*rone*v*agón, «vagón motorizado blindado»), de la 71.ª unidad especial de trenes blindados (Frente de Leningrado, 1942). En el periodo entre las dos guerras mundiales, la Unión Soviética hizo unos avances enormes en la proyección y fabricación de trenes blindados. Ya durante la Primera Guerra Mundial en Rusia se construyó el primer vagón automotriz, dotado de un motor de combustión interna, armamento potente y blindaje. En la Unión Soviética, el concepto de «coche motor blindado» se fue ampliando. Se desarrollaron varios modelos. En 1939 se puso en funcionamiento el coche motor blindado del tipo MBV-2 (véase la foto). Tenía tres torretas, cada una con un cañón de 76 mm y dos ametralladoras DT, además de una ametralladora de cuatro cañones M-4 y cuatro ametralladoras Maxim en cada uno de los laterales. En total:

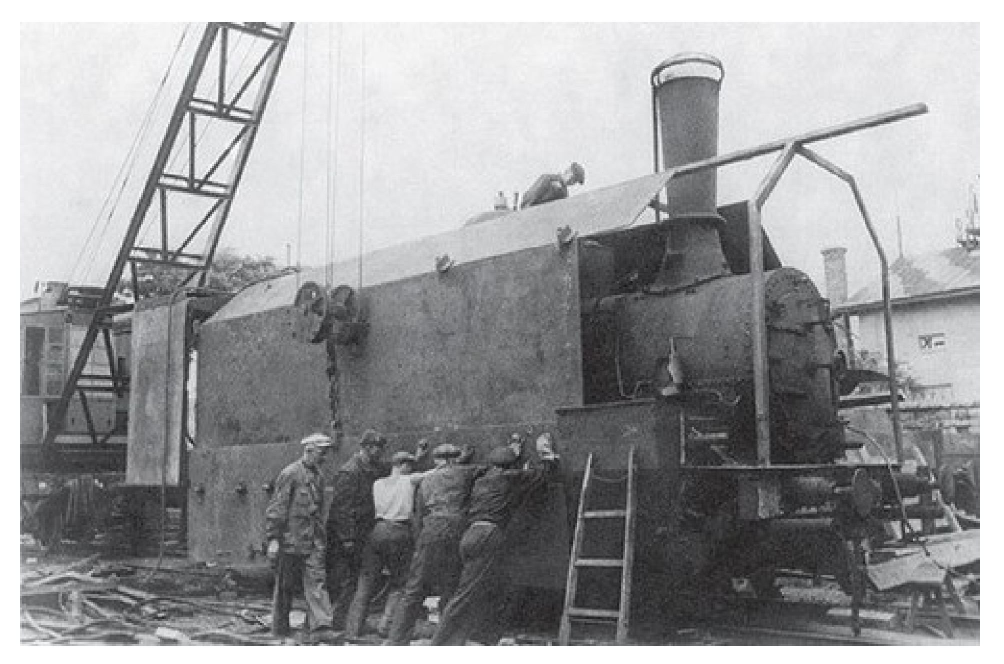
tres cañones de 76 mm, ocho ametralladoras DT, tres de las cuales eran antiaéreas, ocho ametralladoras Maxim, cuatro de las cuales eran antiaéreas.

Esas máquinas iban equipadas con motores de tanque que les permitían alcanzar una velocidad de 120 km/h. Los MBV-2 podían formar parte de un convoy blindado o funcionar independientemente. De por sí, un automotor blindado podía hacer de locomotora. Cuando era necesario, se le enganchaba una plataforma con dos cañones automáticos de 37 mm, por delante y por detrás se solían instalar unas placas reforzadas para proteger el aparato de las posibles explosiones de granadas o minas subterráneas. Ningún otro país tenía máquinas semejantes; la Unión Soviética en ese campo iba muy por delante del mundo entero.





Tren blindado n.º 965 del tipo BP-35 de la unidad de trenes blindados dirigida por N. G. Prostakov, preparándose para una operación militar (junio de 1943). Forman parte del convoy dos plataformas ligeras del tipo PL-37 con la locomotora blindada PR-35 en medio. Cada una de las plataformas va provista de dos piezas de artillería de 76,2 mm (alcance de 14 km), dos ametralladoras Maxim en torretas de artillería, cuatro ametralladoras Maxim en nichos independientes y varias ametralladoras antiaéreas. Al final del tren blindado (en la foto, a la izquierda) se ve una especie de plataforma de servicio (una plataforma así se solía instalar también en la cabeza del convoy). En las plataformas de servicio se transportaban los rieles y traviesas de repuesto, además de las ametralladoras antiaéreas adicionales. En 1941, el Ejército Rojo tenía cerca de cincuenta trenes blindados (sin contar los trenes de las tropas del NKVD). A la izquierda, en la vía paralela, se pueden ver automóviles blindados adaptados para las vías férreas, un BA-10ZhD (en primer plano) y un BA-20ZhD (en segundo plano), que se fabricaban en pocas cantidades para acompañar las unidades de trenes blindados; tenían unas fundas blindadas especiales que se instalaban en las ruedas delanteras y traseras para desplazamiento sobre rieles.



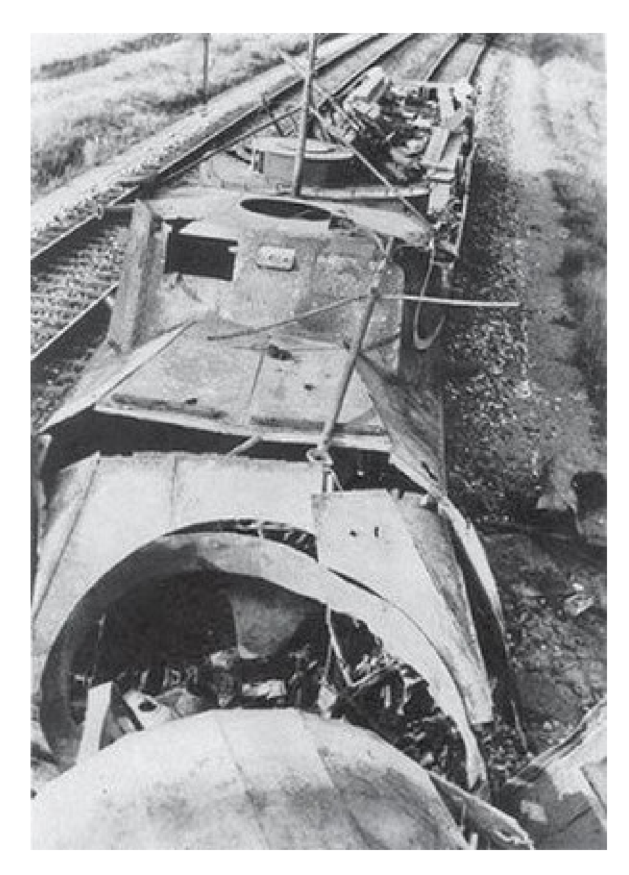
Ensamblaje de un tren blindado en la planta la Insurrección de Enero en Odesa: los obreros están instalando láminas blindadas sobre la locomotora de la serie Ov (1941). Las locomotoras de la serie Ov se habían empezado a fabricar en Rusia desde 1880 y se estuvieron explotando hasta principios de 1960, ya en la época soviética; era la serie más numerosa de todas (en total, se habían fabricado más de siete mil máquinas). Se ganaron la fama de máquinas robustas y de fácil mantenimiento, puesto que les valía de combustible tanto carbón como fuel, leña o incluso turba; se les dio un nombre popular hipocorístico: «ovejitas».



Unos soldados de la Wehrmacht subidos en un tren blindado que había pertenecido anteriormente a la 4.ª unidad del NKVD, encargada de custodiar las instalaciones ferroviarias (Grupo de Ejércitos Sur, o Heeresgruppe Süd, julio de 1941). Para los inicios de la Segunda Guerra Mundial, las tropas internas del NKVD contaban con más de

cincuenta destacamentos de trenes blindados; en aquel entonces, la cantidad de trenes blindados de la Checa llegó a superar la del ejército. En las regiones occidentales de la Unión Soviética estaban concentradas, como mínimo, ocho unidades del NKVD encargadas de vigilar las instalaciones de ferrocarril. La mayor parte de los efectivos de esas unidades, por estar ubicados cerca de las fronteras, acabaron incorporándose a las tropas regulares durante los primeros días de la guerra.

No en vano, la Checa tenía tanto trenes como coches motores blindados. Si la guerra hubiera transcurrido según los planes de Stalin, tras los fulminantes lanzamientos de las divisiones de tanques soviéticas hacia el interior de los territorios europeos, en la retaguardia habrían quedado inevitablemente focos de resistencia enemiga. Era con ellos con quien tenían que luchar las unidades de vigilancia de ferrocarriles del NKVD y otras unidades independientes del Directorio General del NKVD, creadas el 2 de febrero de 1939.



Un coche motor del tipo D2 del tren blindado de la 3.ª unidad de vigilancia de ferrocarriles del NKVD, destruido por los alemanes en la batalla del 27 de junio de 1941.



La brigada del teniente Diadin instalando una malla de alambre de púas (concertina de seguridad) cerca de un campo de minas (el frente de Leningrado, noviembre, 1941). Las concertinas son otro método sencillo, barato y eficaz de formar cerramientos en zonas de posible paso del enemigo.



Unos soldados alemanes muestran la bandera del 132.º batallón independiente de las tropas de escolta del NKVD, tomada como botín en la fortaleza de Brest (verano de 1942). Las unidades del NKVD se habían acercado muchísimo a las fronteras alemanas y rumanas; algunas se encontraban, literalmente, a unos pocos metros de la frontera. Por ejemplo, el 132.º batallón independiente de las tropas de escolta del NKVD, cuya bandera se puede ver en la instantánea, estaba situado en el baluarte de Terespol de la fortaleza de Brest. ¿Para la defensa? No. Antes del ataque de Alemania a la Unión Soviética la fortaleza no estaba preparada para la defensa, se planeaba

dejar en ella un único batallón regular de fusileros.

¿Quizá el batallón del NKVD tenía que vigilar la frontera? Pues no. Para eso, justo al lado, en el mismo campamento de la isla Pogranichni se encontraba el cuartel general del 17.º destacamento guardafronteras del NKVD. Pero el 132.º batallón independiente del NKVD no era guardafronteras, ¡sino de escolta!, aunque en la historiografía soviética la combinación «de escolta» la omitían y lo llamaban, simplemente, 132.º batallón independiente del NKVD. Este se utilizaba para escoltar a los «enemigos» de Bielorrusia Occidental, pero cuando la operación había terminado, lo situaron en el territorio de la fortaleza de Brest, a la orilla occidental del Bug Occidental.

Para pasar de allí a Alemania a través del baluarte de Terespol, solo había que cruzar un minúsculo puente. Sin embargo, el camino hasta la Unión Soviética era más complicado: primero era necesario cruzar el Bug Occidental y entrar en la ciudadela, atravesar numerosas puertas, puentes, fosos, vadear el río Mujavets… ¿A quién pensaban conducir por todos aquellos recovecos los agentes del 132.º batallón independiente de las tropas de escolta del NKVD, aquellos esbirros del Gulag?





En estas dos imágenes vemos a unos zapadores soviéticos instalando alambradas en primera línea de defensa (Frente Occidental, 1942).



Unos soldados soviéticos en pleno combate en las inmediaciones de Múrmansk se abren paso entre las barreras de alambre de púas (agosto de 1942).



Unos combatientes soviéticos franqueando barreras (URSS, el frente de Kalinin, enero de 1943). Incluso estos sencillos caballos de Frisia de estacas cruzadas y envueltas en alambre de púas pueden ralentizar notablemente el avance de la infantería enemiga y causar numerosas bajas entre sus tropas.



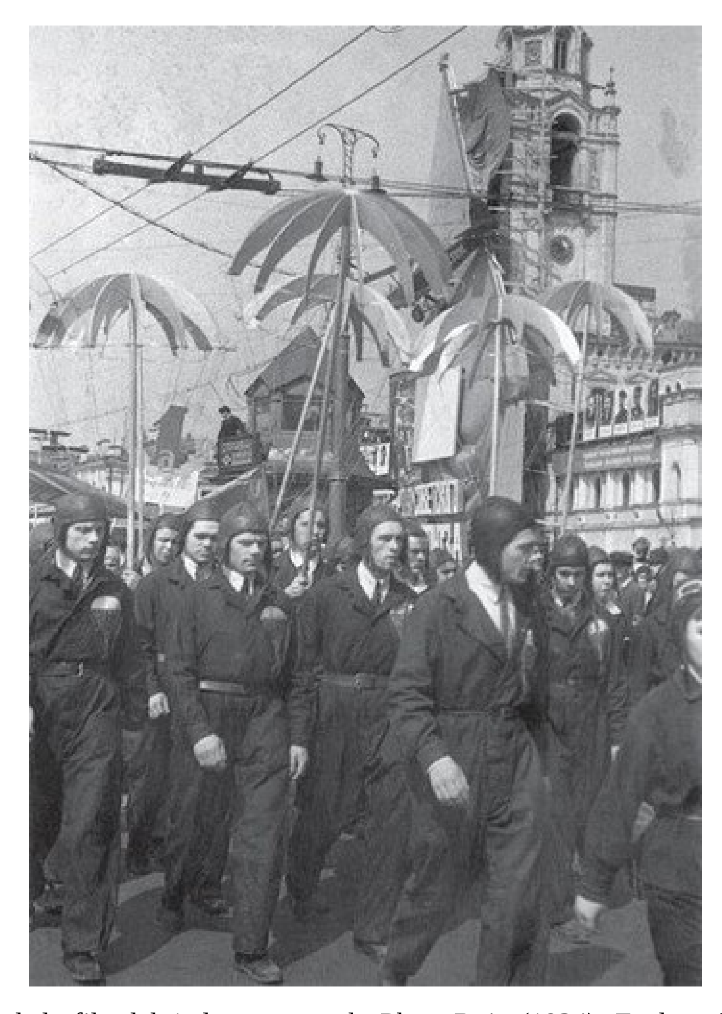
Unos zapadores de la infantería soviética franqueando una barrera de alambre de púas por una estera de ramas (1943).

Las alambradas tienen por objetivo ralentizar los movimientos de la infantería enemiga e impedir que esta pueda apuntar y abrir fuego de precisión. Incluso las estructuras más simples —como las que aparecen en esta fotografía: alambre de púas tendido entre estacas de madera verticales— son sumamente eficaces si se utilizan junto con ametralladoras, puesto que obligan a los soldados de infantería a ponerse y mantenerse de pie durante unos instantes, lo cual aumenta las posibilidades de abatirlos. Los pasos abiertos en este tipo de barreras, donde los soldados se ven obligados a concentrarse, también son buenos lugares para abatir al enemigo.

Antes de la invasión alemana a la Unión Soviética, nadie en el Ejército Rojo pensaba en instalar alambradas, sino que se preparaban para cruzar las barreras en el territorio enemigo. El coronel Stárinov cuenta en sus memorias que en vísperas de la guerra el capitán general Pávlov, que estaba al mando de las tropas especiales del Distrito Occidental, se hallaba indignado por la poca atención dedicada a las estructuras defensivas, mientras que en una guerra defensiva es lo único a lo que se debe prestar atención. Solo hay que crear alambradas y, apoyándose en ellas, agotar al adversario para después retirarse de inmediato hasta la otra barrera preparada con antelación.

A principios de 1941, las tropas alemanas empezaron a quitar las alambradas en las fronteras; era una prueba irrefutable de que Alemania iba a atacar en breve a la URSS. Pero el Ejército Rojo y las tropas del NKVD hicieron lo mismo, aunque con un pequeño retraso. Nos aseguran que las primeras derrotas el Ejército Rojo las sufrió porque no se había preparado para la guerra. ¡Son chorradas! Si *no* (cursiva del autor) se hubiera preparado para la guerra, el alambre de púas en la frontera habría seguido intacto. En este caso las divisiones del ejército situadas en la zona al menos habrían tenido tiempo para preparar las armas y los resultados de los primeros meses de la guerra no habrían sido tan terribles.

En primavera-verano de 1941, el Ejército Rojo y las tropas de la Checa estuvieron quitando alambradas para abrir paso al ejército liberador hacia el territorio del enemigo. De la misma manera habían quitado las barreras en las fronteras días antes de la «liberación» de Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Besarabia y Bucovina del Norte.



Paracaidistas soviéticos en el desfile del 1 de mayo en la Plaza Roja (1934). En los años treinta en la Unión Soviética estalló una verdadera psicosis paracaidística. En todos los parques municipales había una torre de salto; para los jóvenes una insignia de paracaidista en el pecho se convirtió en atributo imprescindible de la masculinidad.



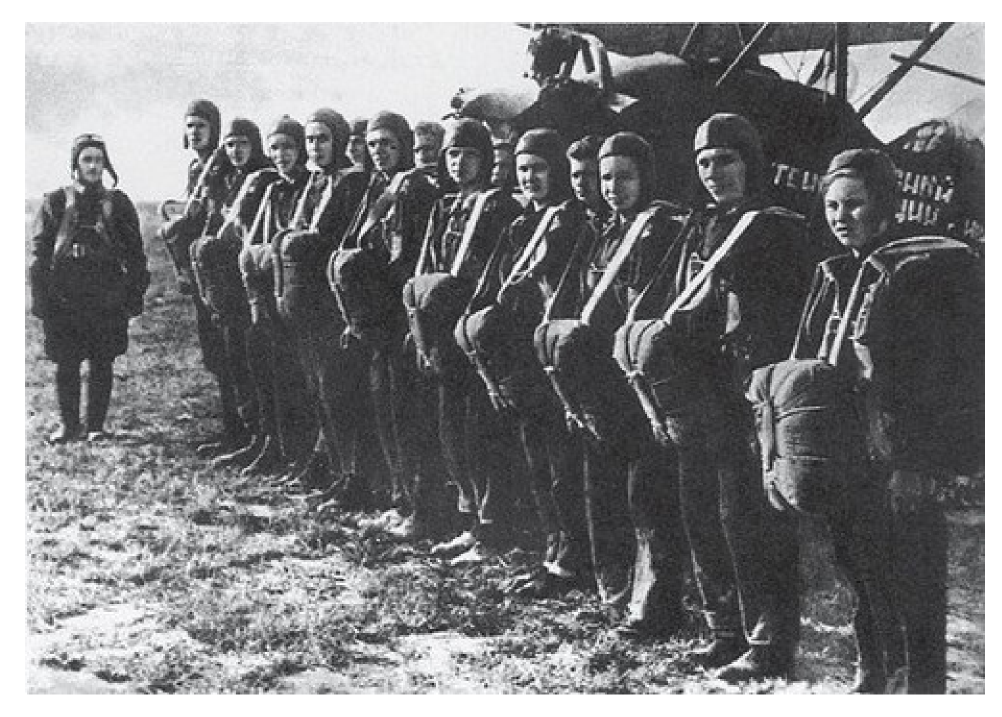
Paracaidistas del Ejército Rojo en la Plaza Roja (1934).



Paracaidistas soviéticos en fila (Moscú, 1934. Probablemente, la foto se hizo en el aeródromo de Túshino). El 18 de agosto de 1940 el periódico *Pravda* nos informaba de que la Unión Soviética contaba con un millón de paracaidistas. El mundo entero fue testigo de los preparativos de la URSS para las guerras de «liberación».



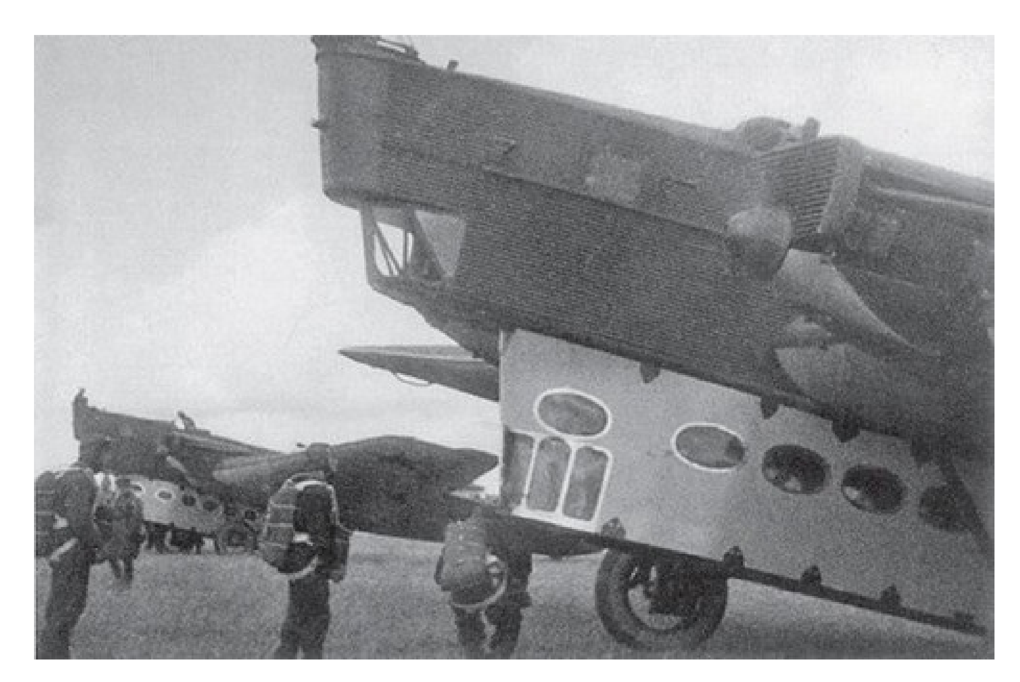
Un oficial soviético enseñando a un paracaidista cómo usar la radio (1935).



Obreros entrenándose en un taller de paracaidismo de la Sociedad para la Asistencia a la Defensa, la Aviación y la Construcción Química de la URSS.



Paracaidistas soviéticos realizando saltos de prueba (1935).



Paracaidistas subiendo a las cabinas de subfuselaje de los bombarderos TB-1 (1930). Los TB-1 fueron los primeros bombarderos soviéticos que empezaron a fabricarse en serie; con su aparición empezó la eclosión de la aviación estratégica.



Otra forma de transportar a paracaidistas en el bombardero TB-1 eran unas barquillas oscilantes que se instalaban debajo de las alas. Parecían ataúdes sin tapa, donde iban tumbados los paracaidistas. Una vez alcanzado el destino, el segundo piloto tiraba de una palanca que hacía volcar las barquillas soltando al vacío a todos los soldados al mismo tiempo. Tras una serie de pruebas prácticas, dicha construcción se dejó de emplear.



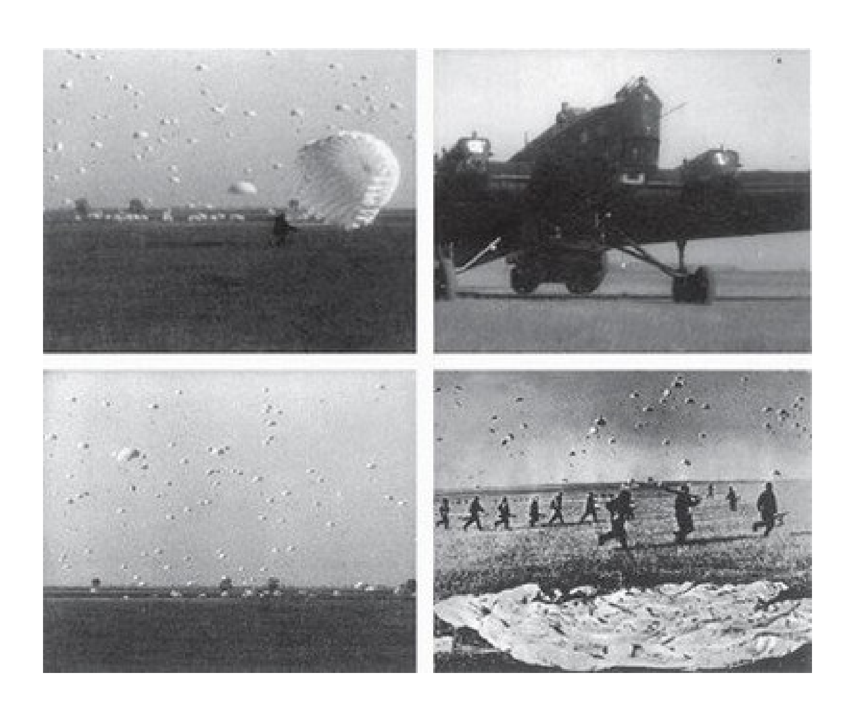
Paracaidistas del Ejército Rojo (1935-1936). Probablemente, la fotografía se hizo antes o después de un desfile realizado tras unos ejercicios prácticos. En el primer plano, los combatientes llevan a la espalda ametralladoras de mano de infantería DP sin supresor de destello y con boquilla de fogueo. Los supresores de destello se desinstalaban antes del desembarco con el fin de reducir las dimensiones del arma y se enroscaban de forma invertida sobre el cañón (como en el arma del primer soldado a la izquierda); las boquillas de fogueo se instalaban para aumentar la presión en el canal del cañón, facilitando de esta forma la recarga automática.



Bombarderos pesados TB-3 realizando el desembarco de 1200 paracaidistas para la ocupación del aeródromo de un enemigo convencional durante unas maniobras de ensayo en el Distrito Militar de Kiev (fragmentos del documental *La batalla de Kiev*, 1935). Pueden ver un fragmento de la película en el canal de la editorial Dóbraya kniga en www.youtube.com o usando este código QR (!).

Mientras ningún otro país del mundo tenía tropas de infantería aerotransportada, el Ejército Rojo realizaba grandiosas maniobras de entrenamiento, esparciendo por el cielo a miles de paracaidistas ante las pasmadas miradas de diplomáticos occidentales. Para los que no pudieron asistir a aquel hermoso espectáculo, la propaganda soviética rodó la película titulada *La batalla de Kiev,* que nos muestra con claridad qué papel asignaba Stalin a las unidades de desembarco aéreo en la futura guerra. La imagen de cientos de cúpulas blancas salpicando el cielo de punta a punta, acompañada de una especie de versión soviética de *Cabalgata de las valquirias,* resulta

sobrecogedora; esos combatientes, espléndidamente entrenados, tenían que convertirse en la principal herramienta de la guerra de conquista para la que se estaba preparando el Ejército Rojo.





Los aviones TB-3, durante los ejercicios en el Distrito Militar de Kiev, se preparan para una operación de desembarco de una unidad de infantería de 2500 efectivos con armamento pesado, incluida la artillería, automóviles blindados y tanques (1935). Este tipo de aterrizajes se realizaban en aeródromos previamente tomados por una ola de infantería ligera lanzada desde el aire.



El comandante de la 13.ª división de guardias fusileros, mayor general Aleksandr Ilich Rodímtsev (el tercero por la derecha), entre combatientes de distintas etnias (Stalingrado, setiembre de 1942). Tras el ataque y la invasión alemana a la URSS, la 5.ª brigada del 3.er cuerpo aerotransportado de Rodímtsev fue transformada con urgencia en infantería regular. Hubo que quitarle los paracaídas (al igual que a las demás brigadas aerotransportadas) y en su lugar equiparla de armamento pesado. Los chicos de Rodímtsev, tras perder a muchos compañeros y teniendo que adquirir nuevas habilidades defensivas directamente bajo el fuego del enemigo, al final se mostraron buenos defensores de la patria. Fue Rodímtsev con sus guerreros quien, en 1942, en Stalingrado, resistió en los últimos edificios junto al Volga. Sin embargo, a principios de 1941, Rodímtsev y sus chicos no pensaban en la defensa. Se dedicaban a plegar paracaídas y aprender idiomas, sobre todo el alemán. Si de verdad Stalin estaba preparándose para la defensa, ¿por qué no formó divisiones de fusileros normales desde el principio, en lugar de brigadas y cuerpos de ejército aerotransportados?



Jefas de destacamentos de sabotaje aerotransportados formando fila antes de ir a la misión (1942). Sería interesante saber cómo acabaron estas jóvenes hermosas; lo cierto es que las operaciones de sabotaje a menudo tenían un desenlace mortal. En el segundo plano vemos una aeronave de transporte militar Lizunov Li-2, que sentó las bases de la aviación de transporte militar soviética. El Li-2 era la versión militar de un avión de

transporte de pasajeros PS-84, que, a su vez, era una copia del americano Douglas DC-3 (a partir de 1940, denominado C-47), fabricado bajo licencia americana en la URSS y que era el mejor avión de transporte de la época. La versión Li-2D (la letra D viene del ruso *desant*, «desembarco») iba provista de ametralladora, que se instalaba en una especie de torreta en la parte superior del fuselaje. En total, durante la guerra, en la URSS se fabricaron más de dos mil unidades de Li-2 en sus distintas versiones.



Un batidor del Ejército Rojo enseñando a partisanos a utilizar una metralleta alemana tomada como botín (agosto de 1941). En 1939, cuando Hitler tuvo que enfrentarse simultáneamente a Gran Bretaña y Francia, fue liquidado todo el movimiento partisano soviético: las guerrillas fueron disueltas; las armas, las municiones y los explosivos se requisaron; los almacenes y los refugios secretos fueron enterrados; las bases partisanas, devastadas. Tras el ataque alemán a la URSS, hubo que recrear el movimiento partisano en los territorios ocupados, pero solo empezó a funcionar a pleno rendimiento entre 1943 y 1944. Si no lo hubieran destruido en 1939, habría empezado a funcionar correcta y eficazmente desde los primeros días de la guerra.



Tanques soviéticos en un desfile militar en la Plaza Roja conmemorando el aniversario de la Revolución de Octubre (7 de noviembre de 1930). En el primer plano, ligeros tanques soviéticos T-18, los primeros tanques diseñados en la Unión Soviética tomando como modelo el FT-17 francés y su versión italiana Fiat 3000. El tanque T-18 se fabricó en serie desde 1928 hasta 1931 y en aquel periodo constituyó el grueso de las fuerzas acorazadas soviéticas (en total, se fabricaron más de 900 máquinas), aunque fue paulatinamente sustituido por otras unidades

más modernas como el T-26. Detrás de la columna de los T-18 se ven dos tanques pesados británicos Mk V. Para el 1 de enero de 1928, el Ejército Rojo contaba con 45 tanques Ricardo, 6 tanques Tylor Mk A y 28 tanques Renault FT 17, es decir, 79 tanques de importación en total.



Tanques británicos pesados Mk V, que el Ejército Rojo había arrebatado al Ejército Blanco durante la Guerra Civil, llamados Ricardo (por el nombre de la marca del motor del que iban equipados), en un desfile militar en la Plaza Roja conmemorando el aniversario de la Revolución de Octubre (7 de noviembre de 1930). Durante el primer quinquenio fueron fabricados 3949 tanques y tanquetas, pero el caso es que, durante los primeros cuatro años del quinquenio se habían fabricado 910 tanques y en el último año, 3039.



Tanques T-26 (de una torreta, equipados con cañones, y de doble torreta, equipados con cañones y ametralladoras) y sus tripulaciones puestos en fila, antes de empezar unas maniobras de ensayo (año 1930). Los tanques de los comandantes llevan instaladas en sus torretas unas antenas pasamanos.



Tanques BT-5 durante los ejercicios en el Distrito Militar de Kiev (setiembre de 1935). En los años treinta, en las regiones occidentales del país se realizaron múltiples maniobras de entrenamiento de gran envergadura. En todas ellas se practicaba un solo tipo de tarea: la «operación profunda», incursión de un inmenso número de tanques a gran profundidad. En 1935, en las maniobras de entrenamiento del Distrito Militar de Kiev participaron 65 000 soldados y oficiales, más de 1000 tanques, 600 aviones, 300 piezas de artillería, entre otro equipo de guerra; las hostilidades convencionales se realizaron en un frente de 200 kilómetros de ancho y de 250 kilómetros de profundo. Las maniobras fueron dirigidas por el jefe de las tropas del Distrito Militar de Kiev I. E. Yakir.



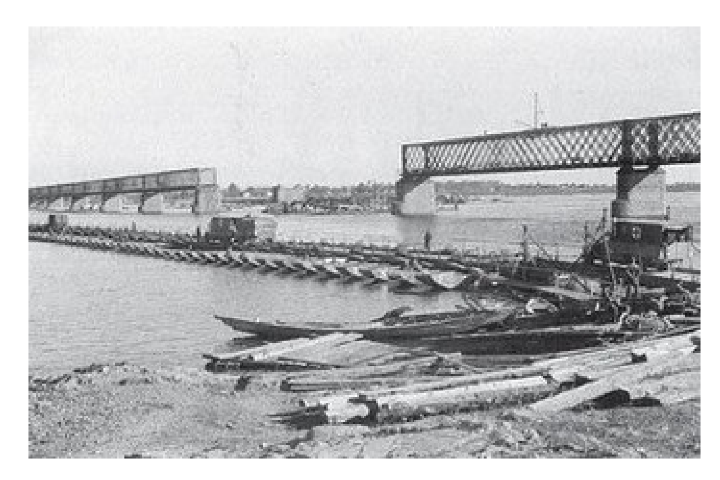
Tanques soviéticos durante los ejercicios en el Distrito Militar de Kiev (1935). En el segundo plano se pueden ver columnas de tanques anfibio T-38 y en el primer plano, un tanque anfibio T-37.[a]. Según la simbología convencional empleada en las maniobras de ensayo, el tanque pertenece a la parte contrincante «roja».



«Si toda esta gente en clavos se convirtiera, no habría clavos más duros en la tierra…».

Un combatiente del Ejército Rojo salta al agua con el equipo de campo completo (1934). Probablemente, la fotografía se hizo durante los ejercicios de alguna unidad especial.

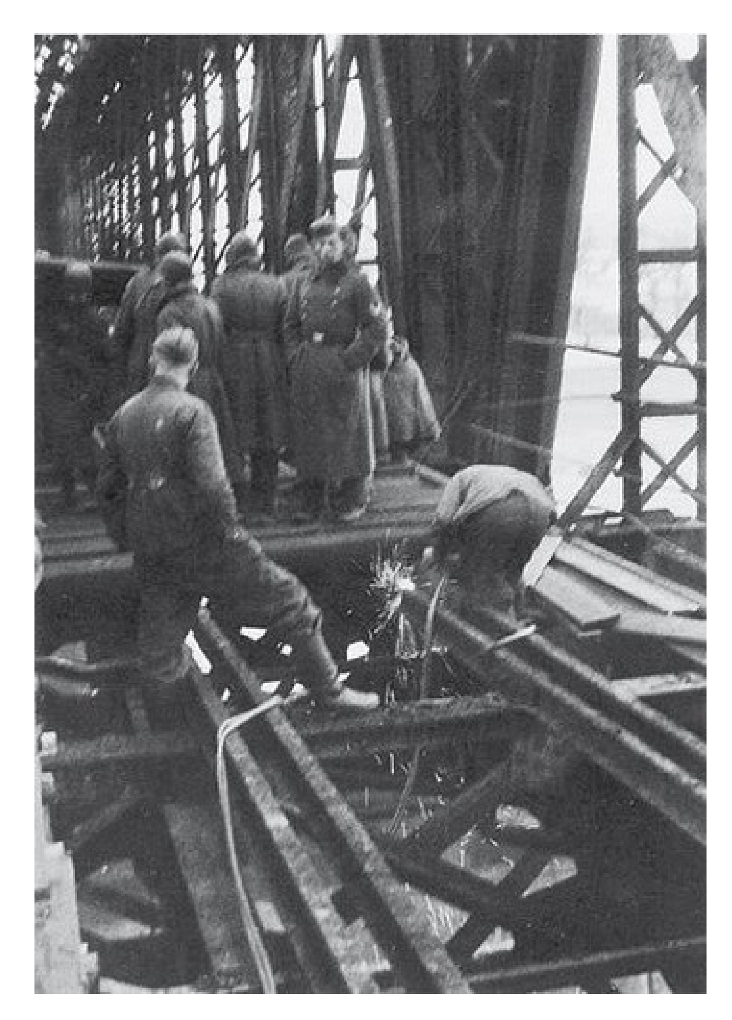




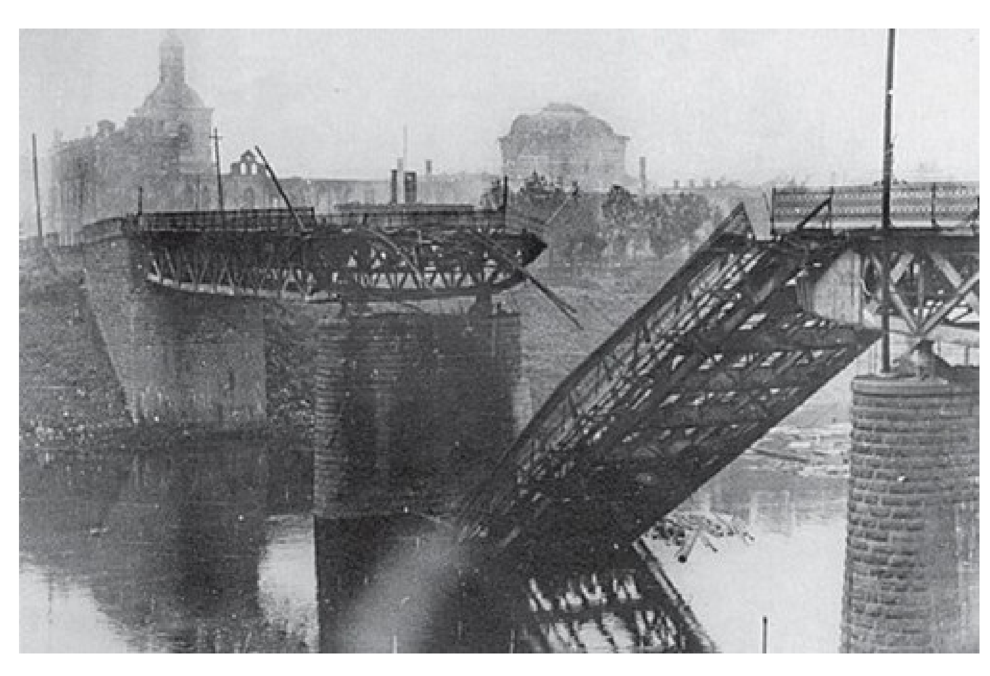
El puente de Kriúkov en el Dniéper, que une la ciudad de Kremenchug (la orilla derecha o meridional) con el barrio de Kriúkov (la orilla izquierda o septentrional). La foto se hizo desde la orilla derecha (septentrional) del río en setiembre de 1941 (la foto de abajo es más tardía); a la izquierda se ve el paso de pontones instalado por las tropas alemanas. Fíjense en que, al retirarse, el Ejército Rojo tan solo demolió dos tramos del puente; los otros diez quedaron intactos. Ni los pilones laterales ni los intermedios (con sus sólidos tajamares) se habían minado, lo cual permitió a los alemanes reconstruir el puente en poco tiempo. Semejante «demolición» no es más que un crimen abyecto y espantoso contra el país y contra su pueblo.



El puente de Kriúkov visto desde la orilla izquierda (septentrional); un soldado alemán se asoma por la escotilla de un DOT construido por las tropas soviéticas junto al río (1941).



Zapadores alemanes reparando una de las dos arcadas demolidas del puente de Kriúkov (1941).



Muchos otros puentes de importancia estratégica fueron demolidos por las unidades del Ejército Rojo durante la retirada en 1941. Las demoliciones se realizaron con la misma negligencia que en Kremenchug. En la foto de arriba vemos un puente sobre el Dniéper, en Smolensk, dinamitado. Tan solo un tramo acabó derrumbado, pero tanto los pilones laterales como los intermedios quedaron intactos. Las tropas alemanas no tardaron nada en reconstruir el puente (véase la foto siguiente).



Unos habitantes del Smolensk ocupado cruzan el puente sobre el Dniéper reparado por los alemanes (1941-1942).



Tropas alemanas entrando en el territorio de la URSS por un puente fronterizo el 22 de junio de 1941.



Soldados de la 101.ª división fronteriza de la Wehrmacht entrando en el territorio de la URSS a través del puente sobre el río San en la ciudad de Peremyshl (pol. Przemyśl) el 22 de junio de 1941. Fíjense en los cuerpos de soldados alemanes muertos; los guardafronteras soviéticos estuvieron defendiendo el puente, pero no habían recibido la orden de volarlo.



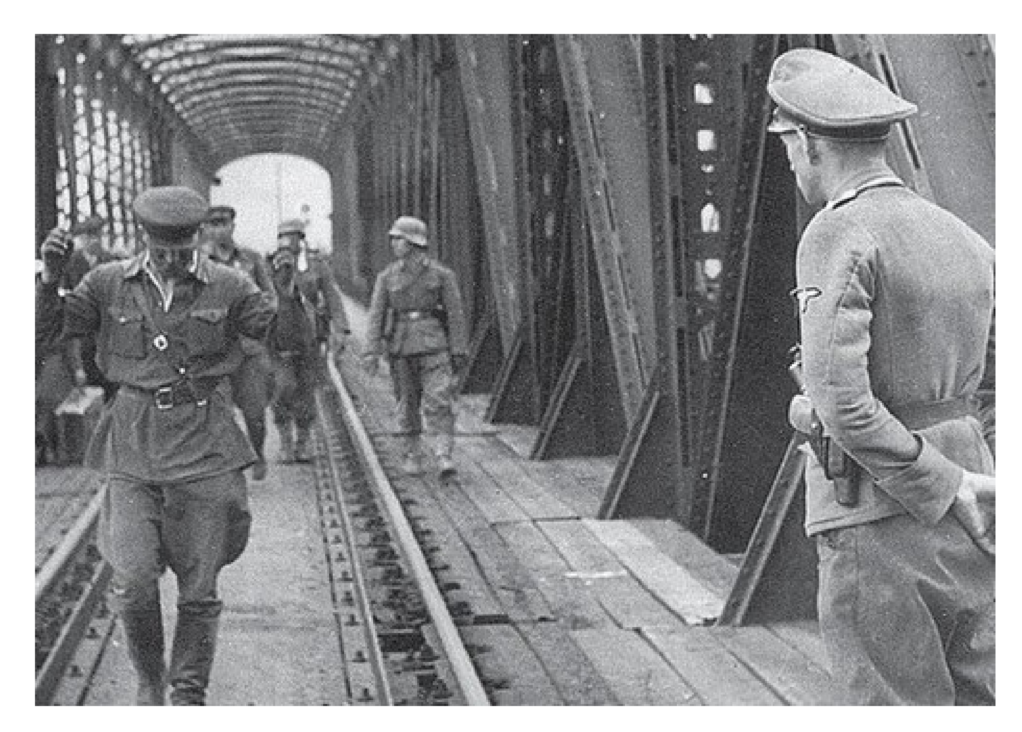
Soldados alemanes en un puente del Bug ocupado (la región de Brest, 22 de junio de 1941).

En 1939, cuando Polonia se repartió entre Alemania y la Unión Soviética, algunos ríos que pasaban por su territorio se convirtieron en fronterizos. Durante los primeros días de la guerra, al retirarse, las unidades del Ejército Rojo dejaron esos puentes intactos o casi intactos a disposición del enemigo. El jefe del Estado Mayor del Alto Mando del Ejército Alemán, coronel general Franz Halder, el 22 de junio de 1941 apuntó lo siguiente en su diario de trabajo: «Todos los puentes fronterizos del Bug y de otros ríos han sido conquistados por nuestras tropas sin librar batalla y absolutamente intactos». Solo en la línea del 4.º ejército del Frente Occidental había seis puentes así. Para el inicio de la guerra, todos estaban ocupados por las tropas alemanas, que los habían cruzado sorprendiendo y derrotando al 4.º ejército fronterizo. Los alemanes alcanzaron la retaguardia del 10.º ejército, que también acabó vencido. Por eso es mentira que Zhúkov quisiera poner en disposición de combate las tropas del Ejército Rojo en vísperas del ataque alemán; en vez de ponerlas en «disposición» de no se sabe qué combate, había que llevar a término tareas concretas: minar puentes y accesos a estos, reforzar la defensa de puentes y

pontones, etc.



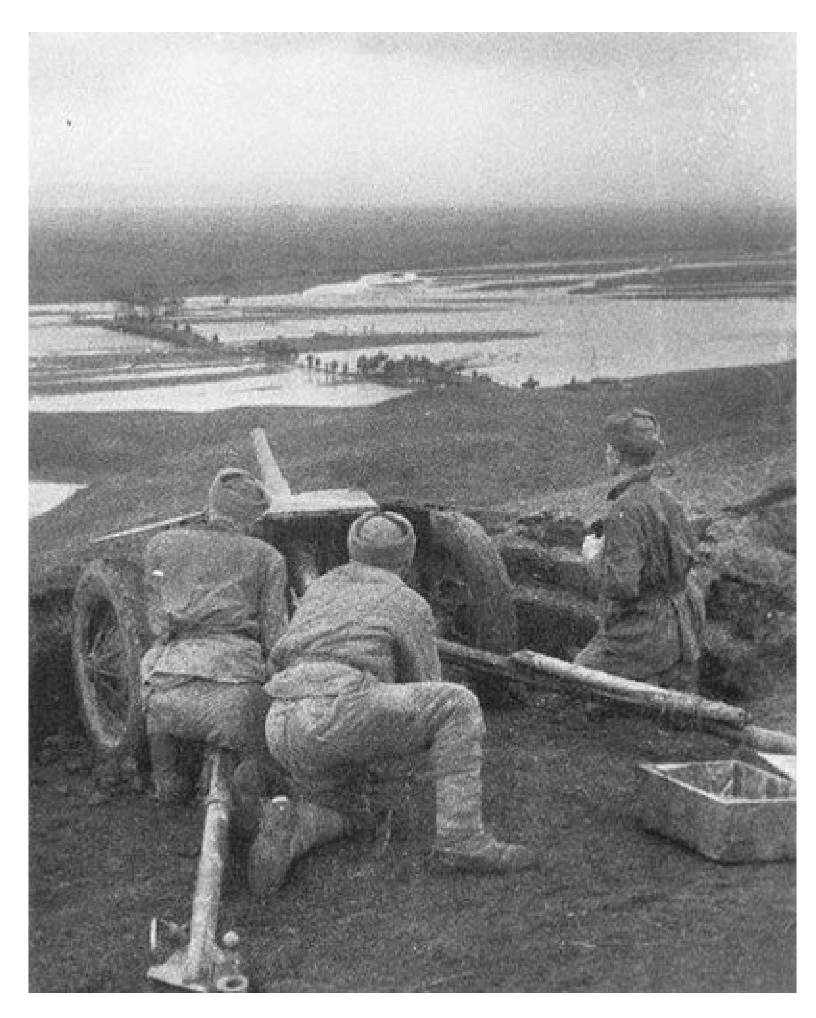
Soldados (encabezando la columna) y oficiales del Ejército Rojo, escoltados por alemanes, cruzan un puente fronterizo hacia el territorio alemán en uno de los primeros días de la guerra.



Soldados de la 101.ª división de infantería de la Wehrmacht escoltando a jefes militares del Ejército Rojo por el puente sobre el río fronterizo San, en Peremyshl, en uno de los primeros días de la guerra.



Tropas alemanas cruzando el río Bug en la frontera con la URSS; el puente que aparece en el segundo plano al poco tiempo estaría reparado (22 de junio de 1941).

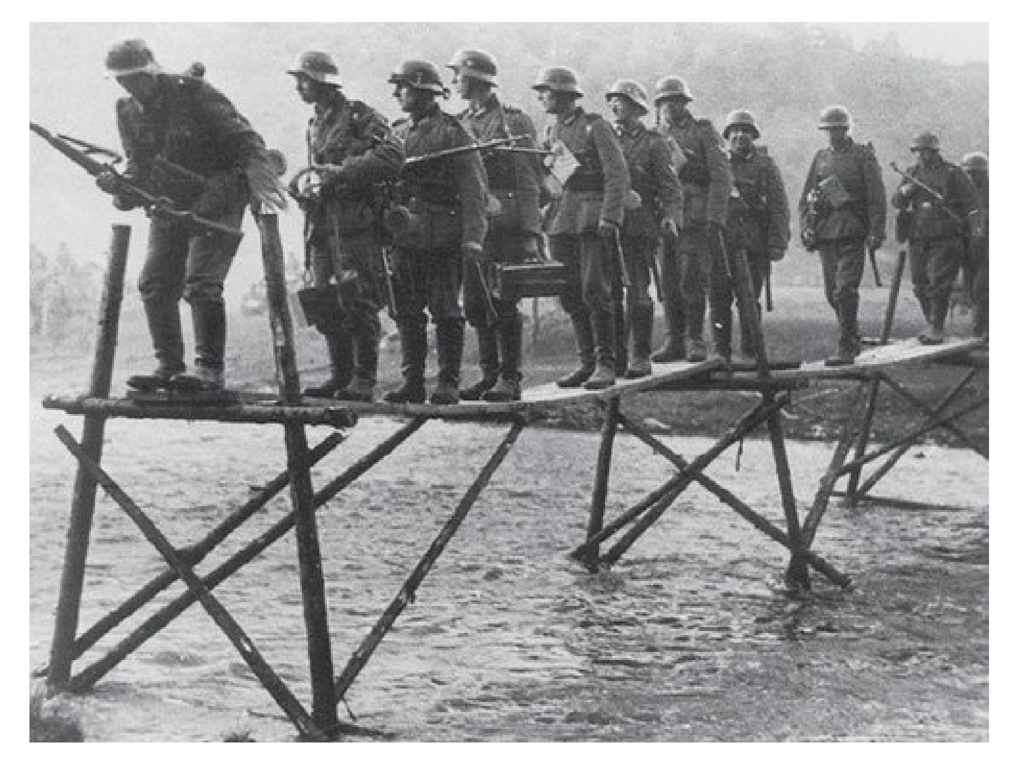


Soldados del 1.er Frente Ucraniano atrincherados a la orilla del río Dniéster (abril de 1944). Fíjense: el río pasa por un estrecho valle, a modo de cañón, de orillas abruptas. En 1941, las tropas soviéticas habrían podido convertir el Dniéster en una importante línea defensiva. El participante de la construcción de la Línea Stalin (que después se destruyó), mayor general Grigorenko, testifica que en la región fortificada de Moguiliov-Podolsk: «Nueve puestos de tiro unidos por pasadizos subterráneos, estando en contacto permanente entre sí, coronaban la alta orilla del meandro del Dniéster y barrían con sus espesas ráfagas de metralla tanto la superficie diáfana del río como la orilla opuesta». Pues ¿cuántas divisiones soviéticas se destinaron en verano de 1941 a las líneas defensivas de los ríos Dniéster, Niemen, Berézina, Daugava, Bug Occidental y Dniéper? Ninguna.

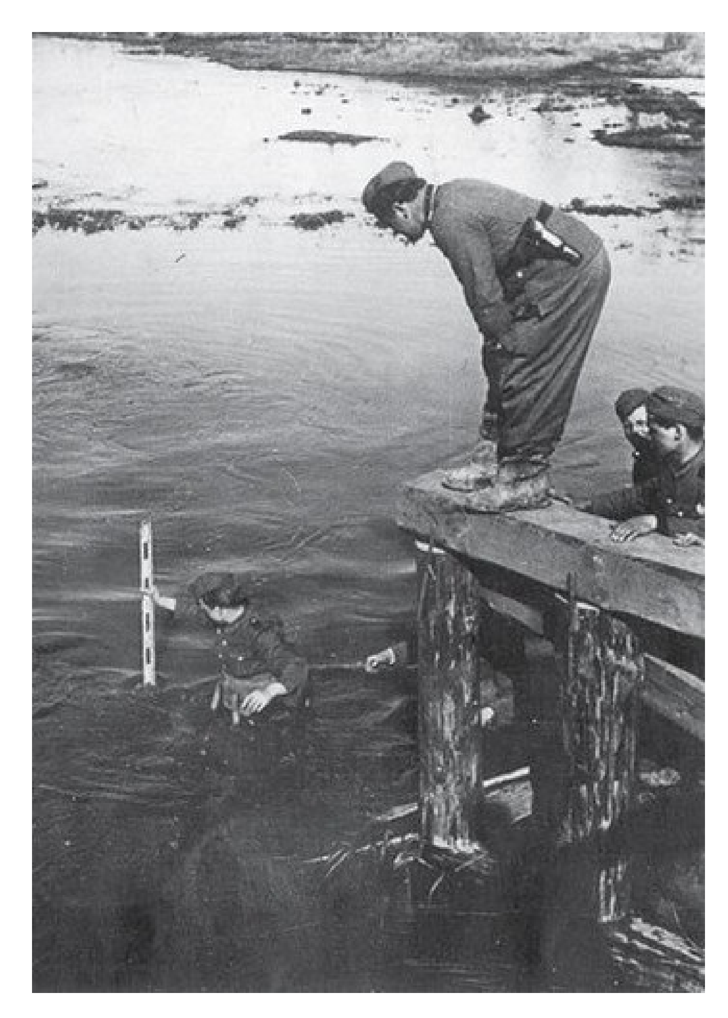




Tropas alemanas cruzando el río fronterizo Bug en una balsa el 22 de junio de 1941. Si los puentes que iban a encontrar los alemanes en verano de 1941 en su camino se hubiesen demolido y todos los ríos se tuvieran que atravesar de esta forma, la guerra relámpago se habría detenido en la orilla occidental del Daugava.



Soldados de la Wehrmacht cruzando un río fronterizo hacia el territorio de la URSS el 22 de junio de 1941.

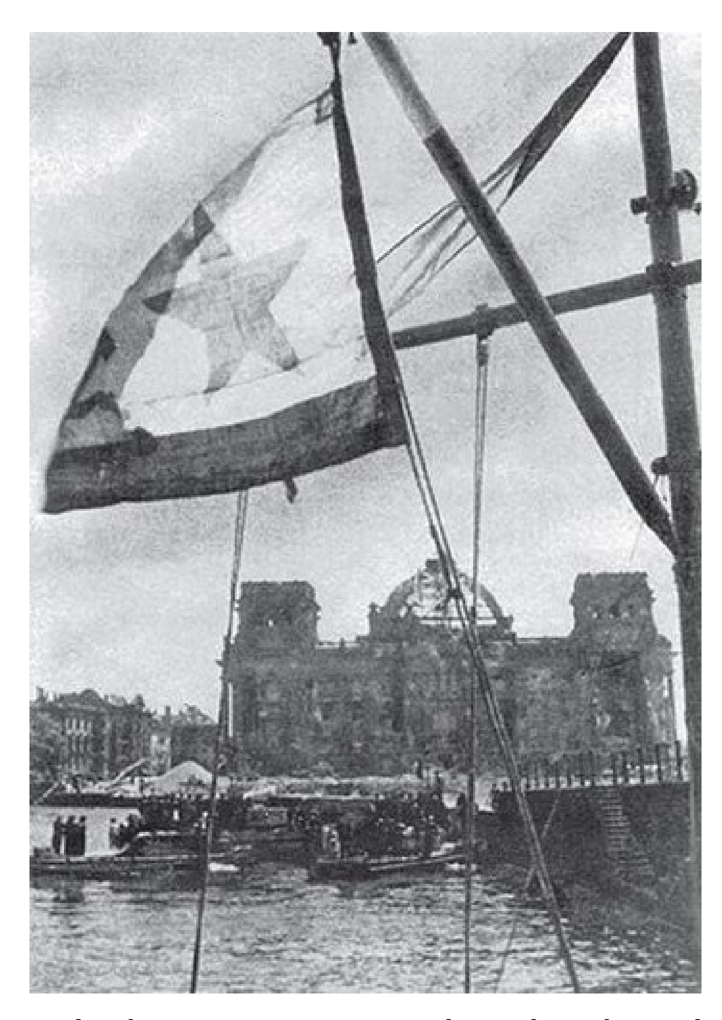


Zapadores alemanes midiendo la profundidad de un río durante la construcción de un puente (Frente Occidental, 1943).

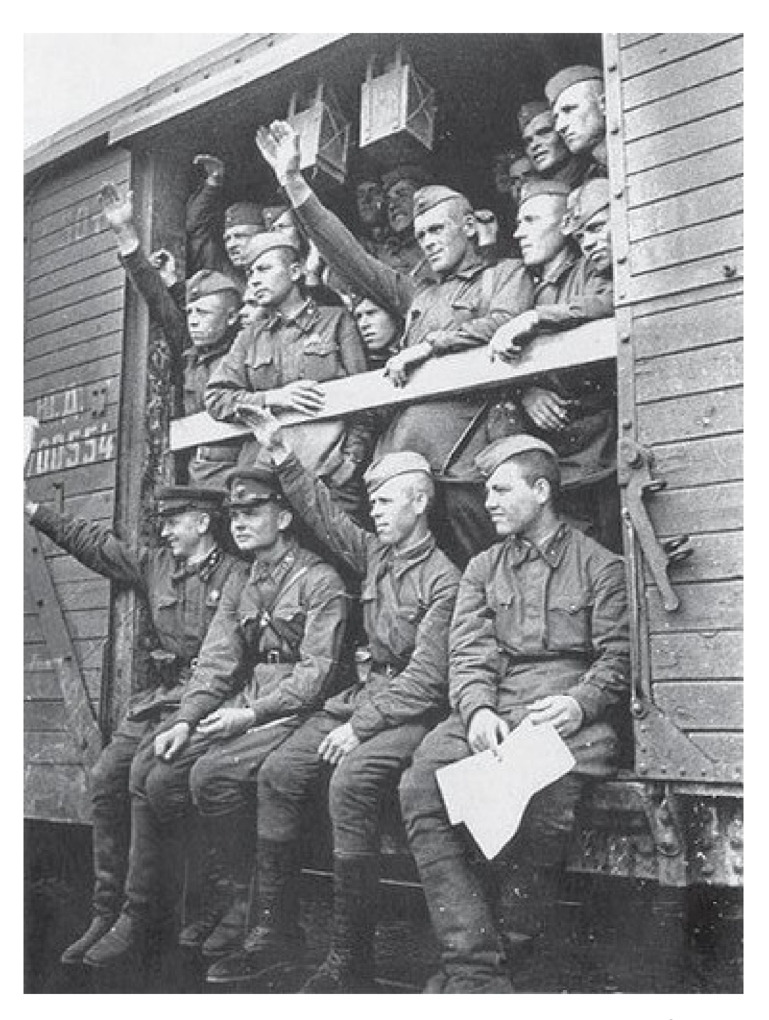


Lanchas blindadas de la flotilla militar del Danubio junto a un puente demolido en la región de Belgrado (Yugoslavia, 19 de octubre de 1944). Son unas patrulleras blindadas fluviales clase 1124; iban equipadas de dos

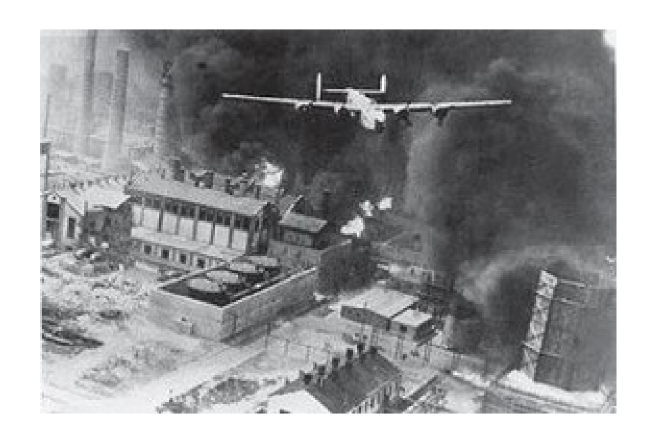
cañones de 76 mm sobre torretas de tanque T-34-76 y ametralladoras DT y DShK. Las dimensiones de estas embarcaciones permitían su traslado en plataformas ferroviarias.



La bandera de la Armada Roja de Obreros y Campesinos en el asta de un buque de la flotilla del Dniéper, encallado frente al Reichstag (mayo de 1945). La flotilla militar del Dniéper llegó, literalmente, hasta el mismo Berlín: en 1945 sus barcos, después de pasar por el río Spree, participaron en la operación de Berlín y en la ocupación de la ciudad.



Soldados y oficiales del Ejército Rojo se van a la guerra en un vagón de carga. La foto se hizo en junio de 1941, tras la invasión de Alemania a la URSS; antes de la invasión, el traslado de tropas a las fronteras occidentales se realizaba en condiciones de extrema confidencialidad: las puertas de los vagones iban cerradas, no se permitía bajar en las paradas, los generales también viajaban en vagones de carga. Más tarde, muchos de los jefes militares confesaron que incluso antes del ataque alemán ya sabían que se dirigían «a la guerra» y que sus familiares también lo entendían. Se dirigían a una guerra que tenía que empezar sin que Alemania atacase.







Bombarderos americanos B-24 sobrevolando las refinerías en Ploiești. El 1 de agosto de 1943, las Fuerzas Aéreas de EE. UU. llevaron a cabo la operación Tidal Wave («marea» en inglés) que consistía en el bombardeo estratégico de las nueve refinerías situadas en la región de Ploiești, en la que participaron 177 bombarderos B-24. La operación formó parte de la llamada «campaña petrolera» de la Alianza occidental, cuyo objetivo era destruir las fuentes de carburantes de Alemania. Sin embargo, la producción de combustible en Rumanía no disminuyó y la campaña fracasó. En la foto de arriba y en la de la derecha vemos el bombardero americano B-24D pilotado por Robert Sternfels, que acaba de lanzar una bomba sobre la destilería Arstra Romana en Ploiești. Estas tres fotos y la de la página siguiente fueron realizadas por J. Joswick, el único de los dieciséis reporteros gráficos que regresó con vida de aquella operación; en total, aquel día fallecieron 440 miembros de tripulaciones, 220 resultaron heridos o desaparecieron. Las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos perdieron 53 bombarderos B-24.



Tanques petroleros de la compañía Columbia Aquila arden después del bombardeo estadounidense en Ploiești (1 de agosto de 1943). Algunas de las instalaciones llevan pintura de camuflaje.



Soldados de un destacamento de fusileros de montaña del Ejército Rojo descansando (Cáucaso del Norte, 1942).

Las divisiones de fusileros de montaña se completaron con soldados rigurosamente seleccionados y bien formados y pasaron a recibir abastecimiento especial, muy diferente al de una división de fusileros normal; su armamento también mejoró bastante.

En el Cáucaso, en vísperas de la guerra, se había creado una escuela de preparación de tropas de montaña, donde los mejores alpinistas soviéticos se formaban para ser monitores. A estos, recién graduados, no se los enviaba con urgencia ni al Cáucaso ni a Turquestán, sino a la frontera occidental, en la que se concentraba una enorme cantidad de tropas de fusileros de montaña.



Combatientes de un destacamento de fusileros de montaña del Ejército Rojo (Cáucaso del Norte, 1942).



La mujer de un jefe militar del Ejército Rojo enseña a su hijo a rellenar una cinta de munición (verano de 1941).

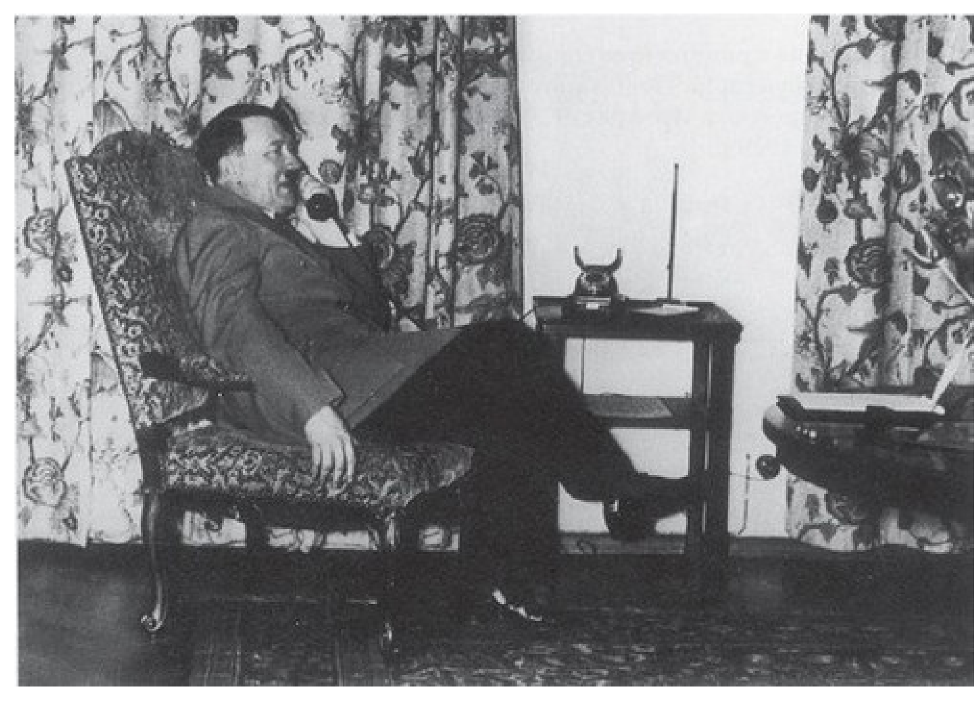


Estas fotos, que pocas veces han aparecido en la prensa, se habían hecho en el Kremlin después de la firma del pacto de no agresión germano-soviético (Pacto de Ribbentrop-Mólotov) en la madrugada del 23 al 24 de agosto de 1939 (el documento fue firmado alrededor de las dos de la noche en el despacho de Mólotov).

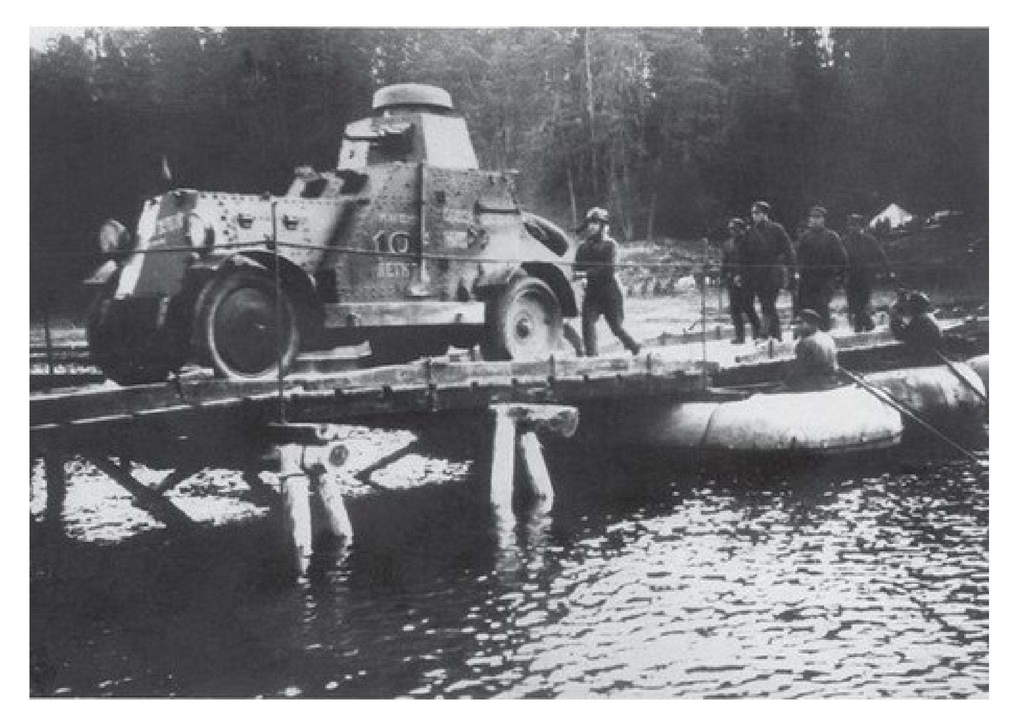
El comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Mólotov, pasa a Stalin uno de los documentos (probablemente, el texto del tratado); a la izquierda vemos al ministro de Asuntos Exteriores, Hermann von Ribbentrop.



Stalin dando instrucciones con respecto al pacto de Ribbentrop-Mólotov al jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, Sháposhnikov.



Hitler recibe el informe telefónico de Ribbentrop sobre la firma del pacto de no agresión germano-soviético (24 de agosto de 1939).



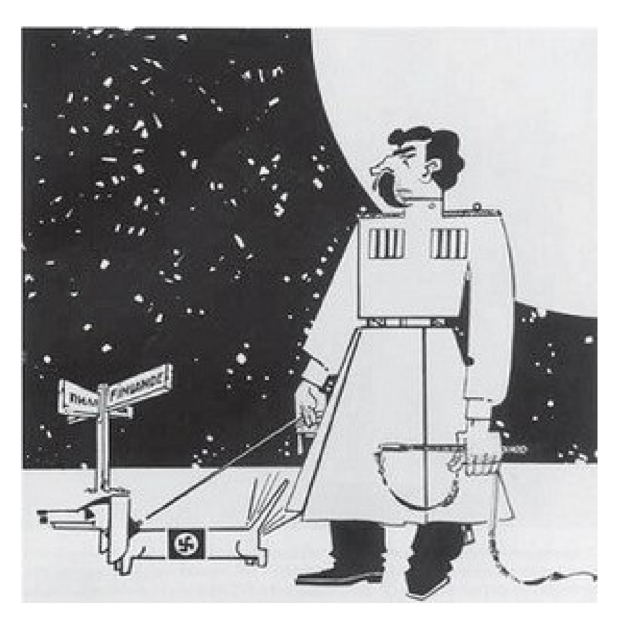
Un automóvil blindado BA-20 y un grupo de combatientes del Ejército Rojo cruzan un río en la frontera entre la URSS y Polonia. El puente fue construido por zapadores (17-20 de setiembre de 1939).



Un soldado de la Wehrmacht convidando con cigarrillos a soldados del Ejército Rojo (territorio de Polonia tras la ocupación, 20 de setiembre de 1939).



«¡En marcha, ar!». Una caricatura francesa aparecida en los medios tras la firma del pacto germano-soviético, en el que se acordaba el reparto de Polonia (13 de setiembre de 1939). Este tipo de caricaturas políticas demuestran que, después de la firma del pacto de Ribbentrop-Mólotov y del reparto de Polonia entre los firmantes, las intenciones de Stalin se hicieron bien visibles para la opinión pública europea. Todos entendieron que el líder soviético estaba empujando con insistencia a la Alemania nazi hacia la guerra, que el pacto garantizaba a Hitler libertad de actuación en Europa y que, realmente, hizo la Segunda Guerra Mundial irreversible.



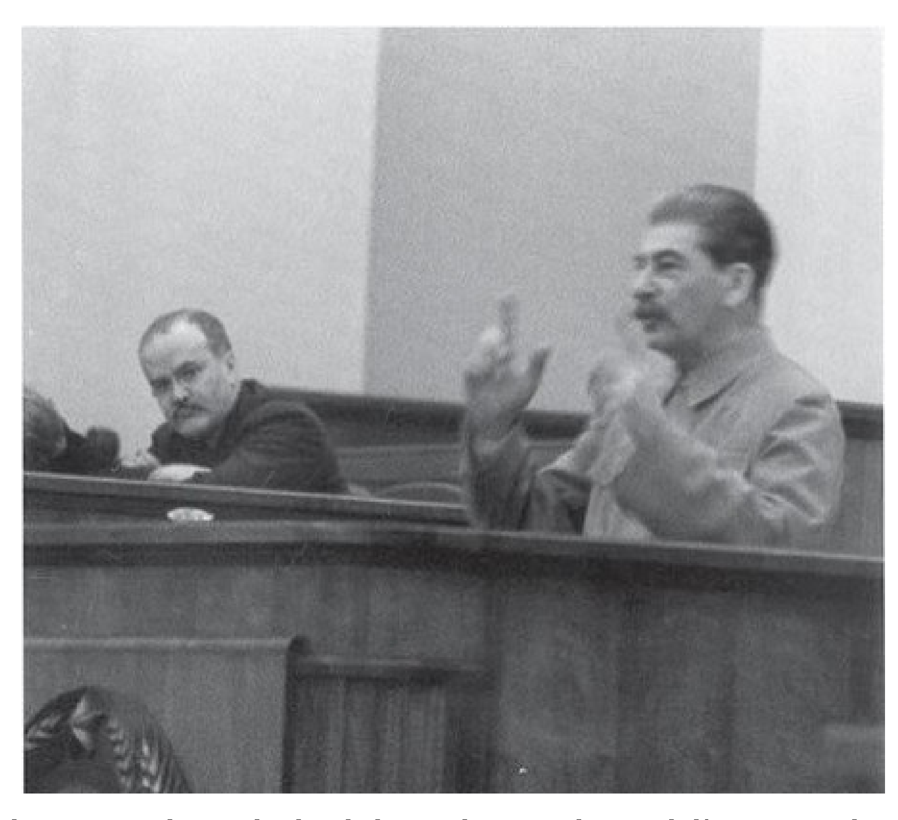
«Stalin lleva a Hitler con correa». Una caricatura francesa de 1939. Cuando nos acordamos con rencor de aquel can que mordió a media Europa, no nos olvidemos del camarada Stalin, que había criado a ese can para soltarlo después de la cadena.



Hitler bailando al son de la flauta de Stalin (Holanda, 1939).



Un teniente coronel del Ejército Rojo saludando a las tropas de la Wehrmacht desde la tribuna de agregados culturales. Desfile conmemorativo del 50.º aniversario natalicio de Hitler (Berlín, 20 de abril de 1939).



Stalin pronuncia un discurso ante los graduados de las academias militares al día siguiente de su nombramiento como jefe del Gobierno soviético (Kremlin, 5 de mayo de 1941). El discurso se podría considerar reglamentario, aunque fue pronunciado a puertas cerradas a cal y canto. Solo se hizo público 57 años después. Stalin habló durante cuarenta minutos; teniendo en cuenta su laconismo habitual, cuarenta minutos parece muchísimo.

Stalin se dirigió a los graduados de las academias militares solo en dos ocasiones. La primera vez fue en 1935, cuando el hacha castigadora ya se había alzado sobre el país y se estaba preparando la Gran Purga; entonces Stalin intervino con las palabras «¡El equipo es determinante!».

Y en mayo de 1941, Stalin por segunda vez pronuncia un discurso ante los graduados de las academias militares. Lo que se planeaba en esta ocasión era un asunto mucho más serio y mucho más turbio, por lo cual el último discurso acabó siendo confidencial. Stalin habló sobre la situación en Europa, sobre la guerra, sobre Alemania. El secretario general de la Internacional Comunista, el camarada búlgaro Gueorgui Dimitrov, apuntó en su diario que Stalin en aquel momento estaba de un humor excepcionalmente bueno. Pero cuando, durante el ágape celebrado tras el encuentro, el mayor general de las tropas de tanques G. N. Kovaliov brindó por el carácter pacífico de la política exterior de Stalin, este replicó que de lo que se trataba era de una guerra con Alemania y que en esa guerra la Unión Soviética iba a atacar.



Teniente general Konstantín Rokossovski en el puesto de mando del 16.º ejército (dirección de Volokolamsk, región de Moscú, diciembre de 1941). En la conciencia popular (al menos durante la guerra y las primeras décadas de la posguerra) el ejército completado con presidiarios se relacionaba inseparablemente con el nombre del Mariscal de la Unión Soviética Rokossovski. En toda su vida dirigió solo un ejército: el 16.º; el mando lo asumió en agosto de 1941. Desde el 17 de agosto de 1937 hasta el 23 de marzo de 1940 había estado en la cárcel, sometido a interrogatorios y torturas, pero se le «olvidó» mencionar aquel episodio en sus memorias, que empezaban así: «En otoño de 1940, estuve con mi familia en Sochi».

Durante la Gran Purga, miles de jefes militares del Ejército Rojo acabaron en el Gulag. Y de pronto, a esas personas, que ya se habían despedido de este mundo, las subían a unos trenes de lujo, las llevaban a balnearios de primera, las cebaban en restaurantes para miembros del partido, les devolvían el poder y les daban la oportunidad de «expiar sus culpas». ¡Imagínense con qué ganas todos aquellos *kombrig* y *komdiv* se ponían manos a la obra! La mayoría de los absueltos sirvieron a Stalin abnegadamente, lucharon a brazo partido, derramaron su propia sangre y la de los demás, ganándose de esta forma la confianza.



El comandante del 3.er ejército, coronel general Aleksandr Vasílievich Gorbátov (26 de setiembre de 1944). La biografía de Gorbátov es una biografía típica de un jefe militar del Ejército Rojo de la época. El *kombrig* Aleksandr Vasílievich Gorbátov había sido detenido en octubre de 1938. Lo juzgaron y lo enviaron a Kolymá a cumplir la condena. El 5 de marzo de 1941 fue absuelto. Tras unas sesiones de tratamiento intensivo, fue nombrado subcomandante del 25.º cuerpo de fusileros del 19.º ejército del Segundo Escalón Estratégico. En breve recibiría el título de Héroe de la Unión Soviética y sería el segundo (una vez fallecido Berezin) gobernador soviético de Berlín. Ascendería a general de ejército y ocuparía el puesto de jefe de las tropas aerotransportadas del Ejército Soviético. En sus memorias, Gorbátov confesó que el día de su excarcelación lo consideraba como su segundo nacimiento. A Gorbátov (igual que a muchos otros) lo liberaron con el tiempo justo para que fueran a algún balneario de Sochi y luego, a batallar en Occidente bandera en mano.



Presos soviéticos en un campo de concentración alemán (Pomerania, 9 de agosto de 1941). Fíjense en el

combatiente de la chaqueta y pantalón oscuros y remendados y con una taza esmaltada colgando de un extraño cinturón. En las fotos de soldados soviéticos que acabaron presos durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, a menudo podemos ver, entre las caras de reclutas jóvenes, exhaustos rostros de hombres maduros con uniforme sin distintivos. Con ese «contingente especial», traído de las regiones orientales de la Unión Soviética, de Siberia y de Transbaikalia, se completaba el Segundo Escalón Estratégico.



Jefes militares soviéticos realizando un reconocimiento clandestino del terreno (1941). Antes de avanzar, cualquier jefe militar inspecciona el terreno que tiene delante. Si el jefe de la unidad no ha examinado el terreno con los cinco sentidos, si no se ha podido poner en el lugar de un soldado de infantería e imaginar todas las dificultades que pueden surgir al atravesar la zona, lo pagará con una derrota. Es por ello que cualquier jefe militar, independientemente de su rango, antes de una batalla se viste de uniforme de campaña, se tira al suelo y avanza a rastras a lo largo de la línea fronteriza durante horas, fijándose en cada detalle e intentando prever cualquier obstáculo que pueda surgir durante el avance al día siguiente. La palabra «reconocimiento» se refiere a la inspección visual del terreno del enemigo. Aunque la aparición de grupos de reconocimiento al otro lado de las fronteras no significa inicio de la guerra, sí significa el final de la paz. A principios de 1941, los oficiales y generales alemanes empezaron a inspeccionar el terreno soviético con mayor insistencia, pero sus colegas soviéticos no se mostraban preocupados por una sencilla razón: ellos, a su vez, se estaban dedicando a al reconocimiento del territorio alemán. Si el Ejército Rojo se estuviera preparando para defenderse, no tenía ninguna necesidad de fisgar a los guardafronteras alemanes. Lo que debían hacer era estudiar su propio territorio y prepararlo de forma adecuada. Pero la Unión Soviética estaba planeando una operación de mayor envergadura que Barbarroja, por lo cual los jefes militares soviéticos, incluidos los generales y mariscales que ocupaban los puestos de mando más altos, habían empezado sus tareas de reconocimiento ya en junio de 1940, mucho antes que los alemanes.



Soldados alemanes limpiando sus armas personales; el segundo de la derecha sujeta un subfusil PPSh-41. El jefe del Directorio de Inteligencia del Estado Mayor, teniente general Filipp Ivánovich Gólikov, identificó unos indicadores infalibles de que Hitler estaba preparando un ataque contra la Unión Soviética. Gólikov creía que para la guerra contra la URSS el ejército alemán tenía que engrasar sus armas con un aceite especial. El lubricante que habitualmente utilizaban los alemanes se congelaba a bajas temperaturas, las piezas metálicas se encasquillaban y el fusil no disparaba. Por eso los servicios de inteligencia militar soviéticos empezaron una verdadera cacería de harapos sucios y papel grasiento que los soldados alemanes abandonaban en lugares donde habían limpiado sus armas. Los análisis de trapos sucios realizados en la Unión Soviética demostraron que la Wehrmacht tanto en verano como en invierno utilizaba el mismo aceite y no pensaba preparar sus armas para el clima ruso. Gólikov estaba esperando a que el ejército alemán cambiara el tipo de lubricante. Pero Hitler lanzó la Operación Barbarroja sin una preparación debida. Gólikov hizo todo lo posible para descubrir la preparación del ataque, pero no la hubo, sino que solo hubo gran concentración de tropas alemanas en la frontera soviética.

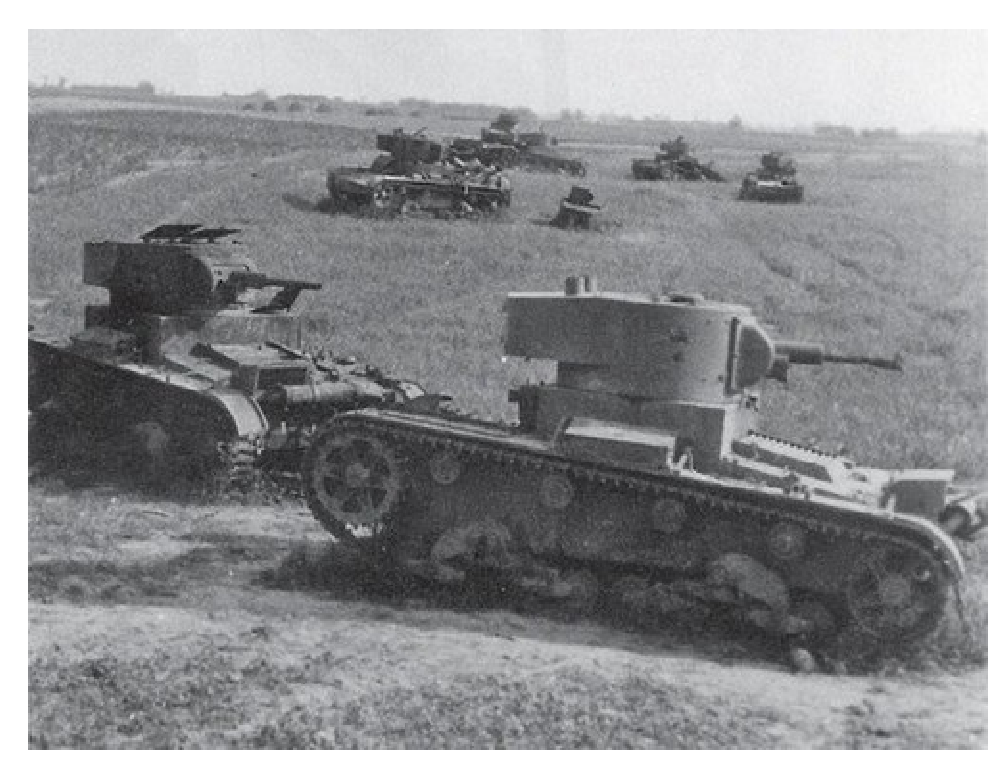


Cazas y bombarderos soviéticos en un aeródromo soviético en Letonia tomado por los alemanes (finales de junio - principios de julio de 1941).

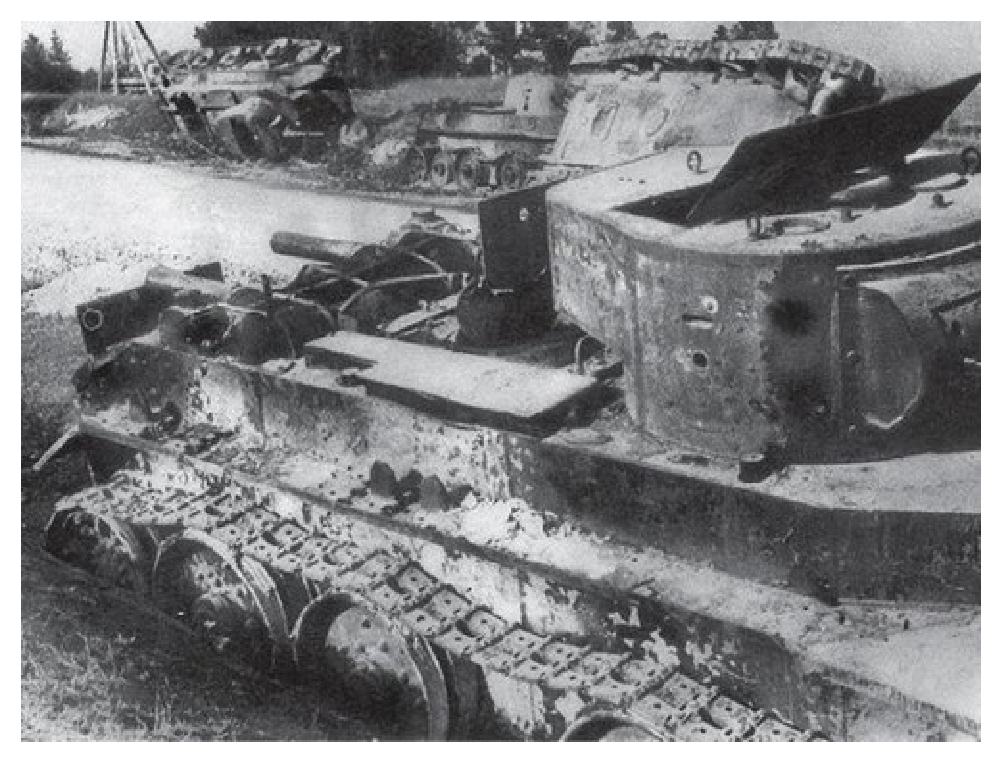




Tanques soviéticos tomados como botín directamente sobre plataformas ferroviarias (junio-julio de 1941). En la imagen de arriba vemos un tanque BT-7M, en la de abajo, un tanque KV-2 sin estrenar (fíjense en las ruedas y orugas impolutas).



Tanques T-26 (sus diferentes versiones) de la 19.ª división del 22.º cuerpo mecanizado abatidos en dirección Vóinca-Lutsk (24 de junio de 1941).



Tanques BT-5 abandonados en las cunetas por las unidades del Ejército Rojo durante la retirada (8 de agosto de 1941).



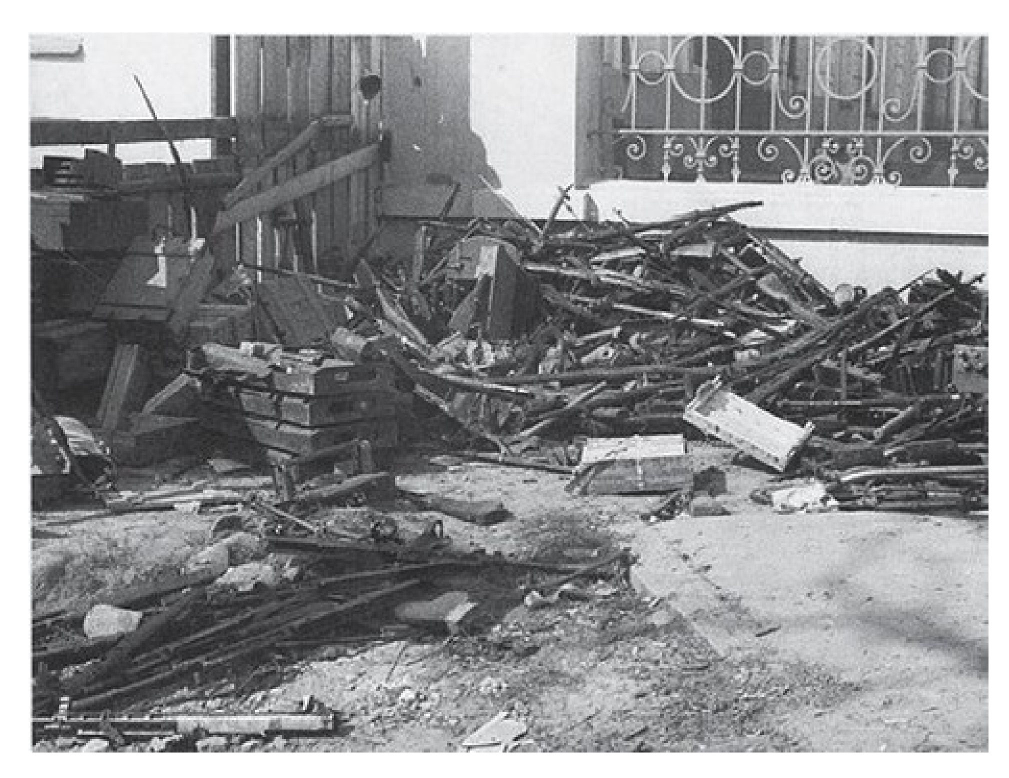
Automóviles soviéticos destruidos y abandonados durante la retirada (Carelia, verano de 1941). En el primer plano, camiones GAZ-AA.



Una columna soviética abatida (Białystok, 30 de junio de 1941).



Piezas de artillería, ametralladoras Maxim y lanzagranadas en un punto de almacenamiento de trofeos alemán (verano de 1941).



Armas portátiles abandonadas por las unidades del Ejército Rojo en una de las ciudades soviéticas (verano de 1941).



Combustible soviético para los tanques de la Wehrmacht. Soldados alemanes vertiendo el combustible de las cisternas ferroviarias soviéticas, tomadas como botín, en bidones (finales de junio - principios de julio de 1941). En la primera mitad de 1941, de las regiones centrales de la Unión Soviética hacia las fronteras occidentales fueron trasladadas ingentes cantidades de armamento, municiones, combustible, uniformes, víveres, equipamiento médico y de ingeniería, entre otros pertrechos. Los tanques alemanes alcanzarían la ciudad de Rostov gracias a las reservas de combustible y lubricantes que el Ejército Rojo había abandonado en las zonas fronterizas.





Portadas de diferentes ediciones de *El rompehielos* de Víctor Suvórov en lenguas extranjeras. En la esquina izquierda de arriba está la portada de la primera edición del libro. Por primera vez, *El rompehielos* salió en alemán en la editorial Klett-Cotta (Stuttgart, RFA). La primera edición en ruso salió en Rusia en 1991.

25.IO.87.

Многоуважаемый Виктор .... !
/простите, не знаю Вашего отчества/

Получил своевременно Ваше письмо от I3 сент., теперь и книгу. Прочёл её с большим интересом. На меня она произвела впечатление весьма убедительное. Сама идея – захватывающая, но несмотря на полную неожиданность для публики – чрезвычайно правдоподобная. Напечатание такой книги – даже если она не будет признана полностью, а станет объектом споров – будет иметь большое историческое значение, и не только для нашей страны. У Вас – чёткое мышление, неупускающее внимание. Вы напоминаете многие известные факты /вроде опровержения ГАВАСа/, но забытые по людской беспечности. Вы провели огромную исследовательскую работу – и изящно то, что – по советским же публикациям. /Хотя и материалы германской или западных разведок тут бы весьма не помешали, но, очевидно, это уже трудно было достать и охватить./ Если переброска частей – кажется не исчерпывающе охвачена /и естественно/, читателю хочется еще примеров /но где их взять!/ – то в прослеживании личных судеб генералов это восполнено неукоснительно и крайне убедительно. Исключительно ценно открытие "чёрных" дивизий и прослеживание войск НКВД. Вы не устаёте исследовать и всякие побочные ветви, как предупреждения Черчилля, Зорге – и даже песню Александрова. Создаётся предельно широкий набор доказательств. Убедительна и версия о принятии Сталиным поста предСНК. Не хватает: истории переговоров летом I939 с англо-французскими миссиями в Москве. А сам Павлов – тоже, кажется, расстрелян,– Вы не упомянули? или я пропустил. М.б. следует Вам сделать шаг догадки о миссии Рычагова и др. – именно они, что ли, упустили, что Гитлер опережает. – Для меня неясно с заградительными отрядами: ведь, вроде, об их создании было только в приказе НКО 227 от 27 июля I942? – В Ш части повторность доказательств м.б. становится уже и утомительной, – но нужна, учитывая силу яростной полемики, которую книга Ваша вызовет. Все корни событий весны I94I прослежены сколь можно глубоко и последовательно. – Удивляет название "Ледокол". На 282 поясняется: Ледокол Революции, т.е. в Европе,– образ верный,– но требует обоих слов, и какого-то пояснения напр. во Введении. Впрочем, во Введении есть несколько забегающих выводов,– надо бы держать перо тут строже, [illegible] оповещать только о фактах и не спешить с далёкими выводами, особенно таким, что СССР вступил во Вторую Мировую – I9 авг. I939; такому выводу можно найти место гораздо, гораздо позже, и будет убедительнее.

Но требуется еще и серьёзная редакторская работа – именно из-за высокой ответственности темы и ожидаемой бурной дискуссии. Надо перевести книгу от тона страстной публицистики к тону научного хладнокровия. Для этого во всяком случае:

Carta de Aleksandr Isáyevich Solzhenitsyn a Víctor Suvórov del 25 de octubre de 1987 (*hasta ahora inédita*).

Estimado Víctor …………………:

/discúlpeme, no conozco su patronímico/

Recibí su carta del 13 de setiembre y después, el libro. He leído este con mucho interés. Me ha impresionado y me ha parecido bastante convincente. La idea en sí es absorbente y, a pesar de su tremenda audacia, resulta extremadamente creíble. La publicación de semejante obra —aunque al final no se reconozca del todo, sino que se convierta en objeto de discusiones— tendrá un gran significado histórico, y no solo para nuestro país. Usted muestra un pensamiento riguroso; nada se escapa a su atención. Saca a colación muchos hechos conocidos (como la rectificación del comunicado de HAVAS), pero olvidados por culpa de la despreocupación humana. Ha realizado una labor investigadora colosal y lo más gracioso es que lo ha hecho basándose en las publicaciones soviéticas. (Aunque es cierto que los materiales de los servicios secretos alemanes y occidentales no estarían de más, pero supongo que ya eran difíciles de conseguir y abarcar). A pesar de que el traslado de tropas, al parecer, no se abarca por completo y, como es lógico, el lector se queda con ganas de más ejemplos (¡pero de dónde los iba a sacar!); el seguimiento de las biografías de los generales lo compensa de sobra y acaba convenciendo. Resulta especialmente

valioso el descubrimiento de las divisiones «negras» y el seguimiento de las tropas del NKVD. Además, usted revuelve incansablemente otros aspectos secundarios, como los avisos de Churchill y de Sorge, o, por ejemplo, la canción de Aleksándrov. Se crea una lista muy amplia de testimonios. Resulta convincente la versión sobre el nombramiento de Stalin como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS. Se echan de menos los antecedentes de las negociaciones con la misión anglo-francesa celebradas en Moscú en verano de 1939. Y creo recordar que Pávlov también fue fusilado. ¿Lo omite usted o me equivoco? Quizá le convenga insistir en que fueron Rychagov *et al.* a los que se les escapó el hecho de que Hitler se iba a adelantar. A mí no me queda claro lo de los destacamentos retardadores; creo que solo se mencionan en el mandato del Comisariado del Pueblo para la Defensa del 27 de julio de 1942, ¿no es cierto? En la III parte, los testimonios son muy repetitivos y pueden llegar a cansar, pero entiendo que serán necesarios, teniendo en cuenta el alcance de la polémica que su libro va a despertar. Las raíces de los acontecimientos de la primavera de 1941 se rastrean a conciencia y en profundidad. Desconcierta el título del libro. En la página 282 se aclara que se trata del Rompehielos de la Revolución, o sea, en Europa. La imagen parece certera, pero la verdad es que son necesarias ambas palabras y una especie de explicación, por ejemplo, en el Prólogo. Aunque en el Prólogo se adelantan algunas conclusiones, debería ser más lacónico y solo exponer los hechos, reservándose las conclusiones tajantes; por ejemplo, la afirmación de que la URSS entró en la Segunda Guerra Mundial el 19 de agosto de 1939 se puede formular mucho, pero mucho más adelante; así sería más convincente.

Sin embargo, aún queda mucho trabajo de redacción por delante, requerido precisamente por la responsabilidad que va a suponer la polémica esperada. Es indispensable cambiar el apasionado tono ensayístico por el impasible tono de la ciencia. En cualquier caso conviene:

I. Отказаться ото всех страстных, а то и развязных восклицаний или словоупотреблений. Технически убирать их легко, но м.б. будет трудно Вашему темпераменту. Их множество, приведу только примеры. I25 – Ах,Витя; I26 – врубил вопрос, I30 – мне кричат /это – часто, и все "кричат" надо снять/, I07 нет братцы, 2I7 этот номер не пройдёт, 254 – пусть ТАСС болтает, 276 –догадайся Марусенька, 305 – члены клуба, нет братцы, прохвоста и т.д. – много их. Во Вступлении поражает опрометчивость такого рода: я слышал *даже* такую легенду: мы жили мирной жизнью /I стр/ – а другой никакой и нет; но "мало кто верит в шаткую версию 22 июня" – да все верят; смешная наука историография /2/. Я отмечал по рукописи гораздо больше, но не перечисляю Вам примеров, найдёте. Нужна сосредоточенная серьёзность, а не залихватский журнализм.

2. Вы небрежны с библиографией, тут Вас просто уничтожат. Полное название используемой книги В., иногда приводите не в первом случае использования, а позже /напр.Триандафилов – на I87 бегло, только на I88 полностью; 226 – номера документов, только на 228 – указание источника/. Таких примеров немало, а – *ни один* недопустим. Надо всюду дать полные сноски, а при повторениях – Баграмян, указ. источ. Типографски легче делать сноски не на страницах /хотя в скобках – можно/, а – отдельным списком в конце Части или всей книги. Это – не тяжелая работа, но – Вмикал. У Вас даже и оглавления нет! /и некоторые разделы названы легкомысленно, вроде "про сталинского сокола и ворошиловского прохвоста" – тем более, что раздел далеко не о них, да и тон!/

83 – так же поскалейкой
стр 19 – пропуск стр. в источнике
Сноска на Соч Сталина на стр. 7 – неверна! такого в изд.1947 не вижу!

Еще: 48 - английские историки, 61 - большая группа профессиональных историков, 191 - профессор - всех их надо называть - где их возражения Вам. "Получаю огромное количество писем" - 35, - тогда примеры из них, или не надо их упоминать вовсе. 41 - "огромное количество мемуаров у автора" - звучит хвастливо и ненужно: когда все перечислите аккуратно, так все и увидят. - Конец 44 стр - аргумент о вагонах недостаточно опёрт.

Еще: увлекшись разоблачением замыслов Сталина, Вы то и дело помягчаете Гитлеру, как будто он и вообще не агрессор и не нападал : стр. 142, 238 - "оборонная акция", 276 - "не надо обвинять Гитлера в агрессии" /а что он и делал с 1937 года?/, 376 - "Как Гитлер сорвал войну" /сталинскую войну/ - кстати где источник Кейтеля? Есть и на 378, да и еще места. - Эти места очень вредны для книги.

164 - "где-то перепутан № корпуса" - да разве это допустимо?! 220 - каждый советский командир - не каждый, а с какого-то ранга. - Я далеко не перечислил все небрежности.

Откуда западные историки узнали о Вашей книге? С кем Вы ведёте переговоры об издании, и что Вам отвечают? В чём "вторая книга" - и нужно ли Вам её писать, не доработав по-настоящему первую?

Нет ли где ошибок в инициалах генералов /не везде и пропечатаны хорошо/

Конечно, есть ощущение многократных повторов, как заклинаний /хоть и о Сообщении ТАСС/ - м.б. не везде надо долбить всё в одну точку, материал покажет и сам. 296-298 - карьера Голикова не вполне увязана убедительно.

Что ж, дерзайте! Так вполне бывает: несомненная вещь - и никому не видна

Всего Вам лучшего и доброго!

I. Prescindir de expresiones y exclamaciones vehementes, por no decir desaforadas. Técnicamente sería fácil eliminarlas, pero puede ser que su temperamento se lo impida. Hay muchísimas, solo voy a citar algunas de ellas. 125: «¡Ay, Vitia!»; 126: «preguntó a lo loco», 130: «me dicen a gritos» (eso de «a gritos» se repite demasiado, lo debería quitar), 107: «no, chavales», 217: «eso no cuela», 254: «que la TASS siga despotricando», 276: «adivínalo, Marúsenka», 305: «miembros del club; no, chavales, unos mangantes», etcétera. En el Prólogo encontramos la siguiente incoherencia: «He llegado a oír **incluso** una como esta: “Nosotros vivíamos tranquilos y nos atacaron…”» (página 1), pero luego no se menciona ninguna otra versión; pero «pocos se creen la versión del 22 de junio», mientras todos se la creen; «la historiografía es una ciencia ridícula» (pág. 2). En el manuscrito he apuntado muchas más, pero no le voy a poner aquí todos los ejemplos, los va a encontrar. En vez del cerril estilo periodístico lo que hace falta aquí es concentración y seriedad.

2. Usted trata con total desprecio la bibliografía, por lo cual lo van a machacar. A menudo, el título completo del libro no lo menciona en la primera cita, sino más tarde (por ejemplo: Triandafíllov se menciona en la página 187 por encima, en la página 188 aparece la cita entera, en la 266 figuran los números de los documentos nada más, en la 228 ya aparecen las fuentes (al igual que en la página 83, lo de Moskalenko); en la página 19 falta la página de la fuente. Hay muchos fallos como esos, mientras ninguno es aceptable. Todas las referencias tienen que ser completas, y si son repeticiones (p. ej.: Bagramián), tiene que ir la fuente. Tipográficamente, en lugar de hacer notas a pie de página (eso sí, en el texto la cita puede ir entre paréntesis) es más fácil adjuntar una lista completa al final del libro. Es un trabajo voluminoso, pero no muy complicado. ¡Usted ni siquiera tiene un índice! (algunos epígrafes llevan títulos demasiado veleidosos, como por ejemplo: «sobre el Halcón de Stalin y el pícaro de Voroshílov»; además, ¿qué tienen que ver?; ¡y vaya tono que emplea!). En la página 7, la cita de los escritos de Stalin tiene un fallo: en la edición de 1947 no lo encuentro: (sigue letra manuscrita) *el vol. 6 no tiene nada que ver, en el vol. 7, cita inexacta*.

Más. En la pág. 48: «unos historiadores ingleses»; pág. 61: «un grupo numeroso de historiadores profesionales»; 191: «el profesor»… Hay que **poner nombre** a todos ellos. ¿Y dónde están sus **objeciones**? «Recibo gran cantidad de cartas» (pág. 35), pues ponga algún ejemplo o no las mencione siquiera. Pág. 41: lo de «enorme cantidad de apuntes del autor» suena fanfarrón e innecesario; es mejor que lo enumere, entonces la gente se da cuenta. El argumento que aparece al final de la pág. 44 no resulta lo suficientemente fundamentado.

Otra cosa: en el afán por desenmascarar los propósitos de Stalin, usted acaba exculpando a Hitler, como si este no fuese ningún agresor y no hubiera atacado a nadie: págs. 142, 238: «acción defensiva», 276 «no tachen a Hitler de agresor». (¿Y a qué se dedicó desde 1937?, 376: «cómo Hitler hizo fracasar la guerra» (= de Stalin). Por cierto, ¿dónde están las fuentes de Keitel? Hay más cosas en la página 387 y en otras. Podrían ser perjudiciales para el libro.

Página 164: «algún n.º de cuerpo está confundido». ¡¿Acaso es posible?! Pág. 220: «cada jefe militar soviético»; cada, no: a partir de ciertos rangos. Y no quiero enumerar todos sus descuidos.

¿Cómo los historiadores occidentales han sabido de su libro? ¿Dónde quiere usted editarlo y qué le responden? ¿De qué va el segundo libro y de verdad quiere editarlo antes de terminar este primero?

¿No habrá errores en las iniciales de los generales? (Ni siquiera todas están legibles).

Claro, hay una cierta sensación de repetitividad, como si de un conjuro se tratase (por ejemplo, lo del comunicado de la TASS). Quizá no merezca la pena insistir tanto en lo mismo. Págs. 296-298: la carrera de Gólikov se estructura de una manera poco convincente.

¡Ánimo, pues! Por qué no: estamos ante un trabajo contundente y novedoso.

¡Le deseo todo lo mejor y mucha suerte!



Títulos de artículos críticos sobre *El rompehielos* en la prensa rusa y ucraniana de los años noventa.



Víctor Suvórov.

(Vladímir Bogdánovich Rezún) Año 2011.



VLADÍMIR BOGDÁNOVICH REZÚN, más conocido por su pseudónimo VÍKTOR SUVÓROV (Barabash, 20 de abril de 1947). Exmilitar soviético desertor convertido en escritor de temas históricos de la Segunda Guerra Mundial y de la Unión Soviética.

En 1978 desertó en Ginebra del Departamento Central de Inteligencia (GRU), instalándose posteriormente en el Reino Unido. Célebre por su controvertida obra *El rompehielos* (1992), en la que, Suvórov refleja la idea de que la responsabilidad del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial recayó exclusivamente sobre la Unión Soviética. Según Suvórov, la Operación Barbarroja habría sido un ataque preventivo que se habría anticipado a un plan de invasión de la Alemania nazi desarrollado por Stalin. Diversos autores apuntan que similares teorías también habían sido desarrolladas por historiadores revisionistas soviéticos e historiadores alemanes de derechas como Joachim Hoffman. El material ha sido calificado como «revisionista».

NOTAS

[1] El autor no pone notas al pie, sino que las coloca entre paréntesis a lo largo del texto. Cuando el autor hace notas al pie, son más bien explicativas. Para facilitar la lectura, se han unificado todas ellas, incluidas las del traductor o del editor, en esta sección. (*Nota del editor digital*). <<

[2] Para mayor detalle, véase la nueva edición de *Labor sagrada* de Víctor Suvórov (Dóbraya kniga [Libro bueno], Moscú, 2013; capítulo 8 «¿Para qué quería Stalin la seguridad colectiva?» y el anexo n.º 2 con fotos inéditas de los archivos alemanes). (Nota del editor). <<

[3] Guderian habla en sus memorias sobre la visita que había hecho a la fábrica de trenes de Járkov, la única que hacía los carros de combate BT: «Ya en 1933 visité una fábrica rusa que fabricaba 22 tanques al día, una modificación rusa del Christie». La traducción de este fragmento se hizo de la edición inglesa de las memorias de Guderian (Guderian H., *Panzer Leader*, Londres, Futura, 1979; pág. 144) y se cotejó con la edición original de las memorias en alemán (Guderian H., *Erinnerungen eines Soldaten*, Heidelberg, Rut Vowinckel Verlag, 1950), donde esta frase es idéntica. Curiosamente, la misma frase en la edición rusa es un tanto diferente: «Ya en 1933 sabía que la única fábrica de tanques rusa fabricaba [al día] 22 máquinas del tipo Christie-ruso» (Guderian, H., *Memorias de un soldado*, Smolensk, Rusich, 1998, pág. 194. Probablemente, todas las ediciones de Guderian en ruso son reimpresiones de la traducción publicada por Ediciones Militares en el año 1954). En el original y en la traducción inglesa aparece la palabra «visité», pero en la rusa figura «ya sabía», es decir, en la versión rusa el hecho de que el general alemán visitara la fábrica soviética se oculta; no es más que falsificación de la historia.

Al parecer, Guderian estuvo en Rusia en más de una ocasión. El teniente coronel de artillería S. E. Popov hace constar en sus memorias: «En 1939, durante la Guerra de Invierno, me citaron en Moscú para mi posterior traslado al frente, sin embargo, luego me nombraron comandante del regimiento 576 y me destinaron a la región de Privolzhski. Por cierto, precisamente entonces vi al célebre general de regimiento de tanques Heinz Guderian, que había entrenado con nosotros» (*Krásnaya zvezdá*, 25 de diciembre de 2003). <<

[4] Iósif Stalin, *Pravda*, 10 de noviembre de 1920. <<

[5] Aleksandr Blok, *Los doce*, enero de 1918. <<

[6] M. V. Frunze, *Obras selectas*, Moscú, Ediciones Militares, 1957, vol. 2, pág. 92. <<

[7] Esta denominación el partido la mantuvo entre los años 1918 y 1925. <<

[8] *Mein Kampf*, *Mi lucha* (Nota del editor). <<



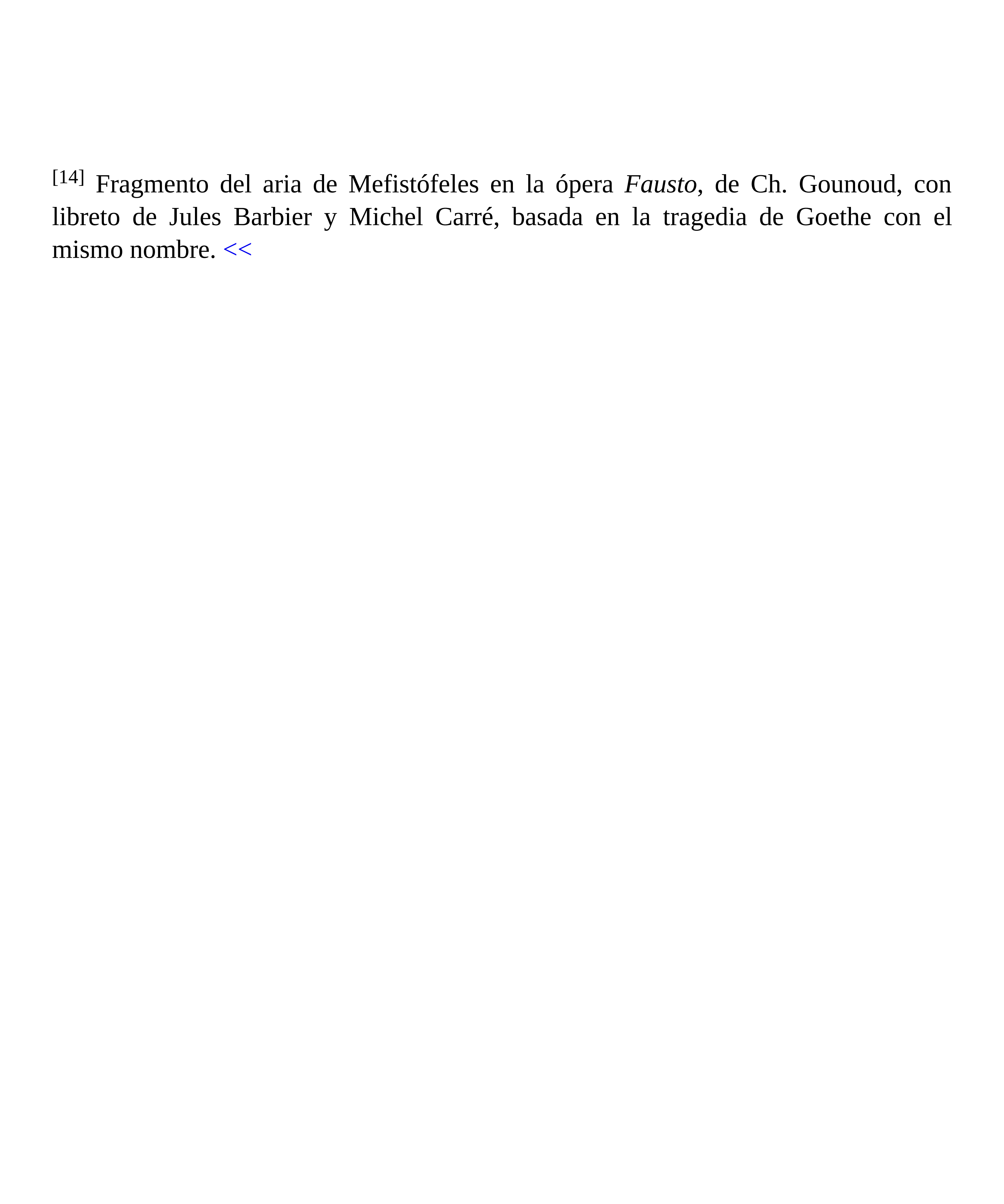
[9] Mijaíl Tujachevski, *La marcha a través del Vístula*, Moscú, Nóvosti, 1992, pág. 88. <<

[10] Para una descripción más detallada del control sobre las fuerzas armadas de la URSS por parte del Partido Comunista, véase Suvórov, V. *Contra todos: La crisis en la URSS y la lucha de sus dirigentes por el poder en la primera década después de la guerra*, Moscú, Dóbraya kniga, 2013, capítulo 25. (Nota del editor). <<

[11] A un entendido en artes bélicas la combinación «estrategia militar» le suena a «aceite aceitoso». El caso es que la palabra «estrategia», traducida del griego antiguo, significa «arte de guiar un ejército» y desde hace mucho se utiliza para designar la ciencia encargada de organizar y dirigir las operaciones militares. Sin embargo, puesto que hoy en día esta palabra se usa en un sentido mucho más amplio (llaman «estrategia» a cualquier acción que se lleva a cabo para lograr un fin determinado, por ejemplo, se habla de estrategia en el ajedrez, estrategia empresarial, estrategia de *marketing* e incluso de estrategia vital), en ocasiones utilizo, en este y otros libros míos, la combinación «estrategia militar» para concretar el significado de dicha palabra. <<

[12] Iósif Stalin, *Escritos. Obras selectas*, vol. 6, pág. 267. <<

[13] Grigori Zinóviev, miembro del Politburó del Comité Central del PCR(b), jefe del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Leningrado, 1925, vol. 7, pág. 490. <<



[14] Fragmento del aria de Mefistófeles en la ópera *Fausto*, de Ch. Gounoud, con libreto de Jules Barbier y Michel Carré, basada en la tragedia de Goethe con el mismo nombre. <<



[15] Acrónimo del ruso *Stroítelstvo na dálnem sévere*, que significa «construcción en el Extremo Norte». (Nota del traductor). <<



[16] Acrónimo del ruso «*Ural*ski *vagon*ostroítelni *zavod*», que significa «planta de vagones de los Urales». (Nota del traductor). <<



[17] Acrónimo del ruso «*Ural*ski *mashino*stroítelni *zavod*», que significa «planta de maquinaria de los Urales». (Nota del traductor). <<



[18] Acrónimo del ruso «*kol*lektívnoye *jo*ziáistvo», que significa «granja colectiva». (Nota del traductor). <<

[19] En inglés este libro se titula *The Harvest of Sorrow*. <<

[20] Uno de los personajes principales de la novela *Campos roturados*. <<

[21] Conversación con el vizconde Halifax, el 19 de noviembre de 1937, *Documentos y materiales de las vísperas de la Segunda Guerra Mundial*, Moscú, Ediciones Políticas, 1948, vol. 1, pág. 38. <<

[22] Fuerzas aéreas de la Alemania nazi, parte de la Wehrmacht. (Nota del traductor).
<<



[23] *Tropas fronterizas de la URSS. 1939-1941, Antología documental*, Moscú, Naúka, 1970, pág. 41. <<

[24] Número 30 de la revista *Ogoniok*, 1989, pág. 10. <<



[25] Abdurahmán Avtorjánov, *La génesis de la partocracia*, Frankfurt, Posev, 1973, vol. 2, pág. 356. <<

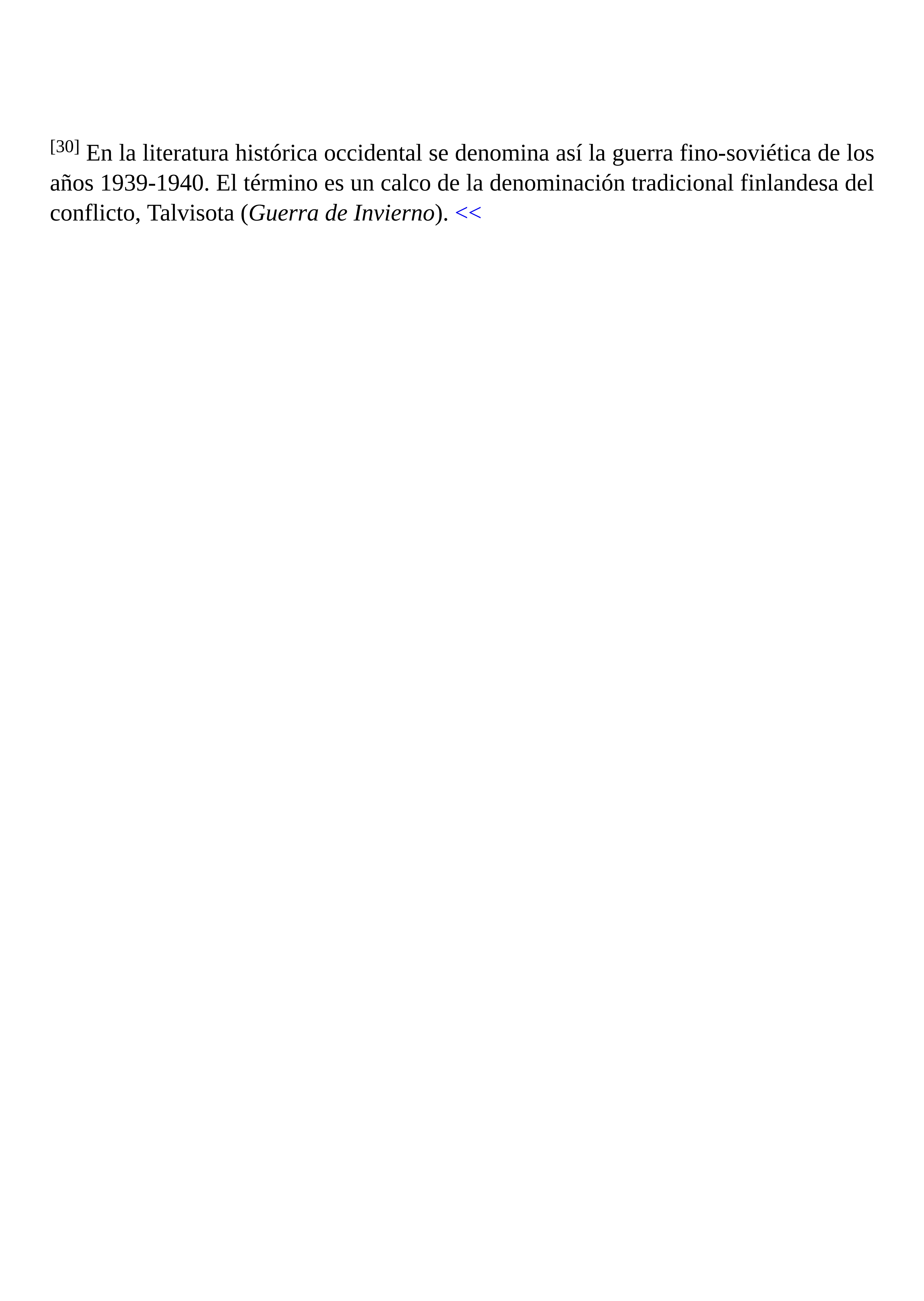
[26] La guerra falsa o la guerra de broma (del francés *drôle de guerre*) fue el periodo de la Segunda Guerra Mundial, en el Frente Occidental, desde el 3 de septiembre de 1939 hasta el 10 de mayo de 1940, durante el que apenas hubo hostilidades entre las partes enfrentadas, excepto algunos combates en el mar y unos choques locales en la frontera franco-alemana y en las líneas de defensa de Maginot y de Sigfrido. (Nota del editor). <<

[27] El Pacto se firmó el 23 de agosto de 1939, o sea, nueve días antes de la aprobación de la Ley del servicio militar obligatorio en la cuarta sesión extraordinaria del Consejo Supremo de la URSS. (Nota del editor). <<



[28] León Trotski, *Boletín de la oposición [de los bolcheviques leninistas]*, n.º 24, septiembre de 1931, pág. 9. <<

[29] La Teoría o el Arte Operacional es una rama del arte militar que ocupa un lugar intermedio entre la táctica y la estrategia. En la teoría militar de los países occidentales dicho término no se emplea y en su lugar se utiliza el concepto de la «gran táctica» (calco del inglés *grand tactics*) o «estrategia menor» (*minor strategy*). La Teoría Operacional fue formulada por Vladímir Triandafíllov y se centra en el estudio de los métodos de preparación y realización, individual o conjunta, de operaciones por grandes formaciones militares (cuerpos, ejércitos, cuerpos de ejército y grupos de ejércitos). Las decisiones operativas derivan de las estratégicas e influyen en las tácticas. (Nota del editor). <<



[30] En la literatura histórica occidental se denomina así la guerra fino-soviética de los años 1939-1940. El término es un calco de la denominación tradicional finlandesa del conflicto, Talvisota (*Guerra de Invierno*). <<



[31] Gueorgui Zhúkov, general de ejército, Informe presentado en la reunión de los altos mandos el 24 de diciembre de 1940. <<



[32] Ígor Drogovoz, *Fortalezas sobre ruedas. La historia de los trenes blindados*, pág. 289. <<

[33] Es una expresión extraída de un cuento del escritor infantil soviético Arcadi Gaidar, titulado *El secreto militar del niño Kibalchish y su palabra de honor*. El antihéroe del cuento, el niño Plojish (el niño malote), traiciona a sus pequeños compañeros de armas destruyendo las municiones y huye con los burgueses. En agradecimiento a su hazaña, estos lo agasajan con un barril de mermelada y una cesta de galletas. (Nota del traductor). <<

[34] G. I. Kulik, Mariscal de la Unión Soviética, principios de junio de 1941, en Stárinov, I. G., *Las minas esperan su hora*, pág. 179. <<

[35] Se trata de un sistema de fortificaciones de la ciudad de Tula, construido a mediados del siglo XVI para la defensa de Moscú de la invasión tártaro-mongola. (Nota del traductor). <<

[36] Que sepan los lectores que las diferentes impresiones de la primera edición de las memorias de Zhúkov tenían diferente número de páginas: la primera impresión (la de cien mil ejemplares) tenía 752 páginas, después, 736 páginas y la siguiente, 702 páginas, por eso el mismo texto de la misma edición podía aparecer en páginas diferentes, por lo que me han criticado sin piedad y muchas veces. Decían: «Víctor Suvórov cita tal página, la abro y no encuentro la frase mencionada». Pues bien, en este libro cito a Zhúkov según la versión de la primera edición de sus *Memorias y reflexiones*, que tiene 736 páginas. <<



[37] P. G. Grigorenko (mayor general, participante de la construcción de la Línea Stalin), *En el subsuelo no viven más que ratas*, Nueva York, Detinets, 1981. <<



[38] Un «rinconcito rojo» (del ruso *krásnyi ugolok*) era un espacio dedicado a la propaganda y a la formación política y de los militares. También se solían organizar, de forma obligatoria, en instituciones civiles. <<

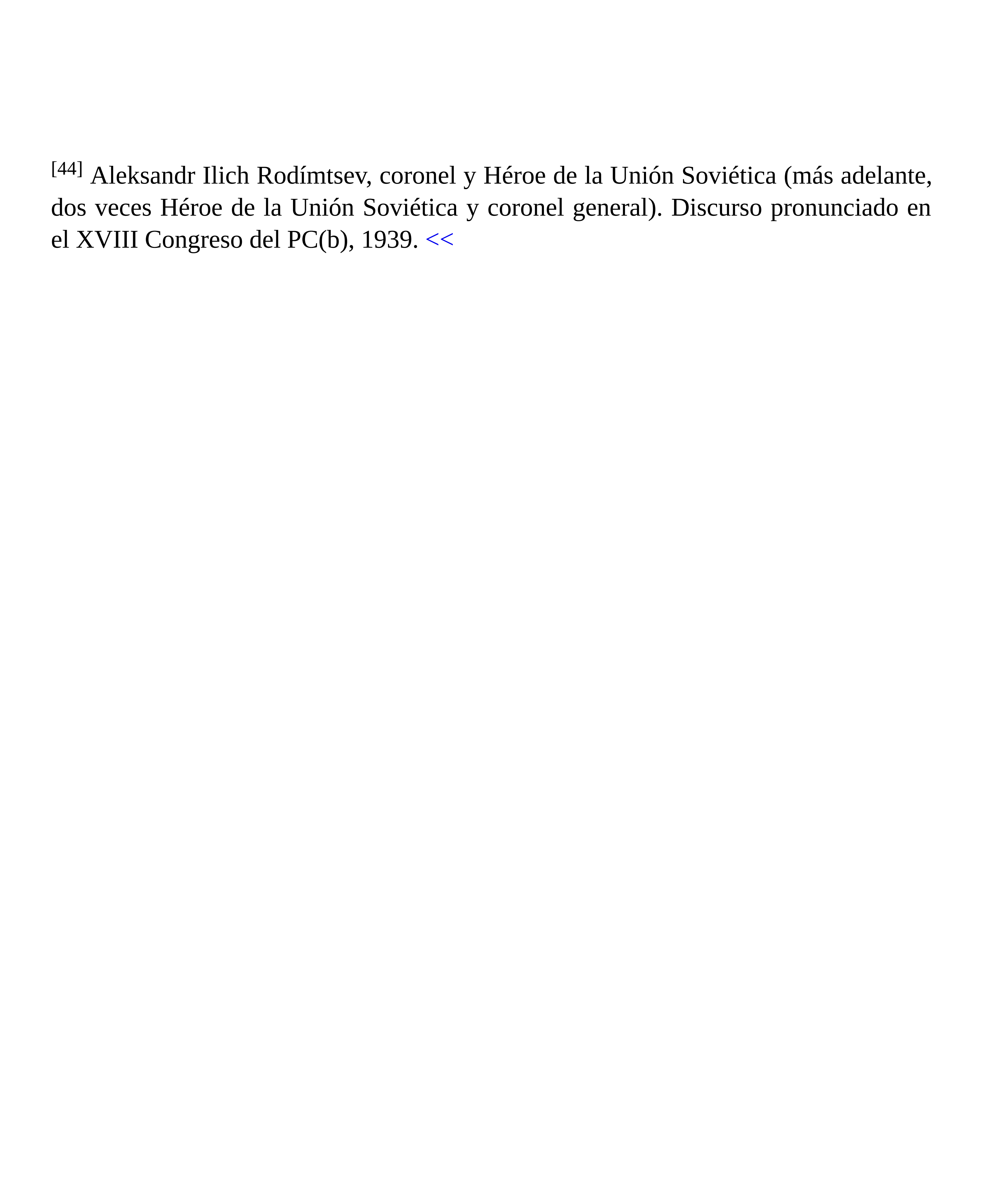
[39] Aleksandr Níkonov, ¡*Golpea primero*!, Moscú, Enas; San Petersburgo, Píter, 2009, pág. 81. <<

[40] Verdún es una ciudad en el noreste de Francia, alrededor de la cual, durante la Primera Guerra Mundial, se construyó una región fortificada (RF) de más de 110 kilómetros de largo. Aquella RF jugó un papel clave en la batalla de Verdún (febrero-diciembre de 1916) en la que las tropas francesas lograron repeler un brutal ataque de los alemanes. Aquella batalla fue una de las más largas y las más sangrientas lides de la Primera Guerra Mundial y entró en la historia como la «carnicería de Verdún». (Nota del editor). <<

[41] Hay pocas fuentes accesibles sobre la organización y posterior eliminación de las guerrillas partisanas en la Unión Soviética de antes de la guerra. Para escribir este capítulo he utilizado tres fuentes principales. Son las memorias —citadas más abajo— de I. G. Stárinov (servicios de inteligencia militares) y de S. A. Vaupshasov (NKVD), aparte de los ejemplos históricos que nos enseñaron en la Academia Diplomática Militar del Ejército Soviético. <<

[42] Instrucción del Directorio Político General del Ejército Rojo, 3 de junio de 1941, Centro Ruso de Conservación y Estudio de Documentación de la Historia Contemporánea (CRCEDHC), Fondo 88, inventario 1, expediente 898, folio 21. <<

[43] Es el nombre rusificado de Stanislovas Vaupšas (del lituano). (Nota del editor). <<



[44] Aleksandr Ilich Rodímtsev, coronel y Héroe de la Unión Soviética (más adelante, dos veces Héroe de la Unión Soviética y coronel general). Discurso pronunciado en el XVIII Congreso del PC(b), 1939. <<



[45] Estamos ante un juego de palabras intraducible. El título del periódico ruso *Pravda* significa literalmente «verdad». (Nota del traductor). <<

[46] Un regimiento del Ejército Rojo de 3182 efectivos (configuración del 5 de abril de 1941), aparte de 313 metralletas, 1310 rifles y carabinas, 984 fusiles semiautomáticos, tenía 116 ametralladoras de mano DP, 54 ametralladoras pesadas, seis ametralladoras combinadas (de cuatro cañones), tres ametralladoras pesadas con afuste DShK, 49 lanzagranadas (veintisiete piezas de 50 mm, dieciocho piezas de 82 mm, cuatro piezas de 120 mm), doce cañones de 45 mm y seis cañones de 76 mm. Todo ese inmenso arsenal supone una gran cantidad de municiones. Por ejemplo, un módulo para un lanzagranadas de 120 mm consta de sesenta granadas de dieciséis kilos cada una (sin la carga y sin estuche). Una división de fusileros, aparte de tres regimientos, incluía dos regimientos de artillería, un batallón de reconocimiento con tanques anfibios y pesados automóviles blindados con cañones, una escuadra antiaérea y antitanque, entre otras unidades. <<



[47] Las abreviaturas «a. c.» aquí significan «altamente confidencial». (Nota del traductor). <<

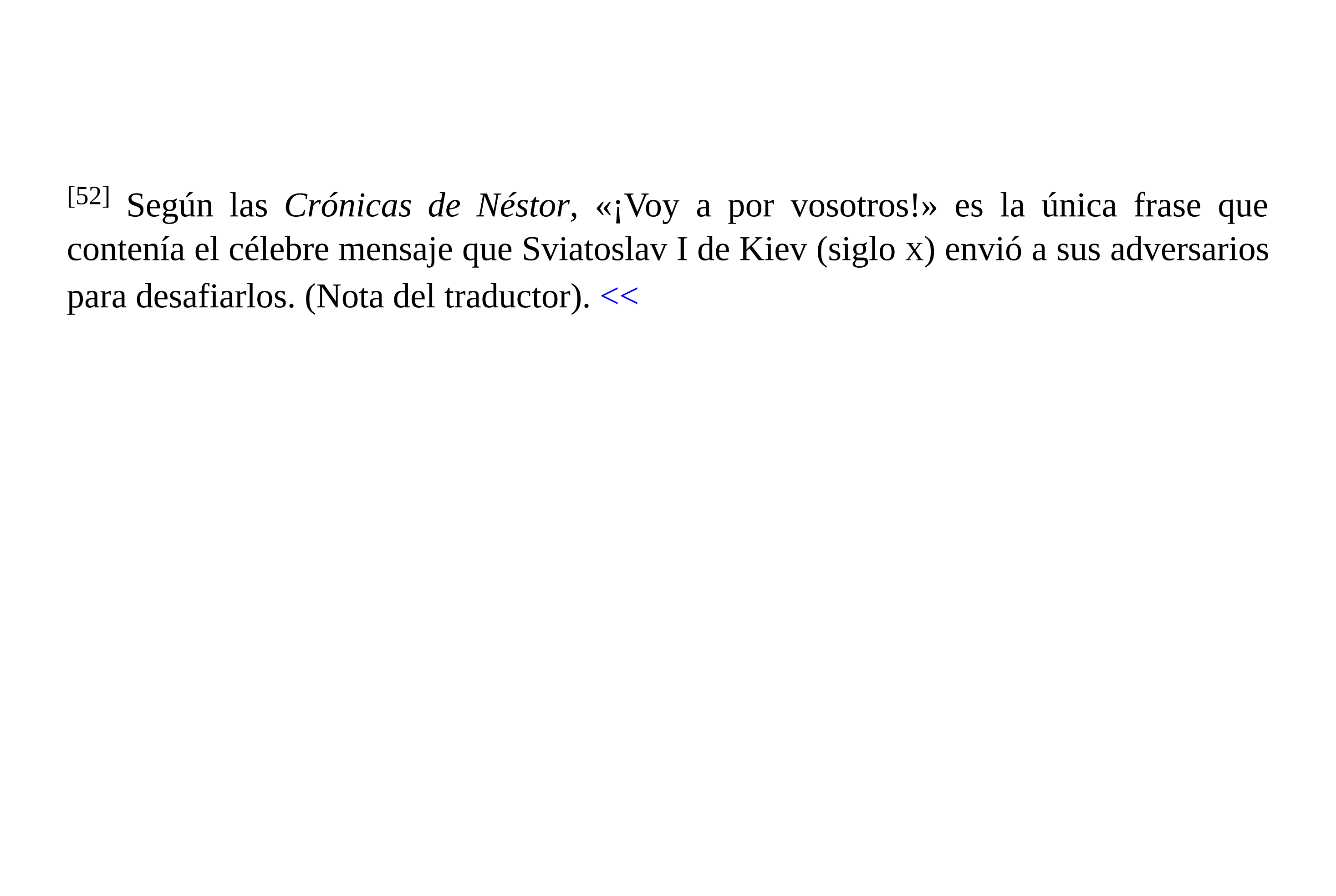
[48] I. S. Kónev, Mariscal de la Unión Soviética, *RHM*, 1976, n.º 7, pág. 75. <<

[49] El autor nombra a un tal P. Gorojovski, pero no hubo en la URSS ningún ingeniero aeronáutico con este apellido. Al parecer se trata de un lapsus o una errata. (Nota del traductor). <<



[50] Hermann Hoth, coronel general, exjefe del 3.er grupo de tanques de la Wehrmacht, *Operaciones de tanques*, Moscú, Ediciones Militares, 1961, pág. 57. <<

[51] V. A. Anfílov, *Una hazaña inmortal*, págs. 214-215. <<



[52] Según las *Crónicas de Néstor*, «¡Voy a por vosotros!» es la única frase que contenía el célebre mensaje que Sviatoslav I de Kiev (siglo X) envió a sus adversarios para desafiarlos. (Nota del traductor). <<



[53] N. G. Kuznetsov, almirante de la Armada de la Unión Soviética, *Las vísperas*, Moscú, Ediciones Militares, 1966, pág. 306. <<



[54] Pequeños barcos acorazados, fluviales o de litoral, utilizados para destruir baterías costeras y otros objetivos costeros del enemigo. (Nota del editor). <<



[55] Una ciudad portuaria bielorrusa situada a orillas del río Pina, un afluente del Prípiat. <<



[56] O Kiliya, si nos atenemos a la transliteración del ucraniano; actualmente esta ciudad pertenece a la región de Odesa. (Nota del traductor). <<

[57] De acuerdo con la resolución del juzgado del distrito de Palásovski de la región de Volgogrado, emitida el 19 de julio de 2010, el libro de Picker fue declarado extremista y se prohibió su distribución en la Federación Rusa. Ha sido incluido en la Lista Federal de Materiales Extremistas bajo el código 711, al igual que *Hitler's Table Talk* de Hugh Trevor-Roper (código 221 en la Lista Federal de Materiales Extremistas; resolución del juzgado distrital de Zasviyazhski de Uliánovsk, emitida el 25 de junio de 2008). (Nota del editor). <<

[58] *Reglamento Castrense del Ejército Rojo de 1936*, Moscú, Ediciones Militares, 1939. <<

[59] A. Níkonov, *¡Golpea primero!*, Moscú, Enas; San Petersburgo, Píter, 2009, pág. 109. <<

[60] V. N. Lóbov, general de ejército y exjefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la URSS, *Krásnaya zvezdá*, 6 de diciembre de 2009. <<

[61] En los siguientes capítulos hablaré más detalladamente sobre su creación. <<

[62] Gueorgui Zhúkov, general de ejército, «Informe sobre la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo», 26 de diciembre de 1940, *En vísperas de la guerra. Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940*, Moscú, Terra, 1993, pág. 147. <<



[63] Sobre la creación y despliegue del 9.º ejército hablaré más detalladamente en el capítulo 34. <<

[64] ¿Qué quiere decir «apareció»? ¿Acaso puede un ejército aparecer de la nada, en un momento? ¿Cuánto tiempo se necesita para reclutar un ejército? Todas estas preguntas las responderé en los capítulos 34 y 36, donde analizaré en detalle todo el proceso de formación de ejércitos nuevos a partir de las tropas de los distritos militares soviéticos. <<

[65] *Recíbenos, bella suomi*, 1939. Sobre las curiosas circunstancias en las que fue escrita esta canción dedicada a la guerra fino-soviética de 1939-1940 habla Víctor Suvórov en su libro *La última república* (Moscú, Dóbraya kniga, 2012). (Nota del editor). <<

[66] *Vor* (вор) en ruso significa «ladrón». <<



[67] *Problemas de despliegue estratégico*, Moscú, Ediciones de la Academia Militar Frunze, 1935. <<

[68] Normalmente el término «ejército de cobertura» se refiere a un ejército que protege las fronteras del país en caso de una invasión por sorpresa y, bloqueando al enemigo en la etapa inicial de la guerra, permite crear condiciones adecuadas para la movilización, concentración y despliegue de las fuerzas principales. (Nota del editor). <<

[69] *Voyenni vestnik (El mensajero militar)*, 1940, n.º 4, págs. 76-77. <<



[70] S. K. Timoshenko, comisario del pueblo para la Defensa, Mariscal de la Unión Soviética, 31 de diciembre de 1940. <<

[71] Friedrich-Werner von der Schulenburg, conde y embajador de Alemania en la URSS entre 1934-1941, «Informe secreto para el gobierno alemán», 12 de mayo de 1941. <<

[72] Dmitri Zajárovich Manuilski fue miembro del Presidium del Comité Ejecutivo de la Comintern, secretario del Comité Ejecutivo de la Comintern ente 1928-1943; Hermann Remmele fue un comunista alemán, miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern desde 1926, que en agosto de 1932 se estableció en Moscú. (Nota del editor). <<

[73] *RHM*, 1995, n.º 6, pág. 6. <<

[74] Viacheslav Mólotov, Conversación con Hitler, 13 de noviembre de 1940. Y. Felshtinski, *URSS vs. Alemania. Documentos y materiales sobre las relaciones germano-soviéticas desde septiembre de 1939 hasta julio de 1941*, 1983, pág. 115. <<

[75] Para saber más, consúltese la nueva edición de *El suicidio* de Víctor Suvórov (Moscú, Dóbraya kniga, 2012), que, en uno de sus anexos, incluye el facsímil de un mapa del Alto Mando de la Wehrmacht de antes de la guerra. En el mapa se puede apreciar qué es lo que habían podido averiguar los servicios secretos alemanes para el día 20 de junio de 1941. (Nota del editor). <<



[76] La forma original del nombre de nacimiento (en letón) era Mārtiņš Reiters. (Nota del traductor). <<

[77] Fíjense en que la mayoría de las obras permanentes de hormigón armado de la Línea Mólotov no estaban cubiertas de tierra (se aprecia muy bien en las fotos actuales de dichas instalaciones). No las cubrirían por dos motivos. En primer lugar, la tierra sirve de camuflaje; en segundo lugar, sirve de protección adicional, provocando la detonación del artefacto antes de que este entre en contacto con el hormigón. Esas obras permanentes de hormigón armado no estaban enterradas porque se habían construido para simular obras defensivas en las fronteras de la URSS. Tampoco se enterraban las fortificaciones situadas en el interior del territorio, porque, aunque las tropas del enemigo no las veían, podían ser detectadas por los agentes secretos y llamaban la atención de la población civil. <<

[78] El 15 de mayo de 1985, el periódico parisiense *Pensamiento ruso* («Русская мысль») publicó este capítulo en forma de artículo con el mismo título. Fue aquella publicación la que dio comienzo a la publicación de *El rompehielos* y a los acalorados debates sobre las causas de la Segunda Guerra Mundial que siguen abiertos hasta el día de hoy. <<

[79] Robert Conquest, *El gran terror*. <<

[80] El apellido verdadero del autor de *El rompehielos* es Rezún, de ahí el neologismo «antiREZUNistas». (Nota del traductor). <<

[81] El 17 de agosto de 1988, el periódico *Krásnaya zvezdá* publicó el artículo citado, no sin introducir algunos retoques significativos. En el artículo de 1970 Zajárov cuenta que informó a Zhúkov de unas señales de alarma provenientes de la zona fronteriza («El camarada Zhúkov me interrumpió diciendo: “¡Que no cunda el pánico!”»), pero en 1988 el culto a la personalidad de Zhúkov era tan fuerte que la publicación de semejantes comentarios ya resultaba inaceptable; así que en el texto publicado por *Krásnaya zvezdá* aquellas palabras se omitieron. <<



[82] Konstantín Konstantínovich Rokossovski, Mariscal de la Unión Soviética, *El deber de soldado*, pág. 166. <<



[83] Nombre popular de la ciudad de Magnitogorsk y/o de la planta metalúrgica ubicada en esta ciudad. (Nota del traductor). <<

[84] Algunos mandos del Ejército Rojo durante la reclasificación de 1940 no habían obtenido el grado de general, manteniendo los antiguos títulos de comandante de brigada o de división. Para más detalle, véase el capítulo 39. (Nota del editor). <<

[85] V. P. Astáfiev, *Cuestiones de historia*, 1988, n.º 6, pág. 33. <<

[86] Así se solía llamar a Zhúkov. (Nota del traductor). <<



[87] León Trotski, 21 de junio de 1939, *Boletín de la oposición [de los bolcheviques leninistas]*. <<

[88] En los tiempos del Gulag, el nombre que se daba a los encarcelados era «zeka» o más tarde «zek». Viene de la abreviatura rusa «з/к» (заключённый каналостроитель, transcrito Z*akliuchonni* K*analostroítel*), que significa literalmente «constructor de canales recluso» y que se refería a la mano de obra esclava utilizada en la construcción del canal mar Blanco-Báltico. (Nota del traductor). <<

[89] *Agenda del propagandista* (Блокнот агитатора) era una revista de divulgación del Directorio Político General del Ejército Rojo y de la Armada Roja, que empezó a editarse en 1942 con el objetivo de ayudar a los propagandistas del ejército y de la armada a llevar las ideas principales del Partido Comunista y del Gobierno soviético. En la revista se publicaban materiales sobre las hazañas del pueblo soviético en el frente y en la retaguardia. Más tarde, los comités ejecutivos locales del PCUS empezaron a sacar periódicos con el mismo título. (Nota del editor). <<

[90] Fíjense en que la cantidad de fusiles y carabinas en el ejército superaba con creces el número de combatientes. Los jefes, de pelotón para arriba, ya no necesitaban fusiles; los enfermeros, tampoco; los ametralladores, tampoco; los tripulantes de los tanques y de los automóviles blindados, tampoco. Semejante cantidad de fusiles de nuevo nos confirma que, tras la movilización abierta (o sea, después del primer ataque contra Alemania), los ejércitos del Segundo Escalón Estratégico, que todavía se estaban desplazando hacia las fronteras soviéticas, tenían que recibir contingente adicional de soldados. <<

[91] Aleksandr Níkonov, ¡*Golpea primero*!, Moscú, Enas; San Petersburgo, Píter, 2009, pág. 109. <<



[92] La actual ciudad lituana de Kazlų Rūda, situada a 36 km al suroeste de Kaunas. (Nota del editor). <<

[93] Para saber más sobre la «campaña libertadora» del Ejército Rojo a Irán pueden consultar la nueva edición del libro de Víctor Suvórov *Retiro mis palabras* (Moscú, Dóbraya kniga, 2013, págs. 301-303). Dicha marcha empezó justo cuando el 2.º grupo de tanques de Guderian y el 1.er grupo de tanques de Kleist estaban cerrando el cerco alrededor de las fuerzas principales del Frente del Sudoeste (el así llamado Cerco de Kiev, que fue la operación de asedio más grandiosa de toda la historia de la humanidad). En aquella incursión tres ejércitos soviéticos participaron directamente, más otros dos que, permaneciendo en el territorio soviético, cubrían a los que habían cruzado la frontera. (Nota del editor). <<

[94] El jefe del cuartel general del Distrito Militar Especial del Báltico, teniente general P. S. Kliónov, en *Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo de Trabajadores y Campesinos*, 23-31 de diciembre de 1940, págs. 153-154. <<



[95] Aquí figura el nombre ruso de la ciudad polaca de Piotrków Trybunalski. (Nota del traductor). <<



[96] Comparen estos datos con el tan difundido mito sobre la escasez de radiotransmisores en el Ejército Rojo durante los primeros meses de la guerra. <<

[97] A. A. Vlásov, mayor general y comandante de la 99.ª división de fusileros, en *Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940*, pág. 68. <<

[98] Lavrenti Pávlovich Beria, comisario del pueblo para Asuntos Internos de la URSS y comisario general de la Seguridad Estatal (febrero de 1941), en Ózerov, G. A., *La trena de Túpolev*, pág. 65. <<

[99] Viacheslav Mólotov, en Chúyev, F., *Mólotov. El señor semipoderoso*, Moscú, Olma-Press, 2002, pág. 48. <<

[100] Antón Antónov-Ovséyenko, *El retrato del tirano*, Nueva York, Crónica, 1980, pág. 296. <<

[101] Yezhov dirigió los servicios de inteligencia militar en 1938 tan solo unos días, compaginando el cargo con el de comisario del pueblo para Asuntos Internos. <<

[102] Según la época, la organización se denominó de diferentes maneras: Directorio de Inteligencia del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas del Ejército Rojo, 4.º Directorio del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas del Ejército Rojo, Directorio del Comisariado del Pueblo para la Defensa, etc. Para no confundir al lector, utilizaré la abreviatura GRU (del ruso ***G**lávnoye **R**azvédyvatelnoye **U**pravléniye*: Directorio General de Inteligencia) independientemente del periodo tratado. <<

[103] Del alemán *Sturmabteilung* («sección de asalto»), organización militarizada del Partido Nacionalsocialista Alemán, que desempeñó un papel importante en el ascenso de los nazis al poder, después de lo cual se institucionalizó como un cuerpo de policía auxiliar. En el verano de 1934 (tras la llamada «Noche de los cuchillos largos», cuando todos los altos mandos de la organización, incluido Ernst Röhm, fueron asesinados), las secciones de asalto perdieron su importancia inicial y las SS (del alemán *Schutzstaffel*, «compañías de defensa») se establecieron como la principal fuerza combativa del NSDAP. (Nota del editor). <<



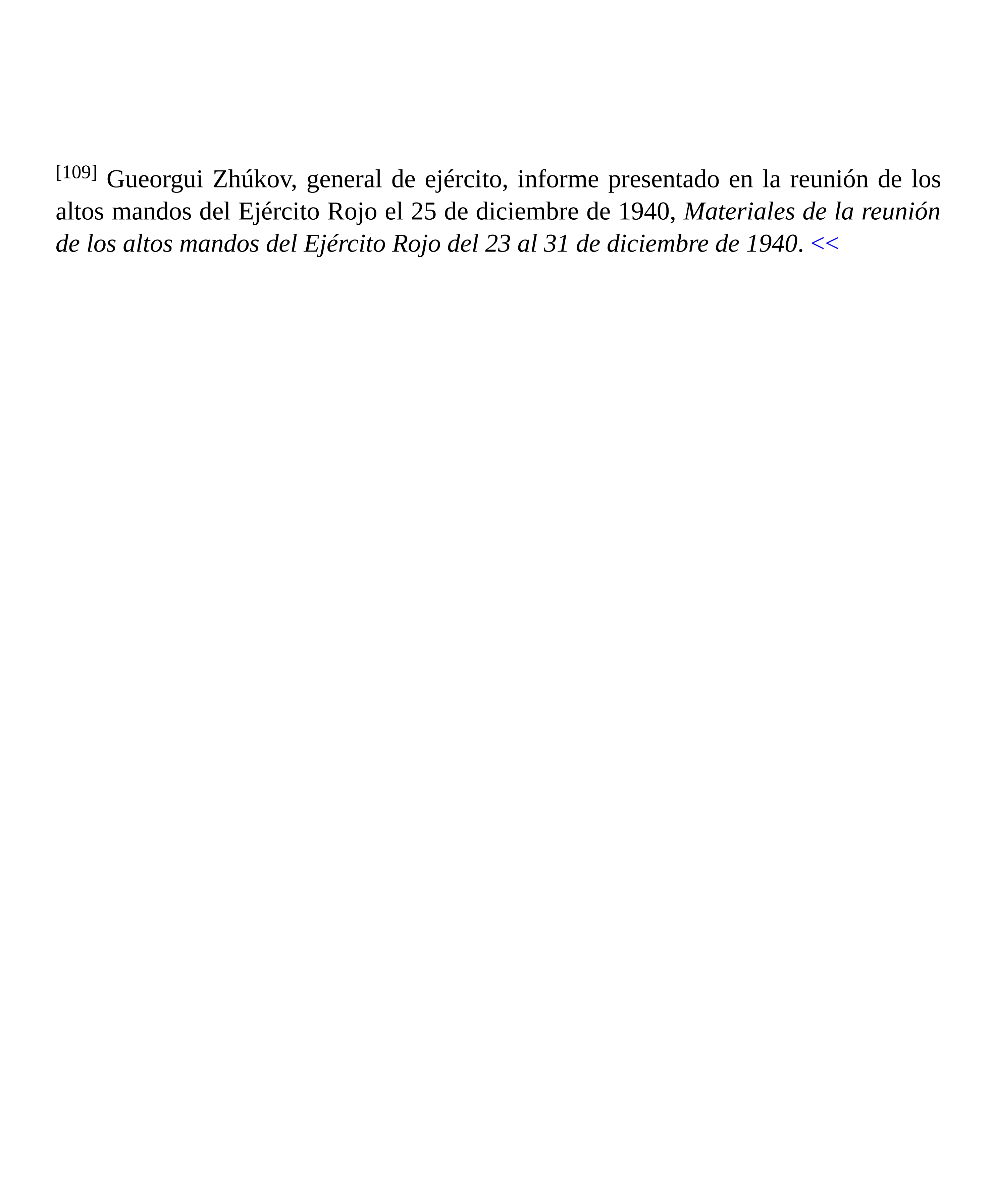
[104] El nombre del equipo de espías ilegales solía coincidir con el seudónimo del agente residente que lo encabezaba. <<

[105] Hermann Hoth, coronel general, *Operaciones de tanques*, Moscú, Ediciones Militares, 1961, pág. 163. <<

[106] Los trenes alemanes utilizaban carbón de poder calorífico superior y los trayectos ferroviarios en Europa eran relativamente cortos, por lo cual las locomotoras que se fabricaban en Alemania tenían un tamaño reducido, eran de hogar pequeño e iban equipadas de ténderes (vagones especiales para llevar consigo el carbón). Al mismo tiempo, en la Unión Soviética los trenes utilizaban carbón de poder calorífico inferior (el otro se empleaba en la industria) y recorrían distancias mucho más largas, por lo cual sus hogares y ténderes eran realmente enormes. Los servicios de inteligencia soviéticos suponían que, preparándose para el ataque a la URSS, Alemania empezaría a fabricar locomotoras mejor adaptadas a los ferrocarriles rusos, sin embargo, Hitler acabó invadiendo la Unión Soviética, digamos, con lo que tenía a mano. <<

[107] Organización pública no gubernamental, dedicada a la investigación fundamental y aplicada en el campo de la defensa. (Nota del editor). <<

[108] Estamos ante una definición extraída del plan Barbarroja. Cualquiera que conozca un poco la geografía económica de la URSS de la época sabe perfectamente que aquella región industrial no era, ni mucho menos, la más alejada de la capital. Por sí misma, esta definición constituye una muestra de la gravedad de los errores cometidos por los «estrategas» hitlerianos a la hora de elaborar el plan de invasión de la Unión Soviética. Para más información sobre el tema, léase la nueva edición del libro *El suicidio* (Moscú, Dóbraya kniga, 2013). <<



[109] Gueorgui Zhúkov, general de ejército, informe presentado en la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo el 25 de diciembre de 1940, *Materiales de la reunión de los altos mandos del Ejército Rojo del 23 al 31 de diciembre de 1940*. <<



[110] P. R. Nikítenko, teniente general de artillería, Archivo histórico-militar, 2011, n.º 7, págs. 64-65. <<

[111] 21 de junio de 1931. <<

[112] Los jefes militares soviéticos testifican que, al entrar en el despacho de Stalin, nunca sabían exactamente a qué evento iban a asistir; podría ser tanto un congreso del Comité Estatal de Defensa o una reunión con el Comandante Supremo como una reunión del Politburó. En este sentido, el formato oficial del evento no tenía ninguna importancia, puesto que todo el poder en el país estaba concentrado en manos de Stalin y de su entorno más cercano. En el gobierno y en el partido, Stalin ocupaba varios cargos a la vez y en las reuniones siempre estaba la misma gente. <<

[113] Robert Conquest, *El gran terror*, pág. 149. <<

[114] Aleksandr Níkonov, ¡*Golpea primero*!, Moscú, Enas; San Petersburgo, Píter, 2009, pág. 247. <<

[115] Friedrich Wilhelm von Mellenthin, general, *Batallas de tanques*. <<

[116] Cuando la fuente original consultada está en ruso, hemos creído conveniente traducir al español los títulos. También se han traducido los nombres de algunas de las editoriales como Gosvoyenizdat y Politizdat la primera vez que aparecen y después se han mantenido en español. Cuando la fuente consultada está en otro idioma que no sea el ruso, se ha dejado en su idioma original. Siempre que hay edición española, se ha incluido entre corchetes a continuación. (Nota a la edición española). <<

[117] El partido mantuvo esta denominación entre los años 1918 y 1925. <<